

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFIA



TESIS DOCTORAL

Semiótica, lógica e individuación en Deleuze y Lacan: ontología y política de la clínica

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Jaime Pascual Summers

Director

José Luis Pardo Torío

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

**SEMIÓTICA, LÓGICA E INDIVIDUACIÓN EN DELEUZE Y LACAN:
ONTOLOGÍA Y POLÍTICA DE LA CLÍNICA.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

presentada por

Jaime Pascual Summers.

DIRECTOR

José Luis Pardo Torío.

Madrid, 2015.

Universidad Complutense de Madrid.



Facultad de Filosofía. Departamento de Filosofía Teorética.

Programa de doctorado: *Metafísica. Cuestiones de estructura, historia y crítica.*

Jaime Pascual Summers.

**SEMIÓTICA, LÓGICA E INDIVIDUACIÓN EN DELEUZE Y LACAN: ONTOLOGÍA
Y POLÍTICA DE LA CLÍNICA.**

Tesis dirigida por José Luis Pardo Torío.

AGRADECIMIENTOS.

Muchas son tanto las personas cuya compañía, ayuda o inspiración han resultado imprescindibles para que esta tesis llegase finalmente a ser escrita.

De modo especial, mis padres, Jaime y Lola, han sido un apoyo fundamental en numerosos sentidos y en todo momento: nunca llegaré agradecerles suficientemente el hecho de ser como son y los mucho que aprendo cada día por ellos, con ellos y, sobre todo, de ellos. Para Paula Díaz, por el (mucho más aún que) cariño, la comprensión, la paciencia, el ejemplo y lo incondicional de su apoyo...en ningún caso podré agradecer con palabras su presencia en el mundo. Asimismo, mi hermano Joaquín, mis tíos, Maricarmen, y en general todos aquellos a los que por una u otra razón corresponde llamar mi familia, por el afecto y la paciencia inagotable. A Emma Ingala, por la confianza, los afectos, el apoyo, por acceder a formar parte del tribunal y por todos los auxilios y facilidades dispensados sin importar las circunstancias desde hace ya casi diez años.

A José Luis Pardo, por la confianza depositada, la fertilidad de sus observaciones, la excelente disposición para transitar diversos parajes teóricos y burocráticos conmigo y, especialmente, por la inestimable orientación, el estímulo y las valiosísimas aportaciones tanto de su dirección como de su práctica docente y sus brillantes trabajos. También, por supuesto, a todos los profesores que, desde que ingresé en la vida universitaria, han supuesto un acicate, una ayuda y, qué duda cabe, la principal condición de posibilidad de este escrito.

A mis compañeros de trabajo, por su más que notable comprensión, capacidad para disculpar mis despistes, por la facilidad prestada para que pudiese atender distintas exigencias relativas a esta investigación y a la posibilidad burocrática de su presentación. En especial, Violeta Serrano y todo el departamento de inglés, así como Vicente Arenillas, no sólo por dejarme contar con su saber de las lenguas cuando ni el tiempo ni el sosiego jugaban a mi favor, sino por animarme e interesarse por este proyecto.

A mis amigos más cercanos, por si no hubiesen considerado que la alusión a la posibilidad de extender la familiaridad les tocaba directamente, tanto aquellos con los que tengo la enorme suerte de compartir práctica musical desde hace años como aquellos con los que no, pero a los que me encuentro ligado por un afecto especial. Todos han hecho alarde de paciencia y tolerancia, tanto con mis ausencias como con cualquier exceso o incomodidad derivada de mi presencia. Para concluir -artificialmente, como no podría ser de otra manera cuando se aspira a la completud- un recuerdo especial para mis abuelos, quienes desde pequeño hicieron de mi su alocutor.

ÍNDICE.

Listado de abreviaturas.....	13
Introducción: sobre el carácter crítico y productivo de la semiótica y la sintomatología.....	17
1. Hacia una terapéutica del acontecimiento: dialéctica y semiótica en el estoicismo.....	39
1.1. Lógica y ontología en el estoicismo antiguo: causalidad, corporeidad y multiplicidad.....	40
1.2. El expresable como objeto de la dialéctica estoica y su relación con la proposición.....	48
1.3. La concepción estoica del signo.....	57
1.4. Lenguaje, sentido y producción.....	66
2. Sentido y doble articulación: la lingüística molecular de Hjelmslev.....	75
2.1. El proyecto de una teoría lingüística libre de supuestos: la definición formal y el proceder deductivo del análisis.....	75
2.2. Dependencias y funtores.....	78
2.3. Contenido y expresión: el sentido y la formalización autónoma de los planos.....	86
3. Geofilosofía: expresión y aparición de los signos desde la perspectiva de la individuación inmanente.....	99
3.1. Sentido y ontogénesis.....	99
3.2. Campo trascendental y ser preindividual: transducción y proceder analógico.....	101
3.3. Morfogénesis y doble articulación.....	115
3.4. Condiciones de unidad, organización y desarrollo: códigos y territorialidades.....	119
3.5. Máquina abstracta y máximos de desterritorialización como condiciones de los fenómenos de estructuración: lo liso y lo estriado.....	129
3.6. Las condiciones de diversidad: formas de la articulación según la naturaleza de la distinción real de los planos.....	138
3.7. Transducción, afecto e irrupción de lo psíquico.....	147
3.8. La semiótica de Peirce desde la perspectiva de las territorialidades y el proceso de constitución de los signos.....	161
3.9. La forma de expresión lingüística y la determinación del estatuto del signo en <i>Mil Mesetas</i>	174

4. Pragmática.....	185
4.1. Limitaciones de la semiología.....	185
4.2. Designación y “ensignamiento”.....	192
4.3. Descripción semántica y supuestos: sobre lo dicho y los diferentes modos de no decir.....	201
4.4. Actos inmanentes y agenciamientos colectivos.....	214
4.5. En modo menor...agenciamientos, deseo y resistencia.....	234
5. Esquizoanálisis.....	259
5.1. Pragmática, libido y sentido.....	259
5.2. Tres líneas, tres regímenes.....	264
5.3. La sujeción por la pasión: un cuarto régimen.....	282
5.4. La esquizofrenia como proceso.....	290
5.5. La formación capitalista y el desplazamiento de la imposibilidad: código, axiomática y control.....	296
5.6. Las tareas del esquizoanálisis: propuestas para el psicoanálisis, militancia y riesgos.....	309
6. Lacan: práctica, clínica y sintomatología psicoanalíticas.....	319
6.1. El proceso de la clínica lacaniana a partir de sus lemas fundacionales: el retorno a Freud y el inconsciente estructurado como un lenguaje.....	319
6.2. Tres estructuras, tres modos de entender la negación.....	325
7. Concepciones semióticas del síntoma en el desarrollo de la clínica lacaniana.....	337
7.1. El síntoma: metáfora y encadenamiento desde la perspectiva del inconsciente simbólico.....	337
7.2. Hacia otra concepción del síntoma: limitaciones de la interpretación y de la noción de Otro.....	350
7.3. Letra, <i>lalangue</i> e inconsciente real: los efectos-afectos de goce.....	363
8. La lógica de la no-relación y los fracasos del binarismo y la subsunción ante la diferencia sexual.....	377
8.1. Insuficiencias del legado de Freud; Edipo y sus pesadas alforjas.....	378
8.2. La escritura y la no relación.....	381

9. Enunciación y función del discurso: sobre una tensión interna que atraviesa la clínica lacaniana.....	397
9.1. La existencia del decir frente a la delimitación operada en el dicho.....	397
9.2. Entre la formalización y la serialización: los cuatro discursos y la posición del discurso psicoanalítico.....	409
9.3. El semblante y la constitución del discurso psicoanalítico.....	423
10. Capitalismo y psicoanálisis.....	439
10.1. Un quinto discurso.....	439
10.2. Filiación y homología del objeto <i>a</i> y la plusvalía; o cómo la economía política se enuncia en modo mayor.....	441
10.3. Discurso científico, tecnociencia, capitalismo y psicoanálisis.....	449
10.4. A modo de conclusión: sobre la insuficiencia de la formalización, el valor de la existencia del decir, y un modo menor de la enunciación en la clínica lacaniana.	455
Bibliografía.....	471
Anexo.....	483
Resumen de la tesis.....	487

Abreviaturas de las obras de Gilles Deleuze y Jacques Lacan citadas.

GILLES DELEUZE:

Empirisme et subjectivité: ES

Proust et les signes: PS

Présentation de Sacher-Masoch: SM

Différence et répétition: DR

Spinoza et le problème de l'expression: SPE

Logique du sens: LS

Francis Bacon : Logique de la sensation: BLS

Spinoza. Philosophie pratique: SPP

L'image-mouvement. Cinéma 1: IM

L'image-temps. Cinéma 2: IT

Pourparlers: PP

Critique et clinique: CC

L'île déserte et autres textes: ID

Deux régimes de fous et autres textes: DRF

Cursos en la Universidad de Vincennes: Curso Vincennes + fecha de la clase.

GILLES DELEUZE y FELIX GUATTARI:

L'Anti-OEdipe: AE

Kafka. Pour une littérature mineure: K

Mille Plateaux: MP

Qu'est-ce que la philosophie?: Qph

JACQUES LACAN:

Écrits 1 y 2 (de acuerdo con el reparto en dos volúmenes según la edición de Siglo XXI) : *E1, E2*.

Autres Écrits : *AES*.

Le Séminaire, livre I : Les écrits techniques de Freud: Seminario 1 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre II : Le moi dans la théorie et dans la technique psychanalytique: Seminario 2 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre III : Les psychoses: Seminario 3 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre IV : La relation d'objet: Seminario 4 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre V : Les formations de l'inconscient: Seminario 5 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre VI : Le désir et son interprétation: Seminario 6 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre VII : L'éthique de la psychanalyse: Seminario 7 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre VIII : Le transfert: Seminario 8 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre IX : L'identification: Seminario 9+ fecha de la clase.

Le Séminaire, livre X : L'angoisse: Seminario 10 + fecha de la clase.

Les noms du père : NDP + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XI : Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse: Seminario 11 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XII : Problèmes cruciaux pour la psychanalyse: Seminario 12 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XIV : La logique du fantasme: Seminario 14 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XVI : D'un Autre à l'autre: Seminario 16 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XVII : L'envers de la psychanalyse: Seminario 17+ fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XX : Encore: Seminario 20 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XXII: R.S.I.: Seminario 22+ fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XXIII : Le sinthome: Seminario 23 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XXIV : L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre; Seminario 24 + fecha de la clase.

Le Séminaire, livre XXV; Seminario 24 + fecha de la clase.

- Con respecto a los textos de Charles Sanders Peirce, aunque esporádicamente podamos hacer referencia al título y momento de su primera publicación, utilizaremos la numeración conforme a la que se encuentran agrupados en los *Collected Papers*. Mantendremos la versión original inglesa, cosa que no haremos en el caso de los textos franceses (especialmente los seminarios inéditos de Lacan, de los que presentaremos traducciones propias), por cuanto entendemos que en la traducción de ciertos giros especialmente pertinentes dentro del pensamiento de Peirce no conseguiríamos sino sustituir el término inglés por un conjunto de términos castellanos que ya constituiría por sí mismo una explicación y redundaría con aquella que en el propio texto de la presente tesis se propone.

Whether all grow black, or all grow bright, or all remain grey, it is grey we need, to begin with, because of what it is, and of what it can do, made of bright and black: able to shed the former, or the latter, and be the latter or the former alone. (But perhaps I am the prey - on the subject of grey, in the grey – to delusions).

Introducción: sobre el carácter crítico y productivo de la semiótica y la sintomatología.

En 1967, dos años antes de la publicación de *Lógica del sentido*, hacía su aparición el primer texto en el que Deleuze se servía explícitamente de ciertas nociones desarrolladas en el contexto del psicoanálisis: la *Presentación de Sacher-Masoch*¹. La elección de este título encuentra diversas justificaciones: dejando a un lado el hecho de que la edición original presentase de forma conjunta el texto de Deleuze y *La venus de las pieles*, la motivación fundamental de esta “presentación” es reivindicar el interés propio de la obra de un novelista que, más allá del reconocimiento que supone el que su nombre sirviese a Krafft-Ebing para bautizar cierta parafilias², parecía haberse eclipsado por el profuso empleo del término “sodomasoquismo”, que tendía a hacer de la peculiaridad del autor austrohúngaro un simple negativo de la perversión designada por referencia al controvertido aristócrata francés. El propio Lacan no tarda en reconocer el valor del trabajo de Deleuze sobre la perversión en una de las sesiones de su seminario y, en concreto, resaltando la pertinencia de la relación entre el masoquismo y el humor³. Ese mismo año(aunque no vería la luz hasta 1972, incluido en el octavo tomo de la *Historia de la filosofía* de Châtelet), Deleuze redactaba un texto titulado “¿Cómo reconocer el estructuralismo?”⁴ en el cual, a través de la transformación -conforme al método llamado en esos años de “dramatización”- de la cuestión a la que tal texto se propone responder en una serie de preguntas (“¿cómo reconocemos a quienes se denomina estructuralistas? ¿Acaso ellos también se reconocen entre sí[...]¿Cómo hacen los estructuralistas para reconocer en tal dominio un lenguaje, el lenguaje propio de ese dominio?”⁵), presenta cierta concepción de lo simbólico y de la noción de estructura que hace especial hincapié en su estatuto virtual e ideal, el carácter diferencial de sus relaciones constituyentes y el papel jugado por las singularidades frente a las clases y las categorías universales. Esta aparente afinidad con respecto al psicoanálisis y a la lingüística será, sin embargo, desmentida posteriormente por la obra del propio Deleuze, y tanto los ataques dirigidos al entorno teórico e institucional lacaniano como al estructuralismo más o menos heredero de las tesis fundamentales de

1 Cf. Deleuze, G., *Présentation de Sacher-Masoch*, Paris, Minuit, 1967 (trad. Agoff, I., *Presentación de Sacher Masoch*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001).

2 Cf. Krafft-Ebing, R., *Psychopathia Sexualis*, Stuttgart, 1886.

3 «Y este otro aspecto que podríamos llamar, en sentido estricto, burla, que se vuelve hacia él mismo...que basta con haber leído en un par de ocasiones (ya que ahora la tienen ustedes a su alcance con la admirable *Presentación* de Gilles Deleuze) *La Venus de las pieles*,...analicen el momento en el que el personaje representado por Sacher-Masoch, bastante señor él, se imagina a este personaje de su novela - en la que le convierte en un gran señor- que, mientras está haciendo el papel de criado que va corriendo detrás de su dama, le cuesta infinitamente no estallar a reír, por muy triste que se ponga. Le resulta muy difícil ocultar su risa.» Lacan, *Seminario 14*, 14/6/1967.

4 Cf. Deleuze, G., “A quoi reconnait-on le structuralisme?” en *L’île déserte et autres textes. Textes et entretiens. 1953-1974*, Paris, Minuit, 2002 (“¿Cómo reconocer el estructuralismo?”, en *La isla desierta y otros textos*, trad. J. L. Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2005).

5 *Ibidem*.

Saussure, parecen tener como tema común el reproche de cierto paso atrás ante aquello que el desarrollo radical de los planteamientos fundamentales de ambos ponía de manifiesto. Una relectura de los textos deleuzeanos de 1967 a la luz de los conceptos desarrollados a propósito del ejercicio de esta crítica difícilmente podría corroborar la hipótesis de un viraje en el pensamiento de Deleuze en lo relativo a estas cuestiones; parece más bien que la consideración deleuzeana de las relaciones entre el deseo y la ley, por un lado, y su concepción genética del sinsentido, por otro, ya contenían los gérmenes de una creación conceptual para la que resulta inadmisibles cualquier ejercicio de abstracción con respecto a las condiciones de la experiencia real, ya sea ésta del lenguaje o del deseo, puesto que ambas dimensiones resultan indisociables una vez se sitúa en primer término el concepto de *agencement*. De su relevancia se sigue en este trabajo cierto énfasis en la lectura de *Lógica del Sentido* y *Mil Mesetas* en detrimento de otros textos, especialmente de *El Antiedipo*, puesto que relevando al concepto -sin duda más difundido y vistoso- de “máquinas deseantes”, la caracterización que en 1975⁶ Deleuze y Guattari proponen de los “agenciamientos” o “dispositivos” (y en la que profundizan cinco años después⁷) consigue de algún modo retomar el problema de la génesis del sentido a partir del sinsentido y de la naturaleza paradójica del acontecimiento como aquello que, circulando entre series heterogéneas (la serie de los cuerpos y la serie de las enunciaciones), asegura su articulación. En *Mil Mesetas*, el abordaje de esta problemática se sitúa expresamente sobre el plano en el que tal circulación tiene lugar, y por cuanto la revisión de la doble articulación propuesta por Hjelmslev introduce el Sentido [*Mening*] como condición real de la constitución de regímenes de signos en general, la dualidad estoica que distingue entre, por un lado, los cuerpos y sus mezclas, y, por otro, las transformaciones incorpóreas que resultan de ellas, introduce una complejidad tal en las relaciones entre contenidos y expresiones, que las nociones fundamentales del psicoanálisis y la lingüística deben cuanto menos ser objeto de una crítica que ponga de manifiesto tanto su carácter secundario (o molar) como las condiciones concretas de su producción. De este modo, la impugnación común al psicoanálisis y a la lingüística puede ser formulada en virtud de la limitación que conlleva el reconocimiento de la proposición como forma eminente de la expresión a partir de la que el sistema se postula como condición de posibilidad, si bien abstracta y sincrónica, de tal modo que la acusación afecta al método y los supuestos de la investigación de ambos dominios: la condición de posibilidad (el sistema) así esclarecida no puede sino ser un calco de lo actual (la proposición) que ignora la

6 Cf. Deleuze, G., y Guattari F., *Kafka. Pour une littérature mineure*, Paris, Minuit, 1975 (trad. Aguilar, J., *Kafka; por una literatura menor* México, Eds. Era, 1978).

7 Si quisiésemos esbozar una cronología de la noción de agenciamiento en la obra de Deleuze, deberíamos incluir entre 1975 y 1980 (fecha de publicación de *Mil Mesetas*) la aparición en 1977 de lo que luego constituiría algo así como la introducción (y, al mismo tiempo, la primera *meseta*) del segundo volumen de “capitalismo y esquizofrenia”.

virtualidad de lo que en ello mismo resulta incorporado y la heterogeneidad respecto de lo condicionado indispensable para una auténtica condición incondicionada.

Al considerar que el sistema de la lengua desempeña el papel de estructura, susceptible de ser descrita con independencia de las condiciones concretas de su efectución en el habla, el estructuralismo parece apoyarse de hecho en la oposición entre lo actual y lo posible, ignorando el estatuto específico de lo virtual tal y como Deleuze lo concibe⁸ (explícitamente al menos desde 1967), y justificando la reductibilidad de cualquier fenómeno sígnico a la esfera lingüística. Si el deseo forma parte precisamente de las mencionadas condiciones de efectución de la estructura -y queda, por consiguiente, excluido de la teoría lingüística-, la adopción de supuestos estructuralistas en el campo del psicoanálisis debe necesariamente definir su objeto, a la vez, a partir de su diferencia y de su vinculación con el sistema. Así, el trabajo de Lacan se afanará en dar cuenta de las problemáticas relaciones entre libido y estructura, puesto que las dificultades relativas a la designación del deseo aparecen por cuanto éste se sustrae de un modo u otro al orden de significación que impone el lenguaje, de suerte que sólo alcanza a obtener en el enunciado una representación de sí que nunca llega a expresar la singularidad de la enunciación. Ahora bien, la manera en la que se comprenda el origen y la articulación de la distinción entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación es correlativa al grado de autonomía concedido a la estructura o sistema con respecto a su efectución o proceso, de tal modo que a la libido deberá serle reconocido un estatuto diferente -bien productivo, bien representativo- en función del abordaje adoptado. Se introduce así la necesidad de considerar cuál es la posición del psicoanálisis y del estructuralismo respecto al problema de las relaciones entre estructura y génesis, así como el de si ésta última puede ser comprendida como *historia* o si debe, más bien, buscar su potencia propia más allá de las meras condiciones de posibilidad lógica inferidas conforme al modelo de lo actual, búsqueda ésta que dista mucho de carecer de importantes consecuencias ontológicas, como se hace patente especialmente en *Diferencia y repetición o Lógica del sentido* y que justifica el empeño de Deleuze y Guattari por definir la tarea de la filosofía como una cartografía, una pragmática o incluso una *geofilosofía* o *nomadología* entendida como ciencia de las multiplicidades.

El presente trabajo surge con la pretensión de volver problemática una cuestión que, por ser objeto de profuso tratamiento en la obra de Gilles Deleuze, corre quizá el riesgo de

⁸ Es decir, no sólo como aquello que se actualiza en los estados de cosas y las proposiciones que los designan, sino también como aquello que subsiste a dicha actualización y es susceptible de liberar un movimiento de *contra-efectuación* a partir de cual resulta posible la extracción, no ya de una función en el sentido matemático, científico o lógico, sino de un concepto propiamente filosófico.

convertirse en una especie de lugar común con consecuencias doctrinales, capaz de bloquear una vía de indagación relativa a la articulación entre lo social y lo subjetivo en las condiciones concretas de nuestros días. Tal cuestión no es sino la de la relación entre las elaboraciones teóricas de Jacques Lacan y el proyecto que Deleuze emprende en colaboración con Félix Guattari bajo el rótulo “capitalismo y esquizofrenia”, uno de cuyos principales propósitos es constituir una suerte de ataque explícito a las concepciones de la subjetividad y del deseo propuestas por el psicoanálisis ya presentes en la obra de Freud, pero tomándolas en concreto, tal y como éstas son reformuladas y desarrolladas por Lacan y su escuela. La relativa abundancia de alusiones explícitas al trabajo del psicoanalista parisino, no sólo en el contexto de tal proyecto, sino también en momentos de la obra que Deleuze firma en solitario, contrasta con cierta escasez de referencias en los textos y seminarios del propio Lacan en sentido contrario, de tal modo que cabría concebir esta relación como una crítica unilateral y parcial en la que quizá cupiese echar de menos un turno de réplica. En términos generales, la acusación que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis lacaniano consiste en una denuncia de su aquiescencia para con la formación social capitalista, coincidente con su dependencia teórica respecto de la lingüística que, al tomar el orden signifiante como régimen privilegiado para la comprensión de cualquier proceso semiótico, determina una concepción meramente representativa del deseo y hace de la práctica psicoanalítica una instancia de reproducción de ciertas formas de sujeción conforme a las que resulta posible la constitución de una sociedad -la capitalista- erigida precisamente sobre aquello que es conjurado por otras formas de organización social (como atestiguan, entre otros fenómenos, la volubilidad y coexistencia de diversos códigos de conducta y criterios de diagnóstico de los sujetos y la diferente relevancia institucional de los mismos).

Deleuze y Guattari formulan sus propuestas en clara oposición con cierta imagen del psicoanálisis lacaniano que resulta, en primer lugar, dependiente de las tesis freudianas fundamentales. Las limitaciones que tales tesis arrastran consigo derivan de la introducción de determinados supuestos en la descripción de lo que el propio Freud considera su aportación fundamental, a saber, el “descubrimiento del inconsciente”. Sin embargo, es posible -e incluso obligado si atendemos a la lectura que Deleuze propone de la historia de la filosofía- encontrar en autores anteriores el reconocimiento de una dimensión que, escapando a la conciencia, juega un papel fundamental en la constitución de la misma. Este es el caso de Hume, Leibniz o Spinoza (quien ya indicaba la existencia paralela de un desconocido del cuerpo y un inconsciente del pensamiento), si bien -y esto siempre siguiendo la línea trazada por Deleuze al respecto- tal papel no satisface necesariamente ciertas exigencias cohesivas de lo social al nivel

de los procesos de subjetivación a las que, sin embargo, el psicoanálisis sí parece contribuir satisfactoriamente. Deleuze atribuye este éxito al hecho de que el cumplimiento de esta función cohesiva pasa por el ejercicio de ciertas prácticas etiológicas y terapéuticas, así como por las formulaciones teóricas correlativas, que involucran necesariamente una concepción semiótica: la identificación, agrupación y evaluación de los síntomas es solidaria de cierta comprensión del signo e inseparable de una actividad creativa, la sintomatología, que fácilmente puede caer presa de exigencias de carácter reactivo y albergar pretensiones de normatividad en función de las semióticas concurrentes en el campo social en el que la acción psicoanalítica surge y es ejercida. Será preciso, por tanto, explicitar cuáles son las condiciones de reconocimiento y empleo de los signos en dicho campo social para después comprobar si realmente la concepción semiótica lacaniana adolece de las mismas limitaciones y resulta ser, así, un aparato represivo o inhibidor de nuevas formas de estructuración de lo social.

Puesto que el título propuesto parece indicar algún tipo de comparación entre dos autores, podría hacer esperar un acercamiento simétrico (y aproximadamente de igual extensión) a cada uno de ellos, de tal modo que el sistema del texto, independientemente de su presentación concreta en capítulos y secciones, sería reducible a un modelo ternario (a saber, “Deleuze”, “Lacan”, y “conclusiones”). Sin embargo, el enfoque elegido difiere ligeramente de este esquema. El punto de partida no será tanto el pensamiento “en general” de un autor u otro, ni tampoco una comparación entre ambos término a término (opción que, si bien puede dotar al trabajo de muy diversas virtudes, no parece garantizar en absoluto la conservación de la consistencia conceptual del repertorio dispuesto por cada uno), sino una labor de clarificación de la concepción semiótica propuesta por el pensamiento de Deleuze, tanto en las obras que firmó en solitario como en las que comparte autoría con Felix Guattari, a través de una exposición más detallada de sus afinidades con los trabajos de otros en el ámbito del lenguaje y los signos. No obstante, las discrepancias entre estos estudios y las tesis de Deleuze -o más bien, entre gran parte de lo que éstos proponen o suponen y el uso que Deleuze hace de ello- son numerosas, y hacerlas objeto de un tratamiento adecuado desviaría considerablemente el desarrollo y el sentido final de este volumen, por lo que optaremos más bien por mostrar las resonancias que surgen de aceptar por principio el modo en que el propio Deleuze se sirve de los diferentes conceptos. Tal decisión obedece a una necesidad de restricción que brota de la propia hipótesis a partir de la que se desarrolla este trabajo, puesto que está muy lejos de sus pretensiones decidir si, por ejemplo, Deleuze es más o menos fiel que Lacan al pensamiento de Peirce cuando emplea términos como “símbolo”, “índice” o “interpretante”, sino que se aproxima más a la caracterización de una cierta perspectiva semiótica materialista desde la que

las consideraciones pragmáticas aparecen como irreducibles a la condición de meros epifenómenos respecto de las estructuras sintácticas y semánticas, para después comprobar hasta qué punto podemos considerar las producciones más tardías de Lacan -puesto que comportan necesariamente una descripción de los enunciados en el contexto de la cura-, como pertenecientes o no a dicha perspectiva. Esta caracterización no se concibe a sí misma en absoluto como exterior a la propia construcción del *corpus* deleuzeano; antes bien, entendemos que es una línea más del proyecto de subversión de cierta “imagen del pensamiento” que hace de la inmanencia su divisa y propone el criterio de “otra” selección, completamente heterogénea con respecto a la que es posible rastrear en el platonismo y su legado.

Según la lectura que propone Deleuze, la vocación platónica de selección lo es entre pretendientes, y lo que se reparte es la participación con respecto a algo, la Idea, que conserva su estatuto inactual con independencia de cuáles sean sus diferentes efectuaciones, de manera que siempre se hurta a dicha participación⁹. Ahora bien, el «el regalo envenenado del platonismo consiste en haber introducido la trascendencia en la filosofía»¹⁰ al concebir de acuerdo con el modelo de lo Idéntico aquello que es radicalmente heterogéneo con respecto a la determinación que condiciona. Lo Imparticipable se propone como una suerte de Identidad, puesto que posee lo participado *al principio*, y tal principio se sitúa en un tiempo mítico, el pasado de la Idea, que, sin embargo, no puede ser concebido más que sobre el modelo de un presente asimismo mítico, un tiempo inmemorial que el método de la división supone en su vocación selectiva. De este modo, la introducción de la trascendencia constituye ese “regalo envenenado” que afecta al platonismo y al aristotelismo, y que encuentra en la concepción matemática de la definición criticada por los estoicos una concepción de la dialéctica que atribuye a la forma (los géneros y las especies) cierta efectividad causal de carácter incorporal en virtud de la cual lógica y física pueden coincidir. Es al linaje de pensamiento que encuentra aquí su carta de naturaleza (y que Deleuze designa también con diversas expresiones, como “imagen del pensamiento” o “representación”) al que resulta posible (y esta es, en gran medida, la clave que justifica la elección y el carácter de las “monografías” deleuzeanas) oponer un movimiento de subversión. Si consideramos con Deleuze la triada platónica que distingue y relaciona “Lo Imparticipable”, “la participación” y “los participantes”, como correspondiente a la serie “Padre-hija-pretendientes”, no parece aventurado designar a tal movimiento como “perversión”, atendiendo tanto a la caracterización y relevancia que concede el propio Deleuze a este peculiar modo de estructuración del aparato psíquico, como al sentido que Lacan señala

9 Cf. *LS*, Apéndice I “Platón y el simulacro”.

10 *Critique et clinique*, Paris, Minuit, 1993 (trad. Kauf, T., *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 1996), cap.16 “Platón, los griegos”, p. 190.

interviniendo sobre la grafía del término (“*père-version*”).

«Toda reacción contra el platonismo es un restablecimiento de la inmanencia en su extensión y en su pureza, que prohíbe el retorno de un trascendente. La cuestión estriba en saber si una reacción de estas características abandona el proyecto de selección de los rivales o si establece por el contrario, como creían Spinoza y Nietzsche, unos métodos de selección absolutamente diferentes: éstos ya no se refieren a las pretensiones como actos de trascendencia, sino a la manera según la cual lo existente se llena de inmanencia (el Eterno retorno, como la capacidad de algo o de alguien de regresar eternamente). La selección ya no se refiere a la pretensión, sino a la potencia. La potencia es modesta, es el polo opuesto de la pretensión. En realidad, las únicas que se sustraen al platonismo son las filosofías de la inmanencia pura: desde los estoicos a Spinoza o Nietzsche»¹¹

Puesto que entendemos que es en este sentido, como restablecimiento de la dimensión de los criterios al ámbito de inmanencia en el que se originan y funcionan, en el que el trabajo de Deleuze sugiere el trazado de un linaje en el ámbito de las investigaciones acerca del lenguaje donde se incluyen creaciones conceptuales atribuibles a autores agrupados habitualmente en escuelas o tendencias diferentes, será prioritario abordar una reconstrucción de su propia concepción semiótica que, por un lado, supere la inevitable dispersión de las referencias al signo en el conjunto de su obra, y, por otro, consiga iluminar este conjunto a partir de una exposición específica de lo que en la misma frecuentemente no pasan de ser breves alusiones. No obstante, tal exposición deberá evitar resultar innecesariamente prolija, puesto que su propósito no va más allá de intentar proporcionar acceso a una cierta condición de unidad de las tesis deleuzeanas acerca del signo capaz también de dar cuenta de su propia proliferación interna, limitándose a mostrar la procedencia y articulación de las diferentes nociones que componen la concepción semiótica de Deleuze con objeto de poder, posteriormente, comprobar si algunas de estas nociones se hayan o no presentes en las propuestas más tardías de Lacan. A esta primera parte del trabajo deberá seguir una explicación de cómo tal concepción se conecta con otro proyecto -que quizá encuentre su primera encarnación en la propia *Presentación de Sacher-Masoch*, aunque esté presente de un modo u otro en toda la producción deleuzeana, especialmente en sus trabajos sobre Proust, Kafka o Francis Bacon, y acceda a una formulación explícita en el volumen de 1993 *Crítica y clínica*¹²-, dedicado a revisar los fundamentos de la sintomatología y la función de la práctica clínica. En la presentación de esta revisión, resultará necesario poner en juego nociones clarificadas en la primera parte y, tanto exponer sumariamente los reproches fundamentales que Deleuze y Guattari dirigen a la teoría psicoanalítica de corte lacaniano tal y como ellos la reciben, así como al papel del ejercicio psicoanalítico institucional en el contexto de la formación social capitalista.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

En general, y precisamente por la concurrencia en los *agenciamientos* de lo s  nico y lo libidinal, la posición semiótica de Deleuze comporta una concepción del inconsciente opuesta a una cierta imagen de la lacaniana, a la que presenta como dependiente de la primacía del significante y de la interpretación, y que resulta así heredera tanto de las limitaciones de las propuestas freudianas como de las de la semiología inaugurada por Saussure. Ahora bien, puesto que, más allá del consabido lema según el cual el trabajo de Lacan no sería más que una aplicación de las tesis de Saussure, Levi-Strauss o Jakobson al aparato conceptual freudiano y a su propia práctica clínica, resulta patente en los textos¹³ un distanciamiento con respecto a la lingüística tal y como ésta es presentada en la revisión crítica acometida por Deleuze y Guattari. Si concedemos a Lacan que lo que orienta el desarrollo teórico de sus elaboraciones conceptuales no es otra cosa que la actividad clínica, cabe considerar como correlativo a ese apartamiento respecto de la ortodoxia lingüística un reconocimiento de la imposibilidad de abordar semejante actividad sobre la base de una consideración lógica y discursiva, que aún permanecería prisionera de una concepción representativa o representacional del lenguaje y el deseo, y que no permitiría pensar la intervención terapéutica más que como aplicación de patrones y metodologías de carácter autosuficiente que, de un modo u otro, terminarían por reproducir el esquema hilemórfico e introducir el reconocimiento de algún tipo de causalidad incorporal trascendente: de este modo, el trabajo de Lacan quedaría enmarcado en aquella “imagen del pensamiento” que Deleuze se propone subvertir. Este proyecto de subversión afecta necesariamente a los puntales sobre los que tal “imagen” se erige y que la hacen capaz de reducir el pensamiento al modelo del reconocimiento y el sentido a aquel régimen de significación en el que el pensamiento y lo real encuentran la condición de posibilidad de su correspondencia, a saber, la lógica de la representación. Los principios de contradicción y del tercero excluido aparecen así, no sólo como condiciones restrictivas y fundantes del *lógos*, sino también como caracteres constitutivos de la *physis* y, de acuerdo con el diagnóstico de Deleuze, se basan en última instancia en un uso exclusivo o excluyente de la disyunción que subordina toda compresión de las diferencias a la identidad, bien sea sobre la base de una equivalencia, bien según el modelo de la reconciliación en una unidad superior. La disyunción aparece así como una *no-relación* y es desprovista de toda potencia genética en virtud de la identidad del concepto como causa formal, en función de cuya preeminencia podría ser establecida una distribución fija de los predicados de carácter necesario que considera las relaciones como inherentes o derivadas de la constitución esencial de los términos de la que deriva, asimismo, la

13 Consideraremos preferentemente en este trabajo los textos de Lacan producidos desde mediados de la década de los sesenta, prestando especial atención a los seminarios 16, 17, 19, 20, 22, y 23, aunque el recurso al seminario desarrollado durante el curso 1955-1956 en torno a las psicosis sería una referencia recurrente y también sería necesario acudir a los seminarios inéditos correspondientes a los cursos 1976-1977 y 1977-1978.

posibilidad de individuación de los entes conforme al modelo hilemórfico. La materia es comprendida como principio de individuación sobre la base de la distinción entre lo universal y lo particular, de tal modo que sólo en función de lo primero cabe establecer una clasificación de los avatares que conciernen al individuo según sean éstos de carácter necesario, posible o imposible, esto es, conforme a la regla que proporcionan relaciones de inclusión o exclusión. A este uso de la disyunción Deleuze opone un uso inclusivo que neutraliza semejante reparto, reconociendo esta no-relación como una relación productiva y diferencial que es primera respecto de los términos entre los que se establece. Este reconocimiento es correlativo a una recuperación del sentido genuinamente filosófico del concepto, más allá de su reducción a mero concepto proposicional por parte de la lógica a través de la sustracción de sus caracteres propios y su asimilación al modelo de la función científica o lógica como criterio de discusión en el dominio vivencial de la *doxa*. De resultados de tal operación, el pensamiento forma esa imagen de sí que lo hace prisionero del paradigma del reconocimiento¹⁴, haciendo imposible todo acceso genuino al problema de la génesis -por cuanto ésta no puede sino aparecer ya siempre representada-, y que sustituye la complejidad y la inseparabilidad de los componentes direccionales por un modelo de independencia que, lejos de incorporar las condiciones reales de su propia consistencia material, queda limitado al criterio de la no-contradicción formal.

«Parece como si la lógica anduviera siempre debatiéndose con el problema complejo de su diferencia con la psicología; sin embargo, se admite generalmente sin dificultad que erige como modelo una imagen legítima del pensamiento que nada tiene que ver con la psicología (sin ser normativa por ello). El problema estriba más bien en el valor de esa imagen, y en lo que pretende enseñarnos sobre los mecanismos de un pensamiento puro»¹⁵

El íntimo vínculo que liga semiótica, lógica y ontología se hace especialmente evidente cuando atendemos a la identificación entre lógica y física impugnada al aristotelismo por la concepción estoica de la dialéctica a través del trabajo de Émile Bréhier¹⁶ sobre los incorpóreos en el estoicismo antiguo. Por consiguiente, comenzaremos exponiendo el modo en que Deleuze recibe la crítica estoica al realismo platónico y aristotélico, que reconoce efectividad causal a un incorpóreo al que se concibe, no obstante, como un calco de lo actual. La relevancia de la obra de Bréhier reside en que sitúa en el primer plano de la cuestión algo que frecuentemente había sido tratado con menor profusión que otros aspectos del pensamiento estoico, por constituir una mera parte del sistema de la sabiduría, cuya cúspide es la ética. Sin embargo, entendemos que a la luz de las tesis de Bréhier, como el propio Deleuze señala, es posible acceder a cierto orden de comprensión de las relaciones entre cuerpos y

¹⁴“De todos los movimientos incluso finitos del pensamiento, la forma de la reconocimiento es sin duda la que llega menos lejos, la más pobre y la más pueril”. *Qph*, Cap. 6.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Cf. Bréhier, É., *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, París, Vrin, 1928

acontecimientos -y, con ello, del carácter específico del objeto de la dialéctica estoica- sin renunciar a una vocación terapéutica reconocida desde siempre al estoicismo, aunque basándose principalmente en sus textos más tardíos, donde la cuestión ética y el cuidado de sí se vuelven temas recurrentes. Puesto que tanto la etiología como la terapéutica conciernen a lo que el estoicismo antiguo entiende como acciones y pasiones corpóreas, la sintomatología adquiere un estatuto relativamente independiente (precisamente aquél que se reconoce a la dialéctica, puesto que los objetos de los que ésta se ocupa pertenecen a la dimensión de lo incorporeal), y compromete directamente una comprensión correspondiente del signo y de la proposición. El primer capítulo de este trabajo procurará clarificar el papel de la semiótica en la constitución de este vínculo entre causas y tratamientos, al tiempo que se propondrá establecer ciertas nociones (como “cuerpo”, “acontecimiento”, “expresable”, “signo”, etc.) tal y como entendemos que Deleuze se sirve de ellas desde las páginas de *Lógica del sentido*. También deberemos recoger del estudio de Bréhier la relevancia concedida a la proposición hipotética en la constitución de las relaciones semióticas, así como clarificar la relación entre la noción de “incorporación” y las dos lecturas del tiempo, *Cronos* y *Aión*, por cuanto estimamos que resulta fundamental para acercarse a la concepción de los procesos de individuación que Deleuze considera y a partir de cuyo desarrollo podrán explicarse los diferentes regímenes de signos que concurren en determinado campo social y de los que depende la asignación y valoración de sujetos y estados de cosas.

Reteniendo el carácter materialista del pensamiento estoico, que sólo acepta a los cuerpos como existentes reales, no cabe sino reconocer que tanto el objeto de la designación como la proposición que la efectúa, así como la conciencia para la que aparece, constituyen un determinado estado de cosas, un complejo de relaciones corpóreas del que la significación de la proposición constituye el atributo incorporeal, efecto de su interacción y cuyos componentes resultan designables en otras proposiciones. Cuando el estructuralismo hace su aparición en el campo de los estudios sobre el lenguaje, recupera este privilegio de las relaciones y los efectos a la hora de dar cuenta del estatuto y la función de los signos. Sin embargo, el estructuralismo en lingüística aún parece no haber llevado la distinción estoica hasta sus últimas consecuencias, puesto que el privilegio que concede a la lengua, tanto frente al proceso como en relación con cualquier otro sistema semiótico, conlleva un tratamiento en cierto sentido corpóreo del signo al reducir las condiciones de la significación a mera posibilidad lógica, dejando de lado las condiciones concretas de la aparición y el funcionamiento de los signos en la experiencia real. La teoría lingüística de Hjelmslev se propone superar ciertas dificultades con las que tropezaba el planteamiento de Saussure, a saber, la necesidad de contar con supuestos extralingüísticos

que diesen cuenta de la individualidad de la imagen acústica significante, por un lado, y de la del concepto significado por otro, y que fuesen capaces de explicar la actividad productiva de las lenguas naturales, esto es, el proceso en virtud del cual una lengua debe ser concebida, antes de como un repertorio de signos (aquél “tesoro” del que se habla en la introducción del *Curso de lingüística general*¹⁷), como cierto *dispositivo* [*agencement*] a partir del cual es posible una creación infinita de entidades sánicas. Asimismo, la validez de la respuesta de corte saussureano se sostenía sólo sobre las condiciones diferenciales de la estructura, esto es, de la lengua, relegando el habla y cualquier forma no lingüística de los signos a meras efectuaciones (siempre parciales *de facto* por ser diacrónicas, pero deudoras *de iure* de la totalidad sincrónica del sistema), variaciones (más o menos irrelevantes) y vacilaciones o subdesarrollos de ésta (que desde las teorías de la comunicación acaban encontrando lugar en la categoría general de “ruido”). A través de su reformulación de las principales nociones de Saussure, Hjelmslev consigue esbozar un método para el estudio de los sistemas de signos capaz de superar el dominio lingüístico y encontrar aplicabilidad en cualquier otro ámbito de fenómenos semióticos. Ahora bien, tal reformulación entraña dos compromisos: por un lado, la consideración de aquella materia a partir de la cual se establecen relaciones sánicas; por otro, la prioridad del proceso (del habla en el caso de las lenguas naturales) frente al sistema, que resulta determinado o segregado por el primero, de tal modo que la producción se sitúa en el primer plano de la investigación acerca del lenguaje. De acuerdo con la primera de estas propuestas, la doble articulación aparece como definitoria de cualquier fenómeno sánico y constitutiva de toda semiótica sólo por cuanto compromete una noción original, el *sentido*¹⁸ [*Mening*], a partir de la cual es posible la consideración de lo que las diferentes lenguas naturales tienen en común tanto con los lenguajes formales como con los sistemas de signos no lingüísticos. Ahora bien, puesto que el sentido, según lo concibe Hjelmslev, tiene el carácter de un *continuum*, considerado en sí mismo es independiente e irreducible al régimen formal en virtud del cual se constituyen sustancias individuadas, tanto del contenido como de la expresión, debe ser reconocido a este elemento un estatuto preindividual y productivo capaz de invertir la prioridad de la forma sobre la materia que caracteriza al hilemorfismo aristotélico y su herencia.

El sentido [*Mening*] no sólo es aquello que todos los sistemas de signos tienen en común, sino también aquello por lo que precisamente se distinguen, de tal modo que constituye

17 Cf. Saussure, F., *Cours de linguistique générale*, 2ª parte, cap. V, § 2.

18 El término danés del que se sirve Hjelmslev dista mucho de permitir una traducción sencilla. Sobre las dificultades concretas que plantea se tratará en el segundo capítulo: entretanto, presentaremos el término original entre corchetes cuando entendamos que sea necesario enfatizar su carácter concreto.

el substrato a partir del cual tienen lugar en cada caso los diferentes procesos de individuación, que forman entidades por contracción de diversas dependencias. Ahora bien, su consideración al margen de tales procesos incurriría en una abstracción que sería incapaz de dar cuenta de los diferentes modos de estructuración en concreto y estilizaría la comprensión de los mismos hasta el punto de tener que hacerse cargo de la existencia, por un lado, de una materia totalmente indiferenciada y, por otro, de una forma diferenciadora que, en última instancia, exigiría el reconocimiento de algún tipo de causalidad incorporal. Más bien, la relación entre sentido y forma deberá ser entendida a partir de la heterogeneidad del primero con respecto a las entidades sónicas determinadas en las que se manifiesta su encarnación, esto es, de acuerdo con su estatuto eminentemente virtual y en términos de diferencias de potencia. Deleuze encuentra en la teoría de la individuación intensiva propuesta por Simondon¹⁹ un complemento adecuado para caracterizar la virtualidad propia del proceso que hace de la explicitación del sistema un caso más de incorporación de los acontecimientos que cabría considerar como “propriadamente estructurales” -conforme a la terminología del artículo de 1967 dedicado a caracterizar el estructuralismo- y que el propio sistema, por su parte, sería incapaz de explicitar. Será necesario aquí que la exposición de los diferentes modos de estructuración de los sistemas de signos recurra a la terminología introducida en el capítulo dedicado a las propuestas de Hjelmslev, al tiempo que se vayan presentando las diferentes nociones desarrolladas por Simondon -lo que no difiere mucho del modo en el que se construye el tercer capítulo de *Mil Mesetas*²⁰- prestando especial atención a su caracterización del proceder analógico, puesto que la posibilidad efectiva de intervención corpórea a partir de la relación de expresión debe pasar por recusar aquella concepción que asimila la forma de expresión lingüística a un mero código y que, reintroduciendo el esquema hilemórfico, legitimaría la reducción de tal forma a un medio de comunicación de entidades de contenido preexistentes entre individuos sustanciales y relegaría la pragmática a un lugar accesorio y derivado. Asimismo, en la comprensión deleuzeana de los diferentes procesos de individuación juegan un papel central las nociones de desterritorialización y desterritorialización, y puesto que tales nociones son relacionadas con los diferentes modos de vínculo sónico explicitados por Peirce (a saber, iconos, índices y símbolos), resultará necesario clarificar en qué sentido son tomados estos modos por Deleuze y Guattari y cómo dicha recepción juega también un papel determinante a la hora de establecer una concepción general del síntoma y de su inserción en diferentes regímenes.

Que el proceso -a saber, la enunciación a partir de la cual se construyen las diferentes

19 Cf. Simondon, G., *L'Individu et sa genèse physico-biologique*, Grenoble, J. Millon, 1995. - *L'Individuation à la lumière des notions de forme et d'information*, Grenoble, J. Millon, 2005.

20 Cf. *MP*, cap. 3.

situaciones comunicativas- pueda ser considerado en su dimensión productiva pasa por reconocer a la relación de expresión una relevancia que impugna necesariamente tanto la prioridad del orden de la significación como el supuesto de una constitución entitativa de los interlocutores independiente del dispositivo en virtud del cual se hace posible la enunciación misma en favor de la noción de lo colectivo y de los procesos de individuación correspondientes. De este reconocimiento se deriva una inversión en la consideración de lo social que trastoca notablemente la pretensión de Saussure de construir la semiología como ciencia de los signos en el seno de la vida social y que incumbe al lugar de la pragmática en las investigaciones acerca del lenguaje. Mientras que Saussure, Benveniste o Chomsky defienden la necesidad de un análisis lingüístico depurado de elementos ajenos al sistema (de tal modo que es éste el que debe aparecer como condición de posibilidad del proceso), Deleuze y Guattari recuperan la noción de acto ilocutorio tal como Austin la formula, esto es, como acto coextensivo a toda enunciación. En este sentido, el trabajo de Oswald Ducrot recoge dicha noción y desarrolla una teoría de los presupuestos discursivos fundamental a la hora de comprender el estatuto reconocido por Deleuze y Guattari al lenguaje, por lo que este recurso resultará una alusión pertinente para clarificar el vínculo entre enunciación, política y sintomatología, puesto que esta última, al situarse en una suerte de “tierra de nadie” (es decir, al ubicarse por fuera de los dominios de la etiología y de la terapéutica), hace patente el carácter problemático y la potencia crítica de los actos discursivos. Si este carácter crítico debe ser tomado en sentido kantiano, esto es, como aquella posición en la que los primeros principios de las diferentes doctrinas pueden ser puestos en cuestión -como un espacio de tránsito entre dominios diferentes, con territorialidades asignadas y sistemas formales determinados-, debemos entender con Lyotard que es análogo a lo historicopolítico²¹ y, por consiguiente, la sintomatología como enunciación en la que «se trata de diseñar un “cuadro”»²² debe dar cuenta de los supuestos inmanentes que introduce, puesto que efectúa actos que se distinguen tanto de las causas (objeto de la etiología) como de los tratamientos (competencia de la terapéutica) y conciernen directamente al aspecto creador del discurso por cuanto es la dimensión acontecimental de la fantasía la que hace posible la relación de expresión.

Lacan insiste con frecuencia en que lo que él mismo denomina su “enseñanza” no es sino un desarrollo que parte de la práctica psicoanalítica, y, de acuerdo con cierta lectura de las

21 «Hay una afinidad entre lo crítico [...] y lo historicopolítico: ambos deben juzgar sin poseer la regla del juicio, a diferencia de lo jurídicopolítico (que, en principio, posee la regla del derecho)». Lyotard, J. F. *L'enthousiasme*, Paris, Éd. Galilée, 1986 (trad: Bixio, A. L., *El entusiasmo: crítica kantiana de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1987).

22 Deleuze, G., “Mística y masoquismo” (entrevista con Madeleine Chapsal en *La Quinzaine Littéraire* 25, Abril 1976) en *ID*.

producciones conceptuales que van apareciendo en su trabajo, podría reconocerse en ello una inversión del paradigma tecnológico sobre el que se construye el modelo hilemórfico y, por consiguiente, una emancipación respecto de supuestos ontológicos de índole esencialista de acuerdo con los que el inconsciente y el deseo resultan abocados a una concepción meramente representativa. La clínica psicoanalítica, entendida como proceso de producción de enunciados comporta supuestos y condiciones relativas a la situación de discurso de las que ni las interpretaciones proferidas por el analista del tópico freudiano ni el característico silencio de corte lacaniano pueden quedar excluidas. Tal proceso es propuesto como dato, punto de partida para la construcción de la teoría clínica psicoanalítica entendida como explicitación del sistema a partir del cual podrán retroactivamente identificarse enunciados, gestos, omisiones y demás manifestaciones en los fenómenos de transferencia como signos, esto es, como expresiones relacionadas con un plano del contenido, formando regímenes en virtud de los cuales tiene lugar la formulación de diagnósticos y la intervención terapéutica correspondiente a los mismos. En este contexto, será necesario considerar la relevancia de las alusiones de Lacan a las propuestas de Peirce y considerar en qué sentido la función del índice es relacionada con la determinación del síntoma, así como el modo en que las nociones de “interpretante” y “semiosis ilimitada” se vinculan con la afirmación lacaniana “no hay Otro del Otro”, puesto que de la asunción de ésta entendemos que deriva un viraje que afecta tanto a la reconstrucción de la clínica psicoanalítica como al abordaje de su práctica.

Puesto que tanto la relación entre analista y *analizante*²³ como la propia construcción de la teoría psicoanalítica tienen lugar como actos de enunciación, la pregunta debe situarse al nivel de los supuestos puestos en juego y del modo en que éstos articulan ambas dimensiones, práctica y teórica. Uno de los puntos principales de la crítica que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis consiste en señalar cómo el carácter productivo de la enunciación resulta bloqueado por la interpretación, de tal modo que los enunciados son remitidos a la representación de un sujeto de enunciación -considerado su causa- que se sirve en ellos de ciertas entidades expresivas en virtud de las cuales obtiene una representación de sí siempre parcial dentro de un orden de significación constituido por enunciados ya formados y presentes en el campo social. De este modo, la actividad psicoanalítica en general resultaría ser un dispositivo [*agencement*] particularmente eficaz a la hora de reprimir el carácter realmente productivo del proceso, puesto que reduciría su virtualidad a variaciones evaluables desde el punto de vista de la significación, constituyendo así un movimiento de subjetivación a partir de

23 La propuesta lacaniana de sustituir el empleo del término “paciente” por el de “analizante” no resulta inocua en absoluto, especialmente cuando se atiende a la relevancia que la distinción entre sujeto del enunciado y sujeto de enunciación, como podremos hacer explícito en el sexto capítulo del trabajo.

cierta sintomatología y en las condiciones concretas de la sociedad capitalista. Esta formación social compartiría con el psicoanálisis ciertos supuestos relativos a la constitución de una semiótica mixta capaz de conjugar la interpretancia del régimen signifiante con la subjetivación postsignifiante en un orden social consistente construido, no obstante, sobre la circulación de flujos descodificados y por sí mismos asignificantes, haciendo del psicoanálisis una máquina social de reterritorialización capaz de mantener la circulación de tales flujos subordinada a las exigencias de dicho orden mediante la producción de lo que Deleuze y Guattari llaman “simil-códigos” o “reterritorializaciones arcaizantes”, en las que el factor productivo quedaría bloqueado y encerrado dentro de las formas de subjetividad y enunciación correspondientes, deudoras del modo en que la lingüística efectúa, por diversos caminos, la reducción de la semiótica a semiología, relegando la pragmática a una dimensión de segundo orden dentro de sus investigaciones a la que no se podría reconocer, en rigor, una función determinante y productiva con respecto a los diferentes regímenes de signos. Sin embargo, prestando atención a lo que en numerosos estudios aparece designado como “último Lacan” o “giro lacaniano hacia lo real”, entendemos que si en la elaboración misma de la teoría a partir de la experiencia clínica se considera la dependencia en la que, de acuerdo con Hjelmslev, se hayan siempre ya contraídos proceso y sistema -a saber, una función de la que el proceso resultaría ser la variable determinante y el sistema la constante determinada-, se abre un camino para la relectura de la conocida tesis lacaniana según la cual “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” que justificaría las explícitas negativas del propio Lacan a admitir que su trabajo pudiese consistir en una aplicación de las tesis estructuralistas al ámbito abierto por el “descubrimiento” freudiano²⁴. Es frecuente encontrar en la literatura sobre Lacan²⁵ una división de su trabajo en tres periodos que parece indicar un progresivo apartamiento respecto de supuestos esencialistas y dialécticos conforme a los cuales encuentran cierta inteligibilidad sus primeras producciones conceptuales y que justifica la pertinencia de esta relectura. Así, a grandes rasgos, se distingue, en primer lugar, un periodo hegeliano, marcado fuertemente por la recepción a través de Kojève de la dialéctica del amo y el esclavo, que encuentra en el modelo del reconocimiento la clave para concebir el aparato psíquico sobre la base del régimen signifiante. Después, tiende a hablarse de un periodo propiamente “estructuralista” en el que las distinciones fundamentales de Saussure (a saber, *sistema* o *lengua* y *habla* o proceso, signifiante y significado, etc.) y las propuestas de Jakobson relativas a la metáfora y la metonimia resultan centrales, abriendo el camino para el ejercicio

24 «Mi decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no pertenece al campo de la lingüística. Es una puerta abierta [...] sobre la frase que el año pasado escribí varias veces en el pizarrón sin nunca desarrollarla: *Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha*». Seminario 20, 21/11/1972.

25 Cf. Miller, J. A., *El lenguaje, aparato del goce*, Buenos Aires, Diva, 2000, y Milner, J. C., *El periplo estructural. Figuras y paradigmas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

de la interpretación más allá de la representación edípica característica de la ortodoxia freudiana. Por último, los comentaristas tienden a fechar en 1972, basándose en las elaboraciones presentadas en el *Seminario 20*, el comienzo de un último periodo en el que la propia concepción de la cura tiende a ser puesta en cuestión como resultado de la impugnación tanto de la preeminencia de lo simbólico en la estructura del aparato psíquico como de la prioridad de la comunicación en el orden del habla. Resultará crucial acometer en este sentido una clarificación de los supuestos sobre los que se construye el discurso psicoanalítico lacaniano con objeto de dar cuenta de en qué sentido concibe Lacan el modo de estructuración del inconsciente, esto es, qué entiende en general por “lenguaje” y por “estructuración” en su célebre fórmula a la luz de sus creaciones conceptuales más tardías. En este sentido, tal aclaración pasa por esbozar hasta qué punto la concepción lacaniana del signo puede independizarse de aquellos postulados que lastran a la lingüística (aquellos que Deleuze y Guattari impugnan en el cuarto capítulo de *Mil Mesetas*) y si es capaz de recuperar en cierta medida el carácter infraestructural y productivo del inconsciente, para lo que resulta fundamental mostrar qué concepción de lo simbólico y lo real pone en juego Lacan. Abordamos así la cuestión de si su pensamiento entiende lo primero en exclusiva conforme al modelo del régimen signifiante y si, en lo relativo a lo segundo, mantiene alguna suerte de sustancialismo capaz de justificar la escisión entre lo público y lo privado que es puesta en entredicho desde el momento en que Deleuze y Guattari señalan que lo político y lo libidinal no constituyen sino una única economía -lo que se pone de manifiesto en su concepto de “minoría” como eliminación de la mediación en virtud de la cual es posible mantener la distinción. A partir de la impugnación de esta escisión deberemos preguntar en qué sentido el psicoanálisis lacaniano favorece o no su preservación, justificando su propia inserción como doctrina y práctica clínica en ese limbo de neutralidad donde se pretendidamente se ubican las ciencias y técnicas, o si, por el contrario, es capaz de hacerse cargo del carácter político de toda sintomatología y puede ser relacionado con modos de intervención efectiva que recusen cualquier connivencia acrítica con respecto a las formas de normalización de la subjetividad, reivindicando así su potencial productivo como prácticas de resistencia y transformación.

Con independencia de toda pretensión de fechar aquí de forma exacta en qué momento el pensamiento de Lacan se independiza respecto de la dialéctica y el estructuralismo heredero de Saussure, consideraremos una serie de nociones introducidas en los últimos años de elaboración del mismo, así como ciertas modificaciones efectuadas respecto a otras ya presentes en momentos anteriores, con objeto de mostrar, tanto a unas como a otras, como momentos de un mismo proceso en el que tiene lugar el cuestionamiento del lenguaje como

estructura del inconsciente y de la comunicación como función preeminente del habla. Así, en este último periodo, la formación del concepto de *lalengua* [*lalangue*] se mostrará como correlativa a un cambio en la concepción lacaniana del goce y de lo Real: si bien en los primeros seminarios (y de forma prácticamente exclusiva en los *Ecrits*) el goce se concibe como el negativo inalcanzable del placer, y lo Real, por su parte, como aquello que la simbolización estructural deja fuera, conforme la década de 1960 va tocando a su fin ambas nociones pasan a ocupar un lugar central en virtud de cierta reformulación de la teoría, lo que dificulta considerablemente la aplicabilidad de la concepción bifaz del signo en el ámbito de actividad del psicoanálisis y modifica la comprensión lacaniana de la relación entre sentido y sinsentido. Aunque aceptemos la convención doxográfica de que el *Seminario 20* es aquél en el que se presentan de forma explícita las invenciones y modificaciones más relevantes de este “tercer periodo”, es preciso señalar ya en 1969 tanto ciertos antecedentes de las mismas como una suerte de justificación de la hipótesis de este trabajo que apunta a una influencia del pensamiento llamado “postestructuralista” sobre el trabajo de Lacan en lo que se refiere a la inserción de la dimensión productiva en las consideraciones semióticas. Entre noviembre de 1969 y diciembre de 1970 Lacan dicta su decimoséptimo seminario, titulado *El reverso del psicoanálisis*, donde, a propósito de un comentario del *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein, aquello que no comparece de forma concordante con el régimen de la significación deja de ser presentado como una *falta* para aparecer como un *resto*, esto es, un exceso discordante e irreducible a la *forma lógica* sobre la que se funda la posibilidad del decir significativo. Puesto que tal forma es considerada de acuerdo con aquella concepción representacional que, ya desde Aristóteles, se funda en la contradicción y en el principio del tercero excluido, dicho resto debe necesariamente sustraerse a la posibilidad de cierre, es decir, al régimen de relaciones característico de la lógica aristotélica (articulado sobre lo necesario y lo imposible), de manera que el estatuto correspondiente a este resto es el de *no-todo*. La relación entre este *no-todo* y el único concepto del repertorio lacaniano al que Deleuze y Guattari reconocen explícitamente un estatuto maquínico -a saber, el *objeto a-* encuentra un primer intento de presentación conforme al modelo de la lógica simbólica en las fórmulas o tablas de la sexuación, en las que se hace patente la insuficiencia de la representación edípica y la lógica del falo a la hora de dar cuenta de las formaciones del inconsciente desde el punto de vista de lo real y de su dimensión procesual y productiva. Se pone de manifiesto así el carácter fundante de la excepción con respecto a todo sistema formal y su papel en la proliferación de sustancias y compuestos. Sin embargo, esta formalización deja siempre escapar ese resto, puesto que toda pretensión de reducción de lo Real a forma lógica introduce necesariamente la dimensión de lo simbólico, pero en este caso en una modalidad especialmente proclive a

ocultar el componente connotativo desde el que es posible acceder al elemento genético de los diferentes regímenes de signos. El concepto de *lalangue* viene precisamente a acentuar esta inmanencia inadvertida de lo simbólico y lo real, puesto que designa la articulación del goce con el significante como aquello que precisamente se pierde en toda matematización y, cabría añadir, en toda explicitación de un sistema sincrónico que eludiese considerar las variables pragmáticas de acuerdo con su carácter genético y la propia enunciación como condición constitutiva de su sujeto. De esta insuficiencia parece surgir el recurso de Lacan a un cierto uso de la topología (que, por mor de la precisión conceptual, J. D. Nasio propone distinguir de su uso matemático a través del empleo neologismo “topologería”²⁶) en el que encontrar el espacio propio de un inconsciente que ya no quepa concebir de modo representativo, como una suerte de negativo de la conciencia, sino en relación con el carácter propiamente productivo del deseo, restituido en sus potenciales genéticos para dicha conciencia y sus avatares. Así, considerando el proceso en el cual se constituye la individualidad personal de la conciencia como entidad sustancial y referencia para la designación operada por los enunciados significativos e interpretables, la noción lacaniana de *letra* acusa una modificación respecto al sentido que introducía en los años cincuenta. De proponerse como equiparable al fonema -conforme a determinada recepción de la concepción lingüística de Saussure y Jakobson- y ubicarse de pleno derecho en el ámbito de lo simbólico, en torno a 1971²⁷ pasa a situarse en el orden de lo Real y, en consecuencia, más allá de la esfera de la significación: el signo (S₁) deja de ser inseparable de un saber (S₂) para aparecer en su literalidad y ser concebido primeramente como *germen* de un proceso de estructuración irreductible a sus manifestaciones discursivas actuales. Su sinsentido apunta a la intervención de lo presubjetivo, de lo preindividual, que suspende la correspondencia entre entidades del contenido y entidades de la expresión, haciendo de la disyunción objeto de afirmación y presentando un goce suplementario del que las relaciones biunívocas y la concepción de lo activo y lo pasivo ligada al esquema hilemórfico no pueden dar cuenta.

«Consideremos solamente los términos activo y pasivo, por ejemplo, que dominan todo lo que se ha cogitado de la relación de la forma y la materia, esa relación tan fundamental a la que se refiere cada paso dado por Platón, y luego por Aristóteles, en lo que concierne a la naturaleza de las cosas [...] Lo

26 Nasio, J. D., *Les yeus de Laure. Le concept d'object a dans la théorie de J. Lacan*, Paris Aubier, 1987 (*Topologería. Introducción a la topología de Jacques Lacan*, trad. Etcheverry, J.L., Buenos Aires, Amorrortu, 2007). Mientras que Nasio presenta la elección de este término en paralelo con la diferencia que Lacan introduce respecto de la lingüística con la invención del término “lingüistería”, su propuesta carece de las implicaciones críticas que tiene la operación de Lacan y que serán justificadas en este trabajo. Los motivos por los que Lacan se sirve de figuras topológicas tendrán que ver, más bien, con la necesidad de encontrar un espacio en el que el *mostrar* pueda independizarse en el máximo grado posible de las condiciones del *decir*, que son precisamente aquellas que resultan impotentes para expresar lo real del deseo y que determinan la creación del vocablo “lingüistería”. Sin embargo, entre la topología matemática clásica y la “topologería” lacaniana no encontramos el mismo tipo de relación.

27 Lacan, J., “Lituraterre” en *AES*.

extraño es que en esta tosca polaridad que hace de la materia lo pasivo y de la forma el agente que la anima, algo se introdujo, pese a todo, aunque ambiguo, a saber, que esa animación no es otra cosa que el objeto *a*, cuyo agente anima ¿qué? No anima nada, toma al otro por su alma»²⁸

Lacan formula con insistencia, ya desde sus primeros textos e intervenciones, que el sentido de su trabajo no es otro que el de un “retorno a Freud”. Ahora bien, de qué pueda estar entendiendo Lacan como “retorno a” depende tanto su posición acerca de la potencia de la repetición como su concepción general del signo y la clínica, al menos por lo que toca a la relación entre proceso y sistema. El 22 de febrero de 1969, Lacan asistió a la conferencia que Michel Foucault dictó en la Sociedad Francesa de Filosofía referida a la cuestión del autor²⁹. Su relevancia a la hora de considerar el sentido de las producciones discursivas lacanianas tiene que ver, por un lado, con la consideración foucaultiana de la noción de autor como “momento fuerte” de un proceso de individuación del que es necesario explicitar las condiciones de funcionamiento, y, por otro, con la caracterización especial del autor como instaurador de discursividad, cuyo peculiar acto de enunciación comporta la exigencia de ese “retorno a” en el que Lacan inscribe su propia obra. Puesto que el autor aparece como una de las modalidades o especificaciones posibles de la función del sujeto, reproduce necesariamente a su propia escala las dificultades relativas al estatuto signico del nombre propio, situado a medio camino entre la designación y la significación, si bien en este caso, por vincularse necesariamente con funciones de autenticación y propiedad relativamente independientes respecto de las condiciones de validez probatoria de la ciencia moderna, su capacidad de intervención en relación con la consideración del discurso mismo pone de manifiesto la insuficiencia de todo recurso de corte realista tanto a entidades personales efectivamente constituidas como a un ámbito intersubjetivo exterior y autoconsistente. La heterogeneidad señalada por Foucault en lo que concierne al modo de designación entre el nombre propio corriente y el nombre propio de autor remite, por un lado, al modo de existencia y circulación de ciertos discursos en determinado campo social y, por otro (y puesto que este campo social es precisamente, la sociedad capitalista), a la consideración de la escritura como práctica vinculada esencialmente con un modo de exterioridad inmanente, esto es, como enunciación inserta en un determinado dispositivo colectivo en el que el autor aparece como marca de una singularidad a partir de la cual la obra resulta determinada y puede ser referida al sujeto personal que escribe. Mientras que, según señala Foucault, antes del siglo XVIII la propiedad de un texto remitía prioritariamente al modelo de la apropiación penal -lo que resulta solidario con el irreductible carácter de “actos de habla” de los textos, puesto que el nombre de autor designa el posible

28 *Seminario 20*, 13/3/1973.

29 Foucault, M., “Qu'est-ce qu'un auteur?”, Conferencia en la Sociedad Francesa de Filosofía, 22 de febrero de 1969. Publicado en *Littoral* n°9, juin 1983 (trad: Mattoni, S., “¿Qué es un autor?”, *Littoral* n° 25/26, Córdoba, Edelp, 1998.

agente de una transgresión en virtud de la cual podría hacerse merecedor del castigo correspondiente-, en la sociedad capitalista esta dimensión de la propiedad se articula con la de una singularidad a partir de la cual resulta posible la constitución de algo así como un “patrimonio” subsumible bajo la rúbrica del nombre de autor y que hace de la transgresión el imperativo propio de la producción literaria. En este sentido, es posible considerar la referencia de Lacan a Joyce a la hora de construir la noción de *sinthome* en relación con el funcionamiento del nombre propio en determinado campo social a propósito de la escritura como enunciación que subvierte la propia regla desde la que se formula. La inmanencia de tal subversión respecto al propio discurso se hace accesible desde el momento en que es reconocida como necesaria la distancia en virtud de la cual el sujeto que escribe resulta diferido y borrado en la enunciación a partir de la que se construye la obra, de manera que, frente a la remisión de las condiciones del discurso a la constitución de un individuo real, debe reconocerse una pluralidad de sujetos de enunciación para los que el modelo del Nombre-del-Padre y la forma del sentido común resultan insuficientes y que reclama la sustitución de la metáfora como determinación fundamental del modo de ser del lenguaje por el estilo indirecto como instancia presubjetiva y eminentemente procesual a partir de la que puede surgir la representación del sujeto como sistema. En el debate posterior a la conferencia, Lacan es el último en tomar la palabra para encarnar la referencia omitida en la explicación de la noción de “retorno a” ofrecida por Foucault y para puntualizar que tanto la cuestión de la borradura del autor como la de su propio “retorno a Freud” no tienen tanto que ver con la desaparición del sujeto cuanto con el estudio de la dependencia en la que el sujeto parece como terminal y que designa con el término “significante”, con independencia de si tal estudio es o no es calificable en sentido estricto como “estructuralista”.

«En segundo lugar, quisiera hacer notar que, estructuralismo o no, me parece que en ninguna parte, dentro del campo vagamente determinado por esa etiqueta, se trata de la negación del sujeto. Se trata de la dependencia del sujeto, lo que es extremadamente diferente; y muy particularmente, en el nivel de retorno a Freud, de la dependencia del sujeto con relación a algo verdaderamente elemental y que hemos intentado aislar bajo el término de “significante”»³⁰

Ahora bien, si se restringiese la extensión del término “estructuralismo” a aquellos enunciados constitutivos agrupados en el *Curso de lingüística general* y respecto de los cuales el propio trabajo de Lacan resultaría radicalmente heterogéneo, la condición de significación del nombre de autor correspondería a lo que Foucault llama “instauradores de cientificidad” y que se caracteriza por una exclusión de la dimensión crítica o genética en beneficio de la homogeneización doctrinal de ciertos principios, de tal modo que toda elaboración posterior resulta capaz de reintroducir un momento crítico en el que el acto de enunciación fundacional

30 *Ibidem* (intervención de Lacan).

se sitúa al mismo nivel que sus transformaciones y pierde así su carácter originario, de modo que el retorno que inspira se expone a ser clausurado en virtud de una memoria que exige la coherencia de la significación en determinado ámbito. Por el contrario, Foucault caracteriza el acto de instauración de una discursividad por un olvido esencial y constitutivo que lo hace heterogéneo respecto de todas las transformaciones posteriores, de modo que es la definición del propio campo doctrinal aquello que es puesto en juego en cada retorno. A diferencia de la función del autor literario, que proporciona la regla de formación de nuevos enunciados sobre la base de ciertas semejanzas, la posibilidad productiva inaugurada en la fundación de una discursividad incluye necesariamente las diferencias, tanto al nivel de los enunciados como de los supuestos y sobrentendidos que tejen la forma de dicha discursividad. Así, el movimiento de “retorno a” se debe distinguir tanto del *redescubrimiento*, fundado en cierto isomorfismo, como de cualquier *reactualización*, que simplemente ampliaría la extensión de la designación manteniendo intacto el régimen formal explicitado a partir de la incorporación efectiva del sentido en los enunciados. Así podría describirse el movimiento del que brota la obra de Lacan si ésta pudiese ser entendida en exclusiva según el modelo tecnológico de la aplicación de un discurso con carácter normativo a casos particulares: sin embargo, es posible que un cierto “retorno a Saussure” (que vendría a articularse con el consabido “retorno a Freud”) permitiese caracterizar la producción de discurso lacaniano como una actividad de experimentación cuyos efectos constituyen enunciados encaminados a mostrar la heterogeneidad irreductible de lo virtual frente a cualquiera de sus efectuaciones concretas y dotada, por tanto, de una potencia crítica respecto de las formas de sujeción hegemónicas en el campo social. Desde esta perspectiva – y puesto que a partir de 1970 es frecuente encontrar en las intervenciones de Lacan continuas referencias a su propia producción, incluso formuladas en tercera persona-, cabría considerar la labor de Lacan como un proceso de creación que necesariamente subvierte ciertos supuestos freudianos al tiempo que se sitúa en la misma actividad semiótica, a saber, la de la sintomatología como instancia crítica y productiva, hasta el punto que el propio Lacan puede tomar sus propias elaboraciones en el mismo sentido, lo que justificaría tanto las modulaciones ejercidas sobre conceptos formados en las primeras décadas de su enseñanza como la introducción de nociones “de nuevo cuño”, que intentan hacer transmisible precisamente aquello que se sustrae siempre a la enunciación y a la representación del sujeto, recusando la prioridad de la función comunicativa del lenguaje.

1. Hacia una terapéutica del acontecimiento: dialéctica y semiótica en el estoicismo.

Resulta de la mayor importancia, antes de acometer la exposición de las propuestas propiamente deleuzeanas, hacerse cargo de la enorme peculiaridad de la ontología estoica y de hasta qué punto ésta resulta una influencia recurrente para el pensamiento de Deleuze: es posible rastrear la separación entre cuerpos y acontecimientos no sólo en *Lógica del Sentido* (donde la referencia explícita a los estoicos constituye uno de los ejes fundamentales que articula el texto), sino también en las consideraciones semióticas, políticas y epistemológicas de toda su obra. Del mismo modo, la concepción estoica de la dialéctica, por cuanto se propone como alternativa a la lógica aristotélica, fundada sobre el principio de contradicción y las exclusiones o inclusiones entre conceptos, puede proporcionar una vía de acceso al pensamiento de Lacan, especialmente en lo que concierne a los últimos momentos del mismo. Tomando en consideración que, por un lado, su investigación a mediados de la década de 1970 se concibe a sí misma -y en esta concepción pretende hermanarse con Joyce- como una *haeresis*³¹, y, por otro, que concierne fundamentalmente al Inconsciente y que éste, ya desde Freud, no conoce el no, esta tarea va progresivamente exigiendo la referencia a una lógica del no-todo y parece verosímil que en este rodeo algún aire de familia pueda hacerse intuible en las concepciones de la subjetividad contemporánea que proponen ambos autores. En el caso de Deleuze, las referencias al pensamiento de los estoicos aparecen casi siempre mediadas por el trabajo de Émile Bréhier³² sobre los incorpóreos y, puesto que el objeto de este capítulo no es en ningún caso proponer una exégesis alternativa del sistema del estoicismo, sino clarificar aquellas concepciones presentes en el mismo que para el pensamiento de Deleuze resultan fundamentales y recurrentes, aunque no siempre explícitas, restringiremos deliberadamente el repertorio bibliográfico casi en exclusiva a esta obra (aunque podamos recurrir esporádicamente a otros textos) y, partiendo de las nociones que en ella se presentan y los problemas que plantea, intentaremos ir señalando los puntos que revisten mayor importancia para una semiótica materialista que impugna la primacía del régimen signifiante, así como aquellos en los que es posible atisbar el vínculo entre semiótica y práctica terapéutica por su relevancia a la hora de comprender adecuadamente el alcance político del proyecto de “crítica y clínica” que Deleuze y Guattari consideran en todo momento en su concepción de las relaciones entre deseo y lenguaje.

31 Cf. *Seminario 23* 18-11-1975

32 Bréhier, É., *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, París, Vrin, 1928. A pesar de la centralidad de esta obra para el propósito del presente apartado, también deberán ser objeto de consideración las referencias en *Lógica del sentido* a Goldschmidt, V., *Le système stoïcien et l'idée de temps*, París, Vrin, 1969.

1.1. Lógica y ontología en el estoicismo antiguo: causalidad, corporeidad y multiplicidad.

Según la lectura que propone Deleuze, el pensamiento estoico renuncia a reducir la complejidad de lo múltiple y lo mutable a una referencia a lo único y permanente, así como a someter en consecuencia el conocimiento de lo real a las condiciones de una lógica basada en el principio de contradicción y en oposiciones binarias del tipo universal-singular, general-particular, afirmativo-negativo, etc. La lógica estoica se levanta sobre una ontología que propone, no ya un nuevo dualismo, sino una nueva forma de dualismo o, si se quiere, un dualismo *sui generis*, que no se formula al nivel exclusivo del ser a través de relaciones de dependencia ontológica como la analogía o la imitación, sino, más bien, como un materialismo que reconoce la autonomía relativa de ciertos no-seres (casi-seres o, simplemente, “algo”), considerados como efectos del conjunto de acciones y pasiones que constituye, en exclusividad, el orden del ser real, lo que conlleva conceder la máxima relevancia a las relaciones entre los términos y no meramente a su caracterización sustancial, así como desarrollar una teoría del signo, el juicio y el razonamiento que reniega en su fundamentación de los vínculos de participación e inclusión que caracterizan el pensamiento de Platón y Aristóteles al respecto. Y es que el pensamiento estoico antiguo, tal y como es presentado en el trabajo de Bréhier, se sitúa ante un problema distinto al que trata de responder la dialéctica platónica o la lógica aristotélica. Tanto el pensamiento de Platón como el de Aristóteles buscan lo estable en la multiplicidad y el devenir de los seres, esto es, el establecimiento de un asiento suficientemente consistente para el pensamiento conceptual. Este núcleo de estabilidad se presentará de acuerdo con una concepción geométrica de la causa, y esto no sólo en la teoría platónica de las ideas, sino también y de modo totalmente explícito, en la concepción hilemórfica de la individuación según la fórmula de Aristóteles. Entendemos aquí “concepción geométrica” en el sentido en que Crisipo de Solos entiende la causalidad de la Idea platónica (a saber, la Idea como aquello que comprende la génesis de seres indefinidos entre límites determinados), esto es, como el elemento constituyente de un *espacio dimensional* para el que la inestabilidad y la corrupción tienen sentido sólo como limitaciones de la auténtica causa activa. Del mismo modo, el hilemorfismo aristotélico conlleva una concepción trascendente de la forma y supone una pasividad fundamental de la materia en la que la primera se imprime: que la actualización pueda ser más o menos perfecta dependerá de la aptitud de la materia para recibir esta o aquella forma, para resultar más o menos semejante con respecto a la misma, y como consecuencia de tal recepción el individuo quedaría inscrito en una clasificación de modos de ser regida por relaciones de subalternancia, compatibilidad y exclusión en atención a la forma esencial, que señala el principio y el fin de todo movimiento, confinándolo entre

límites inmóviles. Los estoicos, por el contrario, sólo admiten la existencia de proposiciones singulares en su lógica y, en consecuencia, sostienen una separación de principio entre lógica y física (correlativa a su reformulación del problema de la causalidad) que cobra todo su sentido a la luz de la ética como disciplina referida a las acciones y pasiones humanas así como a la relación del agente con el acontecimiento, que completa el sistema de la sabiduría por cuanto ésta es indisociable de una vocación terapéutica, y no considera la existencia humana en función de lo que ésta pueda encarnar de lo universal, sino en su finitud concreta como realidad individual, aquejada por el don del lenguaje.

La consideración estoica del ser no es ya la de su semejanza con respecto a un ser más real, sino la de su historia y su evolución, de tal modo que no es jamás comprendido como *parte*, caso o representante de una unidad más eminente y arquetípica, sino como siendo él mismo la unidad y el centro referencial de todas sus partes componentes y de todos los acontecimientos que puedan serle atribuidos. Este planteamiento del problema del ser exige una disociación correlativa de la causalidad que sitúa, por un lado, el orden de las causas, de las fuerzas, de las acciones, pasiones y penetraciones de los cuerpos reales en profundidad y, por otro, la dimensión de los efectos incorpóreos, de los atributos de los estados de cosas, puros acontecimientos impotentes e impasibles en la superficie de los cuerpos que en nada pueden cambiar la naturaleza de éstos y que en ningún caso resultan ser causas unos de otros sino meramente cuasi-causas. La naturaleza de los cuerpos, esto es, la razón de su unidad, es atribuida a una fuerza o tensión interna (*tonos, hexis*), ligada al ser de modo indisociable e inmanente, que mantiene juntas las diversas partes y determina su forma exterior, pero en ningún caso como un molde autoconsistente (*morphé*) que se imponga desde fuera, sino más bien como un germen que desarrolla hasta cierto punto sus capacidades latentes: la concepción estoica de la *physis* podrá ser llamada así propiamente “tonal” puesto que considera la tensión (*tonos*) inmanente al orden corpóreo como principio de individuación en detrimento de la forma (*morphé*) como causalidad incorporea, abstracta y trascendente. Restringiendo la causalidad al dominio de lo real, esto es, al ámbito de los cuerpos, se vuelve muy problemática la posibilidad de concebir algo así como una materia previa al proceso de individuación y una causa inmaterial responsable de tal proceso. La cosmología estoica considera que todo cuerpo está ya siempre individuado y cualificado, como un grado siempre propiamente distinto de cohesión del pneuma, de tal modo que el mundo está compuesto exclusivamente de individuos irreductibles en virtud de su cualidad propia (*idios poion*), que, según Simplicio, es «aquello que sobreviene de golpe y desaparece, pero que permanece idéntico a través de toda la vida de

lo compuesto»³³, quedando así descartada la posibilidad de entender la esencia de los seres en función de lo universal y, con ello, invalidada la concepción aristotélica de la definición por su referencia al género y a la diferencia conceptual.

La concepción estoica de la causa recusa así la fragmentación aristotélica de la causalidad: renunciando a aceptar la acción de la causa formal, de carácter incorporeal, la causalidad estoica es sólo una, pertenece al orden de los cuerpos y la acción incorporeal es imposible. Las cuatro causas aristotélicas son impensables desde esta posición: más allá de la causa eficiente (que, de ser rastreada, presentaría los mismos inconvenientes puesto que reintroduciría tras de sí la tétrada completa), todas parecen resultar de una abstracción que separa la forma, la materia y el fin con independencia de la realidad concreta del móvil, reconociendo así la existencia de dos modos de ser y la dependencia de la materia respecto de lo incorporeal. Para los estoicos todo lo que es real, todo lo que existe, es cuerpo: tanto la causa como lo que recibe su acción, las cualidades, las virtudes y, en fin, toda propiedad (incluso el alma, la ciencia y la verdad) son cuerpos. La propiedad (*idios poion*) no consiste en la presencia de la Idea en un ente determinado, sino que nace de la cualidad fundamental del *estado* sin la intervención exterior de una forma: todos los seres no son sino momentos o aspectos de la existencia de un solo y mismo ser, y sus estados son grados de tensión del fuego primordial³⁴. Así, en el plano de las causas, es posible señalar una materia inmanente en cierto sentido autónoma respecto de toda forma que, en el pensamiento estoico, no aparece nunca como sometida a la esencia que se encarna en este o aquel cuerpo considerado como soporte inerte de una determinación incorporeal, sino como determinada por el germen del que los cuerpos no son más que distintos tonos o estados de tensión, cualitativamente diferentes en virtud de su propiedad, -por esto su lógica no aceptará más que proposiciones singulares y de hecho, impugnando así todo esencialismo aristotélico o platónico. Según expone Deleuze en *Lógica del sentido*, el orden de los cuerpos es el ámbito de la fuerza, de la existencia real, de la universal variación de acciones y pasiones, pero el resultado de éstas no puede, en ningún caso, ser asimismo acción o pasión. Ciertamente que los cuerpos, sin ser en ningún caso causas unos de

33 Simplicio (Arnim, II, n° 45) citado en Brun, J., *Le estoïcisme*, PUF, 1972. (*El estoicismo*, traducción de J. Blanco Regueira, México, UAEM, 1997).

34 Tendremos ocasión de volver sobre este carácter autopoietico de la materia y la concepción del movimiento que lleva consigo a propósito de las propuestas de Gilbert Simondon al respecto y muy concretamente en lo que concierne al lugar y al tiempo como efectos incorporeales de causas corpóreas. No obstante, cabe señalar en este punto, y a título de mera anticipación sugestiva, que es posible distinguir a partir de algunos textos, tanto de Estobeo como del propio Cicerón, entre dos tipos de fuego, uno artista y otro destructor, y que cabe establecer cierta comparación con la distinción entre desterritorialización relativa y desterritorialización absoluta que propondrán Deleuze y Guattari, así como contrastar la noción estoica de *conflagración* con las nociones concernientes a las aperturas o cierres de los agenciamientos. El propio pensamiento estoico del ser proporciona la clave de tal comparación sobre la base de las nociones de penetración íntima entre cuerpos y mezcla total.

otros (puesto que esto nos obligaría a distinguir dentro de un mismo orden entre cuerpos-causas y cuerpos-efectos, reabriendo así el espacio para una causalidad trascendente y, en última instancia, también incorporea), sí que entran en relaciones los unos con otros de tal modo que unos son para otros causas de ciertas cosas que no son asimismo cuerpos (ni sustancias ni propiedades), sino meros efectos o índices de su actividad, sus atributos incorpóreos. La identificación estoica del ser real con el cuerpo encuentra la necesidad de dar cuenta de ciertos no-seres o casi-seres que constituyen la categoría de lo incorporea: el vacío (*kenón*), el lugar (*tópos*), el tiempo (*Chronos*) y el expresable (*lektón*), que será el elemento fundamental de la lógica estoica.

Mientras que de los cuerpos cabe decir no sólo que existen, sino que sólo ellos existen (*hypárchein*), los incorpóreos, por el contrario, meramente subsisten (*hyphestekénai*) o insisten en la superficie del ser real como sus efectos, impasibles e impotentes. Hay que decir que, si bien la comprensión genérica de los incorpóreos como “atributos de los cuerpos” no es válida en sentido estricto para el vacío, puesto que es entendido precisamente como “ausencia de cuerpo” -aquello que no puede estar de ningún modo en el interior del mundo, esto es, de lo real-corpóreo (no es un hecho) y no puede ser, por tanto, dicho de ningún sujeto-, éste parece ser, no obstante, el que presenta de modo más evidente el carácter de incorporea de estos casi-seres. Este vacío infinito, exterior por completo a la totalidad de los cuerpos, deviene lugar cuando es considerado en su vinculación con algún cuerpo, por lo que queda claro cómo la consideración estoica del lugar como corpóreo se opone claramente a la posición de Aristóteles al respecto y modifica significativamente la forma de entender la noción de “límite”, confirmando así la oposición de la física estoica frente al modelo hilemórfico. En efecto, Aristóteles entiende el lugar como un límite inmóvil, contorno o discontinuidad, a la vez en el plano físico y lógico, remedando así la causalidad incorporea de la Idea de acuerdo con el modelo de la definición matemática expuesta más arriba. Tanto el contorno como la especie, puesto que introducen discontinuidades que se definen por su propiedad, son para los estoicos totalmente corpóreos, de modo que la ubicación del lugar dentro de la clasificación de los incorpóreos exige una fundamentación diferente del límite y de su relación con la causalidad. El estoicismo concibe el límite (y con él también el lugar) como efecto del desarrollo del cuerpo, entendido como grado de tensión parcial del *pneuma*, de tal modo que resulta de una espacialización del cuerpo idéntica al desarrollo inmanente de sus acciones, y, así, se define el lugar como “algo” que está “enteramente ocupado por un cuerpo”. Del mismo modo que hablamos de espacialización a propósito del lugar como efecto, cabría pensar en una temporalización dada asimismo por el desarrollo del cuerpo: sin embargo, la cuestión en este

punto, sin que esta formulación vaya totalmente desencaminada, se vuelve ligeramente más compleja y concierne no sólo a las célebres dos lecturas estoicas del tiempo tan presentes en la obra de Deleuze, sino también a la relación de éstas con la posibilidad en general de juicios susceptibles de ser verdaderos o falsos y, con ello, al estatuto mismo del expresable como objeto eminente de la dialéctica estoica.

Distintos doxógrafos, como Diógenes Laercio o Estobeo, recogen ciertas afirmaciones sobre la naturaleza del tiempo atribuidas a Crisipo que obligan a admitir, de modo correlativo a la distinción entre cuerpos e incorporeales, dos formas diferentes del tiempo, una real, pero impropia, y otra propia, pero inexistente. Para Crisipo «sólo el presente existe; el pasado y el futuro subsisten, pero no existen en modo alguno, como se dice también que existen en calidad de predicados sólo los atributos actuales; por ejemplo, el pasear se da en mí cuando paseo, pero no cuando estoy recostado o sentado»³⁵. Mientras que pasado y futuro son ilimitados e infinitamente divisibles, como corresponde al modo de ser lógico y abstracto de lo incorporeal, la acción actual de un cuerpo parece constituir el presente, siempre considerado como limitación concreta de una acción expresable en el atributo de la proposición que designa un estado de cosas como su causa real y no como límite abstracto infinitamente divisible y reproducible en el continuo noético de la temporalidad propiamente incorporeal. El presente concreto es, por tanto, tiempo actualmente existente gracias a su incorporación, pero precisamente por ello, sólo es tiempo de modo impropio. Es así posible distinguir entre la temporalidad presente (*Chronos*), efecto atribuido a partir de las acciones de los cuerpos, y el tiempo como puro incorporeal con independencia de su atribución efectiva a un estado de cosas corpóreo (*Aión*), infinitivo, continuo, infinitamente divisible e ilimitado tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Desde el punto de vista de *Chronos*, pasado y futuro aparecen como relativos “pasivos”³⁶ al presente corporal que “llena” el tiempo, del mismo modo que el desarrollo de los cuerpos “llenaba” el lugar, haciendo posible su atribución a éste o aquél estado de cosas efectivo y distinguiéndolo así del vacío. Más aún, así como la dependencia del lugar respecto del cuerpo considerado hacía posible la distinción entre el lugar del mundo real en su totalidad y el vacío que lo rodea sin tocarlo, también la relatividad del presente respecto del estado de cosas que lo limita es susceptible de ser ampliada al considerar ese estado de cosas como parte de un cuerpo más amplio que lo comprende, y que integra en sí su pasado

35 Crisipo de Solos, *Testimonios y fragmentos*, Introducción, selección de textos, traducción y notas de F. Javier Campos Daroca y Mariano Nava, Vol. II, Madrid, Gredos, 2006, fr. 412

36 “Pasivos” porque el estoicismo no piensa el movimiento como paso de la potencia al acto, sino como un acto ya siempre acabado. Así, el presente de un cuerpo es el de su acción, pero en tanto que la acción de un cuerpo está integrada como pasión en la de otro cuerpo más potente, para el que ese pasado y ese futuro no son más que el presente de su acción.

y su futuro relativos: el cuerpo mismo de todo lo real representa la unidad de las causas en el presente cósmico del Destino³⁷ y deja fuera el puro tiempo no incorporado, puramente pasado y puramente futuro, como dejaba fuera de sí el vacío. Sin embargo, no por esto Chronos puede ser entendido totalmente como un cuerpo: en su incorporación como atributo de los cuerpos existe una perturbación fundamental que encuentra expresión dentro del sistema estoico en la moral y que Deleuze no pasa por alto a la hora de dar cuenta de las diferencias y relaciones entre profundidad y superficie en *Lógica del Sentido*.

Partiendo de la impotencia los incorpóreos y de la consideración de la unidad de las causas en el Destino, cualquier cuerpo, y por tanto cualquier ser vivo, resulta ser sólo un grado de distensión parcial de la totalidad corpórea en la que se distingue un principio pasivo, la materia fluyente, descualificada e infinitamente divisible, y uno activo, Zeus o *lógos*, fuego primordial, eterno y responsable de todas las cosas. Con objeto de resaltar la irreductibilidad de tal concepción al modelo hilemórfico, hay que señalar que la infinita divisibilidad del principio pasivo lo sitúa en un nivel sub-corpóreo, previo o independiente de toda determinación cualitativa, de modo que la materia puede resultar así incorpórea o irreal por lo amorfo o indeterminado en que resulta al ser considerada más allá de las acciones y penetraciones reales de los cuerpos (mientras que el principio activo es completamente real), por lo que esta distinción es sólo accesible al pensamiento y en el límite no hay sino identidad entre ambos, lo que señala la finitud del conocimiento, ya sea éste el de la representación comprensiva (profundo y activo) o el de la dialéctica (superficial e impotente). El cuerpo no es, pues, la materia considerada en abstracto sino conformada por el soplo ígneo que tensa y destensa, componiendo todas sus partes: el mundo real está exclusivamente compuesto de cuerpos, y ninguno de ellos puede ser efecto de otro: cada cuerpo es sólo un momento de la existencia de un solo y mismo ser, un tono o grado de tensión de la totalidad inmanente de lo real. Los estoicos distinguen tres modalidades de este lazo interno -disposición o estructura (*hexis*), naturaleza (*physis*), alma (*psyché*) y razón (*logos*)- de un modo que puede parecer en principio similar a la clasificación aristotélica de los seres naturales, si bien en ésta lo racional sería una especie del alma, aunque elevada a una dignidad superior, y el alma misma es causa incorpórea (causa formal), mientras que el principio activo de la naturaleza que concibe el estoicismo no puede, en modo alguno, ser incorpórea, puesto que perdería su fuerza causal en la adquisición de tal estatuto. El alma es asimismo corpórea y principio conformador del ser vivo, y la actividad racional reside en su parte rectora o *hegemonikon*, que es modificada de tal modo que forma la representación (*phantasia*) y la noción (*ennoia*) -que pertenece a las representaciones

37 Encontramos esta referencia a Zeus como el Incorporador en Diógenes Laercio, VII, 147 (citado por Deleuze en *LS*, vigesimotercera serie).

propiamente racionales-, ambas también de carácter corporal. La tentación de entender la representación como efecto y, por tanto, bajo el modo de ser de lo incorporal, haría imposible comprender por qué la dialéctica estoica se opone frontalmente a la lógica aristotélica y difiere de ésta en lo referente a su objeto y a su aplicabilidad a cuestiones de existencia. La representación (y más aún la noción) es una acción del alma de la que los objetos son razón u ocasión y nunca causa; en especial, la representación racional es construida por el pensamiento de acuerdo con diversos movimientos de ampliación y disminución, cuya enumeración encontramos en Diocles³⁸. Si consideramos que, en ocasiones, es posible encontrar en los textos el término “*noetón*” en lugar del típicamente estoico “*asomatón*”, cabe distinguir entre, por un lado, el pensamiento como “transición” y lo pensado como cuerpo (la representación y la noción), y, por otro, entre el saber de la dialéctica (que tiene por objeto exclusivo algo incorporal) y aquel modo de saber que corresponde a la representación comprensiva, que no es mero efecto incorporal, sino acción real de dos cuerpos. Sólo este último tipo de conocimiento, por la intimidad del encuentro entre la parte hegemónica del alma y su objeto, es capaz de alcanzar el ser real y su cualidad propia. No obstante, está fundamentalmente limitado por la parcialidad de tal encuentro -cuya razón, ocasión y articulación global sólo podría aparecer a la mirada de Zeus-, y por la imposibilidad de encontrar su expresión en el lenguaje, puesto que el vínculo entre las palabras, las cosas y las nociones reside en lo expresable incorporal, impotente e impasible, que en ningún caso toca al ser real. Precisamente donde aparece esta posibilidad de un saber de lo real (y su distinción con respecto a la dialéctica como ciencia de lo incorporal), aparece también un peligro, una dificultad que atañe endémicamente a aquellos seres cuyo alma contiene esa parte a la que Zenón llama voz y que es como un octavo tentáculo que va de la parte hegemónica hasta los órganos propios de la palabra. Al alma, o mejor, a la razón humana, por lo que tiene de corporal, corresponde una pasividad fundamental que el orden del Destino modula, constituyendo así individuos-representaciones con ocasión de las acciones y pasiones, de los encuentros y mezclas entre los cuerpos. No obstante, mientras que la representación (*phantasia*) es una modificación que parte del encuentro de dos individuos reales, (a saber, la parte hegemónica del alma y el objeto que marca su impronta sobre ella), la determinabilidad material del alma la hace susceptible de ser afectada también por lo fantástico, por los *fantasmas*, tras los cuales nada de lo real-corpóreo subyace y que introducen en la conciencia un descentramiento con respecto al tiempo presente. Surge, por tanto, la pregunta por la salud y por la virtud: si «Cronos es el movimiento reglado de los presentes

38 Como ejemplos de tales procedimientos cabe enumerar la *analogía*, el *desplazamiento*, la semejanza, la composición, la contradicción y la privación; en Diog. La. VII 63 (II 58, 28), citado por Bréhier, *op. cit.*, cap.2. Diocles también señala que lo expresable (*lektón*) es, como el lugar (*tópos*), una representación racional obtenida “siguiendo una transición” (*kata metabasin*).

vastos y profundos (...)¿de dónde saca su medida?¿Tienen suficiente unidad los cuerpos que lo llenan, suficiente justicia y perfección su mezcla, como para que el presente disponga así de un principio de medida inmanente? Tal vez al nivel del Zeus cósmico. Pero, ¿y para los cuerpos al azar y cada mezcla parcial?(...) En los *Pensamientos* de Marco Aurelio resuena a menudo la alternativa:¿es esta la buena mezcla o la mala?»³⁹. En cada presente parcial, en cada acción, hay un resto resistente a la incorporación, un suplemento de pura temporalidad que insiste en los cuerpos, un «devenir puro y desmesurado de las cualidades amenaza desde el interior el orden de los cuerpos cualificado», y esto porque esa insistencia se da *en* los cuerpos mismos, hace patente la parcialidad y limitación del presente vivo y su diferencia con respecto al presente cósmico o mezcla total: «Porque la mezcla física no es justa sino al nivel del todo, en el círculo entero del presente divino»⁴⁰. Deleuze señala cómo esta diferencia, que hunde sus raíces en el carácter incorporeal del propio tiempo y que subsiste en toda acción y en todo estado de cosas existente, lleva consigo la subversión del tiempo mismo respecto del orden cósmico de Zeus. A la separación entre lógica y física se debe añadir la diferencia entre ésta última y la moral, puesto que es la imposibilidad de captación de la unidad de todas las causas en un presente único la que hace urgente y específica la cuestión de la virtud y la felicidad y, con ella, la de la distinción entre lo sano y lo enfermo.

La ubicación del problema de la moral es inseparable de la distancia que separa la profundidad de los cuerpos de los acontecimientos de superficie y que impide la identificación entre lógica y física. Si consideramos, basándonos en el conocido testimonio de Diógenes Laercio, el sistema de la sabiduría como un huevo en el que la yema, en su profundidad, es la física y la cascara es la lógica, la clara tiene una localización exacta y, al mismo tiempo, ambigua. Cuerpos y acontecimientos constituyen los dos polos entre los que surge el espacio de la moral; puesto que «las pasiones y las malas voluntades son cuerpos, las buenas voluntades, las acciones virtuosas, las representaciones verdaderas, los asentimientos justos también son cuerpos»⁴¹, y los cuerpos, conforme al régimen que les es propio, entran en mezclas y relaciones de penetración unos con otros que sólo pueden ser apreciadas en su perfección desde el punto de vista del presente cósmico «respecto del cual el mal mismo no puede ser sino un mal de *consecuencia*», esto es, un mero efecto sin realidad ni eficacia, la pregunta de Marco Aurelio interpela precisamente a los dos polos y convoca dos vías diferentes de respuesta: la vía de la adivinación y la vía del uso lógico de las representaciones. En este punto, Deleuze se

39 *LS*, vigesimotercera serie.

40 *Ibidem*, vigesimoprimer serie.

41 *Ibidem*, vigésima serie.

apoya en el trabajo de Victor Goldschmidt⁴² y explica cómo el estoicismo se decanta por el segundo camino por ser el que más adecuadamente se orienta a la hora de poblar esa distancia entre profundidad y superficie frente a la vía de la adivinación, que resulta insuficiente (e incluso “poco saludable”) en su pretensión de superación de dicha escisión. Mientras que la adivinación persigue alcanzar una visión de la totalidad de las causas en el presente cósmico que cabría considerar de *divina*, y llegar así al conocimiento del acontecimiento por venir estableciendo una vinculación entre éste y sus causas corpóreas sobre la base de la unidad del Destino, el uso lógico de las representaciones plantea un itinerario bien distinto que quizá se haga cargo con mayor rigor de la diferencia de naturaleza que separa a las causas corpóreas de los efectos de superficie. El recorrido que tal uso prescribe va, no ya del presente corpóreo, sino del acontecimiento puro a su efectuación presente más limitada, como si rehuyese el presente cósmico y la incorporación en la mezcla total, vinculando así el acontecimiento con su cuasi-causa incorpórea. Ahora bien, sin ir más lejos de lo que el rótulo propone se puede advertir una dificultad relativa precisamente a tal separación, puesto que las representaciones, sean éstas sensibles o racionales, son cuerpos y están definidas por sus propiedades, mientras que el espectro de lo lógico, para el pensamiento estoico, concierne fundamentalmente al expresable incorpóreo, por lo que encontramos reunidos en una misma fórmula dos órdenes, representación y expresión, que no pueden, en ningún caso ser reductibles uno al otro y cuyo modo de relación será necesario elucidar.

1.2. El expresable como objeto de la dialéctica estoica y su relación con la proposición.

La fertilidad del pensamiento estoico a la hora de plantear problemas y hacer emerger paradojas se hace sentir especialmente en la cuestión de las relaciones: en primer lugar, en la relación de las causas entre sí, después, en la cuestión relativa a la dependencia de los efectos respecto de las causas y, por último, en el peculiar modo de relación en el que entran estos efectos unos con otros. Mientras que las acciones y pasiones de los cuerpos remiten a una unidad que es la de todo lo real, a saber, el Destino, y son siempre «causas de ciertas cosas unos para los otros»⁴³, estas “ciertas (otras) cosas”, sus efectos, no parecen, por su propia naturaleza, quedar sometidos a un orden de necesidad correlativo al del Destino, aunque tampoco pueden estar totalmente separados de éste, puesto que resultan de las interacciones de cuerpos comprendidas en el presente cósmico. Es en esta suerte de “correspondencia disconforme” donde encontramos la razón de la dialéctica estoica, un saber impotente cuyo

⁴² Goldschmidt, V., *Op. cit.*

⁴³ Cf. Strom. VIII 9 (S.V. F. II 121, 4) citado en Bréhier, *op. cit.* p.11.

objeto en ningún caso podrá ser lo general y lo necesario (como sí lo era para Aristóteles) y cuyo estatuto dentro de la sabiduría no será el de un mero instrumento (*organon*), independiente del objeto al que se aplique (recordemos que Aristóteles, junto al silogismo científico, admite la existencia de un silogismo dialéctico e incluso de un silogismo práctico), sino el de parte (*merós*) del sistema, y esto en virtud de la relevancia de los movimientos de “transición” e “incorporación” desde el punto de vista del régimen propio de los efectos: la relación de expresión.

Si la lógica debe distinguirse de la física (aunque sea inseparable de ella y de la ética en la unidad de la sabiduría), debe desechar el concepto como objeto privilegiado: para los estoicos, tanto la representación como la noción pertenecen al orden de los cuerpos y son, por tanto, objetos de la física, de modo que las relaciones de inherencia y exclusión tienen que ver, más bien, con las paradójicas relaciones de los cuerpos entre sí, con esas mezclas y penetraciones (*mixis*, *krasis*) íntimas de los cuerpos que los hacían adoptar una extensión común que ni quita ni pone propiedades nuevas a los cuerpos concernidos. La aparición de la novedad se sitúa en otro orden, en el de los hechos o acontecimientos singulares que, como atributos incorpóreos, resultan de tal interacción corporal y constituyen el límite de la acción de los cuerpos. Como se ha expuesto más arriba, este límite sólo *existe* incorporado, es decir, como efecto de la acción real de los cuerpos pero, no obstante, no forma parte del conjunto de éstos y por ello se distingue de la representación o la noción, puesto que, propiamente, el atributo no es un *ser*, sino *algo* que es dicho a afirmado del ser. En efecto, la representación (*phantasia*) no es sino la modificación del alma corporal mediante un cuerpo exterior, y la noción (*ennoia*) es un cuerpo formado en el alma bajo la acción corporal de experiencias semejantes y, por cuanto esta semejanza supone la posibilidad de atribución en el juicio, parece que la dialéctica debe buscar en estos hechos o acontecimientos sólo existentes en el pensamiento su objeto propio. Mientras que Aristóteles considera que sólo hay ciencia de lo universal y que el fin de la misma es lo general y lo necesario, la concepción estoica de la dialéctica que se atribuye a Crisipo apunta más bien a las “cosas significantes y significadas” de las que forman parte lo verdadero y lo falso, si, siguiendo a Bréhier, pretendemos conciliar la definición de Crisipo con la Posidonio («ciencia de las cosas verdaderas y falsas y de las que no son lo uno ni lo otro»⁴⁴). Si bien la verdad es un cuerpo, lo verdadero es, por el contrario, un atributo, y sólo concierne al juicio, puesto que una realidad, un cuerpo, no es por sí mismo ni verdadero ni falso, del mismo modo que, recordando a Kant, ni la intuición ni las inclinaciones son susceptibles de imputación alguna (son “irresponsables” por ser “reales”), y es en el

44 Cf. Diog. La. VII 62 (S.V. F. II 3) citado en Bréhier, *Op. cit.* p.23.

ejercicio legislador de una facultad determinante (la subsunción bajo conceptos del entendimiento o la determinación de la voluntad) donde hay que situar la posibilidad del error, de la ilusión o de la inmoralidad de la acción, y no tanto por el resultado obtenido (esta o aquella proposición), sino por la legitimidad de la transición realizada. Para que haya posibilidad de verdad, antes debe considerarse la posibilidad en general de significar, esto es, de que el atributo expresado en la proposición y el atributo-efecto de la acción real de los cuerpos puedan coincidir, y la posibilidad de tal coincidencia se encuentra en el centro mismo del pensamiento estoico, puesto que, por un lado, la realidad del acto ha sido remitida a la inmanencia del ser real y permanente donde las diferencias entre individuos no son más que grados de tensión, y, por otro, el atributo ha sido apeado de la autonomía excluyente del género y de la rección analógica de la esencia para expresar siempre un acontecimiento singular, conforme a una predicación únicamente accidental. Es precisamente este carácter limítrofe e incorporal del acontecimiento lo que funda la posibilidad en general del lenguaje y lo que, por no alterar en nada la naturaleza corporal, aparece como objeto eminente de la lógica estoica. Frente a la consistencia y corporeidad de los géneros y las especies, lo expresable, por el contrario, es *meramente* un atributo de los cuerpos, un efecto de sus acciones y pasiones y no puede, por tanto, formar parte de la unidad del cuerpo ni mucho menos constituir por sí mismo una entidad estable y separada, como el concepto o la palabra. Para comprender su excepcionalidad y su alcance conviene recurrir al célebre ejemplo de Sexto Empírico⁴⁵ según el cual un griego y un bárbaro pueden compartir tanto la representación de una palabra proferida como la noción de la cosa designada por la misma, pero sólo el griego (si es que la palabra pertenece a la lengua griega) entenderá la referencia de la palabra a la cosa. El objeto designado es el mismo para ambos, pero sólo para el griego tiene un atributo que no tiene para el bárbaro y que en nada modifica la naturaleza del cuerpo en cuestión: también la palabra misma es un cuerpo, y para el griego tiene el atributo de significar el objeto de su designación, que, por su parte, tiene el atributo de ser significado por la palabra: este atributo no se confunde, por tanto, ni con algo “físicamente” existente ni con algo existente en el pensamiento, sino que es aquello que funda la coincidencia del atributo lógico y el atributo real al mismo tiempo que aquello que impide (precisamente por la impotencia e impasibilidad debidas a su carácter incorporal) considerar algún tipo de relación intrínseca o inherente entre la palabra y la cosa. Queda claro, por tanto, que el objeto propio de la lógica estoica no será primeramente lo expresado, puesto que esto no es más que un modo de incorporación de lo expresable, sino lo expresable en general, es decir, aquello que es significado (*semainomenon*), aquello que *indica* lo que es afirmado de un cuerpo (de un sujeto o de una propiedad), de modo

45 Sextus, Math. VIII 11 (S.V. F. II 48, 19).

que todos los elementos de la lógica (atributos, juicios y conexiones entre juicios) son expresables. Ahora bien, en este punto se plantean varios problemas: en primer lugar, el que concierne a la inaprehensibilidad del expresable como puro incorporeal una vez se ha hecho presente en la palabra y en el pensamiento. Por otro lado, y derivada precisamente del desarrollo de esta primera, la necesidad de considerar el problema relativo a la posibilidad del juicio verdadero que se plantea una vez ha sido admitido que todo cuerpo es singular y que tanto la palabra como la noción son cuerpos. Al hilo de esto, deberemos abordar la concepción estoica de signo en relación con sus dos lecturas del tiempo y el papel del expresable en la posibilidad de significación y de designación.

Para rastrear el carácter irreductiblemente incorporeal del expresable como fundamento de la proposición, la primera dificultad que se plantea es cómo ir más allá del límite de las palabras con objeto de mostrar su condición de posibilidad como lenguaje sin aludir a los objetos designados ni a las relaciones de significación, puesto que en ellas ya se encuentran ciertos usos limitativos del juicio concordantes con esa lógica inclusiva frente a la que se levanta la dialéctica de los estoicos. Es urgente, por tanto, distinguir entre el atributo de la proposición y el del estado de cosas: el primero corresponde al predicado *de* la proposición, como los sustantivos y adjetivos atribuidos al sujeto de la misma, mientras que el segundo se atribuye *en* la proposición a la cosa designada por el sujeto de ésta o al estado de cosas designado por la proposición en su conjunto. Tal atribución está necesariamente encarnada por un verbo en virtud de la concepción estoica de que aquellos términos que delimitan propiedades (a saber, sustantivos y adjetivos) son tan corpóreos como los estados de cosas que designan y encuentran su modo de temporalidad propio en el presente (*Chronos*), ya sea éste *presente vivo* (la extensión temporal que acompaña a la acción y a la pasión, encontrándose en estas la existencia del agente y del paciente) o *presente cósmico* (esto es, la medida de la unidad de los cuerpos entre sí, el *logos* del Destino). A los verbos, por el contrario, les corresponde una temporalidad que siempre se sustrae a una reducción al presente, en una infinitesimal división en pasado y futuro (*Aión*), proporcionando una perspectiva para la que el instante presente aparece como límite abstracto, inextenso, siempre desplazado en la superficie de los cuerpos y resultado de la divisibilidad infinita de la línea del Aión, por lo que nunca es propiamente presente. A partir de la contraposición entre este presente como límite inextenso, infinitamente desplazable y divisible y sin espesor alguno, y el presente divino que resulta como efecto de la mezcla total, Deleuze puede oponer las figuras de Dios y del actor de tal modo que sobre el primero recae la responsabilidad de la efectuación de los acontecimientos conforme al orden del Destino y, con ella, de la realidad actual de las acciones, pasiones y

mezclas de los cuerpos, mientras que el segundo, precisamente por la distancia que lo separa de los diferentes roles, es capaz de liberar al acontecimiento de su vínculo con la profundidad de las cosas y desencadenar en ese movimiento de contraefectuación las “potencias de lo falso”: «Hay, en este sentido, una paradoja del comediante: permanece en el instante, para interpretar algo que siempre se adelanta y se atrasa, se espera y se recuerda»⁴⁶. El actor se sitúa en una lectura del tiempo y el acontecimiento que, libre del compromiso de la pertenencia de lo expresado en el juicio a la acción presente de los cuerpos de la que resulta, encuentra el principio productivo de fabulación precisamente en la afirmación de la disyunción entre el presente real y la representación, de tal modo que el primero se vacía de toda realidad y pierde todo su espesor, mientras que lo que el actor representa es la composición misma del acontecimiento emancipado de las identidades inclusivas y las disyunciones excluyentes⁴⁷. Como ya hemos señalado, esta escisión de la temporalidad es correlativa a la disociación de la causalidad operada por el pensamiento estoico, de tal modo que del presente como duración cabe decir que es efecto del desarrollo corporal y que es, asimismo, real y existente, pero que, no obstante, no responde propiamente a la verdadera naturaleza del tiempo como casi-ser, como incorporeal. El tiempo considerado en su carácter de incorporeal deberá ser, por su propia constitución, un tiempo *infinitivo*, irreal, no efectuado, subsistente e irreductible a cualquier incorporación o efectuación en un estado de cosas corpóreo, puesto que frente a los cuerpos, que presentan estados, los atributos incorporeales señalan hechos o acontecimientos. La atribución de tales incorporeales a un sujeto constituye la efectuación del acontecimiento, su vinculación con algo del orden del presente, del estado y de la propiedad, mientras que en el atributo sin sujeto se conserva la virtualidad propia del acontecimiento, ese carácter infinitivo que nunca se reduce a su efectuación presente, que no corresponde a ninguna existencia real. De acuerdo con esta diferencia, Sexto y Diocles⁴⁸ distinguen entre expresables completos e incompletos: los primeros, por consistir en un verbo acompañado de un sujeto, forman juicios simples y entrañan ya una cierta incorporación. Tales juicios expresan el vínculo del acontecimiento con su causa corporal y, de acuerdo con lo expuesto más arriba a propósito de la irreductible individualidad de los cuerpos y del carácter corpóreo de la noción, esta forma básica de la proposición no podrá ser entendida jamás como atribución de un predicado a un sujeto en virtud de una relación de inclusión o exclusión que haría posible una lógica de lo universal y lo particular, puesto que el sujeto será siempre singular y el verbo, considerado como expresable incompleto (esto es, como mero atributo con independencia de su referencia

46 Deleuze, *Op. cit.* vigesimoprimera serie.

47 Acerca de la familiaridad que reconoce Epicteto entre el sabio y el buen actor, así como sobre la relación entre maquinismo y afirmación de la disyunción, tendremos ocasión de volver en este trabajo, sobre el fondo de las nociones de desapego y austeridad y en el contexto del problema general de la intervención terapéutica.

48 Sextus Math. VIII 70 (S.V. F. II 61, 21) y Diog. La. VII 63 (II 58, 28), citados por Bréhier, *op. cit.*, p.16.

al sujeto), en nada modifica ni puede modificar la naturaleza de éste ni puede ser causa formal de su modo de ser. Lo que la proposición simple o expresable completo expresa es un hecho, y pone así de manifiesto la atribución de los acontecimientos a los cuerpos, de tal modo que su verdad o falsedad dependerá precisamente de si los primeros se encuentran incorporados en el presente de las acciones de los segundos. Por tanto, el valor de verdad reside precisamente en tal incorporación o efectuación, aunque la posibilidad en general del juicio se encuentra en un plano al que resulta excesivamente restrictivo imponer la duración del presente cósmico o divino, puesto que se sitúa un paso por detrás y más allá de la “voluntad de verdad”, siempre retrasado o adelantado con respecto al presente en el que se encarna ocultándose en el cuerpo de la proposición, del que obtiene la posibilidad de existir siquiera falseando su modo de ser propio, del mismo modo que el tiempo presente que dura es real, pero sólo es tiempo de modo impropio. Mientras que «el presente divino es el círculo entero(...) el pasado y el futuro son dimensiones relativas a tal o cual segmento que deja el resto fuera de él»⁴⁹. Desde este punto de vista se ilumina la comprensión estoica de lo verdadero y lo falso como una especie⁵⁰ de las “cosas significantes y significadas” y por qué lo necesario aparece, a su vez, como una especie de lo verdadero: si la proposición expresa un hecho atribuyendo un predicado a su sujeto, el juicio será verdadero si tal hecho se da, esto es, si el juicio resulta idéntico al acontecimiento que expresa. Este acontecimiento tiene su causa en la acción de los cuerpos y tal acción delimita un presente. Ahora bien, el juicio resultará verdadero si el atributo, en efecto, pertenece de modo presente a la cosa pero, no obstante, podrá devenir falso sin contradecir por ello el orden del Destino, esto es, podrá resultar falso precisamente en referencia al presente vivo y expresará, por tanto, un acontecimiento contingente. Si toda proposición es singular, la necesidad deberá encontrar su razón en el vínculo entre los cuerpos y el tiempo, y no ya en la subalternancia o la contradicción como relaciones entre proposiciones que ligán lo particular a lo general conforme a los límites definidos de la inclusión y la exclusión. Queda claro, por tanto, que ni lo verdadero y lo falso (ni mucho menos lo necesario) podrán constituir el fundamento de la proposición, puesto que deben cuentas a la efectuación corporal y no explican la irreductibilidad del peculiar estatuto del lenguaje al conocimiento de la física ni, por tanto, la especificidad de la dialéctica dentro del sistema de la sabiduría.

49 Deleuze, *Op. cit.* Vigesimoprimera serie.

50 El empleo aquí del término “especie” no resulta contradictorio puesto que, si la dialéctica es ciencia, es también -y precisamente por eso- cuerpo, a pesar de versar sobre lo incorporal. La especificación de los expresables aquí tiene sentido porque corresponde a un doble acercamiento al orden de los cuerpos: en primer lugar, al nivel del objeto, la proposición, entendida siempre como una cierta incorporación; en segundo lugar, al nivel de la teoría como constitución de un cuerpo de nociones. Volveremos a encontrar esta dificultad cuando Hjelmslev -Cf. Hjelmslev, L., *Omkring Sprogteoriens Grundlæggelse*, en *Festskrift udg. Af Københavns Universitet*, 1943 (trad. Díaz de Liaño, J.L., *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1969)- muestre los límites del análisis y la teoría lingüística y cómo aquello que marca el límite es precisamente lo que se busca a la hora de dar cuenta de la posibilidad en general de significación.

Si la proposición simple expresa hechos, esto es, si -en la medida en que pretende ser verdadera- expresa el vínculo entre la causa corporal y el acontecimiento, cabe preguntar qué expresa la proposición compuesta y en virtud de qué criterio es posible determinar su verdad o falsedad. Mientras que resulta claro que el juicio simple, como expresable, es idéntico al acontecimiento (puesto que no se confunde ni con el estado de cosas designado ni con las palabras del lenguaje proferidas) y que, de acuerdo con esta consideración, aún debe cuentas al orden del Destino (pese a no poder estar analíticamente fundamentado en el mismo por los motivos que se han expuesto hasta aquí), la cuestión que se plantea (si es que hay que mantener la diferencia entre el orden de las causas y el de los efectos) se refiere a la especificidad del modo de relación de los acontecimientos unos con otros, y no ya con sus causas corpóreas. Los juicios complejos ligan unos hechos con otros expresando un orden que ya no puede ser el de la causalidad corporal (a pesar de estar, por su propia naturaleza, vinculados como efectos al orden del Destino), sino el de las relaciones de unos acontecimientos con otros en una suerte de casi-causalidad incorpórea que se independiza del régimen de la necesidad, al que cabría suponer correlativo al orden del Destino si el planteamiento fundamental del estoicismo no hubiese privado a lo incorpóreo de toda fuerza causal. Esta ligazón entre hechos, a diferencia de las acciones de los cuerpos reales, no es objeto de sensación y escapa completamente al dominio de la física, puesto que es un expresable incorpóreo, una relación entre efectos que no puede encontrar fundamento en ninguna realidad definida, sino sólo una expresión en el lenguaje y pertenecerá, por tanto, al ámbito temático propio de la dialéctica. Deleuze dedica explícitamente la vigesimocuarta serie de *Lógica del sentido*⁵¹ a caracterizar el peculiar estatuto de este modo de relación, anticipando conceptos que sólo en trabajos posteriores encontrarán una formulación más nítida y ostentarán su función más específica, aunque ya aquí se hace sentir la *resistencia* que supone su concepción de la filosofía como “sistema de relevos”, puesto que el pensamiento estoico aparece en este punto como insuficiente (y debe ser relevado, primero por Leibniz, después por Nietzsche), pero es precisamente esa insuficiencia la que proporciona una salida a la actividad productiva del pensamiento. Sin ánimo de introducir una digresión que no sólo haría aún más difícil satisfacer la pretensión de obtener una cierta visión de conjunto de la filosofía estoica (aún más difícil de lo que lo hace la diversidad y dispersión documental, aún más incluso que la escasez y parcialidad de las doxografías, desde la antigüedad hasta hoy...) sino que también lanzaría antes de tiempo esta explicación a la línea que traza la propia obra de Deleuze, en los siguientes párrafos será necesario, no obstante, aludir sucintamente a ciertas nociones que resultan indispensables para comprender la

51 Deleuze, *Op. cit.*, vigesimocuarta serie.

verdadera fecundidad de esta referencia al estoicismo.

La restricción del objeto de la lógica al análisis del lenguaje hace que la clasificación de estas relaciones entre incorporeales aparezca calcada de la de los conectores entre proposiciones simples, por lo que la dificultad para apresar el sentido expresado en la proposición compleja persiste y tales relaciones son consideradas en un discurso metafórico y analógico que toma la causalidad corporal como principio. Si sólo los cuerpos son agentes y pacientes, los acontecimientos-efectos son sin acción los unos sobre los otros, es decir, su orden es el de una pura exterioridad, un régimen de dispersión atómica que excede los límites de lo presente y corpóreo, de modo que la consideración estoica de la posibilidad de verdad o falsedad en la proposición compuesta se ve abocada a oscilar entre dos polos: primero, el que plantea la alternativa de aceptar la total arbitrariedad de las relaciones entre acontecimientos o la imposibilidad de admitir como válida cualquier proposición que no sea un juicio de identidad y, segundo, aquel en el que aparece la necesidad de reintroducir metafóricamente cierta causalidad en el orden de lo incorporeal. Ahora bien, el lenguaje no se reduce, evidentemente, a las palabras, sino que encuentra su condición genética del lado del expresable incorporeal, por lo que las conjunciones de la proposición compuesta serán aquellos cuerpos que tienen el atributo de expresar la ligazón entre los acontecimientos, aunque la irrealidad de tales modos de relación y el carácter atómico de los atributos choque con las exigencias derivadas de plantear a este propósito la cuestión por la validez, es decir, por el juicio complejo verdadero o sano. Intentando responder a esta dificultad y manteniéndose lejos de cometer la temeridad de enfangarse en la indistinción entre cuerpos e incorporeales⁵², se otorga un privilegio especial al análisis de la proposición hipotética (*synemmenon*), a pesar de que sea precisamente en el marco de este análisis donde la alternativa entre la mera identidad de antecedente y consecuente y la metáfora de la causalidad física se imponga de modo más severo. La relevancia del análisis de la proposición hipotética estriba en que no sólo concierne al problema del juicio verdadero, sino también a la comprensión estoica del signo y al modo en que su peculiar concepción de la definición se opone al esencialismo aristotélico.

52 Ya Séneca señalaba a Lucilio que «frecuentemente sufrimos más las opiniones que la realidad» y «no pocas veces, sin la mínima señal aparente que haga presagiar un mal, *se forman en el ánimo falsas representaciones*» (subrayado nuestro), por lo que «lo que proviene de lo incierto acarrea consigo las conjeturas y fantasías de un ánimo despavorido». Surge así la cuestión de cómo distinguir «si son fútiles o reales los motivos por los que me angustio» ya que, si bien «un mal futuro puede ser verosímil», eso «no quiere decir que sea certero». La pregunta por el juicio sano en contraposición a la enfermedad del alma cuando cae prisionera de la *phantasia* pasa, por tanto, por la diferenciación entre cuerpos y acontecimientos que hace posible una comprensión adecuada del presente y la incorporación. Cf. Séneca, *Cartas a Lucilio*, ep. XIII.

De acuerdo con el testimonio de Diocles⁵³, un juicio hipotético es verdadero cuando el *opuesto* de la proposición final *contradice* la proposición del comienzo, pero, si todo concepto es cuerpo y, por tanto, está excluido por principio del dominio de la dialéctica, el primer problema que plantea semejante formulación de la condición de verdad es qué debe entenderse por “contradicción” cuando toda proposición es singular y qué debe ser retenido y reconsiderado en la formulación que propone Aristóteles de su principio. Si bien en la lógica aristotélica la relación de contradicción se establece entre proposiciones universales (afirmativas y negativas) y sus particulares contrarias, privilegiando así la dimensión del sentido y la referencia del individuo a la especie como su causa formal, incorporea y libre de los requerimientos y fluctuaciones propias de la generación y la corrupción, Sexto considera que «es contradictoria una cosa que no puede ser admitida al mismo tiempo que otra»⁵⁴, por lo que la cuestión tiene que ver con que las dos proposiciones que componen el juicio hipotético puedan ser admitidas⁵⁵ “*al mismo tiempo*”. Mientras que el realismo aristotélico deja lugar para la casualidad incorporea, y el conocimiento del hombre puede errar, bien en la definición de la especie (que es incorporea, pero plenamente actual en sí misma), bien en el juicio simple que justifica la pertenencia a ésta del individuo corpóreo que aparece en la particular, el materialismo estoico no puede admitir que el lenguaje exprese más que hechos singulares resultantes de las acciones de los cuerpos reales, y esto porque lo expresable no es un cuerpo, sino un efecto incorporea de su acción. La expresión “al mismo tiempo”, en la frase de Sexto, debemos leerla en sentido rigurosamente aristotélico, es decir, como “en el mismo presente”, como mismo resultado de la acción del cuerpo y es precisamente en esta lectura donde aparece la principal dificultad. Si, también según Sexto, el opuesto de una proposición es esa misma proposición afectada de forma total por una negación, no poder admitir que la condición y lo condicionado puedan pertenecer al mismo tiempo pasa porque el opuesto de la primera resulte contradictorio, es decir, que no pertenezca como atributo incorporea a la misma acción corpórea que lo expresado en la segunda. Así pues, lo contradictorio no es necesariamente lo mismo que lo opuesto precisamente por su referencia a un resultado incorporea de la acción que, aunque incorporado, pertenece al mismo orden noético que aquello que es expresado en la proposición. La contradicción se establece en referencia al tiempo y a su incorporación en el presente, no al sentido de un concepto en virtud del cual queda definido lo particular (el individuo corpóreo que resulta de la acción de una causa incorporea), puesto que lo incorporea es impotente y la corporeidad tiene su propio principio tonal de individuación. Aparecen así de forma conjugada

53 Diog. La. VII 73 (S.V. F. II 70, 20) citado por Bréhier, *op. Cit.* p. 27.

54 Math. VIII 88 (S.V. F. II 70, 7) citado por Bréhier, *Ibidem*.

55 La expresión “admitido” (*paralephzenai*) no puede referirse aquí a la no-contradicción en el sentido de la lógica aristotélica, sino al tipo de vínculo de compatibilidad específico entre acontecimientos del que resulta la relación corpóreo-conceptual.

tanto la dificultad como la exigencia de considerar la relación con independencia de la necesidad y del orden corpóreo, y se pone de manifiesto a las claras la incapacidad de la lógica aristotélica a la hora de dar cuenta de los acontecimientos, así como la insuficiencia de los conceptos estoicos para llenar la grieta que separa la posición por la que no pueden admitirse como válidos más que los juicios de identidad y las soluciones metafóricas que refieren la comunidad de ambas proposiciones al principio activo o fuego primordial. Cuando Crisipo propone la noción de *emphasis* como posibilidad de un juicio no idéntico verdadero, señala que un *synemmenon* puede ser sano si la segunda proposición está contenida en la primera “en potencia” pero, a partir de los supuestos básicos del estoicismo y la consiguiente exclusión de la causa formal, la potencia tiene sentido exclusivamente referida a cuerpos, a sus acciones y pasiones, y sólo impropriamente puede ser aplicada a un incorporeal. De acuerdo con el testimonio de Clemente, los estoicos «dicen que el cuerpo es la causa o el *sentido propio*, pero lo incorporeal, *metafóricamente*, actúa a la manera de una causa»⁵⁶. Es precisamente lo que escapa por esta brecha lo que exige nuevos conceptos, aquello que el pensamiento debe seguir y a partir de lo cual tiene sentido tomar el relevo. No obstante, la concepción estoica del signo está íntimamente ligada al análisis del juicio hipotético y puede proporcionar alguna clave en este sentido, ya que el establecimiento del vínculo sígnico exige la consideración de un tipo de relaciones heterogéneo respecto de la causalidad corporal, aún en el caso del índice (en el sentido de Peirce), puesto que la mera conexión dinámica no hace por sí misma que uno de los términos sea signo del otro si no es sobre la base de una relación incorporeal entre acontecimientos, tiempo e incorporación, que afecta incluso a la posibilidad de que las representaciones lleguen o no a ser comprensivas. De hecho, cualquier pretensión de reducción de los fenómenos de significación a una representación, sea esta palabra, representación sensible o noción, yerra a la hora de apresar lo específico de tal vínculo, puesto que la corporeidad cualquier entidad de este tipo envuelve un acontecimiento incorporeal, un sentido, que ella misma no muestra pero que hace posible su consideración en tanto que realidad sígnica.

1.3. La concepción estoica del signo.

El problema fundamental relativo al estatuto del signo en el estoicismo reproduce la misma dificultad que hemos encontrado a propósito del juicio compuesto verdadero o sano en

⁵⁶ Clemente de Alejandría, Strom, VIII, 9 (subrayado nuestro). La relevancia de superar esta metáfora en una investigación acerca de las relaciones específicas entre acontecimientos (tarea de una “lógica del sentido”) concierne a la posibilidad de elucidar la génesis misma del buen sentido y del sentido común, superando así la dependencia de la condición respecto de lo condicionado y que encontrará desarrollo en la oposición entre dos modos de distribución, nómada o sedentaria, más adelante (Cf. *infra*, caps. 4, 5).

el examen de la proposición hipotética, puesto que si se considera que la proposición antecedente es signo de la consecuente, parece necesario reconocer a la primera una suerte de poder para engendrar o llevar a la segunda consigo. Tal reconocimiento difícilmente puede conciliarse con la impotencia y la impasibilidad que deben suponerse a los hechos expresados por ambas proposiciones, de modo que debemos, bien considerar que el signo es corpóreo y capaz de causar en algún sentido aquello que designa (con lo que perderíamos en última instancia la especificidad de la relación de expresión y, con ella, la posibilidad de distinción entre el lenguaje y las cosas), bien indagar en el ámbito específico de lo incorporeal el tipo de relación en virtud de la cual es posible el establecimiento de tal vínculo a pesar del riesgo de total arbitrariedad que se cierne sobre él. Émile Bréhier⁵⁷ señala cómo el epicureismo parece inclinarse por una cierta versión de la primera de estas opciones al entender el signo como aquel objeto de sensación (esto es, de acción sobre el alma), que hace posible el conocimiento de un acontecimiento que no se da de modo actual a la percepción. Sin embargo, el estoicismo concibe el signo como algo propiamente “inteligible” (*noeton*) que no es en ningún caso objeto de sensación (*aisthetón*), reproduciendo así la diferencia entre la representación sensible y la representación racional y, con ella, la oposición entre lo corpóreo y lo incorporeal, puesto que, como hemos visto anteriormente, a propósito de la clasificación de las nociones de Diocles, el expresable involucra necesariamente una transición en virtud de la cual el pensamiento va de una parte a otra. Mientras que las nociones que indican sustancias y cualidades de las mismas caen dentro del ámbito de la naturaleza corpórea y se rigen por relaciones de inherencia y exclusión, Zenón señala (en una línea similar a aquella en que, más tarde y en condiciones totalmente diferentes, propondrá Berkeley en su concepción de la idea general) cómo, por lo que toca a su relación con objeto que representan, resulta necesario considerar este movimiento de tránsito en el que es posible rastrear, como condición genética, el régimen específico de la expresión. Para los estoicos, el vínculo entre el signo y aquello de lo que es signo no puede ser, desde luego, una relación entre elementos de órdenes diferentes, entre un cuerpo y un incorporeal, puesto que la proposición compuesta compromete al menos dos juicios y el juicio es aquello que es dicho de un estado de cosas, a saber, el atributo incorporeal que resulta en la superficie de la acción real de los cuerpos en profundidad, de modo que tanto el signo como aquello de lo que es signo son expresables y, por tanto, desentrañar la naturaleza del signo pasa necesariamente por considerar el modo de relación de los acontecimientos entre sí. Esta condición hace que en el ámbito de la semiótica se reproduzca la disyuntiva entre identidad y arbitrariedad que encontramos a propósito de la validez de la proposición hipotética ya que, si el signo tiene como misión la sustitución de un expresable conocido por otro desconocido, el

⁵⁷ Bréhier, *Op.cit.* pp. 31-32.

éxito de semejante tarea parece pasar por que el consecuente sea idéntico al antecedente o, al menos, que se aproxime a la identidad de acuerdo con un modo de la consecuencia que no es ya el del la mezcla o interacción física entre dos seres reales, sino aquél que tiene como medio el pensamiento transitivo y como criterio la posibilidad de integración de ambos acontecimientos en un mismo presente. Así, el signo presente debe ser siempre signo de algo presente, de tal modo que, por situarnos en el nivel más elemental de la cuestión, si consideramos que la representación sensible es signo del cuerpo que imprime su huella sobre la parte hegemónica del alma, no es porque la representación considerada en sí misma sea el efecto de la acción del cuerpo exterior, sino porque entra, en la medida en que es una acción del alma y con ocasión de la acción de tal cuerpo, en cierta relación de efectos que permite que una signifique a la otra. Por ser precisamente efectos, la relación será aquella que se establezca entre los acontecimientos resultantes de las acciones consideradas en un mismo tiempo, de suerte que su compatibilidad o incompatibilidad no concernirá a la relación entre límites corpóreos, sino al efecto incorporeal de aproximación a la identidad de tales acontecimientos en un mismo presente. El cuerpo que actúa jamás podrá ser causa del efecto que surge del cuerpo que padece y la cuestión se plantea, por tanto, en la relación entre los efectos de las acciones, tanto la del cuerpo que actúa como la de la formación de la representación en la *superficie* del alma. Tal relación poco tiene que ver para el pensamiento estoico con una lógica inductiva de la investigación, puesto que en su propio proceder supone la forma legal como vínculo entre hechos y, de este modo, al pasar por alto la división estoica entre causas y efectos, aunque puede considerar la contradicción como aplicable estos últimos por ser casos subsumibles bajo la ley que expresa su regularidad, ésta siempre se da entre el vínculo expresado en la ley y la negación de tal vínculo. Para los estoicos, sin embargo, la ligazón entre acontecimientos pertenece en exclusiva al registro de lo incorporeal y el signo mismo no es cuerpo, sino acontecimiento: no consiste sino en el atributo en virtud del cual puede significar a su objeto. Tanto la proposición antecedente como la consecuente expresan hechos, y el vínculo entre ambas no es sino el hecho de significar que se atribuye a la primera y el de ser significado que se atribuye a la segunda, y es que los hechos, a diferencia de las propiedades, son siempre dobles por ser resultados de la interacción corporal. Si bien la lógica inductiva moderna considera una transparencia fundamental de los signos que ignora la escisión estoica entre causas y efectos de tal modo que los signos pueden representar el orden mismo de la naturaleza, restringiendo así el lenguaje a su dimensión representativa y comunicativa, el estoicismo considera que los acontecimientos en relación forman *regímenes de signos*, y que tal constitución no puede corresponderse término a término con el orden corpóreo, sino sólo

expresar los efectos que resultan de él⁵⁸.

Deleuze señala que la dificultad para considerar propiamente estas relaciones entre acontecimientos reside, fundamentalmente, en el peculiar modo en que la compatibilidad e incompatibilidad se relacionan con la conjunción y la disyunción. Y es que, renunciando tanto al discurso metafórico que define estas relaciones mediante una analogía con respecto al destino, como al que considera que la lógica de lo general y lo necesario coincide con el orden de la causalidad corpórea (por ser los cuerpos un modo de ser entre otros), la relación de expresión que mantienen, no sólo los acontecimientos respecto a lo realmente existente, sino sobre todo entre sí, unos con otros, es aquello que el estoicismo da al pensamiento como tarea. El análisis de la proposición hipotética pone de manifiesto la exigencia de una diferencia de nivel en la contradicción, a saber, que ésta, como relación lógica, exige una instancia genética radicalmente heterogénea, un régimen propio que no puede corresponder término a término a la naturaleza de lo real, pero sí puede ser permeable al mismo y, si bien no es capaz de cambiarlo de acuerdo con su propia constitución, si puede propiamente expresarlo. Frente a la causalidad activa, esta cuasi-causalidad expresiva es silenciosa porque no corresponde al atributo de la proposición, sino al del estado de cosas que como efecto incorpóreo se incorpora en la proposición y, así, encuentra traducción en la lógica del concepto e inscripción en la interioridad de los cuerpos, pero sólo secundariamente respecto de la compatibilidad o incompatibilidad del acontecimiento mismo: «Las relaciones de los acontecimientos entre sí, desde el punto de vista de la casi-causalidad ideal o noemática, expresan en primer lugar correspondencias no causales, compatibilidades e incompatibilidades alógicas»⁵⁹. En la contradicción, por debajo de la construcción meramente nominal y corpórea del opuesto, asoma la exigencia de que si dos proposiciones pueden aproximarse a la identidad, esta posibilidad debe rastrearse en una virtualidad previa a la constitución de clases, relaciones entre clases y relaciones de los individuos con las clases y entre sí, situada precisamente entre las palabras y las cosas, y que es responsable de que las primeras sean irreducibles al régimen de las segundas; tal virtualidad es precisamente la de lo incorpóreo, en especial la del expresable y la del tiempo, por cuanto son decisivos para la posibilidad, no sólo del lenguaje, sino del sentido mismo como condición de toda semiótica. Deleuze reconoce así la autonomía

58 El discurso del estoicismo encuentra aquí una dificultad insalvable y apunta hacia algo que al mismo tiempo deja escapar y que en la propuesta de Hjelmslev resulta central, a saber, que el signo es siempre función y sólo adquiere su estatuto de signo en relación con otros signos: las entidades (los cuerpos) que entran en tal relación de expresión serán sus *funtivos*, y sólo podrán constituirse como entidades de contenido y de expresión en virtud de la función-signo que contraen.

59 Deleuze, *Op. cit.* Vigésimocuarta serie. Por supuesto, entendemos que aquí “lógica” se refiere a esa disciplina de los contornos definidos y las exterioridades radicales que encuentra su fuente tradicional en los textos de Aristóteles, pero que para el estoicismo yerra a la hora de apresar lo específico de la esfera del sentido y también, en consecuencia, en la tarea de elucidar en qué pueda consistir la virtud.

de una forma de expresión respecto del orden de los cuerpos y los estados de cosas que se atribuyen a estos, pero será a partir de la revisión que propone Hjelmslev de la noción de doble articulación cuando podamos atisbar que la incorporación del expresable, precisamente por la peculiar naturaleza de las relaciones específicas entre acontecimientos y por la comprensión de la divergencia que aparece en ellas, encuentra la posibilidad de una intervención efectiva en la esfera de los contenidos. La disconformidad radical del isomorfismo entre expresión y contenido que encontramos en los *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* tiene en la dialéctica estoica un precedente vetusto, aunque insuficiente en este punto: ya en el ejemplo del griego y el bárbaro era necesario admitir una diferencia de régimen entre la forma del contenido (compartida por ambos, puesto que ambos conocen la noción significada por la palabra escuchada) y la forma de expresión, que sólo para el griego hacía que el cuerpo de la palabra en contacto con el alma del griego pudiese significar la noción. Cualquier reducción en este punto elude la especificidad del régimen de expresión y corre el peligro de considerar el carácter expresivo de las palabras de acuerdo con la forma propia de los contenidos. Lo que el lenguaje expresa son hechos, acontecimientos, y el modo de relación específico entre acontecimientos apunta directamente a esas “relaciones a-lógicas” en las que es necesario admitir un uso no excluyente de la disyunción. Deleuze opone en este punto los sistemas de signos, caracterizados por un «conjunto de correspondencias no causales que forman un sistema de ecos, *estribillos* y resonancias»⁶⁰ en un régimen que puede ser llamado de cuasi-causalidad expresiva, a una causalidad *necesitante* subordinada a la unidad de las causas entre sí, precisamente sobre la base de una anterioridad fundamental de la compatibilidad e incompatibilidad entre acontecimientos respecto de las relaciones lógicas y corpóreas de identidad y contradicción. Puesto que la determinación de los individuos depende precisamente de la convergencia y la divergencia de los acontecimientos, compatibilidad e incompatibilidad deben ser definidas en un nivel preindividual, y será Leibniz quien, distinguiendo entre lo componible y lo imposible, pueda de hacerse cargo del problema estoico, si bien sólo hasta cierto punto; aquél en el que el pensamiento de Leibniz encuentra su límite propio, porque si bien lo componible y lo imposible resultan anteriores e irreductibles a las relaciones de identidad y contradicción, su distinción reproduce el par “convergencia-divergencia” de tal modo que la convergencia es entendida como resultado de la mirada del Dios calculador que hace que las series composibles se organicen y se prolonguen unas en otras en el mundo actualmente existente, mientras que de la divergencia sólo cabe aceptar un uso exclusivo o excluyente que sigue debiendo cuentas a una consideración del acontecimiento incorporado y no llega a captar cuál pudiera ser el régimen conforme al cual se relacionan propiamente los

60 *Ibidem*.

acontecimientos entre sí y que hace posible su atribución en la proposición a los estados de cosas. Será necesario, más allá de la convergencia lebniziana y distanciándose de la comprensión dialéctica y hegeliana de la contradicción, considerar la posibilidad de un uso inclusivo de la disyunción, es decir, hacer de la divergencia un objeto de afirmación, ya no por su relación con la identidad, sino precisamente por su carácter de diferencia irreductible, no conceptual, pero sí concreta, finita. Considerar en sí misma la diferencia entre acontecimientos es afirmar su distancia en tanto distancia, no como algo a franquear o a anular en una profundidad en la que se encontraría finalmente la reconciliación de la identidad, la unidad de Zeus-Día, sino como aquello que hace posible la remisión de uno al otro, su relación propiamente noemática o incorporeal. Frente a la prioridad de la efectuación y al peligro de calcar las relaciones específicas entre acontecimientos de las relaciones entre cuerpos (ya sean éstos estados de cosas, nociones, palabras o proposiciones), el movimiento de *contraefectuación* proporciona esa perspectiva genética y superficial a partir de la cual puede entenderse tanto el establecimiento de la condición de verdad como la posibilidad de desencadenamiento de las “potencias de lo falso”, permitiendo el acceso a ese arte de la inversión, subversión y perversión de perspectivas que Nietzsche construye sobre la tensa cuerda de la divergencia afirmada y la persistencia de lo problemático.

A la hora de determinar el objeto prioritario de la dialéctica, encontramos que, retomando la definición de Posidonio según la cual ésta concierne a las cosas verdaderas y falsas y a las que no son ni lo uno ni lo otro, el expresable completo es sólo una parte de la lógica que, considerada por sí misma, es incapaz de proporcionar fundamento alguno a la relación de expresión. En el expresable completo el verbo aparece acompañado de su sujeto y, por cuanto el juicio indica una actividad en el orden de los cuerpos, es susceptible de ser verdadero y falso en relación con el presente que se desprende como efecto incorporeal de tal actividad: tal presente propiamente existe en tanto que es el presente de la acción de un cuerpo y contiene un acontecimiento incorporado. Ahora bien, del expresable incompleto, esto es, de aquellos verbos sin sujeto que expresan puros acontecimientos con independencia de su incorporación, no podremos jamás decir con propiedad que existen, puesto que su modo de (no)ser considera el presente como un mero límite abstracto e inextenso, sustrayéndose así a la existencia y a la incorporación en una subsistencia de pasado y futuro que esquivo constantemente el presente corpóreo y se lanza al desfase infinitivo del pasado-futuro puro, sobre la línea de Aión, que contiene, no ya los efectos presentes de las acciones de los cuerpos, sino aquellos acontecimientos que siempre ya han acabado o que aún jamás han llegado a producirse. Es en este plano donde la impotencia de los incorporeales se hace manifiesta y

donde la disociación entre física y lógica encuentra un sentido en la doctrina estoica de la felicidad como tercera parte del sistema de la sabiduría, en relación con el problema del juicio sano y la acción virtuosa. Pues es precisamente la posibilidad de que esta impotencia pase inadvertida, unida a la pasividad fundamental del principio material en los cuerpos, aquello que pone en peligro la conveniencia de la acción de los seres racionales puesto que el alma es, por supuesto, un cuerpo. Si bien la representación (*phantasia*) es el efecto de la acción de un cuerpo sobre la parte hegemónica del alma, lo fantástico pertenece a ese plano diferido de acciones ya siempre acontecidas o siempre aún por venir, independientes por principio de su incorporación en un estado de cosas al que pudiera corresponder una duración, pero que encuentran de algún modo acceso al presente corporal y, del mismo modo que el veneno trastorna el equilibrio del cuerpo, lo fantástico ocupa y distiende el presente en una sucesión de acontecimientos que descentra la acción con respecto al acontecimiento y al tiempo que le es propio, por lo que el sano juicio deja paso a la enfermedad del alma y el presente carga con una memoria y una expectación que engendra el olvido de su condición. La conciencia del tiempo puro a partir de la subsistencia de lo incorporeal hace posible la reducción del presente vivo al mínimo según el cual corresponde como efecto a la acción real de las causas, tomando la diferencia entre cuerpos y acontecimientos en esa distancia propiamente afirmativa que sólo puede ser admitida a partir de la comprensión de los movimientos de efectuación y contraefectuación, puesto que revelan la posibilidad de lo verdadero a partir del reconocimiento de esa dimensión radicalmente heterogénea respecto del poder de las causas pero que, no obstante, se incorpora y oculta así su virtualidad específica en el redil de una potencia hecha a la medida de la actualidad corpórea y a la que es posible, entonces, atribuir fuerza causal. La intromisión imperceptible de lo virtual que caracteriza a la *manía* afecta a la verdad del juicio, subordinando la atribución de los acontecimientos a una sucesión de la que se hace depender su realización y ocultando el sentido (o lo expresable) bajo una esclerosis del alma para recibir los acontecimientos propiamente presentes, de modo tal que el desconocimiento del estatuto específico de lo incorporeal redunde en una clausura del saber de los cuerpos en el cuerpo de las proposiciones que son, asimismo, tratadas como cuerpos. Sea a partir de la unidad comprensiva del orden de la manifestación, la transparencia de la designación o las inclusiones y exclusiones del régimen de significación, la consideración de la proposición por sí misma, sin contar con la dimensión suplementaria del sentido, se vuelve incapaz de aprehender su condición genética, pasando por alto la irreductibilidad de las palabras a las cosas y de los acontecimientos a su efectuación en estados de cosas.

La proposición, por su propio carácter corpóreo, se hace presente en la enunciación de

un sujeto que en ella se manifiesta y da cuenta de aquellos estados de cosas por los que es concernido, de tal modo que la designación de los mismos encuentra su fundamento en la posición del sujeto en tanto que su enunciación manifiesta su relación con una causalidad externa (del orden de la expectativa) e interna (del orden del deseo) de modo convergente en un *sentido común*. Esta dimensión encuentra su principio en la unidad del Yo como centro de referencia y subsunción de toda diversidad de los estados de cosas externos o internos, aportando a tal diversidad la forma de lo Mismo: «Objetivamente, el sentido común subsume la diversidad dada y la remite a la unidad de una forma particular de objeto o de una forma individualizada de mundo»⁶¹. Sin embargo, tal forma de unidad quedaría hueca y sería meramente abstracta sin la referencia al orden de la significación, donde la diversidad es reglada, cortada y medida de tal modo que puede determinar la unidad del Yo y, por consiguiente, la de un Mundo como objeto de designación de la proposición. El orden de la designación es aquél en virtud del cual la proposición se refiere a un estado de cosas, y presupone tal estado como individuado y adecuado a una representación sensible con la que se vinculan las palabras. De este modo, la representación sensible aparece como principio singular de designación y las palabras con las que se asocia son, si adoptamos la terminología de Peirce, del orden del índice, esto es, puros designadores del tipo “este”, “aquel”, “aquí”, “allá”, “antes”, “ahora”... De acuerdo con lo expuesto acerca de la posibilidad de verdad o falsedad en el juicio, la designación constituye el orden que realiza en la proposición la atribución efectiva del acontecimiento al estado de cosas y, si bien tanto lo designado como el designador son cuerpos, aquello que hace posible el establecimiento del vínculo, el espacio y el tiempo, pertenece rigurosamente al orden de lo incorporeal. Tales designadores hacen referencia directamente a la incorporación del atributo en el presente y, en consonancia con la concepción estoica, son singulares, aunque su carácter exclusivamente formal los distingue de los nombres propios y deberán buscar su ocasión y su contenido dentro del orden de la significación, que es donde propiamente se encuentra la condición de verdad al referir la variabilidad y particularidad de las designaciones a la constancia del concepto y de las dependencias lógicas y demostrativas. Ahora bien, si debemos rastrear la posibilidad genética y real de la significación, es necesario dar cuenta de cómo y a partir de qué la propia dimensión de la significación, con los valores lógicos que prescribe y las determinaciones que impone, se constituye en una operación de igualación, de compensación de la divergencia y de superación de la distancia que ésta introduce. El *buen sentido* o sentido recto hace posible la determinación de propiedades y clases, selecciona y excluye la multiplicidad desbocada del acontecimiento puro estableciendo una razón de la distribución en un espacio dimensional, imponiendo un centro del tiempo en el

61 Deleuze, *Ibidem*, duodécima serie.

presente alrededor del cual se cierra el círculo de *Chronos* y en relación con el que pasado y futuro se ordenan y posibilitan una función de previsión. Ahora bien, la distinción entre cuerpos y acontecimientos hace imposible aceptar cualquier tipo de conformidad exhaustiva u homogeneidad entre los valores de la significación y los del ámbito corpóreo al que se refieren las proposiciones puesto que, si bien éstas forman asimismo cuerpos sobre la base de la representación racional (también de carácter corpóreo), el tránsito en virtud del cual es posible el establecimiento de tal representación, el orden mismo de las significaciones y la posibilidad de que sean expresadas por la proposición no puede ser expresado él mismo en esa misma proposición, sino que insiste o subsiste en ella y, por consiguiente, su explicitación exige de otra proposición que, asimismo, envuelve su propia condición genética.

Tal es el defecto que aqueja a la significación cuando pretende erigirse en fundamento de la proposición, puesto que su orden se constituye de acuerdo con la estructura de la demostración -formando series de implicaciones o dependencias entre premisas y conclusiones según una lógica del concepto-, de tal modo que la designación, lejos de quedar fundada en semejante orden, aparece como una doble exigencia de validez; por un lado de la conclusión para las premisas (la conclusión no podrá ser verdadera si una de las premisas es falsa) y por otro de la demostración para sí misma (como necesidad irreductible de una premisa suplementaria que establezca que la conclusión sólo puede ser verdadera si las premisas también lo son). Diríamos con Peirce que la proposición (que no deja de ser un signo) demanda una explicitación de su sentido que dé cuenta de la posibilidad de designar a su objeto, pero tal explicitación se hace efectiva en otra proposición (en otro signo) que, si bien expresa el sentido en virtud del cual es efectiva la designación operada por la primera, ella misma no presenta su propio sentido, constituyendo así un proceso infinito o *semiosis ilimitada* cuyo límite no es pensable sino como interpretante final u objeto absoluto⁶², que actúa como garantía última de la cohesión del orden de la significación y constituye una suerte de *punto de capitón*⁶³ que cierra

62 La noción de “interpretante” de Peirce comprende una tripartición cuyos elementos corresponden, respectivamente, a las tres categorías ontológicas, *Firstness*, *Secondness* y *Thirdness*, resultando así la distinción entre un interpretante inmediato, un interpretante dinámico y un interpretante final que, por corresponder a la categoría de terceridad, se asocia con la Ley y el hábito, de modo que resulta bastante *problemático* considerarlo como objeto, habida cuenta de que éste corresponde a la categoría de *terceridad*. Tendremos ocasión de abundar acerca de las relaciones entre hábito y sentido en otros apartados de este mismo trabajo, especialmente a propósito del problema de la morfogénesis inmanente (Cf. *infra*, cap. 3) y cuando tratemos explícitamente la cuestión de las tres síntesis (conectiva, disyuntiva y conjuntiva) y su vinculación con los movimientos de desterritorialización y reterritorialización (Cf. *infra*, caps. 3-5). Digamos por el momento que tiene todo que ver con el papel que la significación adquiere respecto de la designación y la manifestación, y que la garantía legal exigida hace de Dios el principio de la misma.

63 Lacan, a propósito de su investigación acerca de la psicosis propone la noción de *point de capiton* para dar cuenta de cómo la detención del movimiento regresivo del sentido en función del último significante de la cadena confiere un sentido ilusorio al resto y constituye al sujeto como dividido. Cf. *Seminario 3*, 6/6/1956. Se encontrará un desarrollo más exhaustivo de esta cuestión en el séptimo capítulo de este mismo trabajo.

el círculo del presente cósmico en la unidad de una mezcla perfecta. Del mismo modo, la manifestación, a pesar de ser primera en el orden del habla, expresa la relación de la proposición con el *sujeto de la enunciación* cuya constitución es sólo posible en la medida en que integra implícitamente el sistema de la significación, de ahí que esta última tenga prioridad desde el punto de vista de la lengua. Esta circularidad a la hora de fundar la posibilidad de la proposición, que oscila entre dos polos, el de los estados de cosas designados y el de las nociones significadas, sólo puede ser desarrollado del mismo modo que el círculo del presente cósmico se desenvolvía en la línea recta de Aión, es decir, mediante un movimiento de contra-efectuación que libere el acontecimiento de su incorporación efectiva y ponga de manifiesto la necesidad de una cuarta dimensión en la proposición y de un cuarto elemento más allá del orden de la representación donde el Yo, el Mundo y Dios aparecen respectivamente como principios de la manifestación, la designación y la significación.

1.4. Lenguaje, sentido y producción.

Si tanto la dimensión de la expresión como el elemento del sentido constituyen la condición genética del lenguaje, la primera dificultad de la que es necesario hacerse cargo es que en ningún caso la condición puede ser entendida aquí como causa, puesto que nos sitúa en el plano de los acontecimientos, meros efectos, incorporales, puros resultados de las acciones y pasiones de los cuerpos, de tal modo que el estudio de la proposición debe incluir, como modo de acceso privilegiado a la heterogeneidad fundamental en la que se funda la posibilidad de significación, aquellos casos en los que la profundidad de los conceptos, las propiedades y las clases cede paso a la relación puramente superficial entre efectos, emancipada de la causalidad incorporal. Si, por el contrario, se pretendiese explicitar la condición a través de lo condicionado, lo único que podría resultar de tal operación es la obtención de la forma de posibilidad de la proposición como una suerte de causa incorporal que, desde la comprensión estoica de la corporeidad, resulta inadmisibles. La forma de posibilidad cae privilegiadamente del lado de la significación y, por tanto, en el ámbito del ser real corpóreo (del mismo modo que le ocurre a la lógica aristotélica), y resulta insuficiente para escapar al círculo de la proposición y dar cuenta de su posibilidad real, puesto que el pensamiento queda preso en un movimiento en el que «perpetuamente nos remitimos de lo condicionado a la condición, pero también de la condición a lo condicionado. Para que la condición de verdad escape a este defecto, debería disponer de un elemento propio distinto de la forma de lo condicionado, debería tener algo incondicionado capaz de asegurar una génesis real de la designación y de las otras dimensiones de la proposición: entonces la condición de verdad se definiría, no ya como

forma de posibilidad conceptual, sino como materia o estrato ideal, es decir, no ya como significación, sino como sentido»⁶⁴. Encontramos así la razón fundamental de la discrepancia entre el pensamiento de Aristóteles y el del estoicismo a la hora de concebir y llevar a cabo la tarea de la dialéctica. La distinción aristotélica entre silogismo científico y dialéctico reproduce la diferencia entre el orden de la designación y el de la manifestación, puesto que el primero debe partir de premisas verdaderas de cuyas relaciones, de acuerdo con el orden de la significación, resulta apodícticamente como conclusión una proposición asimismo verdadera, mientras que el segundo debe partir de premisas plausibles, es decir, aquellas cuyo valor lógico no puede ser lo verdadero o lo falso, sino lo verosímil, que aparece como exigencia del sentido común. De este modo, Aristóteles «calca los problemas de las proposiciones del sentido común(...) hace depender la verdad de los problemas de lugares comunes, es decir, de la posibilidad lógica de recibir una solución»⁶⁵, mientras que el estoicismo, haciendo del expresable el objeto de la dialéctica, considera el sentido de acuerdo con la especificidad característica del orden de lo incorporal, planteando el problema en el registro de las relaciones entre acontecimientos y apuntando así a una génesis inmanente del sentido de la que depende su efectuación. La proposición verdadera aparece así como el límite intrínseco del proceso mismo del sentido⁶⁶, como una representación tal que envuelve el acontecimiento y lo contrae en un presente corpóreo. No obstante, el carácter incorporal del sentido plantea una dificultad añadida en referencia a tal proceso productivo, puesto que, si bien aparece como condición genética de la proposición y, con ella, de toda relación semiótica, su productividad no podrá ser pensada en ningún caso como un principio u origen, sino siempre bajo el estigma de esa casi-causalidad incorporal por la que deberemos encontrar el elemento productor en el propio producto.

La potencia de la paradoja para hacer patente la heterogeneidad de tal elemento reside precisamente en su carácter superficial, que vuelve indecible la incorporación y revela la no transparencia del pensamiento para sí mismo a causa de la mediación del lenguaje, que incorpora el acontecimiento sin que éste a su vez pueda ser reducido ni a las palabras, ni a las nociones. Así, la paradoja constituye propiamente una “pasión del pensamiento”⁶⁷ que, incapaz de reducirla a mera contradicción lógica, asiste a la génesis de la contradicción en ese ámbito

64 Deleuze, *Op.cit*, tercera serie.

65 *DR*, p.245.

66 «La verdad, en todos sus aspectos, es un asunto de producción, no de adecuación» Deleuze, *Op. Cit.* p.236.

67 «Las paradojas sólo son pasatiempos cuando se las considera iniciativas del pensamiento; pero no cuando se las considera como “la Pasión del pensamiento” que descubre lo que sólo puede ser pensado, lo que sólo puede ser hablado, que es también lo inefable y lo impensable» Deleuze, G., *LS*, duodécima serie. Más adelante veremos hasta qué punto lo que la paradoja pone de manifiesto queda oculto en las formas de entretenimiento que en el régimen capitalista pueblan el espacio de la acción libre conforme al modelo-trabajo.

de compatibilidades e incompatibilidades a-lógicas y pre-individuales que corresponde al orden de los acontecimientos libres de toda incorporación. Frente a la paradoja con la que hemos topado en líneas anteriores, y que se plantea a la hora de situar el fundamento de la proposición como entidad designadora en la significación, obligando a una regresión infinita del presupuesto en virtud del cual se opera la designación (puesto que siempre es posible tomar el sentido de una proposición como objeto de otra proposición de la que, a su vez, tampoco se dice el sentido), se plantea otra paradoja como alternativa. Deleuze se refiere a ella como “la paradoja de los estoicos” o “paradoja del desdoblamiento estéril o de la reiteración seca” y plantea la desincorporación del sentido como medio de evitar la regresión, a pesar de que tal desincorporación ponga de manifiesto la impasibilidad y impotencia características de lo incorporeal. Mientras que la primera paradoja (la “paradoja de Frege”) pone de manifiesto la coexistencia de, por un lado, la capacidad reflexiva y sobrelineal del lenguaje para tomarse a sí mismo como objeto de designación (“el más alto poder”) y, por otro, la imposibilidad para decir a la vez -en un mismo presente- algo y su sentido, de tal modo que el acontecimiento, en tanto que es incorporeal, siempre subsiste como irreducible a su efectuación presente (“la más alta impotencia”), la “paradoja de los estoicos”, precisamente por detener el movimiento de la proposición, separa de ésta el sentido “como una fina película en el límite de las cosas y las palabras”⁶⁸, como algo que no se confunde ni con la proposición misma, ni tampoco con el objeto designado o con el sujeto que la enuncia, revelando por tanto su carácter incorporeal y mostrando, así, tanto su esterilidad como su potencia genética. Cómo pueda conjugarse aquí tal esterilidad con la productividad que venimos reconociendo al sentido pasa por recordar una vez más que la distinción entre cuerpos-causas y acontecimientos-efectos dista mucho de ser simétrica y homogénea: si bien hemos situado en la dimensión de la significación la condición de verdad, y ésta se plantea siempre como una disyunción excluyente (recordemos las relaciones aristotélicas entre proposiciones según la cantidad y la cualidad), la relación que mantiene el sentido con el sinsentido no puede ser en absoluto del mismo tipo que la que encontramos entre lo verdadero y lo falso. En todo caso, podríamos oponer análogamente el sentido al *contrasentido*, por cuanto si en el primero situamos el elemento de la génesis, bajo el rótulo del segundo deberemos colocar las fuerzas reactivas que se oponen a su proliferación⁶⁹, pero este planteamiento no conseguiría salir de la profundidad propia del régimen de la causalidad corpórea y, como se pone de manifiesto en las paradojas, la relación de sentido y

68 *Ibidem*.

69 «Además, tenemos la impresión de que hay un contrasentido puro operado sobre el sentido; porque, de cualquier forma, cielo o subterráneo, el sentido se presenta como Principio, Depósito, Reserva, Origen. Principio celeste, se dice de él que está fundamentalmente velado y olvidado; principio subterráneo, que está profundamente tachado, desplazado, alienado. Pero, tanto bajo la tachadura como bajo el velo, se nos invita a reencontrar y restaurar el sentido, sea en un Dios al que no se habría comprendido lo suficiente, sea en un hombre al que no se había sondeado suficientemente» *Ibidem*, undécima serie.

sinsentido debe ser algo más bien superficial, una suerte de copresencia inclusiva y no tanto una oposición simple.

El recurso al sinsentido es obligado por cuanto éste se opone, desde luego, tanto al buen sentido como al sentido común, y puede mostrar así hasta que punto el sentido mismo es irreductible tanto a uno como al otro, es decir, tanto al orden de la significación como al de la manifestación. En la paradoja de la regresión indefinida, aquella de la que se derivan todas las demás, asistíamos a la presencia del sinsentido en la esfera de la significación, puesto que aquel término que pudiese aparecer como límite de la regresión debería cumplir una extraña condición que lo situaría en un peculiar *estado de excepción*: mientras que el sentido de una proposición (o de un nombre) normal sólo puede ser designado por otra proposición (u otro nombre), el término-límite debería ser una proposición o un nombre que designase su propio sentido. Esta es la primera figura del sinsentido, aquella que frente a la regresión infinita de significación ($n_1 \rightarrow n_2 \rightarrow n_3 \dots$) propone como límite un término que dice su propio sentido (N_n). La segunda figura concierne a la irreductibilidad de la disyunción a su forma inclusiva, «la palabra-valija misma es el principio de una alternativa de una alternativa de la cual constituye igualmente los dos términos (frumioso = fumante-furioso o furioso-fumante). Cada parte virtual de una palabra semejante designa el sentido de la otra, o expresa la otra parte que lo designa a su vez»⁷⁰. De acuerdo con estas dos figuras, la paradoja provoca, en lo referente a la regresión, una confusión de niveles formales e instaura una circularidad viciosa e irresoluble en la disyunción. De este modo, la condición de convergencia necesaria para la incorporación y la efectuación del acontecimiento en un estado de cosas corpóreo quedan en suspenso, por lo que la paradoja obra, tanto sobre el buen sentido como sobre el sentido común, un efecto subversivo que, frente al establecimiento de una dirección por parte del primero, libera los dos sentidos a la vez, al tiempo que sabotea la identidad en una subdivisión inasumible bajo la forma de lo Mismo⁷¹.

El ámbito del sentido aparece así como aquél a partir de cuyas compatibilidades e incompatibilidades surgen las relaciones de significación, las instancias de manifestación y la posibilidad de designación, y en ello reside su carácter genético. El movimiento de contraefectuación al que conduce la consideración atenta del sinsentido que plantea la paradoja proporciona un punto de vista propiamente trascendental que escapa a la recurrencia fundacional de lo condicionado y la condición, descubriendo un campo de posibilidades que,

⁷⁰ *Ibidem*,

⁷¹ «el buen sentido y el sentido común están minados por el principio de su producción, y subvertidos desde dentro por la paradoja», *Ibidem*, decimosexta serie.

en su estatuto inexistente e insistente, se revela como propiamente virtual y, por tanto, irreductible a las diversas efectuaciones o incorporaciones que, si bien para la conciencia empírica se sitúan en una relación de oposición simple respecto al sinsentido, para un pensamiento que tome en cuenta la disociación estoica de la causalidad deben ser considerados como producciones immanentes de la dimensión de la expresión. Si frente a la corporeidad de las representaciones y de las relaciones lógicas regidas por el principio de contradicción, el pensamiento se define en lo que tiene de incorporal por la transición que hace posible que un elemento sea expresión de otro, hay que considerar que cualquier enunciación, es decir, cualquier «proposición de la conciencia implica un inconsciente del *pensamiento puro*, que constituye la esfera del sentido donde se regresa al infinito»⁷². Tanto la relación de designación como la relación de manifestación, por suponer la primera ya los estados de cosas designables como individuos constituidos y las personas como formas de unidad para la diversidad dada, así como por entrar en una relación de presuposición recíproca en el orden ontológico de su fundación, ceden la prioridad en tal orden a las relaciones de significación como forma de su posibilidad en el contexto de una lógica representacional, de tal modo que aparecen como efectuaciones del orden que tales relaciones de significación prescriben. Sin embargo, una lógica propiamente expresiva, esto es, una lógica del sentido, debe hacerse cargo del acontecimiento como condición genética y real no sólo de los individuos y las personas, sino también de la significación y de su dependencia respecto del principio de contradicción y el principio del tercio excluso⁷³. Es posible trazar una línea en la historia del pensamiento a la que los distintos momentos de atención al acontecimiento aparezcan como productos de un mismo devenir, que se revela precisamente como su casi-*causa incorporal* y que subvierte desde el interior una imagen del pensamiento para la que el sentido no puede aparecer más que como sinsentido y radical exterioridad, siendo, sin embargo, también lo más íntimo y aquello a partir de lo cual la propia imagen se erige en el pensamiento como *corpus*. La tarea de una filosofía preocupada por el sentido pasa por una afirmación de la disyunción que mantiene la tensión en el pensamiento e impide su resolución en una conciliación jerárquica y que no cede a la tentación de considerar el acontecimiento en su neutralidad por entenderlo a partir de los modos generales de la proposición, sino que encuentra en el sinsentido la fuerza productiva

⁷² DR, p.238 (la cursiva es nuestra).

⁷³ Como veremos en el siguiente capítulo, los diferentes modos de consideración del lenguaje que la propuesta de Hjelmslev viene a corregir se encuentran precisamente en este punto del orden de fundación. Sólo introduciendo la noción de “sentido” en el seno mismo de la teoría lingüística será posible abrir el lenguaje desde dentro a aquello que no es por sí mismo lenguaje ni signo, pero cuya consideración pone de manifiesto la insuficiencia del proceder inductivo, el método de oposición y la suposición de causalidad incorporal atribuida a la forma por los estudios lingüísticos. El sentido aparece como condición a la vez anterior y posterior puesto que, por un lado, no se reduce a la forma, pero, por otro, tampoco cabe hablar de “sentido” (sea éste del contenido, sea de la expresión) al margen de ella, de modo tal que se hace posible dar cuenta de la lengua como sistema de producción de signos al tiempo que se cuestiona radicalmente la posibilidad de remitir el dominio de la pragmática a valores pertenecientes al ámbito extralingüístico.

inmanente de una instancia limítrofe entre los cuerpos (entre los estados de cosas designados y las proposiciones que los expresan) que no cesa de circular en todas direcciones con independencia de su incorporación, en un movimiento siempre heterogéneo respecto al que imponen las distribuciones fijas en el espacio dimensional de la significación, la manifestación y la designación. De acuerdo con éstas, la regresión nominal de la paradoja de Frege no establecería más que una serie de términos homogénea, en la que unos nombres se distinguirían de otros únicamente por su grado. Ahora bien, en este movimiento regresivo pone en juego una alternancia que resulta imperceptible sin la referencia explícita a la dimensión del sentido y que remite al ámbito de las problemáticas relaciones entre acontecimientos, puesto que cada término «se toma en primer lugar en la designación que opera, y luego en el sentido que expresa, ya que es este sentido quien sirve de designado para el otro nombre»⁷⁴. De este modo se revela cómo cualquier organización serial, por homogénea que parezca, lleva en sí mismo, como su condición genética, una heterogeneidad irreductible que esquivo constantemente cualquier distribución fija de los términos en “significantes” y “significados” e impide la coincidencia exhaustiva entre cuerpos-expresiones y cuerpos-designados.

Si Deleuze elige la batalla como figura del acontecimiento en su esencia (anticipando ya ciertamente el concepto de *máquina de guerra* de la época de MP) es precisamente porque en ella se encuentran conjugadas a la vez la neutralidad y la productividad del sentido, la imposibilidad respecto de cualquier envite, cualquier lance, cualquier efectuación corpórea, así como la multiplicidad de modos y direcciones en los que tal efectuación pueda tener lugar. Bien podemos ilustrar este peculiar estatuto prestando atención al relato que construye Shakespeare de la célebre batalla que enfrentó a Inglaterra y Francia en Agincourt, puesto que si bien los reinos de Inglaterra y Francia parecen entidades definidas y sustanciales, la batalla sólo encuentra en ellas, así como en el terreno de la confrontación de las partes, condiciones particulares de efectuación respecto de las que ella misma resulta del todo neutral. Evidentemente, cuando se habla de “la batalla de Agincourt” se está considerando ya un determinado grado de efectuación que, desde el punto de vista del acontecimiento puro, resulta totalmente irrelevante, pero que desde el interés de las partes, constituidas por personas e individuos, oculta la dimensión específicamente incorporal de la batalla misma. Sin embargo, encontramos en la exposición de Shakespeare⁷⁵ que una de tales efectuaciones excede la esfera

⁷⁴ LS, sexta serie.

⁷⁵ «FLUELLEN: *Kill the poys and the luggage! 'Tis expressly against the law of arms. 'Tis as arrant a piece of knavery, mark you now, as can be offert, in your conscience now, is it not?*

GOWER: *'Tis certain there's not a boy left alive, and the cowardly rascals that ran from the battle ha' done this slaughter. Besides, they have burned and carried away all that was in the king's tent, wherefore the king, most worthily, hath caused every soldier to cut his prisoner's throat. Oh, 'tis a gallant king!*»

Shakespeare, W., *The Cronicle History of Henry the fifth*, Acto IV, escena vii.

de la significación de los actos marciales, mostrando cómo la batalla, en esencia, es irreductible a los cuerpos en los que se encarna y obligando el paso a otra dimensión en la consideración corporal de las partes y el resultado por una transgresión del orden caballeresco en un acto de bellaquería, que queda determinado en función de la forma de significación a la que se refiere la designación como “cobardía” y “bribonería”. Dos contendientes ingleses, Fluellen y Gower, descubren que una fracción de las tropas francesas en fuga ha tenido para con su causa un último acto de adhesión y, en su huida, han dado muerte a los pajes y destrozado las provisiones del bando británico, situadas en la retaguardia del campo de batalla. Y es que ni la batalla puede reducirse a un campo, ni la guerra puede ser entendida como un caso de la Ley, ni sus reglas son preexistentes y definen acciones subsumibles según la victoria y la derrota, sino que más bien al revés, aunque de ningún modo conforme a una unidad, bien sea esta genérica o analógica, sino precisamente como disyunción constante e insuperable y distribución nómada⁷⁶.

“la batalla *sobrevuela* su propio campo, neutra respecto a todas sus efectuaciones temporales, neutra e impasible respecto a los vencedores y a los vencidos, respecto a los cobardes y los valientes, tanto más terrible por esto, nunca presente, siempre aún por venir y ya pasada, no pudiendo entonces ser captada sino por la voluntad que ella inspira a lo anónimo, voluntad que es preciso llamar “indiferencia” en un soldado herido de muerte que ya no es ni cobarde ni valiente, que ya no puede ser vencedor ni vencido, completamente más allá, sosteniéndose allí donde se sostiene el Acontecimiento, participando así de su terrible impasibilidad.”⁷⁷

Del mismo modo que el sabio estoico, el soldado herido se distancia de sí y comprueba en el momento mismo de la encarnación la distancia insalvable entre el acontecimiento y sus efectuaciones corpóreas. Más allá de las representaciones significantes del Yo y del Mundo, más allá del honor y de la vergüenza, de la unidad sustancial de los bandos y del veredicto de la Historia, el resultado de la acción de los cuerpos se presenta en su impenetrabilidad e impasibilidad como el acontecimiento que encarna en su radical heterogeneidad con respecto a todo sentido fijado y a cualquier intuición empírica correspondiente. El sabio estoico, sin embargo, aparece dotado de esa “intuición volitiva” que aún falta en el soldado, de tal modo que es capaz de comprender la expresión envuelta en la representación, de relacionar esta última con ese no-ser o casi-ser extraproposicional, pre-individual y pre-personal e identificarse con ello en tanto que casi-*causa noemática*, expresión de la proposición y atributo de los estados de cosas. En esto reside el uso lógico de las representaciones que, asumiendo la parcialidad y renunciando a la vía adivinatoria, comprende el acontecimiento puro en su doble

76 Sobre la oposición y la articulación entre máquina de guerra y aparato de Estado, así como sobre su relación con la noción de excepción soberana volveremos más adelante en este trabajo a propósito de la consideración de las semióticas mixtas y los agenciamientos colectivos de enunciación.

77 *LS*, decimoquinta serie.

carácter de impasibilidad y productividad atendiendo a la diferencia de naturaleza que lo distingue de todas sus efectuaciones corpóreas y, que precisamente por ser efecto de la causalidad corporal, hace posible su identificación y deseable la incorporación, la encarnación en el propio cuerpo. Ahora bien, con objeto de escapar a los envites de lo fantástico, debe comprender que tal incorporación tiene su tiempo en el presente más limitado posible, aquél que concibe el instante como puro incorpóreo, es decir, como límite abstracto infinitamente desplazable y divisible sobre la línea de Aión y como resultado de la acción de los cuerpos. Sosteniéndose en él es capaz, como el actor, de acceder a aquel dominio que, situándose por detrás de la representación, escapa a la condición de verdad y al dominio de la significación, liberando una virtualidad en la que se hace posible la fabulación como acto de resistencia y creación.

2. Sentido y doble articulación: la lingüística molecular de Hjelmslev.

2.1. El proyecto de una teoría lingüística libre de supuestos: la definición formal y el proceder deductivo del análisis.

Los efectos de la publicación en 1916 del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, no sólo en los estudios sobre el lenguaje, sino sobre todo en el ámbito general de las ciencias humanas, han sido durante casi un siglo numerosos, notables y profusamente documentados y comentados⁷⁸. Desde luego, no es objeto de este trabajo ni siquiera inventariar tales repercusiones, sino más bien centrarse en algunos aspectos escogidos en medio de la vastedad de este campo con la voluntad de mostrar cómo, a partir de la irrupción en el ámbito intelectual de tal texto, se inician una serie de procesos que atañen, en primer lugar, a una cierta superación de Saussure a partir del mismo Saussure en la obra de Hjelmslev que permitirá a Deleuze adoptar y desarrollar un aparato conceptual que va más allá de las limitaciones de la lingüística estructural “ortodoxa”: deberemos, pues, partir de la explicación de la propuesta de Hjelmslev acerca del signo y la doble articulación para después comprender en qué sentido la concepción general de los fenómenos de estratificación que subyace a la noción de agenciamiento y el proyecto en general de una semiótica pragmática o *nomadología* no sólo se opone a la primacía del significante, sino también a toda una “imagen del pensamiento” que, ya en sus primeras manifestaciones, fue objeto de crítica por parte del estoicismo, y que involucra cierta concepción del individuo y de lo social determinante para el ámbito de la descripción sintomatológica y la acción terapéutica. Asimismo, tal comprensión resulta fundamental a la hora de valorar el carácter de las reformulaciones de los supuestos estructuralistas “clásicos” y la persistencia de su influencia en la concepción lacaniana del sujeto y la intervención clínica.

Louis Hjelmslev⁷⁹ propone una revisión del esquema saussuriano que distingue entre significante y significado, además de ampliar la comprensión de la doble articulación más allá del alcance que Martinet⁸⁰ originalmente le confirió y que reducía su pertinencia exclusivamente a los fenómenos lingüísticos. Hjelmslev, en su proyecto de fundamentación de una teoría lingüística capaz de suplir las principales deficiencias de la ciencia lingüística

⁷⁸ Sirva como mero apunte bibliográfico el trabajo de Dosse, F., *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1996*, trad. Llinares, M.M., Madrid, Akal, 2004, *Historia del estructuralismo. Tomo II: El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días*, trad. Llinares, M.M., Madrid, Akal, 2004.

⁷⁹ Hjelmslev, L., *Omkring Sprogteoriens Grundlæggelse*, en *Festskrift udg. Af Københavns Universitet*, 1943 (versión española *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, trad. Díaz de Liaño, J.L., Madrid, Gredos, 1969). En lo sucesivo citaremos siempre la paginación de la segunda edición española (1974), señalando entre corchetes la paginación de la edición de referencia.

⁸⁰ Cf. Martinet, A., *Éléments de linguistique générale*, Paris, Colin, 1960.

vigente, aboga por un enfoque inmanente, genético y real en las investigaciones sobre lenguaje. Tal ciencia lingüística presenta, en todas sus facetas, un mismo defecto y está afectada por una misma tendencia, a saber, considerar el lenguaje meramente como medio o instrumento y, consiguientemente, referir su razón, origen y finalidad a un ámbito objetivo extralingüístico, con lo que una ciencia pretendidamente centrada en el estudio del lenguaje puede degenerar fácilmente en mera física o fisiología (por lo que toca a los estudios acerca de las series de sonidos considerados signos de los fenómenos de la conciencia) o incluso ser absorbida por consideraciones tanto de índole sociológica como psicológica (cuando considera la variabilidad histórica y geográfica del lenguaje, bien desde un punto de vista social, bien desde la perspectiva del individuo, como una suerte de *fluctuatio animi*), ontológica o lógica, siempre en el marco de una concepción meramente representacional. Tal absorción no tiene nada de inocuo, puesto que, especialmente en el caso de las interpretaciones lógicas y ontológicas, se consideran los fenómenos de constancia en el lenguaje como signos de la constancia en el pensamiento, y tanto la palabra como la proposición resultan ser signos privilegiados del concepto y del juicio respectivamente. Este enfoque, que el propio Hjelmslev califica explícitamente de *trascendente*, es incapaz de proporcionar una exposición genética del signo e incurre en una cierta heteronomía de los estudios sobre el lenguaje en virtud de la cual se introducen en el cuerpo de la ciencia presupuestos implícitos y propósitos de sistematicidad por fundamentación o corroboración no lingüísticos que deben ser depurados en orden a construir una ciencia verdaderamente lingüística. Ninguna de las perspectivas enumeradas -y aún menos la de la filología- es capaz de considerar el lenguaje en su especificidad, sin referencia a aspectos exteriores en virtud de los cuales éste sólo puede aparecer como un medio, lo que siempre constituye «un peligro real, porque por su propia naturaleza el lenguaje se presta a que se le pase por alto, a que se le considere medio y no fin, y sólo por artificio se dirija la atención al medio mismo del conocimiento»⁸¹. En este punto, Hjelmslev coincide plenamente con Saussure, puesto que para ninguno de los dos el conocimiento de los elementos lingüísticos es un dato, sino aquello que resulta a partir de una consideración teórica del lenguaje: la condición fundamental de tal artificio pasa por considerar el objeto de la lingüística, frente a toda metodología comparativa que pretenda explicar la génesis del lenguaje a partir de presupuestos extralingüísticos, como una totalidad autosuficiente, como una estructura autónoma, de modo que resulta necesario, en primer lugar, «construir una teoría lingüística que descubra y enuncie las premisas de tal (ciencia) lingüística, que establezca sus métodos e indique el camino»⁸², es decir, es urgente una delimitación inmanente del campo temático y metodológico de la ciencia

81 Hjelmslev, *op. cit.*, p.14, [7]

82 *Ibidem*, p.15[7]

del lenguaje. Para conseguir esta “depuración” -o, más bien, con objeto de detectar los elementos entrometidos e impedir su acceso a la ciencia-, Hjelmslev distingue dos modos de proceder en el estudio del lenguaje: el método inductivo, característico de la lingüística precedente, que procede por síntesis y generalización, y el método deductivo, sostenido por una concepción específica del análisis a cuya exposición se dedican no pocas líneas en los *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* y en cuya caracterización detallada no entraremos aquí salvo en los puntos que resulten ineludibles a la hora de comprender la concepción hjelmsleviana del signo y su revisión de la doble articulación⁸³. Diremos, por el momento, que Hjelmslev propone el análisis como un procedimiento que parte del texto como dato y realiza un tránsito de la clase a los componentes, sin perjuicio de que tal paso pueda repetirse en niveles diferentes un número indefinido de veces (análisis continuado o complejo de análisis) de tal modo que cada operación presupondrá a las anteriores y será asimismo presupuesta por las posteriores. De este modo, en vez de partir de ciertas unidades consideradas mínimas e ir ascendiendo progresiva y sintéticamente, por generalización, hasta las nociones de clase (de los fonemas a las categorías de fonemas, de las significaciones particulares a las categorías de significación), lo que «conduce inevitablemente a la abstracción de conceptos que se hipostasian como reales»⁸⁴, propone partir del supuesto de que para cada proceso hay un sistema correspondiente que hace posible su análisis, de tal modo que resultará crucial que la manera en que se determinen las clases quede libre de todo residuo esencialista y permita al análisis proceder exhaustivamente de las clases a los componentes, que deberán ser definidos, en consecuencia, de modo formal. Puede así suceder que un elemento no encuentre su definición en un determinado nivel del proceso y deba pasar sin analizar al siguiente nivel con objeto de encontrar una *definición formal* adecuada⁸⁵, pero incluso en las últimas fases del análisis debe ser evitado todo realismo sustancialista. El enfoque inmanente y genético constituye una suerte de prevención para el lingüista acerca de la posible colonización de la teoría por premisas implícitas y axiomas específicos deudores de una concepción trascendente del lenguaje que no puede sino entenderlo como medio, instrumento o vehículo de contacto con aquello que está fuera de él, de modo que cualquier consideración de la entidad de los componentes como criterio para la división del objeto en partes supone incurrir en un realismo ingenuo que relega las relaciones o dependencias entre los componentes a meras ligazones de

83 Sólo apuntaremos por el momento que la relación entre análisis y síntesis es de presuposición unilateral, de tal modo que la síntesis presupone el análisis, pero no al revés. Esta observación resulta relevante por cuanto todo proceder sintético acarrea consigo presupuestos que, de no ser explicitados por el proceder analítico, quedarían en la sombra y lastrarían gravemente la pretensión de validez de toda investigación.

84 *Ibidem*, p.25, [12]

85 «A este fin hemos de introducir una *regla de transferencia* especial, que nos impida avanzar demasiado en el análisis de una entidad dada en una etapa demasiado temprana del procedimiento, y que asegure que ciertas entidades, bajo determinadas condiciones dadas, se someten a análisis» *Ibidem*.p.65, [38].

carácter secundario establecidas entre entidades definidas sustancialmente.

La relevancia atribuida por Hjelmslev a la definición formal procede precisamente de esta precaución y determina en qué sentido cabe hablar de *parte* o *componente*, puesto que, lejos de concebir la definición como un enunciado en virtud del cual se hace explícita la intensión de un objeto semántico y se delimita su extensión para un conjunto en principio numéricamente infinito de casos (que, desde el punto de vista de lo expresado en la definición, resultarían equivalentes), el carácter formal de ésta pretende meramente «situar los objetos con relación a otros similarmente definidos o establecidos como premisas de carácter básico»⁸⁶. El análisis debe conducirse de tal modo «que se acomode a las dependencias mutuas entre esas partes y nos permita dar cuenta adecuada de ellas», y esto porque ni el todo ni las partes tienen existencia más allá de las relaciones en las que se constituyen, no son más que «intersecciones de grupos de tales dependencias»⁸⁷ o terminales cuyas dependencias mutuas y con respecto al todo debe registrar el análisis. Este sistema extensivo de definición, de acuerdo con el que la definición de una clase aparece como supuesto explícito para la identificación de los componentes y de las dependencias en virtud de las cuales éstos se constituyen y constituyen la clase misma, tiene como consecuencia la exclusión de la teoría de toda premisa implícita y la sustitución de cualquier postulado por proposiciones condicionales, apuntando así al descubrimiento de las relaciones específicamente lingüísticas que los enfoques precedentes pasan por alto, del mismo modo que en el estoicismo el análisis del *synemmenon* ponía de manifiesto simultáneamente la dificultad de considerar las relaciones entre acontecimientos y la facilidad con la que podría caerse en una comprensión corpórea del vínculo expresado, hasta el punto de que el estatuto mismo del signo será pensado conforme a esta dependencia y podrá, en consecuencia, manifestar su carácter intrínsecamente problemático.

2.2. Dependencias y funtores.

Un procedimiento analítico de este tipo conlleva una concepción relacional de los objetos, por lo que la taxonomía de dependencias que Hjelmselv propone aparece aquí como una suerte de distinción de los modos de ser adecuados para el análisis, tanto desde el punto de vista del texto o proceso como desde el punto de vista de la lengua o sistema⁸⁸. Cuando la

⁸⁶ *Ibidem*, pp.37-38, [20].

⁸⁷ *Ibidem*, pp.40-41, [22].

⁸⁸ Por lo que concierne a los términos “proceso” y “sistema”, si bien encuentran su origen en la distinción entre lengua y habla, y son, en cierto sentido, asimilables a la diferencia entre *performance* y *competence* tal como es empleada por Noam Chomsky, conviene hacerse cargo de que la concepción hjelmsleviana del análisis textual ilumina sus relaciones de un modo distinto al abordar la cuestión mediante los diferentes tipos de dependencias

dependencia sea de presuposición recíproca, esto es, cuando los términos se encuentren en una relación de mutua exigencia, se hablará de *interdependencias*, pudiendo adoptar éstas la forma de una *solidaridad*, cuando los términos lo sean de un proceso, o bien la de una *complementariedad*, en el caso en que los términos sean considerados desde el punto de vista del sistema. Si la relación de dependencia se constituye como relación de lo condicionante a lo condicionado, es decir, como una relación unilateral en virtud de la cual la presencia de un término exige o rige la presencia del otro sin que tal reacción o exigencia pueda plantearse en sentido contrario no cabe hablar sino de *determinación*, bien cuando en un proceso se opera una *selección*, bien cuando un sistema se constituye de acuerdo con relaciones de *especificación*. Por último, Hjelmslev propone el término *constelación* para designar aquellas dependencias de acuerdo con las cuales los términos resultan compatibles, sin presuposición recíproca o reacción de un término sobre el otro. Desde el punto de vista del sistema se considerará que entre ambos términos existe *autonomía*, mientras que desde la perspectiva del proceso esta relación designará aquellos términos que pueden libremente entrar en *combinación*. El análisis debe consistir en la descripción o registro de estas líneas de dependencia en el texto, con objeto de determinar qué puntos de intersección constituyen los distintos elementos, partes o terminales y cuál es su relación de pertenencia al todo o texto: en este sentido, la tarea del lingüista se concibe como una *cartografía*⁸⁹ del texto y su éxito depende de que puedan «concebirse las partes a que el análisis conduce únicamente como puntos de intersección de haces de líneas de dependencia. Así pues, no puede emprenderse el análisis antes de describir estas líneas de dependencia en sus tipos principales, puesto que la base de aquél en cada caso particular debe elegirse de acuerdo con las líneas de dependencia que sean pertinentes, es decir, que hayan de describirse para que la descripción sea exhaustiva»⁹⁰.

De acuerdo con su propia definición formal, el análisis será «la descripción de un objeto por las dependencias uniformes de otros objetos respecto de él y entre sí»⁹¹, de donde se desprende que es una tarea ineludible de la teoría lingüística la definición en este sentido de su

propuestos y, así, permite comprender de forma peculiar el problema de la virtualidad del proceso y de la subordinación del sistema al mismo.

89 Deleuze y Guattari insisten en numerosas ocasiones, especialmente en *Mil mesetas*, en la diferencia entre el mapa como objeto de una cartografía y el calco como operación meramente reproductiva que resulta incapaz de dar razón del ámbito de la producción más allá de la configuración efectiva que el producto revela. Tal insistencia es solidaria de la vocación de construcción de un pensamiento sin imagen que sea capaz de acceder a una verdadera condición incondicionada, sin limitarse a las condiciones de posibilidad inferidas a partir de la efectuación concreta de la determinación actual, pero también evitando cualquier remisión a un origen, ya sea éste pensado de acuerdo con el modelo que dicha efectuación proporciona, ya como un ámbito puramente indiferenciado.

90 *Ibidem*. p.47, [26].

91 *Ibidem*. p.49, [27].

objeto de análisis, a saber, el texto, y que tal investigación no puede progresar a no ser que se libere de una concepción esencialista de la definición. Esta concepción del análisis está más cerca de la concepción estoica de la definición que de la aristotélica -de acuerdo con la cual el ser de la cosa se hace patente en la exposición del género próximo y la diferencia específica-, y, por motivos que se irán presentando en lo sucesivo, su aplicabilidad no tiene por qué ser exclusivamente semántica. En efecto, como ya se ha señalado en páginas precedentes, la concepción estoica de la definición⁹² parte de que no hay más proposiciones que las proposiciones de hecho, y que, por tanto, la definición de algo será la descripción de los hechos o acontecimientos característicos atribuibles a este algo: el ejercicio del análisis debe consistir, por tanto, en llevar a cabo tal descripción. Frente a la posibilidad de hacer un listado finito de propiedades relativas a un género, la enumeración de los hechos o acontecimientos es *virtualmente* infinita en consonancia con su carácter exclusivamente relacional (superficial, incorporal) y, por tanto, la definición resulta ser constitutivamente incompleta. Mientras que para Aristóteles la definición tiene la forma de un juicio categórico, para los estoicos tiene la forma de un juicio hipotético en el que lo que se hace patente no es una coexistencia de conceptos según relaciones de inclusión y exclusión, sino la compatibilidad o incompatibilidad de hechos o acontecimientos. Hjelmslev propone su concepción del análisis y su sistema extensivo de definiciones formales como una forma de liberación para la teoría lingüística respecto de los postulados que lastran el progreso y la independencia de las investigaciones sobre el lenguaje: su pretensión de que tales postulados deban ser sustituidos por definiciones (formales) y proposiciones condicionales, conduce el análisis al ámbito específico de las relaciones propiamente semióticas, depurado de toda consideración referida a la utilidad o adecuación de la designación, indagando las condiciones genéticas de la significación y yendo más allá de la fundamentación de la validez del signo en la mera convención.

Por otro lado, considerando la definición formal del propio análisis, encontramos asimismo la razón de la pertenencia de las partes al todo en una dependencia particular caracterizada por ser uniforme y distinta de la dependencia que pudiese establecerse entre el todo y otros todos, puesto que entonces tales todos aparecerían como componentes de algo que no podría asimismo definirse más que por la uniformidad de su relación y por las relaciones de sus componentes entre sí. Esta uniformidad no consiste sino en la coordinación de las partes de acuerdo con las distintas dependencias reveladas en el análisis particular de un todo, de tal

⁹² Según Antipatro, la definición es «un discurso enunciado completamente siguiendo un análisis» y en este sentido no se distingue sustancialmente de la mera descripción, Cf. Diog. La. VII.60 (S.V. F. II 75), citado en Bréhier, É, *Op.cit.* p.30. Qué debemos entender aquí por “análisis” depende de aquello que constituye su objeto y dado que para la dialéctica estoica éste es el expresable y sus relaciones propias, no resulta difícil encontrar cierto aire de familia con la concepción de Hjelmselv al respecto.

modo que la uniformidad es exigible tanto de la relación entre las partes y el todo como en la relación de las partes entre sí en virtud de que la totalidad sólo resulta definible por las dependencias que lo constituyen en la coordinación de sus partes⁹³. El objeto que describe el análisis constituirá una *clase* y en su descripción se revelarán sus *componentes* de acuerdo con las dependencias ya señaladas y comprendidas como funciones; los componentes, por su parte, serán denominados *funtivos* en tanto que contraen la función y son los terminales de ésta. Hjelmslev propone su concepto de función como el de una noción a medio camino entre el sentido lógico-matemático y el sentido etimológico del término. De acuerdo con el primer sentido, sólo se señala que el funtivo, considerado como entidad (esto es, en tanto que no es asimismo función), tiene dependencias con otras entidades dentro de algún modo de presuposición. Hjelmslev hace especial hincapié en la necesidad de distinguir entre funtivos y función, puesto que este último término, en su acepción lógico-matemática conforme aparece de hecho en el discurso científico, puede designar tanto la relación entre dos terminales como a cada uno de ellos, mientras que referirse a los terminales como funtivos permite matizar la comprensión de la dependencia entre los mismos, puesto que en ningún caso el funtivo puede ser idéntico a la función, sino sólo *tener función con* otro o *contraer* la función. De no establecerse tal distinción, de acuerdo con este primer sentido del término “función” uno de los funtivos podría representar y suplir al otro en los casos de interdependencia y determinación, oscureciendo así la naturaleza de la función de la que se trate en cada caso. El segundo sentido, por su parte, añade que tal entidad lo es en virtud del carácter definido de su funcionamiento, de tal modo que, desde el punto de vista del proceso, ocupa una posición en la *cadena*⁹⁴. En cualquier caso, ateniéndose a la mera definición formal del término “función” («dependencia que satisface las condiciones del análisis»⁹⁵), es posible distinguir entre dos tipos de funtivos de acuerdo con la naturaleza de la función contraída. Cuando la dependencia sea tal que la presencia de un funtivo resulte condición necesaria para la presencia del terminal con el que tiene función, el funtivo en cuestión tendrá el carácter de una *constante*. Si, por el contrario, la presencia de tal funtivo no es condición necesaria para la presencia del otro, su condición será la de una *variable*. Así, los funtivos que contraen una función de interdependencia serán ambos considerados como constantes, puesto que la dependencia se establece en ambas direcciones,

93 «En cada etapa del análisis debe hacerse un inventario de las entidades con relaciones uniformes», Hjelmslev, *Op.cit.* p.90 [55].

94 Hjelmslev emplea el término “cadena” para referirse a aquellos objetos del análisis tomados desde el punto de vista del proceso cuyos componentes constituyen *partes* de la cadena. Desde el punto de vista del sistema, lo que se toma como clases son los *paradigmas*, compuestos por *miembros*. Así, el análisis puede adoptar la forma de una partición o de una desmembración en función de si el punto de vista adoptado es el del proceso o el del sistema, y su tarea consistirá en la consideración de las relaciones entre partes de una cadena o de las correlaciones entre miembros de un paradigma. Cf. *Ibidem.* pp.49-50, [28].

95 *Ibidem.* p.55, [31].

mientras que entre dos variables la función corresponde, bien a posibilidades de combinación, bien a cierto rango de autonomía, por lo que la dependencia concernida será aquella que genéricamente Hjelmslev llama *constelación*. La determinación, sin embargo, establecerá la dependencia unidireccional de un funtivo determinado (constante) respecto de un funtivo determinante (variable), es decir, que será el elemento variable el que seleccione en un proceso, o especifique en el sistema, la presencia o posición analítica de la constante (del mismo modo que, como veremos, el texto o proceso determina la lengua o sistema). Resultan, pues, dos grandes tipos de funtivos de acuerdo con la naturaleza de la función contraída: si la función efectúa una cohesión de los funtivos, bien sea esta recíproca, bien unidireccional, es necesario que en tal dependencia esté involucrada al menos una constante, mientras que si, por el contrario, la función se considera desde el punto de vista del establecimiento de reciprocidades, éstas serán de carácter rígido cuando se trate de dos constantes, y más flexibles cuando los funtivos recíprocos sean dos variables. Ciertamente esta última dependencia introduce la variación no sólo al nivel de los procesos sino también al del sistema, pero sólo dentro de los límites tolerables por este último.

La distinción entre el texto y la lengua, esto es, entre proceso y sistema, puede ser iluminada ahora a partir de esta concepción de la función y de la distinción entre las diferentes líneas de dependencia y los terminales o intersecciones de líneas que constituyen los funtivos que contraen la relación. De la identificación de dos tipos de funciones diferentes, una definitoria del proceso y otra del sistema, resultará la distinción de dos tipos de funtivos: *relatos* y *correlatos*⁹⁶. Hjelmslev entiende que lo más conveniente terminológicamente es referirse a la función de coexistencia de los funtivos en el texto a través de una restricción explícita del término “relación”, mientras que reservará el término “correlación” para la función de alternancia entre funtivos desde el punto de vista del sistema. Así, tanto la coexistencia (o relación) como la alternancia (o correlación) podrán ser del orden de una interdependencia (solidaridad o complementariedad), una determinación (selección o especificación) o una constelación (combinación o autonomía). Si bien proceso y sistema

⁹⁶ Encontramos aquí que, si tenemos en consideración la virtualidad fundamental del texto frente al estatuto de mera posibilidad de la lengua, es posible incluir en el ámbito de la *relación* aquello que Deleuze llama *conexión* (y que distingue de la *disyunción* y la *conjugación*, que formarían el orden de la *correlación*), de tal modo que el papel determinante del proceso respecto al sistema ilustra suficientemente en qué lugar hay que buscar el elemento genético del lenguaje. No en vano, el propio Hjelmslev propone en un principio describir la diferencia entre proceso y sistema de acuerdo con la oposición entre una función disyuntiva, característica de los paradigmas, y una función conjuntiva, propia de las cadenas, aunque deberemos asumir aquí que el término “conjunción” designa también aquel tipo de relaciones a las que Deleuze se refiere como conexiones y no sólo las conjugaciones que, sin duda, se establecen en el texto por su propia constitución diacrónica, pero que tienen lugar en consonancia con las posiciones y combinaciones que ha determinado cierto uso exclusivo de la conexión en el establecimiento del sistema sincrónico.

quedan así definidos cada uno por una función, ellos mismos son asimismo funtivos de otra función que los contrae, a saber, texto y lengua se encuentran en una dependencia del orden de la determinación conforme a la cual el funtivo variable determina unilateralmente a la constante, de tal modo que el sistema (la lengua) aparece como el funtivo determinado, mientras que el proceso (el texto) interviene como el funtivo determinante, y esto porque la relación entre ambos no es simétrica: siempre es posible imaginar un sistema sin la realización de un proceso sostenido por él, es inconcebible la existencia de un proceso que no conlleve un sistema como forma de su posibilidad. Respecto del sistema, todo proceso es virtual (puede o no actualizarse un relato sostenido por el conjunto de correlaciones de la lengua), pero es precisamente en esta virtualidad donde reside la condición de posibilidad real del sistema: mientras que el sistema se concibe en el marco de una posibilidad lógica o combinatoria, el proceso es, en sí mismo, la virtualidad de la que, por mediación de la realización del texto, depende el sistema. La posibilidad del sistema aparece pues calcada de la efectuación textual, pero tal efectuación no es posible sino en la ocasión nunca clausurada que su propia virtualidad pone en juego, de tal modo que el conjunto de correlaciones que constituyen el sistema conforme al cual pueden ser explicados formalmente los procesos depende de una variabilidad ya no meramente posible, sino propiamente virtual⁹⁷ que, como veremos más adelante, tiene que ver inmediatamente con *la enunciación*.

El objetivo de la teoría lingüística, a saber, «hacer posible una descripción simple y exhaustiva del *sistema* subyacente en el texto»⁹⁸ lleva consigo la exigencia de llegar en algún momento del análisis a un inventario limitado de entidades definidas en virtud de las funciones de las que son terminales o funtivos. El análisis debe llevarse a cabo por fases puesto que no hay conformidad entre la extensión de una entidad (frase, palabra, morfema) y su grado, entendiendo éste como el número de clases (a las que corresponden fases o niveles en el análisis) a través de las cuales está la entidad en dependencia con su clase común inferior, de tal modo que, por ejemplo, un morfema puede ser, por sí mismo, incluido en la misma clase que una palabra: el fonema [já], representado por la grafía “я” en ruso, puede ser entendido como una entidad de cierto grado cuando funciona como pronombre de primera persona del singular, mientras que es sólo parte de una entidad mayor del mismo grado cuando lo encontramos junto a otros fonemas en una palabra como яблoкo (manzana). Por otro lado, si

97 Este modo de entender lo virtual pone de manifiesto *algo* que propiamente escapa a las condiciones del análisis, especialmente por lo que toca a su concepción como operación conforme al principio empírico. Dado que tal principio integra tres exigencias, siendo la primera la autoconsistencia o no contradicción, es posible hacerse una idea del nivel infralógico en el que deben rastrearse las condiciones genéticas de toda semiótica y ubicarse la función de relación en el proceso frente a la correlación del sistema.

98 *Ibidem.* p.67, [39].

partiésemos de la grafía misma, sería el propio fonema el que cambiaría en virtud de su posición, modificándose también la función, que pasaría de significar la primera persona del singular en género neutro a significar genitivo femenino como, por ejemplo, en el adjetivo *столичная* (de la capital) cuya traducción al español no es factible conforme al mismo nivel del análisis, esto es, sirviéndonos de entidades del mismo grado. La consideración de esta disconformidad sirve así de orientación al análisis, de tal modo que una entidad en cuestión puede ser transferida sin analizar a otra etapa del procedimiento donde la función de la que es terminal se haga patente conforme a la “regla de transferencia especial” a la que se aludía más arriba⁹⁹ y corresponde a una perspectiva en la que los objetos adquieren entidad en virtud del contexto relacional de dependencias en el que entran constituyendo terminales de funciones. En cada etapa del análisis, todas aquellas entidades que resulten de las mismas relaciones conformarán un inventario de los componentes de una clase en virtud de su uniforme dependencia con respecto a la clase considerada como el todo de cuyo análisis dependen las partes. El aumento de etapas del análisis resulta ser inversamente proporcional al tamaño de tales inventarios, de tal modo que cuando más avanza la deducción, más restringido es el número de entidades registradas, y cuando el proceso no se encuentra clausurado y es posible añadir texto al texto, el número de fases en el análisis es, por principio, ilimitado. Ahora bien, si accedemos a llamar “signos” a las entidades resultantes del análisis, aún reteniendo el sentido tradicional según el cual el signo es siempre signo “de algo”, se desprenden tres conclusiones íntimamente ligadas: primero, la palabra no es la unidad sígnica mínima e irreductible; segundo, los signos no pueden en ningún caso darse de forma aislada, sino siempre en un sistema o régimen; tercero, es posible llegar a través del análisis a un repertorio finito de entidades a las que quizá en rigor no quepa llamar “signos”, pero cuyo reconocimiento apunta simultáneamente a aquello que todas las lenguas tienen en común y a aquello por lo que precisamente se distinguen unas de otras.

En primer lugar, la palabra no es el signo último o atómico puesto que es posible llevar más lejos el análisis y descubrir en ella funciones contraídas por funtivos que son también portadores de significación, siquiera meramente contextual. Hjelmselv considera que la significación léxica, aparentemente autónoma, no es sino el resultado de una abstracción o aislamiento artificial de la significación contextual, verdaderamente genética, y tal operación de extracción no toma en consideración la segunda de las conclusiones desprendidas de la conjunción entre la concepción hjelmsleviana del análisis y la comprensión tradicional del término “signo” como siempre “signo de algo”, a saber, que ningún signo existe aisladamente,

⁹⁹ *Ibidem*, p.65, [38].

sino siempre en el contexto de su relación con otros signos (ahora bien, qué se deba entender aquí por “contexto” depende totalmente de qué concepción del signo se adopte y, en el caso de Hjelmslev, ésta involucra especialmente la referencia a una esfera de los contenidos relativamente autónoma respecto de la de sus entidades designadoras). La relevancia del contexto en la génesis de la significación hace patente la problemática de la interpretación, puesto que si bien es el contexto situacional aquello que suple y sustenta el significado del texto, y también que la escritura introduce aquí una disponibilidad que pone tal significado en variación, no es menos cierto que la posibilidad de hacer explícito el contexto sumerge o captura tal variación de acuerdo con las determinaciones o dependencias contextuales implícitas de este o aquel sistema de signos. La definición formal, por basarse exclusivamente en las diferentes dependencias presentes en el texto como dato sobre el que se ejerce el análisis, renuncia a la referencia fundamental a un orden de naturaleza semántica entre los diferentes elementos, que serán definidos precisamente en virtud de su significación puramente contextual. No obstante, el análisis puede llegar a un punto en el que las entidades obtenidas carezcan de tal significación y ya no sean propiamente signos, sino partes de signo (fonemas, por ejemplo) para las que Hjelmslev reserva el término “figuras” y define como «aquellos no-signos que entran en un sistema de signos como parte de éstos»¹⁰⁰. Esta noción hace posible satisfacer dos exigencias simultáneamente implicadas en la consideración de la lengua como sistema de signos, a saber, mientras que por un lado es necesario reconocer a la lengua la capacidad de formar siempre nuevos signos (y, por tanto, el número de los mismos es por principio ilimitado), por otro lado, tal proliferación de entidades debe tener una condición restrictiva mínima en orden a hacer viable su uso como sistema de dependencias en virtud de las cuales a tal entidad corresponderá la función de ser signo de otra cosa, por lo que las partes no significativas de las unidades significativas no pueden formar un conjunto totalmente abierto, sino que deben constituir un repertorio limitado de figuras. Esta limitación no es independiente de la forma conforme a la cual tales figuras podrán devenir entidades significativas y tal forma depende del establecimiento de la función-signo. De este modo quedan definidas ciertas posibilidades de relación y, con ellas, la diferencia entre figuras relevantes e irrelevantes o, si se prefiere, entre entidades invariantes y variantes de las mismas sobre la base del factor distintivo.

100 *Ibidem.* p.71, [43].

2.3. Contenido y expresión: el sentido y la formulación autónoma de los planos.

El propio Deleuze, durante el curso dictado en la primavera de 1981¹⁰¹, a la hora de caracterizar la diferencia entre lo analógico y lo digital, se sirve de las consideraciones de Rousseau relativas a las condiciones de aparición del lenguaje¹⁰² en las que se sostiene que el origen del lenguaje no puede situarse en la convención¹⁰³, puesto que ésta supone ya *algo* que entra en ciertas relaciones binarias que delimitan unidades y rigen sus combinaciones. Del mismo modo que construye su concepto de “estado de naturaleza” con objeto de dar cuenta de la riqueza pasional perdida por el hombre de la cultura, Rousseau propone un relato de la génesis del lenguaje articulado a partir del flujo de voz, subrayando el carácter extraño de tal articulación respecto a la voz. Considera que las lenguas se constituyen como articuladas precisamente allí donde no han nacido, esto es, que la voz melódica meridional es sometida a las exigencias instrumentales de los industrioses hombres del norte, y esto de tal modo que las variaciones quedan determinadas por el sistema de elecciones binarias: la melodía queda así codificada de tal modo que lo inarticulado de la voz deviene grito espantoso y lo que de pasional cabe dentro de la articulación aparece como acento irrelevante desde el punto de vista de la significación, objeto de la prosodia. En cierto sentido, este relato simpatiza con la explicación que propone Hjelmslev respecto de los fenómenos del habla que comúnmente se entienden como “hablar con acento”, puesto que el hablante parte de unas “predisposiciones sugeridas” por su lengua materna (esto es, de un determinado repertorio de figuras, tanto relevantes como irrelevantes) que no es idéntico ni plenamente correspondiente al que encuentra en una lengua extranjera (de tal modo que al integrar en su discurso entidades procedentes de ésta abre paso al equívoco y la connotación) ni necesariamente homogéneo en todos los registros en los que la propia lengua materna puede resultar significativa¹⁰⁴. Así, la concepción que sostiene que la lengua es esencialmente un sistema de signos se revela como insuficiente al ponerse de manifiesto que lo que entra en tal sistema no son puramente signos, sino también y sobre todo una operación por la cual el ámbito de entidades no significativas queda restringido; esta puesta de manifiesto obliga a un cambio en la concepción de la lengua,

101 Cf. Deleuze, G., Curso Vincennes, 5/5/1981.

102 Cf. Rousseau, J.J., *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, (traducción de M. Armiño), Madrid, Akal, 1980, especialmente los capítulos, 2, 3, 7, 8, 9, 10, 13 y 14.

103 A pesar de ya haber indicado la insuficiencia de la mera convención para fundar las condiciones de validez del signo lingüístico, nos atenemos aquí la lectura de Deleuze puesto que ni Rousseau podía servirse del concepto de doble articulación lingüística, ni resulta conveniente que esta digresión ralentice en exceso la exposición de lo que aquí se trata, a saber, de la detección de una materia en cuya conformación aparece cierto régimen de relaciones que tiene como resultado la constitución de entidades significativas relativamente estables. Con plena conciencia de lo forzado de esta omisión, pero precisamente por tratar de seguir el movimiento del pensamiento de Deleuze, entenderemos aquí que la expresión “convención” arrastra consigo aquello que venimos entendiendo como “articulación” en el sentido que adquiere en la lingüística del siglo XX.

104 Cf. Hjelmslev, *Op.cit.* p.85, [52].

que pasa así a ser entendida como un sistema de figuras (esto es, un conjunto razonablemente estable y constante de entidades que no son por sí mismas signos) que pueden usarse para construir signos en la medida en que al entrar en distintas dependencias, o contraer diversas funciones, dan lugar a entidades propiamente significativas, aunque tal significación no sea sino primera y fundamentalmente contextual. Así, una lengua se distinguirá de otra sobre la base de una restricción concreta que hace posible una proliferación autónoma del número de entidades sánicas, esto es, sobre la base de una operación de extracción característica de todo sistema de signos. De acuerdo con esto, el signo no podrá ser entendido como entidad en un sentido sustancialista, sino sobre la base de la noción de función, y lo que tradicionalmente aparecía como signo no será sino uno de los funtivos de esta función, a saber, una entidad de *expresión de signo*.

La función-signo aparece así como principio estructural de la lengua. Es éste el punto de mayor convergencia entre el pensamiento de Saussure y el de Hjelmslev acerca del signo, aunque Hjelmslev corrige a Saussure precisamente a propósito de estas nociones y partiendo de los mismos supuestos que aparecen en el *Curso de lingüística general*: la lengua (el sistema) es forma, y no sustancia, y el signo comprende dos caras, una concerniente a la expresión y la otra al contenido, que Saussure designa como significante y significado respectivamente. Por lo que toca al carácter bifaz del signo, la distinción entre imagen acústica y concepto va a ser sustituida en la propuesta de Hjelmslev por dos funtivos, expresión y contenido, cuya definición será meramente formal con objeto de evitar todos los supuestos implícitos que la distinción de Saussure lleva consigo. Correlativamente, las formas y las sustancias no podrán ser asignadas una al contenido y la otra a la expresión, sino que se señalará la autonomía relativa de una forma de contenido y de una forma de expresión en virtud de la adición de un factor suplementario que Hjelmslev designa con la expresión danesa “*Mening*”¹⁰⁵. Si se definen las sustancias como “materias formadas”, se introduce como condición de la operación de restricción por la forma una cierta “materia” del lado de la expresión y otra del lado del

¹⁰⁵ La traducción de esta expresión reviste una dificultad especialmente notable precisamente por la peculiaridad y radical novedad para los estudios sobre el lenguaje de aquello que designa. A pesar de poder traducirse al español literalmente como “vista” (y como “vue” y “view” al francés y al inglés respectivamente), con ocasión de su presencia en el texto de Hjelmslev ha sido vertida de acuerdo con diversos criterios: al inglés como “purport”, al francés como “sens”, y al español como “materia” o como “sentido”. Quizá sea conveniente retener tanto la distancia entre estos dos últimos términos como el carácter de *hecho* que puede expresar el segundo de ellos tomado como participio, acercándonos así ligeramente a la traducción literal, por referirse ésta a la “vista” entendida no como facultad, sino como “lo visto”, aquello que se ha ofrecido a la visión o ha supuesto una ocasión fáctica para su ejercicio. Puesto que resulta fundamental evitar su identificación con algo así como el “significado” (que sería siempre ya una *sustancia de contenido*) y porque, desde el punto de vista de esta consideración, tanto la traducción francesa como la inglesa se exponen a tal eventualidad, utilizaremos aquí indistintamente los términos “materia” y “sentido” como mejor convenga dependiendo de aquello que esté siendo explicado en cada momento, si bien en aquellos casos en los que la ambigüedad pudiese llevar a equívoco introduciremos entre paréntesis el término original danés.

contenido. Tales “materias” no pueden ser entendidas ni como imágenes acústicas ni como conceptos, puesto que tanto las primeras como los segundos, en tanto que entidades discernibles o sustancias (es decir, “cuerpos” en el sentido del estoicismo), presuponen cada una una forma que, considerada desde el punto de vista de las diferentes materias, resulta arbitraria, ya que sólo se explica por la función contraída, a saber, por la función-signo:

«Es como un mismo puñado de arena con el que se formasen dibujos diferentes, o como las nubes del cielo que de un instante a otro cambian de forma a los ojos de Hamlet. Igual que la misma arena puede colocarse en moldes diferentes y la misma nube adoptar cada vez una forma nueva, así también el mismo sentido se conforma o estructura de modo diferente en diferentes lenguas. Lo que determina su forma son únicamente las funciones de la lengua, la función de signo y las funciones de ahí deducibles. El sentido continúa siendo, en cada caso, la sustancia de una nueva forma, y no tiene *existencia* posible si no es siendo sustancia de una forma u otra»¹⁰⁶.

Con toda certeza Hjelmslev se refiere en estas líneas a aquel pasaje, situado hacia el final del acto tercero de la tan conocida obra de Shakespeare, en el que Polonio transmite al príncipe de Dinamarca el requerimiento urgente de su presencia por parte de la reina, su madre, habida cuenta de lo que en la ficción teatral ha sido puesto de manifiesto ante la corte de Elsinor y que concierne directamente a la traición de Claudio hacia su propio hermano. El juicioso Polonio encuentra a Hamlet inmerso en una disposición anímica excéntrica, de una gravedad tal que no es posible obtener de él una reacción inmediata al requerimiento materno sin que antes imponga a su interlocutor un desplazamiento por el carácter a la vez arbitrario y productivo del sentido:

POLONIUS: *My Lord, the queen would speak with you, and presently.*

HAMLET: *Do you see yonder cloud that's almost in shape of a camel?*

POLONIUS: *By the mass, and'tis like a camel, indeed.*

HAMLET: *Methinks it is like a weasel.*

POLONIUS: *It is backed like a weasel.*

HAMLET: *Or like a whale?*

POLONIUS: *Very like a whale.*

HAMLET: *Then I will come to my mother by and by. They fool me to the top of my bent. I will come by and by.*¹⁰⁷

La observación de las nubes aparece afectada de un movimiento que no es sino el paso de un marco de referencia a otro atendiendo a la forma (*shape*) de acuerdo con una analogía común, esto es, por similitud. Polonio da la razón a aquel que precisamente parece haberla perdido y sigue la corriente de mutaciones, de inscripciones momentáneas, incluso cuando Hamlet impone una disyunción (comadreja/ballena) que ya difícilmente parece poder ser superada en la asignación reconciliadora de su atribución en un presente corpóreo y pone de manifiesto el carácter fundamentalmente provisional y móvil de toda asignación de una

¹⁰⁶ *Ibidem*, p.79, [48].

¹⁰⁷ Shakespeare, W., *The Tragedy of Hamlet, Prince of Denmark*, Acto III, escena xviii.

semejanza en una relación de isomorfismo. En el último verso, el propio Hamlet da la pista acerca del carácter ficticio y voluntario de su demencia haciendo referencia a un *máximo* más allá del cual su alma podría realmente perderse en el viscoso ámbito del sentido (“*They fool me to the top of my bent*”). Y es que parece que el príncipe de Dinamarca está en una relación privilegiada con el acontecimiento y su incorporación, una relación del mismo tipo que la que tiene el actor con el movimiento de *contraefectuación* y que encontramos anteriormente a la hora de tratar el problema de los incorpóreos en el pensamiento estoico y su relación con la moral. Ya al final del primer acto asistimos a toda una declaración acerca de su descubrimiento de la diferencia entre los estados de cosas y el sentido cuando se hace patente un modo de relación con el tiempo en el que éste descubre su naturaleza incorpórea dando paso a una concepción propiamente moderna del mismo:

*The time is out of joint: O cursed spite,
That ever I was born to set it right!*¹⁰⁸

Deleuze, en el contexto de sus clases sobre Kant en Vincennes¹⁰⁹, considera que en esta afirmación es posible descubrir este viraje con respecto a la concepción antigua del tiempo, tal y como ésta aparece en el *Timeo* de Platón y muy especialmente en el pensamiento de Aristóteles, y que, precisamente, Kant pone de manifiesto en la “estética trascendental” de su *Crítica de la razón pura*. Deleuze se sirve de la diferencia que señala Hölderlin¹¹⁰ entre la tragedia del tiempo cíclico en Esquilo y la ruptura de tal curvatura por parte de Sófocles, especialmente en *Edipo*, cuyo tiempo sale literalmente de sus límites y se proyecta como una línea recta donde no es la acción la que tiende hacia el límite, sino el propio límite el que se desplaza¹¹¹. Deleuze señala que todo lo que Hölderlin dice de *Edipo* resulta perfectamente pertinente en el caso de *Hamlet*: frente a una cierta concepción de la tragedia en la que el principio y el final convergen en el ciclo temporal del que limitación, transgresión y reparación constituyen momentos necesarios, el despliegue de la línea del tiempo está afectado por una cesura, por un intervalo que introduce un margen de indeterminación entre la acción y la reacción y que, por tanto, es condición de esa disimetría en virtud de la cual el restablecimiento del límite se torna imposible. La línea de Aión se despliega al desencadenarse el tiempo de su sumisión al orden de las causas corpóreas y la cohesión de las series de acciones y pasiones se desgaja haciendo posible nuevos modos de consistencia: el propio Hamlet es expulsado de la serie y aparece como vidente y fabulador en una corte en la que las potencias de lo falso

108 *Ibidem*. Acto I, escena xiii.

109 Cf. Deleuze, G., Curso Vincennes, 21/3/1978.

110 Cf. Hölderlin, *Ensayos*, (traducción y notas Martínez Marzoa, F), Madrid, Hiperión, 1997.

111 Ya vimos en qué sentido la teoría estoica de los incorpóreos, entendidos como efectos de causas corpóreas, conlleva la doble lectura del tiempo a la que hacemos referencia aquí y modifica notablemente la concepción acerca del límite, distinguiéndose de la de Aristóteles precisamente por quedar definido como resultado de la acción de un cuerpo.

pretenden adquirir la consistencia corpórea de la verdad. Sirva esta digresión para ilustrar que la misma dificultad que encontramos a la hora de comprender el tiempo puro es la que está involucrada en la determinación del escurridizo estatuto del sentido con independencia de su captura en una función de signo.

No parece fácil reconocer un pensamiento como tal, esto es, como éste o aquél pensamiento determinado en tanto sustancia de contenido, con independencia de una sustancia de expresión que lo signifique, y menos aún reconocer una entidad fonética o gráfica como distinta de otras y significando algo si ese algo no refiere de un modo u otro a un contenido que se hace presente de forma diferida por la aparición de tal sustancia de la expresión. En ambos casos, las sustancias se tornan reconocibles como tales en virtud de su relación y de una forma de la que constituyen realizaciones concretas. Tal forma no puede ser independiente de la función contraída, pero tampoco la misma para los dos fúntivos: es preciso, por tanto, encontrar la razón de su isomorfismo disconforme, puesto que éste es el fundamento mismo de la posibilidad de diferenciar ambos planos y, con ello, del establecimiento de la función-signo. Estas “materias”, consideradas con independencia de la forma que a partir de ellas constituye sustancias, deben ser entendidas como continuos heterogéneos (continuo fónico, por ejemplo, sobre el que se proyecta la forma de la expresión, o continuo de pensamiento a partir del que la forma de contenido recorta sustancias del contenido) sobre los cuales es posible el establecimiento de discontinuidades que delimitan entidades o sustancias, tanto del contenido como de la expresión. Si tomamos como ejemplo el lado de la expresión, vemos que el continuo fónico en su multiplicidad y devenir presenta fenómenos susceptibles de ser considerados en conjuntos meramente estadísticos que constituyen figuras de la expresión (fonemas), pero aún no sustancias de expresión específicamente lingüísticas (morfemas), puesto que la forma, en este nivel, no es más que un mero orden estadístico resultante, incapaz de constituir por sí mismo función y, por tanto, significación. Es necesario que el proceso se invierta y *se vuelque sobre sí* en un segundo nivel con el establecimiento de funciones de acuerdo con las cuales la división del continuo aparece como la actualización de tales dependencias en entidades definidas o sustancias de la expresión, y estas dependencias no son explicables al margen de la función-signo en la que son capturadas las figuras. Del mismo modo, en el lado del contenido, las figuras entran en un sistema de dependencias estable que depende de su pertenencia a la función-signo y que es arbitrario desde el punto de vista del sentido del contenido. Tanto en un caso como en el otro, la contracción de la función constituye una totalidad o régimen que hace converger las singularidades o acontecimientos de uno u otro plano por la mediación de una forma (forma del contenido y forma de la expresión) de acuerdo

con la cual la infinitud de los acontecimientos es recortada y seleccionada en un repertorio finito de figuras. Sin embargo, más acá de esta restricción, a pesar de que permita la formación de un número infinito de sustancias, no se encontraría ningún elemento que hiciese posible la aparición de novedades de una excepcionalidad tal que forzasen a la lengua a ir más allá de sí misma, a no ser que se considere la enorme relevancia que reviste en este punto la introducción de la noción de sentido (*Mening*) desde el punto de vista de una consideración inmanente de la morfogénesis.

La fórmula de Saussure en virtud de la cual la lengua es forma y no sustancia encuentra en este contexto un sentido nuevo y, con él, un alcance superior al contemplado hasta entonces: si la esfera del sentido debe ser caracterizada con independencia de la constancia que le confiere la forma, es necesario reconocer que tanto la restricción del continuo material como la presencia de entidades discernibles y susceptibles de ser entendidas como expresiones o contenidos de signo depende directamente del establecimiento de una solidaridad entre ambos planos que Hjelmslev identifica con la función semiótica misma, pero también hay que considerar que no todas las entidades que pueden ser encontradas en cada uno de los planos son siempre portadoras de significación y constituyen signos, sino que son más bien partes de signos para las que no es posible establecer una correspondencia en el otro plano y que, aunque situadas por debajo del nivel formal que determina sus condiciones de identidad significativa, constituyen la condición genética necesaria para la formación de entidades específicamente lingüísticas. La identificación de tales entidades como expresiones o contenidos de signo, o como meros fonemas o semas dependerá, por tanto, del punto de vista adoptado: siguiendo la propuesta de Hjelmslev para caracterizar esta variabilidad en el lado de la expresión, puede tomarse como ejemplo la *s* en la lengua inglesa que es, evidentemente, un fonema, y puede aparecer formando parte de una unidad lingüística autónoma como ocurre en la palabra *select*, que cubre parcialmente la misma entidad de contenido que la palabra *choose*, en la que también encontramos el mismo fonema, si bien en distinta posición, pero asimismo carente de relevancia propia en la relación con el contenido. Sin embargo, la *s* constituye ella misma una expresión de signo cuando la encontramos expresando la tercera persona del singular de un verbo en presente, como en el caso de *abuse-s* (*As he is very potent with such spirits, abuses me to damm me*¹¹²), de tal modo que toda pretensión de identificar el fonema con el morfema resulta ilegítima por obviar la doble articulación en la que está capturado el continuo de materia fónica dentro del cual la *s* se distingue:

112 Shakespeare, *Op.cit.* Acto segundo, escena XI.

«Tales consideraciones nos llevan a abandonar el intento de analizar en “signos”, y a reconocer que una descripción acomodada a nuestros principios debe analizar contenido y expresión por separado; que cada uno de estos dos análisis dará como resultado final un número limitado de entidades no necesariamente equiparables a las correspondientes del plano opuesto»¹¹³

En efecto, aquello que en la cita aparece como pretensión de “analizar en signos” supone la consideración de los mismos como entidades dotadas de cierta entidad sustantiva, mientras que la posición de Hjelmslev sostiene que el signo es función que vincula contenido y expresión, y toma estas entidades que debe considerar el análisis como sustancias (ya sean éstas de contenido, ya de expresión) dependiendo de la línea (o plano) de la función-signo que este siendo tenida en cuenta. La autonomía relativa entre forma de contenido y forma de expresión sustenta, no sólo la posibilidad, sino sobre todo la necesidad de un análisis independiente de cada una de estas dimensiones, puesto que la formación de sustancias depende directamente de cómo esta forma se proyecta sobre un determinado continuo (ya sea éste, en una primera consideración, fónico en el lado de la expresión, o de pensamiento sin analizar en el del contenido), habida cuenta de que el isomorfismo entre ambos no implica uniformidad desde el momento en que se presta atención al sentido. La función-signo, como dependencia que satisface las condiciones del análisis, es en sí misma una solidaridad de la que expresión y contenido resultan ser los funtivos¹¹⁴, de modo que no cabe hablar en ningún caso de signo si no hay una interdependencia entre expresiones y contenidos¹¹⁵ que considera y relaciona su heterogeneidad. Aunque entre expresión y contenido haya presuposición recíproca e isomorfismo, la referencia a ese continuo sobre el que se proyecta la forma impide la estricta identificación entre contenido y significación, puesto que la función se define únicamente por la solidaridad en la que aparecen contraídos los funtivos, más allá de toda indicación relativa a las reglas en virtud de las cuales aparecen las sustancias correspondientes a partir de la convergencia de las figuras en uno y otro plano. Si bien podemos decir también que entre

113 Hjelmslev, *Op.cit.* p.71, [42].

114 «Si pensamos sin hablar, el pensamiento no será un contenido lingüístico ni funtivo de una función de signo. Si hablamos sin pensar, valiéndonos de una serie de sonidos a los que nadie que los escuche pueda concederles sentido alguno, tal habla será un abracadabra, y no una expresión lingüística ni funtivo de una función de signo» *Ibidem*, p.75, [45].

115 Al hilo de la distinción entre variantes e invariables, contexto en el que se reconoce que el factor distintivo es imprescindible para elaborar un inventario de invariantes de tal modo que sólo es posible distinguir entre invariantes diferentes cuando se advierte que hay *relación* entre la *correlación* establecida en el plano de la expresión y una *correlación* establecida en el plano del contenido, encontramos un criterio para distinguir entre figuras y signos que arroja cierta luz a la hora de comprender el mecanismo de separación entre partículas y signos que resulta de la doble articulación, del que encontramos una caracterización especialmente presente en las páginas de *Mil Mesetas* y sobre el que volveremos más adelante a propósito de los fenómenos de estratificación. Las figuras pueden ser abstraídas por la acción de la forma de tal suerte que consigan quedar más acá de la variación distintiva y de la relevancia lingüística y sean así consideradas como variantes de una misma invariante, el signo, que siempre se establece como función que relaciona una correlación de entidades en el plano de la expresión con una correlación del mismo tipo en el plano del contenido.

expresión y contenido hay isomorfismo (puesto que la relación materia-forma-sustancias está presente en ambas dimensiones), la distinción que las separa no es meramente formal, mental o modal (como sí que lo es la distinción entre formas y sustancias), sino real, puesto que no preexisten como tales con independencia de la función de la que son funtivos, y, por tanto, no es posible el establecimiento de una correspondencia término a término entre ambas. Mientras que por una parte resulta imposible concebir cualquier sustancia, tanto de un lado como del otro, con independencia de una forma y, por consiguiente, toda distinción entre forma y sustancia requiere un ejercicio de abstracción, la distinción entre contenido y expresión procede de la distribución que la doble articulación confiere de acuerdo con una dependencia del orden de la solidaridad, de tal modo que resulta imposible considerar a uno de los lados como constante (funtivo determinado) y a otro como variable (funtivo determinante) debido al carácter cohesivo de la función-signo¹¹⁶. Sin embargo, la consideración del elemento genético del sentido (*Mening*) impide la asimilación completamente correspondiente de las entidades de uno de los planos al régimen formal del otro, mostrando así que por “isomorfismo” no debemos entender otra cosa que la presencia en ambos costados del mismo tipo de relaciones combinatorias de acuerdo con las cuales las materias constituyen sustancias por la mediación de una forma, y que cualquier concepción de la lengua como «una nomenclatura o un juego de etiquetas que se colocarán sobre cosas ya existentes»¹¹⁷ incurre en una posición ingenua que admite, en primer lugar, la existencia independiente respecto de la función-signo de entidades o sustancias de contenido y, por otro, la transparencia del lenguaje para reproducir el orden y la constitución preexistente de tales entidades en el discurso. El reconocimiento de la autonomía formal de ambos órdenes es el fundamento de su distinción real, así como aquello que hace posible la diversidad de los lenguajes: considerando el plano de la expresión, las materias pueden ser las mismas pero las figuras resultantes pueden diferir¹¹⁸; también es posible que los elementos coincidan, pero no así su valor distintivo (como hemos visto a propósito de la “s” en la lengua inglesa); por último, el mismo tipo de relaciones formales puede estar presente sin

116«Los términos *plano de la expresión* y *plano del contenido* y, por lo que a esto respecta, *expresión* y *contenido*, se han elegido de conformidad con nociones preestablecidas y son totalmente arbitrarios. Su definición funcional no justifica que llamemos a una de estas entidades *expresión* y a la otra no, o que llamemos a una *contenido* y a la otra no. Se definen sólo por su solidaridad mutua, y ninguna de ellas puede identificarse de otro modo. Cada una de ellas se define por oposición y por relación, como funtivos mutuamente opuestos de una misma función» *Ibidem*, p.89, [55].

117 *Ibidem*, p.87, [53].

118 Hjelmslev muestra la arbitrariedad de la forma de expresión respecto a la porción de sentido sobre la que ésta se proyecta. Considera la esfera de movimiento fonético-fisiológica como un continuo, en principio no analizado, pero sí analizable, en el que diferentes lenguas proceden a una inclusión arbitraria de diferentes figuras y aduce unos cuantos ejemplos, entre ellos el que muestra cómo en esquimal y en letón se distinguen de forma no coincidente dos áreas de la *k*, mientras que en las lenguas más conocidas y estudiadas esta zona no se divide, sino que se distingue de la *t* y la *p*. En ningún caso estos ejemplos hacen referencia a signos, sino tan sólo a figuras puesto que, por contemplar únicamente los caracteres fonético-fisiológicos, son consideradas con independencia de la función cohesiva característica de los lenguajes. Cf. *Ibidem*, p.83, [51].

que las formas sean las mismas. Asimismo, en diferentes lenguas, distintas entidades de la expresión pueden abarcar una misma sustancia del contenido o pueden solaparse parcialmente, tal como indica el ejemplo aducido por el propio Hjelmslev en el que se muestra la diferencia entre las entidades de contenido del galés y del danés a propósito de los colores¹¹⁹. Sin embargo, tal autonomía falla a la hora de captar la especificidad de la función signo si no incluye en su consideración que ambos lados están vinculados por una relación de presuposición recíproca, de doble articulación, y que solamente en virtud de tal lazo cabe considerar que hay relación semiótica en general: el establecimiento por la forma de una serie en uno de los planos sólo alcanza esta relación por cuanto involucra necesariamente su relación con otra serie que tiene también su propia organización formal. Ahora bien, si cada uno de los planos está constituido por sustancias, esto es, por materias formadas, y tal formación es sólo posible sobre la base de que hay unidades que, consideradas con independencia de la forma, resultan asignificantes o exteriores al vínculo semiótico y que tienen su origen en la restricción de una cierta materia, la articulación de tal plano debe ser, asimismo, doble, de tal modo que habrá entidades de contenido que sirvan de expresiones a otras y entidades de expresión que se constituyan como contenidos relativos de la expresión conforme a una dependencia de solidaridad¹²⁰. Sólo sería posible evitar este relativismo, esta proliferación de dobles articulaciones, si fuese aceptable que la unidad lingüística mínima es el signo, cosa que, en opinión de Hjelmslev, ocurre únicamente en los sistemas puramente formales de la matemática, para los que reserva la calificación de “lenguas conformes o *conformales*” y en los que los dos planos tienen la misma organización formal, de tal modo que la solidaridad entre ambos es exhaustiva y puede ser establecida en todos los casos una correspondencia biunívoca entre los elementos de expresión y los de contenido, evitando así la proliferación ilimitada de la relación semiótica en cualquiera de los dos ámbitos. Hjelmslev considera que sólo cabe hablar propiamente de semiótica cuando la cohesión que vincula ambos planos encuentra su límite en las entidades asignificantes o figuras específicas del sentido de cada plano, mientras que para aquellos casos en los que las entidades de expresión y de contenido resulten conformes o *conformales*¹²¹, esto es, que sean reductibles a un único tipo de relaciones, se reservará la designación de “sistemas simbólicos”, entendiendo que lo que aquí se designa como “símbolo”

119 Cf. *Ibidem*, p.80, [48-49].

120 «Los términos *plano de la expresión* y *plano del contenido* y, por lo que a esto respecta, *expresión* y *contenido*, se han elegido de conformidad con nociones preestablecidas y son totalmente arbitrarios. Su definición funcional no justifica que llamemos a una de estas entidades *expresión* y a la otra no, o que llamemos a una *contenido* y a la otra no. Se definen sólo por su solidaridad mutua, y ninguna de ellas puede identificarse de otro modo. Cada una de ellas se define por oposición y por relación, como funtivos mutuamente opuestos de una misma función» *Ibidem*, p.89, [55].

121 «Se dirá que dos funtivos son conformales cuando cualquier derivado concreto de uno de los funtivos entra *sin excepción* en las mismas funciones que un derivado concreto del otro funtivo, y viceversa» *Ibidem*, p.157, [99] (el subrayado es nuestro).

no se define tanto por su arbitrariedad o no arbitrariedad, sino que se refiere a una entidad sin duda interpretable -ya que en efecto hace referencia a un sentido del contenido con el que no es conmutable¹²²-pero no semiótica, puesto que no admite división en figuras y no es posible, por tanto, reconocer un autonomía de la forma del contenido.

Esta imposibilidad de ir más allá del signo en la división es también característica de los juegos y, por cuanto la posición más logicista ha pretendido erigirlos como modelos normativos para la ciencia semiótica, cabe plantear si, del mismo modo que la introducción del sentido (*Mening*) y del isomorfismo disconforme entre los planos de expresión y contenido han disminuido la relevancia en los estudios lingüísticos de la noción de “valor” (al identificar las funciones variables como determinantes y resaltar la virtualidad productiva del proceso frente al sistema), es posible otra concepción del juego que rastree la condición genética que hace posible su establecimiento como sistemas de reglas de carácter categórico, preexistentes al propio ejercicio, en virtud de las cuales se definen usos que encuentran en el propio sistema la razón para calificar sus consecuencias según el par “victoria-derrota”. Este es precisamente el objeto de la décima serie de *Lógica del sentido*¹²³, donde ya se encuentran las distinciones espacio direccional-espacio dimensional y nómada-sedentario, que tanta relevancia y tan prolijos desarrollos adquieren en textos posteriores, a propósito de la consideración relativa a la posibilidad de un *juego ideal*. Los juegos “normales” o “actuales” se insertan como partes en la vida de los hombres¹²⁴, y esto de tal modo que “remiten a otro tipo de actividad, el trabajo o la moral, de la que son la caricatura o la contrapartida”, por lo que, si pueden ser erigidos como modelo (de la acción o de los sistemas lógicos), es precisamente porque dependen de modelos implícitos que no son considerados juegos en el conjunto de la vida social: “modelo moral del

122 Hjelmlev considera que la posibilidad de reducción de dos componentes a uno solo en virtud de si son o no conformales (prueba del derivado) debe completar la prueba de conmutación, desarrollada en el contexto de los estudios del Círculo de Praga en el ámbito de la fonología. Tal prueba consiste en la puesta en variación de un elemento (un sonido) dentro de un conjunto (por ejemplo, una palabra) y la comprobación de si tal variación conlleva o no confusión con otro conjunto. Esta operación debe repetirse en otros conjuntos que también incluyan el elemento que está siendo sometido a prueba: en caso de observar que no hay posibilidad de equívoco se considerará que las variaciones no conmutan con el elemento original, mientras que, en caso de que la diferencia resulte relevante, se señalará que los rasgos que distinguen cada variación son conmutables y, por tanto, pertinentes. Hjelmlev admite el uso de tal prueba siempre y cuando su aplicación sea dirigida por el proceder analítico-deductivo que caracteriza a la teoría lingüística, y en ningún caso puede ser fundamento suficiente para la definición de las clases puesto que su pretendida validez se sostiene sobre un proceder exclusivamente sintético-inductivo.

123 Cf. *LS*, décima serie.

124 No cabe duda de que la referencia al juego, más allá de su sentido y relevancia en las cuestiones de lógica matemática, involucra directamente, precisamente por constituir una parte de la vida de los hombres de acuerdo con cierta valoración (valoración que se vuelve perversamente problemática en el relato de Borges *La lotería de Babilonia*) el problema de la distinción y la relación entre Modelo-trabajo y acción-libre (Cf. *Mil Mesetas*, 14 “1440, Lo liso y lo estriado”). Tal problema reviste una importancia nada desdeñable a la hora de caracterizar la constitución del sujeto en el capitalismo tardío, en la era de la telemática y el entretenimiento, y hasta qué punto uno puede llegar a colonizar al otro, taponando toda escapatoria respecto de la servidumbre de lo actual, resulta una cuestión crucial que deberemos desarrollar más adelante.

Bien o de lo Mejor, modelo económico de las causas y de los efectos, de los medios y de los fines”¹²⁵ Ahora bien, el establecimiento del sistema de reglas y valores conlleva una división formal de la variabilidad o del azar, del mismo modo que la *contracción* de la función-signo implica la proyección de la forma sobre el sentido (*Mening*) y la aparición de las consiguientes diferenciaciones entre invariantes y variables, rasgos pertinentes y no pertinentes, etc, por lo que el juego ideal tendrá todo que ver con una cierta *descontracción* o *desincorporación* que libera las singularidades o acontecimientos de la sujeción al presente corpóreo de su efectución actual, recuperando así la virtualidad productiva que hace posible el establecimiento de una semiótica y da cuenta de sus mutaciones, de su vitalidad. Uno de los epítetos que suele caracterizar al objeto eminente de la lingüística, esto es, a las lenguas llamadas “naturales” es precisamente éste: se dice que la lengua es símbolo de la nación, que es comunidad, y, desde luego, que la lengua *está viva*. Hjelmslev señala, ya desde las primeras páginas de los *Prolegómenos*, que precisamente por limitar su investigación a tal objeto es inevitable una ampliación del punto de vista que no puede sino ubicar la lingüística dentro del marco más general de la semiótica, y más aún, de una metasemiótica.

A pesar de la simetría y la univocidad de los sistemas simbólicos, lo más habitual al enfrentarse con un objeto sígnico es tratar con lenguas no conformes, esto es, con fenómenos propiamente semióticos que reproducen la doble articulación, bien sea en el plano del contenido (caso de las metasemióticas o metalenguas), bien en el lado de la expresión (semiótica o lengua connotativa). La exposición de la concepción general del análisis ha procedido hasta el capítulo XXII como si su punto de partida, a saber, el texto, correspondiese siempre en su composición a una única semiótica, pero lo cierto es que desde la perspectiva de la práctica el dato textual es, en todos los casos, mixto. Por otro lado, y como consecuencia del carácter real y no formal de la distinción entre contenido y expresión, las diferencia entre semiótica connotativa y metasemiótica se desdibuja para el enfoque analítico-deductivo, lo que supone una llamada de atención más sobre la complejidad fundamental de la realidad a estudiar, al tiempo que una prueba de la amplitud que debe considerar el análisis en orden a ser exhaustivo. Por cuanto el análisis mismo caería del lado de lo que ha sido definido como metasemiótica, y porque toda pretensión de reducción de las lenguas naturales y los diferentes regímenes de signos operativos en el campo social al esquema de una semiótica meramente denotativa implica un ejercicio de abstracción que sólo puede llevar a conclusiones de una parcialidad casi ridícula, resulta necesario introducir siquiera un breve apunte sobre la dimensión de la connotación y sobre el sentido, ordenamiento y límites de una metasemiología

125 LS, *loc.cit.*

en el sentido del proyecto de Saussure: «una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social»¹²⁶.

La composición del texto a partir de sus partes pone en relación aspectos heterogéneos referidos al tono, la forma estilística, el estilo del propio proceso y los valores que lleva aparejados, así como aquellos relativos al idioma, esto es, jergas, lenguas nacionales, regionales y fisiognomías, es decir, relativos a categorías o clases que resultan solidarias y que, por tanto, aparecen como exigencias a la hora de definir cualquier funitivo de un lenguaje, por mucho que éste se proponga como asépticamente denotativo. Los componentes de tales clases y los elementos resultantes de su combinación constituyen lo que Hjelmslev designa como *connotadores* y son lo que un análisis que concierna meramente a la dimensión denotativa de los signos debe precisamente poner aparte en su proceder. A la hora de definir tales unidades desde un punto de vista operativo es necesario, en primer lugar, distinguirlos de los meros indicadores o *señales*, esto es, aquellas entidades que simplemente tienen la propiedad de referirse sin ambigüedad al otro plano de la semiótica, puesto que un connotador «se encuentra, bajo ciertas condiciones, en ambos planos de la semiótica»¹²⁷, es decir, es una entidad que es, por supuesto, un indicador, pero que reproduce en el plano de la expresión la distinción real entre expresión y contenido precisamente porque está contraída en un vínculo del orden de la solidaridad con otras entidades que sirven como expresiones dentro del marco de una función-signo en el que el connotador cae del lado del contenido. Ahora bien, puesto que tal distinción real está lastrada por una arbitrariedad tal que hace imposible una definición formal adecuada, la propia distinción entre semióticas connotativas y metasemióticas corre el riesgo de ser afectada por el mismo defecto y Hjelmslev propone entenderla más bien de acuerdo con la diferencia entre semiótica científica y semiótica no científica, basada en la definición formal de “operación” con la que su concepción general del análisis aparece comprometida desde las primeras páginas. La operación es concebida como «una descripción que está de acuerdo con el principio empírico»¹²⁸, es decir, caracterizada por la ausencia de contradicción, la exhaustividad y la simplicidad, teniendo estos tres factores un orden de preferencia decreciente entre sí¹²⁹. De este modo, se considerará que aquella semiótica que constituya una operación será una semiótica científica y, por tanto, será posible distinguir entre semiótica connotativa y metasemiótica añadiendo al rasgo general de que uno de sus planos sea asimismo una semiótica el carácter específico de que la semiótica de la que se trate sea o no científica:

126 Cf. Saussure, F., *Op.cit.*, Cap. III, § 3.

127 Hjelmslev, *Op.cit.* p.165, [104].

128 *Ibidem.* p.51, [29].

129 Cf. *Ibidem.* pp.22-23, [12].

«definimos la *semiótica connotativa* como aquella semiótica no científica en la que uno o más de sus planos es (son) una(s) semiótica(s); y la *metasemiótica* como aquella semiótica científica en la que uno o más de sus planos es (son) una(s) semiótica(s)»¹³⁰.

Es en el primer caso en el que incluiríamos las lenguas naturales en su uso corriente, si bien es cierto que tal proliferación de connotaciones se encuentra confinada dentro de límites inmanentes al desarrollo histórico y social de la lengua que aseguran la consistencia del sistema y garantizan la aproximación infinita a un máximo de denotatividad sobre la base de la convención, en la que sin duda debemos incluir la influencia de las diferentes metasemióticas y las consiguientes reducciones que operan de acuerdo con lo que su carácter de *procedimientos* exige. De este modo se pone de manifiesto el lugar de una pragmática en el seno mismo del lenguaje, ubicada exactamente en el punto que distingue y relaciona la condición genética virtual de su efectuación actual y la viabilidad de una consiguiente formulación paradigmática de las posibilidades en general de significar: la ciencia lingüística no había comprendido esta dimensión como inmanente al lenguaje, sino como relativa a factores extralingüísticos a los que la lengua servía de medio o instrumento, mientras que el estructuralismo más ortodoxo dejará de lado la pragmática precisamente incurriendo en el mismo error y cerrará la lengua sobre sí misma. Si sólo es posible el signo en un sistema de signos, y la significación meramente contextual no es sólo condición suficiente, sino también genética de toda significación, el espectro de aplicación de la función tal y como ha sido definida por Hjelmslev rebasa por principio y con creces los límites del régimen de signos llamado *significante*: puesto que la relación de isomorfismo entre ambos costados de índole muy variada de acuerdo con la naturaleza de la distinción real entre contenido y expresión, Deleuze y Guattari se servirán de esta concepción de la doble articulación y en *Mil Mesetas* distinguirán entre estratos físico-químicos, biológicos y alotrópicos precisamente sobre la base de los diferentes modos de solidaridad que adopte esta distinción real:

«A pesar del propio Hjelmslev, la trama tenía otro alcance, un origen distinto del lingüístico (y lo mismo había que decir de la doble articulación: si el lenguaje tenía una especificidad, y por supuesto la tenía, ésta no consistía ni en la doble articulación, ni en la cuadrícula de Hjelmslev, que eran caracteres generales de estrato)»¹³¹

130 *Ibidem*. p.167, [106].

131 *MP*, cap. 3.

3. Geofilosofía: expresión y aparición de los signos desde la perspectiva de la individuación inmanente.

3.1. Sentido y ontogénesis.

La cuadrícula glosemática, principal aportación de Hjelmslev a los estudios acerca del lenguaje, tendría, en efecto, ya para su propio creador un alcance muy superior al del ámbito cualitativamente restringido de las lenguas naturales y podría aplicarse en principio a cualquier régimen de signos. Encontramos la razón de esta versatilidad en que, a pesar de orientar la investigación a la explicitación del sistema subyacente al texto tomado como dato, su concepción analítico-deductiva del análisis y la introducción de la problemática noción de sentido [*Mening*] conllevan la ruptura con la tradicional oposición entre forma y contenido e introducen en el seno de la semiótica el punto de vista genético, que inevitablemente hace referencia a aquel “campo trascendental” que la crítica de la representación y la investigación en torno al “acontecimiento puro” sacaban a la luz en las páginas de *Lógica del sentido*. Deberá reconocerse, por tanto, una ampliación de la pertinencia de la doble articulación entre expresión y contenido más allá de los estudios sobre el lenguaje, entendiendo que ni la expresión corresponde en exclusiva al ámbito de las formas, ni menos aún el contenido al de las sustancias, sino que en ambos lados encontramos formas y sustancias, es decir, que hay isomorfismo entre expresión y contenido pero nunca uniformidad o conformidad entre ambos. Esta divergencia irreductible procede de que en cada caso una cierta materia [*Mening*] es “apresada” en una función (de tal modo que sobre ella se proyecta una forma que constituye sustancias, entidades propiamente sýgnicas que vinculan expresiones con contenidos), así como de que en el carácter arbitrario de los propios términos “expresión” y “contenido” reside la condición real para la proliferación de la doble articulación en el interior de cada uno de los planos. Ahora bien, ni esta captura ni esta proyección deben ser entendidas sobre el modelo aristotélico de la causalidad incorporal, a la que se supone una fuerza capaz de vencer las resistencias de una materia más o menos dócil y constituir, así, sustancias susceptibles de ser evaluadas según grados de perfección o desarrollo con referencia a la forma que, con mayor o menor fortuna, se imprime en una materia inerte y pasiva. La subordinación de las diferencias de grado al régimen formal de las esencias eternas y preexistentes no puede sino constatar un hecho del pensamiento, el de la conciencia empírica, y hacer de éste hecho un cuerpo, calcando la condición a partir de lo condicionado y entrando de este modo en una recurrencia de la referencia de uno para con el otro que constituye una suerte de clausura desde la que se pierde de vista el movimiento en el que reside la génesis de las entidades con valor significativo y, en última instancia, la naturaleza misma del pensamiento discursivo. Por el contrario, la

concepción del análisis que propone Hjelmslev procede por grados, y es a este proceder al que subordina la determinación de las clases y de sus componentes conforme a un método exhaustivo de definiciones formales que, por su carácter siempre condicional y deductivo, pretenden evitar la intrusión de presupuestos implícitos que en última instancia dependen de una concepción onto-teológica y representacional del ser y terminan reduciendo el lenguaje y el signo en general a meros medios de comunicación o manifestaciones sustitutivas de una trascendencia originaria y fundamental. Frente a esto, Deleuze entiende que la aportación de Hjelmslev concierne a una lingüística propiamente molecular y resulta, a pesar del cariz cartesiano que aparentemente puede inferirse y malinterpretarse a partir de los primeros capítulos de los *Prolegómenos*, perfectamente conciliable con concepciones en cierto sentido materialistas como las sostenidas por el epicureísmo, el estoicismo, el pensamiento de la inmanencia y la univocidad en Spinoza y el empirismo radical de Hume, entre otros. La tarea que se presenta al pensamiento es precisamente cómo invertir cierta concepción de lo individual, aquella que lo subordina a lo general y lo particular, esquivando el peligro de referir el origen a un *sinfondo* indiferenciado al no poder recurrir a ninguna forma de singularidad efectiva, ya siempre aprisionada en el sistema del juicio: esta búsqueda entraña una subversión fundamental y, por ello, deberá ser tanto más cautelosa, prudente y precisa. Si el problema es cómo, a partir de ese “campo trascendental”, pre-lógico, preindividual, neutral e impasible respecto de cualquier efectuación presente, es posible la constitución de individuos, relaciones lógicas e incorporaciones efectivas sometidas al régimen de acciones y pasiones conforme a sentidos determinados (e incluso, aparentemente, pre-determinados), resulta urgente hacerse cargo del problema de una morfogénesis inmanente de la materia y buscar en el contexto de tales fenómenos la importancia y el lugar de las relaciones propiamente expresivas, por cuanto en éstas se conjugan los dos caracteres aparentemente contradictorios del sentido, a saber, su impasibilidad y su potencia de génesis. Si tal “campo trascendental” debe ser abordado, atendiendo a los cinco caracteres propuestos en *Lógica del sentido*¹³², a partir de la existencia de singularidades o acontecimientos “desincorporados”, es decir, como el ámbito de lo pre-individual y pre-personal, elemento genético y fundamento real de las relaciones de designación y manifestación (y, por tanto, también de la significación), parece que la referencia a la disociación estoica de la causalidad y la correspondiente concepción tonal del ser debe completarse, no sólo con la aportación de Hjelmslev, sino también con el trabajo de Gilbert Simondon sobre los procesos de individuación, por situarse, tanto la primera como el segundo,

132 Nos limitamos aquí a enumerar tales caracteres, puesto que su explicación o la relación que puedan tener con lo expuesto en capítulos precedentes serán aportadas en el discurrir de este capítulo conforme el propio desarrollo de las cuestiones a las que éste está orientado vaya exigiéndolo. Así pues, los cinco caracteres del “campo trascendental” son i) metaestabilidad, ii) autounificación por el elemento paradójico, iii) superficialidad, iv) sentido y organización de superficie, y v) estatuto problemático. Cf. *LS*, decimoquinta serie.

en una perspectiva que renuncia a considerar el individuo como dado sino, más bien, siempre como resultado de ciertos movimientos y devenires.

3.2. Campo trascendental y ser preindividual: transducción y proceder analógico.

Mientras que la referencia explícita a la teoría lingüística de Hjelmslev es de aparición relativamente tardía en la obra de Deleuze, la presencia de Simondon puede ser rastreada ya en 1969, tanto en *Diferencia y repetición* como en *Lógica del sentido*. Más allá de la referencia explícita, los trabajos sobre Bergson y Hume simpatizan enormemente con ciertas tesis de *L'individu et sa genèse physico-biologique* a la hora de dar cuenta de ese ámbito de universal variación a partir del cual se producen fijaciones de las que resultan los individuos, las personas y, correlativamente, la significación y la ley. El punto de partida del trabajo de Simondon aparece como una cierta corrección o radicalización del proyecto tradicional de una ciencia primera, una ciencia del “ser en tanto ser”, por cuanto otros intentos de realización de tal proyecto aparecen lastrados por aquel presupuesto que considera el ser como siempre ya individuado y, por tanto, en su esfuerzo por elucidar cuál sea el principio rector de tal individuación, vuelven a incurrir en el error de concebir la condición a partir de lo condicionado. Puesto que, en términos generales, la tradición filosófica típicamente ignora la distinción entre lo molecular y lo molar, esto es, prescinde de toda consideración relativa al hecho de que el resultado de una operación necesariamente vela el proceso constituyente -que sólo después puede ser reconstruido pero siempre en referencia a la anterioridad lógica del acto-, la rectificación tendrá que ver con la adopción de un punto de vista eminentemente genético, capaz de dar cuenta de cómo el ser mismo, a partir de su darse, deviene individuado y hace así posible el establecimiento de entidades relativamente estables, es decir, el planteamiento se invierte de tal modo que, en vez de partir del individuo para conocer la individuación, se pretende llegar a conocer al individuo a través de la individuación misma, y ésta, a su vez, a partir del ser preindividual. Alcanzar este nivel pasa por sustraer la realidad considerada, cualquiera que ésta sea, a la determinación esencial sobre la base de una relación conceptual subordinada a los términos sustantivos entre los que se tiende, es decir, demanda renunciar a la exclusividad de la lógica representacional basada en el principio de contradicción y el principio del tercio excluido en favor de una lógica expresiva, en la que se propone la operación transductiva como individuación en progreso y permite así seguir al ser en su génesis y superar las limitaciones de la inducción y de la deducción. Recordemos que para Hjelmslev la inducción dependía de la deducción y era ésta última la que constituía, por tanto, el procedimiento propiamente constructivo del análisis. Ahora bien, la teoría lingüística

misma es, desde la perspectiva que ahora adoptamos, un cuerpo o un individuo, en cierto sentido como cualquier otro, y pese a tener como cometido hacer explícito el sistema subyacente al texto, ella misma es un proceso y comporta, por tanto, su propia individuación, es decir, su propia constitución de entidades, las definiciones, que aparecen como componentes de una clase, la teoría, en virtud de sus dependencias, fundamentalmente la determinación de unas definiciones respecto de otras. Mientras que el defecto principal de la inducción es la restricción que opera en los términos considerados, extrayendo de ellos aquello que hay de común y dejando de lado tanto sus singularidades como la condición misma que rige el proceder de tal extracción (que se integra entonces como premisa implícita en la teoría), la deducción debe necesariamente considerar la diferencia entre la clase y los componentes, remitiendo los segundos a la primera, y, si bien este artificio es atenuado en la concepción hjelmsleviana del análisis por cuanto la definición de las clases debe ser meramente formal y no puede basarse sino en las dependencias por cuya contracción se constituyen los componentes, la operación transductiva que propone Simondon es capaz de dar cuenta de cómo las funciones contraídas pueden proliferar, tanto en el lado de la expresión, como en el lado del contenido, así como de la pertinencia de tales funciones a la hora de considerar fenómenos no lingüísticos sin reducir su especificidad al marco genérico abstracto de ciertas concepciones acerca del lenguaje.

«Entendemos por transducción una operación física, biológica, mental, social, por la cual una actividad se propaga progresivamente en el interior de un dominio, fundando esta propagación sobre una estructuración del dominio operada aquí y allá: cada región de estructura constituida sirve de principio de constitución a la región siguiente, de modo que una modificación se extiende así progresivamente al mismo tiempo que dicha operación estructurante.(...) La operación transductiva es una individuación en progreso; en el dominio físico puede efectuarse de la manera más simple bajo forma de repetición progresiva; pero, en dominios más complejos, como los dominios de metaestabilidad viral o de problemática psíquica, puede avanzar con un paso constantemente variable, y extenderse en un dominio de heterogeneidad;(...) la transducción es aparición correlativa de dimensiones y de estructuras en un ser en estado de tensión preindividual, es decir, en un ser que es más que unidad y más que identidad y que aún no se ha desfasado en relación consigo mismo en múltiples dimensiones»¹³³.

Varios elementos aparecen en estas líneas que resultarán imprescindibles para entender cómo Deleuze y Guattari construyen su descripción de los fenómenos de estratificación, y pese a que algunos términos varíen, bien por necesidad de considerar las diferentes modalidades de naturaleza de la distinción real entre contenido y expresión a la hora de distinguir los tipos de estratos, bien en beneficio de una cierta coherencia en la nomenclatura cuyo fundamento encuentran en la obra de Laviosa-Zambotti¹³⁴ y que desarrollan en una

133 Simondon, G., *L'individuation à la lumière des notions de forme et d'information*, Grenoble, J. Millon, 2006. (trad: Ires, P., *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*, Buenos Aires, Cactus, 2009, pp.38-39)

134 Laviosa-Zambotti, P., *Les origines et la diffusion de la civilisation*, Payot, 1949.

modulación de los designadores de las distintas partes o modos de existencia de los estratos (*substrato, paraestrato...*), lo cierto es que la referencia a un estado de tensión preindividual respecto al cual el individuo supone una cierta estabilización y la posibilidad de superposición y proliferación de estructuras deja intuir un aire de familia que vincula la aportación de Simondon con la ontología tonal estoica y la propuesta de Hjelmslev, especialmente en lo tocante a su concepción de la lengua como “sistema de figuras” y al isomorfismo sin conformidad entre expresión y contenido como rasgo característico de los sistemas de signos no meramente formales. Asimismo, debemos señalar que las expresiones “más que unidad” y “más que identidad” apuntan ya a un concepto sin el cual resultaría imposible entender de qué modo las relaciones formales pueden surgir a partir de la materia o sentido [*Mening*] y cómo los fenómenos de estratificación proliferan y se relacionan, lo que exige la introducción del concepto de *población*. Y es que el modelo tecnológico de comprensión de la individuación, representado de forma eminente por el esquema hilemórfico, incurre en un cierto sustancialismo que subordina las relaciones a la constitución entitativa de los términos y, en esta consideración, supone en la individuación, en primer lugar, términos ya individuados que entran en relaciones (siquiera ya una materia separada de la forma) y, en segundo lugar, una sucesión temporal orientada conforme al buen sentido que postula una preexistencia del principio en virtud del cual tiene lugar aquella operación de la que resulta el individuo constituido, lo que conlleva la introducción de una cierta teleología y, con ella, de una causalidad trascendente e incorporal en conformidad con la teoría aristotélica de las cuatro causas y el consiguiente reparto de lo activo y lo pasivo. Una investigación sobre el lenguaje que quiera dar cuenta de la posibilidad real misma de los órdenes de la designación, la significación y la manifestación debe, pues, aportar una concepción del ser previa a la individuación en la que no se puede sino reconocer un estado de tensión a partir del cual toman cuerpo distintas estructuraciones que en ningún caso suprimen o confinan en una pura exterioridad al ser preindividual, sino que encuentran en él la condición de su actividad y la posibilidad misma de innovación. Tal concepción de lo preindividual debe, asimismo, modificar el modo en que el paradigma tecnológico entiende las nociones de “forma” e “información”, puesto que aquella tensión que le es propia pone de manifiesto el carácter abstracto del concepto de estabilidad y concibe los sistemas individuados en términos de metaestabilidad, desequilibrio, complejidad y problematicidad¹³⁵.

135 Simondon señala cuán fructífero resulta para el tratamiento del problema de la individuación la adopción del término “metaestabilidad” como alternativa para pensar formas de equilibrio de hecho (organismos, poblaciones de microorganismos, ecosistemas, cuerpos sociales, estructuras de subjetividad...). Mientras que el uso del término “estabilidad” como forma exclusiva, precisamente por suponer una cierta concepción estática del ser, no puede comprender el tránsito entre sistemas en sí mismo, sino sólo con referencia a las paradas o cortes abstractos correspondientes a estados determinados de las estructuraciones adoptadas, el pensamiento que incluye el empleo del término “metaestabilidad” rompe el dualismo entre lo estable y lo inestable e introduce la necesidad de

Para Simondon, tanto el monismo atomista como el dualismo hilemórfico se desarrollan sobre la base de una concepción invertida de la ontogénesis, al no poder entenderla más que desde una perspectiva que restringe toda consideración del proceso a la génesis del individuo, por cuanto éste se distingue de la especie, y basada en una comprensión del ser como presencia, actualidad, identidad y unidad, que constituye el fundamento ontológico al que se refiere todo devenir, mientras que la comprensión del ser preindividual a partir de la cual se esclarecen los procesos de individuación entiende el devenir precisamente como «una dimensión del ser, y que corresponde a una capacidad que tiene el ser de desfasarse en relación consigo mismo, de resolverse al desfasarse; el ser preindividual es el ser en el cual no existe fase»¹³⁶. No deja de resultar artificioso concebir de tal modo el ser preindividual, pero tal artificio responde a la misma dificultad que encontrábamos en Hjelmselv a la hora de concebir el sentido con independencia de la forma, o el proceso sin la producción de un sistema correspondiente, y que hace imposible referir la individuación a “algo originario” en cuya unidad y constancia se disolviese la complejidad y la problematicidad inherentes a la elucidación de los procesos de individuación e innovación. En el principio, por tanto, deberá situarse la tensión, y el devenir consistirá precisamente en el despliegue proto-resolutivo del ser en fases según el cual el individuo se constituye como mediación entre dos polos para los que, en principio, no puede haber medida común. Ahora bien, ni la estructuración es capaz de agotar el ser preindividual, que *insiste* o *subsiste* en la estructura (y del que, sin duda, da testimonio la metaestabilidad de la configuración adoptada), ni el proceso de estructuración tiene como único producto el individuo, sino que éste, por su propio carácter de realidad relativa a una cierta fase del ser, aparece comprometido en un medio. Esta perspectiva proporciona un nuevo modo de entender las relaciones entre individuo y medio, que no procede ni por referencia a formas y grados de desarrollo preexistentes ni presuponiendo una homogeneidad interna del individuo capaz de encontrar su correlato en la relativa homogeneidad del medio definida por la relación entre ambos, sino que se hace cargo del carácter múltiple, relacional e inagotable del ser preindividual y su devenir. Los estratos, como estructuras de fijación de singularidades y estabilización relativa de tensiones, efectúan una regulación de variabilidad e invariancia que tiene todo que ver con la constitución de medios (internos, exteriores, intermediarios, asociados) según procesos que resultarían inaccesibles de no adoptar una concepción de los dominios y las formas tal que tenga en consideración los vínculos entre poblaciones, territorios, códigos y relaciones diferenciales. Asimismo, no podrían comprenderse tales vínculos si no se tomasen en cuenta los movimientos de

consideración de la disparidad y la incompatibilidad en el seno mismo de tales sistemas.

136 Simondon, *Op.cit.* pp.26-27.

desterritorialización y descodificación que afectan al sistema individuado como fenómenos de tensión y mediación pseudoresolutiva: cualquier perspectiva que situase su fundamento en el nivel de las meras formas ya individuadas y sólo plantease la ontogénesis en su sentido más restringido perdería de vista las condiciones de producción e innovación inherentes al ser preindividual o al “campo trascendental”.

Si, como hemos expuesto en la sección anterior, toda codificación implica el establecimiento de relaciones binarias, un análisis que no diese cuenta de la génesis de las mismas permanecería incompleto: el proceder transductivo propuesto por Simondon como “operación analógica” aparece como método capaz de dar cuenta de la problemática a partir de la cual se constituyen las diferentes individuaciones. Este método para la indagación de los fenómenos de individuación eleva las relaciones al rango mismo de ser en lugar de considerarlas derivadas de la entidad de los términos que entran en ellas y, como consecuencia de destronar a la sustancia (*ousía*) como referencia del sentido del ser en la analogía, la relación misma debe ser concebida sobre la base de la no-identidad (el desfase del ser consigo mismo), de tal modo que la identidad misma de los términos aparecerá así como simultánea a la operación de estructuración, del mismo modo que las entidades lingüísticas, según sostiene Hjelmslev, resultan de la función contraída y no tienen existencia como tales ni resultan definibles al margen de la dependencia que las relaciona. A tal método corresponde la transducción como noción a la vez lógica y ontológica, pero en absoluto del mismo modo que la *ousía* aristotélica, que fundaba la coincidencia de lógica y física sobre la base de la ontología de la presencia, sino apelando a una ontología de las multiplicidades y de los devenires. No obstante, debemos advertir aquí la existencia de cierta discordancia terminológica entre Deleuze y Guattari, por un lado, y Simondon, por otro en lo relativo a la designación de este proceder: mientras que los primeros reservan el término “transducción” para caracterizar el proceso de proliferación propio del estrato orgánico, Simondon considera la transducción como una operación coextensiva a todo proceso de individuación a partir del ser preindividual que se desfasa y deviene. Ahora bien, nos parece que esta coextensividad no excede el carácter meramente terminológico de la discrepancia, porque, a la referencia obligada de tal comprensión de la individuación a los procesos energéticos a partir de los cuales debe ser entendida, hay que añadir el carácter necesariamente concreto de los mismos, lo que introduce un coeficiente de complejidad que juega muy en contra de la posibilidad de proporcionar una definición universal de esta operación. Con objeto de hacernos cargo de tal complejidad, resulta conveniente dar cuenta del modo en que se concilian, sin llegar a confundirse, tres sentidos o ámbitos de alcance de la noción de “transducción: primero, por lo

que toca a su pertinencia como noción ontológica hay que clarificar en qué sentido la unidad del ser puede considerarse como una unidad transductiva y cómo hay que entender el carácter analógico ligado a la transducción a partir de la referencia al ser preindividual, con el fin de no recaer en una ontología de la sustancia y una lógica de la representación. En un segundo sentido, es necesario subrayar que el propio procedimiento de investigación aparece caracterizado por esa misma transductividad y que, en este sentido, se opone tanto a la deducción como a la inducción puesto que ambos casos arrastran consigo, de un modo u otro, el presupuesto de partir de la referencia a individuos ya efectivamente constituidos. Si conforme al primer sentido lo que se designa es el modo de unidad del ser y conforme al segundo el modo de proceder de la investigación que pretende dar cuenta de tal unidad, la transducción cobra un tercer sentido relativo a un nuevo enfoque de las relaciones entre pensamiento y ser. Asimismo, y si es que la referencia al ser preindividual sitúa la cuestión más allá del principio de identidad y, por tanto, en un ámbito previo al que compete a una lógica de géneros y especies, resulta urgente aducir una comprensión de lo analógico que no se limite a definirlo en términos de semejanza y reproducción, sino precisamente como proceso productivo en relación con la continuidad y las diferencias de potencia.

«Es preciso mostrar no sólo cómo la diferencia individuante difiere por naturaleza de la diferencia específica, sino en primer lugar, y por encima de todo, cómo la individuación precede por derecho a la forma y a la materia, la especie y las partes, y cualquier otro elemento del individuo constituido. La univocidad del ser, en tanto se relaciona inmediatamente con la diferencia, exige que se muestre cómo la diferencia individuante precede en el ser a las diferencias genéricas, específicas e incluso individuales, cómo un campo previo de individuación en el ser condiciona tanto la especificación de las formas como la determinación de las partes y sus variaciones individuales. Si la individuación no se hace ni por la forma ni por la materia, ni cualitativa ni extensivamente, es porque ya está supuesta por las formas, las materias y las partes extensivas (y no sólo porque difiere por naturaleza)»¹³⁷.

Puesto que la identidad no consigue captar la forma de unidad del ser más que a costa de conceder prioridad a los individuos ya constituidos y, en consecuencia, de considerar las relaciones como secundarias y derivadas de la naturaleza de los términos, la concepción del ser implicada en la perspectiva desde la que se afronta la tarea de dar cuenta de la individuación a partir de su propio proceso debe admitir que la naturaleza de la unidad de éste debe encontrar su condición en el ser preindividual que precede a y subsiste en cualquier proceso de individuación y, por consiguiente, que tal unidad es eminentemente transductiva. La unidad del ser no es, en absoluto, el punto de partida, sino el resultado de un proceso a partir del ser preindividual, que es siempre más que uno y en el que la polarización entre el germen estructural y las condiciones energéticas propicia un desfase, un devenir en el que consiste la individuación. De este modo, la transducción aparece como aquel modo de unidad

137 *DR*, p. 76.

que conviene al ser considerado a través de sus diversas fases, de sus múltiples individuaciones, así como la operación (tanto física como biológica, mental o social) a través de la cual cierta actividad se propaga en un dominio y conlleva la estructuración del mismo. Sin embargo, en virtud de este segundo sentido, y dado que el ser preindividual es anterior al pensamiento y a la actividad cognoscitiva (que no es sino una de sus fases), la transducción puede ser entendida también como método o modo de descripción genético de los seres individuados precisamente a partir de su surgimiento y que, por ello mismo, es capaz de ir más allá de las condiciones de mera posibilidad para acceder a las condiciones reales de la constitución de los polos subjetivo y objetivo de la relación y dar cuenta de la capacidad de ambos para entrar en un proceso de co-individuación en un discurso. Conforme a este segundo sentido, a la transducción como procedimiento de la mente concierne seguir al ser en su génesis, y ello de tal manera que se efectúe la génesis del pensamiento al mismo tiempo que la génesis del objeto efectuado en el mismo en cuanto tal. Tanto el primer sentido como este último ponen de manifiesto la necesidad de situarse en un ámbito previo a la distinción entre sujeto y objeto en orden a considerar la emergencia misma del conocimiento a partir de las condiciones reales de la existencia de los seres individuados y constituidos, puesto que el resultado de la operación de individuación siempre deja en la sombra la operación constituyente, tanto del lado del objeto como del lado del sujeto. De acuerdo con esto, la transducción aparece también como un modo nuevo de contemplar la forma de obtención de relaciones entre pensamiento y ser que va más allá del límite de una aprehensión de lo real a partir de relaciones meramente conceptuales y, en este sentido, recusa el postulado hegeliano de la identidad de lo real y lo racional y opone al concepto dialéctico y redentor de “momentos del espíritu” la noción analógica de “fases del ser” que, por cuanto entiende el desfase como afirmación y principio de transformación, es capaz de desplazar a la contradicción y a lo negativo como motor del ser en su devenir. En virtud de esta referencia a la inmanencia de lo preindividual, la transducción debe aparecer como aquello que expresa la individuación y permite que ésta sea pensada -precisamente porque se aplica a la ontogénesis al tiempo que es ella misma ontogénesis- de tal modo que el problema de la *possibilitas* del conocimiento es sustituido, en última instancia, por el de la individuación como conocimiento: la esencia (*Realität*) del conocimiento en general aparece así como no pudiendo consistir sino en la efectividad (*Wirklichkeit*) de una incorporación que, a su vez, depende de las condiciones energéticas o las diferencias de potencial de una constitución doctrinal determinada, tomada abstractamente como punto de partida del proceso de incremento del conocimiento. El pensamiento mismo se revela, desde esta perspectiva, como una operación transductiva tal que, del mismo modo que acontece en cualquier otro proceso de individuación, resulta

siempre autojustificativo y oculta tanto el desfase del que resulta (el ámbito problemático a partir del cual se propone como resolución) como su carácter intrínsecamente metaestable (la constitutiva presencia de líneas de fuga, de vías de transformación). La concepción de la actividad transductiva, entendida como modo de unidad del ser, método específico para dar cuenta de la individuación y nueva perspectiva para encarar el problema de las relaciones entre ser y pensamiento, por cuanto resulta incomprensible sin la referencia a lo preindividual, apunta a ese plano de compatibilidades e incompatibilidades a-lógicas desde el que es posible denunciar la pretensión de universalidad de una cierta imagen del pensamiento y, con ella, de determinada concepción del lenguaje, de la subjetividad y de las relaciones entre ambos.

La coextensividad de la actividad transductiva a todo proceso de individuación, que conlleva la crítica expuesta a las nociones típicas de la lógica representacional cuyas raíces son manifiestas en la obra de Aristóteles y especialmente relevantes para los desarrollos posteriores a los que tales textos dieron lugar, exige restituir al proceder analógico su verdadera riqueza. Si Simondon caracteriza la transducción como “operación analógica” y considera que sólo ésta puede aparecer como método adecuado para el estudio de la ontogénesis no es, desde luego, por la referencia a un término rector y constante a partir del cual las diferentes atribuciones resulten clasificables de acuerdo con las relaciones de subalternancia, subcontrariedad, contrariedad y contradicción, sino por la introducción del factor energético como clave para comprender las diferentes estructuras a partir de los procesos en los que surgen y a los que dan lugar. Esta introducción muestra cómo el pensamiento que procede sobre la base del género y la diferencia específica resulta impotente para dar cuenta de lo preindividual y su desfase como condición genética de la determinación estructural misma, puesto que introduce la referencia a magnitudes extensivas en un ámbito en el que las diferencias relevantes son, más bien, de intensidad y frecuencia. Tales diferencias resultan difícilmente conciliables, salvo a costa de una reducción significativa que afecta precisamente a su heterogeneidad, en una unidad de identificación o asimilación en la que se disolviesen y alcanzasen algo así como un estado de estabilidad sustancial. Simondon muestra las virtudes del método analógico y de la concepción transductiva de la individuación a propósito de la consideración del efecto fotoeléctrico y la consiguiente distinción entre radiaciones electromagnéticas hertzianas y luminosas que corresponde a la separación entre dos ámbitos, el de la electricidad y el de la óptica respectivamente. Basándose en el trabajo de Rubens y Bayer en torno a esta cuestión, muestra cómo la tesis según la cual ambas formas de energía eran concebidas como dos especies tropezaba con el problema de una superposición parcial al nivel de la aplicabilidad de su determinación (esto es, al nivel de la extensión) y una

identificación en lo que se refería a su intensidad o comprensión. La referencia a la longitud de onda, es decir, al inverso de la frecuencia, establecía una continuidad entre ambos dominios tal que géneros y diferencias específicas debían ser situados a un mismo nivel, por lo que Simondon está en condiciones de sostener que el «trayecto intelectual que manifiesta el descubrimiento progresivo de la continuidad entre ondas hertzianas y el espectro visible no es inductivo ni deductivo: es *transductivo*»¹³⁸. Estos dominios no se distinguen sobre la base de una extensión común a la que se añadiesen diferencias tales que fuese posible establecer el fundamento conceptual de su heterogeneidad sobre la base de una disyunción exclusiva, pero tampoco resultan asimilables una a la otra en el marco de una identidad reconciliadora, sino que es precisamente la referencia a una continuidad lo que posibilita la afirmación de su diversidad por introducción de precisiones relativas a las variaciones de frecuencia. Continuidad y discontinuidad aparecen así en una relación de la que no puede dar cuenta la distinción en géneros y especies sobre la base de una identidad y una diferencia estrictamente conceptuales, sino que exige la consideración de aquello que en la analogía queda eclipsado por su reducción al método de la semejanza, que lleva a una comprensión de la misma como “relación de identidad” (más que como “identidad de relaciones”) y a una reducción o supresión de la distancia en tanto tal en el seno de una asimilación o una identificación que trabaja en beneficio de la homogeneización y la jerarquización.

Considerando que, según proponen Deleuze y Guattari, los «estratos eran juicios de Dios», y «la estratificación general era el sistema completo del juicio de Dios»¹³⁹, es necesario dar cuenta de cómo se opera tal jerarquización sobre la base de un fondo común en el fundamento mismo del juicio, y de hasta qué punto el sentido de lo analógico al que Simondon alude a propósito de los procesos de individuación debe diferir necesariamente de aquél otro frecuentemente atribuido a Aristóteles como caracterización de la peculiar forma de unidad atribuible al objeto de la ciencia primera. Ya en *Diferencia y repetición*¹⁴⁰, Deleuze impugna aquella lectura de Aristóteles que designa la relación entre el Ser y los géneros supremos o categorías como analógica, encontrando en este recurso una vía media entre la sinonimia o univocidad -propia de la unidad genérica sobre la que se constituyen las diferentes ciencias particulares- y la total equivocidad u homonimia que, de ser llevada al extremo haciéndose coextensiva al ser, desembocaría en la imposibilidad misma del lenguaje. Esta impugnación es inevitable, no sólo porque en ningún caso el texto de Aristóteles se sirve explícitamente del término “analogía” para designar la relación entre las categorías y el ser (*pros hen legomenon*),

138 Simondon, *Op.cit.* p.152

139 *MP*, p. 48.

140 Cf. *DR*, pp.64-71.

sino también en virtud del movimiento que traza el pensamiento de Deleuze en pos de un concepto propio de la diferencia que parte de la consideración de la diferencia específica y se remonta hasta la diferencia genérica o categorial, revelando así que el carácter ineludiblemente problemático del ámbito que compete a una ontología fundamental¹⁴¹. En tal movimiento, Deleuze encuentra los dos costados o funciones del *lógos* -distribución y medida- en virtud de las cuales el juicio constituye una estratificación, un sistema doblemente articulado en el que la multiplicidad puede ser reducida a un estatuto analítico y el sentido deviene sometido a las condiciones de una correspondencia, siquiera provisional o aparente. Cada una de estas funciones corresponde a una forma distinta del concepto y entre ambas constituyen el orden en el que sentido común y buen sentido rigen las atribuciones de propiedades, así como la constitución y el reconocimiento de individualidades. Según Deleuze, el carácter *pros hen* de las categorías, es decir, su referencia a un término único, sólo puede fundarse en una interioridad de la relación, esto es, en el hecho de que a cada género le pertenece una relación con el ser de acuerdo con su naturaleza propia, y no sobre la base de una esencia común del ser que operase unívocamente al modo de un género al que pudiese añadirse una diferencia específica. Desde este punto de vista, no hay jerarquía o medida, sino meramente distribución en referencia a una unidad difusa que sólo se concibe por cuanto es considerada interior a cada género y a partir de la condición de identidad de éste: la sinonimia del género constituye la materia sobre la que la diferencia específica puede inscribirse sin subvertir la estructuración precedente y, por consiguiente, sin hacer valer la potencia de creación de la diferencia y el papel genético o energético que Simondon reconoce a la persistencia de los preindividual en el sistema individuado. Así, una primera articulación prepara y sostiene retroactivamente las operaciones de una segunda, ya no distributiva sino propiamente colectiva o serial, explícita o actual, en virtud de la cual aparecen jerarquías entre términos que justifican el establecimiento

141 A este respecto, y a pesar de que el abordaje que Deleuze hace de esta cuestión parte más bien del trabajo de Jacques Brunschwig "Dialectique et ontologie chez Aristote"(1964), encontramos que este señalamiento de un núcleo de problemática irreductible en el seno del proyecto de una ontología fundamental es lo que también anima la vehemencia del texto de Aubenque publicado ese mismo año: «Una tradición que se remonta, según parece, a Santo Tomás, pero que pretende apoyarse en textos de Aristóteles, llama *analogía* a la relación entre el ser y sus significaciones; y muchos intérpretes modernos emplean de nuevo, sin crítica, el vocabulario de la analogía para exponer la teoría aristotélica de las significaciones del ser. Si se tratara de una mera convención de vocabulario mediante la cual se decidiese llamar analógico a los que Aristóteles designa como *pros hen legomenon*, esa sustitución podría ser legítima. Pero ocurre que la palabra analogía tiene en Aristóteles un sentido preciso, y que jamás se utiliza para designar la relación entre las categorías y el ser en cuanto ser: por consiguiente, si Aristóteles hubiera querido decir que el ser es análogo, lo habría dicho; y si no lo ha dicho, tal silencio no es mera inadvertencia sino que ha de tener un sentido. Queríamos mostrar aquí que la doctrina de la analogía del ser no sólo es contraria a la letra del aristotelismo, sino también a su espíritu; con el pretexto de aclarar y explicitar, pero en realidad porque el cristianismo había aportado una perspectiva metafísica completamente distinta, que sustituía el problema de lo uno y lo múltiple por el de las relaciones entre un Dios creador y un mundo creado, los comentaristas medievales introdujeron en este punto un giro que, si bien ha sido decisivo en el destino de la metafísica occidental, no por ello deja de ser infiel a lo que hay de esencialmente problemático y ambiguo en el proceso de pensamiento aristotélico». Aubenque, P., *Le problème de l'être chez Aristote. Essai sur la problématique aristotélicienne*, Paris, PUF, 1962 (trad: Vidal Peña, *El problema del ser en Aristóteles*, Madrid, Taurus 1981. pp. 191-192).

de aquello a lo que Aristóteles se refiere cuando emplea el término “analogía”¹⁴², que en la escolástica se designará como *analogía de proporcionalidad*, y para cuya caracterización es necesario recurrir a la noción de semejanza, siquiera sea ésta entendida meramente al nivel de las relaciones. De este modo, la analogía de atribución (a la que Deleuze sólo reconoce que efectúa una cierta apropiación o captura del sentido por cuanto se funda en una interioridad de la relación entre los géneros y el ser propia de cada categoría), esto es, aquella según la cual viene siendo concebida tradicionalmente la relación entre las categorías y el ser, se presenta como condición del sentido común sobre la base de un sentido primero o buen sentido y opera una domesticación de la diferencia, de manera que ésta no puede ya acceder a un concepto propio en el que se reconozca su potencia productiva y la peculiar forma de exterioridad que caracteriza al ser desde el momento en que éste se sustrae al modelo de la identidad, sino tan sólo a una concepción meramente representativa que, precisamente por ser la diferencia específica una inscripción *en* la materia (y ya no una diferencia propiamente material), abre el camino para el reparto de lo activo y lo pasivo que caracteriza al modelo hilemórfico.

No es posible, por tanto, hacerse cargo de la verdadera riqueza del proceder analógico sin situarlo en el marco de la problemática de los procesos de adquisición de forma y, por consiguiente, en el de la crítica al esquema hilemórfico por cuanto éste implica una zona de oscuridad precisamente en lo que respecta a la posibilidad real de puesta en relación de dos órdenes radicalmente heterogéneos, a saber, la materia bruta y la forma abstracta. La analogía es inseparable de la dimensión energética implicada en los procesos de adquisición de forma y de la referencia a una continuidad de un orden distinto de aquella que se instituye desde el punto de vista de las estructuras efectuadas, por lo que la caracterización que Deleuze propone de lo analógico se sitúa en primer lugar en oposición a lo digital, es decir, en oposición a aquello que resulta definitorio en función de elecciones binarias y que ya implica un uso exclusivo o excluyente de la disyunción, de tal modo que es entendido como carácter fundamental de todo código y, por consiguiente, como aquello de lo que depende toda forma¹⁴³. No obstante, las relaciones entre lo analógico y lo digital distan mucho de poder ser

142«¿Qué sucede con esta analogía sugerida por Aristóteles? Su sentido es claro si nos remitimos a las definiciones que de ella dan la *Poética* y la *Retórica*: en ambas aparece como una especie de la *metáfora*, procedimiento general mediante el cual “se traslada a una cosa un nombre que designa otra” (*Poética* 21, 1457 b 6); se hablará más estrictamente de analogía en todos los casos en que, dados al menos cuatro términos, “el segundo es la primero como el cuarto es al tercero” (*Ibidem*, b 16), lo cual permitirá al poeta o al orador emplear el cuarto en lugar del segundo, y el segundo en lugar del cuarto [...] Si recordamos lo que antes decía Aristóteles acerca de las significaciones múltiples del bien, el cual se dice en tantos sentidos como el ser, la alusión a la analogía resulta clara. Lo que aquí puede ser llamado análogo (aunque Aristóteles no presente esto como una solución, sino como una hipótesis) no son, propiamente hablando, las significaciones múltiples del bien, ni menos aún las del ser, sino la relación entre las unas y las otras» Aubenque, P, *Op.cit.* pp. 194-195.

143 Dado que toda estructuración implica formas y éstas dependen de códigos, la cuestión acerca de los modos de relación entre lo analógico y lo digital adquiere una relevancia insoslayable y deberá ser retomada en distintos

concebidas conforme a una oposición simple, especialmente si lo que es tomado como criterio distintivo es su relación con la semejanza, de modo que será más bien la referencia al continuo aquello que pueda proporcionar la pista para, en primer lugar, diferenciar las diversas formas de analogía (de tal modo que se haga comprensible su relación con la semejanza y la identidad) y, en segundo lugar -y puesto que en última instancia forma parte del propósito general del presente trabajo hacerse cargo de cómo pueden estar o no presentes ciertas concepciones deleuzeanas relativas a la semiótica y a la individuación en la clínica psicoanalítica lacaniana-, señalar las interacciones y vínculos entre lo analógico y lo digital por cuanto revisten un interés especial a la hora de considerar las relaciones entre libido y estructura en el ámbito de una economía libidinal capaz de restituir al deseo su carácter productivo y, desde tal punto de vista, iluminar los vínculos entre regímenes de signos y procesos de subjetivación al margen de una oposición abstracta entre naturaleza y cultura, esto es, desde la perspectiva de la ontogénesis inmanente.

Puesto que para distinguir los diferentes tipos de analogía es necesario tomar en cuenta la relación de los procesos de adquisición de forma con las condiciones energéticas de los sistemas en los que tienen lugar, resulta obligada la referencia al papel de las fuerzas, exteriores e interiores, y a la duración de tales procesos. En primer lugar, es posible hablar de una analogía por similitud (*analogia communis*) en la que la acción de fuerzas exteriores es máxima y la transformación operada en la materia tiende a ser permanente, al menos hasta que otro proceso se inicie. Puesto que la similitud aparece aquí como impuesta desde fuera, la operación es eminentemente superficial, puede hallar su modelo en la práctica del *moldeado* y resulta adecuada para dar cuenta de los procesos de estructuración en el ámbito físico-químico que, como veremos un poco más adelante, encuentran en la cristalización mineral un paradigma aplicable (pero precisamente de modo transductivo, jamás deductivo o inductivo) al resto de fenómenos de estratificación. Sin embargo, esta comprensión de la analogía no hace patente todavía su verdadera riqueza, puesto que parece consistir en un mero transporte de similitud que resulta insuficiente para dar cuenta de otros fenómenos de adquisición de forma, por ejemplo aquellos que tienen que ver con los seres vivos y que exigen una consideración más exhaustiva y compleja de las relaciones entre exterioridad e interioridad. Aparece así un

momentos de este trabajo; por el momento, nos atendremos a señalar la distinción que Deleuze toma de Gregory Bateson referida al lenguaje y elaborada en el contexto de sus investigaciones acerca de la comunicación, de acuerdo con la cual los órdenes de significación, designación y manifestación caen del lado del lenguaje digital, mientras que a la dimensión de la expresión correspondería el lenguaje analógico. Así, el lenguaje digital está formado y tiene como objeto los estados de cosas, a diferencia del lenguaje analógico, que es un lenguaje de las relaciones o los efectos. Reencontramos así la distinción correspondiente a la disociación estoica de la causalidad, aquella que distingue entre cuerpos y acontecimientos, como adecuada a la determinación de dos polos situados en una oposición que jamás se realiza tal cual, sino siempre en sus diversas efectuaciones concretas. Cf. Bateson, G., *Steps to an Ecology of Mind*, University of Chicago Press, 1972

segundo tipo de analogía en la que la similitud cede su lugar a la relación e involucra tanto la presencia de fuerzas interiores como una pluralidad de tiempos no necesariamente sucesivos para una operación a propósito de cuya caracterización Deleuze no duda en recurrir a una noción que, a pesar de que atendiendo a su nomenclatura pudiese parecer deudora de la primera forma, expresa adecuadamente aquello que conviene a la individuación orgánica y en lo que se cifra su complejidad; tal es la noción de un “molde interior” tomada de Buffon¹⁴⁴, que en la terminología de Simondon puede hacerse corresponder al proceso de *modelado*. La individuación ya no depende de un molde, sino de un módulo en el que estaría contenida la diversidad de relaciones entre las partes y la diversidad de tiempos en los que las relaciones de tales partes varían. Pero el modelado no es sino el estadio intermedio de un proceso en sí mismo continuo del que el moldeado representa sólo un extremo, precisamente aquél que más oculta la naturaleza de los fenómenos de adquisición de forma, de modo que es necesario plantear una tercera forma de analogía, una analogía real o estética, que procede en virtud del otro extremo del proceso, aquél en el que se hace patente la inmanencia de la potencia genética misma y la afirmación de lo disímil y la distancia como tales¹⁴⁵. La *modulación* aparece así como proceso eminentemente analógico, como un moldeado continuo que ya no se define por la similitud transportada ni por una unidad orgánica a la que se subordinan los tiempos y las partes (más bien son éstos los que resultan de la modulación) sino como modificación de una frecuencia (o amplitud de onda) sobre un continuo de la que resulta, no ya una reproducción, sino una auténtica producción de la semejanza por medios no semejantes. La operación analógica aparece así en la génesis de todo proceso de individuación y resulta, por tanto, condición de la estructuración real.

Si Simondon puede servirse de los resultados obtenidos a partir de la aplicación de su perspectiva en el ámbito físico, el primero en el que cabe hablar de individuación, es sobre la base de esta consideración que recusa el procedimiento de especificación a partir de un género

144 Cf. Lecler, G.L., (Conde de Buffon), “Historie naturelle des animaux”, *Oeuvres*, Paris, Gallimard, 2007. citado por Deleuze durante el curso de 1981 en Vincennes.

145 Simondon proporciona un ejemplo de analogía real que muestra la continuidad de los procesos de individuación, desde los niveles físico-químicos hasta los niveles orgánicos superiores, recurriendo al criterio de la sincristalización. Este criterio, señalando los sistemas en los que distintos compuestos químicos cristalizan, muestra cómo es posible el establecimiento de distinciones relativas a clases lógicas, géneros y especies, al mismo tiempo que pone de manifiesto cómo el proceder inductivo conforme al cual se establecen estas distinciones resulta insuficiente para dar cuenta de la distribución de lo continuo y lo discontinuo. La sincristalización en absoluto constituye criterio para la determinación de un género a partir del cual pudiesen distinguirse los diferentes conjuntos de elementos a partir de la adición de diferencias específicas puesto que hace referencia a las condiciones energéticas de los sistemas en los que tales elementos cristalizan o no: «Una propiedad semejante, que señala la existencia de un proceso de información en el curso de una operación de información, no forma parte de la sistemática de los géneros y de las especies; indica otras propiedades de lo real, las propiedades que ofrece cuando se lo considera en relación con la posibilidad de las ontogénesis espontáneas que pueden efectuarse en él según sus propias estructuras y sus propios potenciales» Cf. Simondon, *Op.cit.* pp. 231-232.

y propone el seguimiento de diferentes modulaciones sobre un continuo: de hecho, sólo así es posible que la investigación escape al defecto de ser demasiado abstracta y consiga dar cuenta del carácter concreto de todo fenómeno de individuación. A pesar de la discrepancia terminológica, Deleuze y Guattari no dejan de tener en cuenta esta concepción de lo transductivo como modulación y jamás consideran los fenómenos de sedimentación y plegado como principio o modelo general, sino como “un caso relativamente simple” en función del cual poder ir señalando las modificaciones que, tanto al nivel del contenido como al de la expresión, constituyen los diferentes grupos de estratos. Sin embargo, detallar la más que considerable influencia del pensamiento de Simondon en la obra de Deleuze, tanto en sus textos en solitario como en las publicaciones con Guattari, en caso de pretender cierto rango de exhaustividad, ocuparía un trabajo cuya extensión y ambición constituirían ya de por sí materia suficiente para superar con mucho los límites impuestos por el objetivo del presente volumen, de modo que no queda más remedio que renunciar a integrar aquí semejante empresa y reducir todo lo posible la exposición de las conexiones entre ambos autores a aquellos puntos en los que resulte necesario esclarecer los conceptos que se vayan exponiendo o poner de manifiesto algún posicionamiento radical acerca de los fenómenos a tratar. Resaltemos únicamente por el momento, y tanto a título de mera ilustración de la proximidad entre el pensamiento de ambos autores como a modo de conclusión de lo expuesto en esta sección, cómo el propio Simondon se hace cargo, en cierto sentido, del mismo problema que Deleuze, quizá siguiendo la estela del reproche nietzscheano a la filosofía trascendental por no haber llevado la crítica hasta sus últimas consecuencias en lo que respecta a la posibilidad de dar cuenta no ya de las condiciones de la experiencia posible, sino más bien de las condiciones de la experiencia real, más allá de todo idealismo y de todo humanismo, en un *empirismo trascendental*:

«Esta manera de considerar el sujeto permite evitar la difícil distinción entre lo trascendental y lo empírico. Permite también no cerrar la antropología sobre sí misma como punto de partida absoluto del conocimiento del hombre a partir de una esencia. El individuo no es todo en el hombre, pues el individuo es el resultado de una individuación previa; es necesario un conocimiento preindividual del ser. (...) Es preciso integrar la ontogénesis al dominio del examen filosófico, en lugar de considerar el ser individuado como absolutamente primero. Esta integración permitiría superar ciertos postulados ontológicos de la crítica, postulados que son esencialmente relativos a la individuación; permitiría también rechazar una clasificación de los seres en géneros que no corresponden a su génesis, sino a un conocimiento tomado luego de la génesis, y del que hemos afirmado que era el fundamento de toda escolástica. Se trata por tanto de asistir a la génesis de los seres individuados a partir de una realidad preindividual, que contiene potenciales que se resuelven y se fijan como sistema de individuación»¹⁴⁶

Si, tal como nos proponemos en este trabajo, queremos llegar a una comprensión adecuada de cómo el deseo aparece siempre ya enganchado en regímenes de signos y cómo los

146Simondon, *Ibidem*. p.463.

mecanismos de subjetivación y de resistencia funcionan en semejante entorno, habida cuenta de que tales regímenes no son concebibles sin una relación tanto con el orden corpóreo de los estados de cosas como con dispositivos [*agencements*] colectivos de producción de enunciados que exceden con mucho la mera representación, debemos aclarar cuáles son las condiciones tanto de incorporación de los acontecimientos como de apertura a nuevas incorporaciones y poder así situar con relativa consistencia aquella dimensión en la que cabe hablar de creación, resistencia e intervención

3.3. Morfogénesis y doble articulación.

A la hora de dar cuenta de cómo se constituyen las distribuciones fijas de singularidades, esto es, de cuáles son los modos de efectuación del acontecimiento y en qué sentido la constitución de estructuras involucra el régimen de la expresión, Deleuze y Guattari proponen una teoría general de los fenómenos de estratificación en el tercer capítulo de *Mil Mesetas*, cuyo título, “La Geología de la Moral”, ya proporciona algunas pistas acerca de la perspectiva adoptada. Si bien en un principio este título podría sugerir la ubicación de tal perspectiva en la línea de un materialismo simplista que redujese la moral a un mero epifenómeno de la naturaleza y reconociese a la legalidad de esta última una universalidad y una necesidad susceptibles de introducir la aceptación de cierta causalidad incorporal (y, con ella, el privilegio de una dirección frente a otras en el ámbito del sentido), cuando se considera el término “moral” partiendo de la noción de “hábito” conforme Deleuze la toma de Hume -entendiendo que lo propio de éste último no es su posesión, ni siquiera su mera adquisición, sino más bien propiamente su *contracción*-, el sentido del título deja de tener una dirección privilegiada y se vuelve totalmente reversible. En consonancia con las posiciones de Simondon, ya en el ámbito de la propia geología, esto es, en los niveles de consolidación a los que corresponden las formaciones minerales, orográficas e incluso en el ámbito de lo meramente físico-químico, la identidad surge a partir de un flujo que deviene estructurado por contracción de funciones o regularidades, de tal modo que son los terminales de tales funciones lo que debe ser identificado como entidades desde el punto de vista de la clase considerada. No habrá, por tanto, evolución o progreso en sentido jerárquico de un nivel a otro, sino distintos modos de contracción de la función de estratificación, distintos sistemas o conjuntos de rasgos formales y distintas materias y sustancias en los diferentes tipos de estratos de los que el capítulo se ocupa. Asimismo, y puesto que lo que difiere de un estrato a otro es, fundamentalmente, la forma de organización, unos estratos podrán servir de substratos a otros (esto es, podrán proporcionar materias para otra estructuración) sin que tal relación implique un

incremento de nivel en el sentido de dicha organización.

«Ciertamente, semejante hipótesis de investigación puede parecer muy sorprendente; en efecto, la *costumbre* lleva a pensar que los seres vivos no pueden provenir de los seres físicos, porque son superiores a estos últimos gracias a su organización. Sin embargo, esta actitud misma es la consecuencia de un postulado inicial, según el cual la naturaleza inerte no puede contener una organización elevada. Si se plantea, por el contrario, que el mundo físico está ya desde el inicio altamente organizado, este primitivo error proveniente de una devaluación de la materia inerte no podría ser cometido; en el materialismo, existe una doctrina de los valores que supone un espiritualismo implícito: la materia está dada como organizada de manera menos rica que el ser vivo, y el materialismo busca mostrar que lo superior puede surgir de lo inferior. Constituye una tentativa de reducción de lo complejo a lo simple».¹⁴⁷

En este fragmento volvemos a encontrar dos aspectos del pensamiento de Simondon de gran importancia para la comprensión de los desarrollos conceptuales deleuzeanos. En primer lugar, y en referencia al subrayado que hemos introducido y que no existe en el texto original, la función encubridora del hábito o la costumbre, que para Deleuze constituye una síntesis pasiva y que es correlativa de aquella omisión presente en la concepción tradicional de los procesos de individuación que la perspectiva de Simondon se propone enmendar, a saber, la de que aquello que es actualmente constituido necesariamente oculta su proceso de constitución. En segundo lugar, la denuncia de cierto materialismo ingenuo que, precisamente por ignorar la complejidad original de la materia, introduce subrepticamente presupuestos que conllevan la aceptación de cierta causalidad incorporal y cierta jerarquía de los procesos en virtud de la cual es posible señalar algo así como un origen de las diferentes estructuras. Para ilustrar mejor este segundo punto, reproducimos a continuación la nota de Simondon correspondiente a este presupuesto del carácter inerte de la materia: «Esto sería verdad si se considerara el mundo físico como materia y como sustancia; pero ya no es cierto si se considera como algo que contiene sistemas en los que existen energías potenciales y relaciones, soportes de información. El materialismo no toma en cuenta la información»¹⁴⁸.

Tomando parcialmente como base el trabajo de Hjelmslev, en la segunda mitad del capítulo se presentan las diversas formas de distinción real entre contenido y expresión siguiendo las diferentes modalidades de la operación transductiva propuestas por Simondon, a las que se hacen corresponder tres grandes tipos de estratos según el ámbito de fenómenos que esté siendo en cada caso considerado: nivel físico-químico, nivel orgánico y nivel antropomorfo o haloplástico. La profusión de referencias científicas es tan variada y copiosa que, para no alejarnos en exceso de la intención de este trabajo, limitaremos las páginas siguientes a desarrollar, intentando seguir siempre el hilo tendido en los apartados precedentes,

¹⁴⁷ *Ibidem*. p.232.

¹⁴⁸ *Ibidem*, nota 2.

una exposición de los principales conceptos propuestos, prestando especial atención al papel de los movimientos de codificación, decodificación, desterritorialización y reterritorialización, por cuanto su comprensión resultará crucial a la hora de abordar las relaciones entre deseo y regímenes de signos en el contexto de la articulación entre crítica y clínica, y con objeto de mostrar cómo las formas de sujeción y de resistencia en el régimen capitalista hacen imposible una concepción “privada” de la intervención terapéutica. No obstante, al hilo de tal exposición deberán ser introducidas alusiones más o menos prolijas que den cuenta tanto de los conceptos tomados de la obra de otros autores que se integran en la concepción semiótica que aquí nos ocupa, como del modo en que son tomados por ésta, y ello de suerte que pueda ser mostrada una afinidad fundamental que, fundada en cierta restricción que toma tales elaboraciones conceptuales como sustratos, permite a Deleuze y Guattari articular su propuesta.

Si consideramos que el sentido de este capítulo es presentar las líneas generales de una *geofilosofía* (entendida como ciencia de las multiplicidades), el punto de partida no podrá ser otro que el campo trascendental mismo, aunque la nomenclatura de *Lógica del sentido* cede paso a la terminología característica de los años de colaboración entre Deleuze y Guattari y designa tal ámbito a través de nociones como “Cuerpo sin Órganos”¹⁴⁹, “plano de inmanencia”, “plan de consistencia”, etc.... No debemos entender, sin embargo, que la acumulación de estratos sigue un orden lineal en el que es posible atisbar algo así como una evolución creciente a partir de tal ámbito considerado como origen, ni tampoco que los diferentes tipos de estructuras se ordenan conforme a un régimen de especificación creciente a partir de una unidad genérica fundamental, puesto que la relación de cada estrato consigo mismo y con los otros reside precisamente en movimientos que hacen referencia a la inmanencia irreductible de aquello a lo que Simondon se refiere como “ser preindividual” y que subsiste en toda individuación. Situándonos en ese ámbito de la universal variación, la cuestión es dar cuenta de los modos de fijación y estructuración de la pura multiplicidad intensiva, presubjetiva y preindividual: los estratos aparecen así como fenómenos inevitables, resultados de la interacción universal en virtud de los cuales se forman materias, se capturan intensidades en órdenes extensivos y se constituyen series de ordinarios a partir de singularidades fijadas en

149 El *Cuerpo sin Órganos* es una de las creaciones conceptuales más características de Deleuze y su relevancia va más allá de la caracterización de las relaciones entre deseo y estructura -puesto que atañe al Sentido mismo-, pero no introduciremos aquí una explicación detallada de todas sus dimensiones, sino que contaremos con él, haciéndolo por el momento asimilable a la noción general de plan de consistencia, cuya significación se tomará más inteligible en relación con los dos estados coexistentes de la máquina abstracta. No obstante, sí parece conveniente en este punto señalar que el Cuerpo sin Órganos no es ni un dato ni una forma *a priori*, sino algo que debe ser construido, a pesar de que en cierto sentido preexiste a la experiencia de su construcción y de que tal experiencia nunca puede completarse conforme al modelo de la actualización exhaustiva. El Cuerpo sin Órganos aparece así como un límite en el sentido estoico y, por tanto, su estatuto es propiamente el de lo virtual, es decir, el de algo que es real sin ser nunca actual.

sistemas, todo ello conforme al esquema de la doble articulación. Puesto que la doble articulación se establece entre un plano del contenido y un plano de la expresión, podemos entender los estratos como juicios (recordemos que el estoicismo descubre la dimensión de la expresión en el vínculo establecido entre las dos proposiciones que componen el juicio hipotético), de tal modo que hay estratificación en cuanto hay determinación. El modelo geológico de sedimentación y plegamiento es presentado como “un caso relativamente simple” a partir del cual puede hacerse comprensible cómo la variación de la materia queda fijada en la contracción de una doble dependencia:

«La primera articulación seleccionaría o extraería, de los flujos-partículas inestables, unidades moleculares o cuasi moleculares metaestables (sustancias) a las que impondría un orden estadístico de uniones y sucesiones (formas). La segunda articulación sería la encargada de crear estructuras estables, compactas y funcionales (formas), y constituiría los compuestos molares en los que esas estructuras se actualizan al mismo tiempo (sustancias)».¹⁵⁰

A pesar de que estas líneas pueden sugerir la idea de cierto progreso histórico en el paso de una articulación a la otra, lo cierto es que el vínculo que se establece entre ambas es del orden de una presuposición recíproca puesto que, si bien tanto en una articulación como en la otra se establecen relaciones meramente binarias, y en principio polívocas, entre sus elementos, lo cierto es que el hecho de estar doblemente articulados conforme a una dependencia del orden de la solidaridad hace que las relaciones biúnicas entre términos de un lado y términos del otro sean irreducibles a uno u otro costado y constituyan por su parte un sistema en cierto sentido original respecto de los términos que comprende y relaciona. Ahora bien, la principal dificultad reside en cómo dar cuenta de estos fenómenos en su diversidad, sin reducirlos en exclusiva al modelo lingüístico, pero reteniendo las condiciones de su unidad y cierta constancia en su estructura. Asimismo, será necesario exponer aquella condición del lenguaje en virtud de la cual aparece la pretensión de aplicabilidad universal de su estructura a cualquier dominio fenoménico. La consideración de esta problemática encuentra como consecuencia una ampliación de la comprensión del término “expresión” y, con ella, del carácter propio y la función de lo “nomádico” en el seno mismo de las consolidaciones actuales. Si debemos entender en general la estratificación como fijación, diremos que hay estrato porque hay *superficie de estratificación*, esto es, porque independientemente de la organización específica y de la peculiaridad del estrato considerado en cada caso, *algo* queda preso entre las dos articulaciones constituyendo el flujo de materiales que son extraídos, seleccionados y estructurados, dando lugar a sustancias y compuestos: en este sentido, la superficie de estratificación es *interestrática*. No obstante, y conforme a otra consideración que podemos encontrar tanto en la concepción de lo preindividual de Simondon

¹⁵⁰ MP, p.48.

como en la irreductibilidad del acontecimiento a su efectuación corpórea tal y como la hemos venido considerando hasta aquí, la superficie de estratificación está referida al Cuerpo sin Órganos¹⁵¹ y en esta referencia encuentra su condición productiva y propiamente *maquínica*¹⁵², aquella en la que reside la metaestabilidad de la estructura adquirida y la posibilidad de apertura a otros modos de fijación: desde este punto de vista, la superficie de estratificación o agenciamiento maquínico es también un *metaestrato*. Ésta constituye, por tanto, la condición genética del estrato, pero no la razón de su unidad, que tendrá que ser buscada sobre la base de la propuesta de Hjelmslev precisamente por su referencia a esta materia amorfa sin la cual en ningún caso podría haber semiótica alguna, puesto que puede dar cuenta de aquello que todos los estratos tienen en común, aunque sea adoptando configuraciones tan variadas que pueda resultar excesivo proponer algo así como un modelo general, dado que el esquema de la doble articulación no se especifica en cada caso, sino que prolifera a medida que los movimientos referidos a códigos y territorialidades articulan dimensiones heterogéneas¹⁵³ haciéndolas entrar en estructuraciones dinámicas.

3.4. Condiciones de unidad, organización y desarrollo: códigos y territorialidades.

La unidad de composición de un estrato se define en función de aquellos factores que Hjelmselv toma de Saussure, a saber, formas y sustancias, y a los que añade, de modo en absoluto inocuo, la problemática dimensión del sentido. Durante todo el tercer capítulo de *Mil Mesetas* se señala que los estratos son siempre dobles y que cada articulación debe ser considerada, asimismo, como un estrato, puesto que se cuenta desde el principio con la no correspondencia propia de lo que Hjelmslev denomina *lenguas no conformales*, cuya condición es la razón de la infinitud de la regresión y de la proliferación de la articulación entre expresión y contenido tanto en el lado de la primera como en el del segundo: expresión y contenido son, por tanto, cada uno, susceptibles de ser considerados como estratos, y entre ambos compactan la superficie de estratificación. Ahora bien, puesto que lo que se está tratando de elucidar en

151 «Llamábase *materia* al plan de consistencia o Cuerpo sin Órganos, es decir, al cuerpo no formado, no organizado, no estratificado o desestratificado, y a todo lo que circulaba por ese cuerpo, partículas submoleculares y subatómicas, intensidades puras, singularidades libres prefisicas y previtales». *MP*. p. 51.

152 Deleuze y Guattari entienden que es *maquínico* aquello que concierne a una síntesis de heterogéneos considerada en tanto tal, es decir, aquella suerte relación que mantiene la distancia en tanto que distancia, afirmándola sin reducirla a homogeneidad o reconciliación. Es, por tanto, el carácter que, en cualquier estructura, señala el componente genético irreducible a la efectuación concreta, aquella condición que no resulta de (ni entra en) una relación de remisión recíproca con lo condicionado y que, en este sentido, se distingue de lo meramente *mecánico*.

153 Tal heterogeneidad no deriva sino del hecho de que la doble articulación se constituye sobre la base de un isomorfismo sin conformidad, lo que corrobora la tesis de *Lógica del Sentido* en virtud de la cual toda serie depende en su constitución de la circulación de un elemento supernumerario que hace de toda organización serial sea, desde el principio, siempre multiserial. Cf. *LS*, sexta serie.

primer lugar no es la diversidad, sino las condiciones de unidad del estrato, es necesario distinguir entre la materia -en el sentido de un flujo en constante variación irrestrictamente heterogéneo- y los materiales -que participan en la composición del estrato-, de tal modo que la materia podría provisionalmente corresponder a algo así como el sentido en sí mismo, la universal variación con independencia de toda fijación, de toda posición privilegiada y de toda efectuación, mientras que los materiales implicarían ya una cierta selección que podríamos situar al nivel de lo que Hjelmlev llama “figuras” y que resultan de aquella restricción que, en conjunción con la forma, hace posible la constitución de sustancias, sean éstas del contenido o de la expresión. Teniendo en cuenta la posibilidad de considerar tal materia en sí misma no resulta sino de una abstracción, de una distinción mental o modal que nos obliga a concebir las formas como independientes y las sustancias como productos de la acción de éstas, componiendo ambas un medio de interioridad pretendidamente autónomo, tales materiales deben ser considerados como aquella exterioridad que pertenece propiamente al estrato, es decir, como una suerte de *exterioridad interior*¹⁵⁴, puesto que la relatividad de ambos términos (interior y exterior) procede de que su aplicación sólo es justificable en virtud de sus intercambios, y éstos dependen de las relaciones o rasgos formales conforme a los cuales los materiales exteriores devienen sustancias en el interior. En el caso de las lenguas naturales, por ejemplo, resulta claro que la patencia del flujo fónico en cuanto tal, esto es, la ruptura de la transparencia del lenguaje y de sus efectos conforme al régimen de significación, tiene lugar como sinsentido, por lo que la exterioridad material que así se pone de manifiesto apunta a esa dimensión metaestrática o preindividual en la que corresponde ubicar la potencia genética de ulteriores vínculos de significación. Así, tales rasgos constituyen el límite del estrato, es decir, señalan aquello de lo que el estrato es capaz en relación con lo que le es exterior en principio y puede o no, bien interiorizar, bien asociarse con ello, y, en este sentido, se distinguirá, tanto la materia como el medio anexionado, de una exterioridad pura que, como veremos, no resulta tan fácil de concebir con independencia de los movimientos en virtud de los cuales se relacionan formas, sustancias y medios. Sin embargo, no cabe conceder en este punto prioridad alguna a la forma sobre la materia, ni reconocer la existencia de una causalidad incorpórea a la que el orden corpóreo debiese estar sometido y pudiese erigirse así en principio de individuación y razón de la homogeneidad, puesto que las relaciones entre interioridad,

154 De acuerdo con la teoría de conjuntos, esta forma de pertenencia de los materiales al estrato como *su* medio exterior, correspondería al régimen de la *pertenencia* ($b \in a$), es decir, presencia sin representación, y, si seguimos a Alain Badiou en este punto, constituiría una *singularidad* en el sistema considerado, en tanto que ésta se distingue tanto de la excrecencia como la normalidad. (Cf. Badiou, A., *L'Être et l'Événement*, París, Seuil, 1988). El sentido constituye el plan de consistencia de modo tal que él mismo resulta inconcebible como instancia universal y trascendente y debe, más bien, localizarse de forma inmanente como la singularidad que se efectúa en las máquinas concretas que confieren existencia al estrato y definen sus componentes conforme a los criterio de normalidad y excrecencia.

exterioridad y límite (o *membrana*) revisten una complejidad que afecta a la unidad básica de composición de tal modo que la capa central sólo resulta accesible por abstracción, y su existencia depende de su efectuación concreta. El modo de cohesión del estrato no posee en absoluto una estabilidad estática, inmóvil, y a la unidad de composición corresponden siempre, como sus condiciones *locales*¹⁵⁵, una organización formal y un desarrollo sustancial que testimonian cierto grado de metaestabilidad constitutiva.

La composición múltiple del estrato, esto es, la proliferación de la doble articulación, es lo que propiamente constituye su existencia, y por muy lejos que se llevase la regresión a la hora de explicitar la condición incondicionada de su unidad, esta se revelaría siempre como cierta efectuación de la captura sobre una materia, que no podría asimismo ser entendida sino en su dimensión interestrática, es decir, partiendo de la consideración de los elementos sustanciales a los que da lugar de acuerdo con los rasgos formales que rigen su selección y en función de los cuales puede establecerse una distinción no ya real, sino meramente mental o modal, entre formas y sustancias. Tal distinción resulta susceptible de ser absorbida por la distinción materia/forma, introduciéndose así el punto de vista de la trascendencia y la causalidad incorporal como explicación verosímil del origen de la estructura, de tal modo que el sentido de la unidad del estrato subsiste siempre en su virtualidad más allá de la existencia de cualquiera de sus realizaciones concretas como «una sola *máquina abstracta* englobada en el estrato y constituyendo su unidad»¹⁵⁶. De hecho, es necesario hacer corresponder dos estados de la máquina abstracta a las dos perspectivas relativas a la superficie de estratificación, la interestrática y la metaestrática. La máquina abstracta es definida como “un conjunto consolidado de materias-funciones”¹⁵⁷ y, si bien sus diferentes efectuaciones en máquinas concretas dan lugar a formas y sustancias, tanto de contenido como de expresión (que cumplen condiciones de identidad, son objeto de una distinción mental o modal y pueden entrar eventualmente en relaciones de correspondencia biunívoca de un plano a otro), ella misma es la que establece la continuidad entre los mismos como variables y funda la relatividad de los propios términos “contenido” y “expresión”, pero ya no en referencia a formas conforme a las

155 Entendemos aquí por “condiciones locales” aquellas que se desprenden como efectos de las acciones en virtud de las cuales tiene lugar el proceso de estratificación. La distinción entre lo global y lo local debe ser abordada en el marco de las relaciones entre lo relativo y lo absoluto tal y como éstas se desarrollan al hilo de la distinción entre lo interestrático y lo metaestrático, de tal modo que, desde el punto de vista del plan de consistencia, lo local hace referencia a la integración y constituye ya un absoluto, mientras que desde el punto de vista de la organización deviene relativo a un *Englobante* sobre el que la forma resulta determinable. De este modo, la homogeneidad cae del lado del medio de interioridad, de las formas y sustancias que resultan del proceso de estratificación, mientras que al plan de consistencia deberá serle reconocida una heterogeneidad fundamental, tan irreductible a las entidades resultantes como lo es el sentido respecto de sus efectuaciones concretas.

156 *MP*, cap. 3, p.57.

157 *MP*, cap. 15, p.520.

cuales se constituyen sustancias, sino a *rasgos* que son, en el caso de las intensidades o materias no formadas, rasgos de contenido, y en el caso de las funciones no formales, rasgos de expresión. De acuerdo con Hjelmslev, la condición que hace posible su designación de acuerdo con la distinción de dos planos, con independencia de la arbitrariedad con la que son elegidos los propios términos “contenido” y “expresión”, reside en la contracción de la dependencia de solidaridad conforme a la que aparecen como terminales o fúntivos, y que pasa por una restricción del sentido [*Mening*] que hace posible la proyección de la forma sobre el continuo. De este modo, la máquina abstracta, considerada a partir de su carácter metaestrático, compone un plan de consistencia para la producción de formas y sustancias del que resulta su articulación, plan que no puede definirse, por tanto, por los códigos de los que dependen las formas ni por las territorialidades a las que remiten las sustancias, sino por los máximos de descodificación y desterritorialización más allá de los cuales la consistencia y la constancia susceptibles de ser reconocidas desde el punto de vista de la unidad de composición se verían forzadas a buscar otros medios, tanto de interioridad en los elementos y compuestos, como en una anexión o asociación por lo que toca tanto al criterio de selección de los materiales a partir de los cuales éstos se forman como al discernimiento de los que proporcionan fuentes de energía, dando lugar a un nuevo espesamiento del sentido y un modo diferente de fijación y organización. Deleuze y Guattari designan como ecúmeno y planómeno respectivamente a estos dos estados coexistentes de la máquina abstracta, y corresponde al primero la efectuación del sentido en formas y sustancias, en máquinas concretas que no llegan jamás a expresar completamente la virtualidad del plan de consistencia. No obstante, aunque conforme al segundo estado no podría decirse jamás que la máquina abstracta es por completo independiente de las máquinas concretas en las que se efectúa - puesto que en ellas adquiere propiamente existencia-, sí que en ella materia y función se liberan de la forma como condición de la efectuación y pueden por ello constituir la condición incondicionada de formas y sustancias y la razón de la no correspondencia entre expresión y contenido.

Si el isomorfismo entre contenido y expresión es fundamentalmente disconforme, es necesario reconocer que el proceso de proliferación de la doble articulación, por cuanto constituye una expresión relativa en el contenido y un contenido relativo en la expresión, comporta el establecimiento de estados intermediarios en el sistema que, lejos de mermar la consistencia y la unidad de la capa central, surgen en el proceso correspondiente a las condiciones de ésta. Puesto que la unidad de composición relaciona los materiales y los elementos sustanciales en virtud de la mediación que introducen las relaciones formales, la selección de tales materiales responderá al cumplimiento de requisitos referidos al umbral de

intensidad y variación tolerable desde el punto de vista de la consistencia identitaria del sistema. Del mismo modo que la materia fónica amorfa presenta un repertorio restringido de figuras susceptibles de constituir entidades lingüísticas por la proyección de la forma sobre el continuo y que tal constitución establece umbrales de pertinencia o no de las unidades fónicas respecto de la función, la proliferación de estados intermedios es precisamente aquella actividad en virtud de la cual nuevas figuras son capaces de aportar nuevos elementos y compuestos de los mismos por contracción de dependencias en función de los rasgos formales, en cuyo papel mediador hay que situar la razón de la conservación de la identidad del sistema en la variación del proceso. De acuerdo con la relatividad de la distinción y la disconformidad del isomorfismo entre expresión y contenido, la constitución de medios intermediarios no tiene lugar sólo entre medio exterior e interior (esto es, entre materiales y elementos), sino también entre los elementos y los compuestos a los que éstos dan lugar, pudiendo así señalarse un crecimiento gradual del estrato que rompe con la continuidad de la capa central al tiempo que proporciona a la misma existencia efectiva. Es precisamente la relatividad entre lo interior y lo exterior aquello que funda la posibilidad de desarrollo sustancial en estados intermediarios, tarea ésta que, de acuerdo con la terminología que Deleuze y Guattari ponen en juego, corresponde a los denominados *epistratos*. La incorporación de tales medios intermediarios, con la consiguiente formación de elementos y compuestos, no debe ser entendida en términos de una progresiva captura de materias por parte de la forma, a la que habría que reconocer una independencia y una prioridad respecto de la materia que desembocaría fácilmente en una reaparición del esquema hilemórfico: la actividad en los epistratos no deja de modificar las condiciones del anillo central al tiempo que extiende la unidad del mismo, instaurando constantemente nuevas relaciones entre el centro y la periferia en una interacción respecto de la que cualquier pretensión de asignar una función determinante desde el punto de vista genético a uno de sus costados considerado de forma asilada erraría el punto de vista de la producción del sentido, al que debería suponerse como en cierto modo ya dado. Las objeciones de Simondon al esquema hilemórfico encuentran en el repertorio conceptual de la *Crítica de la razón pura* (y esto a pesar del cuestionamiento de la distinción entre lo empírico y lo trascendental sobre el que se construye la propia posición de Simondon) un elemento mediador entre la intuición y el concepto (el esquema), atribuido a un casi-facultad (la imaginación), en el que se sitúa tanto la posibilidad de una concordia entre las facultades como el origen de su discordia tal y como se hace presente en el sentimiento de lo sublime¹⁵⁸. De este modo, a partir de la puesta en cuestión de la validez de la operación técnica de moldeado como ejemplo de la actividad de adquisición de forma, se hace patente que ni materia ni forma pueden ser tomadas

158 «El esquema hilemórfico sólo retiene las extremidades de esas dos semicadenas que elabora la operación técnica; el propio esquematismo de la operación es velado, ignorado» Simondon, G., *Op.cit.* p.58.

en un sentido puro, conforme a una distinción excluyente, sino que requieren de la producción de una dimensión intermedia que pasa por una preparación de la materia por las exigencias de la forma y una materialización de la forma por las de la materia, en un dominio de acercamiento que tiende a la indiscernibilidad entre ambas y que convoca una *regla de construcción* en la experiencia real, más allá de las condiciones de mera posibilidad en el marco de una lógica representacional. Materia y forma deben entrar en un juego de fuerzas inmanente del que resulta el individuo (la sustancia como materia formada) y a cuyo modo de equilibrio en ningún caso podrá adscribirse la rúbrica de una estabilidad dependiente de la docilidad del material respecto a la causalidad incorporal de la forma que se imprime desde el exterior, sino que deberá ser considerado de acuerdo con la noción de *metaestabilidad*, por cuanto ésta convoca directamente el concepto de una “vida” no necesariamente reducible a su comprensión biologicista sobre el modelo del organismo y que, más bien, alude al campo trascendental como ámbito de intensidades libres y funciones no formales que constituye la superficie o la condición, heterogénea e incondicionada, del juicio y la individuación.

La restricción del continuo material a partir del cual tiene lugar la selección y extracción de los materiales susceptibles de formar elementos y constituir así la interioridad del estrato no sólo exige, como condición de su propia cohesión, la propagación de su unidad de composición en estados intermediarios, sino que plantea un problema desde momento en que no puede concebirse en ningún caso como un recorte aséptico y unilateral en el ámbito de la universal variación, sino que exige la consideración de aquello que rodea el ámbito seleccionado como posibilidad misma de la extensión de los propios materiales, si bien ya no desde el punto de vista de su interiorización (ya sea ésta bajo la forma de un medio de interioridad en sentido estricto, ya bajo la de aquella exterioridad incluida a la que aludíamos antes), sino desde el de una cierta anexión o asociación como captura de fuentes de energía que define el ámbito de proliferación y funcionamiento del estrato¹⁵⁹. Encontramos así una tercera forma del medio que se pone necesariamente en juego por cuanto la restricción de los materiales supone un cierto discernimiento de los mismos sostenido por la articulación de dos

159 La referencia a las condiciones energéticas desde el punto de vista del sistema resulta un elemento clave en la tesis de Simondon a la hora de dar cuenta de las condiciones en virtud de las cuales tiene lugar un proceso de transformación y es, en cierto sentido, correlativa a la noción de metaestabilidad. Partiendo de la peculiar ambigüedad que la noción de energía potencial presenta en el ámbito de la física, sólo en referencia a la posibilidad de cambio en general se hace accesible una cierta definición de la misma como “la fracción de la energía total del cuerpo que puede dar lugar a una transformación, reversible o no”. Ahora bien, cualquier proceso de transformación supone una disconformidad que recusa la idea de una estabilidad total y, por tanto, convoca la de una heterogeneidad en el origen mismo de todo proceso: «La capacidad para una energía de ser potencial está estrechamente ligada a la presencia de una relación de heterogeneidad, de disimetría en relación con otro soporte energético». Por consiguiente, sólo resulta posible concebir la posibilidad de transformación en la relación con otro término, que es radicalmente otro pero que está, no obstante, considerado dentro de un mismo sistema. Cf. Simondon, *Ibidem*. p.92.

polos que corresponden a los extremos del esquema sensoriomotor¹⁶⁰, a saber, la percepción o aprehensión y la respuesta o acción. Ambos términos, si es que queremos evitar que el estrato orgánico se constituya como paradigma único de los fenómenos de estratificación, han de ser entendidos en un sentido amplio, aunque es difícil sustraerse a la persistencia del modelo de la vida orgánica habida cuenta de la relevancia del papel que se le atribuye tanto en el estoicismo como en el trabajo de Simondon y, por supuesto, en el pensamiento del propio Bergson. Resultará necesario, por tanto, acuñar el concepto de “vida no orgánica”, cuya fertilidad se pone de manifiesto, por ejemplo, cuando Deleuze se ocupa de aquello que caracteriza esencialmente al expresionismo alemán en el primer tomo de su trabajo sobre el cine¹⁶¹ y, sobre todo, en la consideración de la noción de línea gótica de Worringer¹⁶², por cuanto ésta invierte la relación de subordinación de la línea al punto y opera una indiscernibilidad de las formas. Es precisamente esta línea “no segmentaria e indescomponible” la que, desde el punto de vista del planomeno, traza “un metaestrato en el plan de consistencia”¹⁶³, mientras que desde el punto de vista de las condiciones de unidad del estrato se procede por segmentos articulados, puntuados o escandidos por cuanto definen series de puntos ordinarios a partir de las singularidades apresadas. La adquisición de formas, o más bien de tipos de formas, al nivel del límite, es inseparable de la relación con el medio asociado (puesto que sólo a partir de una heterogeneidad irreductible, que recusa cualquier forma de estabilidad total y de constitución sustancial pura, es posible dar cuenta de los procesos de transformación), de tal modo que la articulación entre tales formas y el medio anexionado constituye los *paraestratos* como segunda forma de existencia de los estratos, correspondiente a esta tercera forma del medio.

«Un estrato sólo existía en sus epistratos y paraestratos, de suerte que, en última instancia, éstos debían ser considerados por su cuenta como estratos. La cintura, el anillo idealmente continuo del estrato, el Ecumeno, definido por la identidad de los materiales moleculares, de los elementos sustanciales y de las relaciones formales, sólo existía como roto, fragmentado en epistratos y paraestratos que implicaban máquinas concretas, con sus índices respectivos, y que constituían moléculas diferentes, sustancias específicas, formas irreductibles»¹⁶⁴

Ahora bien, nada se comprendería aquí de las diferencias y de las relaciones entre el ecumeno y los epistratos y paraestratos si, además de la distinción entre lo abstracto y lo concreto (según ha sido introducida un poco más arriba en referencia a las condiciones de existencia de la máquina abstracta) y el correlativo estatuto de lo virtual (por cuanto resulta

160 Cf. Bergson, H., *Matière et mémoire: Essai sur la relation du corps à l'esprit* (1939), París, Les Presses universitaires de France, 1965. Cap. I.

161 Deleuze, G., *Cinéma I: L'image-mouvement*. Paris: Les Editions de Minuit. 1983 (trad: Agoff, I., *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine I*, Barcelona, Paidós, 1984).

162 Cf. Worringer, W., *Formprobleme der Gotik*, Munich, Piper, 1911.

163 Cf. *MP*, cap.3. p.62.

164 *MP*, cap.3.pp.58-59. La cursiva es nuestra.

irreducible a lo actual y a lo potencial), no se tomase en consideración que los epistratos son inseparables de movimientos de desterritorialización y reterritorialización que se efectúan precisamente por la relatividad de la distinción entre el medio interno y el medio externo, mientras que a los paraestratos corresponden códigos y modificaciones de códigos en relación con el medio asociado o anexionado. De hecho, la propia noción de “medio” tal y como hasta ahora la hemos venido empleando quedaría incompleta y correría el riesgo de introducir consigo presupuestos de orden sustancialista si no advirtiésemos que su diferencia con respecto al código es del mismo orden que la que se establece entre formas y sustancias, a saber, de carácter mental o modal, y que hablar en un caso de “medio” y en otro de “código” no responde a una distinción real, como aquella en virtud de la cual se establece el isomorfismo entre contenido y expresión, puesto que el código no resulta asignable únicamente al ámbito de interioridad del estrato, sino que concierne asimismo al medio asociado o anexionado. También erraríamos si pretendiésemos considerar el territorio como un tipo de medio (el medio intermediario) o incluso como directamente sinónimo de los medios en general, puesto que el territorio no es en absoluto un estado individuado, sino, como veremos, un *acto* que afecta tanto a los medios como a los pasos o tránsitos de un medio a otro, y en virtud del cual se constituye la individuación, por lo que toca al desarrollo sustancial, en su régimen de metaestabilidad fundamental. En las líneas dedicadas a la explicación de tales vínculos, Deleuze y Guattari sostienen una elogiosa alusión a Darwin, señalando cómo su teoría rompe con toda concepción sustancialista de las formas orgánicas emparentada con el aristotelismo y plantea la exigencia de pensar, por un lado, los grados de desarrollo o perfección de los seres vivos en términos de relaciones diferenciales y, por otro, los tipos de formas en términos de poblaciones, dando paso así a una perspectiva colectiva y diferencial en el ámbito de la biología e introduciendo una modificación radical en la consideración de las relaciones entre individuo y medio. No será posible, por tanto, reducir la codificación y la creación de un medio asociado a las condiciones de territorialidad correspondientes a los epistratos, ni tampoco hacer depender la creación de medios intermediarios de las formas que establecen los códigos, sino que será necesario considerar siempre la relación entre codificación y territorialización del mismo modo en que se toma la articulación entre contenido y expresión, es decir, de acuerdo con un vínculo de presuposición recíproca no correspondiente término a término, lo que hace posible que una reterritorialización pueda impulsar una descodificación o que una codificación entrañe una desterritorialización (como ocurre en el caso del símbolo).

En referencia a las formas, se establecen relaciones de exclusión e inclusión que determinan condiciones de identidad de acuerdo con las cuales aparece un umbral de variación

no sustancial conforme al cual se definen la compatibilidad y la incompatibilidad. La encarnación de tales relaciones pasa por la presencia de una población que, aunque nos atengamos aquí sólo a ese “caso relativamente simple” al que se aludía a la hora de introducir la doble articulación como condición de los fenómenos de espesamiento y estructuración, será molecular en el ámbito de la producción (dando lugar a un orden meramente estadístico de formas), y molar en el de la evaluación, de tal modo que cualquier cambio en el código se considerará desde el punto de vista de una anterioridad de las formas respecto de las sustancias a las que ésta da lugar. Ahora bien, como veremos a propósito de los diferentes modos en los que se presenta la distinción real entre contenido y expresión, la relación entre lo molecular y lo molar puede adquirir configuraciones diversas. Las formas dependen de códigos, puesto que su existencia pasa por la determinación de unidades discretas a partir del continuo material del sentido, conforme a una restricción que constituye un conjunto o repertorio finito, de tal modo que cada una de tales unidades es portadora de relaciones binarias con respecto a las demás. De tal restricción, y del consiguiente orden de relaciones binarias, se desprende la referencia a una instancia exterior, el conjunto de rasgos formales que ahora aparece fijado como función-forma, a partir de los cuales las materias formadas son susceptibles de evaluación. La operación de codificación aparece así como doblemente articulada de acuerdo con la simultaneidad de dos operaciones. En primer lugar, se produce una selección a partir de la materia que constituye los materiales como medio exterior y, puesto que la materia considerada con independencia de su estratificación ha sido remitida al modelo de la universal variación (la imaginación delirante con independencia de los principios de asociación que Hume concibe como plano en el que acontece la fijación y la constitución de una naturaleza humana, o bien la materia-movimiento bergsoniana, donde la especialización de algunas imágenes y el intervalo de movimiento dan lugar a la percepción), no resulta aventurado concebirla como un flujo sobre el que se opera una *extracción*. Al mismo tiempo, pero no ya sobre el flujo, sino precisamente al nivel del código, la continuidad u homogeneidad de las relaciones formales acusa una *separación*, esto es, la constitución de un tipo de forma, de un fragmento o segmento. Por consiguiente, la propia operación de codificación presupone un margen de descodificación admisible de acuerdo con la relación entre materiales y rasgos formales en el seno de la unidad de composición, que es relativo a las condiciones de producción tolerables dentro de la identidad de la estructura considerada y en función del cual la interacción entre medio de interioridad y medios asociados o anexionados resulta susceptible de ser evaluada por la capacidad de la forma para poblarse (esto es, para formar sustancias) en tal o cual medio asociado. La aptitud o ineptitud de tal población para propagarse en el medio anexionado, o incluso para asociar un nuevo medio, es correlativa a la fijación del código y depende

precisamente de la relación entre éste y el medio. Esta relación debe entenderse a partir de una tensión fundamental, de tal modo que si bien resulta evidente que los «medios siempre actúan, por selección, sobre organismos completos cuyas formas dependen de códigos que esos medios sancionan indirectamente»¹⁶⁵, concebir el origen y el funcionamiento de los cambios en el código a partir de la invariancia de las formas y la inmovilidad del código mismo plantea una dificultad que tiene que ver precisamente con cierta reticencia del pensamiento a la hora de dar cuenta del movimiento mismo. El tránsito entre formas establecidas, del mismo modo que el paso del ser al no ser, aparece como imposible desde el momento en que se pretende entender el movimiento en función de su subordinación al reposo y se deja escapar el tiempo *propio* en beneficio de una concepción meramente representativa y corpórea de éste. No habrá variación (sino, como mucho, extinción) en los paraestratos si se hace residir toda la variabilidad del lado del medio asociado, de modo que es necesario reconocer, como carácter constitutivo e irrenunciable, una deriva de código en el código mismo. Si el código tiene, en efecto, un sentido [*Mening*], el movimiento que pasa de una forma a otra no puede ser entendido como una mera traducción, puesto que tal concepción consideraría la forma de modo abstracto (pero aún no lo suficiente)¹⁶⁶, ignorando la irreductibilidad del sentido como condición genética y calcando la forma, a la que se atribuirá fuerza causal, a partir del residuo resultante del proceso de individuación. Del mismo modo, el medio asociado no puede llegar a constituirse como tal si no es por la repetición periódica de una componente; los medios, abiertos por principio al caos y sometidos por ello a la doble amenaza del agotamiento y la intrusión, sólo se definen en virtud de tal repetición y recusan cualquier forma de unicidad al margen de la componente seleccionada por la repetición, de tal modo que difícilmente podremos trazar una frontera que separe lo interior de lo exterior y de acuerdo con la cual el código pueda ser atribuido en

165 *MP*, p.58

166 La posibilidad de distinguir en el trabajo de Deleuze y Guattari entre dos sentidos de lo “abstracto” se hace inteligible, por un lado, cuando se considera la crítica planteada a la concepción chomskiana de las descripciones semánticas (en la que la influencia de Oswald Ducrot resulta fundamental y que será expuesta en este trabajo más adelante) y, por otro, en la distinción planteada por Deleuze en el contexto de sus estudios sobre la pintura entre la forma de abstracción representada de forma eminente por Kandinsky, que propone un código propiamente pictórico, y el expresionismo abstracto, que atiende a la materialidad y el carácter procesual de la pintura misma más allá de toda formalización independiente de la expresión, encontrando en la obra de Jackson Pollock un referente privilegiado (Cf. Curso Vincennes, 5/5/81). Sin entrar de momento en detalles respecto al primero de estos puntos, podemos establecer que lo abstracto, conforme a un primer sentido, no alcanza el grado de independencia respecto de la forma de expresión necesario para la exposición de una auténtica condición incondicionada, puesto que la operación de abstracción sólo concierne a la esfera del contenido. Por el contrario, el carácter abstracto de la máquina abstracta da cuenta del proceso mismo de constitución de ambos planos, contenido y expresión, y por ello mismo resultará irreducible a cualquiera de los modos de vinculación del signo con su objeto propuestos por la célebre clasificación de Peirce -a saber, iconos, índices y símbolos-, incluso teniendo en cuenta la reformulación a la que Deleuze y Guattari la someten de acuerdo con la consideración de los movimientos de desterritorialización y reterritorialización. Así, la máquina abstracta sólo será genuina cuando pueda ser considerada con independencia del constitución de los planos del contenido y de la expresión, esto es, cuando se sitúa en el propio plan de consistencia como pura función-materia, irreducible a las formas y sustancias que distingue y distribuye en el sistema estratificado.

exclusiva al medio de interioridad. Todo medio está, así, codificado y entra siempre en comunicación con otros medios conforme a una operación de transcodificación o transducción que afecta a su componente y pone de manifiesto el carácter *direccional* de la misma, es decir, su “pertenencia” a un espacio liso como condición de todo *estriaje*, de toda estructuración, de toda estratificación y definición de los medios.

3.5. Máquina abstracta y máximos de desterritorialización como condiciones de los fenómenos de estructuración: lo liso y lo estriado.

La diferencia entre lo direccional y lo dimensional, correlativa a la distinción entre un espacio liso y un espacio estriado, resulta imprescindible a la hora de comprender las relaciones entre código y territorialidad, así como la función de los movimientos de descodificación y desterritorialización en el marco de los fenómenos de estratificación, tanto desde el punto de vista intraestrático e interestrático, como desde la perspectiva de lo metaestrático. El capítulo 14 de *Mil Mesetas*¹⁶⁷, a través de la consideración de diferentes modelos (tecnológico, musical, marítimo, matemático, físico y estético) se ocupa de presentar las diferencias entre espacio liso y espacio estriado, así como de caracterizar sus relaciones, partiendo fundamentalmente de los movimientos y las componentes que los afectan y los tipos de multiplicidades que los pueblan. Puesto que la distinción entre espacio liso y espacio estriado reviste un carácter netamente abstracto, su pertinencia sólo aparece en la consideración de sus diferentes combinaciones concretas, como una condición *de iure* a partir de la cual poder determinar las formas y los tránsitos en las diferentes combinaciones de hecho; los distintos modelos se presentan como ocasiones para el discernimiento de los dos espacios a través de la variabilidad de sus relaciones, puesto que lo liso y lo estriado sólo existen en estas combinaciones de hecho, del mismo modo que a la máquina abstracta corresponden siempre dos estados coexistentes en los estratos. De entre los muchos criterios que se aducen en el texto, retendremos aquí sólo aquellos que conciernen a la relación entre paradas y trayectos, entre el punto y la línea, por entender que tienen todo que ver con la diferencia de orden de prioridad entre términos y relaciones que aparece al comparar la perspectiva del plan de consistencia con la del plano de organización y desarrollo. Evidentemente, con esta diferencia de orden ocurre lo mismo que con las perspectivas aludidas, ni entran en una oposición simple ni pueden resultar la una fundamento de la otra: son dos estados coexistentes en un modo de relación que es el del acontecimiento y su efectucción, el de lo virtual y lo actual, en el que se juega toda consolidación y toda creación. En un espacio estriado el trayecto está subordinado la parada, su trayectoria lineal pasa entre

167 MP. cap.14 “Lo liso y lo estriado”.

dos puntos y, por consiguiente, el movimiento encuentra su sentido en el reposo y las relaciones derivan de las propiedades de la sustancia, mientras que desde el punto de vista del espacio liso esta relación se invierte: es el propio trayecto el que *produce* la parada y el punto aparece como intersección entre dos líneas, entre dos movimientos indescomponibles. Resulta claro que la naturaleza de la línea no puede ser la misma en un espacio y en otro, puesto que su relación con el corte difiere: en el espacio estriado el corte se define por un patrón, por una forma, que limita el movimiento y la variación entre dos puntos más allá de los cuales no puede haber identidad de la función (ni significación, ni designación, ni manifestación), mientras que en el espacio liso el intervalo es fundamentalmente abierto y el corte no encuentra lugares de incidencia previamente determinados. Si acercamos esta distinción a la concepción más simple de la doble articulación, conforme Deleuze y Guattari la enuncian en las primeras líneas de “La Geología de la Moral”¹⁶⁸, encontramos que hay que entender lo *estadístico* en su diferencia con respecto a un patrón o *módulo* de corte, que es definido por el sistema de rasgos formales de la segunda articulación que hace posible la evaluación de las entidades resultantes en función de la mayor o menor perfección que alcanza su desarrollo y verosímil la aplicación del modelo hilemórfico y el paradigma de la operación técnica en su versión más sesgada. Puesto que desde el punto de vista del espacio liso no cabe hablar de entidades cuya constitución remita a una forma de constancia en función de la cual se defina la variable y, por tanto, desde la perspectiva del sentido, lo primero es el proceso como variable que determina el sistema como constante, el espacio liso debe ser entendido como variación continua y ámbito de desarrollo de la forma. En él, la línea no es aquello que conjuga dos posiciones privilegiadas y expresa la medida de sus relaciones sino, más bien, una pura dirección, un vector que sólo se distingue por la distribución que adquiere, esto es, por los cambios de dirección considerados como operaciones siempre *locales*. No hay por tanto una totalidad dada ni ámbito acotado alguno para el reparto y la asignación de constantes y variables, sino meramente distribución de la variación en un espacio fundamentalmente heterogéneo que es producido por cada operación. De este modo, al espacio estriado corresponde un tipo de multiplicidad que sólo resulta observable a partir de la distinción entre fijos y variables, esto es, en referencia al módulo o modo de entidad definido por el sistema de relaciones formales en relación con cierta restricción y homogeneización del sentido y que resulta, por tanto, determinable en términos de magnitud. Ahora bien, en estas multiplicidades *métricas*¹⁶⁹, lo múltiple se concibe

168 «La primera articulación seleccionaría o extraería, de los flujos-partículas inestables, unidades moleculares o cuasi moleculares metaestables (*sustancias*) a las que impondría un orden estadístico de uniones y sucesiones (*formas*)» *MP*, 3, p. 48.

169 De acuerdo con una oposición simple entre lo liso y lo estriado se podrá distinguir entre multiplicidades métricas y multiplicidades no métricas, siendo las primeras de carácter extensivo, centradas, dimensionales y divisibles, mientras que las segundas, las multiplicidades propiamente *direccionales*, tendrán un carácter cualitativo e intensivo, estarán siempre descentradas y pertenecerán propiamente a la categoría de lo *dividual*, es

fundamentalmente como predicado de una realidad sustancial por referencia a la cual es posible el cómputo dimensional. Sin embargo, cuando lo múltiple se sitúa como referencia, esta inversión del punto de vista encuentra la condición real y genética que necesariamente coexiste con la estructuración, a saber, el carácter direccional de las componentes de medio desde la perspectiva de un espacio liso.

Tanto el sentido común como el buen sentido seleccionan una dirección entre otras, restringen y homogeneizan una heterogeneidad fundamental, distinguen constantes y variables subordinadas a las mismas a partir de una extracción operada sobre el flujo de variación continua y, así, tiene lugar el espesamiento del sentido, la constitución de una superficie de estratificación. Sentido común y buen sentido constituyen, en opinión de Deleuze, las dos mitades de la *doxa* y son la condición a la que remite en última instancia el pensamiento de la representación como sus supuestos implícitos. La Imagen del pensamiento se erige así sobre el elemento del sentido común entendido como *cogitatio natura universalis*, esto es, como norma y garantía *de iure* de la concordancia de las facultades que hace de tal Imagen una imagen moral y dogmática. El sentido común brinda al pensamiento una norma de identidad desde el punto de vista de un Yo puro, *cogito* o unidad de apercepción pura, y de la forma correspondiente del objeto cualquiera. Sin embargo, la posibilidad del ejercicio *de facto* del modelo del reconocimiento¹⁷⁰ que esta aportación de la forma de lo Mismo plantea como exigencia pasa por la necesidad de una instancia complementaria, el buen sentido. Puesto que jamás lo que es el caso puede ser el objeto cualquiera para un yo puro, sino éste o aquél objeto para éste o aquél sujeto, el buen sentido aporta la norma de repartición desde el punto de vista de tales sujetos empíricos en correspondencia con los diversos objetos calificados. Las dos mitades de la *doxa* constituyen así un estriaje o estratificación del espacio del pensamiento, que pasa de lo intensivo a la extensión, y a la instauración de un sistema de relaciones formales de acuerdo con las cuales aparecen usos exclusivos de la disyunción que hacen posible la medida (*lógos*), la evaluación de los grados de desarrollo y las determinaciones entitativas, se opone la afirmación de la distancia en tanto tal en el ámbito de la producción, de tal modo que la heterogeneidad y la variación del proceso aparecen en su función determinante con relación a la homegenidad y la constancia del sistema. Ahora bien, con objeto de dar cuenta de la génesis de tales mecanismos de homogeneización, son necesarios tanto los pasos de lo estriado a lo

decir, aquello que no se divide sin cambiar, a la vez, de naturaleza.

170 «Pero un objeto es reconocido cuando una facultad lo señala como idéntico al de otra, o más bien, cuando todas las facultades juntas relacionan lo dado y se relacionan ellas mismas con una forma de identidad del objeto. Por lo tanto, el reconocimiento requiere simultáneamente un principio subjetivo de la colaboración de las facultades para «todo el mundo», es decir, un sentido común como *concordia facultatum*, y la forma de identidad del objeto requiere, para el filósofo, un fundamento en la unidad del sujeto pensante cuyas facultades restantes deben ser modos». *DR*, p. 207.

liso como los de lo liso a lo estriado, tanto la contraefectuación como la efectuación. Si en el caso de la primera, como ya se ha señalado en el primer capítulo, de lo que se trataba era del acceso al acontecimiento puro con independencia de las condiciones de su efectuación corpórea, y que tal ardid liberaba las potencias de lo falso, situándose más acá de la condición de verdad y haciendo posible el acceso al presente más estrecho en un distanciamiento comparable al del actor con respecto a su representación, es necesario entender que tal mínimo de incorporación pasa por una cierta operación de sometimiento de lo liso en beneficio de lo estriado de tal modo que este último proporciona al primero «un medio de propagación, de extensión, de refracción, de renovación, de crecimiento, sin el cual tal vez moriría por sí solo: como una máscara sin la que ya no podría haber ni respiración ni forma general de expresión»¹⁷¹. Deleuze y Guattari designan tal operación con el término “traducción”¹⁷² y muestran su necesidad tanto en los movimientos de comunicación entre medios, en virtud de los cuales las componentes intensivas y direccionales devienen extensivas y dimensionales, como en la *conjunción* que reciben tales medios, que proporciona a sus *conexiones* polívocas cierta referencia a la unidad y la posibilidad de determinaciones en el sentido de la interioridad, la exterioridad, así como también a su carácter intermediario o anexionado. Por consiguiente, tanto el tránsito entre formas como su fijación deben ser explicados desde el punto de vista del engranaje maquínico en el que se incluyen y, por tanto, en la relación entre la presión selectiva del medio asociado y el margen de descodificación inherente a todo código en función del cual hay que considerar la existencia de suplementos formales o máximos estadísticos en el orden formal de la población que son, al mismo tiempo, plusvalías o gérmenes para la producción de nuevas relaciones, a partir y más allá de tal o cual código y de la determinación de éste o aquel medio.

Por lo que respecta a los grados de desarrollo de las formas, su comprensión debe también sustraerse al modelo hilemórfico según el cual la perfección se define como actualización completa de una esencia lógicamente anterior, y que encuentra su modelo en una comprensión insuficiente de la actividad técnica¹⁷³ en la que se conciben dos polos

171 *MP*, cap. 14, p. 494.

172 A pesar de que Deleuze y Guattari emplean también el término “traducción” para referirse a un fenómeno característico de aquellos estratos en los que el plano de la expresión está caracterizado por una sobrecodificación lineal, entendida como síntesis formal de la sucesión en el tiempo, y que se encuentra ausente de los otros dos tipos de estratos, a los que corresponden los fenómenos de inducción y transducción, entendemos en este contexto el término en un sentido amplio que se refiere a la captura misma de un flujo de variación continua en un sistema que articula un plano de expresión y un plano de contenido, es decir, como operación de estriaje en general por cuanto ésta conlleva la doble articulación y el establecimiento de funciones formales en virtud de las cuales las componentes devienen expresivas. No obstante, hay que puntualizar que tal flujo no es nunca accesible en sí mismo más que en virtud de una abstracción, y que la traducción es siempre trasplante de un estrato, considerado como sustrato, a otro.

173 «El carácter tecnológico del origen de un esquema no invalida dicho esquema, pero con la condición de que la

pertenecientes a órdenes heterogéneos, materia y forma, de tal modo que la prioridad concedida a la segunda la hace aparecer como responsable de la homogeneización de la primera, obteniéndose así como resultado de su acción una entidad susceptible de evaluación a partir de la referencia a la forma considerada por sí misma. Puesto que las sustancias no son sino materias formadas, remiten tanto a los rasgos formales como a los materiales seleccionados en la unidad constitutiva del estrato y encarnan el crecimiento del mismo en estados intermediarios de acuerdo con la relatividad y el carácter provisional de la distinción entre medio interior y medio exterior. Esta proliferación de estados intermediarios resulta difícilmente comprensible en términos de equilibrio estable, puesto que es precisamente en el movimiento que traza donde la unidad de composición del estrato adquiere existencia efectiva. Si bien tanto la relación entre código y medio asociado como la multiplicación de medios intermediarios tienen un mismo sujeto, a saber, las poblaciones, el acontecimiento viene en cada caso expresado por un verbo distinto: las modificaciones de código, a pesar de tener su causa aleatoria en el medio exterior, eran sancionadas en relación con el medio asociado según el par extracción-separación, pero los movimientos de desterritorialización y reterritorialización tienen que ver precisamente con la acción de selección en virtud de la cual aparecen las sustancias como elementos a partir de la adquisición de la forma por parte de los materiales, por lo que, a pesar de no desempeñar un papel determinante en las modificaciones del código, sí que lo tienen en la selección, puesto que determinan la posibilidad de constitución de medios intermediarios, que quedan integrados en la interioridad del estrato por cuanto ésta se distingue del medio asociado y modifican las condiciones del “anillo central” según la relación entre centro y periferia que se ha señalado más arriba. La posibilidad misma de incorporación de medios intermediarios depende de un movimiento que es esencialmente de desterritorialización y que, en consonancia con la actitud metodológica de Hjelmslev (por cuanto ésta pretende sustraerse a todo presupuesto relativo a la entidad independiente de los términos que entran en relación en el proceso o sistema considerado), resulta más que conveniente concebir como una función y, por tanto, como una operación que oscila entre dos polos o que conjuga dos movimientos complementarios: desterritorialización y reterritorialización.

La comprensión de tales movimientos, inseparables del desarrollo sustancial de la

operación que sirve de base a la formación de los conceptos utilizados pase enteramente y se exprese sin alteración en el esquema abstracto. Por el contrario, si la abstracción se efectúa de manera infiel y sumaria, enmascarando uno de los dinamismos fundamentales de la operación técnica, el esquema es falso. (...) Ahora bien, en la operación técnica que da nacimiento a un objeto que tiene forma y materia, como un ladrillo de arcilla, el dinamismo real de la operación está muy lejos de poder ser representado por la pareja forma-materia. La forma y la materia del esquema hilemórfico son una forma y una materia abstractas.(...) Precisamente, en la operación técnica, lo que es preciso considerar es la propia *mediación*». Simondon, *Op.cit.* pp.48-49. La cursiva es nuestra.

unidad de composición en los epístratos, pasa por una adecuada distinción entre la noción general de medio y la de territorio. Puesto que un medio se constituye por la repetición periódica de una componente direccional y, por consiguiente, su unicidad y determinabilidad como éste o aquél medio pasa por una respuesta de tal componente a la apertura fundamental de los medios al caos, esta respuesta de la que depende la comunicación entre medios establece que un medio pueda servir de base a otro o que se disuelva en él. Si, como se ha expuesto más arriba, esta comunicación entre medios debe entenderse a partir de tal repetición periódica por cuanto define un código al que es inherente un movimiento de transcodificación, este movimiento debe situarse precisamente entre dos medios definidos respectivamente por la periodicidad de su componente. La comunicación de los medios depende, por tanto, de la respuesta de éstos a la doble amenaza del caos (agotamiento e intrusión), y esta respuesta no puede aún ser entendida en términos dimensionales, puesto que la repetición de la componente no tendría papel alguno en la génesis de los diferentes medios (interior, intermediario, asociado) si fuese reductible a la reproducción de un patrón o una medida. Al contrario, es necesario reconocer en tal repetición una potencia de producción de la diferencia¹⁷⁴, una variación y una heterogeneidad que hacen que la respuesta de los medios al caos no pueda presuponer ni el código ni la medida y que su aparición tenga lugar precisamente a partir de la puesta en relación de heterogéneos en cuanto tales, así como que la comunicación entre medios pase por una zona de indiscernibilidad, una *crisis* de la constitución entitativa de los términos. El ritmo aparece así como instancia crítica e incommensurable, la respuesta de los medios al caos y aquello que produce su comunicación: frente al carácter dogmático de la medida, que juzga sobre la base de una regla ya dada y reduce el sentido al régimen de significación, el ritmo como instancia crítica mantiene la heterogeneidad en cuanto tal, afirma la divergencia y produce vías de comunicación y de determinación inmanente.

El territorio, sin embargo, no puede confundirse con éste o aquél medio determinado o con el conjunto de los mismos (aunque necesariamente incluya un medio exterior, un medio interior, un medio intermediario y un medio asociado), ni siquiera con el ritmo como tránsito o comunicación de un medio a otro, puesto que se construye precisamente sobre los medios o

¹⁷⁴ La consideración del proceso mismo de constitución de códigos y medios exige dejar de lado toda interpretación de la repetición como reproducción de una medida y acceder al carácter productivo de la diferencia en la repetición: «He aquí que la misma diferencia está entre dos repeticiones: entre la repetición superficial de los elementos exteriores idénticos e instantáneos que contrae, y la repetición profunda de las totalidades internas de un pasado siempre variable, del que ella es el nivel más contraído [...] Una de esas repeticiones es la de lo mismo, y no tiene diferencia sino sustraída o sonsacada; la otra es la de lo Diferente, y comprende la diferencia. Una tiene términos y lugares fijos; la otra comprende esencialmente el desplazamiento y el disfraz. Una es negativa y por defecto, la otra positiva y por exceso. Una está constituida por elementos, casos y veces, partes extrínsecas; la otra, por totalidades variables internas, grados y niveles. Una es sucesiva de hecho; la otra, coexistente de derecho. Una es estática; la otra, dinámica. Una, en extensión; la otra, intensiva. Una ordinaria; la otra, notable y con singularidades». *DR*, cap. 5.

sobre porciones o aspectos de éstos, como un acto que los territorializa tanto a ellos como a sus comunicaciones. Opera una reorganización en virtud de la cual las componentes de los medios dejan de ser direccionales para devenir dimensionales y las materias emergentes quedan fijadas en funciones formales derivadas de la constancia temporal de la repetición periódica de la componente, de tal modo que se constituyen *marcas territoriales*, entidades de la expresión, y así resulta posible distinguir entre las expresiones territorializantes y las funciones territorializadas. Ahora bien, si queremos detectar la condición genética de tal movimiento, del mismo modo que deben ser considerados dos estados de la máquina abstracta, resulta preciso distinguir entre la desterritorialización que tiene lugar en los medios intermediarios -y que es relativa a las condiciones de unidad del estrato- y aquella desterritorialización en sentido absoluto que concierne al propio plan de consistencia. Puesto que el estrato no es en absoluto una estructura estática, sino constitutivamente móvil y fracturada en su existencia efectiva, los movimientos de desterritorialización efectúan la condición de multiplicación de formas y sustancias precisamente por fragmentación de la unidad de composición. Las sustancias remiten a territorialidades, y éstas encuentran su condición genética en el movimiento de desterritorialización que, en relación con el medio de exterioridad, va a determinar una reterritorialización complementaria en los medios interiores e intermediarios, a los que corresponden, por tanto, ciertos umbrales o máximos de desterritorialización señalados por los propios epistratos, de tal modo que, a una desterritorialización en relación con el medio asociado corresponde una mayor reterritorialización en los medios interiores e intermediarios.

«Cada estrato procede del siguiente modo: capta en sus pinzas un máximo de intensidades, de partículas intensivas, en las que despliega sus formas y sus sustancias, y constituye gradientes, umbrales de resonancia determinados (en un estrato, la desterritorialización siempre está determinada con relación a la reterritorialización complementaria)»¹⁷⁵

Si consideramos la relación entre el medio asociado y los medios interiores o intermediarios a la luz de este movimiento de desterritorialización relativa o interestrática, encontramos que la doble articulación formada por la aprehensión de materiales y fuentes de energía por un lado (percepción) y la fabricación o no de los elementos correspondientes (acción) produce ya signos propiamente referidos a la territorialidad de acuerdo con los movimientos por los que ésta es afectada y de los que resulta. El *índice*, que para Peirce se caracteriza por el carácter dinámico o físico del vínculo entre el *representamen* y su objeto, aparece para Deleuze y Guattari como signo territorial: deberá ser clarificada más adelante la cuestión de en qué sentido cabe hablar propiamente de “signos” en los estratos físico-químico y orgánico habida cuenta de que lo indéxico no es, ni siquiera en Peirce, susceptible de ser

175 MP. cap. 3 p.60.

considerado al margen de una relación que lo constituye como signo y que resulta irreductible a una forma binaria, así como tendiendo presente en todo momento que la conexión real entre el índice y su objeto debe envolver un efecto incorporal que constituye la relación signica entre ambos y que, por consiguiente, la noción misma de territorialidad no debe ser abordada desde la perspectiva de los estados y propiedades, sino más bien de los acontecimientos y las potenciales de desterritorialización.

La desterritorialización es la operación de la línea de fuga, y el dinamismo que aquí se pone en juego permite distinguir dos sentidos de la misma que conciernen a la relación entre organismo y medio. En primer lugar, hay que reconocer, más allá del medio asociado, un medio de exterioridad que puede o no ser susceptible de convertirse en un medio asociado o en medios intermediarios: si las incursiones del organismo en tal medio superan cierto umbral, la consistencia del mismo y de su relación con los medios se ven amenazadas, y es precisamente el signo de tal umbral aquello que define una primera línea de fuga que es la de la huida o el regreso al medio asociado. En segundo lugar, y precisamente en virtud de la capacidad de discernimiento que tales signos ponen en juego en relación con la posibilidad de anexión o interiorización de nuevas porciones del medios de exterioridad, el medio asociado puede llegar a considerarse agotado o inconveniente y, por consiguiente, debe ser abandonado, de modo que tales índices definen una segunda línea de fuga que es la de la *migración*. Ahora bien, la comprensión de los procesos relativos al territorio y los medios aparecería invertida y, por consiguiente, incompleta, si no atendiésemos a que no sólo las diferentes reterritorializaciones (en las que ya se hace patente el carácter de creación y conquista de toda huida), sino también la propia desterritorialización relativa y los fenómenos de estratificación mismos son segundos en relación con una desterritorialización absoluta y una línea de fuga propiamente *nomádica* y creadora, que corresponden al segundo estado de la máquina abstracta y aquél aspecto de la superficie de estratificación por el cual ésta se vuelve hacia el Cuerpo sin Órganos y traza un metaestrato en el estrato. Mientras que de acuerdo con el punto de vista del ecumeno, los movimientos de desterritorialización y las líneas de fuga aparecen como pertenecientes al estrato o al paso de un estrato a otro, desde la perspectiva del plan de consistencia las intensidades se liberan de la constricción de la doble articulación, las singularidades dejan de resonar en sistemas de redundancia y las materias se escabullen de la captura ejercida por la red de relaciones formales que hace de ellas sustancias.

«Incluso se podría decir que las máquinas abstractas, que emitían y combinaban las partículas, tenían como dos modos de existencia muy diferentes: el ecumeno y el planomeno. Unas veces permanecían prisioneras de las estratificaciones, estaban englobadas en tal o cual estrato determinado, cuyo

programa o unidad de composición definían (...) y en el que regulaban los movimientos de desterritorialización relativa. Otras veces, por el contrario, la máquina abstracta atravesaba todas las estratificaciones, se desarrollaba única y por sí misma en el plan de consistencia constituyendo su diagrama, la misma máquina actuaba tanto sobre la astrofísica como sobre la microfísica, lo natural como lo artificial, y dirigía flujos de desterritorialización absoluta».¹⁷⁶

Epistratos y paraestratos, como máquinas concretas, efectúan la máquina abstracta, transportados por líneas de fuga y movimientos de desterritorialización o por procesos de deriva o descodificación y transcodificación respectivamente, de tal modo que esta efectución consistirá en movimientos relativos en el estrato o entre estratos (considerando siempre que unos estratos sirven de sustratos a otros). La relatividad de tales movimientos se deriva de que la captura en la que consiste la estratificación depende siempre de un cierto *agenciamiento* maquínico que regula tanto las relaciones entre estratos como la distinción entre contenido y expresión en cada uno de ellos. Este agenciamiento es capaz de efectuar la máquina abstracta en virtud de su carácter bifaz, puesto que, mientras que su función reguladora corresponde a su aspecto “interestrático”, considerado en su dimensión “metaestrática” no deja de tener siempre una cara orientada hacia el plan de consistencia o Cuerpo sin Órganos. Y es que la máquina abstracta, en tanto que ecumeno define la unidad de composición de los materiales moleculares, los elementos sustanciales y los rasgos formales, definiendo así el *programa* conforme al cual se efectúan los movimientos de desterritorialización/reterritorialización relativa y las descodificaciones/codificaciones correspondientes. Constituye de este modo la unidad de composición del estrato y regula organización y desarrollo conforme a movimientos relativos de desterritorialización y descodificación de acuerdo con una segmentariedad articulada tendente a lo molar, a la constitución de formas y sustancias. Sin embargo, conforme a su otro modo de existencia, esto es, considerada como planomeno, la máquina abstracta traza directamente su *diagrama* sobre el plan de consistencia, en un movimiento de desestratificación que va más allá de las desterritorializaciones relativas y apunta directamente hacia el Cuerpo sin Órganos y hacia la desestratificación. Se hace patente de este modo el carácter residual de los estratos en relación con un proceso que resulta ser inmanente y trascendental respecto de todo fenómeno de espesamiento y estructuración. La desterritorialización absoluta deviene relativa en los estratos sólo a condición de mantener su irreductibilidad en la coexistencia de los dos estados de la máquina abstracta, y es precisamente la inmanencia de lo maquínico lo que hace posible la regulación de los pasos entre medios, la proliferación de grados de desarrollo sustancial y la fijación de sistemas de estructuración formal. En cuanto la línea de fuga nómada apunta a lo absoluto, la dimensión metaestrática abre el estrato a fuerzas que implican una descodificación y una

¹⁷⁶MP. cap. 3. p.62.

desterritorialización tales que, sólo siguiendo reglas de una prudencia extrema, pueden no desembocar en una desestratificación total.

«En ese sentido, los diagramas deben distinguirse de los índices, que son signos territoriales, pero también de los iconos, que son signos de desterritorialización, y de los símbolos, que son signos de desterritorialización relativa o negativa. Definida por su diagramatismo, una máquina abstracta no es una infraestructura en última instancia, ni tampoco una Idea trascendente en suprema instancia. Más bien tiene un papel piloto. Pues una máquina abstracta o diagramática no funciona para representar, ni siquiera algo real, sino que construye un real futuro, un nuevo tipo de realidad. No está, pues, fuera de la historia, más bien siempre está "antes" de la historia, en todos los momentos en que la historia constituye puntos de creación o de potencialidad»¹⁷⁷.

3.6. Las condiciones de diversidad: formas de la articulación según la naturaleza de la distinción real de los planos.

Ya en la tarea de exposición de las condiciones de unidad de los estratos se puso de manifiesto que, si se quiere evitar la circularidad fundacional de lo condicionado a la condición, es preciso hacer referencia a una heterogeneidad y un dinamismo inseparables de los procesos de estructuración e individuación en general y que recusa tanto el reconocimiento de cualquier tipo de causalidad incorporal trascendente como la posibilidad misma de considerar un equilibrio estable de los sistemas como referencia fundamental. Todo estrato se constituye a partir de la distinción entre un plano del contenido y un plano de la expresión, y tal distinción no es relevante únicamente en el espíritu del observador, sino en la cosa misma puesto que, aunque tanto en un plano como en el otro es posible encontrar formas y sustancias, tal isomorfismo es fundamentalmente disconforme por referencia al elemento real y genético del sentido [*Mening*]. Como ya se señaló a la hora de presentar los problemas relativos a la traducción del término danés empleado por Hjelmslev¹⁷⁸, el sentido es fundamentalmente un continuo cuya relación con la forma es en principio arbitraria y su materialidad misma no puede ser considerada bajo las condiciones de homogeneidad y constancia proporcionadas por las diferentes dependencias contraídas sino que, más bien, resulta necesario dar cuenta de cómo la variabilidad y la heterogeneidad engendran funciones y funtores, formas y sustancias, capaces de satisfacer condiciones de unidad e identidad. Esta tarea debe ser abordada desde un punto de vista rigurosamente inmanente, ya que la relación entre proceso y sistema es del orden de la determinación, esto es, del de aquella dependencia conforme a la cual la variable determina una constante y, por consiguiente, resulta necesario comprender la génesis de las

¹⁷⁷ *MP*, 5, p.144.

¹⁷⁸ v. *supra*, cap. 2.

distintas funciones, elementos y compuestos a partir de la virtualidad y la heterogeneidad irreductibles del sentido en la dimensión del proceso, antes que partiendo de cualquiera de sus efectuaciones concretas. Ahora bien, es precisamente esta heterogeneidad aquello que hace imposible la formulación de un modelo general en virtud del cual resultarían explicables exhaustivamente por especificación los diferentes modos de estructuración, puesto que tal modelo sólo tendría en cuenta ciertos aspectos de los sistemas, aquellos considerados como relevantes, perdiendo de vista el carácter real de la distinción entre contenido y expresión y, con ello, también la posibilidad de acceso a una auténtica condición incondicionada capaz de dar cuenta de la especificidad de las relaciones formales, la formación de sustancias correspondiente y la relación con (y entre) los medios. La perspectiva adoptada por Simondon, orientada a explicar los procesos de individuación, apunta en todo momento a esta ubicación de la diferencia en el origen y, puesto que la forma es aquello que aparece como condición actual de la identidad respecto de la disimilitud irredenta del flujo material del ser preindividual que se desfasa por polarización de las condiciones energéticas y el germen estructural, debe introducirse cierta consideración de lo potencial como vía de acceso al proceso en virtud del cual aparecen formas y sustancias concretas.

Lo potencial, advierte Simondon, debe ser entendido siempre en términos de condiciones energéticas dentro de un sistema y teniendo muy en cuenta la relativa oscuridad e indefinición que tal noción presenta en el discurso de la física: «la reflexión sobre la energía potencial nos enseña que hay un orden de realidad que nosotros no podemos captar ni por la consideración de la cantidad ni por el recurso a un simple formalismo»¹⁷⁹. Así, el carácter potencial de una energía deriva precisamente de su capacidad para engendrar algún tipo de transformación en un sistema, y tal capacidad depende directamente de la presencia de aquella relación de heterogeneidad que introduce una disimetría, una diferencia que no puede ser asumida desde el punto de vista de las condiciones actuales de tal sistema, lo que pone de manifiesto cómo la estabilidad del mismo se sostiene dinámicamente sobre una conjugación de lo diverso tal que proporciona consistencia relativa al conjunto. Por tanto, toda transformación está ligada a una modificación del estado energético y ésta, a su vez, a la presencia de una heterogeneidad cuyas manifestaciones actuales están siempre aún por efectuar y que resulta irreductible a las componentes dimensionales de medios. Tal heterogeneidad se definirá, más bien, por sus componentes puramente direccionales en un espacio liso, que constituirán la condición real de una estratificación, de un estriaje en el que contenido y expresión se distinguirán realmente, haciendo posibles así ulteriores distinciones abstractas en términos de

179 Simondon, *Op.cit.* p.92

materia y forma, forma y sustancia, código y medio, etc.

«la energía potencial no es una simple manera de ver, una consideración arbitraria del espíritu; corresponde a una capacidad de transformaciones reales en un sistema, y la naturaleza misma del sistema es más que un agrupamiento arbitrario de los seres operado por el pensamiento, puesto que, para un objeto, el hecho de formar parte de un sistema define la posibilidad de acciones mutuas en relación con los demás objetos que constituyen el sistema, lo que hace que la pertenencia a un sistema se defina por una reciprocidad virtual de acciones entre los términos de un sistema. Pero la realidad de la energía potencial no es la de un objeto o de una sustancia consistente en sí misma y que «no tiene necesidad de ninguna otra cosa para existir»; ella tiene necesidad, en efecto, de un sistema, es decir, al menos de otro término. Sin duda, hay que aceptar ir contra el hábito que nos lleva a conceder el más alto grado de ser a la sustancia concebida como realidad absoluta, es decir, sin relación».¹⁸⁰

La posición de Simondon, eminentemente subversiva respecto a aquella que considera las entidades constituidas (sustancias) como principio de relaciones (forma), encuentra en las tesis de Hjelmslev un complemento bastante adecuado, y esta complementariedad permite a Deleuze y Guattari tanto romper la clausura del lenguaje sobre sí mismo como poner coto a sus pretensiones de universalidad, puesto que los fenómenos de individuación y estructuración, lejos de poder ser reducidos al aparato conceptual de la lingüística, proporcionan la clave del proceso como variable determinante del sistema y, por tanto, remiten la formación misma de las entidades lingüísticas a la disconformidad entre heterogéneos, situándola en la perspectiva general de los fenómenos de estratificación. Ahora bien, tampoco la captación del carácter propio del signo lingüístico podrá ser comprendida como una especificación de tales fenómenos considerados en abstracto, sino que será necesario siempre dar cuenta de la presencia concreta de heterogeneidad y de la diversidad de modos de efectuación de la misma a partir de la detección y el seguimiento de los diferentes movimientos de desterritorialización-reterritorialización y de transcodificación, por cuanto en ellos se hace patente el proceso de formación de sustancias y la relación de las formas con los medios. Asimismo, se deberá dar cuenta de la aparición de aquél rasgo distintivo del lenguaje en virtud del cual se funda su pretensión de constituirse en modelo universal y la razón de lo que en *Lógica del sentido* se designa como “el más alto poder” y que justifica las pretensiones universalistas de los modelos lingüísticos en el contexto de una teoría general de los signos¹⁸¹. Deleuze y Guattari retienen la ampliación del campo temático de la semiótica que se desprende de las tesis de Hjelmslev, siguiendo parcialmente el desarrollo del trabajo de Simondon a la hora de diferenciar niveles o modos de estratificación precisamente sobre la base de las diversas modalidades de la distinción real entre contenido y expresión, explicitando en cada caso las relaciones entre

180 *Ibidem*. pp. 92-93 (la cursiva es nuestra). Si bien en las líneas que siguen a este fragmento Simondon propone el par *relation/rapport* (para el que la traducción española emplea los términos “relación” y “vínculo”) con objeto de designar la distinción real y la distinción mental o modal respectivamente, no asumiremos tal propuesta terminológica aquí puesto que entendemos que el carácter específico de la distinción será asunto mismo de nuestras explicaciones y, en caso de no serlo, bastará con destacar su carácter real o modal en cada caso.

181 Cf. *LS*, 5ª serie.

medios, códigos y territorialidades así como los correspondientes modos de combinación entre lo molecular y lo molar.

La distinción real exige que aquello que se distingue sea actualmente distinto en la cosa misma de la que se trata, y no meramente en el espíritu del observador. Ahora bien, la naturaleza de esta distinción puede darse de diversos modos, y es precisamente en esta diversidad en la que Deleuze y Guattari se basan para caracterizar tres órdenes de estratos, según la articulación entre contenido y expresión se establezca conforme a una distinción real meramente formal, una distinción real-real o una distinción real-esencial. Entendemos que una distinción real es meramente formal cuando sus términos componen un solo sujeto estratificado, mientras que la distinción real-real ya no concierne a un solo sujeto y la expresión deviene independiente del contenido. Tal es el caso del estrato orgánico y aquello en lo que reside su diferencia con respecto a estratos físico-químicos, geológicos o cristalinos. Así, mientras el grupo de estratos considerado esté constituido por una distinción real meramente formal, la naturaleza de la diferencia es tan sólo de tamaño o de escala, de modo que las formas y sustancias de contenido caen dentro del ámbito de lo molecular, y las formas y sustancias de expresión dentro de lo molar (conforme al “caso relativamente simple” de sedimentación y plegamiento a partir del cual se presentaba la doble articulación), y tal que la *resonancia* como forma de comunicación entre ambos órdenes -esto es, aquello que opera la estructuración amplificante de los materiales y permite la expresión a nivel macroscópico de las discontinuidades microscópicas que forman el conjunto estadístico según fenómenos de masa-, procede, de acuerdo con la terminología empleada por Deleuze y Guattari, por *inducciones* sucesivas. Hay, por tanto, una dependencia directa de la expresión respecto del contenido; la codificación es coextensiva a todo el estrato y el coeficiente de desterritorialización es muy reducido, puesto que las sustancias pasan de una capa constituida a otra capa en constitución, esto es, desarrollan la unidad de composición del estrato en epistratos y paraestratos de acuerdo con un conjunto de inducciones, pero de tal modo que las formas se establecen y expresan sólo en el límite con el medio de exterioridad, única superficie relativamente desterritorializable de todo el estrato. Aún así, las distintas posibilidades de esta expresión molar dependen de la conjunción inversa de las intervenciones del medio de exterioridad, por un lado, y del número y la naturaleza de los estados intermediarios, por otro, puesto que sólo las fuerzas exteriores pueden garantizar un cierto rango de independencia de la expresión respecto del contenido. Como ya fue señalado anteriormente a propósito del papel de las fuerzas exteriores en los procesos de adquisición de forma, este rango alcanza su máximo en los fenómenos de moldeado, mientras que es mínimo en los procesos de modulación:

«El molde y el modulador son casos extremos, pero la operación esencial de adquisición de forma se cumple en ellos de la misma manera; consiste en el establecimiento de un régimen energético, durable o no. Moldear es modular de manera definitiva; modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable. (...) Un gran número de operaciones técnicas llevan a cabo una adquisición de forma que posee caracteres intermedios entre la modulación y el moldeo; (...). Moldeo y modulación son los dos casos límite de los que el modelado es el caso intermedio».¹⁸²

Lo que Simondon propone aquí no sólo es una clasificación basada en los diversos grados de relevancia de las fuerzas exteriores y la durabilidad del proceso de adquisición de forma, sino la consideración de diferentes formas de relación entre lo individuado y el ser preindividual, esto es, entre estructura y devenir, constancia y variación, proporcionando así un medio de comprensión de cómo, en referencia al continuo de sentido y la heterogeneidad constituyente de toda articulación entre contenido y expresión, es posible distinguir entre sistemas más o menos reactivos o reaccionarios por su relación con los movimientos de transcodificación y desterritorialización que los afectan y que constituyen su condición genética imperceptible. Ya en los párrafos dedicados a los fundamentos del esquema hilemórfico que evalúan la conveniencia de la operación tecnológica como modelo de la adquisición de forma, Simondon ha mostrado cómo, incluso al nivel de los fenómenos físico-químicos y en las condiciones específicas del moldeo, el esquema hilemórfico resulta insuficiente para dar cuenta de la distinción real implicada en el origen mismo de toda estructuración, puesto que incurre en una operación de abstracción por la cual se hace residir toda la heterogeneidad del lado de la materia al tiempo que se concede a la forma una efectividad teorematizada pura y una fuerza causal capaz de homogeneizar la materia por la imposición de la forma. Simondon descubre una “zona oscura” en la explicación hilemórfica que no es sino una zona de devenir y de indecibilidad, de modulación imperceptible y de producción real, reconociendo así la distribución de lo heterogéneo en ambos costados como precisamente aquello que hace posible la adquisición de la forma y, consiguientemente, la ulterior evaluación del producto de acuerdo con una distinción mental o modal entre forma y sustancia que corresponde a la oposición materia-forma como modo abstracto y trascendente de comprensión del proceso. En el estrato físico-químico esta distinción corresponde meramente a los órdenes de tamaño, y la heterogeneidad se establece correlativamente entre lo molecular y lo molar, tal y como se pone de manifiesto en los procesos de cristalización del azufre que Simondon presenta en el capítulo dedicado a las relaciones entre forma y energía¹⁸³; la opacidad que adquiere el azufre prismático en contacto con azufre octaédrico por debajo de los 95.4° se debe a la proliferación de formaciones octaédricas en un orden de tamaño inferior,

¹⁸² Simondon, *Op.cit.*, p. 60.

¹⁸³ *Ibidem.* pp. 91-138.

proliferación que depende de la capacidad del germen para emprender un desarrollo sustancial en el medio constituido por el azufre prismático en determinadas condiciones de temperatura y presión atmosférica. Esta relación se invierte en el caso de que la temperatura sea superior a los 95.4° y se interrumpe al alcanzar los 115°, punto de fusión a partir del cual las formaciones cristalinas no pueden proliferar y que constituye así un umbral absoluto para los movimientos de desterritorialización relativos y sus reterritorializaciones complementarias. El germen cristalino opera una desterritorialización de la formación que le sirve de medio precisamente porque, de acuerdo con cierta componente que depende de su relación con la temperatura, este medio puede constituirse como medio asociado y la forma se extiende progresivamente en todas las dimensiones por inducción (transcodificación y reterritorialización) conforme a órdenes de magnitud, aunque tal movimiento encuentra su límite en la temperatura de fusión, a partir de la cual se opera una desterritorialización absoluta que hace imposible cualquier formación cristalina, ya sea ésta prismática u octaédrica. La desterritorialización relativa opera, por tanto, sólo al nivel de la capa más externa, y el plano de la expresión y el plano del contenido se distinguen realmente, pero sólo conforme a los órdenes de tamaño, puesto que la expresión molar depende directamente del contenido molecular expresado y únicamente encuentra las condiciones de su autonomía en la acción de fuerzas exteriores.

En el estrato orgánico, sin embargo, aparece una independencia del plano de la expresión, correspondiente a un cambio en la naturaleza de su articulación con el contenido; la codificación se desarrolla en una línea independiente, de modo que la distinción real ya no es meramente formal, sino propiamente real y se ha independizado de los órdenes de tamaño, conservando y ampliando la relación entre lo molecular y lo molar, que conciernen ahora tanto a la expresión como al contenido, puesto que en cada uno de los costados es posible reconocer una forma autónoma de acuerdo con la cual aparecen sustancias de contenido y sustancias de expresión. Cabe así distinguir entre elementos y compuestos de contenido (aminoácidos y proteínas) y elementos y compuestos de expresión (ácidos nucleicos y nucleótidos), de tal modo que lo molecular y lo molar se encuentran en una y otra articulación, su distinción ya no resulta superponible a la de los órdenes de tamaño ni, en consecuencia, a la distinción real entre contenido y expresión. Encontramos aquí la razón de aquella discrepancia terminológica referida a “lo transductivo” a la que aludíamos en el primer apartado de esta sección: Deleuze y Guattari reservan el término “transducción” para designar aquello que en Simondon aparece como “transducción indirecta” y que es característico del estrato orgánico por cuanto se distingue de la “inducción”, considerada como aquella modulación que tiene lugar en el estrato físico-químico y a la que Simondon se refiere como “transducción directa”. Mientras que en

este último ámbito el transporte de información tiene lugar meramente como resonancia interna y la diferenciación sólo resulta evaluable en términos de orden de tamaño y en relación con fuerzas exteriores, el individuo orgánico supone ya una actividad organizativa previa que complica el proceso de transporte de información de tal modo que la resonancia debe involucrar estadios anteriores y, por consiguiente, la constitución intermediática de niveles jerárquicos. De este modo, la expresión resulta independiente del contenido molecular y adquiere una forma autónoma que ya no se expresa en todas direcciones, sino conforme a una linealidad propiamente genética, esto es, una linealidad tal que cada segmento de la expresión tiene relación únicamente con las extremidades de los segmentos contiguos, sin que sea posible fenómeno alguno de sobrecodificación, de totalización por superposición de unos segmentos sobre otros. De hecho, los casos a los que cabría referirse como casos de “sobrecodificación” (esto es, como casos en los que aparece un código suplementario respecto del código de la línea genética) en el individuo biológico no tienen lugar al nivel del plano autónomo de la expresión tal y como ha sido definido, sino exclusivamente como integración según órdenes de tamaño conforme a la operación inductiva o de transducción simple característica del estrato físico-químico, puesto que en el organismo aparecen comprometidos también tales modos de individuación de acuerdo con un incremento de complejidad en la relación de los medios. A que la expresión haya devenido lineal corresponde por su parte un umbral de desterritorialización que define la capacidad de reproducción y la deriva del código como fenómeno autónomo, mientras que la forma del contenido obtiene su autonomía relativa de la relación con los medios y del carácter no lineal de su desarrollo. No obstante, expresión y contenido siguen estando articulados conforme a una presuposición recíproca caracterizada por un isomorfismo sin conformidad, de tal modo que su autonomía es siempre relativa. El organismo es capaz de una mayor desterritorialización que el individuo del estrato físico-químico, puesto que no sólo la última capa está en contacto con el medio de exterioridad, sino también las capas internas, pero *topológicamente*, conforme a un modo de espacialidad irreductible por principio a un espacio eculidiano, es decir, a un espacio en el que las multiplicidades métricas constituyen el criterio o patrón de las transformaciones y las equivalencias. Mientras que en el caso de la formación cristalina el medio de interioridad está afectado por una reterritorialización mínima, hasta el punto en que el cristal puede ser vaciado sin que el crecimiento se detenga y, por consiguiente, la desterritorialización de la capa superficial es, asimismo, bastante restringida y fundamentalmente dependiente de la acción de fuerzas exteriores, en el caso de la formación orgánica o biológica la acusada reterritorialización en el medio de interioridad es correlativa de una potencia de desterritorialización respecto del medio asociado mucho mayor. La descripción de un espacio

topológico no debe realizarse en función de “propiedades” (como predicados definitorios de un estado), sino de capacidades, de atributos relativos a las operaciones que el cuerpo considerado puede acometer sin necesidad de redefinir su consistencia. Estos atributos hacen referencia, por consiguiente, a todas aquellas transformaciones que afectan a la identidad definida desde el punto de vista de la forma y la sustancia, pero que resultan admisibles de acuerdo con la consideración de cierto umbral, esto es, designan capacidades relativas a la conectividad, la compacidad, la aptitud del cuerpo para ser doblado, estirado, retorcido, encogido... Tales transformaciones encuentran su límite en la consistencia del cuerpo mismo, de tal modo que tanto las operaciones de desgarrar como de pegado quedan excluidas de las capacidades del cuerpo considerado y constituyen el principio de otro caso¹⁸⁴.

No obstante, la relación entre espacio topológico y espacio euclidiano no es la de una exclusión o una oposición término a término, sino que más bien parece pertenecer al orden de la determinación puesto que es posible considerar al segundo como una restricción del primero resultante de su fijación en un sistema de propiedades a las que corresponden multiplicidades métricas conforme a las cuales es posible la constitución de un espacio propiamente dimensional. De este modo, la incorporación de los acontecimientos, en tanto que siempre implica delimitación, establecimiento de un patrón, estriaje de un espacio liso y restricción de la heterogeneidad en un sistema formal, aparece como operación o proceso ya siempre presente en la constitución de las diferentes estructuras y comporta la referencia a aquella condición genética de la que resultan las formas y las sustancias. Precisamente en el contexto de la individuación vital -o, si se prefiere, en el caso del estrato orgánico- se hace patente este elemento irreductible a la consideración de las condiciones que pueden llegar a obtenerse partiendo de la efectuación concreta resultante. Simondon señala cómo la concepción euclidiana del espacio resulta insuficiente para dar cuenta del modo de relación de las partes en el individuo biológico, puesto que entre la producción de las sustancias necesarias para la vida y la producción de la unidad funcional del viviente aparece una cesura relativa a la relación energética entre los medios conforme a la espacialidad específica del organismo.

«El espacio del viviente no es quizá un espacio euclidiano: el viviente puede ser considerado en el espacio euclidiano, donde se define entonces como un cuerpo entre cuerpos; la propia estructura del viviente puede ser descrita en términos euclidianos. Pero nada nos prueba que esta descripción sea adecuada. Si existiera un conjunto de configuraciones topológicas necesarias para la vida, intraducibles en términos euclidianos, se debería considerar como insuficiente cualquier tentativa para

184 Esta referencia y sucinta caracterización de los espacios topológicos basada en su diferencia y relación con los espacios estriados y dimensionales deberá ser retenida para poder, más tarde, considerar el recurso de Lacan a la topología en general y a la teoría de los nudos en particular con objeto de dar cuenta de lo Real más allá de las restricciones discursivas que presenta la constitución del aparato psíquico y en las que se fundamentan ciertos modos de intervención clínica.

hacer un viviente con materia elaborada por la química orgánica: la esencia del viviente es quizá un cierto arreglo topológico que no puede conocerse a partir de la física y la química, que utilizan por lo general el espacio euclidiano»¹⁸⁵.

En el organismo, los procesos de diferenciación e integración resultan insuficientes para dar cuenta de la unidad a no ser que sean considerados en relación con la condición de autoconservación de la metaestabilidad propia del sistema, y tal autoconservación no pasaría de ser un supuesto teleológico si no se tomase en cuenta el proceso en virtud del cual se constituyen medios intermediarios y que distribuye topológicamente lo interior y lo exterior según una asimetría metaestable que corresponde a la heterogeneidad de los medios. Si bien el cristal puede ser vaciado sin que se interrumpa su crecimiento, puesto que la proliferación de la capa más externa depende únicamente de la interacción entre el germen y el medio, resulta que la relación del proceso presente con sus estados anteriores no es de la misma naturaleza que en el viviente. En efecto, considerando el desarrollo de un cristal como modelo para la individuación física, Simondon sostiene que:

«el pasado no sirve para nada en su masa; sólo juega un burdo rol de sostén, no aporta la disponibilidad de una señal de información: el tiempo sucesivo no es condensado. Por el contrario, en el individuo viviente, el espacio de interioridad con su contenido juega en su conjunto un papel para la perpetuación de la individuación; existe resonancia y puede haberla porque lo que fue producido por individuación en el pasado forma parte del contenido del espacio interior: todo el contenido del espacio interior está topológicamente en contacto con el contenido del espacio exterior sobre los límites de lo viviente»¹⁸⁶

Lo interior no está, por tanto, ni definido en términos absolutos ni meramente por ser aquello que cae más acá de la membrana, sino en virtud de la función que contrae con lo exterior y que es correlativa a la polarización variable de ésta. Si la distinción “espacial” entre lo interior y lo exterior resulta ser en el estrato orgánico necesariamente topológica, lo es precisamente en virtud del carácter presente de la eficacia funcional tanto de lo uno como de lo otro: y así, a la topología como espacialidad propia de lo viviente, Simondon hace corresponder la *cronología* como modo específico de su temporalidad. Del mismo modo que la espacialidad específica del individuo aparece como efecto del proceso individuación, reencontramos aquí la primera lectura estoica del tiempo, la del presente vivo como simultaneidad de los acontecimientos en el orden corpóreo: el pasado interior y el futuro

185 *Ibidem.* p. 335. La cursiva que introducimos en el párrafo de Simondon pretende resaltar, en primer lugar, que la peculiaridad e irreductibilidad de una forma de estratificación depende directamente del componente maquinico en el que se cifra tanto su aptitud para la variación como sus condiciones de unidad. Asimismo, la necesaria referencia a una espacialidad no métrica, esto es, la inconveniencia que constituye la aplicación de un patrón o estandar -que es concebido como trascendente respecto del dominio al que se aplica- a la hora de dar cuenta del carácter singular del sistema considerado, y la consiguiente introducción de la noción de consistencia encuentran en el recurso lacaniano a la topología un sentido por cuanto lo que allí se pretende es hacerse cargo de lo Real más allá de una lógica representativa y de las meras condiciones de posibilidad del orden simbólico.

186 *Ibidem.* p. 339.

exterior propiamente no existen, sino que subsisten en la metaestabilidad presente del individuo que selecciona y reacciona frente al medio de exterioridad conforme a la doble articulación entre percepción y acción constitutiva de los paraestratos y de acuerdo con movimientos de desterritorialización y reterritorialización. Recordemos que en la parte de este mismo trabajo dedicada a la dialéctica en el estoicismo ya se puso de manifiesto que la disociación estoica de la causalidad llevaba consigo una consideración del instante como producto de una abstracción, puesto que la percepción de todo presente envuelve necesariamente un pasado y un futuro contraídos en el acontecimiento que se atribuye al estado de cosas del caso y que es efecto de las acciones corpóreas de éste¹⁸⁷. Se funda así una coincidencia entre topología y *cronología* que sólo la sobrecodificación que hace posible una expresión lineal propiamente temporal podrá disociar en un proceso de estriaje que concernirá a la dimensionalidad del espacio y la representación del pasado y el futuro concebidos en función de cortes inmóviles, pero será precisamente en aquella instancia que garantiza el acople entre percepción y acción donde deba ser rastreada la posibilidad de desajuste y el carácter maquínico y metaestrático de la estructura del viviente, más allá de los modelos del organismo y la subjetividad.

3.7. Transducción, afecto e irrupción de lo psíquico.

De este modo, el proceder transductivo específico del viviente aparece precisamente como aquella peculiar mediación que hace posible la articulación entre el polo perceptivo y el polo activo de la relación con los medios, es decir, como instancia relacional entre los procesos de integración, tendentes a la homogeneidad y la constancia de la información por el uso de la representación, y los procesos de diferenciación, relativos a la distribución o redistribución energética y que conciernen a la actividad como ejercicio causal real de los medios: la operación de transducción que pone en el viviente tales órdenes en relación y que constituye así el sentido de su articulación y de su relativa independencia involucra directamente la dimensión del afecto y la cualidad. En el estrato orgánico, no menos que en el físico-químico, el reconocimiento de la coexistencia de dos estados de la máquina abstracta hace posible dar cuenta de cómo el plano de inmanencia deviene organizado por incorporación de los acontecimientos, fijación de las singularidades y establecimiento de funciones formales de las que resultan sustancias y compuestos, y, si bien la consideración de los fenómenos de cristalización proporciona a Simondon un paradigma para los diferentes procesos de

187 En referencia a la cuestión estoica del instante, el presente y la propiedad o impropiedad del mismo, v. Dopazo Gallego, A., “El estoicismo a la luz de la noción de tiempo: Lógica, Física y Ética”, en *LOGOS. Anales del seminario de metafísica*. Vol. 46 (2013): 183-209.

individuación -o, si se prefiere, una señal modulable para el pensamiento concebido como actividad transductiva-, el estudio de la individuación vital descubre aspectos esenciales para una ontogénesis inmanente que podrían permanecer imperceptibles en caso de haber impuesto el primer modelo como molde y, consiguientemente, haber subordinado el movimiento en virtud del cual el pensamiento sigue a la individuación a aquella imagen del pensamiento que, deductiva o inductivamente, opera una reducción por y para la aplicabilidad pretendidamente apodíctica del género. Uno de esos aspectos es, precisamente, la afectividad como mediación propiamente transductiva, que reviste una importancia nada desdeñable a la hora de considerar dos cuestiones ineludibles en este trabajo: la aparición de lo psíquico y su relación con el signo.

Desde el punto de vista del sentido mismo, es decir, si partimos de aquella concepción del campo trascendental que lo presenta como ámbito de variación universal, debemos entender que tal variación es en principio independiente de la fijación de algún tipo de dirección privilegiada y que, desde esta perspectiva, la constitución de los polos perceptivo y activo resulta arbitraria y en cierto modo abstracta mientras no se muestre cuál es y cómo se constituye el sentido de su articulación. Por buscar algún tipo de convención terminológica, podríamos seguir a Bergson en esta concepción y decir que tal plano es el conjunto infinito de todas las imágenes¹⁸⁸, una pura materia-flujo en la que, en principio, ningún centro de referencia ni, por consiguiente, ninguna estructura de oposición del tipo sujeto-objeto o reposo-movimiento sería asignable. La materia aparece, de este modo, como ensimismamiento de la imagen, independiente y anterior a toda fijación, a todo mecanicismo y a cualquier privilegio de una imagen o un movimiento sobre otro. Ahora bien, en este universo material están ya presentes todos los rasgos de lo maquínico, a saber, esa identidad de la imagen y la materia previa a la representación que reside en la indiscernibilidad misma entre signo y partícula preexistente a la doble articulación y a la consiguiente distinción entre un plano de expresión y un plano de contenido en la que hay que situar la posibilidad misma de toda estructuración por cuanto es precisamente aquello que, en consonancia con su estatuto inactual, recusa la idea de cierre sistemático y la posibilidad misma de coincidencia entre lógica y física. Los conjuntos

188 «La materia, para nosotros, es un conjunto de “imágenes”. Y por “imagen” entendemos una cierta existencia que es más que lo que el idealista llama una representación, pero menos de lo que el realista llama una cosa». Bergson, H., *Materia y memoria* (Prólogo), Buenos Aires, Cactus, 2006. Si, en cambio, atendiésemos en este punto al pensamiento de Hume, deberíamos servirnos de la designación típicamente moderna de “percepciones”, y considerar la imaginación en una hipotética anterioridad respecto a la acción de los principios de asociación, haciéndola aparecer así como totalidad no cerrada y delirante, verdadero fondo y sentido de la naturaleza humana entendida como fijación, estratificación y asignación de constancias y direcciones privilegiadas. Nos atenderemos aquí a la terminología bergsoniana, que es a la que Deleuze recurre en el contexto de los libros sobre cine, y expondremos cómo a partir de la misma es posible llegar a una caracterización del afecto y la cualidad que ponga de manifiesto el carácter de efecto incorpóreo en aquello que instituye la mediación entre el polo perceptivo y el polo activo concebidos como funtores en una estructura de doble articulación.

finitos y las relaciones exclusivas e inclusivas fundadas en ellos aparecen y se recortan sobre este plano como efectuaciones concretas que en ningún caso consiguen agotar su virtualidad y que inevitablemente ocultan, tras la actualidad de su constitución, la condición incondicionada de la que proceden. Ahora bien, si en un principio todas las “imágenes obran y reaccionan unas con otras sobre todas sus partes elementales”¹⁸⁹, resulta necesario dar cuenta de cómo algunas imágenes acceden a una suerte de especialización de acuerdo con la cual es posible la constitución de un polo perceptivo y la consiguiente emergencia de una dirección privilegiada en el ámbito de la variación universal. Puesto que aquello que tiene lugar de este modo en el ámbito del sentido es del orden de una fijación y comporta la adquisición de cierta constancia, cabe entender el proceso en virtud del cual se constituye tal polo como una relativa inmovilización. Por otro lado, y como ya se ha señalado en la sección anterior, tal polo no puede constituirse sino como doblemente articulado con un polo activo, y esto no en virtud de ninguna exigencia estructural o relativa a la finalidad como causa inmaterial de la organización del viviente, sino precisamente como respuesta a la acción de los medios en el proceso de intercambio energético a partir del cual resulta ineludible la necesidad de comprender la génesis del individuo en función de lo preindividual.

La dificultad que aparece a la hora de asignar de manera exclusiva las funciones de integración o continuidad al polo perceptivo y las de diferenciación o discontinuidad al polo activo deriva del carácter transductivo de la relación entre ambos, es decir, del carácter propiamente maquínico de la doble articulación de acuerdo con la que tanto las funciones como los órdenes se constituyen. Si lo fundamental a la hora de considerar un tipo de estratos o un proceso de individuación es precisamente la naturaleza de la distinción real entre contenido y expresión -o, si se prefiere, la naturaleza de la relación transductiva en virtud de la cual tienen lugar la estructuración del sistema, la formación de sustancias y la constitución de los medios-, resulta que la disconformidad entre ambos planos remite a una instancia que los vincula sin agotarse en ninguna de sus efectuaciones concretas, que se caracteriza por su impasibilidad respecto a éstas y se define por los movimientos de desterritorialización de los medios y decodificación de las formas que hacen realmente posible la organización del ser vivo. La vida y, por consiguiente, la organización misma, no consiste sino en la conjugación recurrente de procesos de integración y procesos de diferenciación, de suerte que tal recurrencia resulta irreductible tanto a uno como a otro plano y depende, más bien, de una cualificación pura que, en tanto incorporada como efecto de la acción recíproca de ambos

189 Bergson, H., *Ibidem*, Cap.1, p. 35.

procesos, hace posible la relación entre lo uno y lo múltiple y proporciona una suerte de cierre del arco reflejo, constituido por los propios polos perceptivo y activo. No obstante, el carácter maquínico permanece oculto cuando, por el contrario, se hace depender la cualidad de la constitución entitativa de éstos y la subordinación de lo afectivo a los mismos incurre en un reduccionismo incapaz de acceder al carácter singular de la condición incondicionada de la que depende la estructuración real y la propia distinción de los costados activo y perceptivo. Con objeto de evitar tanto que la individuación física pudiese erigirse como fundamento deductivo de los modos de individuación (que serían obtenidos de acuerdo con una especificación progresiva), como que la distinción real entre expresión y contenido en el estrato físico-químico, por estar precisamente fundada sobre una distinción de los órdenes de tamaño que impone una determinada distribución de lo molecular y lo molar, pudiese confinar a lo primero en la esfera de los contenidos y, por consiguiente, erradicar lo molecular del orden de la expresión -justificando así aquella perspectiva que considera el lenguaje como mero medio de representación- lo maquínico y lo mecánico deben distinguirse como se distinguen el autómatas y el ser vivo en orden a poner de manifiesto la relevancia de la afectividad, tanto desde el punto de vista de las condiciones de unidad como desde el de la dimensión productiva en tanto que pone en juego la emergencia de la diversidad y es razón de la consistencia de la organización.

«El carácter cuántico de la acción discontinua acaba por oponerse al carácter continuo del conocimiento constructor de síntesis para constituir ese mixto de continuo y de discontinuo que se manifiesta en las cualidades reguladoras que sirven a la relación entre la integración y la diferenciación. Las cualidades aparecen en la reactividad a través de la cual lo viviente aprecia su propia acción; ahora bien, estas cualidades no permiten reducir esa relación a una simple conciencia del desajuste entre la meta y el resultado, por tanto a una simple *señal*. Es lo que falta al autómatas para ser un ser viviente; el autómatas sólo puede adaptarse de una manera convergente a un conjunto de condiciones reduciendo cada vez más la distancia que existe entre su acción y el fin predeterminado; pero no inventa y no descubre fines en el curso de su acción, pues no realiza ninguna verdadera transducción, siendo la transducción el ensanchamiento de un dominio inicialmente muy restringido que toma cada vez más estructura y extensión; las especies biológicas están dotadas de esta capacidad de transducción, gracias a la cual pueden extenderse indefinidamente»¹⁹⁰.

190 Simondon, *Op.cit.* pp. 235-236, (subrayado nuestro). Consideramos que el término “señal” en este contexto sería asimilable al índice peirceano entendido como signo territorial, pero sólo si fuese considerado en abstracto, omitiendo la consideración de margen alguno para la desterritorialización de la que necesariamente debe resultar toda territorialidad. Esta omisión quedaría aquí justificada, puesto que el objeto del fragmento no es otro que mostrar cómo la actividad del viviente complica de forma necesaria un coeficiente de desterritorialización del que no puede dar cuenta la relación entre medios que la distinción formal entre contenido y expresión establecía en los procesos de individuación físico-química. No obstante, aún el establecimiento de una función meramente índice excede el dominio de lo mecánico (lo que no resulta indiferente para una concepción cartesiana de los vivientes no racionales). El afecto introduce un margen de indeterminación que lo hace irreducible a los estados de cosas en los que se efectúa y reclamará, por tanto, otro tipo de signo en el que podremos encontrar, en consonancia con las posiciones fundamentales de Peirce, el elemento productivo de toda semiótica. Ahora bien, si queremos conciliar el sentido que éste confiere a lo Segundo y su comprensión de la función índice con el uso de la misma que Deleuze y Guattari proponen en *Mil Mesetas*, resultará necesario hacer comprensible la aparición y el funcionamiento de la linealidad propiamente lingüística de acuerdo con una perspectiva tonal que escape de algún modo al sistema categorial que lastra a la propia teoría lingüística para dar cuenta de la potencia de su objeto.

En efecto, el autómatas se define por un movimiento mecánico, tendente a la homogeneización por el establecimiento de relaciones de alternancia, reduplicación y reacción en cadena en un espacio métrico determinado por el fin de la acción, por lo que no puede sino situarse en un punto en el que la individualidad ya está dada. De este modo, la concepción de la subjetividad resultante depende directamente de la dicotomía de medios y fines, en una perspectiva que, incapaz de dar cuenta de la peculiar naturaleza de la relación entre contenido y expresión en el estrato orgánico, lleva a una concepción del deseo meramente representativa, en la que la falta sustituye al carácter maquínico y productivo del inconsciente, mientras que el afecto no es ya comprendido en sí mismo, sino bajo las formas del sentimiento o la pulsión, esto es, en referencia a estados de cosas y a individualidades efectivamente constituidas. En su primer volumen sobre cine¹⁹¹, Deleuze contrapone el autómatas y la máquina de vapor reconociendo al primero un estatuto maquínico tan simple que se vuelve indiscernible respecto de un mero mecanismo, mientras que en el caso de la segunda, precisamente porque su actividad resulta de un proceso de producción propiamente energético en el que el movimiento aparece a partir de un cambio de fase, la heterogeneidad de componentes y medios es necesariamente afirmada y puesta en comunicación. En esta misma obra, percepción, acción y afección aparecen relacionadas con los tres grandes tipos de planos cinematográficos (plano de conjunto, plano medio y primer plano respectivamente) en un ejercicio de clasificación encaminado a la construcción de ciertas taxonomías capaces de dar cuenta del funcionamiento de los signos en el dominio del cine, aunque en el desarrollo de semejante labor se ponga en juego, inevitablemente, toda una concepción ontológica y semiótica que recusa al mismo tiempo la ontología de la presencia y la lógica de la representación. Así, Deleuze hace coincidir los tres tipos de planos con tres avatares de la imagen-movimiento y, puesto que un plano es definido como “un corte móvil” y la imagen-movimiento en sí misma es identificada con lo que hasta aquí hemos llamado “campo trascendental”, “plano de inmanencia” o “plano de composición”, el recurso a tal clasificación resulta relevante en el contexto de este trabajo puesto que abre otra vía de acceso a la problemática ontogenética y semiótica que convoca directamente la intervención de lo psíquico al tiempo que evita la caída en un psicologismo representacional que no puede sino contar desde el principio con el orden de la manifestación como ya dado. Los propios avatares de la imagen-movimiento son presentados como “momentos materiales de la subjetividad”, aunque el empleo en este caso del término “momento” debe ser considerado con respecto al hegeliano “*Moment*” con la tanta precaución como con la que “relevo” debe distinguirse de “*Aufhebung*”. Del mismo modo que los relevos constituyen la historia de la filosofía (o esa particular visión de la misma que Deleuze presenta

191 Cf. Deleuze, G., *L'image-mouvement. Cinéma I*, París, Minuit, 1983 (trad: Agoff, I., *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine I*, Barcelona, Paidós, 1984)

en sus obras monográficas) precisamente en función de la fuga de lo no pensado desde un sistema a otro (y cada sistema se define por las condiciones concretas en las que lo problemático conmina una producción conceptual determinada) de manera que en este movimiento tal historia encuentra al mismo tiempo su motor y aquello que la deshace desde dentro volviendo imposible toda reconciliación en un cierre capaz de delimitar algo así como la totalidad, estos momentos materiales, lejos de poder ser concebidos como instantes privilegiados que construyen progresivamente las diferentes figuras en las que se expresa la totalidad o la identidad subjetiva, constituyen más bien aspectos o avatares del campo trascendental, el ser preindividual o la imagen-movimiento, en virtud de los cuales la variación universal recibe una cierta constancia e inmovilidad al tiempo que se establece un núcleo de indeterminación o un fenómeno de retardo en el que anida el afecto y funda la coincidencia entre sujeto y objeto haciendo posible para el primero la percepción de sí mismo.

La causalidad incorporal queda desautorizada desde el momento en que las propiedades corpóreas ceden su lugar a las capacidades (las spinozianas *vis existendi* o *potentia agendi*) entendidas como los efectos o acontecimientos de los que determinado grado de individualidad es capaz sin descomponer la relación que lo constituye. Ahora bien, es imprescindible distinguir entre el afecto y la afección desde el punto de vista de la disociación estoica de la causalidad en orden a poder dar cuenta de la relación entre la idea-cuerpo y el afecto-acontecimiento sin caer en un reduccionismo tal que confundiese su dependencia con la posibilidad de asimilación de este último a una especie de la primera. La afección (*affectio*) es eminentemente un efecto, el resultado de una mezcla corpórea instantánea, de un encuentro (*occursus*), de la que es signo y que pone de manifiesto la naturaleza del cuerpo afectado en tanto que aumenta o disminuye su potencia de actuar. Ahora bien, no es posible captar el carácter propiamente sígnico de la afección sin atender a que este aumento o disminución de la potencia excede la instantaneidad del encuentro del que resulta, de tal modo que es necesario tomar en consideración aquello que la afección envuelve y de lo que obtiene su carácter de efecto. Si bien es posible concebir la serie de afecciones como sucesión de cortes inmóviles, la transición envuelta en la afección, esto es, el aumento o disminución de potencia, es por naturaleza un corte móvil, una duración y, por consiguiente, convoca la dimensión del acontecimiento como elemento genético de la relación sígnica, que hace posible la efectuación al nivel de una mera *señal*. Frente a la idea como modo representativo del pensamiento, el afecto (*affectus*) es un modo no representativo, irreducible a una combinación de ideas a pesar de ser efecto de la afirmación de las mismas en el alma, de tal modo que se establece una diferencia de naturaleza entre ideas y afectos que sostiene precisamente la relación entre ambos

en la afección. Esta demora, este diferir entre percepción y acción, se intercala en la inmediatez de los vínculos corpóreos de los estados de cosas e introduce así en el orden de las causas o las acciones la dimensión heterogénea de los efectos incorpóreos y la expresión. El afecto presenta este doble estatuto, a saber, mientras que por un lado hace posible el cierre del arco reflejo, vinculando los costados perceptivo y activo más allá de su diferenciación por sustracción e inmovilización, por otro constituye un centro de indeterminación en virtud de su carácter virtual, irreducible respecto de las condiciones actuales de efectuación. El afecto, como el *lekton* estoico, se dice de los cuerpos, es atributo de los estados de cosas, pero no se confunde con ellos y, si bien sólo alcanza existencia gracias a la entidad corpórea en la que se expresa, subsiste o insiste como disposición temporal independiente del presente y de las condiciones de actualización. En la incorporación, el afecto pasa de ser cualidad pura a propiedad del objeto, de ser diferencia de potencial a ser acción o pasión entitativa y temporalmente determinada, se constituye como ésta o aquella sensación, o al menos como pulsión, estado intermedio entre el afecto y la acción. Considerado en sí mismo, el afecto es impersonal pero no obstante singular, susceptible de entrar en conjunciones asimismo singulares con otros afectos en un orden de relación inaprehensible para los rudimentos de una lógica que concibe la totalidad a partir del cierre y la diferencia bajo la figura de la contradicción, hasta el punto que la divisibilidad del afecto no podrá ser abordada sobre el fondo idéntico de un género, sino que afectará a su naturaleza misma; el afecto pertenece, por tanto, a la categoría de *lo dividuo* y surge en su impasibilidad de la interacción de los estados de cosas como novedad y creación. Los afectos (*affectus*) establecen conjunciones entre sí de acuerdo con un régimen irreducible al de las relaciones de ideas a las que inevitablemente acompañan y a partir de las que establecen una serie intensiva autónoma que garantiza en todo momento una singularidad de la que no puede darse cuenta desde el orden de la significación. Así, mientras que la afección caería del lado del expresable completo y de los procesos de incorporación, el hallazgo del afecto como sometido a la misma heterogeneidad normativa que el expresable incompleto exige una comprensión productiva de los movimientos de contraefectuación. La desterritorialización en el viviente por el afecto encontrará así umbrales a partir de los cuales las condiciones de unidad llegan a un máximo a partir del cual el estrato orgánico se revela insuficiente y resulta exigida otra forma de estructuración. Deleuze, en el sexto capítulo de la *Imagen-movimiento*, identifica la imagen-afección con el primer plano y éste con el rostro. A pesar de que la función de rostrificación y la máquina correspondiente aparecerán en el estrato antropomorfo del lado de la expresión en las condiciones en las que ésta deviene específicamente lingüística (y deberemos volver a tomarlo en consideración en ese contexto un poco más adelante), Simondon presenta la afectividad como elemento

insoslayable a la hora de dar cuenta de la individuación vital (si es que se quiere evitar que el régimen de individuación cristalino acabe funcionando como modelo genérico de toda ontogénesis) y, por cuanto Deleuze distingue en el rostro dos polos, contorno rostrificante y rasgos de rostridad, refiriendo su relación al establecimiento de series intensivas, resulta más que conveniente una sucinta digresión por las consideraciones relativas al primer plano cinematográfico de la que, además, podremos sacar en claro algo acerca del tipo de signo que corresponde al orden del afecto y que, por consiguiente, apunta a las condiciones genéticas de los sistemas y entidades semióticos de carácter lingüístico en relación con signos territoriales y procesos de desterritorialización/reterritorialización. Deleuze define el rostro como una “placa nerviosa portaórganos que ha sacrificado lo esencial de su movilidad global y recoge o expresa al aire libre toda clase de pequeños movimientos locales que el resto del cuerpo mantiene por lo general enterrados”¹⁹² al mismo tiempo que hace coincidir la definición bergsoniana del afecto¹⁹³ con su concepción bipolar del rostro. El primer polo se constituye en conformidad con esa inmovilización que atribuíamos a la determinación del extremo perceptivo del arco reflejo, y corresponde a aquello que en la definición bergsoniana del afecto es designado como un “nervio sensible” sobre el que se ejerce una “tendencia motriz”. El rostro aparece así como superficie de inscripción, definida por un contorno formal y, en su carácter reflejante y reflexivo, expresa una cualidad pura, esto es, común no sólo al rostro y a aquello a lo que éste atiende, sino subsistente respecto de su actualización tanto en uno como en otro: el primer polo del rostro resulta relativo, por tanto, a un grado cero del afecto, independiente por sí mismo de la conveniencia o inconveniencia del encuentro entre los dos cuerpos-causas en un sentido o en otro. Sirviéndose de la designación adoptada por Descartes en su tratado sobre las pasiones del alma¹⁹⁴, Deleuze se refiere a este polo como el polo admirativo del rostro, aquél que se refiere al rostro en tanto que piensa en algo, puesto que la admiración es considerada como el estado del alma cuya atención es fijada por un objeto, el alma en tanto determinada a pensar en algo, y para ello recurre al término inglés *Wonder*¹⁹⁵.

192 *IM*, p.132.

193 Deleuze atiende a la exposición que Bergson desarrolla en *La evolución creadora* y formula la definición del afecto como “tendencia motriz sobre un nervio sensible”, Cf. Curso Vincennes, 26/1/1982.

194 Cf. Descartes, R., *Las pasiones del alma*, (trad. esp. Martínez Martínez, J.A. Andrade Boué, P.), Madrid, Tecnos, 2006. §§ 53-54.

195 Entre las muchas connotaciones que el término inglés condensa y que difícilmente pueden aparecer con la misma intensidad en cualquiera de las posibilidades de traducción al español, está la del milagro como manifestación de un afuera de la naturaleza en el seno de la misma, la de lo extraordinario como singularidad y la de aquello que tensa hasta el límite la verosimilitud de un relato. En este último sentido, lo fabuloso aparece, por un lado, como el producto de una actividad excepcional en el reino de la voluntad de verdad, a saber, el *delito de fabular*, mientras que por otro hace de su independencia con respecto a su actualización en un estado de cosas la potencia misma de injertarse en diversas situaciones que adquieren así el estatuto de ordinarios en una serie extensiva.

«Cuando el primer encuentro con algún objeto nos sorprende, porque lo creemos nuevo, o muy diferente de lo que conocíamos antes, o bien de como suponíamos que debía ser, lo admiramos y nos asombramos ante él. Y, como esto puede ocurrir antes que sepamos de alguna manera si este objeto nos conviene o no, parece que la admiración es la primera de todas las pasiones. Y no tiene contraria, porque, si el objeto que se presenta no contiene en sí nada que nos sorprenda, no nos conmueve de ningún modo y lo consideramos sin pasión»¹⁹⁶.

También Spinoza acentúa la desconexión como rasgo constitutivo de la admiración¹⁹⁷, si bien se resiste explícitamente a considerarla un afecto precisamente por que su aparición depende de la ausencia de causa activa y prefiere, por consiguiente, relegarla al dominio de lo imaginario¹⁹⁸. Parece, más bien, como si la admiración sólo fuese capaz de ser admitida como grado cero del afecto por cuanto resulta necesario concebir algo así como un principio absoluto de la serie intensiva, a pesar de que tal concepción no pudiese ser sino un ejercicio abstracto cuya función se agotaría en la mera ubicación del lugar del afecto como aislado respecto de las relaciones entre ideas, y que conllevaría el peligro de incurrir en una hispóstasis del afecto que, desligando la cualidad de toda serie intensiva concreta, tendería a subsumir el resto de homogeneizaciones conceptuales de lo intensivo operadas por el orden de significación a una entidad originaria, milagrosamente autojustificada y pretendidamente neutral, perdiéndose así lo específico del afecto como tránsito, movimiento de alejamiento o acercamiento respecto de la potencia de actuar. El rostro como unidad reflejante y reflexiva expresa una cualidad pura que no existe fuera de su expresión pero que en ningún caso puede reducirse a la entidad en la que se expresa, bajo pena de convertirse en la efectuación taxidérmica e imaginaria de aquello que siempre subsiste a cualquier realización actual: esta “función-testigo” de la superficie de rostrificación resulta exigida como corporeidad sobre la que resbala la serie intensiva del afecto una vez se ha renunciado a toda referencia a una verdad subyacente en la que situar un origen como estado de equilibrio que el devenir viniese a perturbar.

Algo pasa sobre esta unidad inmóvil, continua y codificable, una tendencia motriz, un movimiento sin finalidad, pura tentativa en la que se puede apreciar cómo los rasgos materiales del rostro constituyen series intensivas que tienden a escapar a la propia organización cualitativa. De acuerdo con este segundo polo, el rostro ya no refleja nada, sino que es meramente el rostro que siente, que está sacudido por una intensidad. Ahora bien, el rostro en

196 *Ibidem*. §53.

197 “La admiración es la imaginación de una cosa, en la que el alma permanece fija, precisamente porque esta imaginación singular no tiene conexión alguna con las demás”. Spinoza, B. *Ética demostrada según el orden geométrico*, (trad. esp. Domínguez, A.), Madrid, Trotta, 2000. p. 170.

198 “no enumero a la admiración entre los afectos; ni veo la razón por la que habría de hacerlo, puesto que esta distracción del alma no surge de ninguna causa positiva que distraiga el alma de otras cosas, sino tan sólo de que falta la causa por la que el alma sea determinada a pasar de la contemplación de una cosa a pensar en otras”. *Ibidem*.

cuanto tal es irreductible a cualquiera de sus dos polos, puesto que su constitución se funda precisamente en la complementariedad entre la serie virtual de movimientos intensivos y la unidad reflejante y reflexiva en la que los primeros se inscriben, de tal modo que tal unidad deviene superficie de inscripción al tiempo que los movimientos de la serie devienen rasgos de rostridad conforme a un movimiento de efectuación o incorporación del acontecimiento en un estado de cosas indeterminado. Este carácter eminentemente acontecimental reside en la heterogeneidad de la dimensión de los efectos incorpóreos con respecto a las propiedades, acciones y reacciones corpóreas en la que insiste el estoicismo, de tal modo que si bien el afecto no puede ser sino efecto del encuentro entre dos cuerpos, es irreductible tanto a las propiedades de los mismos como a las condiciones actuales de su interacción. Así, el afecto como cualidad pura desborda los extremos subjetivo y objetivo del primer polo tanto como amenaza la organización cualitativa del rostro como entidad y, por tanto, la captación de su estatuto peculiar depende privilegiadamente de un movimiento de contraefectuación. De este modo, encontramos entre el polo perceptivo y el polo activo considerados como doble articulación una instancia genética y heterogénea que distingue ambos costados al tiempo que funda su relación y su comunicación en función de movimientos de desterritorialización relativa cuyas reterritorializaciones correspondientes conjuran la desterritorialización absoluta que los anima. Si bien el rostro es ya, precisamente por haber sacrificado parte de su movilidad, una cierta desterritorialización de la cabeza respecto de la organización del cuerpo, la potencia de desorganización de la serie intensiva de rasgos materiales de rostridad encuentra en la lectura deleuzeana de los retratos de Francis Bacon un ejemplo privilegiado: la técnica de limpia y cepillado de Bacon capta la serie intensiva en su carácter propiamente indecible, de tal modo que su descodificación en tanto rasgos de rostridad se acerca al umbral de una desterritorialización absoluta hasta tal punto que es posible afirmar que el objeto de sus retratos no son tanto los rostros como las cabezas ¹⁹⁹. Mientras que el rostro comporta una organización espacial estructurada por el contorno rostrificante y los rasgos de rostridad que desterritorializa y sobrecodifica la cabeza -con lo que entra en la composición de un estrato que difiere de la organización viviente, el estrato antropomorfo o haloplástico- la serie de intensiva de deformaciones que los rasgos materiales efectúan como movimiento de desterritorialización introduce un devenir-animal que libera al afecto de las condiciones de su efectuación, bien sea al nivel índice-territorial propio del organismo biológico definido en términos de propiedades, bien al nivel simbólico y lingüístico correspondiente al siguiente grupo de estratos. El animal aparece así, no ya como forma, sino como trazo, tendencia motriz que recusa las funciones de individuación y socialización atribuidas al rostro, de tal modo que la

199 Cf. Deleuze, G., *Francis Bacon, lógica de la sensación*, Madrid, Arena Libros, 2005. Especialmente el capítulo IV “El cuerpo, la pieza de carne y el espíritu, el devenir-animal”.

estructura del organismo, como efectuación concreta e individuante de la que cabe inferir un sistema, se revela insuficiente a la hora de hacer patente la condición incondicionada de su producción, del mismo modo que la reflexión para Hume, si bien aparece como medio para hacer social una pasión, resulta incapaz de dar cuenta de aquello que precisamente llega a formar algo así como una naturaleza, en el sentido de un *quid* o conjunto de propiedades que componen un sistema extensivo en el que la serie intensiva encuentra un elemento de homogeneización y estriaje y que conlleva la adquisición de tendencias y la ilusión de finalidad²⁰⁰. Más allá de tal operación, Bacon libera en sus retratos una serie intensiva que introduce un devenir-animal, arrasando la sobrecodificación del rostro y prolongándose, por la construcción de zonas de indiscernibilidad, hasta la pieza de carne en una subversión del afecto frente al organismo con vistas a la construcción de un Cuerpo sin Órganos.

«Esta zona objetiva de indiscernibilidad ya era todo el cuerpo, pero el cuerpo en cuanto carne [*chair*] o pieza de carne [*viande*]. Sin duda el cuerpo tiene sus huesos también, pero los huesos son solamente estructura espacial.(...) El cuerpo sólo se revela cuando deja de estar sostenido por los huesos, cuando la carne deja de recubrir los huesos, cuando existen uno por otro, pero cada uno por su lado, los huesos como estructura material del cuerpo, la carne como material corpóreo de la Figura. (...) Hay que llegar a esa tensión pictórica de la carne y los huesos. Ahora bien, precisamente la pieza de carne realiza esa tensión en la pintura, comprendida en ella a través del esplendor de los colores. La pieza de carne es ese estado del cuerpo en el que la carne y los huesos se confrontan *localmente*, en lugar de componerse *estructuralmente*»²⁰¹.

Hay, en efecto, una confrontación, esto es, un encuentro, concreto por naturaleza y, por consiguiente localizado, pero en absoluto reglado y delimitado. A la composición mediada por la estructura corresponde la limitación abstracta y externa de un global siempre relativo, que concibe el contorno como independiente de lo que contiene, esto es, de las sustancias efectivamente constituidas, en virtud de un orden cuya justificación se basa sobre la redundancia de la forma consigo misma, es decir, en la remisión a una condición obtenida sobre la base de lo condicionado, al mismo tiempo que se reafirma la superioridad de la primera frente al segundo. La estructura compone las intensidades de acuerdo con umbrales determinados por la consistencia del producto en detrimento de la actividad productiva misma, de tal modo que a un movimiento de desterritorialización por series intensivas corresponde una

200 “Es cierto que la afección pasional y social es sólo una parte de la naturaleza humana. Hay otra parte que es el entendimiento, la asociación de ideas. Pero se habla así por convención: el verdadero sentido del entendimiento consiste justamente, nos dice Hume, en hacer sociable una pasión y social un interés. El entendimiento refleja el interés.” Deleuze, G., *Empirisme et subjectivité*, Paris, PUF, 1953 (trad: Acevedo, H., *Empirismo y subjetividad*, Madrid, Gedisa, 1981 p.12). La distinción kantiana entre una metafísica de la naturaleza y una metafísica de las costumbres cede ante la genealogía nietzscheana, que plantea la crítica tanto del conocimiento como de la moral al nivel de los valores y fecunda la lectura propuesta por Deleuze del pensamiento de Hume de tal modo que no sólo los sistemas del conocimiento y de la acción pasan a ser considerados fijaciones resultantes del devenir sobre un plano de universal variación (mostrando así el fondo delirante de la subjetividad), sino que, como veremos un poco más adelante, la fantasía y el afecto exigen una doble consideración que debe ser entendida sobre la copertenencia y la necesaria distinción entre los movimientos de incorporación y contraefectuación.

201 *BLS*, pp.30-31.

reterritorialización que establece una ordenación dimensional en extensión. La confrontación, en cambio, atañe al establecimiento de la serie intensiva misma, esto es, al tránsito que, si bien “tiene su manifestación en lo local”, encuentran “su gestación en la serie de operaciones locales de orientaciones diversas”²⁰² en un espacio liso, direccional.

Deleuze también señala esta potencia genética de las series intensivas al considerar el carácter propio del uso del primer plano en la obra de Sergei Eisenstein, que contrapone al método de Griffith, en el que parece persistir cierto régimen de individuación que restringe el acceso al segundo polo del rostro y, por consiguiente, a una aprehensión completa del afecto en tanto distinto del sentimiento y de la pulsión. A pesar de los textos de Eisenstein en torno a su propia obra, Deleuze sostiene que el uso del primer plano en el director ruso no es tanto, como él quisiera, dialéctico, sino precisamente intensivo, puesto que no es la contradicción el elemento genético y productivo, sino algún tipo de compatibilidad o incompatibilidad subrepresentativo y a-lógico del que depende la aparición de una cualidad nueva por franqueamiento de umbrales con independencia del cierre de un contorno y del establecimiento de un código capaz de definir un sistema de significación. En el caso del expresionismo alemán, la presencia del elemento genético en el primer plano es comprendida a partir de la complementariedad de la sombra y la luz, de suerte que todo lo visible resulta condicionado por ellas y es el resultado de su unión: mientras que las entidades visibles son actuales y resultan de una combinación variable de sombra y luz, éstas, consideradas en sí mismas, no constituyen realidad visible alguna, sino que más bien parecen designar dos órdenes de ser, el orden de las cosas y el del espíritu respectivamente, que sólo en su conjugación producen realidades propiamente individuadas a partir de las cuales es posible inferir un sistema de significación que determina las formas y los materiales de los que resultan sustancias y compuestos. Ahora bien, la potencialidad que expresa la sombra no es la de un ocultamiento, sino la de una vida no orgánica de las cosas -esto es, un movimiento de proliferación, diversificación, diferenciación que destituye la rección de la totalidad orgánica-, mientras que, por su parte, la luz expresa la potencialidad de una vida no psicológica del espíritu -que recusa la sujeción del afecto en el orden de la manifestación conforme al régimen de la significación y con vistas al ejercicio designador. En ambos costados encontramos la irrupción de lo problemático en la estructura considerada -bien sea en el organismo, bien en la subjetividad-, y es precisamente en esta presencia irrepresentable desde el punto de vista de la actualidad de un sistema donde Simondon hace residir la diferencia entre uno u otro tipo de individuación. La aparición de lo psíquico a partir del afecto tiene que ver precisamente con la superación de un

202 Deleuze, G., *MP*, pp. 386-387.

umbral de problematización en virtud del cual la afectividad deja de ser eficaz como individuación pseudoresolutiva de la disparidad entre el polo perceptivo y el polo activo, de tal modo que se desborda a sí misma sumergiéndose en lo preindividual y dando lugar a una nueva problemática.

«Esto no significa que haya seres solamente vivientes y otros vivientes y pensantes: es probable que los animales se encuentren a veces en situación psíquica. Solo que estas situaciones que conducen a actos de pensamiento son menos frecuentes en los animales. El hombre, disponiendo de posibilidades psíquicas más extendidas, en particular gracias al auxilio del simbolismo, apela más a menudo al psiquismo; es la situación puramente vital la que en él es excepcional, y por la cual él se siente desvalido. Pero no existe allí una naturaleza, una esencia que permita fundar una antropología; simplemente un umbral es franqueado: el animal está mejor equipado para vivir que para pensar, y el hombre para pensar que para vivir. Pero ambos viven y piensan, de forma corriente o excepcional»²⁰³

El concepto deleuzeano de *devenir-animal* cobra sentido precisamente porque entre lo meramente vital y lo psíquico no es posible establecer una frontera tal que marque una pura exterioridad de lo animal respecto a lo humano; ni siquiera autoriza una superposición de la organización del segundo sobre la del primero y mucho menos una “naturalización” de los fenómenos psíquicos en función de la organización vital: «un psiquismo que intenta constituirse asumiendo lo vital y tomándolo por materia a fin de darle forma sólo desemboca en malformaciones y en una ilusión de funcionamiento»²⁰⁴. El afecto muestra en la insuficiencia de su función reguladora un carácter propiamente inactual e intempestivo, que ralentiza al mismo tiempo que hace posible el encadenamiento de percepciones y acciones, incrementando las diferencias de potencial al convocar concretamente lo preindividual bajo la forma de lo colectivo como su sentido particular. Ahora bien, si el organismo como forma de individuación captura e impone su disciplina a una vida no orgánica, la subjetividad -en el enunciado y en la enunciación- cercará la proliferación de tal sentido constituyendo una imagen del pensamiento que ocultará, tras un sistema, el proceso del que depende como instancia trascendental y que no cesa de conjurar como el umbral de una desertificación irredimible.

El afecto se distingue así de la pulsión y del objeto parcial precisamente por su carácter eminentemente local y flotante, independiente respecto de los estados de cosas en los que insiste o subsiste hasta tal punto que aparece como irreductible al orden de la manifestación tanto como al de la significación o la designación. Mientras que en el caso de la pulsión, precisamente porque el afecto está ya interiorizado en una conciencia o persona, es necesario hablar de cierta actualización (y ello a pesar de que no haya aún resolución en el sentido de la

203 Simondon, *Op cit.* p.242

204 *Ibidem.*

acción), al afecto sólo conviene una relación de expresión, por cuanto su presencia en el primer plano ha supuesto la desconexión de toda referencia a coordenadas individuantes y a la síntesis global en la que la demora y la indeterminación del diastema entre percepción y acción son reducidas hasta una naturalización habitual perteneciente al orden corpóreo y, por consiguiente, comprensible en términos de totalidades cerradas y relaciones de inclusión, exclusión y compatibilidad entre formaciones molares. Lo que el rostro expresa es previo a toda individuación, ya sea ésta la de la persona, ya la de un estado de cosas, y, sin embargo, constituye una entidad singular que se define no ya por un conjunto de propiedades (con lo que se distingue de cualquier objeto cualificado) ni por una determinación general que persistiese a través de todas las modificaciones de la serie intensiva, sino más bien como una potencialidad, un diferencial energético que reclama un orden de conjunción propiamente virtual, independiente de cualquier actualización de tales cualidades en estados de cosas vinculados por conexiones reales. De tal conjunción virtual no puede jamás resultar conexión real alguna -recordemos que los atributos incorpóreos son, por definición, impotentes al ser meros efectos de superficie- pero sí la constitución de una esencia singular, de manera que el afecto puro, lejos de encontrar en el rostro y el primer plano un mero medio de representación, constituye lo expresado que no existe propiamente fuera de su expresión pero que, sin embargo, se encuentra con ésta en una relación tal que constituye una entidad o *complejo significabile* perteneciente a la categoría peirceana de lo Primero que Deleuze no duda en calificar de “fantasmática”, puesto que es precisamente la desconexión del afecto-cualidad con respecto a las condiciones actuales de su efectuación la que lo sitúa estrictamente dentro de la categoría de lo posible, aún no existente de hecho ni vinculado con un estado de cosas por una conjunción de derecho que determine las condiciones de aparición sobre la base de un sistema formal fundado en el uso excluyente de la disyunción; no obstante, mantiene aún cierta deuda con la incorporación que la hace proclive a una reterritorialización y una sobrecodificación en virtud de las que es posible el ocultamiento de su estatuto propiamente virtual. Si recordamos lo dicho al respecto en la parte de este trabajo dedicada a elucidar la relación entre la concepción estoica del signo y la de la salud como mezcla conveniente de cuerpos, era precisamente la confusión entre estados de cosas corpóreos y atributos incorpóreos la razón de esa “fiebre aiónica” en la que cabía cifrar la enfermedad del alma. Ahora bien, si la representación (*phantasia*) era sin más el efecto de la acción de un cuerpo sobre la superficie hegemónica del alma -y, desde ese punto de vista, pareciera ser el acontecimiento que conviene a determinado estado de cosas en un cierto presente, en una incorporación concreta-, la verdadera naturaleza del acontecimiento como incorpóreo sólo se hace patente cuando se opera un movimiento de desincorporación o contraefectuación, de tal modo que el afecto-cualidad, separado de las condiciones de la

actualización, puede encontrar expresión en un rostro que, precisamente por su constitución bipolar, muestra aquella relación característica en virtud de la que se hace comprensible la conveniencia o inconveniencia de esta o aquella mezcla, puesto que la superficie reflectante y reflexiva como cualidad pura proporciona un máximo de rigidez, mientras que los rasgos de rostridad, por su parte, expresan movimientos de desterritorialización que tienden siempre a superar la organización cualitativa del rostro. Así, a partir de esta articulación es posible elucidar el estatuto semiótico de lo afectivo y de en qué sentido el orden de las categorías peirceanas y su célebre triple distinción de los signos atendiendo al carácter de la relación con su objeto en iconos, índices y símbolos pueda cobrar relevancia y actualidad en el contexto de una investigación acerca de los procesos de individuación como ámbito en el que tiene sentido la búsqueda de las condiciones productivas de los distintos regímenes de signos: más allá de la actualización y la expresión del afecto cabe aceptar la posibilidad de una exposición de la cualidad por sí misma. Siguiendo las referencias deleuzeanas en los textos sobre cine, así como el uso de la clasificación triádica de los signos presente en *Mil mesetas* ligado a las nociones de territorialidad, desterritorialización y reterritorialización, la categoría peirceana de Primeridad (*Firstness*) parece capaz de acercarse a proporcionar una exposición semejante.

3.8. La semiótica de Peirce desde la perspectiva de las territorialidades y el proceso de constitución de los signos.

En su texto “*On a New List of Categories*”²⁰⁵, Peirce deduce las tres categorías faneroscópicas²⁰⁶, Primeridad, Segundidad y Terceridad, a partir de su concepción general del signo como constituido por una relación triádica genuina de tal modo que lo Primero corresponde al signo en sentido estricto (o *representamen*), lo Segundo al Objeto que el Primero designa, y lo Tercero a la regla (o *Interpretante*) en virtud de la que el representamen

205 Peirce, CH. S., “*On a New List of Categories*”, en *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences* 7 (1868), 287-298.

206 La propuesta del término “faneroscopia” para una semiótica general se justifica en el pensamiento de Peirce por ser obligado para la misma mantener la referencia al fenómeno, pero distinguiéndose de las fenomenologías presentadas anteriormente. Si -como señala Apel y resulta patente en el texto de 1868 citado- el proyecto de una semiótica tal supone una modificación de la lógica trascendental kantiana, la unidad sintético originaria de aperecepción pura como condición de unidad debe ser restituida a su fundamento hipotético sobre la base de la noción de consistencia semántica de tal modo que el proceso de semiosis pueda hacerse coextensivo a toda realidad, como proceso de construcción de relaciones en virtud de las cuales tiene sentido la distinción entre objetos y sujetos. No obstante, la comunidad como aval de tal proceso deberá ser reformulada en consecuencia, y la comprensión de “lo colectivo” que Deleuze y Guattari proponen debe prevenir respecto a la introducción de cualquier resto de realismo sustancialista a la hora de dar cuenta de aquella intersubjetividad sobre la que Peirce hace recaer en última instancia la condición en virtud de la cual una opinión puede aparecer como verdadera. v. Apel, K. O., *La transformación de la Filosofía. Tomo II: El a priori de la comunidad de comunicación* (trad. Cortina, A., Chamorro, J. y Conill, J.) Madrid, Taurus, 1985.

representa efectivamente al objeto. El hecho de que Peirce se refiera a aquello que constituye la función sígnica sobre los tres elementos bajo el rótulo “representación” -un término que en los textos de Deleuze suele designar algo así como “la Metafísica” o “la Ontoteología” y es, en consecuencia, objeto de ataques constantes- podría sugerir que su pensamiento sobre la semiosis parte y encuentra su fundamento en lo simbólico y su modelo en el signo lingüístico. Sin embargo, en uno de los fragmentos citados con mayor frecuencia²⁰⁷, Peirce se sirve de la expresión inglesa “*to stand for*” para referirse a la relación conforme a la cual es posible el establecimiento de una función sígnica en general, de tal modo que tal relación puede quedar desvinculada de la “representación” entendida frecuentemente por la tradición filosófica como *Vorstellung* y, con ello, también del ámbito en el tales elementos tienen lugar -que es concebido en consecuencia como facultad conforme al modelo de la identidad en el concepto y sometido a la condición de verdad. La comprensión de la relación de representación que el texto de Peirce propone se acerca más bien a aquello que la expresión alemana *Repräsentanz* enfatiza, a saber, el aspecto delegativo y sustitutivo del representamen respecto a su objeto. A pesar de que esta segunda lectura entraña el peligro de reconocer implícitamente como dada la constitución entitativa de los tres términos que componen el signo -de suerte que el *interpretante* resultaría susceptible de ser comprendido en términos psicologistas (lo que supondría un retorno al discurso en el que *Vorstellung* y *Repräsentanz*²⁰⁸ resultan intercambiables por contener en ambos casos la referencia a un sujeto efectivamente constituido en el que cabría rastrear la razón del establecimiento de vínculos sígnicos en general), lo cierto es que la elección del término “*capacity*” -en detrimento de “*property*”- ya apunta a otra concepción, puesto que mientras las propiedades pertenecen a los términos de los que se predicán y constituyen por sí mismas estados de cosas individuados, las capacidades son relativamente independientes respecto de tales estados (a pesar de que no es sino en ellos donde se encarnan y de los que resultan ser atributos) y, por consiguiente, deben ser ubicadas en un registro diferente de aquél que tiene como referencia la actualidad y el individuo efectivamente constituido. Del mismo modo que ocurría en el pensamiento estoico, las relaciones entre acontecimientos son irreductibles a los estados de cosas corpóreos de los que resultan y a los que se atribuyen, de

207 «*A sign, or representamen, is something which stands to somebody for something in some respect or capacity. It addresses somebody, that is, creates in the mind of that person an equivalent sign, or perhaps a more developed sign. That sign which it creates I call the interpretant of the first sign. The sign stands for something, its object*» C.P. 2. 228

208 La introducción en este punto los dos términos alemanes no es casual, puesto que su uso conjugado por parte de Freud pretende precisamente dar cuenta de dos ámbitos, el de la representación y el de la pulsión, de tal modo que esta última encuentra en el registro de la primera un sustituto en el que delegar su intensidad de modo extensivo (“*Vorstellungsrepräsentanz*”). Sin embargo, el plano que se expresa en el ámbito representativo, al ser concebido conforme al modelo de lo pulsional, aún no muestra su estatuto específicamente virtual y, con él, su carácter maquínico y productivo. La cuestión de si también la concepción lacaniana del inconsciente está capturada en la concepción meramente mecánica y representativa será tratada en este mismo trabajo a partir del sexto capítulo.

suerte que constituyen por sí mismos el objeto propio de la dialéctica que, por su parte, no podrá jamás reducirse a la lógica representativa aristotélica, donde las compatibilidades e incompatibilidades entre acontecimientos son entendidas en términos corpóreos y, por consiguiente, reducidas, ordenadas y reunidas en función de la relación de necesidad que la contradicción y el principio del tercero excluido sostienen. La amplitud de la concepción semiótica de Peirce y su independencia con respecto al modelo de la lingüística dependerá de la diversidad de interpretantes que sea capaz de admitir; que el interpretante pueda o no ocupar él mismo el lugar de representamen en otra relación semiótica y que tal relación comprometa un interpretante con carácter de ley determinará si el signo pertenece o no a la categoría de lo simbólico, pero en todo caso, si hay signo es siempre porque el representamen determina un interpretante²⁰⁹, esto es, porque hay un Primero que produce un modo de referencia con respecto a un Segundo u Objeto que constituye así una sustancia de contenido para una entidad de expresión. Ahora bien, para justificar este acercamiento terminológico entre Peirce y Hjelmslev y poder afirmar que aquello que -según el estadounidense- aparece en la relación semiótica como Objeto puede ser asimilado a una sustancia de contenido, entendida por el danés como entidad constituida correspondiente a uno de los planos de la función signo, es preciso tener en cuenta la distinción que Peirce establece entre Objeto inmediato y Objeto dinámico en relación con su concepción general de la semiosis, atendiendo especialmente al papel que se atribuye a la Segundidad a partir de 1885 dentro de la teoría de las categorías y que viene a moderar cierto idealismo epistemológico que bien podría disculparse de ser considerado como un efecto precoz e ingenuo de un giro lingüístico aún adolescente. Una de las inconsecuencias que frecuentemente se han señalado en el pensamiento de Peirce es, precisamente, aquella que dificulta la determinación de qué debe entenderse por significado en el marco de la relación triádica que constituye el signo. En efecto, los textos permiten justificar tanto que el significado no es sino el Objeto inmediato, como hacerlo coincidir con el interpretante²¹⁰. En el primer caso, resulta de una importancia extraordinaria considerar la distinción entre Objeto inmediato y Objeto dinámico si no se quiere reducir el pensamiento de Peirce al realismo ingenuo de una semántica meramente referencialista. En el segundo, por ser el interpretante mismo un signo, debe acentuarse el carácter irreductiblemente triádico de la relación semiótica con objeto de evitar una escisión insuperable entre lo sígnico y lo Real que condenaría el dominio de lo primero a una clausura psicologista y estéril. Las dificultades respectivas que afloran en ambas lecturas derivan de la pretensión implícita de reducción al par

209 «Representation is a relation of one thing, – the representamen, or sign – to another; – the object, – this relation consisting in the determination of a third, – the interpretant representamen, – to be in the same mode of relation to the second as the first is to that second». MS [R] 491:1

210 v. Pérez Carreño, F., *Los placeres del parecido. Icono y representación*. Madrid, Visor, 1988. p. 44-46.

significante/significado de la complejidad genuina de la función en virtud de la cual pueden aparecer entidades de expresión a las que cabe llamar “signos” y que, correlativamente, exigen una entidad de contenido correspondiente. El carácter propedeútico que Hjelmselv confiere a su obra de 1943 tiene todo que ver con la salvaguarda de tal complejidad, y de sus elaboraciones se desprende un relativismo tal que hace necesario reconocer la formación de sustancias o entidades de contenido en el plano de la expresión y viceversa desde el momento en que la consideración de los regímenes de signos renuncia a su carácter exclusivamente formal y abstracto e introduce en sus consideraciones el elemento real y pre-semiótico del sentido [*Mening*]. Lejos de pretender por estos medios reducir una perspectiva semiótica a otra, y menos aún forzar la argumentación con la intención de hacer totalmente equivalentes las posiciones de Hjelmslev y Peirce, sólo procuraremos señalar cómo en ambos casos la investigación acerca de la naturaleza del signo encuentra en las relaciones binarias -que, de alguna manera, aparecen siempre como modulaciones del esquema hilemórfico- una insuficiencia relativa a los procesos de emergencia de los signos, que necesariamente se sitúan más allá de las meras condiciones de posibilidad lógica y exigen el recurso a un tercer término, testimonio de la presencia de la diferencia en el origen de la representación de lo Mismo.

Tampoco se tomará aquí partido en lo referente a si resulta más conveniente considerar el pensamiento de Peirce como un sistema coherente aún por reconstruir (habida cuenta de la dispersión textual que caracteriza su obra) o si, por el contrario, es necesario concebirlo como escandido por periodos marcadamente diferenciados. No obstante, debemos reparar en que, si bien es cierto en los textos anteriores a “*On the Algebra of Logic*”²¹¹ (en el que se hace evidente la fuerte influencia del sistema de cuantificación propuesto por Oscar Mitchell en 1883²¹²) es perceptible un cierto idealismo pseudohegeliano que tiende a identificar la totalidad de lo real con la totalidad de los signos y, por tanto, concebirlo como objeto de un conocimiento al menos posible²¹³, en el texto de 1868 “*Consequences of Four Incapacities*” la negación de la

211 Cf. Peirce, Ch. S., “*On the Algebra of Logic: A Contribution to the Philosophy of Notation*”, *American Journal of Mathematics*, 1885; [CP 3. 359- 403].

212 «La introducción de índices en el álgebra de la lógica es el gran mérito del sistema de Mr. Mitchell» [CP 3. 363]. Cf. Peirce, Ch. S., *Studies in Logic. By members of the Johns Hopkins University*. Boston, 1883.

213 De acuerdo con esta concepción pansemiótica, subrayada por las lecturas más idealistas de la obra de Peirce (como la que propone Klaus Oehler en su texto “*Idee und Grundriss der Peirceschen Semiotik*” de 1979) no habría excepción alguna al carácter significativo que autorizase la distinción del ámbito de lo sígnico frente al de lo asignificante y, si bien en el desenvolvimiento sincrónico de la actividad cognoscitiva caben tanto la ignorancia como el error, no hay lugar para ellos desde el punto de vista de la apercepción pura de un yo absoluto que, como irreductiblemente Tercero, constituiría un *legisigno argumentativo simbólico*, esto es, un signo convencional, con forma de ley y cuyo interpretante sería necesariamente verdadero por ser conclusión de una deducción. Esta es la formulación de lo Absoluto desde el aparato conceptual que brinda Peirce, un interpretante verdaderamente determinante y final, dotado del máximo grado de semioticidad y que subsume cualquier otra categoría semiótica. Ahora bien, si realmente se quiere reconocer a Peirce la voluntad de un cierto retorno a Kant (especialmente evidente en su *On a New List of Categories* de 1868) y se toma en consideración tanto la relevancia reconocida a la categoría de lo Primero como su revisión de la función indéxica posterior a 1885, semejante noción no puede

posibilidad de un acceso no semiótico para el sujeto tanto en referencia al objeto como respecto a sí mismo, a pesar de entrañar un riesgo de solipsismo, señala también la presencia de algo así como “lo incognoscible” al tiempo que pone en juego la idea de una semiosis ilimitada, por lo que ya aparece la necesidad de introducir tanto algún tipo de matiz en la concepción del objeto en tanto producto de la relación triádica que constituye el signo, como la revisión de la categoría correspondiente, a saber, la Segundidad. Ese mismo año, en aquel texto de inspiración claramente kantiana al que nos referíamos al principio de esta sección, “*On a New List of Categories*”, Peirce se sirve del término “índice” para referirse a todos aquellos signos relacionados con sus objetos por una correspondencia de hecho²¹⁴, y, teniendo en cuenta que el problema del que parte el texto es el de la reducción de la multiplicidad dada en la intuición a la unidad del concepto, la función meramente denotativa del índice es ciertamente presentada como relacionada con el mecanismo del concepto, por ser universal, aunque nada sea pensado en él más que lo presente en general a propósito de lo cual los diferentes predicados pueden ejercer la función del juicio y establecer relaciones connotativas entre sí: aparece así la *proteousía* aristotélica como lo que es irreductiblemente sujeto de la predicación.

*«That universal conception which is nearest to sense is that of the present, in general. This is a conception, because it is universal. But as the act of attention has no connotation at all, but is the pure denotative power of the mind, that is to say, the power which directs the mind to an object, in contradistinction to the power of thinking any predicate of that object, -so the conception of what is present in general, which is nothing but the general recognition of what is contained in attention, has no connotation, and therefore no proper unity. This conception of the present in general, of IT in general, is rendered in philosophical language by the word “substance” in one of its meanings. Before any comparison or discrimination can be made between what is present, what in present must have been recognized as such, as it, and subsequently the metaphysical parts which are recognized by abstraction are attributed to this it, but the it cannot itself be made predicate. This it is thus neither predicated of a subject, nor in a subject, and accordingly is identical with the conception of substance»*²¹⁵

Estas aseveraciones muestran que el pensamiento de Peirce en esta época acusa una

aparecer más que como un postulado de la razón que, si bien viene a responder a una *necesidad subjetiva*, es indiferente respecto de la *necesidad objetiva* del proceso semiótico por sí mismo. Pretender que semejante noción pudiese constituir el fundamento de toda relación signica incurriría en el error de darse la subjetividad como ya constituida y, con ella, también la vinculación entre significación, manifestación y designación.

214 «*Second. Those whose relation to their objects consists in a correspondence in fact, and these may be termed Indices or Signs*» en “*On A New List of Categories*”, sec. 13.

215 *Ibidem*, sec 3. Si nos atenemos al texto original, el término elegido por Peirce no es “concept”, sino “conception” (a pesar de que en ocasiones se haya traducido como “concepto”) lo que introduce un matiz al no ser el carácter entitativo de la representación lo que está siendo considerado, sino el proceso mismo del que surge la subsunción a partir de la cual es posible distinguir entre el caso y la regla conforme a la condición de posibilidad de objetividad en general. Ahora bien, puesto que el fragmento inmediatamente anterior ya apunta a la idea de una regresión indefinida -«*For one such conception may unite the manifold of sense and yet another may be required to unite the conception and the manifold to which it is applied; and so on*»- en la que lo primero es “*That universal conception which is nearest to sense is that of the present, in general*», dar cuenta de una instancia tal al margen de semejante proceso exige un movimiento de abstracción que haga accesible la consideración de algo así como un “uno” sin otro.

concepción netamente ideal de la individualidad²¹⁶, consonante con el propósito general del artículo de reivindicar una referencia extraconceptual como condición de posibilidad del discurso científico acerca de lo real, que no hace sino evidenciar la incapacidad de la lógica tradicional para dar cuenta del individuo al situar la razón de la unidad en el registro de lo conceptual entendido según el modelo de la causalidad incorporal. Sin embargo, conviene clarificar que la noción de “*attention*” que aparece en el texto de Peirce no debe identificarse sin más con la “*presence*” en función de la que se apela a lo indéxico, puesto que la primera no puede ser sino un efecto de aquel encuentro corpóreo que designa la segunda: sólo de este modo es posible conservar la especificidad de lo icónico en el ámbito del afecto en relación con la aparición de lo psíquico y comprender la función del índice como ligada a aquellos modos de estratificación en los que a un elevado coeficiente de desterritorialización corresponde una reterritorialización complementaria que impide el comienzo de una individuación radicalmente heterogénea respecto de lo orgánico que convocase de un modo u otro la puesta en juego de preindividual bajo la forma de lo colectivo. A las tres categorías, *Firstness*, *Secondness* y *Thirdness* Deleuze debe añadir una cuarta correspondiente a la imagen-percepción, la *Zerone*, cuyo nombre ya da entender el grado de semioticidad que alcanzaría dentro de la clasificación de los signos de Peirce y revela en qué sentido percepción y acción están necesariamente articulados y solo tienen sentido a partir de la dependencia contraída.

Tanto la imposibilidad de sostener al mismo tiempo la idealidad de la sustancia individual, por un lado, como la necesidad de un choque con lo externo que evite la caída en el subjetivismo como forma “degenerada” del relativismo, por otro, exigen una revisión tanto de la categoría de lo Segundo como de la concepción del Objeto que conlleva ineludiblemente un cambio en la posición epistemológica peirceana: mientras que en numerosos textos previos a 1885 la tesis de un progreso de la ciencia que admite como posibilidad la consecución de una solución verdadera para cualquier cuestión aparece bajo diversas formulaciones, en su recensión a la obra de Royce, *The Religious Aspect of Philosophy*, publicada en 1885²¹⁷, Peirce admite la existencia de cuestiones insolubles, lo que pone en cuestión el idealismo pansemioticista al que nos referíamos más arriba. Tales cuestiones son, en principio, indiscernibles respecto de las solubles puesto que hay una dimensión de la experiencia frente a la cual lo tercero no tiene el carácter de necesidad (interpretante lógico) requerido para una

216 Nos remitimos en este respecto a los trabajos de Murphey, M. G., *The development of Peirce's Philosophy*, Cambridge (Mass), Harvard University Press, 1961, y Fumagalli, A., *Il reale nel linguaggio. Indicalità e realismo nella semiotica di Peirce*, Milán, Vita e pensiero, 1995.

217 Royce, J., *The Religious Aspect of Philosophy*, Boston, Houghton Mifflin, 1885.

subsunción apodíctica-deductiva, sino sólo el de efectividad -que produce el hábito como interpretante dinámico-, por lo que se hace necesario reconocer una *materia* del mundo que se da precisamente en el choque con lo “externo” y que supone una alteridad de lo existente irreductible de forma exhaustiva al pensamiento. Corresponde al índice, como puro designador, ser el signo de tal choque, que aparece así como encuentro de cuerpos (al igual que el *occursus* spinoziano) y debe ser considerado exclusivamente en la dimensión de las causas corpóreas, donde se pone en juego la relación con la alteridad y la conveniencia y proporción de la mezcla, pero no los efectos que de ella resultan considerados en su irreductibilidad respecto de los diferentes estados de cosas. Ahora bien, una vez se pone en juego un Segundo por sí mismo y cabe hablar de índice atendiendo al modo de relación del *representamen* con su objeto, la dimensión de la Primeridad aparece directamente comprometida, si bien como ya efectuada, esto es, incorporada en un estado de cosas y desprovista de su carácter incorpóreo y problemático. De este modo, al índice como signo de una conexión real que compromete la categoría de lo Segundo como ámbito de los estados de cosas actuales, se opone el icono como signo específico de la Primeridad, categoría que concierne por sí misma al régimen heterogéneo de las conjunciones virtuales entre afectos desincorporados.

Las categorías de Primeridad, Segundidad y Terceridad corresponden a la división kantiana de las categorías de la modalidad, a saber, posibilidad, existencia y necesidad, de tal manera que lo Primero sólo es capaz de representar efectivamente a un Segundo de acuerdo con un Tercero que establece la condición representativa como ley de acuerdo con un movimiento de desterritorialización y reterritorialización. El índice, hasta ahora considerado en este trabajo -de acuerdo con el uso presente en *Mil Mesetas*- como signo territorial, está asociado a la categoría de lo Segundo y se relaciona con su objeto por algún tipo de conexión dinámica, esto es, de acción corpórea, hasta el punto de que ningún hecho concreto puede afirmarse sin que en tal expresión contribuya de un modo u otro la función indécica, bien sea ésta genuina (y tanto la entidad representante como su objeto son individuos existentes) o degenerada (por lo que el objeto sólo existe como referencia, como en el caso de los deícticos, que sólo actualizan su carácter de índices en las situaciones concretas de habla). Desde este punto de vista es posible salir de una concepción ideal de la individualidad, puesto que todo individuo efectivamente constituido es en cierto sentido un índice de ciertos caracteres, a pesar de que éstos no siempre resulten accesibles al análisis, puesto que el orden simbólico por sí mismo no es suficiente para establecer el objeto del discurso como real y porque el análisis pasa por el establecimiento de niveles de individualidad definidos por el grado de reconocimiento de realidad preindividual. Recordemos que Hjelmslev, en su proyecto de una

teoría lingüística libre del realismo ingenuo derivado de un proceder meramente inductivo en la investigación acerca del lenguaje, propone un método *deductivo* caracterizado por proceder de la clase a los componentes, estableciéndose así diferentes niveles que corresponden al mismo tiempo a los grados del análisis y a las clases conforme a las cuales los componentes adquieren consistencia entitativa. El sentido [*Mening*], bien sea de la expresión, bien del contenido, constituye *figuras* susceptibles de contraer funciones conforme a las cuales adquirirán o no tal modo de consistencia en éste o aquél nivel, de manera que lo que en cierto nivel puede resultar asignificante en otro puede resultar determinado como sustancia del contenido o de la expresión en virtud de la dependencia contraída, pero en todo caso la posibilidad de entrada en la función-signo pasa por el establecimiento de una forma de acuerdo con la cual el sentido es fijado y dos funtores puestos en relación de tal modo que uno desempeña el papel de expresión y otro el de contenido, mientras que la forma misma aparece como regla o Tercero, susceptible, en el caso de los signos lingüísticos, de ser tomado en otra relación triádica, ya sea como representamen, ya como objeto, en un movimiento de sobrecodificación que, si bien representa “la más alta potencia del lenguaje”, por su carácter indefinido pierde su excepcionalidad en favor de un movimiento constante de destitución y constitución de regímenes sígnicos que pone de manifiesto “la mayor impotencia de aquel que habla”²¹⁸. Ahora bien, la forma como objeto de una proposición que forma parte de la teoría es, por su parte, dato o proceso para un análisis del que resulta un sistema que, si bien debe presentar las características conforme a las cuales Hjelmslev formula su “principio empírico” -autoconsecuencia, exhaustividad, simplicidad- no puede aducir por sí mismo la condición imprescindible para reconocer a su designado como real²¹⁹, de ahí que la semiosis, si es que con este término se quiere mentar un ámbito que excede al registro simbólico, comprometa en todo momento las funciones icónica e indéxica, y la relación sígnica no pueda ser sino irreductiblemente triádica.

El índice, entendido como aquel representamen que se refiere a su objeto en virtud de una conexión real, introduce la categoría de Segundidad definida como “el modo de ser de lo

218 «Esta regresión atestigua a la vez la mayor impotencia de aquel que habla, y la más alta potencia del lenguaje: mi impotencia para decir el sentido de lo que digo, para decir algo y su sentido, pero también el poder infinito del lenguaje de hablar sobre las palabras. En resumen: dada una proposición que designa un estado de cosas, siempre puede tomarse su sentido como lo designado de otra proposición» *LS*, Quinta serie.

219 Hjelmslev considera que el sistema resultante del análisis como proceso de descripción debe estar libre de contradicción, de tal modo que abstraído del proceso y del sentido que éste compromete resulta expresable en términos de una lógica de cuño aristotélico y es posible el escamoteo de su condición genética real. Puesto que el análisis es, asimismo, proceso, y las entidades resultantes del mismo, a saber, la teoría como forma de expresión y el sistema como forma de contenido, dependen de las funciones que deductivamente van apareciendo en sus diferentes fases, el *sentido* de semejante tarea se revela en su propio ejercicio, pero sólo resulta expresable en otro análisis capaz de revelar la persistencia en el primero de presupuestos implícitos. v. Hjelmslev, L., *Op.cit.* Caps. III-VII.

que es tal como es respecto a un segundo, pero sin tener en cuenta ningún tercero”²²⁰, es decir, el ámbito de la causalidad corpórea, de las acciones y reacciones en estados de cosas efectivamente constituidos. No obstante, si bien tanto el representamen como el objeto son cuerpos, el primero sólo adquiere el estatuto de signo cuando, de acuerdo con la formulación general de Peirce, “está para alguien en lugar de algo en algún respecto o capacidad”²²¹, esto es, si la conexión real produce un efecto incorporal tal -un interpretante- que el segundo pueda ser significado por el primero. Los polos perceptivo y activo quedan por tanto comprometidos como funtores en una doble articulación en virtud de una relación que reúne y distingue al mismo tiempo representamen y objeto al investirlos con el atributo incorporal o la capacidad de significar/ser significado en virtud de uno o varios rasgos formales con carácter normativo, con independencia si tal carácter corresponde al orden de lo Primero, lo Segundo o lo Tercero. Esta relación es un efecto, pero ninguno de los tres términos dejan de ser cuerpos-causas unos de otros, ni agotan su potencia en la relación que los vincula de hecho y que sólo parece poder explicarse por sus propiedades²²². De este modo, el presente parece ser, pagando el precio de cierta *impropiedad*²²³, el modo menos problemático de referencia al tiempo, puesto que corresponde en la doble lectura estoica al orden de los cuerpos y aparece como efecto de su acción del mismo modo que el hecho de significar y ser significado -recordemos el ejemplo estoico que presenta la cicatriz como signo de haber tenido una herida conforme a la estructura de la proposición hipotética y que ilustra aquella concepción de acuerdo con la cual el signo presente sólo puede serlo de algo presente. Pero el Objeto sólo puede asimilarse a una entidad de contenido de acuerdo con una relación triádica en la que aparece como Segundo, y hablamos de “índice” cuando al objeto que designa el representamen corresponde el estatuto de lo actual: si, en cambio, aparece investido de algún tipo de necesidad o carácter legal, la relación pertenece al orden de lo simbólico. Al ámbito de lo icónico, perteneciente a la categoría de Primeridad, corresponde por su parte el que lo designado sea meramente posible. Ahora bien, entendemos que deben distinguirse dos lecturas de lo Primero correspondientes a dos modos de comprensión de la posibilidad: uno considera lo posible en función de lo necesario y lo imposible y pertenece por ello a una cierta imagen del pensamiento; el otro concibe lo posible conforme a aquella virtualidad que lo libera de la servidumbre de lo actual y que pretende el ejercicio de un pensamiento sin imagen. En el primer caso lo posible es

220 C.P. 8. 328

221 C.P. 2. 228

222 En efecto, el interpretante como efecto incorporal establece la relación triádica en virtud de la cual el representamen significa su objeto, pero él mismo no está libre de ulteriores incorporaciones en las que podrá ocupar el lugar de uno u otro. El más alto poder del lenguaje como sobrecodificación aparece así vinculado a la categoría de lo Tercero y el carácter acocientimental y virtual del vínculo signico se pone de manifiesto en su irreductibilidad a la corporeidad conforme a la que es capaz de producir otros efectos incorporales.

223 v. supra, cap. 1.

representado en función de propiedades, mientras que en el segundo lo posible es expresado en términos de potencialidades o capacidades. La posibilidad de asimilar afecto, cualidad pura e icono depende de esta doble lectura y pasa por una consideración de lo hipotético previa a su valoración desde la perspectiva de la condición de verdad y el orden de la significación -e incluso en cierto sentido anterior a la determinación de un interpretante de cualquier tipo que haga posible la participación de lo Segundo y, con ello, de atribución efectiva a un estado de cosas. La Primeridad “es el modo de ser de aquello que es tal como es, de manera positiva y sin referencia a ninguna otra cosa”²²⁴, de tal manera que lo Primero es aquello que exige un interpretante y que, en consecuencia, sólo puede entenderse como *posibilidad*, con independencia tanto de su incorporación efectiva (*existencia*) como de cualquier conexión legal con su objeto (*necesidad*)²²⁵. De este modo, es posible distinguir el Objeto inmediato del signo, producto de una reterritorialización por el interpretante, del Objeto dinámico, exterior a la semiosis pero compartido por todas las representaciones que ésta efectúa²²⁶. La forma de argumentación que Peirce hace corresponder a este peculiar estatuto de lo Primero ya se encuentra apuntada en Aristóteles como *apagogé*, distinguiéndose de la inducción y la deducción (como el sentido se distingue de tanto de la significación como de la designación y la manifestación, es decir, sin que éstos puedan prescindir de su relación con aquél), y se vincula de forma especial con el razonamiento hipotético y el proceder analógico²²⁷.

La recuperación de un tercer tipo de inferencia allí donde frecuentemente se había articulado la discusión solamente en torno a dos, deducción e inducción, resulta de una notable fertilidad considerada a la luz de la progresiva indisociabilidad entre semiótica y ontología que los textos de Peirce acusan a partir de 1885. Mientras que en 1867, en “*On a New List of Categories*”, Primeridad, Segundidad y Terceridad aparecen como derivadas de los tres elementos de la relación sónica genuina, veinte años más tarde, en “*One, Two, Three:*

224 C.P. 8. 328

225 Después del establecimiento de un interpretante, lo Primero sólo se hará accesible como cualidad pura en virtud de un movimiento de abstracción en el segundo sentido manejado por Deleuze y Guattari, a saber, como movimiento diagramático que produce el derrumbe de las coordenadas y accede al sentido como instancia genética asumiendo el riesgo de caída en la catástrofe.

226 En su obra sobre Proust, Deleuze distingue entre *el* mundo como ámbito universal de materialidad, tanto significativo como asignificante, de *éste* o *aqué* mundo, caracterizado por relaciones semióticas específicas que le dotan de cierto grado de consistencia. Si la identificación de cierto régimen de signos comporta una determinada concepción de su unidad que hace de él el objeto de un signo, el objeto inmediato del mismo será el sistema del régimen considerado, mientras que la virtualidad del proceso hace de éste el objeto dinámico del signo, de tal modo que, para Peirce lo Real es, en última instancia, el objeto dinámico del proceso semiótico en general. v. Deleuze, G., *Proust et les signes*, Paris, PUF, 1964, aumentada en 1970 y 1976 (trad. *Proust y los signos*, Barcelona, Anagrama, 1972).

227 Encontramos tanto esta distinción como la referencia a la nomenclatura aristotélica del *Organon* en un fragmento de 1896: “There are in science three fundamentally different kinds of reasoning, Deduction (called by Aristotle *synagoge* or *anagoge*), Induction (Aristotle's and Plato's *epagoge*) and Retroduction (Aristotle's *apagoge*, but misunderstood because of corrupt text, and as misunderstood usually translated *abduction*). Besides these three, Analogy (Aristotle's *paradeigma*) combines the characters of Induction and Retroduction”. C.P. 1.65.

Fundamental Categories of Thought and Nature”, las categorías representan tres formas lógicas fundamentales, monádicas, diádicas y triádicas, a las que corresponden diferentes ámbitos de la experiencia. Así, para un razonamiento deductivo (apodíctico) es necesaria la presencia de tres términos, y los signos con un grado mayor de semioticidad resultan ser aquellos en los que el interpretante es, precisamente, un argumento, a diferencia del tipo de inferencia que corresponde a relaciones con un grado de semioticidad mínimo, que no pueden poner en juego dos elementos por sí mismos (puesto que siempre se exigiría la presencia de un tercero), sino tan solo apuntar como posibilidad a la contracción de una relación semejante. Peirce hace recaer sobre este procedimiento la aparición de la novedad bajo la forma de la invención²²⁸, puesto que constituye aquella operación en virtud de la cual se introduce una propuesta que de ningún modo se encuentra contenida en los datos que la motivan.

*«Abduction is that kind of operation which suggests a statement in no wise contained in the data from which it sets out. There is a more familiar name for it than abduction; for it is neither more nor less than guessing. A given object presents an extraordinary combination of characters of which we should like to have an explanation. That there is any explanation of them is a pure assumption; and if there be, it is some one hidden fact which explains them; while there are, perhaps, a million other possible ways of explaining them, if they were not all unfortunately false. By its very definition abduction leads to a hypothesis which is entirely foreign to the data. To assert the truth of its conclusion ever so dubiously would be too much. There is no warrant for doing more than putting it as an interrogation. To do that would seem to be innocent; yet if the interrogation means anything, it means that the hypothesis is to be tested. Now testing by experiment is a very expensive business, involving great outlay of money, time and energy; so that comparatively few hypothesis can be tested. Thus, even the admission of an abductive conclusion to the rank of an active interrogation is a concession not to be too lightly accorded».*²²⁹

De este modo, la inducción aparece como dependiente de una operación previa que en absoluto puede conformarse con el dato como algo ya constituido, puesto que mientras éste último ya presupone un proceso de individuación, la abducción es ella misma el germen de una individuación en proceso y, por consiguiente, debe cuentas a la irrupción de lo preindividual, lo heterogéneo y lo problemático como aquello que exige una individuación homogeneizadora y teorematizada. Si en última instancia el concepto es la regla de reunión de la multiplicidad de las intuiciones en una unidad²³⁰ (y entendemos que Peirce tiene esta función en mente, como atestiguan ya las primeras líneas de *“On a New List of Categories”*²³¹), a la posibilidad misma

228 “Now, in an inquiry concerning a hypothesis in general, three distinct stages have to be recognized, these stages being governed by entirely different logical principles. The first stage consists in the invention, selection and entertainment of the hypothesis. This is what I call the abduction” HP 2:895

229 HP 2:898-899

230 «Espacio y tiempo contienen lo diverso de la intuición pura *a priori* y pertenecen, no obstante, a las condiciones de la receptividad de nuestro psiquismo sin las cuales éste no puede recibir representaciones de objetos, representaciones que, por consiguiente, siempre han de afectar también al concepto de tales objetos. Pero, la espontaneidad de nuestro pensar exige que esta multiplicidad sea primeramente recorrida, asumida y unida de una forma determinada, a fin de hacer de ella un conocimiento» KrV A 77 B 102.

231 «This paper is based upon the theory already established, that the function of conceptions is to reduce the manifold of sensuous impressions to unity, and that the validity of a conception consists in the impossibility of reducing the content of consciousness to unity without the introduction of it» Peirce, Ch. S., *Loc.cit.*

desprendida de la efectividad del objeto de la intuición empírica no puede concernir otra facultad que la imaginación ni otra forma de representamen que la imagen en sí misma -sin referencia a ningún elemento que resultase segundo respecto de ella-, pero tensando, entre la efectividad de lo dado a la sensación y la necesidad de la mera lógica, la exigencia de unidad que se desprende de su carácter eminentemente sígnico. Porque precisamente la efectividad de lo dado, en tanto que es un Objeto y concierne a la categoría de la Segundidad, ya presupone algún interpretante que permita subsumirlo como individuado, esto es, como caso de esta o aquella ley, puesto que pertenece de derecho a la dimensión del juicio y se articula de acuerdo con el sistema formal en el que cabe hablar de condición de verdad: «*This is the Third or mediating element between chance, which brings forth First and original events, and law which produces sequences or Seconds*»²³². Peirce no se sirve del término “icono” en el texto de 1867, sino que se limita a hablar de “*Likenesses*” puesto que es sólo un elemento el que resulta considerado, a saber, la pura cualidad con independencia del estado de cosas y de la regla de atribución. El empleo del término “signo” en los textos de Peirce, que en unos casos parece designar la función en la que se distinguen y relacionan interpretante, objeto y representamen mientras que en otros designa específicamente a este último elemento, pierde su equivocidad desde el momento en el que se revela que la distinción real entre contenido y expresión, en tanto que es independiente de los órdenes de tamaño (y hace necesario admitir la presencia de lo molar y lo molecular en cada uno de los ámbitos que, desde ese momento, hacen patente la autonomía de una forma de contenido y una forma de expresión) es condición para la aparición de la semiosis, si quiera en su grado más bajo. Si percepción y acción son realmente distintos es necesario que algo ocupe siempre el intervalo sin colmarlo, y que entre la impresión en la percepción y la expresión en la acción (o el pensamiento) aparezca el afecto como desconectado y singular por no tener lugar en el sistema, pero siendo, no obstante, comienzo de un proceso semiótico en el que el sentido debe ser concebido como agente de producción y no como producto de la significación: todo signo es un devenir.

La cualidad pura excluye la negación, puesto que desde el momento en que el fundamento para la denotación de su objeto se atuviese a la lógica binaria de las relaciones por contraste entre cualidades (blanco/negro, presencia/ausencia), el signo pertenecería a la

232 EP 1:243 (Subrayado nuestro). Conviene recordar aquí que la síntesis entre intuición y concepto que tiene lugar en el ejercicio del juicio tiene como consecuencia no sólo la unión, sino también la separación del caso y la ley, de tal modo que esta última resulta predicable de una serie numéricamente infinita de sujetos posibles y que en esto precisamente consiste la irrupción del dominio de lo simbólico como forma de interpretancia eminentemente Tercera en el pensamiento de Peirce. Lo Primero, por el contrario, tendrá que ver precisamente con algo que pone en cuestión la capacidad determinante del régimen de significación y la aptitud del sistema de rasgos formales para determinar tal irrupción como esta o aquella sustancia, bien sea de contenido, bien de expresión.

categoría de lo Segundo y comprometería a un Tercero como regla de la referencia del representamen al objeto; en este caso, la cualidad habría accedido a una cierta incorporación -en el concepto y, por tanto, en la posibilidad de determinación en la intuición de un objeto correspondiente- y con ello a una reterritorialización por mediación de lo simbólico. Sin embargo, considerada en sí misma, la cualidad pura corresponde al orden del afecto como rango de indeterminación y movimiento de desterritorialización que hace posible, por irrupción de lo preindividual entre los polos perceptivo y activo del organismo, tanto su coincidencia como aquella desconexión respecto de los estados de cosas efectivos que convoca una nueva individuación. El interpretante correspondiente deberá, en consecuencia, ser asimismo un Primero (interpretante inmediato²³³), esto es, ni una regla general (interpretante lógico) ni un hábito que regularizase el circuito entre los polos perceptivo y activo (interpretante dinámico), sino más bien una condición desconectada tanto del orden de la significación como del de la pura designación, pura hipótesis considerada al margen de lo condicionado y de la determinación de un ámbito de consecuencias concebido sobre la base de lo posible y lo imposible -por ello mismo, resulta ser también independiente respecto de la forma del sujeto de la manifestación una vez el pensamiento se hace corresponder con lo Tercero, pero de tal modo que en él se distinguen estos tres tipos de interpretantes. Si bien el interpretante puede concebirse perfectamente en términos de hábito, entendiendo éste como síntesis o contracción de cierta dependencia de tal modo que queda establecida una función que define sus dos terminales como entidades de contenido y expresión respectivamente, es necesario subrayar el propósito de Peirce de evitar tanto su identificación con un sujeto como cualquier posible subordinación a la actividad del mismo frente a lecturas como la de Morris²³⁴, que remite la identidad entre interpretante y hábito al organismo, y con ello supone a este último como ya enteramente constituido y provisto de ciertas posibilidades de acción en función de su unidad orgánica, incurriendo así en un realismo ingenuo que ignora el carácter presubjetivo del hábito que Deleuze resalta especialmente ya desde su monografía sobre Hume. Tanto al nivel del organismo como al del estrato halotrópico o antropomorfo queda de manifiesto que la producción de signos no depende primeramente del hábito como su condición de posibilidad real sino del sentido como introducción de lo problemático y apertura a nuevas formas de estructuración.

233 “*The Immediate Interpretant consists in the Quality of the Impression that a sign is fit to produce, not to any actual reaction*” C. P. 8. 315

234 Morris, Ch. W., *Foundations of the Theory of Signs*, University of Chicago Press, 1938. (trad. *Fundamentos de la teoría de los signos*, Paidós, 1994).

3.9. La forma de expresión lingüística y la determinación del estatuto del signo en *Mil Mesetas*.

Puesto que, en el dominio de lo simbólico, tanto el objeto inmediato como el interpretante tienen carácter general y su interpretación es prorrogable indefinidamente, representamen, objeto inmediato e interpretante han de ser, por su parte, susceptibles de ser considerados como signos, del mismo modo que a partir de la cuadrícula glosemática resulta necesario admitir la proliferación de sustancias de expresión específicas de la esfera del contenido (metasemiótica) y de entidades de contenido propias del ámbito de la expresión (semiótica connotativa), -haciendo que expresión y contenido deban ser considerados cada uno como estratos- una vez se ha reconocido la disconformidad de la doble articulación entre ambos planos a partir del carácter continuo heterogéneo del sentido [*Mening*]. La irrupción de lo psíquico y del afecto operan una desterritorialización que permite la introducción del símbolo como signo desterritorializado y “agente” de reterritorialización en lo icónico, reincorporado en formaciones molares cuyas configuraciones actuales ocultan la virtualidad molecular a partir de la que se constituyen. Ahora bien, es condición de tal reincorporación el establecimiento de un régimen de signos específico, a saber, aquél en el que se hace posible que lo condicionado oculte su condición al tiempo que se propone como fundamento una constancia, una centralidad y una rigidez que contrastan con la aptitud del régimen para traducir en sus propios términos cualquier otra semiótica. La articulación entre expresión y contenido vuelve a cambiar de naturaleza, pasa a ser real-esencial o categorial en el tercer grupo de estratos, donde el plano de la expresión deviene lenguaje y en el plano de contenido surge la dimensión de lo tecnológico. Deleuze y Guattari no dejan de puntualizar que en ningún caso puede darse cuenta de la aparición de este estrato a partir de la consideración de algo así como una “naturaleza humana”, de la que tanto lo tecnológico como lo lingüístico constituyesen actualizaciones susceptibles de ser consideradas como más o menos exitosas. De este modo, tanto las formas como los grados de desarrollo de las mismas en las sustancias de un plano y del otro pasan a ser entendidas en función de movimientos de desterritorialización relativos y éstos, en última instancia, remiten a una desterritorialización absoluta que constituye el umbral de consistencia mínima del estrato.

Remitiéndose al trabajo de Leroi-Gourhan, Deleuze y Guattari conciben la esfera de los contenidos en este estrato como ligada al conjunto mano-herramienta, lo que supone una ampliación del umbral de desterritorialización con respecto al estrato orgánico. De acuerdo con el relativismo generalizado que resulta de reconocer al proceso -y con él, a lo virtual- su dimensión productiva, esta esfera debe ser asimismo considerada como un estrato y, por

consiguiente, aparece la necesidad de determinación tanto de su unidad de composición como de las condiciones de diversidad de su desarrollo con objeto de mostrar en qué sentido la proliferación de la doble articulación es condición genética para la constitución de entidades significantes y significadas tanto en el plano del contenido como en el de la expresión. La mano aparece como forma general de contenido de tal modo que los rasgos manuales resultan de ciertos movimientos de desterritorialización y llegan a constituir un código irreductible tanto a los rasgos formales de una pata delantera como a los que determina la función a la vez prensil y locomotora de la mano del simio. Correlativamente a esta codificación manual, tiene lugar una desterritorialización de los medios a propósito de la cual la estepa, como alisado del espacio, abre el estrato a la reterritorialización y hace que la mano pueda aparecer y prolongarse en herramientas y productos. Conforme a una primera articulación, materias formables efectúan sustancias que son asimismo formas en actividad y constituyen una segunda articulación en perpetuo desequilibrio con respecto a la primera, de tal modo que productos y herramientas “funcionan como verdaderos estratos y marcan las discontinuidades, las rupturas, las comunicaciones y difusiones, los nomadismos y sedentaridades, los umbrales múltiples y las velocidades de desterritorialización relativas en las poblaciones humanas”²³⁵. Leroi-Gourhan señala cómo la relación “nivel técnico-densidad social” se torna el factor principal del desarrollo de este plano, hasta el punto que “en el tiempo ellas (las técnicas) se comportan a la manera de especies vivas, gozando de una fuerza de evolución que parece serles propia e impulsadas a escapar del dominio del hombre”²³⁶, esto es, la capacidad productiva immanente a la esfera del contenido se vuelve inconcebible desde el momento en que se toma como subordinada a una forma de humanidad en general, claramente definida en función de disyunciones excluyentes. Sin embargo, tampoco resulta posible una comprensión genuina del desarrollo técnico sobre la base de cierta animalidad genérica que encontraría en las herramientas y los productos modos de relación con los medios adecuados para la actualización de sus notas constitutivas, puesto que la individuación técnica complica como sustratos modos de individuación correspondientes a los estratos orgánico y físico-químico, que desterritorializa y sobrecodifica de acuerdo con las condiciones de unidad de su modo concreto de individuación. La referencia a la animalidad sólo tiene sentido aquí por cuanto ésta es concebida como devenir, esto es, atendiendo al margen de indeterminación que introduce la dimensión del afecto, por lo que los diferentes grados de desarrollo deben ser entendidos en términos de poblaciones y relaciones diferenciales, de tal modo que del lado del contenido corresponde remitir tanto el ecumeno o condición de unidad (mano y código digital) como los

235 MP p.66.

236 Leroi-Gourhan, A., *Le geste et la parole*, Paris, Éditions Albin, 1965 (trad. Carrera, F., *El gesto y la palabra*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1971, p. 146).

grados de desarrollo y la proliferación de estados intermedios en los epistratos y paraestratos (según el par herramientas-productos) a la constitución de formaciones de potencia, entendidas en el sentido que Simondon retiene de lo potencial, a saber, como presencia de lo preindividual en el sistema asociada a la posibilidad de un intercambio o inversión energética capaz de introducir una transformación en el mismo.

También el lenguaje como conjunto de rasgos formales de expresión resulta de movimientos de desterritorialización, y su virtualidad no encuentra existencia más que en las diferentes lenguas por cuanto éstas comprometen ciertas sustancias formables, es decir, efectúan una restricción de un continuo²³⁷ a partir de la que aparecen formas y entidades de la expresión de acuerdo con el par rostro-lenguaje. En primer lugar, tal restricción tiene lugar sobre un continuo fónico que se sirve de elementos orgánicos como sustratos pero no puede explicarse exhaustivamente a partir de los mismos, sino más bien a partir de ciertos movimientos de desterritorialización que Deleuze y Guattari presentan en un esbozo de mapa intensivo con objeto de mostrar cómo el paso de un estrato a otro no tiene que ver tanto con la adquisición de formas cuanto con el franqueamiento de umbrales de consistencia a partir de los que las formas ponen de manifiesto su dependencia con respecto a los procesos.

«La boca como desterritorialización del hocico (todo un “conflicto entre la boca y el cerebro”, como decía Perrier); los labios como desterritorialización de la boca (sólo los hombres tienen labios, es decir, un repliegamiento de la mucosa interna; sólo las hembras de los hombres tienen senos, es decir, glándulas mamarias desterritorializadas: en el amamantamiento prolongado, que favorece el aprendizaje del lenguaje, se produce una reterritorialización complementaria de los labios en el seno, y del seno en los labios). Qué curiosa desterritorialización, llenar la boca de palabras en lugar de llenarla de alimentos y de ruidos. Una vez más, diríase que la estepa ha ejercido una fuerte presión de selección: la “laringe flexible” viene a ser el homólogo de la mano libre, y sólo puede desarrollarse en un medio talado, en el que ya no es necesario tener cavidades laríngeas gigantescas para dominar mediante gritos la persistencia del fragor del bosque»²³⁸.

Ya en el capítulo dedicado a mostrar los puntos de influencia fundamentales con los que el trabajo de Hjelmslev nutre al pensamiento de Deleuze se presentó la operación de restricción como coextensiva al establecimiento de cualquier sistema de signos, de tal modo que, a la hora de dar cuenta del lenguaje como forma específica de la expresión en el último grupo de estratos, resultaba patente la insuficiencia de la convención para explicar la formación de un plano de la expresión semejante. Ahora bien, al haber acercado esta última noción a la de

237 «En una zona tan amorfa como ésta, las diferentes lenguas incluyen arbitrariamente un número diferente de figuras (...), puesto que los límites se fijan en lugares diferentes dentro del continuo» Hjelmslev, L., *Op.cit.* p.82, [50].

238 *MP*, p.67. Deleuze y Guattari se remiten en este punto al trabajo de Emile Devaux *Trois problèmes L'espèce, l'instinct, l'homme*, Paris, E. Le François, 1933, donde se propone el vínculo entre la estepa como una suerte de “espacio liso” y la aparición del par técnica/lenguaje como correlativa al desarrollo del estrato antropomorfo.

“articulación” -entendida como aquél rasgo que desconecta finalmente ciertas sustancias fónicas respecto de la expresión meramente icónica o indicial y efectúa una nueva codificación como forma de la expresión a partir de la cual pueden aparecer entidades de expresión como sustancias formadas, susceptibles asimismo de desempeñar el papel de entidades de contenido para otras entidades de expresión-, la génesis de ese hipotético acuerdo en virtud del cual el *lógos* se distingue de la *phoné* puede ser abordada desde el punto de vista de una morfogénesis inmanente que se haga cargo de las condiciones reales de aparición y funcionamiento de lo simbólico considerando que la dependencia entre proceso y sistema resulta ser del orden de la determinación, esto es, una función tal que la variación determina la aparición de constantes. De este modo, la distinción estoica que separa el orden de las causas corpóreas del de los efectos incorpóreos prolifera a ambos lados de la doble articulación, puesto que el acontecimiento incorpóreo se atribuye a los estados de cosas existentes, insistiendo en el cuerpo de la proposición que lo expresa, irreductible a las designaciones, significaciones y manifestaciones que relaciona y distingue (recíprocamente rostro-lenguaje son relativamente expresión o contenido el uno del otro). El sentido hace posible una presuposición recíproca entre estados de cosas y proposiciones que mantiene su diferencia respectiva como *distancia* independiente de cualquier *medida* actual, y la dimensión de la expresión afirma su heterogeneidad reflejando su peculiar estatuto tanto en la esfera de los estados de cosas designados como en la de las proposiciones designadoras:

«Del lado de la cosa, están por una parte las cualidades físicas y relaciones reales, constitutivas del estado de cosas; por otra parte, están los atributos lógicos ideales que señalan los acontecimientos incorpóreos. Y, del lado de la proposición, están por una parte los nombres y adjetivos que designan el estado de cosas; por la otra, los verbos que expresan los acontecimientos o atributos lógicos: Por una parte, los nombres propios singulares, los sustantivos y adjetivos generales que señalan medidas, paradas, descensos, presencias; por otra parte, los verbos que arrastran con ellos al devenir y su tren de acontecimientos reversibles, y cuyo presente se divide hasta el infinito en pasado y futuro»²³⁹.

Es precisamente en esta capacidad del verbo de “cosignificar el tiempo” en el presente²⁴⁰ donde se hace accesible el desvelamiento del acontecimiento que sobreviene a los estados de cosas y se expresa en la proposición sin perder un ápice de su impasibilidad e impotencia, y lo que funda la posibilidad real tanto del establecimiento de la condición de verdad y el régimen de la significación, como de la liberación de las potencias de lo falso en los procesos de fabulación. Sólo en el expresable completo, esto es, en la proposición por cuanto en ella se realiza la atribución, es posible la verdad o la falsedad, mientras que el

239 *LS*, 4ª serie: de las dualidades.

240 «El verbo es lo que significa además tiempo, ninguna de cuyas partes significa separadamente y es un signo de las cosas dichas de otra. Digo que significa además tiempo: por ejemplo “salud” es un nombre, pero “sana” un verbo, pues significa además el atribuirse ahora. Y siempre es un signo de lo que se atribuye (...)». Aristóteles, *Perihermeneias*, 16b, (trad. García Suárez, A. y Velarde, J. Madrid, Tecnos, 1999, p.157).

expresable incompleto, esto es, el verbo sin sujeto, queda más acá del orden de la significación y, por tanto, también de la condición de verdad. Esta sustracción del infinitivo respecto al orden del presente a partir de la cual son posibles diversas modulaciones del tiempo (sin perjuicio de que puedan estar afectadas asimismo de cierta impropiedad al proporcionar siempre una mera representación del tiempo) destituye el privilegio de lo actual y escapa a la concepción aristotélica de la definición basada en la forma (del género y de la diferencia específica), marcando su diferencia de naturaleza con respecto al ámbito de las conexiones reales²⁴¹. La atribución del acontecimiento al estado de cosas no es sino incorporación en un mismo presente que, desde ese momento, constituye en la proposición una presentación indirecta o un modo impropio de la temporalidad. Pasado y futuro aparecen así representados, esto es, concebidos a la escala del presente, en la proposición verdadera o falsa y en la designación actual o potencial, pero esto sólo es posible sobre la condición de una temporalidad irreal aunque propiamente incorporal. Los segmentos de expresión, a diferencia de lo que ocurría en el estrato orgánico, dejan de relacionarse conforme a una linealidad genética que restringe el margen de desterritorialización de la secuencia a los fenómenos de deriva o de plusvalía de código y en ningún caso hace posible la superposición y reabsorción de unos segmentos en otros conforme a una simultaneidad no corpórea, es decir, una “coexistencia” que no se limite a la forma del presente y de lo actual, sino que libere una capacidad de sobrecodificación irrestricta, sin perjuicio de que sea en esta forma en la que tenga lugar la reterritorialización. Así, la linealidad de la expresión es propiamente sobrelinealidad y remite al tiempo puro, infinitamente pasado-futuro, en una síntesis formal de la sucesión que confiere a la expresión lingüística su más alto poder, a saber, la capacidad de dar cuenta de formas y sustancias de expresión y contenido pertenecientes, no sólo a lenguas diferentes, sino a cualquier otro estrato. El medio de interioridad y los medios intermediarios de la expresión lingüística se constituyen propiamente hablando por *traducción*, esto es por sobrecodificación, sin que la consistencia de la unidad de composición del estrato se vea por ello amenazada: la capacidad representativa del signo lingüístico reside en su alto grado de desterritorialización, que alcanza no sólo a la relación entre contenido y expresión, sino incluso a la distinción entre formas y sustancias, de tal modo que una misma forma puede pasar de una sustancia a otra. La desterritorialización misma aparece, además de como el movimiento genético de una estructuración inédita, como régimen de funcionamiento de esta forma de estructuración, al tiempo que hace posible la reconstrucción de la totalidad bajo la forma de un Mundo. Ahora bien, tal Mundo aparece siempre como límite del proceso semiótico puesto que

241 «“No sana” y “no enferma” no los llamo verbos: aunque significan además tiempo y siempre se atribuyen a algo, presentan sin embargo una diferencia, pero no hay para esto un nombre establecido. Llamémoslos verbos indefinidos, porque pertenecen igualmente a cualquier cosa, ya sea existente o no existente». Aristóteles, *Ibidem*,

implica un grado de semioticidad máximo al exigir para su fijación lo que sería, conforme a la terminología de Peirce, un legisigno argumentativo simbólico, y parece ser, por consiguiente, una pretensión inherente a la instauración del lenguaje como forma de expresión. De este modo, al signo desterritorializado puede llegar a corresponder una reterritorialización *bárbara* en el régimen signifiante o despótico, capaz de instaurar un centro de redundancia para todas las entidades resultantes del proceso ilimitado de la semiosis. Esta proliferación de estados intermedios y de interiorización de materias produce la ilusión de que el lenguaje es capaz de reducir cualquier forma de estratificación a sus condiciones sin resto, pero ignora su pertenencia a un estrato concreto, a saber, su dependencia como fúntivo determinado de un proceso animado por un movimiento de desterritorialización del signo que demanda, para afianzar el calado de semejante ilusión, la referencia a un centro en connivencia con la dimensión de la interpretancia y que no puede entenderse si no es, en primer lugar, remitiendo las formas y sustancias de la expresión a presupuestos del orden del proceso -esto es, propios de la enunciación- y, en segundo lugar, en una relación de presuposición recíproca sin correspondencia con una esfera de los contenidos como efectuación corpórea de formaciones de potencia en herramientas y productos. La desterritorialización hace proliferar la doble articulación en ambos costados, de tal modo que sustancias de contenido pueden desempeñar el papel de expresiones con relación a otras entidades de contenido y ciertas entidades de la expresión funcionar como sustancias de contenido para elementos específicos de la expresión: la mano desterritorializada es capaz de exceder la función indéxica e icónica sin confundirse con la expresión lingüística, mientras que el rostro y la palabra entran en dependencias variables de tal modo que los rasgos de rostridad pueden ser entidades de expresión para sustancias lingüísticas del mismo modo que las palabras del lenguaje pueden estar en el lugar de configuraciones del rostro sin que sea posible establecer ni una correspondencia término a término entre ambos planos ni, por supuesto, reductibilidad de un plano al otro. Frente a una concepción meramente denotativa del signo, en el tercer grupo de estratos la doble articulación se constituye de tal modo que ambos planos son, por sí mismos, semióticas. En el caso del contenido, la proliferación connotativa de herramientas y productos constituye un linaje tecnológico, mientras que en ámbito de la expresión, la forma lingüística constituye una metasemiótica en virtud de la sobrelinealidad de su forma.: la máquina abstracta establece la presencia en ambos planos de materias no formadas (*filum*) y funciones no formales (*diagrama*) que el agenciamiento concreto efectúa como formas y sustancias.

Una vez se han puesto de manifiesto las condiciones de emergencia de la forma de expresión lingüística desde la perspectiva que abre la aplicabilidad del esquema hjelmsleviano

de la doble articulación más allá del ámbito de los lenguajes naturales, y por cuanto tal doble articulación comporta necesariamente una impugnación respecto de toda pretensión explicativa de los distintos órdenes de fenómenos de individuación en términos de relaciones binarias (y es en este punto en el que las nociones de transducción y metaestabilidad presentes en la obra de Simondon resultan pertinentes), el recurso a la clasificación peirceana de los signos atendiendo al modo de relación con su objeto conlleva la aparición de problemas concretos. Puesto que, por un lado, el índice entendido como signo territorial parece concernir a un cierto tipo de estrato en el que el aumento del umbral de desterritorialización hace pertinente la consideración del territorio como constituido en la dinámica de individuación orgánica o biológica, el icono por su parte ha aparecido precisamente por cuanto en tal régimen de individuación la desterritorialización aumenta y, en consecuencia, también lo hace la exigencia de reterritorialización, de tal modo que el símbolo irrumpe cuando la conservación misma de esa tensión siempre protorresolutiva deviene constitutiva en un estrato que va a ser caracterizado precisamente por su capacidad de traducción, esto es, de apropiación y reformulación de cualquier otro modo de individuación en sus propios términos. Cuando la no correspondencia entre entidades de contenido y entidades de expresión se hace patente, se pone de manifiesto que la “arbitrariedad” saussureiana disimula la autonomía relativa de la forma de contenido respecto de la forma de expresión y la condición de verdad del régimen de la significación mediatiza las funciones indéxica e icónica hasta el punto de ocultar la condición genética real de lo designado bajo la forma lógica de la posibilidad de designación. La potencia de la paradoja hace presente el sentido en sí mismo como anterior a la forma de la subjetividad al presentar una indecibilidad que es al mismo tiempo exceso y defecto, descentramiento respecto a la forma del presente en la que signo sólo aparenta conformidad entre el contenido y la expresión en el marco de las limitaciones impuestas por la condición de verdad: la capacidad de sobrecodificación de la forma de expresión lingüística introduce el peligro de un imperialismo del lenguaje sobre todo proceso semiótico y, en última instancia sobre una cierta concepción del ser.

Sin embargo, este peligro aún debe ser comprendido conforme a dos niveles de apropiación de la heterogeneidad por parte de la forma de expresión: uno referente a una captura del sentido por la forma de expresión lingüística y otra, más eficaz, que consistiría en la reducción de todo lenguaje y, por extensión, de toda semiótica, al régimen del significante. En primer lugar, el carácter desterritorializado del signo lingüístico adquiere la función de equivalente universal precisamente sobre la base de una restricción del campo de lo posible, esto es, operando una reterritorialización en lo icónico siempre sobre la base de un

interpretante que es asimismo un tercero y tiene, en consecuencia, carácter de ley. Tal descualificación de las entidades de la expresión no puede darse sin resto, como si la forma lingüística funcionase a la manera de un género con respecto a todos los otros dominios y, puesto que la diferencia entre contenido y expresión puede situarse en la cosa misma conforme a una distinción propiamente categorial, se establece una distribución jerárquica de los diversos grupos de estratos que considera la forma espiritual como finalidad y grado último del desarrollo, ignorando el proceder transductivo del que cada grupo constituye una modulación singular y extendiendo su forma de articulación a todo otro proceso, que es traducido y confinado en la forma de contenido correspondiente. Deleuze y Guattari conciben las distintas modulaciones en función de las diferentes posiciones que la máquina abstracta puede ocupar respecto al plan de consistencia y precisamente en virtud de esta consideración definen la extensión admisible del término “signo”, restringiéndolo a aquellas formas de estructuración donde ésta es capaz de trazar, bien un plan de organización (lo que en el plano de la expresión supone la extracción de regímenes de signos, a saber, formas y sustancias que introducen lo preindividual bajo la forma de lo colectivo), bien un territorio puesto que su constitución supone el hiato entre percepción y acción donde anida, con mayor o menor fortuna, lo afectivo. En el primer grupo de estratos se mantiene la máquina abstracta alejada de las alturas desde las cuales pudiese operar una síntesis global y “escribe directamente en lo real”²⁴², esto es, relaciona contenido y expresión en las condiciones locales del plan de consistencia, mientras que en el tercer grupo la expresión es capaz de operar una síntesis global y la escritura aparece ya desde el principio como sobrecodificada por la forma de expresión. El término “signo”, por consiguiente, deberá reservarse para designar a las entidades de la expresión en el estrato haloplástico o antropomorfo y en relación con lo colectivo y la enunciación aunque no de modo totalmente excluyente, puesto que puede tener también un sentido territorial en el animal que, como vimos anteriormente, ya exige la reintroducción de lo preindividual bajo la forma de lo afectivo. En consonancia con la posición fundamental de Peirce, sólo tendrá sentido hablar de signo cuando se apunta a una relación triádica entre una expresión y un contenido tal que un tercero o interpretante hace posible la referencia del primero al segundo. Ahora bien, Peirce entiende el interpretante conforme a sus tres categorías fundamentales, pudiendo ser éste emocional (inmediato), energético (dinámico) o lógico y, de acuerdo con la restricción de la extensión del término “signo” que proponen Deleuze y Guattari, esta triada debe ser leída de forma invertida en consonancia con la pretensión del lenguaje de hacerse coextensivo al sistema de los estratos: deberá hablarse de “signos” en sentido estricto cuando el carácter lógico del interpretante remita a un sistema de significación capaz de aislar del continuo de

242 *MP*. p.70.

sentido ciertas materias, constituyendo el plano de la expresión conforme a una distinción exclusiva que permite que el conjunto de figuras sea determinable en términos categoriales y pueda dar lugar a distintos regímenes de signos. Sin embargo, esta capacidad productiva adoptará la forma de la posibilidad lógica y recaerá, en consecuencia, sobre el sistema de significación y las condiciones representativas de la enunciación, relegando el sentido y los movimientos de desterritorialización al estatuto de lo accidental. No obstante, también parece admisible el empleo del término “signo” en un sentido más lato para designar la marca territorial que se constituye por mediación de un interpretante energético, pese a que no sea posible la extracción de regímenes de signos en este caso. Respecto al interpretante emocional, quizá sólo tenga sentido hablar de él por cuanto es capaz de desconectar tanto las conexiones reales del dominio de lo inético como las relaciones de significación que organizan el campo de lo simbólico, esto es, por cuanto es posible distinguir el afecto de su incorporación en un estado de cosas designable bajo la figura del sentimiento, que presupone como ya constituido el orden de la manifestación. En este sentido, Deleuze recupera aquella comprensión del “signo” que ya en su obra sobre Proust introducía necesariamente tanto la necesidad de la búsqueda²⁴³ como el carácter pragmático de la misma²⁴⁴. Si, en efecto, el signo es tal porque no tiene lugar en el saber disponible, debe ser eminentemente un Primero, un representamen, que brota de la restricción de un continuo material como siendo, a la vez, algo más (una cierta figura) y algo menos (porque resulta irreducible a las condiciones formales de acuerdo con las cuales ese continuo es conocido). Puesto que su realidad sónica depende precisamente de esa relación en virtud de la cual deviene su propio sentido y modifica el mundo, resulta necesario abordar su estudio en términos de regímenes, puesto que de otro modo se caería en una concepción abstracta de la dependencia contraída que sería remitida, bien a la naturaleza, bien a una total arbitrariedad. Convendrá aquí, por tanto, seguir el movimiento del sentido en la constitución de tales regímenes, movimiento que debe ser vinculado en todo momento con supuestos de carácter eminentemente pragmático en los que aflora la dependencia del plano de la expresión con respecto al del contenido al mismo tiempo que se hace patente el isomorfismo sin correspondencia que los distingue. Ahora bien, también es posible remitir por sobre-codificación la heterogeneidad de tales regímenes a la condición de unidad del mundo científico (*Welt* en oposición al *Umwelt* animal) puesto que la sobrelinealidad de la expresión

243 «Aprender concierne esencialmente a los signos. Los signos son el objeto de un aprendizaje temporal y no de un saber abstracto. Aprender es, en primer lugar, considerar una materia, un objeto, un ser, como si emitieran signos por descifrar, por interpretar» Deleuze, G., *Proust y los signos*.

244 «Sólo buscamos la verdad cuando estamos determinados a hacerlo en función de una situación concreta, cuando sufrimos una especie de violencia que nos empuja a esta búsqueda. ¿Quién busca la verdad? El celoso bajo la presión de las mentiras del amado. Siempre se produce la violencia de un signo que nos obliga a buscar, que nos arrebató la paz. La verdad no se encuentra por afinidad ni por buena voluntad, sino que se manifiesta por signos involuntarios». *Ibidem*.

cuando deviene lingüística determina las condiciones, no sólo de la traducción, sino también de la significancia y la interpretación. Así, el segundo peligro que comporta el carácter sustancial de la distinción entre contenido y expresión es el de la pretensión de coextensividad del significante a todo el dominio de la semiótica.

4. Pragmática.

4.1. Limitaciones de la semiología.

La centralidad del significante es capaz de introducir, precisamente por su carácter desterritorializado, un modo de segmentariedad rígido y una sobrelinealidad centralizada que refuerza la pretensión de un imperialismo del lenguaje al concebir la redundancia del significante como fin del proceso semiótico, capaz de eliminar el exceso y la heterogeneidad que animan el movimiento mismo de la formación de signos. La ilusión de una potencia de apropiación irrestricta del lenguaje sobre toda otra forma de organización y de constitución de individualidades se desarrolla sobre el par significante-significado de tal modo que, incluso aceptando la arbitrariedad de su determinación, supone en el límite homogeneidad y estabilidad *de iure*. Aunque *de facto* lo único que encontramos es la semiosis ilimitada y el trabajo diversificador de la connotación, todos estos movimientos se conciben a partir de una fijación que nunca llega pero en función de la cual se evalúan los movimientos en una concepción invertida de la dependencia entre proceso y sistema que lastra desde el principio la investigación lingüística y resulta impugnable desde el punto de vista de un pensamiento que recusa la prioridad ontológica de lo Uno. El régimen significante reclama para sí la facultad de instaurar una transparencia entre el significado y todos los otros estratos como sustancias de contenido, de tal modo que la relación significante-significado ignora la relatividad de la distinción de una forma del contenido y una forma de la expresión, la no conformidad que caracteriza su relación de presuposición recíproca y, en última instancia, el fundamento mismo de la distinción real que asegura la imposibilidad de coincidencia en un centro y de detención del proceso, esto es, no alcanza a llevar el estatuto de lo virtual hasta sus últimas consecuencias. La instauración de un medio homogéneo de interioridad del lenguaje se basa en la distinción categorial entre la palabra y la cosa²⁴⁵, de tal modo que se opera una reducción tanto de la forma de contenido como de la forma de expresión que evita la introducción de lo propiamente acontecimental en el ámbito de la semiótica, concibiendo las multiplicidades sólo de forma analítica y los devenires como sometidos a las condiciones de unidad y constancia que prescribe el sistema, y esto tanto si se postula la correspondencia término a término entre significante y significado como si se reconoce una total arbitrariedad en la contracción de la dependencia en virtud de la cual el significante cae del lado de la esfera de la expresión y el significado representa el ámbito de los contenidos. La introducción de las multiplicidades

245 «De la palabra extraen el significante, y de la cosa el significado conforme a la palabra, así pues, sometido al significante» *MP*. p. 71.

remite la articulación entre expresiones y contenidos, no ya al significante, sino a una determinada posición de la máquina abstracta que constituye dos órdenes de formalización diferentes en equilibrio metaestable, puesto que si bien por un lado efectúa sobrecodificaciones y reterritorializaciones de las que resultan sustancias y compuestos tanto del contenido como de la expresión, por otro está orientada al plan de consistencia y, por consiguiente, a un flujo de variación y a una potencia de descodificación y desterritorialización que hace posible la designación y la manifestación en conformidad con el orden de la significación, pero que también amenaza su consistencia desde el punto de vista de una desterritorialización absoluta que terminaría con la distinción entre palabras y cosas.

«Del significante sólo podemos decir una cosa: es la Redundancia, el Redundante»²⁴⁶, y garantiza tanto la constancia de las significaciones como su proliferación indefinida de acuerdo con relaciones en virtud de las cuales la información y la comunicación pueden aparecer como caracteres propios del lenguaje, justificando la reducción del plano de la expresión a mero medio de transmisión de unos contenidos cuyas conexiones reales pretenden reflejar, tal como son percibidas por sujetos particulares en el elemento de un sentido común y según la distribución operada por el buen sentido. Sin embargo, ni siquiera la adopción de una acepción restrictiva del término “signo” confiere carácter necesario a su identificación con el significante desde el momento en que se reconoce que los signos, en este estrato, necesariamente forman regímenes, y es sólo en la consistencia relativa de éstos donde cabe situar la condición real de la constitución de mundos o formas de unidad que, precisamente en virtud del carácter desterritorializado del signo lingüístico, pueden efectuar sobrecodificaciones susceptibles de fundar la ilusión de una coextensividad de lo semiótico al significante, perdiéndose así las componentes de desconexión y de productividad que definen el signo como devenir en favor de una comprensión en cierto sentido “corpórea” del mismo: el que una memoria de palabras sustituya a una memoria biológica o “natural”²⁴⁷ no sólo yerra al proporcionar una consideración representada de los contenidos, sino que, en ciertas condiciones²⁴⁸, es capaz de sustraer al plano mismo de la expresión la potencia creadora que deriva de aquella posición de la máquina abstracta que la orienta al plan de consistencia o campo trascendental. No obstante,

²⁴⁶ *Ibidem*.

²⁴⁷ «Precisamente este animal olvidadizo por necesidad, en el que el olvidar representa una fuerza, una forma de la salud vigorosa, ha criado en sí una facultad opuesta a aquella, una memoria con cuya ayuda la capacidad de olvidar queda en suspenso en algunos casos» Nietzsche, F., *La Genealogía de la Moral*, II, 1.

²⁴⁸ La instauración de una memoria semejante deriva del carácter categorial de la distinción real entre el plano del contenido y el de la expresión, y no es exclusiva del régimen signifiante, pero sí condición para su aparición en virtud de una modulación tal que la palabra encuentra en la grafía no sólo la materia para una sobrecodificación, sino que ésta es asimismo sobrecodificada por cuanto la escritura «induce una voz ficticia de las alturas que funciona como significante». *AE*, p.248.

tal campo tampoco puede ser concebido genéricamente como un *stock* de materias no formadas indiferentes, esto es, bajo la forma de una disponibilidad absoluta, puesto que de este modo el acontecimiento quedaría subordinado a la acción autónoma de la forma y se recaería en una concepción genérica de la morfogénesis que, en última instancia, reintroduciría la pasividad de lo material y la efectividad de la causalidad incorporal: el trazado de las líneas de desterritorialización sobre el plan de consistencia tiene lugar siempre en concreto:

«El plan de consistencia, o el planómeno, no es en modo alguno un conjunto indiferenciado de materias no formadas, pero tampoco es un caso de materias no formadas cualesquiera. Es cierto que, en el plan de consistencia, ya no hay formas ni sustancias, ya no hay contenido ni expresión, ya no hay desterritorializaciones relativas y respectivas. Pero, bajo las formas y sustancias de estratos, el plan de consistencia (o la máquina abstracta) *construye continuums de intensidad*: crea una continuidad para intensidades que extrae de formas y sustancias distintas. Bajo los contenidos y las expresiones, el plan de consistencia (o la máquina abstracta) *emite y combina signos-partículas (particlos)* que hacen que el signo más asignificante funcione en la partícula más desterritorializada. Bajo los movimientos relativos, el plan de consistencia (o la máquina abstracta) efectúa conjunciones de flujos de desterritorialización, que transforman los índices respectivos en valores absolutos. Los estratos sólo conocen intensidades discontinuas, incluidas en formas y sustancias; particlos divididos, en partículas de contenido y artículos de expresión; flujos desterritorializados, disjuntos y reterritorializados. *Continuum* de intensidades, emisión combinada de particlos o de partículas-signos, conjunción de flujos desterritorializados, tales son, por el contrario, los tres factores específicos del plan de consistencia, efectuados por la máquina abstracta y que constituyen la desestratificación. Ahora bien, nada de todo esto constituye una noche blanca caótica, ni una noche negra indiferenciada. Hay reglas, y esas reglas son las de la planificación, las de la diagramatización. Ya lo veremos más adelante, o en otra parte. La máquina abstracta no es cualquier máquina; las continuidades, las emisiones y combinaciones, las conjugaciones no se realizan de cualquier manera»²⁴⁹.

Esta concreción es la que aparecía como “compacidad” en la definición del agenciamiento maquínico propuesta en las primeras líneas del capítulo²⁵⁰ -donde se identificaba con la superficie de estratificación-, y es aquello que impugna desde el principio la ubicación de la razón del vínculo entre expresiones y contenidos del lado de una total arbitrariedad una vez desestimada la posibilidad de su remisión a una suerte de naturaleza ya enteramente constituida que supondría una forma de unidad previa. La máquina abstracta, en tanto orientada hacia el plan de consistencia, sólo encuentra las condiciones concretas de su efectuación en un espesamiento de dicho plan, en una restricción que prepara una selección que, aunque resulta arbitraria desde el punto de vista del sentido [*Mening*], no lo es desde el punto de vista del estrato ni de las relaciones entre estratos. Si, por su carácter metaestrático, la máquina abstracta debe producir la continuidad siempre ya entre formas y sustancias, el modo concreto en el que se lleva a cabo esta operación de alisado o desestratificación concierne al agenciamiento maquínico que relaciona el plano de contenido y el plano de expresión como estratos, estableciendo las correspondencias y las adaptaciones recíprocas como constantes a partir de la

249 MP. p.75.

250 «Una superficie de estratificación es un plano de consistencia más compacto entre dos capas [...] la superficie de estratificación era un agenciamiento maquínico que no se confundía con los estratos» MP. p. 48.

variación del plan de consistencia al que él mismo se abre. La ilusión en este punto consiste en ignorar que todas las operaciones relativas a las condiciones de unidad del estrato y de proliferación de formas y sustancias dependen como constantes actuales de un flujo virtual variable que desautoriza tanto toda pretensión de universalidad, homogeneidad y exclusividad de la forma de expresión lingüística como la reducción del lenguaje a sus dimensiones informativa y comunicativa (del mismo modo que el reconocimiento del peculiar estatuto de los acontecimientos incorporales recusa la identificación aristotélica entre lógica y física). Las limitaciones de la ciencia lingüística que el proyecto de Hjelmslev tenía como propósito corregir se hacen patentes desde la perspectiva que Deleuze y Guattari hacen explícita en *Mil Mesetas* a través de la impugnación de cuatro postulados que lastran la comprensión del lenguaje y la precipitan hacia el imperialismo del significante. De la explicación de tales postulados obtendremos en este trabajo ciertas claves relativas a las formas de intervención y las condiciones pragmáticas de una enunciación que pueda constituir algún tipo de resistencia con respecto a las formas de sujeción que resultan de la constitución de determinados regímenes de signos en las condiciones concretas de la sociedad capitalista y a los que corresponde cierta concepción de la subjetividad y de la intervención clínica sobre la misma. Teniendo en cuenta que los postulados aparecen como condiciones del ejercicio actual de la investigación en el ámbito del lenguaje y que de ningún modo pueden surgir del sistema resultante de la misma sino que, antes bien, resultan supuestos en el propio proceso de construcción de la teoría, el carácter autosuficiente y cerrado del lenguaje sobre sí debe ser sustituido por una concepción pragmática capaz de introducir cierta consideración de lo extradiscursivo y satisfacer, en el marco de la semiótica, aquello que en Saussure aparecía como exigencia programática de la semiología, a saber, el estudio de los signos en el seno de la vida social. Ahora bien, tal satisfacción pasa por un cambio radical que afecta tanto a la concepción del signo como a la de esa “vida social”, puesto que en la intención de Saussure ya se presupone una suerte de sustantividad de los contenidos independiente de la forma de expresión específica al situar la lingüística dentro de la semiótica y, a su vez, ésta comprendida dentro de la psicología²⁵¹. Del mismo modo, el propio estudio de los signos, al ser primeramente proceso, deberá ser abordado en función de sus supuestos propios y de la relación, tanto de éstos como de los motivos y efectos de la construcción de la teoría, con un

251 «Se puede, pues, concebir *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social*. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología* (del griego *sēmeion* “signo”). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubre serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos. Al psicólogo toca determinar el puesto exacto de la semiología; tarea del lingüista es definir qué es lo que hace de la lengua un sistema». Saussure, F., *Op.cit.*, Cap. III, § 3.

plano relativamente autónomo de contenido, cuyas entidades no se corresponden término a término con las entidades de la expresión, pero mantienen con ellas una cierta presuposición recíproca.

Orientaremos la exposición del posicionamiento de Deleuze y Guattari al respecto considerando su impugnación de aquél postulado en virtud del cual la función del lenguaje se reduciría a la información y la comunicación. De acuerdo con esta concepción, la enunciación resultaría explicable aduciendo elementos y condiciones exclusivamente lingüísticas, puesto que lo que se mantiene al margen es precisamente la relación de dependencia con respecto a un plano autónomo de contenido, que se interpreta como correspondiente en virtud de una intersubjetividad que funda, sobre la arbitrariedad de la relación entre significante y significado, una constancia y una concordancia a las que quedan subordinadas las variaciones -que desde ese momento encontrarían un criterio excluyente de demarcación y podrían clasificarse según los modos de la inherencia, la exclusión y la compatibilidad dentro del régimen de la significación. Lo que esta perspectiva ignora es el carácter maquínico del dispositivo a partir del cual se construyen las tres dimensiones “corpóreas” de la proposición y, por consiguiente, el modo de ser y el papel del acontecimiento en los procesos semióticos, por cuanto éstos tienen lugar siempre en relación con la incorporación de atributos incorpóreos y exigen la consideración de un elemento heterogéneo tanto respecto de los estados de cosas como de las relaciones y funciones del sistema. La alternativa que proponen Deleuze y Guattari pasa por recusar la concordancia como modelo en favor del reconocimiento de la no conformidad entre el plano del contenido y el plano de la expresión, lo que conlleva la introducción de cierta consideración del sentido como condición real de la doble articulación. Una discordancia se sitúa, pues, en el origen de la concordancia, y a partir de ella resulta posible dar cuenta tanto de la unidad del sistema como de la diversidad de sus formas y sustancias a condición de abandonar una perspectiva representativa en beneficio de una concepción productiva en la que la constitución y desarrollo de los distintos regímenes de signos es remitida a la noción de agenciamiento [*agencement*], construida sobre la consideración de los efectos incorpóreos de las acciones y pasiones de los cuerpos en los movimientos de desterritorialización y reterritorialización. Tal agenciamiento deberá ser, por su parte, colectivo antes que intersubjetivo, puesto que, por ser precisamente un espesamiento del plan de consistencia, su consideración se sitúa en un nivel preindividual y presubjetivo a partir del cual debe explicarse precisamente la constitución de individualidades y de subjetividades. Las distintas manifestaciones del signo lingüístico se constituyen corpóreamente en el plano de la expresión como compuestos, formas y sustancias, tanto de la expresión como del contenido,

en virtud de los atributos incorpóreos que la enunciación efectúa, y en este punto lo maquínico -entendido como irrupción de lo preindividual capaz de provocar una transformación-, debe ser considerado bajo la forma de lo colectivo, de modo que tales transformaciones incorpóreas deberán situarse en la génesis misma tanto de las sustancias como de las formas de la expresión y remitir a variables que funcionan como supuestos implícitos de la enunciación, irreducibles tanto al significante (la forma actual del enunciado y el sistema del que depende) como a su significado (las nociones en las que se representan los estados de cosas designados). Con la incorporación de estas consideraciones, Deleuze y Guattari abogan por un modo de pensar la referencia, no ya como representada en el enunciado por mediación del significado, sino como producida en el acto mismo de enunciación (sin que la descripción lingüística del mismo sea suficiente para dar cuenta de lo que en él se efectúa). Frente a un mecanicismo del signo, que describe y prescribe sus movimientos en un ámbito de homogeneidad exclusivamente lingüístico, la perspectiva maquínica introduce la heterogeneidad como condición real de la constitución del sistema y de sus variaciones asumibles, y debe concebir la relación entre los enunciados y las acciones corpóreas en términos inmanentes, esto es, considerando que de tales acciones resultan efectos incorpóreos que constituyen el expresable de los enunciados al mismo tiempo que estos últimos son inseparables de una cierta incorporación y, en consecuencia, intervienen en los estados de cosas investidos de cierta efectividad causal, aunque tal forma de intervención pertenezca de modo específico a la enunciación y sea en principio heterogénea con respecto a la causalidad propiamente corpórea. Así, la función propia del lenguaje difícilmente podrá ser reducida al modelo de la comunicación puesto que ésta, al ser entendida como intercambio de informaciones por medio de señales perceptibles por los interlocutores, no alcanza el nivel presubjetivo y preindividual a partir del cual tales sujetos se constituyen correlativamente a las informaciones transmitidas y desde el que se explica el carácter intrínsecamente activo de los enunciados en lo social:

«La maestra no se informa cuando pregunta a un alumno, ni tampoco informa cuando enseña una regla de gramática o de cálculo. "Enseña", da órdenes, manda. Los mandatos del profesor no son exteriores a lo que nos enseña, y no lo refuerzan. No derivan de significaciones primordiales, no son la consecuencia de informaciones: la orden siempre está basada en órdenes, por eso es redundancia. La máquina de enseñanza obligatoria no comunica informaciones, sino que impone al niño coordenadas semióticas con todas las bases duales de la gramática (masculino-femenino, singular-plural, sustantivo-verbo, sujeto de enunciado-sujeto de enunciación, etc.). La unidad elemental del lenguaje —el enunciado— es la consigna»²⁵².

La determinación del estatuto de la consigna es crucial para comprender en qué sentido la forma de expresión lingüística debe ser estudiada teniendo en cuenta, por un lado, su relación con un plano autónomo del contenido en el contexto de la doble articulación que

252 *MP*, 4

constituye el llamado “tercer grupo de estratos”, y, por otro, que también el plano de la expresión está doblemente articulado y, por consiguiente, su comprensión no puede reducirse al estudio de la forma de expresión lingüística concebida desde el punto de vista del sistema y puesta en correlación con el contenido de acuerdo, en definitiva, con una posición ontológica realista de cuño aristotélico. El carácter accesorio reconocido al tercer término de la difundida distinción de Morris entre sintaxis, semántica y pragmática²⁵³ tiende así a ser impugnado, puesto que desde el momento en que se reconoce a la virtualidad del proceso su carácter productivo -y, en cierto sentido, trascendental respecto a cualquier dimensión de la proposición-, la consideración de las relaciones pragmáticas como meros epifenómenos del sistema lingüístico resulta insostenible al exigir como dadas instancias específicas de los órdenes de designación y manifestación -es decir, los estados de cosas y el sujeto de la enunciación- cuya justificación está aquejada de una circularidad viciosa a no ser que se introduzca la referencia al elemento del sentido, concebido en la línea en la que es presentado en el trabajo de Hjelmslev, tal como lo recoge y emplea Deleuze al menos desde 1969.

La remisión exclusiva de las relaciones entre proposiciones y estados de cosas a factores externos respecto de la enunciación reproduce esta misma limitación y, si bien hace corresponder el modo indicativo a la descripción de las acciones y pasiones en los estados de cosas y el imperativo a la capacidad de introducción de una acción en estos últimos (de resultas que, como se ha expuesto más arriba, es precisamente entre ambos polos dónde el acontecimiento incorporal introduce una virtualidad concreta irreductible a la forma de lo actual), la posibilidad de designación como fijación o constancia del modo de referencia del enunciado a la cosa resulta explicada, no obstante, bien por una cierta naturalización de los signos, bien por la convergencia intersubjetiva y la convención. De acuerdo con la posición de Benveniste, la convención como actividad social de cesión de poderes ejecutivos a la proposición encuentra las condiciones lógicas para su ejercicio en la existencia de entidades específicas de la expresión (*embrayeurs*) capaces de dar cuenta, desde el punto de vista del sistema, de la designación y, a través de ésta, de la dimensión performativa del lenguaje. Ahora bien, situándose en el punto de vista del proceso, esto es, del habla, la efectividad de la proposición en su dimensión performativa es remitida a una forma de intersubjetividad que se articula con una concepción representativa y abstracta de la relación entre actos de habla y formas de sustantividad, hasta el punto de que es capaz de operar una restricción del dominio de la pragmática al ámbito de la mera efectuación de relaciones anteriores y derivadas de la constitución sustantiva de los términos en relación, mientras que tal dominio devendría

253 Morris, Ch. W, *Foundations of the Theory of Signs*, The University of Chicago Press, 1938.

generalizado en el caso de reconocer, siguiendo a J. L. Austin, una coextensividad de lo performativo a todo el lenguaje bajo la forma de lo ilocutorio. Quedan señaladas así dos grandes posiciones relativas al lugar de la dimensión pragmática en una teoría lingüística: la primera, común tanto al neopositivismo encarnado por Morris como al propio Saussure, relega la dimensión de lo realizativo al dominio del habla o de la efectuación, excluyéndolo del ámbito de la lengua y, por consiguiente, del objetivo fundamental de las investigaciones sobre el lenguaje hasta el punto de sostener que el estudio de la semántica y la sintaxis deba ser preservado de cualquier contaminación de carácter pragmático. Respecto a la segunda posición, podemos entenderla, bien como una corrección respecto de la primera, -y de hecho así es en el caso de Benveniste-, bien como una radicalización de lo que en tal corrección se plantea hasta el punto de constituir una inversión de la misma que adquiere consistencia e influencia en las tesis de Austin o del Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*. Esta radicalización pasa por la superación de todo finalismo, lo que exige distinguir en la actividad lingüística entre lo que es extrínseco respecto de la enunciación -bien como su motivo, bien como su efecto-, y aquello que es intrínseco o inmanente a la misma. Del reconocimiento de esta última diferencia depende que la concepción acerca de la función propia del lenguaje pueda escapar al modelo de la información y la comunicación, liberándolo así de aquella consideración que lo toma como mero medio. Al mismo tiempo, cuestiona su función representativa en beneficio de una comprensión productiva o poética que, desde más acá de la condición de verdad, relaciona el plano de la expresión y el del contenido en el nivel específico de lo social con procesos de individuación concretos e irreducibles a sus formas de actualización efectiva.

4.2. Designación y “ensignamiento”.

La relación del plano de la expresión con un plano relativamente autónomo de contenido, constitutiva del agenciamiento concreto sobre el que descansa la forma de estratificación en la que se producen las sustancias y los compuestos que componen el ámbito de “lo humano” pasa por la posibilidad de atribución de acontecimientos a los estados de cosas concretos en la relación de designación²⁵⁴. Si, como se propone en el *Curso de lingüística*

254 Si la función de designación es ejercida sobre elementos presentes en el propio enunciado, la deixis será de naturaleza anafórica y, por consiguiente, susceptible de ser explicada en términos sistemáticos (fundamentalmente de orden semántico), mientras que, en el caso de una deixis propiamente indicial o indéxica (*demonstratio ad oculos*), tal marco debe revelarse necesariamente como insuficiente puesto que lo que se sitúa en el centro de la cuestión es precisamente la relación de la forma de expresión lingüística con aquello que no es en principio, lenguaje pero que concurre en el acto de enunciación como estado de cosas. Esta oposición es objeto de un tratamiento detallado en Bühler, K., *Sprachtheorie*, Jena, 1964, §§ 7-8 (trad: Marías, J., *Teoría del lenguaje*, Madrid, Alianza Universidad, 1979).

general, el significado debe ser concebido como parte constitutiva del signo y, por consiguiente, explicable en el plano del sistema con independencia de las condiciones concretas de sus diferentes efectuaciones, el estatuto de la designación se vuelve problemático²⁵⁵: mientras que las entidades de expresión que desempeñan el papel de significado son, según Saussure, elementos puramente diferenciales, definidos negativamente por sus relaciones con los demás elementos dentro del sistema, los estados de cosas corpóreos que constituyen el designado actual de las proposiciones en cuya enunciación consiste el proceso demandan un estatuto diferente por cuanto son sus determinaciones positivas y los efectos de su interacción aquello que se expresa en la proposición. La versatilidad que resulta del carácter desterritorializado del símbolo como forma de expresión lingüística se hace patente cuando consideramos la distinción de Frege entre sentido y referencia a la luz del problema a partir del cual aparece, a saber, que en los contextos llamados “oblicuos” u “opacos” la permutación de términos con idéntica referencia pero distinto sentido altera el valor de verdad de la proposición. De este modo, toda designación de la referencia a la que una expresión apunta parece pasar por el sentido [*Sinn*] como modo o regla en virtud de la cual resulta posible la identificación del objeto en determinadas condiciones de enunciación, y así, la determinación del sentido de una expresión tendría lugar en el ámbito de la lengua, no en el del habla. Ahora bien, la existencia de un “tipo” de contexto o situación de discurso en el que se pone de manifiesto el carácter restringido de esa transparencia que se reconoce al lenguaje a partir de su capacidad de traducción no sólo atestigua cierta independencia del ámbito de la significación frente al de la designación, sino también la relevancia del contexto o situación discursiva a la hora de limitar -y, por tanto, de componer o descomponer- el propio régimen de significación. Tomando estos fenómenos como punto de partida, las investigaciones acerca del lenguaje pueden adoptar dos líneas de desarrollo: una considera que la relación de designación debe ser explicada a partir de aquello que en el propio sistema está específicamente orientado al proceso; la otra entiende las condiciones de enunciación como constitutivas de la significación, redimiendo a la pragmática de su carácter secundario respecto al estudio del sistema. De acuerdo con la primera de estas líneas, la posición de autores como Benveniste o Jakobson se distingue de las tesis propuestas por otros de cuño más positivista (como Russell, Strawson, J.S. Mill o Chomsky) precisamente por el reconocimiento de la exigencia de contar

255 Ya el pensamiento medieval había sido sensible a esta cuestión al distinguir entre la *significatio* y la *suppositio* como dos formas de relación diferentes entre las entidades propiamente lingüísticas (esto es, la *vox*) y las realidades extralingüísticas. Si bien, conforme a la *significatio*, las palabras se relacionan con las representaciones intelectuales correspondientes, su relación con los objetos exteriores al intelecto en la *suppositio* no puede concebirse paralelamente, puesto que la capacidad designadora no reside en el sonido considerado en sí mismo, sino en el término, esto es, en la entidad propiamente expresiva que se constituye en virtud de la primera relación. De este modo, se reconoce cierta independencia y anterioridad de la significación con respecto a la designación que ya anticipa posiciones como la de Frege o la del propio Saussure. Cf. Boehner, P., *Medieval Logic. An Outline of Its Development from 1250 to c.1400*, Manchester: Manchester University Press, 1952.

con la significación a la hora de operar cualquier designación -frente a la posibilidad de determinar los objetos a los que se refiere la proposición a partir de elementos que, perteneciendo al sistema, resultan totalmente asignificantes y se orientan de forma exclusiva a realizar la relación de designación, posición ésta que supone entender que la significación léxica es primera respecto a la significación contextual y que, de algún modo, el orden de la significación traduce lo real sin resto en el cuerpo de la proposición. Si, por el contrario, se atiende a la significación desde una perspectiva dispuesta a dar cuenta de su genesis, la referencia a la situación de discurso y a la dimensión de lo colectivo sitúan la significación contextual en primer término de la investigación, de modo que el camino hacia la segunda línea se hace accesible por cuanto el reconocimiento del carácter supuesto exigido de la significación para operar la designación hace necesaria la consideración de un cierto tipo de supuestos implícitos, immanentes a la propia enunciación, que constituyen, en la terminología de Deleuze y Guattari, sus “agenciamientos colectivos”.

Ya la gramática de Port Royal²⁵⁶ reflejaba la insuficiencia de la significación para efectuar por sí misma la designación y reconocía tal capacidad a ciertas entidades de la expresión que debían acompañar, como “determinantes”, a los nombres comunes en la enunciación. Se prefiguraba de este modo la noción de la *descripción definida* tal y como es entendida y manejada por autores como Russell o Strawson, entre otros. Las descripciones definidas se componen de una forma nominal y un artículo definido o un posesivo, de tal modo que la designación resulta satisfactoria en la medida en que se cumplen dos condiciones: del lado de la referencia, el objeto de la designación debe concordar efectivamente con la descripción que introduce la expresión nominal; del lado del sentido o de la significación, se requiere la unicidad del objeto de designación y el carácter apodíctico de la determinación efectuada en el enunciado. Ahora bien, en este último caso los incumplimientos no proceden tanto de la falta del objeto al que se apunta en la enunciación, cuanto del exceso que introducen los fenómenos de ambigüedad como efectos de sentido y de la pluralidad de referentes correspondiente, de tal modo que resulta necesario admitir la concurrencia de elementos pertenecientes a la situación de discurso para garantizar la efectuación de la designación, incluyendo el postulado de la existencia su objeto. Esta menesterosidad del nombre común a la hora de designar eficazmente su referente es, para Arnauld y Lancelot, un aspecto esencial que deriva precisamente del carácter general de su significación y no refleja propiamente ambigüedad, sino la necesidad de actualizar la extensión del concepto en cada situación

256 Cf. Arnauld, A., Lancelot, C., *Grammaire générale et raisonnée: contenant les fondemens de l'art de parler, expliqués d'une manière claire et naturelle*, Paris, Prault fils l'aîné, 1754. Pt.2, cap. X.

discursiva, proporcionando un caso satisfactorio para la descripción en la que consiste el sentido del término sin que éste pueda en modo alguno quedar reducido a tal caso. El nombre propio, por el contrario, sí que acusa la homonimia como un defecto, puesto que pretende actuar como designador exclusivo de un único referente, hasta el punto que J.S. Mill lo excluye del régimen de la connotación al entender que es una expresión con referencia, pero sin sentido. Frege difícilmente hubiese admitido esta reducción del nombre propio a mera señal, puesto que concebía tanto la relación del nombre común con un artículo definido como la función del nombre propio en sentido gramatical bajo la categoría general del nombre propio *lógico*, cuyo empleo es indisociable de una operación de expresión que introduce necesariamente supuestos para la enunciación que condicionan el valor de verdad de la proposición: “Los nombres, sean simples o compuestos, que forman el nombre de un valor veritativo contribuyen a la expresión del pensamiento, y esta contribución de los componentes individuales es su sentido”²⁵⁷. La posibilidad de designación del referente de un nombre propio depende de su sentido por cuanto su empleo conlleva la atribución de ciertos conocimientos de carácter colectivo que funcionan como supuestos implícitos de la enunciación; prueba de ello son los fenómenos de especialización de ciertos nombres propios (por ejemplo, el nombre “Canelo”, con independencia del conocimiento de su referente, parece designar preferentemente a un perro antes que a una persona) a cuya luz resulta insostenible una concepción puramente denotativa de los mismos como la propuesta por J.S. Mill en 1843²⁵⁸.

La posición de Benveniste al respecto, explícitamente considerada en *Mil Mesetas*²⁵⁹, reconoce la existencia de entidades de la expresión a las que atribuye un carácter limítrofe y sitúa en la parte de la lengua más cercana a su efectuación en el habla. La función de los así llamados *embrayeurs* (los *shifters* o *embragues* según Jakobson) pasa por una adecuada caracterización de la función de los pronombres que, lejos de constituir una clase unitaria dentro de la lengua, pueden ser clasificados, bien atendiendo a su pertenencia al orden sintáctico y semántico de la lengua, bien a la necesidad de remisión a ciertas instancias del habla para obtener su definición. Según Benveniste²⁶⁰, la concepción habitual de los pronombres personales, que parte de la tríada *yo*, *tú* y *él*, acusa una falta de consideración relativa a tales instancias, puesto que la noción de “persona” sólo resulta efectiva al nivel de los dos primeros por pertenecer al ámbito de la realidad discursiva que pone en juego la

257 Frege, G., *Grundgesetze der Arithmetik*, Hildesheim, G. Olms, 1962, p. 51. (trad. Molulines, U. *Fundamentos de la aritmética*, Barcelona, Laia, 1973).

258 Mill, J. S., *A System of Logic, ratiocinative and inductive*, Honolulu, University Press of the Pacific, 2002. Pt. I, Cap. 2, § 5.

259 *MP*, IV.

260 Benveniste É., *Problèmes de linguistique générale*, 1, Paris, Gallimard, 1966 (trad. S.XXI, 1971), Cap. XIV.

enunciación. Mientras que el empleo de los nombres (y no sólo los comunes, sino también los propios) está referido a una “noción constante y objetiva, apta para permanecer virtual o para actualizarse en un objeto singular, y que se mantiene idéntica en la representación que despierta”²⁶¹, el empleo del pronombre de la primera persona no puede encontrar una norma de uso tal que la referencia objetiva se mantenga constante en las diferentes situaciones de discurso. Esta referencia deberá buscarse, más bien, del lado de lo que Benveniste designa como “locución” y es lo que permite definir a *yo* en el plano del habla.

«*Yo* significa “la persona que enuncia la presente instancia de discurso que contiene *yo*”. Instancia única por definición, y válida nada más en su unicidad. Si percibo dos instancias sucesivas de discurso que contengan *yo*, proferidas por la misma voz, nada me garantiza aún que una de ellas no sea un discurso narrado, una cita en la que *yo* sería imputable a otro. Así que debe subrayarse este punto: *yo* no puede ser identificado sino por la instancia de discurso que lo contenga y sólo por ella. Sólo vale en la instancia en que es producido. Pero, paralelamente, es también en tanto que instancia de forma *yo* como debe ser tomado; la forma *yo* no tiene existencia más que en el acto de la palabra que la profiere».²⁶²

Del mismo modo, *tú* puede encontrar una definición: «el individuo al que se dirige la alocución en la presente instancia de discurso que contiene la instancia lingüística *tú*». En ambos casos, la definición se construye aludiendo a la situación de discurso en la que las entidades de la expresión *yo* y *tú* se refieren a determinadas instancias que pertenecen a la enunciación y sólo en ella resultan identificables, ya sea explícita o implícitamente, puesto que los demostrativos y adverbios de tiempo y lugar se organizan correlativamente a los indicadores de persona. En todos los casos de deixis indicial (pronombres, demostrativos y adverbios) la designación resulta completa por cuanto hay relación con un presente que es el de la situación discursiva, esto es, en la medida en que hay referencia a una forma de actualidad en la que acontece la enunciación como movimiento de incorporación, en conformidad con aquella tesis estoica en virtud de la cual algo puede ser signo de otro cosa sólo en cuanto ambas pertenecen al mismo presente. Ahora bien, como queda de manifiesto cuando en la enunciación se refieren acciones en estilo indirecto, parece necesario que el infinitivo como sustancia de la expresión lingüística (mera convención a partir de la cual se clasifican morfológicamente los modos de la flexión verbal) deba distinguirse del infinitivo como forma propia del tiempo en tanto efecto incorporal, pura virtualidad capaz de diversas incorporaciones a las que corresponden modos, tiempos y personas²⁶³. Benveniste señala que la determinación del modo de la deixis tiene lugar en el plano de la lengua, puesto que es posible distinguir entre entidades

261 *Ibidem*.

262 *Ibidem*.

263 «Todas las variaciones del paradigma verbal, aspecto, tiempo, género, persona, etc., resultan de esta actualización y de esta dependencia respecto a la instancia de discurso, notablemente el “tiempo” del verbo, que es siempre relativo a la instancia en que figura la forma verbal. Benveniste, *loc. cit.*

de la expresión que necesariamente se definen a partir de la situación discursiva presente, y otras entidades cuya función indécica se encuentra diferida por la significación y por el contexto específicamente lingüístico de la locución (en esto reside la diferencia entre expresiones del tipo “ayer” o “ahora” frente a “la víspera” o “entonces”), reconociendo así la posibilidad de situaciones discursivas en las que no intervengan instancias “personales” y, por consiguiente, en las que la identificación de los referentes en función de la locución no resulte necesaria²⁶⁴. Esta es la función que se reconoce a la tercera persona, puesto que la referencia que lleva a cabo comporta la remisión a una situación “objetiva”, denotada por las formas nominales, al tiempo que desplaza a un segundo plano la perspectiva pragmática y el problema de la comunicación intersubjetiva que las formas *yo* y *tú* tienen como función resolver.

«El lenguaje ha resuelto este problema creando un conjunto de signos “vacíos”, no referenciales por relación a la “realidad”, siempre disponibles, y que se vuelven “llenos” no bien un locutor los asume en cada instancia de su discurso. Desprovistos de referencia material, no pueden usarse mal; por no afirmar nada, no están sometidos a la condición de verdad y escapan a toda denegación. Su papel es ofrecer el instrumento de una conversión, que puede denominarse la conversión del lenguaje en discurso»²⁶⁵.

Los deícticos pertenecen al sistema de acuerdo con un punto de vista gramatical o morfosintáctico desde el momento en que pueden establecerse criterios de demarcación a ese nivel que ponen de manifiesto su dependencia respecto de las situaciones de discurso. De este modo, a partir de la identificación de un nivel de la deixis irreducible a cualquier elemento presente en el enunciado, los pronombres de la primera y segunda persona se distinguen de los de la tercera precisamente por no comportar de suyo residuo anafórico alguno. Del mismo modo que el hecho de que la función de designación comporte la referencia a las circunstancias del habla se hace patente no sólo en el uso de los dos primeros pronombres (que bien puede permanecer implícito), sino en diversas formaciones morfológicas y sintácticas que apuntan a tales circunstancias como forma del presente referencial (demostrativos, adjetivos y adverbios relativos, formas verbales), también atendiendo a consideraciones semánticas es posible enumerar los elementos constitutivos que concurren en la enunciación, empezando por la identidad de los interlocutores, el momento y lugar de la enunciación y las diversas modalidades de la misma. Ahora bien, en ambos casos, Benveniste está suponiendo

264 «Puede imaginarse un texto lingüístico de gran extensión -un tratado científico, por ejemplo- en el que yo y tú no apareciesen ni una vez; a la inversa, sería difícil concebir un corto texto hablado en que no fuesen empleados. Pero los demás signos de la lengua se repartirían indiferentemente entre estos dos géneros de textos». *Ibidem*. Benveniste distingue al nivel del habla dos niveles: aquél en el que la enunciación hace abstracción de la situación en la que tiene lugar la proferencia y aquél en el que hay referencia, por medio de los términos que ya han sido caracterizados, a la situación de habla. *Historias y discursos* se conciben así como polos ideales de la efectucción del sistema, si bien el propio Benveniste reconoce que la clasificación de las efectuaciones reales en virtud de esta distinción no se puede establecer jamás de manera absoluta.

265 *Ibidem*.

individualidades efectivamente constituidas tanto en el plano de la expresión como en el del contenido, sin poder dar cuenta ni de cómo surgen las de este último ni de qué modo pueden expresarse en las primeras más allá de la referencia al presente de la incorporación.

La preeminencia de la comunicación como función central del lenguaje tiende a hacer de este último la herramienta privilegiada de una intersubjetividad que funda la comunidad y la homogeneidad política en la constitución de una imagen del pensamiento marcada por el sentido común y el buen sentido. En la gramática de Port-Royal²⁶⁶ se supone una sustancialidad del pensamiento que el lenguaje tendría la misión de transmitir -como porciones de información, recortadas por estructuras gramaticales que tienden a calcar las estructuras esenciales del pensamiento-, aunque tal transmisión y el rigor representativo al que se orienta se subordinan a un fin más elevado, a saber, la comunicación misma como realización de la sociabilidad humana y la unicidad del sistema de la razón. La representación ocupa, por el contrario, el lugar central en la concepción humboldtiana del lenguaje, hasta el punto que aparece como su función esencial al constituir por sí misma la expresión de la naturaleza humana y de la *Weltanschauung* correspondiente, de manera que la comunicación sólo aparece como el medio necesario para la consecución de tal meta. Mientras que en el primer caso, la comunicación es considerada el fin al que la representación y la información aparecen subordinados, en el segundo se ve relegada a la condición de medio para la construcción de la representación, si bien en ambos casos se considera una suerte de realidad del pensamiento a la que se somete el lenguaje. Por su parte, y en la medida en que ya anticipa la aportación de Austin, la perspectiva abierta por Karl Bühler²⁶⁷, aunque mantiene cierto privilegio del aspecto comunicativo -puesto que se apoya en resultados obtenidos en el ámbito de la fonología, como la noción de “rasgos distintivos” y el empleo del método de conmutación-, retiene de la posición de Humboldt la expresividad del lenguaje como dimensión fundamental en la que se hace patente el espíritu humano. Tal forma de actividad debe ser comprendida aún a partir del sistema mismo y precisamente por esto es necesario distinguir lo que en ella pertenece propiamente al acto de significar y lo que, por el contrario, resulta exterior y sólo aparece en la enunciación por cuanto se sirve del lenguaje como medio. De este modo, frente al

266 Cf. Arnauld, A., Lancelot, C., *Op.cit.*

267 Bühler, K., *Op.cit.*, § 4. La distinción entre *Sprechhandlung* y *Sprechakt* aparece dentro de una tétrada que, de acuerdo con Bühler, reúne los cuatro aspectos irreducibles que constituyen el objeto total de la lingüística. A los dos elementos mencionados hay que añadir el producto lingüístico [*Sprachwerk*] y la forma lingüística [*Sprachgebilde*] como clases de fenómenos que, a diferencia de los otros dos, se encuentran desligados de la referencia al sujeto en virtud de una fijación intersubjetiva. Ahora bien, Bühler señala cómo, con independencia de su referencia al sujeto, es necesario reconocer al *Sprechakt* un grado de formalización equiparable al de la forma lingüística, superior con respecto al del *Sprechhandlung* y, por supuesto, al del producto lingüístico, reconociendo así el carácter inmanente del primero frente a la extralingüisticidad de las acciones que se sirven del lenguaje meramente como medio.

Sprechhandlung (la acción lingüística o lingüísticamente mediada), el acto propiamente lingüístico (*Sprechack*) resulta ser inherente al hecho mismo de hablar y, por consiguiente, independiente respecto de los motivos y efectos extradiscursivos de la enunciación (que, por su parte, sí que pueden depender de lo que en tales actos se efectúa). En consecuencia, el esquema de la comunicación propuesto por Bühler²⁶⁸ (a partir de cuya modificación formulará Jakobson su luego tan difundido modelo) no sólo incluirá de algún modo esta anticipación de la distinción entre perlocución e ilocución, sino que será capaz de prescindir de la imitación como forma preeminente de comprensión de la “representación”, abriendo el camino tanto a la introducción del isomorfismo sin conformidad constitutivo de la función-signo según Hjelmslev, como a la posibilidad de distinguir, con Peirce, entre el objeto inmediato y el objeto dinámico del signo. Este esquema señala tres actos en la significación definidos por tres direcciones concurrentes en el hecho semiótico; por cuanto el enunciado se orienta hacia un contenido lleva a cabo una *representación* del mismo, y se dirige a un receptor bajo la forma de una *apelación* que brota como *expresión* de un emisor, y que es indiscernible respecto del acto mismo que manifiesta. Todas las modalidades -tanto prosódicas como referidas a la gestualidad del rostro o los rasgos manuales de expresión autónomos- que efectúan esta manifestación pertenecen al plano de la expresión, pero no necesariamente al orden exclusivamente lingüístico; las entonaciones escapan a la denotación e introducen una connotación presignificante, los movimientos expresivos del rostro siempre pueden desafiar la coherencia de su unidad cualitativa, y los movimientos de la mano entrar en relaciones no lingüísticamente mediadas (indiciales, icónicas) que funcionan como entidades de la expresión específicas del plano del contenido. Aquello que se expresa y se presenta en la apelación como exigencia de referencia a un contenido pertenece, según Peirce, a la categoría de lo Primero. Por cuanto tal contenido es representado, que la representación sea ésta o aquella dependerá del efecto de la apelación, esto es, del tipo de relación en la que referente, emisor y receptor encuentran su distribución y esta relación no podría constituirse si los diferentes modos en los que tiene lugar

268 *Ibidem*, § 2. En el modelo que Bühler propone para completar el esquema de la comunicación (que, a pesar de haber sido ya formulado por Alan Gardiner en 1932, se presenta como conocido ya desde el Cratilo) también encontramos una consideración de la materialidad del signo en sí mismo por cuanto éste no puede en ningún caso hacerse idéntico al fenómeno acústico concreto: el signo resulta ser menor que el fenómeno acústico en virtud de criterios de relevancia abstractiva, mientras que la relación se invierte cuando se considera la dimensión suplementaria que afecta a lo dado de forma sensible cuando lo que se pone en juego es la relación de expresión. Ahora bien, lo que aparece bajo este rótulo en el esquema de Bühler no coincide plenamente con aquello que, siguiendo el sentido que Deleuze confiere al término, venimos empleando aquí como ese peculiar tipo de relación que, siendo irreductible tanto a la significación, la designación y la manifestación, es condición para la articulación de todas ellas. La representación triádica de los elementos concurrentes en la comunicación dota al signo, en opinión de Bühler, de tres dimensiones que corresponden con la clasificación triádica periceana que distingue entre iconos, índices y símbolos, puesto que se presenta al signo como dependiente de tres relaciones: simbólica por cuanto se ordena a objetos y relaciones, sintomática o indéxica, puesto que depende de un emisor «cuya interioridad expresa» y, por último, tiene el carácter de una señal en virtud de la apelación que dirige al receptor y es un Primero en el sentido de Peirce.

la significación fuesen reductibles a un código o sistema independiente del proceso de efectuación, esto es, si la representación fuese idéntica por principio a lo representado conforme a una correspondencia biunívoca en la que ambos extremos resultasen ser constantes. Sin embargo, la concepción de la comunicación tal como la encontramos formulada por Bühler no va más allá de reconocer el carácter necesariamente triádico de la función sobre la que es posible el acto de comunicación, aunque éste último no parece poder agotar el dominio del *Sprechakt*, puesto que, además de concebir la expresión sobre la base del orden de la manifestación, supone ya las relaciones de representación y apelación, de lo que resulta una comprensión sesgada de los actos inmanentes a la enunciación que necesita contar desde el principio con la transmisión de información sobre la base de una intersubjetividad ya constituida.

También Benveniste resalta el carácter triádico de la enunciación pero, a diferencia de Peirce, lo hace para marcar el criterio de distinción entre lo que es o no lenguaje²⁶⁹ (y conlleva una comprensión restringida de la Terceridad y del interpretante como interpretante lógico), acentuando la imposibilidad de encontrar un punto de partida no lingüístico para la enunciación. El lenguaje siempre parece presuponer al lenguaje, y Benveniste señala cómo la traducibilidad constituye al propio lenguaje como movimiento de remisión del signo lingüístico a sí mismo. Los pronombres de la primera y la segunda persona, los adjetivos demostrativos y posesivos, así como los adverbios de tiempo y lugar, señalan cierto rango de alusión a la situación de discurso en la enunciación explícita, si bien tales aspectos aludidos son siempre

269 Benveniste dedica el quinto capítulo de su obra de 1966 a mostrar cómo la aplicación de la noción de lenguaje a los fenómenos de comunicación en los animales exigiría de tal noción una ampliación que repercutiría en aquellos rasgos en los que encuentra su definición -y que serán, precisamente, los que dificulten considerablemente su reducción a vehículo de información y medio de comunicación. Considerando los resultados de las observaciones de Karl von Frisch, Benveniste señala ciertas características específicas de los procesos de comunicación en las abejas a partir de las cuales se hacen evidentes, no sólo la especificidad fónica (o gráfica) del sentido de la expresión sobre el que la forma lingüística recorta sustancias y compuestos, sino también el carácter sobrelineal de la forma de expresión lingüística y la desterritorialización sobre la que se constituyen las relaciones semióticas simbólicas. Así, en primer lugar, el mensaje que unas abejas transmiten a otras está formado por danzas y, si bien Benveniste reconoce aquí un “simbolismo verdadero” -puesto que la relación entre tales danzas y el contenido comunicado es puramente convencional y es, en este sentido, un código-, también señala que no hay intervención vocal alguna y, por consiguiente, podemos señalar que la desterritorialización con respecto al referente que se busca transmitir no alcanza un punto tal que haga a la forma de expresión capaz de reterritorializaciones irrestrictas. Prueba de ello es que tales danzas producen lo que en términos de Peirce sería un interpretante energético en virtud del cual una conducta no lingüística responde a la presencia del signo como signo de algo que no es, en sí mismo, un mensaje, sino una situación objetiva constituida por la existencia del alimento y la posición espacial del mismo con respecto al receptor del mensaje. De tal receptor no se espera una respuesta “comunicativa”, de tal modo que el proceso de transmisión de la información resulta ser unilateral y finito, distinguiéndose así considerablemente de los procesos comunicativos en los que interviene el lenguaje. Asimismo, si se atendiese al sentido de la expresión, el mensaje resultaría indescomponible en unidades discretas susceptibles de otras combinaciones, de tal modo que lo que la abeja transmite no es, propiamente, un enunciado -esto es, no compromete un eje paradigmático o selectivo ni una dimensión propiamente sintáctica- ni tiene posibilidad alguna acusar variaciones correspondientes a la expresión de otros contenidos. Cf. Benveniste, *Op.cit.* Cap. V.

susceptibles de formulación lingüística y, por consiguiente, el *principio económico* aparece como una respuesta razonable para explicar la función general de estas entidades de la expresión, aunque no del todo completa, ya que la significación del enunciado debe definirse, además de atendiendo al contenido informativo, considerando la relación intersubjetiva que supone la presencia de alusiones en la enunciación y que es introducida precisamente por ellas (el valor de la enunciación cambia en caso de que se sustituyan, por ejemplo, los pronombres personales por los nombres propios correspondientes). La situación de discurso es, por consiguiente, requerida para la realización efectiva de la designación y la reducción de la ambigüedad semántica, pero supone una forma de intersubjetividad extradiscursiva y la existencia de instancias específicamente lingüísticas capaces de establecer las condiciones comunicativas en virtud de sus propiedades como entidades de la expresión. De este modo, resulta posible oponer las posiciones de Port-Royal y Humboldt, por un lado, y la posición de Bühler y Benveniste, por otro, sin perjuicio de agruparlas posteriormente sobre la base de su común incapacidad para reconocer una coextensividad de la dimensión performativa del lenguaje que lo libre de su subordinación a una naturaleza del pensamiento (que, en relación con la comunidad, puede ser concebida como medio o como fin), o a una traducibilidad universal que circunscriba de forma exclusiva el objeto de la investigación acerca de lenguaje a las dimensiones semántica y sintáctica, remitiendo las condiciones actuales de efectuación a una suerte de intersubjetividad posible, precisamente, en virtud de la posibilidad lógica que instituye el sistema con respecto a la enunciación concreta en la que consiste el habla.

4.3. Descripción semántica y supuestos: sobre lo dicho y los diferentes modos de no decir.

Oswald Ducrot²⁷⁰ presenta la diferencia entre ambos enfoques generales a partir de la comparación de las tesis de Luis Prieto²⁷¹ y Benveniste en lo relativo a aquello que, desde la terminología que Deleuze y Guattari ponen en juego, aparece como el carácter abstracto del lenguaje, su capacidad de sobrecodificación (por cuanto conlleva la posibilidad de una regresión indefinida en la que la situación discursiva es objeto de un nuevo enunciado) y en relación con la cuestión de la infinitud de los contextos de discurso. En primer lugar, el carácter desterritorializado del símbolo hace posible la designación de objetos sin perjuicio de la presencia o ausencia de los mismos respecto de la situación de discurso, pero tal desterritorialización es siempre relativa y va acompañada de una reterritorialización en virtud de la cual resulta imposible hablar de la ausencia de todo estado de cosas al margen de toda

270 Ducrot, O., "Chronique Linguistique", *L' Homme*, 1967, 2. pp. 109-122.

271 Prieto, L., *Mensajes y señales*, Barcelona, Seix-Barral, 1967, pt 2, cap. II.

situación discursiva, de tal modo que se restablece el carácter fundamental que Peirce atribuye a todo signo, a saber, el estar *por* o en *lugar* de otra cosa. La posibilidad de hacer de la situación discursiva objeto de un nuevo enunciado a la hora de presentar una descripción capaz de *decir* el sentido de una proposición de partida alienta la pretensión de coextensividad del lenguaje a toda otra forma de individuación y justifica la tesis en virtud de la cual encontramos, en el plano de la lengua, entidades de la expresión cuyo referente no es determinable exclusivamente atendiendo al orden de la significación, sino que, más bien, son requeridas en la enunciación para la efectución de la condición de verdad que tal orden instituye y que entraña una pretensión de designación actual en referencia a una situación discursiva concreta. Sin embargo, por cuanto tal referencia aparece determinada en cada caso por relaciones de manifestación y éstas suponen la posibilidad de designación en el enunciado del sujeto de enunciación, la situación en la que ésta tiene lugar se constituye como presupuesto para la significación. En caso de operar en contra de todo principio de economía en la enunciación y sustituir los deícticos, los nombres propios o los artículos definidos por la formalización completa de la situación de discurso, el valor del acto que es la enunciación en sí misma cambiaría, puesto que el empleo de entidades de la expresión concernientes exclusivamente a la relación de designación no solo trabaja en beneficio de la brevedad y sencillez del enunciado, sino también como institución un complejo de relaciones implícito, móvil e interno a la propia enunciación (a pesar de su carácter fácticamente extradiscursivo y de la posibilidad de explicitarse en otro enunciado). Si bien tales complejos de relaciones -como contextos posibles que remiten en última instancia a los estados de cosas representables- son en principio numéricamente infinitos, su lugar en la teoría lingüística no puede ser reducido a un corolario o a una mera aplicación de las reglas y los elementos reconocidos desde el punto de vista del sistema, que considera los efectos de la situación discursiva sobre la enunciación como añadidos al sentido de la misma, perfectamente consistente por sí. Un enfoque semejante tendría que reconocer de algún modo la autosuficiencia de la significación léxica y el carácter accidental de la significación contextual, por lo que consideraría desde el principio el espacio del sentido como un espacio estriado, y resultaría incapaz de dar cuenta, no ya de lo que es posible hacer con el lenguaje, sino de lo que el lenguaje en sí mismo efectúa. Al concebir el sentido como continuo heterogéneo y la lengua no tanto como sistema de funciones formales y elementos formados, sino más bien como conjunto de *figuras* capaces de contraer dependencias del orden de la función-signo, Hjelmslev sitúa en primer plano el proceso como virtualidad productiva en función de cuya variabilidad es posible el establecimiento de constantes. Ahora bien, será necesario considerar, además de los supuestos explicitables que arrastran consigo los enunciados, también los supuestos no discursivos, constitutivamente

implícitos e inmanentes a la enunciación en los que se cifra lo que el lenguaje mismo hace. Para hacerse cargo concretamente de estos actos inmanentes al lenguaje, Deleuze y Guattari recurrirán a la teoría de los actos de habla de Austin por cuanto en ella lo que el lenguaje en sí mismo efectúa deja de ser concebido como una especie dentro del ámbito del proceso para hacerse coextensivo a toda enunciación. Sería posible, así, decantar la alternativa taxonómica que introducíamos más arriba, de tal modo que la posición de Benveniste caería del lado de aquella que cierra el lenguaje sobre sí mismo, mientras que la teoría de los actos de habla, al situar el ilocutorio en el interior mismo de toda enunciación, colocaría la pragmática en el centro de la investigación acerca de los diferentes regímenes de signos y exigiría la extensión de la doble articulación más allá del ámbito de la lingüística. Basándose en los trabajos de Austin, Deleuze y Guattari pueden distinguir entre aquello que se efectúa mediante el lenguaje y aquella efectuación en la que consiste en sí misma el habla, al mismo tiempo que encuentran una forma de mostrar en qué sentido el plano de la expresión está asimismo doblemente articulado y, por consiguiente, debe ser pensado en función de un dispositivo [*agencement*] que pone en relación órdenes heterogéneos y del que resultan la determinación de personas en la manifestación y la representación de estados de cosas conforme al orden de significación en una forma autónoma de la expresión que presupone, a su vez, una forma autónoma de contenido como ámbito de lo designado. Recurriendo tanto a las aportaciones originales de Ducrot como a la lectura que éste propone de la obra de Austin, Deleuze y Guattari pueden relacionar tales procesos con el dominio de las transformaciones incorporales y con el carácter colectivo del factor genético preindividual de los agenciamientos de enunciación.

En lo que respecta a los supuestos explicitables, su relevancia reside en que, en virtud de que sean o no asumidos, tiene lugar la inscripción del habla, y por tanto, de los sujetos que encuentran en ésta una ocasión comunicativa, en un determinado marco. A la hora de justificar el estatuto de la consigna como forma de intervención coextensiva al lenguaje, Deleuze y Guattari recogen, junto a la noción de lo ilocucionario de Austin, las aportaciones de Ducrot al respecto. Para acercarnos aquí a la distinción que este último establece entre lo afirmado (*posé*), lo presupuesto (*pressupposé*) y lo sobrentendido (*sour-entendu*) comenzaremos prestando atención fundamentalmente a tres textos²⁷² considerablemente anteriores a la redacción y publicación de *Mil Mesetas*, pero recogidos en el volumen *El decir y lo dicho*, que vio la luz también en 1980. Ducrot desarrollará sus distinciones en el contexto de las

272 “La description sémantique des énoncés français et la notion de préssupposition”, en *L’Homme, revue française d’anthropologie*, Cahier 1, Vol. VIII, Paris, La Haya, Mouton & CO., 1968; “Préssupposes et sous-entendus”, en *Langue Française*, n° 4, dic. 1969, Larousse; y “La description sémantique en linguistique”, en *Journal de Psychologie normale et pathologique* n° 12, 1973. Recogidos en *Le Dire et le Dit*, Paris, Minuit, 1980, (trad. Vassallo, S., *El decir y lo dicho*, Buenos Aires, Hachette, 1984).

reflexiones acerca de en qué debería consistir la descripción semántica de los enunciados asumiendo, en consonancia con las pretensiones de la gramática generativa, que la descripción de una lengua natural debe ser capaz de construir descripciones semánticas de cualquiera de sus enunciados. Sin embargo, la determinación de lo que deba o no ser comprendido en tales descripciones dependerá de la concepción general de las competencias propias de las investigaciones acerca del lenguaje y, por consiguiente, de cierta posición respecto al lugar y relevancia de la pragmática en las mismas.

Tanto Ducrot como Deleuze y Guattari -de forma explícita a propósito su abordaje del segundo postulado de la lingüística²⁷³- proponen sus tesis en abierta discusión con las concepciones generativistas. La relevancia y difusión, especialmente en el ámbito anglosajón, de las aportaciones de Chomsky a las investigaciones sobre el lenguaje no puede dejar de resultar llamativa desde el momento en que, dejando de lado una consideración crítica de sus objetivos y metodología, se presta atención a las conclusiones a las que llega, especialmente en lo relativo a su consideración de la teoría lingüística como imagen de una facultad innata, universal para todos los seres parlantes con independencia de las condiciones concretas de la enunciación y que, por consiguiente, cae del lado de la Lengua y puede ser descrita por diferentes gramáticas generativas. La elección de una gramática u otra tendrá que ver con la evaluación de su *adecuación descriptiva y observacional* en el marco de determinada teoría, a la que cabe exigir una *adecuación explicativa* respecto a la competencia que comparten todos los hablantes de una lengua determinada. Ahora bien, es esta posibilidad la que marca la posición de Chomsky con respecto al papel de una pragmática de la lengua, puesto que si bien en el plano de la *performance* cabe introducir referencias a una psicología del lenguaje y la enunciación, es clara su coincidencia con los planteamientos de Saussure en el sentido de que la Lengua (*competence*) resulta el objeto privilegiado de estudio y debe ser tratada al margen de toda consideración relativa a sus efectuaciones concretas (*performance*). Es más, el estudio de estas últimas encontrará en la constitución de su gramática generativa su fundamento y, por cuanto ésta postula la identidad entre los procesos en ella descritos con la competencia universal de los hablantes, la introducción de cuestiones psicológicas y sociológicas carga con el presupuesto de una concepción general de la subjetividad bajo la forma de una competencia lingüística universal para todos los sujetos hablantes, con independencia de que lo sean de esta o aquella lengua particular, en este o aquel contexto. En este sentido, la posición de Chomsky difiere profundamente de la de Saussure, puesto que confiere una actividad al sujeto en el

273 Cf. *MP*, 4. El segundo postulado reza «Habría una máquina abstracta de la lengua, que no recurriría a ningún factor “extrínseco”» y hace especial hincapié en la incapacidad de la gramática generativa para reconocer potencia genética genuina a la dimensión pragmática.

ámbito del sistema que en el *Curso de lingüística general* sólo se reconoce en el plano del proceso, es decir, del habla²⁷⁴. Concebir la Lengua como pura pasividad, esto es, como un código o sistema de correspondencias entre significantes y significados del que el habla constituye meramente un empleo, exige una abstracción respecto de toda efectuación del repertorio o “tesoro” que es el sistema, es decir, en ningún caso el acto mismo de enunciación -y mucho menos los efectos del mismo- podrá ser considerado como signo. Sin embargo, la competencia lingüística es, para Saussure, una realidad propiamente social, por lo que su concepción, a diferencia de la que Chomsky sostiene y que sitúa a la gramática generativa en el linaje de cierto psicologismo racionalista, queda libre de cualquier compromiso de índole mentalista²⁷⁵. La universalidad de la competencia lingüística chomskiana deja fuera de la descripción cualquier consideración relativa al carácter social del sistema, que sólo resultará pertinente a la hora de dar cuenta del acto concreto de enunciación, una vez explicitada en la gramática generativa correspondiente un elemento constante y extra-contextual. De este modo, la gramática generativa no sólo pierde de vista el componente maquínico genuino en el que consiste el agenciamiento de enunciación en beneficio de una concepción más “mecanizante” de la forma de expresión lingüística (sin perjuicio de que asigne un componente activo a la gramática generativa, ésta resulta definitoria de los sujetos hablantes) al operar una abstracción de los componentes heterogéneos de la enunciación, sino que también excluye su componente colectivo al formular una universalidad formal de la competencia lingüística que desatiende el carácter siempre concreto en el que lo preindividual se hace presente en los diferentes procesos considerados.

A la hora de emprender la descripción semántica de un enunciado, la remisión al orden de la significación ya pone de manifiesto la necesidad de incluir, al menos, las descripciones de otros enunciados más simples que concurren de un modo u otro en el sentido de aquél que resulta ser objeto de análisis. Mostrar que tal concurrencia sea reducible o no a la significación léxica de los términos pasa primero por distinguir en el enunciado entre lo que éste efectivamente propone y aquello que presupone para, después, reconocer al sentido del enunciado esta misma irreductibilidad. Ducrot se resiste en principio a formular una definición nominal de “presupuesto” y, en su lugar, recurre a la construcción de un criterio operacional para su identificación, criterio que irá completando hasta hacerlo constar de tres pruebas

274 “Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces topáramos con el lazo social que constituye la lengua. Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa”. Saussure, F., *Op. Cit.* Introducción, Cap. III, § 2.

275 «La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente [...] El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia». *Ibidem*.

basadas en tres modificaciones del enunciado a considerar. En primer lugar, se podrá concluir que una proposición B está presupuesta en una proposición A siempre que la formulación interrogativa de A resulte indiferente desde el punto de vista de B, es decir, que B siga siendo afirmada con independencia de que el enunciado del que resulta ser presupuesto se formule de forma afirmativa o interrogativa.

«Si los presupuestos de un enunciado son informaciones que éste contiene y que siguen siendo transmitidas en el caso de que el enunciado se ponga en tela de juicio (suponiendo, lo cual no es evidente, que la transformación interrogativa de un enunciado constituya su cuestionamiento), los presupuestos deben constituir indicaciones que el hablante presenta como incuestionables y como si estuvieran más allá de toda refutación. Son lo que el hablante dice como si no hubiera necesidad de decirlo»²⁷⁶.

Dejando de momento a un lado la necesidad de dar cuenta de la diferencia entre la mera formulación interrogativa y el cuestionamiento -puesto que tal diferencia apunta ya al ámbito de lo extradiscursivo y, por tanto, deberemos explicar más tarde-, resulta claro que, de acuerdo con la propuesta de Ducrot, los presupuestos aún pueden ser entendidos en términos de información transmitida y conciernen al contexto inmanente que el enunciado lleva consigo y en virtud del cual éste es susceptible de ser determinado como verdadero o como falso. Por tanto, el presupuesto se distingue de aquello que el enunciado *dice* y constituye más bien lo que *muestra*, es decir, aquella evidencia que *se pone en juego* (no en vano, el propio Ducrot emplea, además de la expresión “*se présenter comme*”, el verbo “*jouer*”) en el decirse del enunciado -que es el que propiamente afirma o niega. Así, la segunda operación para la determinación de los presupuestos pasará por negar lo afirmado en el enunciado considerado²⁷⁷. En lo que respecta al tercer procedimiento, tiene que ver con la inserción del enunciado considerado en un contexto de subordinación (o de coordinación no copulativa ni disyuntiva), de tal modo que sea posible distinguir lo que el nexo pone en relación (a saber, lo afirmado de cada una de las proposiciones que componen la oración compleja) de aquello que escapa a la composición explícita (los presupuestos, que por constituir enunciaciones diferentes y por principio independientes de lo que se afirma en la oración compleja, dependerán de un modo distinto de combinación). De este modo, los pronombres anafóricos (aquellos que no alcanzan a efectuar una deixis propiamente indicial, esto es, preferentemente, los de tercera persona, pero también los relativos, demostrativos etc.) no encuentran su antecedente en los presupuestos del enunciado al que se refieren, sino solamente en lo que éste afirma, de resultas

276 “La description sémantique des énoncés français et la notion de préssupposition”, en *L’Homme*, revue française d’anthropologie, Cahier 1, Vol. VIII, Paris, La Haya, Mouton & CO., 1968

277 «La regla de negación (enunciada ya por Frege) exige que la negación de un enunciado implique los mismos presupuestos que el enunciado afirmativo que le corresponde». *Ibidem*.

que «operan espontáneamente la distinción entre afirmado y presupuesto»²⁷⁸.

Los presupuestos, por consiguiente, pueden ser explicitados regresivamente conforme al orden de la significación y, desde ese punto de vista, ofrecen una descripción del sentido del enunciado objeto de consideración que resulta ser necesariamente restringida, puesto que toda descripción aparece comprometida con algún objetivo y se construye a base de afirmaciones que arrastran consigo sus propios presupuestos. Los criterios de tal restricción comprometen directamente una concepción general del alcance y la delimitación del análisis, hasta el punto que la descripción lingüística, aún cuando amplíe su comprensión más allá de las consideraciones exclusivamente morfosintácticas y semánticas (en el sentido de lo que Ducrot designa como “significado literal”), debe dejar fuera ciertos supuestos de carácter tan general que su examen tendría que ver con el de proposiciones de “excesivo” alcance ontológico que comprometerían el estatuto de la semiología como ciencia particular. El empeño de Hjelmslev por prescindir en la medida de lo posible de todo supuesto trascendente a la hora de elaborar la teoría lingüística²⁷⁹ refleja directamente esta problemática, y en cierto sentido la asume al reformular las tesis de Saussure a partir de la introducción de la noción de “sentido” [*Mening*], del reconocimiento de la existencia de formas y sustancias tanto del lado del contenido como del de la expresión, y de poner el acento en la relación de dependencia contraída por el sistema como constante determinada por el proceso como variable determinante. Ahora bien, Ducrot señala cómo, incluso en esta propuesta, es un exceso de asepsia frente a las condiciones de la enunciación aquello que limita la descripción, puesto que la construcción de la teoría (proceso éste que no excluye el nivel de sus prolegómenos) carece de medios específicos para tomar en consideración en toda su complejidad la influencia de tales condiciones, y considera implícitamente que las categorías aplicables al enunciado pueden dar cuenta de unidades de discurso mayores que éste hasta cierto punto, precisamente aquél en el que criterios sustanciales hacen justificable una segregación del ámbito de la pragmática e incluso ponen en juego el recurso a las condiciones fácticas de la situación discursiva, que presuponen, no sólo la coherencia del objeto del discurso, sino también cierta determinación espacio-temporal de la misma, así como la identidad de los interlocutores. La pertenencia a una vía alternativa con

278 *Ibidem*. Ducrot señala que la única excepción es la que presenta el discurso indirecto, en el que generalmente los presupuestos de la oración completiva forman parte del contenido referido. En este sentido, la distinción de Ducrot resultará esencial para explicar la tesis de Deleuze y Guattari relativa a que el tropo o la metáfora no pueden ser, en ningún caso, las primeras determinaciones que satisfacen la condición del lenguaje, sino que tal condición es satisfecha por el discurso indirecto libre.

279 «La teoría lingüística, cuya misión principal es hacer explícitas las premisas específicas de la lingüística en la mayor medida posible, establece a tal propósito un sistema de definiciones. Es preciso que la teoría lingüística sea lo menos metafísica posible – es decir, que contenga el menor número posible de premisas implícitas-» Hjelmslev, L., *Op.cit.* p. 37 [20].

respecto a Saussure se hace explícita cuando Ducrot señala lo que hace incompleta la conocida comparación del lenguaje con el ajedrez²⁸⁰, a saber, que sólo toma en consideración su constitución sistemática y deja a un lado su carácter de juego. En efecto, puesto que el presupuesto se ha ubicado del lado del sentido [*Sinn*] tal y como lo concibe Frege, cabe la posibilidad de que dos enunciados referidos a un mismo designado arrastren consigo presupuestos diferentes, de tal modo que lo que en cierta situación discursiva puede efectuar satisfactoriamente la designación, puede no conseguirlo en otra, o que, incluso llegando a designar efectivamente a su objeto, el enunciado tenga un efecto u otro dependiendo de la relación del sentido con la situación discursiva. Por consiguiente, dado un mismo referente para dos enunciados con distinto sentido, la elección de uno u otro dependerá de la situación discursiva, según Ducrot, al menos en dos aspectos: por un lado, arrastrará como supuesto cierta hipótesis acerca de la posición del interlocutor; por otro, tendrá como efecto la delimitación del discurso en cierto ámbito, puesto que el presupuesto resulta ser aquello que no se pone en cuestión por cuanto se está en determinada situación de discurso y no en otra²⁸¹. Con esta consideración de la situación discursiva volvemos a encontrar el recurso a la intersubjetividad presente en el planteamiento de Benveniste -en el que el uso de los deícticos hacía posible el establecimiento de un espacio de discurso en el que los interlocutores se vinculan por cierta complicidad que es mantenida por el empleo de referencias anafóricas- si bien la noción de presupuesto pone el acento en el carácter de juego del habla, por cuanto comporta siempre elección y tal elección no está exenta de efectos, al menos a nivel puramente discursivo.

«Si la utilización de la lengua impone, en efecto, continuamente, una elección de los presupuestos, implica además por parte del hablante una referencia a su oyente, real o imaginario. Ya sean afirmativos o negativos, la mayoría de los enunciados poseen el efecto de imponer al otro una situación nueva que no depende de él y en la cual deberá sin embargo inscribir su respuesta, tal como ocurre en cada jugada de ajedrez»²⁸²

Ahora bien, el recurso a tal intersubjetividad se apoya en que este espacio de inscripción no es, en absoluto, un espacio liso. Tampoco el de lo que Deleuze y Guattari llaman “presupuestos implícitos” o “no discursivos”, aunque sólo sobre procesos de alisado y estriaje

280 «la lengua es un sistema que no conoce más que su orden propio y peculiar. Una comparación con el ajedrez lo hará comprender mejor. Aquí es relativamente fácil distinguir lo que es interno de lo que es externo: el que haya pasado de Persia a Europa es de orden externo; interno, en cambio, es todo cuanto concierne al sistema y sus reglas. Si reemplazo unas piezas de madera por otras de marfil, el cambio es indiferente para el sistema; pero si disminuyo o aumento el número de las piezas tal cambio afecta profundamente a la “gramática” del juego.» Saussure, *Op.cit.* Introducción, Cap. V.

281 “El interlocutor, temeroso de agravar el debate, va a aceptar sin objeción alguna el marco intelectual que se le impone, o bien (y aquí reside el riesgo que corre el locutor) deberá iniciar una refutación que puede poner en juego de modo explícito la legitimidad misma del acto de habla efectuado” Ducrot, *Loc.cit.*

282 *Ibidem.*

es posible comprender la génesis y la variabilidad de los dispositivos [*agencements*] de enunciación. Ducrot señala que lo que la comparación de Saussure deja escapar es precisamente «el hecho de que es un juego, destinado a que dos personas midan mutuamente sus capacidades»²⁸³, y, pese a lo aparentemente poco afortunado de la referencia a las nociones de “persona”, “medida” e incluso “destino”, es posible situarse en la perspectiva de una pragmática de la lengua desde el momento en que remitimos tales nociones a las “capacidades” como aquello en virtud de lo cual resultan determinadas. Como tuvimos ocasión de exponer en el capítulo dedicado a explicitar las propuestas de Hjelmslev, Deleuze se ha ocupado de las relaciones entre juego y acontecimiento, al menos desde *Lógica del sentido*²⁸⁴. En la décima serie de paradojas, Deleuze distingue entre los juegos parciales, actuales (“nuestros juegos conocidos”) y el juego absoluto (“puro” o “ideal”), en función de cuatro características que ponen de manifiesto cómo el valor categórico de las reglas -esto es, del componente sistemático sobre el que Saussure construía su comparación- tiene como consecuencia una subordinación de la variación dentro de estructuras hipotéticas predefinidas que permiten medir los grados de desarrollo en las diferentes “jugadas” de tal modo que éstas no pueden distinguirse ya, con independencia de la disyunción exclusiva que califica sus resultados como “victoriosos” o no, sino numéricamente. Por el contrario, en el juego ideal las reglas no preexisten a su aplicación, sino que cada tirada produce su propia regla de tal modo que, en vez de dividir el azar conforme a una distribución *sedentaria*, lo afirma y multiplica. Las tiradas ya no se distinguirán numéricamente como casos de esta o aquella ley, sino cualitativamente, como formas inmanentes de expresión del azar, esto es, de la variación continua del plan de consistencia: «en lugar de repartir un espacio cerrado en resultados fijos conforme a las hipótesis, son los resultados móviles que se reparten en el espacio abierto del tirar único y no repartido: *distribución nómada* y no *sedentaria*»²⁸⁵. Nuestros “juegos conocidos” se distinguen del juego ideal por su parcialidad, en primer lugar porque sólo ocupan una parte de la actividad de los hombres (y en este sentido la compartimentan en diferentes “juegos”), pero también porque sólo retienen el azar (o la variación) en ciertos puntos (de acuerdo con determinadas formas o reglas) y es en este sentido en el que tal parcialidad es la misma que resulta de inferir

283 *Ibidem*.

284 *LS*, décima serie: del juego ideal. También en *Mil Mesetas* encontramos una referencia al ajedrez cuando Deleuze y Guattari se hacen cargo de sus diferencias con el juego del go. El ajedrez ciertamente constituye un código en el que cada pieza “es como un sujeto de enunciado, dotado de un poder relativo; y esos poderes relativos se combinan en un sujeto de enunciación, el propio jugador de ajedrez o la forma de interioridad del juego”, mientras que los peones no jerarquizados del go son “simples unidades aritméticas, cuya única función es anónima, colectiva o de tercera persona (...). Los peones del go son los elementos de un agenciamiento maquínico no subjetivado, sin propiedades intrínsecas, sino únicamente de situación” *MP*, 12. Volveremos sobre esta comparación a la hora de caracterizar la relación de la semiótica signifiante y la semiótica contrasignifiante con el aparato de Estado y la máquina de guerra respectivamente.

285 *LS*, *loc.cit.*.

la condición a partir de lo condicionado y que marca el enfoque general en las investigaciones sobre el lenguaje que Deleuze y Guattari hacen objeto de su crítica.

También Ducrot impugna cualquier pretensión de obtener descripciones semánticas satisfactorias a partir de una consideración exclusivamente lingüística del enunciado: la independencia de éste con respecto a sus posibles ocurrencias se revela como una impostura desde el momento en que consideramos la construcción de la descripción misma como una ocurrencia discursiva que es incapaz de proporcionar algo más que un contexto artificialmente simplificado para la descripción del enunciado. Esta simplificación se distancia del hecho discursivo hasta el punto de resultar impotente a la hora de proporcionar criterios consistentes referidos a la aplicabilidad de la descripción al enunciado en condiciones espontáneas o “naturales”, además de basarse en ciertas hipótesis acerca de qué debe ser aislado, qué incluido y de dónde procede la necesidad de tal abstracción. Para solventar esta limitación, Ducrot propone en su texto “Pré-supposés et sous-entendus”²⁸⁶ un abordaje de las descripciones semánticas que viene a corregir la posición de la gramática generativa y se basa en el reconocimiento de dos tipos de efectos de sentido: por un lado, dentro de lo que él mismo denomina “componente lingüístico” de la descripción, encontramos los presupuestos tal y como han sido caracterizados en el artículo de 1968; por otro, los sobrentendidos, que no pueden justificarse en función del “sentido literal” del enunciado ni de la mera posición formal de reciprocidad del alocutor con respecto al sujeto de enunciación, y que pertenecen al “componente retórico” que Ducrot introduce en la descripción semántica. Este componente incluye dos órdenes de funciones diferentes: en primer lugar, compete al componente retórico completar aquello que la mera forma lingüística no puede por sí misma, a saber, todo aquello que depende del contexto discursivo (lo indicado por los deícticos y las referencias anafóricas que la literalidad del enunciado deja insatisfechas); en segundo lugar, opera una conjugación del sentido literal con aquellos factores contextuales que pueden resultar relevantes en la situación discursiva según leyes irreductibles a la forma lógica de la argumentación. Distinguiendo los dos componentes mencionados, se están considerando los presupuestos como hechos relativos al sistema, esto es, a la lengua, mientras que los sobrentendidos son concebidos como hechos específicos del habla. Ducrot justifica esta distribución apoyándose en las nociones de “sentido literal” (donde están contenidos los presupuestos), por un lado, y de “responsabilidad de la enunciación” por otro. Mientras que, por cuanto la enunciación afirma algo, manifiesta al mismo tiempo la posición del sujeto de enunciación (de acuerdo con la función señalada por Benveniste de los deícticos indiciales), el presupuesto, al situarse como

286 “Pré-supposés et sous-entendus” en *Langue Française*, nº 4, dic. 1969, Larousse.

horizonte fuera de cuestión en la situación discursiva, establece una suerte de complicidad o comunidad entre locutor y alocutor sobre la que se funda la comunicación. Desde este punto de vista, el locutor resulta responsable tanto de la afirmación como del presupuesto, puesto que es en éste último donde se prefigura tanto el alcance de la cuestión de la que trata el enunciado como la condición del alocutor al respecto. El sobrentendido, sin embargo, parece independizarse de la responsabilidad del locutor, hasta el punto de que surge como resultado de cierta inferencia por parte del alocutor y se refiere, no tanto al contenido expresado en el enunciado, cuanto al sentido de la enunciación misma: «Si pensamos en el sistema de los pronombres, podríamos decir que lo presupuesto se presenta como si perteneciera al “nosotros”, mientras que lo afirmado es reivindicado por el “yo” y el sobrentendido se deja librado al “tú”»²⁸⁷. El sobrentendido, a diferencia de lo afirmado y lo presupuesto, no pertenece propiamente al conjunto de aportaciones del enunciado, sino que concierne directamente a la enunciación como proceso, de tal modo que “podemos considerar que existe en el origen de los sobrentendidos un procedimiento discursivo perfectamente compatible con las leyes de la lógica (aunque este procedimiento sólo nos proporcione una verosimilitud y ninguna certeza) y que permite además comprender que el hablante pueda rechazar que se lo tome por responsable del mismo”²⁸⁸. De este modo, la identidad del locutor resulta puesta en cuestión al desprenderse del enunciado ciertos efectos relativos al acto de enunciación concreto y que pueden volverse contra la verosimilitud de las personas comprometidas: el modelo de la comunicación puede verse así subvertido por un exceso que desborda las distribución habitual de la situación discursiva y la constitución de los participantes en dicha situación, sometida a un movimiento de desterritorialización y reterritorialización limitado por la consistencia exclusivamente lógica de lo verosímil.

Ducrot, sin renunciar totalmente a una perspectiva sintagmática de la descripción semántica, -desde la que debe considerarse incompleta cualquier otra concepción de tal descripción que haga abstracción de toda condición relativa al empleo de su objeto en el habla-, propone una concepción del enunciado, del contexto y de sus relaciones que se distingue del modo en el que la gramática generativa entiende que debe acometerse la investigación en el campo de la semántica. Mientras que, desde la perspectiva exclusivamente paradigmática, la identificación de semántica y léxico relegaba la selección de los términos componentes del enunciado a una posición subordinada respecto de las reglas de combinación de los elementos específicamente lingüísticos y posibilitaba una construcción de la descripción en términos de campos nocionales, a los que resultaba aplicable el método de oposición característico de la

287 *Ibidem.*

288 *Ibidem.*

fonología puesto que a partir de la clasificación de los morfemas componentes, el lexema aparecía como unidad mínima. Este enfoque permitía poner en correspondencia términos y nociones, pero no posibilitaba la previsión del efecto de la aparición del término en concurrencia con otros dentro de un discurso. La semántica sintagmática se hace cargo de la irreductibilidad del sentido del enunciado a la suma de las significaciones de los términos tomando como objeto de la descripción los efectos de sentido del enunciado en diferentes contextos. Ahora bien, puesto que la investigación semántica debe partir de la observación y ésta no puede sino acometerse desde la asunción de algún tipo de principio de descripción, Ducrot distingue entre hipótesis o supuestos externos e internos a la descripción. Si, de acuerdo con el método de simulación²⁸⁹, a una primera etapa de observación debe suceder una fase constructiva en la que los fenómenos observados son reproducidos en un ámbito teórico independiente de la singularidad de sus apariciones “naturales”, tal principio de descripción permanecerá necesariamente como presupuesto de toda la investigación, mientras que las hipótesis sobre las que vaya teniendo lugar la reconstrucción del proceso rector del ámbito de fenómenos observados podrán ser revocadas tanto por entrar en contradicción con el objetivo de la descripción como por introducir un exceso de complejidad en el camino hacia su consecución. De este modo, la concepción de la descripción semántica que mantiene la gramática generativa se distinguirá de la posición de Ducrot precisamente sobre la base de aquello que en cada caso funcione como hipótesis externa o interna. Frente al supuesto que mantiene la gramática generativa como hipótesis externa -a saber, que los enunciados tienen un sentido en sí mismos-, Ducrot propone como hipótesis observacional para una semántica sintagmática el supuesto de que locutor y alocutor son capaces de atribuir un sentido, no sólo a los términos del enunciado, sino a los actos de enunciación mismos, e introduce un desplazamiento en el objeto de estudio de la descripción semántica, que ya no concibe la significación contextual como modulación de la significación léxica, sino más bien al revés. Resulta así que la descripción, por cuanto compromete las dos componentes antes señaladas (lingüística y retórica), debe estar orientada a dar cuenta del modo en que los enunciados son interpretados en las situaciones particulares en las que se efectúan, lo que conlleva que el modo de comprender la relación entre la descripción lingüística y la descripción retórica resulte

289 Cuando Ducrot se refiere a este método como matriz de la que la gramática generativa obtiene su modo de proceder, remite su vigencia en la actividad científica a Descartes (cuya influencia en el pensamiento de Chomsky es explícitamente reconocida) y formula sus características fundamentales sobre la base de la distinción entre dos fases, a saber: la definición del sistema -que tiene lugar en una fase empírica u observacional- y la construcción de un modelo capaz de reproducir los fenómenos observados. Independientemente de que el desarrollo de gran cantidad de campos tecnológicos tiene lugar conforme a tal procedimiento, su aplicabilidad al estudio del lenguaje depende de qué hipótesis sostengan y orienten el desarrollo de ambas etapas. De la determinación de las mismas en la gramática generativa podremos concluir si el objeto de estudio que se considera consigue captar la determinación o determinaciones constitutivas del lenguaje tal y como Deleuze y Guattari lo conciben, o si, por el contrario, sólo retiene de éste su reductibilidad a un mero código.

alterado y que la primera sólo sea valorada en función de su operatoriedad en el marco de las necesidades que la investigación comporta una vez aceptada la hipótesis observacional. Por el contrario, la gramática generativa, al atribuir a las reglas sintagmáticas todo el impacto semántico, subordina el empleo de las reglas transformacionales a la efectuación (*performance*) de significaciones previas (*competence*) que, en última instancia, encuentran su fundamento en una *competencia universal* explicitable de acuerdo con la concepción generativista de la descripción. Ducrot reconoce que las tesis de Chomsky al respecto constituyen, en el dominio de la semántica, una cierta ruptura con la reducción de tal dominio al ámbito léxico precedente y constituye una alternativa sintagmática a la perspectiva exclusivamente paradigmática desde el momento en que la descripción se orienta, no ya a dar cuenta de la correspondencia entre término y noción, sino al cálculo del *efecto* de la presencia del primero en el discurso. Sin embargo, el alcance de este viraje depende directamente de qué se entienda por “enunciado” y de la extensión conferida al contexto del mismo: desde el momento en que el objeto de la descripción se ubica en un ámbito estrictamente gramatical, el enunciado es privado de su fuerza ilocutoria al ser exigida una abstracción respecto de su carácter activo y procesual. Correlativamente, el contexto en el que se sitúa tal objeto pasa a ser entendido en términos sintagmáticos en sentido restringido, como entorno del término dentro de la oración, dejando a un lado cualquier referencia a los factores extradiscursivos que determinan su aparición procesual en los actos de habla particulares. Así, la descripción semántica, en su etapa empírica u observacional, se guía por una hipótesis externa que prescribe que lo que debe ser extraído de las diferentes efectuaciones de los sujetos hablantes es precisamente determinada competencia identificable en los enunciados tomados como sucesiones de morfemas, es decir, entendidos no como actos de habla sino como oraciones gramaticales. La fase constructiva de la descripción, que tiene como finalidad la reproducción de los procesos en virtud de los cuales se construyen los fenómenos observados, arrastra por su parte el supuesto de una analogía entre tales procesos y su reproducción artificial en la teoría: la gramática generativa se concibe a sí misma como un conjunto de reglas formales que constituye una “máquina abstracta” meramente reproductiva, que no considera su propia condición de acto de habla ni los supuestos que el ejercicio descriptivo acorde con tal concepción lleva consigo y que, de acuerdo con la distinción de Ducrot, en absoluto tienen el estatuto de hipótesis internas que correspondería a la etapa constructiva puesto que funcionan como presupuestos del acto de enunciación en el que consiste la descripción misma y que, por consiguiente, no pueden ser puestos en cuestión una vez emprendida ésta. Por su parte, las hipótesis internas adoptadas -esto es, aquellas que deben introducirse en la fase constructiva y que sí pueden ser objeto de discusión una vez sentadas las bases de tal fase por la adopción de ciertos principios de descripción y por la determinación del

objeto de la misma- se presentan “como si caracterizaran el proceso mental que rige la actividad de los sujetos hablantes”²⁹⁰, y su introducción reproduce los supuestos derivados de la hipótesis externa al aplicarse según la distinción entre lo sintagmático y lo transformacional²⁹¹. Que la descripción se oriente hacia el plano de la *competence* (es decir, del sistema) exige un ejercicio de abstracción tal que se haga patente el sentido de los enunciados considerados al margen de toda referencia contextual, obteniéndose así un valor constante al que referir y desde el que evaluar las diferentes *performances* en las que aparece. Sin embargo, el que para algunos enunciados no sea posible la obtención de una descripción satisfactoria con independencia de la referencia a su enunciación revela cómo la adopción de la hipótesis externa característica de la gramática generativa lastra todo el proceso de la descripción y oculta la coextensividad de lo ilocutorio al lenguaje. Más allá de los marcadores explícitos de los actos de habla (interrogación, imperativo, etc.), Ducrot propone la identificación del valor ilocutorio de los enunciados en función de las *transformaciones jurídicas* que su enunciación introduce en la situación de los interlocutores. El rasgo que permite distinguir este tipo de transformaciones respecto de las transformaciones reales, físicas o psíquicas, es la ubicación del destinatario ante una alternativa, por ejemplo, en el caso del imperativo, entre obedecer y no obedecer o, de forma menos evidente, entre aceptar o no los presupuestos que conlleva una interrogación, puesto que sólo se podrán considerar propiamente como “respuestas” aquellos enunciados que mantengan los presupuestos del enunciado interrogativo que las solicita.

4.4. Actos inmanentes y agenciamientos colectivos.

Si, según Benveniste, la posibilidad de genuina designación (en el sentido de una deixis propiamente indicial) descansaba, en última instancia, sobre una forma de intersubjetividad que se consideraba, de algún modo, como dada y capaz de encarnarse en las instancias que la lengua específicamente reservaba a tal efecto, la tarea que se impone en este punto es la de dar cuenta de la constitución de tal forma. Ahora bien, si esta tarea se abordase desde el punto de vista de la determinación de las características esenciales de una supuesta realidad subjetiva genérica de la que derivasen ciertos modos de relación como estructuras intersubjetivas a través de instancias específicas del plano de la lengua, en ningún caso podría satisfacerse la

290 Ducrot, O., “La description sémantique en linguistique”, *Journal de Psychologie normale et pathologique*, n° 12, Paris, P.U.F. 1973.

291 En este sentido, Ducrot señala hasta qué punto resulta problemática la introducción de tales presupuestos puesto que «en la ortodoxia chomskiana, el proceso mental en cuestión es el de la competencia y no el de la performance (con todas las dificultades que acarrea la idea de un proceso mental que no sería una efectiva performance)» *Ibidem*.

exigencia de Deleuze y Guattari de impugnar una concepción representativa del lenguaje y del signo en beneficio de esa *lingüística molecular* o *micro-lingüística* cuyo descubrimiento hacen recaer sobre el trabajo de Hjelmslev y que recusa toda forma de esencialismo a la hora de abordar la explicación de los fenómenos semióticos. Más bien, la cuestión deberá situarse, no tanto al nivel de lo que por medio de la enunciación se efectúa (a saber, la designación o la manifestación de estas o aquellas entidades, la transmisión de más o menos información y el establecimiento o no de una relación efectiva de comunicación), sino al de aquella efectuación que es la propia enunciación, esto es, al nivel de los presupuestos estrictamente immanentes a la misma. En la línea en que Ducrot se hace cargo de esta cuestión, su recepción de la teoría de los actos de habla es esencial puesto que la actividad filosófica de J.L. Austin²⁹² se desarrolla en clara contraposición a cualquier reducción del fenómeno lingüístico a los órdenes de la significación o la designación. En efecto, tanto la lingüística de Saussure como la posición neopositivista incurrieran, de uno u otro modo, en la llamada *falacia descriptiva* al proponer la independencia de la lengua respecto de sus efectuaciones concretas en el habla, de modo que, de acuerdo con la clasificación de Morris, sólo los aspectos semánticos y sintácticos son relevantes para la teoría y deben ser preservados de toda contaminación derivada de consideraciones de orden pragmático. El carácter falaz de esta concepción reside en que considera los diferentes modos de enunciación reducibles a la función descriptiva del enunciado y a la condición de verdad. Austin impugna este presupuesto fundamental partiendo de su consideración de las relaciones entre el lenguaje y la acción, consideración que, de acuerdo con la recepción que Ducrot hace de la dimensión de lo ilocutorio al definirlo en términos de transformaciones jurídicas, y del estatuto que Deleuze y Guattari confieren a tales transformaciones, apunta ya al aspecto colectivo de los regímenes de signos. Lejos de condenar todos aquellos enunciados no susceptibles de ser verdaderos o falsos al limbo de los sinsentidos, Austin distingue entre enunciados constataivos (aquellos que se valoran en función de su cumplimiento de la condición de la designación) y enunciados performativos, que no describen o constatan ningún objeto o acción, sino que la efectúan. Pretender que enunciados del tipo “yo prometo” o “te ordeno que...” sean descripciones de estados de cosas anímicos, internos, susceptibles de verificación de acuerdo con la condición de verdad y la constatación de lo designado supondría una recaída en la falacia descriptiva, puesto que lo relevante de estos enunciados no es la descripción de esta o aquella acción del locutor, sino el hecho de que la enunciación equivale al cumplimiento de tal acción. A pesar de sustraerse al valor de la designación, esto es, a la constatación de su verdad o falsedad, Austin señala ciertas

292 Austin J. L., *How to do Things with Words*, Oxford University Press, 1962. (trad. Carrió, G. R. y Rabossi, E.A., *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 2008).

condiciones específicas para el cumplimiento de la acción de los enunciados performativos, y llama *infelicities* (“infortunios”) a todos aquellos casos en los que la emisión realizativa resulta insatisfactoria. Lo “afortunado” de un enunciado performativo se hace depender de la existencia de un procedimiento convencional, de la completud y corrección de la ejecución del mismo y de la adecuación cognoscitiva, ética y afectiva de los sujetos participantes en él. Cuando lo incumplido se refiere a la convención del procedimiento o a defectos [*flaws*] u obstrucciones [*hitches*] del mismo, el acto no se realiza en absoluto, mientras que, cuando el infortunio concierne a la disposición de los participantes, Austin habla de *abusos* del procedimiento, puesto que el acto se logra en el enunciado pero no resulta atribuible a los cuerpos, de modo que la articulación entre contenido y expresión acusa una desterritorialización del lado del contenido y el enunciado resulta vacío en lo que toca a la transformación que se supone debería introducir. No obstante, Austin encontrará necesario ir más allá del performativo -puesto que en esta primera concepción aún supone la intersubjetividad como forma de comunicación y reproduce de algún modo la distinción de Benveniste entre *historia* y *discurso* al entender los enunciados performativos como una especie de los enunciados en general- para comprender en qué sentido los actos de habla, en tanto que supuestos implícitos de la enunciación, son inmanentes a toda esa esfera y constituyen una función coextensiva al lenguaje.

De las condiciones para prevenir el infortunio expuestas anteriormente se desprenden tres objeciones a la limpieza del corte que separa lo constatativo de lo performativo. En primer lugar, los enunciados constatativos pueden también sufrir infortunios, como Deleuze pone de manifiesto²⁹³ al señalar que la heterogeneidad entre los términos “implica” y “luego” exige la referencia de la esfera de la significación a la de la designación -aunque Strawson (que hereda la paradoja de Frege) se limita a señalar que, en caso de falsedad de las premisas, la afirmación de la conclusión por sí misma no sería en sentido estricto falsa, sino nula por falta de

293 «el supuesto primado de la significación sobre la designación todavía plantea un problema delicado. Cuando decimos «luego», cuando consideramos una proposición como concluida, la hacemos objeto de una aserción, es decir, dejamos de lado las premisas y la afirmamos por sí misma, independientemente. La remitimos al estado de cosas que designa, independientemente de las implicaciones que constituyen su significación. Pero, para ello, son precisas dos condiciones. Es preciso, en primer lugar, que las premisas sean enunciadas como verdaderas efectivamente; lo que ya nos obliga a salir del puro orden de implicación para relacionarlas con un estado de cosas designado que se presupone. Pero luego, incluso suponiendo que las premisas A y B sean verdaderas, de ellas no podemos concluir la proposición Z en cuestión, no podemos desligarla de sus premisas y afirmarla por sí con independencia de la implicación, más que admitiendo que es, a su vez, verdadera si A y B son verdaderas: lo que constituye una proposición C que continúa dentro del orden de la implicación, que no alcanza a salir de él, ya que remite a una proposición D, que dice que Z es verdadera si A, B y C son verdaderas... hasta el infinito.(...) En resumen: con una mano se desliga la conclusión de las premisas, pero a condición de que, con la otra mano, se añadan siempre otras premisas de las que la conclusión no puede desligarse. Lo que equivale a decir que la significación no es nunca homogénea; o que los dos signos «implica» y «luego» son completamente heterogéneos; o que la implicación nunca alcanza a fundar la designación si no es dándosela enteramente hecha, una vez en las premisas y otra vez en la conclusión». *LS*, Tercera serie: de la proposición.

referencia. En segundo lugar, Austin señala que los performativos son también susceptibles de ser valorados en el orden de la designación (tal es el caso de los denominados “abusos del procedimiento”), de modo que parece razonable aceptar, finalmente, que toda enunciación comporta la realización de un acto de habla. Es preciso distinguir las diferentes fuerzas o los diferentes actos que concurren simultáneamente en la proferencia de un enunciado para poder señalar en qué sentido ciertos actos son inmanentes al lenguaje sin ser por ello reductibles a la esfera de la significación y señalando, precisamente por ello, la relevancia de la dimensión pragmática en el seno de toda semiótica. Partiendo del sentido más convencional, de acuerdo con el cual el decir es un cierto modo del hacer, tan distinto del grito como del caminar o de la construcción de muebles, decir algo es ya siempre hacer algo. En este primer sentido, lo que se hace al decir algo corresponde al *acto locucionario*, esto es, aquella fuerza en virtud de la cual el enunciado es emitido como articulación y combinación de sonidos, así como combinación sintáctica de las nociones representadas por las palabras escogidas. Así, el acto locucionario comprende en sí tres actos diferentes: en tanto emisión de sonidos, posee una dimensión fonética. Ahora bien, esta emisión de sonidos se distingue de la de ciertas palabras, esto es, sonidos incluidos en tipos que conforman un cierto vocabulario y una cierta gramática en virtud de los cuales la enunciación constituye un *acto fático*. La dimensión fonética, advierte Austin, no debe entenderse en absoluto como un género del que la dimensión fática pudiese ser una especie (y esto por mucho que para que haya acto fático deba haber *acto fonético*, y a pesar de que la inversa no sea posible), puesto que, desde el punto de vista de la estratificación de la forma de expresión, es el material arrancado de los sustratos a partir del cual aparecen transductivamente las formas dando lugar a sustancias, de modo que fuera del estrato lingüístico no se encuentran necesariamente libres ni menos organizadas, sino estructuradas de acuerdo con otra unidad de composición. Tanto el acto fático como el fonético son miméticamente reproductibles sin que por ello se alcance el nivel de expresión específicamente lingüístico en el que el signo desterritorializado es capaz de designar, manifestar y significar en virtud de agenciamientos colectivos de enunciación. El uso de estos elementos con un sentido [Sinn] y una referencia²⁹⁴ más o menos precisos constituye el *acto rético* de la locución. Resulta sencillo pensar en un acto fático que no sea también rético y, sin embargo, no tanto a la inversa; análogamente a lo que ocurría entre lo fonético y lo fático, la relación entre ambos actos no será la del género que subsume a la especie, sino la de la articulación de materias, formas y sustancias de expresión en tanto que se relacionan con la dimensión del contenido de acuerdo

294 Frege señala como rasgo distintivo entre la representación y el sentido el carácter convencional u objetivo de este último, frente a la variabilidad de las imágenes representables. Cabe aventurar en virtud de esto que Austin, en la medida en que sigue a Frege en este punto, entiende el sentido dentro del marco general de la significación y la condición de verdad, sin advertir el peculiar estatuto del sentido como acto o transformación efectuable en el enunciado y atribuible a los estados de cosas que sí reconocerá en el acto ilocucionario.

con un determinado modo de su distinción y con unos rasgos formales específicos.

Pero, además de constituir por sí misma un acto locucionario, la emisión comporta asimismo una *fuerza ilocucionaria* en la medida en que la enunciación realiza una transformación de las relaciones entre los interlocutores. Ya no se está considerando el acto *de* decir algo sino el acto *en* el decir algo²⁹⁵; el acto no es una consecuencia del habla, sino un acto cumplido en el habla misma. Este acto puede ser el designado de un enunciado constatativo explícito que, a su vez, tendrá una fuerza ilocucionaria distinta relativa a la puesta de manifiesto de la convención dentro de la cual el acto considerado adquiriría su fuerza. Esta convención atribuye un valor a la fórmula enunciada del mismo modo que ésta efectúa transformaciones que se atribuyen a los interlocutores. Conviene no perder de vista en este punto qué pertenece a la dimensión de los cuerpos y qué a la de los atributos incorporeales, puesto que si bien el acontecimiento subiste o insiste en la proposición, ésta es, en sí misma, un cuerpo, por lo que, si consideramos una proposición A, vemos que la preferencia *de* A constituye un acto locucionario en virtud del cual A estará compuesta por tales o cuales unidades fonéticas, sintácticas y semánticas, seleccionadas y combinadas según tales o cuales reglas. Ahora bien, al mismo tiempo, *en* la proposición A se efectúa otro acto cuya explicitación es irreductible a estas entidades fonéticas, sintácticas y semánticas que presenta como locución, puesto que tiene que ver con el “uso” que de tales elementos y reglas se está haciendo en la preferencia misma y la fortuna de la efectuación de este acto parece depender directamente de la convención. Austin es aún cauto en este punto, puesto que el empleo del término “uso” no ofrece directamente un criterio de demarcación claro que permita separar la fuerza ilocutoria de la mera perlocución. La efectuación del acto ilocucionario nada tiene que ver con aquello que se hace *por* la proposición, esto es, con la modificación de estados de cosas que se efectúa espacio-temporalmente como consecuencia exterior de la enunciación. Mientras que el acto ilocucionario tiene consecuencias inmanentes a la propia enunciación y derivadas del aspecto colectivo de la forma de expresión, la fuerza perlocucionaria es referida a la producción de efectos reales -“actuales” o “efectivos”-, que no pueden ser explicitados por una fórmula performativa, sino constatativa y cae, por tanto, dentro del orden de las acciones y pasiones de los cuerpos, aunque siempre gracias a la mediación del acontecimiento incorporal que reúne y separa el cuerpo de la proposición respecto de los estados de cosas designados. Es en este sentido en el que la interpretación de lo ilocucionario como transformación *jurídica* que

295 «I explained the performance of an act in this new and second sense as the performance of an 'illocutionary' act, i.e. Performance of an act in saying something as opposed to performance of an act of saying something; and I shall refer to the doctrine of the different types of function of language here in question as the doctrine of 'illocutionary forces'». Austin, J.L., *Op.cit.*, Lecture VIII.

propone Ducrot resulta relevante dentro de la concepción general de los fenómenos de estratificación y la consideración particular de la doble articulación en el estrato antropomorfo. En virtud de estos actos inmanentes a la enunciación se hace posible definir los agenciamientos colectivos y recusar toda concepción sustancialista de la individualidad de la enunciación y del sujeto de la misma. Ducrot encuentra en las tesis de Austin la posibilidad de invertir la concepción de las relaciones entre lenguaje y acción propuesta por Benveniste (y que, recordemos, conduce a una concepción comunicativa del lenguaje) de tal modo que el lenguaje puede efectuar efectivamente la designación e instaurar una comunicación intersubjetiva precisamente por la coextensividad de cierto tipo de acciones a toda enunciación. Tales acciones son inmanentes al plano de la expresión y, por consiguiente, su estatuto es el de transformaciones incorpóreas que se atribuyen a los cuerpos y en virtud de las cuales tiene lugar la individuación del enunciado y la subjetivación de la enunciación.

Del mismo modo que la significación léxica perdía su papel central en favor de la significación contextual -de la que aparecía como una de sus manifestaciones, operada en virtud de una operación abstractiva de restricción- así también la información y la comunicación ceden su lugar a la transmisión de consignas y la dimensión ilocutoria a la hora de considerar la función principal del lenguaje, aquella que permite establecer diferencias con respecto a otras formas de expresión no lingüísticas y hace posible situar la producción de signos en el ámbito inmanente de los procesos de individuación, más allá de las categorías lingüísticas o de la consideración de algo así como una “esencia” de lo humano y de lo social, con independencia de a cuál de estos dos términos le sea reconocida prioridad sobre el otro. Deleuze y Guattari definen la consigna como la redundancia del enunciado y del acto o transformación que en él se efectúa: sólo por cuanto tal redundancia compromete las dimensiones informativa y comunicativa se pone de manifiesto su carácter derivado y la necesidad de dar cuenta del lenguaje en función de instancias capaces de explicar tanto la constitución de ambas dimensiones como la posibilidad de su destitución. En la redundancia de la consigna convergen la frecuencia referida a la significancia de la información transmitida y su resonancia en la determinación de los agentes subjetivos entre los que se establece la comunicación, haciendo posible así evitar el infortunio (*infelicity*) y poner coto a los movimientos de desterritorialización del signo lingüístico. Ahora bien, en virtud del carácter eminentemente *relativo* de la enunciación -que ya Benveniste ponía de manifiesto al distinguir el lenguaje respecto del código de comunicación de las abejas- todo enunciado va de algo dicho a algo que se dice y opera así un desplazamiento, una traslación específica que no puede ser encontrada del mismo modo en otras formas de expresión y que obliga a considerar el

discurso directo como una secreción operada por restricción de un movimiento de desterritorialización y reterritorialización generalizado. Así, Deleuze y Guattari señalan que el habla encuentra su condición genética real en un *discurso indirecto libre*, tan independiente de las sujeciones y asignaciones de los sujetos concurrentes en la situación comunicativa como respecto de los contenidos o informaciones transmitidos, que se propone como un ámbito de variación generalizada compuesto más por los tránsitos o devenires que por los estados o propiedades que en él resultan eventualmente fijados. La aparición del discurso directo implica la presencia de procesos de significación y subjetivación que estrictan el campo social, operando una restricción y fijación de las variables concernientes a la enunciación de tal modo que los términos *suireferenciales* acusan una curvatura orientada por la posición de un sujeto de la enunciación en la que aparecen, como se hace especialmente evidente en el discurso indirecto “habitual” al considerar las modificaciones de los elementos referidos a la situación de discurso (tiempos verbales, indicadores de tiempo y lugar, etc.). El discurso indirecto libre, por el contrario, lejos de consistir en una mezcla o combinación de sujetos definidos por constantes fonológicas, semánticas y sintácticas, pone en escena la variación misma del proceso y su potencia genética, puesto que no consiste sino en una enunciación tomada en un enunciado que depende a su vez de otra enunciación, sin que sea posible establecer una posición privilegiada en absoluto, esto es, sin incurrir en algún tipo de arbitrariedad. Tanto su papel en los procesos de constitución de las identidades subjetivas como la vinculación con los dispositivos colectivos de enunciación a partir de los que se constituye el lenguaje como forma de expresión se ponen especialmente de manifiesto en el recurso de Deleuze a la concepción general del cine propuesta por Pasolini en su obra *Empirismo herético*²⁹⁶.

Como ya se indicó a propósito del papel del afecto en los procesos de individuación -y muy especialmente en lo que concernía a la aparición de lo psíquico y lo colectivo-, Deleuze abordaba en la *Imagen-movimiento* un proyecto de clasificación de los signos presentes en la producción cinematográfica apoyándose en el primer capítulo de *Materia y memoria* y tomando como punto de partida la imagen-movimiento en sí misma, considerada como ámbito de la universal variación o, conforme a la terminología de *Lógica del sentido*, como “campo trascendental”. Si bien tal clasificación se articula sobre una lectura *sui generis* de las taxonomías de Peirce, Deleuze encuentra insuficiente el sistema triádico de categorías a la hora

296 Pasolini, P. P., *Empirismo herético*, Garzanti Libri, 2000. A pesar de que en *Mil Mesetas* Deleuze y Guattari también hacen referencia a esta obra, entendemos que el tratamiento al que Deleuze somete sus tesis en el primero de sus libros sobre cine permite acercar el estilo indirecto libre a la concepción de la morfogénesis inmanente tal y como ha sido presentada en el capítulo anterior, al mismo tiempo que la referencia a lo preindividual que tal concepción pone en juego parece encontrar en el estatuto de la imagen semi-subjetiva una vía de clarificación bastante pertinente a la hora de comprender cómo se articula la concepción deleuzeana del signo con los procesos de constitución de los planos subjetivo y objetivo.

de dar cuenta de esa relativa inmovilización en la que Bergson hace consistir la constitución de un polo perceptivo en el campo de las imágenes-movimiento. La consideración del estatuto de la imagen-percepción en el cine revela cómo la constitución de los polos subjetivo y objetivo de la misma está siempre afectado en el uso por un potencial de tránsito o inversión que obliga a caracterizar la imagen cinematográfica como propiamente semi-subjetiva, puesto que en todo momento lo que la cámara constituye como sistema objetivo o total puede siempre revelarse como mero sistema subjetivo o parcial y viceversa, de tal manera que, una vez aceptada con Pasolini la correspondencia entre estilo directo e imagen subjetiva y estilo indirecto e imagen objetiva, tal imagen corresponde al discurso indirecto libre, a condición de que sea posible aducir un estatuto conceptual específico del mismo que no lo reduzca a una mera combinación de hecho entre instancias subjetivas ya dadas (informante-informado, observador-observado, etc.). Pasolini se adhiere a la posición de Batjín²⁹⁷ al respecto y reconoce en el discurso indirecto libre la efectuación de dos actos o transformaciones jurídicas inseparables, referidas a la subjetivación en concreto y que ponen de manifiesto aquél proceso que, en virtud de la operación conjugada del sentido común y el buen sentido, no encuentra equivalente en la percepción natural pero que es especialmente apreciable en la enunciación cinematográfica. Los sujetos que resultan de la combinación de ambos actos (el «que constituye a un personaje en primera persona y otro que asiste a su nacimiento y lo pone en escena»²⁹⁸) no pueden depender de una determinación sustancial anterior que encontrase en el enunciado indirecto libre un medio de combinación y de contacto entre dos sistemas diferentes; más bien, el enunciado deberá constituir en sí mismo un proceso de *diferenciación*²⁹⁹, una composición [*agencement*] de enunciación que produce dichos sujetos en un único sistema en sí mismo heteróclito a partir del cual el discurso de aquél que habla y el discurso de aquél que relata se contaminan recíprocamente. Más allá de la ejemplaridad del artificio cinematográfico y de la opacidad de la percepción natural para hacer patentes los procesos de subjetivación, Pasolini

297 Debemos advertir aquí que, si bien en todo momento Deleuze y Guattari hacen referencia a Mijaíl Bajtín (transcrito en francés como “*Bakhtine*”), parece que desde los años noventa del siglo pasado viene siendo aceptado que la autoría de *El marxismo y la filosofía del lenguaje* debe ser atribuida más bien a Valentín Volóshinov. La atribución desde comienzos de la década de los setenta de esta y otras obras firmadas por autores cercanos al denominado “Círculo de Bajtín” (como Medvédev, Kanaev o el propio Volóshinov) a Mijaíl Batjín se debe al semiólogo Vyacheslav Vsevolodovich Ivánov, y oculta de algún modo la evolución intelectual del propio Bajtín (quien, a pesar de que parece que participó activamente en la redacción de bastantes de estas obras, progresivamente va acercándose a concepciones idealistas y próximas al neokantismo) bajo el materialismo característico de los trabajos de los otros autores, en los que resulta patente una posición fuertemente crítica frente a la preeminencia de la extracción de constantes lingüísticas.

298 *IM*, 5, pp. 111-112.

299 «Mientras que la diferenciación [*différenciation*] determina el contenido virtual de la Idea como problema, la diferenciación [*différenciation*] expresa la actualización de lo virtual y la constitución de soluciones (por integraciones locales). La diferenciación [*différenciation*] es como la segunda parte de la diferencia, y es preciso formar la noción compleja de *diferent/ciación* para designar la integridad o la integralidad del objeto, la *t* y la *c* son aquí el rasgo distintivo o la relación fonológica de la diferencia en persona. Todo objeto es doble, sin que sus dos mitades se parezcan: una es la imagen virtual; la otra la imagen actual» *DR*, 4, pp. 315-316.

propone una condición sociológica para el afloramiento del discurso indirecto libre en las lenguas naturales: cuanto más rica en dialectos es una lengua, cuanto mayor es la distancia que separa una lengua alta o culta de una lengua baja o vulgar, tanto más evidente resulta el tránsito entre el polo objetivo y el polo subjetivo y la contaminación correlativa entre dos sujetos de enunciación³⁰⁰. El ámbito de enunciación así considerado difícilmente podrá ser entendido como un sistema en equilibrio respecto al cual los actos de enunciación sólo pueden aspirar al estatuto de meras aplicaciones -estatuto éste en virtud del que pueden resultar evaluados como casos con referencia al sistema tomado como regla-, por lo que queda impugnado el cuarto de los postulados atribuidos a la lingüística en el capítulo correspondiente de *Mil Mesetas*, a saber, aquél que establece el supuesto de que el estudio científico de una lengua sólo puede ser acometido a partir de las condiciones de una lengua mayor o *standard*, a la que hay que reconocer una homogeneidad y una constancia tales que hagan posible una medida absoluta de las distintas variaciones discursivas. Desde el momento en que el lenguaje no puede ser determinado prioritariamente como medio de información o comunicación, sino más bien en función de las transformaciones inmanentes a la enunciación, el discurso indirecto libre, con independencia de que resulte más o menos visible en los diferentes ámbitos considerados, se revela como la primera determinación totalmente inmanente que satisface la condición del lenguaje.

«Si el lenguaje siempre parece presuponer el lenguaje, si no se puede fijar un punto de partida no lingüístico es precisamente porque el lenguaje no se establece entre algo visto (o percibido) y algo dicho, sino que va siempre de algo dicho a algo que se dice. En ese sentido, no creemos que el relato consista en comunicar lo que se ha visto, sin en transmitir lo que se ha oído, lo que otro os ha dicho. Rumor. Ni siquiera basta con invocar una visión deformante procedente de la pasión. El “primer” lenguaje, o más bien la primera determinación que satisface el lenguaje, no es el tropo o la metáfora, es el *discurso indirecto*. La importancia que se ha querido dar a la metáfora, o a la metonimia, resulta ruinosa para el estudio del lenguaje. Metáforas y metonimias son sólo efectos, que únicamente pertenecen al lenguaje si ya presuponen el discurso indirecto. Hay muchas pasiones en una pasión, y todo tipo de voces en una voz, todo un rumor, glosolalia: por eso todo discurso es indirecto, y la traslación propia del lenguaje es el discurso indirecto»³⁰¹

No será posible, por tanto, conceder a la metáfora capacidad alguna para dar cuenta de la constitución misma del lenguaje a no ser que sea concebida en el marco de los actos inmanentes a la enunciación, puesto que el tránsito en virtud del cual es posible operar una sustitución significativa (si consideramos aquí la definición que Lacan retiene de Jakobson) sólo puede ser entendido desde el punto de vista del dispositivo colectivo, pre-personal y pre-

300 En este sentido, no sólo el italiano o el ruso, sino también el alemán tal y como se presenta en la Praga de Kafka, cumplen esta condición: «Es una cuestión de estilo, de estilística, dice Pasolini. Y añade una observación valiosísima: una lengua deja aflorar más el discurso indirecto libre cuanto mayor riqueza en dialectos presenta, o, mejor dicho, siempre que en lugar de establecerse conforme un “nivel medio”, se diferencie en “lengua baja y lengua culta”» *IM*, p. 112.

301 *MP*, 4, p. 82.

subjetivo, en el que se insertan los actos de enunciación que constituyen entidades subjetivas y objetivas, tanto de la expresión como del contenido. Si, en el dominio del cine, la imagen objetiva se distingue precisamente de la imagen subjetiva por la ausencia del punto de vista, el carácter transicional de la imagen semi-subjetiva pone de manifiesto el proceso en el que se construyen totalidades siempre provisionales que conciernen tanto al plano de objetividad de lo designado como a la constitución de los sujetos entre los que se establece la transmisión de informaciones, y es en el discurso indirecto libre como categoría propiamente *estilística* -esto es, irreducible a las determinaciones propiamente lingüísticas (semánticas, sintácticas y fonológicas)- donde se hace accesible la condición en virtud de la cual las entidades de la expresión deben ser remitidas a una concepción general del signo como devenir, que se revela de forma peculiar y privilegiada en el signo lingüístico por cuanto compromete un incremento del umbral de desterritorialización que lo sitúa en los márgenes mismos de la significación. Así pues, tanto el sujeto del enunciado como el sujeto de la enunciación resultan ser categorías insuficientes para dar cuenta del proceso en el que consiste la enunciación, si es que a tal proceso ha de serle reconocida una potencia propiamente genética. Correlativamente, la comprensión de lo social no puede basarse en ninguna forma de intersubjetividad, ni menos aún en algo así como una naturaleza o espíritu humano universal que encontrarse en el lenguaje y la comunicación sus medios de expresión, sino que debe ser abordada desde un punto de vista que tenga en cuenta la intervención de lo preindividual conforme a la dimensión de lo colectivo: «No hay enunciación individual, ni siquiera sujeto de enunciación»³⁰².

Hacer intervenir lo social a la hora de explicar la enunciación entraña un riesgo fundamental, a saber, aquél que deriva de una consideración autónoma de los factores sociales, como situaciones de discurso y determinación autosuficiente y, en cierto sentido, “natural” de los contenidos o informaciones transmitidos, y que introduce una referencia extrínseca capaz de convocar la presencia de elementos psicológicos y sociológicos definidos desde instancias que trascienden el campo de inmanencia propio de una investigación acerca del lenguaje y que suponen una superioridad extensional y normativa de los enunciados constatativos frente al ilocutorio. Por el contrario, la propuesta de Deleuze y Guattari pasa por remitir las instancias puestas en juego en la enunciación a los dispositivos colectivos -cuyo carácter impersonal y variable permite dar cuenta de la formación y el funcionamiento de esas mismas instancias- de tal modo que el proceso se revela como fúntivo determinante con respecto a los enunciados efectivamente constituidos y al sistema que resulta de su análisis y es reconstruido en su descripción.

302 *Ibidem*. p. 85.

«Vemos, pues, claramente que sólo hay individuación del enunciado, y subjetivación de la enunciación, en la medida en que el agenciamiento colectivo impersonal lo exige y lo determina. Ese es precisamente el valor ejemplar del discurso indirecto, y sobre todo del discurso indirecto “libre”: no hay límites distintivos claros, no hay fundamentalmente inserción de enunciados diferentemente individualizados, ni acoplamiento de sujetos de enunciación diversos, sino un agenciamiento colectivo que va a determinar como su consecuencia los procesos relativos de subjetivación, las asignaciones de individualidad y sus distribuciones cambiantes en el discurso. No es la distinción de los sujetos la que explica el discurso indirecto, es el agenciamiento, tal como aparece libremente en ese discurso, el que explica todas las voces presentes en una voz, los gritos de muchachas en un monólogo de Charlus, las lenguas en una lengua, las consignas en una palabra».³⁰³

Deleuze y Guattari proponen una definición nominal del dispositivo o agenciamiento colectivo de enunciación en función de la redundancia del enunciado con el acto que en él se realiza (esto es, en función del estatuto de la consigna) pero el acceso a una definición real pasa por considerar, con Ducrot, tales actos como transformaciones *jurídicas*, lo que permite esbozar una comprensión del signo que encuentra en la dialéctica estoica un precedente adecuado por situarse en el seno de un pensamiento que apuesta por la inmanencia de lo real-corpóreo y el carácter incorporeal de lo expresado en la proposición. Sólo siendo incorporeal es posible que la transformación sea interna o inmanente a la enunciación, a pesar de que se atribuya necesariamente a los cuerpos y los estados de cosas, de suerte que la relación de lo que es lenguaje con aquello que no lo es dependerá de la existencia de variables específicas de la expresión cuya consideración no compete ni a la sintaxis ni a la semántica, sino que es más bien el objeto propio de una pragmática. Las transformaciones jurídicas constituyen lo expresado incorporeal del enunciado que se atribuye a los cuerpos, por lo que la consigna debe ser entendida como un movimiento de incorporación en un mismo presente del enunciado que las expresa y del efecto que producen -en esto reside la instantaneidad que Ducrot reconoce a tales transformaciones-, de tal modo que tales variables entran en relaciones determinadas y hacen posible la aparición de regímenes de signos. La constitución del Yo como sujeto de la enunciación es, puesto que tanto su presencia explícita en un enunciado como la posición que revela en la enunciación efectúan transformaciones jurídicas, una consigna, y las variables de enunciación de las que depende la formulación de enunciados escapan al dominio de su conciencia y a la representación de sí en virtud de la cual ciertos supuestos de la enunciación resultan explicitables en enunciados constatativos³⁰⁴. Ahora bien, puesto que las variables inmanentes a la enunciación son susceptibles de contraer diversas dependencias, pueden entrar en relaciones constantes de acuerdo con regímenes de signos diversos, hasta el punto en que la investigación acerca de la constitución del sujeto y la posibilidad de construcción de cuadros

303 *Ibidem*.

304 «Siempre dependo de un agenciamiento de enunciación molecular, que no está dado en mi conciencia, que tampoco depende únicamente de mis determinaciones sociales aparentes, y que reúne muchos regímenes de signos heterogéneos» *Ibidem*, p. 89.

sinomatológicos pasará por la consideración del carácter inevitablemente mixto de toda semiótica en determinado campo social. El sujeto de enunciación deja de aparecer como causa de los enunciados para constituir un efecto de los agenciamientos colectivos y el deseo, correlativamente, deja de poder ser concebido como propiedad específica y definitoria de un individuo para hacerse coextensivo a todo el campo social: «No hay dispositivo maquínico que no sea dispositivo social de deseo, no hay dispositivo social de deseo que no sea dispositivo colectivo de enunciación»³⁰⁵. De acuerdo con esta posición, no sólo queda desautorizado cualquier recurso a una forma de subjetividad que encontrase en el lenguaje un medio de comunicación o de transmisión de información, sino también al estructuralismo y a la gramática generativa por cuanto escinden el sistema de la lengua respecto de los factores sociales concurrentes en la enunciación y efectúan, así, una repartición de lo empírico y lo trascendental que identifica la lengua con la dimensión del derecho, relegando los factores propiamente discursivos al plano fáctico de las efectuaciones concretas. La propuesta del empirismo trascendental, no obstante, no recusa la distinción entre lo que es de hecho y sus condiciones de derecho, aunque desde el momento en que deja de concebir el origen conforme al modelo de lo Mismo y lo considera afectado por la diferencia, poblado por multiplicidades y caracterizado por una heterogeneidad fundamental, debe necesariamente entender la dependencia que vincula proceso y sistema en conformidad con la posición de Hjelmslev y, por consiguiente, reconocer en la variación del primero una función determinante con respecto al segundo. Que lo múltiple se sustraiga al dominio de lo Uno desplaza el objeto de la investigación desde las condiciones de la experiencia posible a las condiciones de la experiencia real, y debe buscar al margen del registro corpóreo de los contornos definidos lo que en cada caso se efectúa en la enunciación, a saber, los efectos incorpóreos que resultan de las interacciones corpóreas.

La prioridad de la enunciación frente a su sujeto -y más aún frente a los enunciados mismos-, es decir, el reconocimiento del hecho de que la expresión pueda anticipar o precipitar de algún modo los contenidos, sólo escapa a la acusación de idealismo por cuanto los dispositivos colectivos de enunciación deben ser considerados como articulados con un plano autónomo del contenido -concebido en términos de “formaciones de potencia”- y en la medida en que tanto un plano como el otro remiten a movimientos de decodificación y desterritorialización, revelando así el carácter específicamente maquínico de su composición, que no puede sino situar el proceso en primer término y comprenderlo en función de las diferencias de potencial presentes en el sistema derivadas de la peculiar inclusión de lo

305 K, Cap. 9, p.119.

heterogéneo y lo preindividual, inclusión que siempre tiene lugar de forma concreta. Cuando, por el contrario, se remite la producción de los enunciados a un sujeto de enunciación autónomo o incluso a un medio de intersubjetividad definido en función de aquello que opera en los dos primeros pronombres personales (al modo de Benveniste), se está abogando por un planteamiento que, bajo el auspicio del imperativo temático y metodológico de autonomía, no sólo sustrae al lenguaje su potencia productiva, sino que cede ante supuestos implícitos que pertenecen de pleno derecho a aquella Imagen del pensamiento que el trabajo de Deleuze se propone subvertir. En efecto, de modo explícito en *Diferencia y repetición* (aunque ya desde la monografía sobre Hume la pregunta que orientaba el trabajo hacía entrever el problema planteado³⁰⁶), Deleuze señala cómo la imagen dogmática y moral del pensamiento se erige en la obra de Descartes sobre una concepción del sujeto como origen y norma de identidad del objeto, obtenida como un calco o abstracción a partir del yo empírico y a la que escapan, por tanto, todos los supuestos discursivos que efectúan la sujeción.

«El presupuesto implícito de la filosofía se encuentra en el sentido común como *cogitatio natural universalis*, a partir de la cual la filosofía puede disponer de un punto de partida. Es inútil multiplicar las declaraciones de los filósofos -desde “todo el mundo tiene, por naturaleza, el deseo de conocer”, hasta “el sentido común es la cosa mejor repartida”- para verificar la existencia del presupuesto. Pues éste tiene más valor por su persistencia en filósofos que lo dejan precisamente en la sombra que por las proposiciones explícitas que inspira. Los postulados en filosofía no son proposiciones que el filósofo pide que le sean acordadas; sino, por el contrario, temas de proposiciones que permanecen implícitos y son comprendidos de un modo prefilosófico. En este sentido, el pensamiento conceptual filosófico tiene por presupuesto implícito una Imagen del pensamiento, prefilosófica y natural, tomada del elemento puro del sentido común [...] Por eso, mientras el pensamiento quede sometido a esa imagen que ya prejuzga acerca de todo, de la distribución el objeto y del sujeto como acerca del ser y del ente, tiene poca importancia que la filosofía comience por el objeto o por el sujeto, por el ser o por el ente»³⁰⁷.

El sujeto empírico encuentra el modo de apertura al mundo y la forma de identidad para el polo objetivo en un sujeto trascendental que lo observa y lo piensa, esto es, en un sentido común y un buen sentido que establecen una concordia entre facultades y una afinidad del pensamiento con lo verdadero. Ahora bien, la consigna como función del lenguaje remite, dentro del mismo ámbito de derecho en el que se plantea la Imagen del pensamiento, a una facultad específica que debe considerar como primero, no tanto la forma de unidad del sujeto o las condiciones de reconocimiento de los objetos, sino la multiplicidad y productividad de las

306 «Sin cesar Hume no deja de afirmar la identidad del espíritu, la imaginación y la idea. El espíritu no es naturaleza; no tiene naturaleza. Es idéntico a la idea en el espíritu. La idea es lo dado, tal como es dado; es la experiencia. El espíritu es dado. Es una colección de ideas; no es ni siquiera un sistema [...] ¿cómo una colección deviene sistema? La colección de ideas se llama imaginación, en la medida en que ésta designa, no una facultad, sino un conjunto, el conjunto de las cosas -en el sentido más vago de la palabra- que son lo que parecen: colección sin álbum, piez sin teatro o flujo de percepciones [...] El lugar no es diferente de lo que pasa en él; la representación no está en un sujeto. Precisamente, la cuestión todavía se puede formular así. ¿Cómo el espíritu deviene sujeto? ¿Cómo la imaginación deviene facultad?» *ES*, I, pp. 12-13.

307 *DR*, 3, p. 204.

transformaciones inmanentes a la forma de expresión lingüística en su heterogeneidad original, esto es, con independencia de la constitución adquirida en su incorporación: es precisamente por su instantaneidad por lo que la consigna aparece como variable determinante del enunciado y se pone de manifiesto en el discurso indirecto libre³⁰⁸. Así pues, la facultad específica de la consigna no puede encontrar su modelo en un Yo pensante, sino más bien en un *cogito esquizofrénico*, liberado del sistema del juicio, para el que la conciencia de sí aparece como resultado de un discurso ya siempre indirecto, ni sus propiedades en una memoria que representa lo ausente según la forma de lo actual y la enunciación en referencia a una posición constante a la que corresponde el discurso directo: la facultad específica de la consigna debe, por el contrario, captar el lenguaje en toda su extensión bajo la forma del discurso indirecto libre, liberarse del modelo de lo actual para acceder a una capacidad propiamente ideal o fantasmática de aprehensión de lo incorporal e impugnar la constancia de la memoria en beneficio de una potencia positiva de olvido: deshacerse del *souvenir* para entrar en el ámbito del *devenir*.

Al señalar que el expresado del enunciado no concierne a *estado* alguno de los cuerpos, sino a las transformaciones incorpóreas que se atribuyen a éstos, la relación de expresión puede ser entendida en su especificidad y el lenguaje puede liberarse de aquella concepción representativa que lo reduce a medio de comunicación o vehículo de información. Tales transformaciones constituyen las variables del dispositivo de enunciación y determinan los enunciados en el campo social. Ahora bien, este campo se considera, de acuerdo con la extensión conferida por Deleuze y Guattari al esquema propuesto por Hjelmslev, como doblemente articulado, de tal modo que es preciso señalar aquellas variables específicas del

308 También Ducrot considera que en ningún caso la enunciación en sí misma puede explicarse en función de la intención de un sujeto empírico unitario e histórico. Su trabajo durante los años 80, bajo la influencia de [Bajtin](#), otorga una importancia central a la puesta en cuestión del presupuesto de unicidad del sujeto hablante que lastraba el desarrollo de gran parte de las teorías lingüísticas y de la pragmática comunicacional. Según su concepción polifónica de la enunciación, en todo enunciado es posible identificar varios sujetos pertenecientes a estatutos lingüísticos diferentes. Por cuanto su actitud metodológica renuncia a recurrir a cualquier instancia extradiscursiva, el sujeto empírico queda reducido a la condición de mero autor efectivo del enunciado considerado, según la división propuesta por Austin, como acto fonético. La discursividad no comienza al nivel de la fonación, sino al de la locución, y Ducrot se hace cargo primero de la distinción entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación sobre la base de la diferencia entre supuestos y sobrentendidos: en un primer nivel, el locutor L aparece como el presunto responsable del enunciado y es designado en éste por las marcas en primera persona y los indicadores de tiempo y lugar correspondientes; conforme a un segundo nivel, el locutor λ aparece como la figura sobre la que L habla como sujeto del enunciado. Ducrot no deja de señalar el carácter ficticio de ambas instancias y, puesto que a L podría corresponder la mera relación de manifestación (o de “expresión” según el sentido estrecho que le confiere Bühler), el enunciado aparece como un acto fáctico, mientras que su carácter rético deberá ser entendido en relación con la función de λ y cae, por tanto, dentro del orden de la significación y de los supuestos que ésta acarrea. La dimensión propiamente ilocucionaria de la enunciación sólo aparece, en la obra de Ducrot, a propósito de la función de los enunciadores, es decir, en relación con los puntos de vista sobre el objeto y la situación de discurso que son puestos en juego y que exigen la adopción de algún tipo de actitud, ya sea ésta de adhesión, cuestionamiento, identificación, etc. Cf. “La noción de sujeto hablante”, *Revue de l'Université de Grenoble*, 1982 (incluido en *El decir y lo dicho*, 1984.)

contenido que, como las transformaciones jurídicas del plano de la expresión, constituyen los acontecimientos expresables que se atribuyen en los enunciados a los cuerpos. La formalización, tanto de un plano como del otro, es inseparable de movimientos de desterritorialización que marcan la no correspondencia de los términos comprometidos en la doble articulación tanto como establecen la posibilidad de relación entre contenidos y expresiones en virtud de movimientos de reterritorialización compensatoria. Comprender la independencia funcional entre la forma de expresión y la forma de contenido a partir del sentido [*Mening*] como instancia heterogénea y productiva hace posible tanto que las mezclas, agregados y escisiones de los cuerpos encuentren expresión en la proposición como que los enunciados efectúen una reterritorialización de los contenidos, y puesto que es posible distinguir en ambos planos lo corpóreo y lo incorpóreo (el sonido, la palabra y la proposición, según la concepción estoica, son cuerpos), cualquier perspectiva que pretendiese conferir una efectividad causal exclusiva o una función infraestructural a la esfera de los contenidos incurriría en una concepción meramente ideológica del enunciado, al que sería sustraída así toda potencia de intervención. Deleuze y Guattari abogan, más bien, por una determinación de las formas respectivas que ponen ambos planos en relación a través de una ampliación del dominio de la categoría de producción que pasa por la consideración de lo social en términos de agenciamientos de acuerdo con estos dos aspectos, expresión y contenido, desde el punto de vista de su correlación y de las posibilidades recíprocas de destitución. En primer lugar, el agenciamiento remite a un estado corpóreo concreto: una determinada mezcla de cuerpos compone el ámbito de lo social a través tanto de sus atracciones y asimilaciones como de sus repulsiones, estableciéndose así alianzas y conjunciones que definen el agenciamiento. En segundo lugar, el agenciamiento presenta un aspecto colectivo por el que remite a regímenes de signos, que dependen de supuestos inmanentes en virtud de los cuales se determina el valor de los elementos de la lengua. La articulación de ambos aspectos tiene lugar en función de movimientos de desterritorialización relativa que acentúan la no conformidad entre el plano del contenido y el plano de la expresión, hasta tal punto que, además de partir del reconocimiento de la autonomía formal de ambos planos, Deleuze y Guattari proponen considerar los agenciamientos de acuerdo con dos ejes: según un primer eje, horizontal y segmentario, el agenciamiento está doblemente articulado por un plano del contenido (agenciamiento maquínico de cuerpos) y un plano de la expresión (agenciamiento colectivo de enunciación); según el segundo eje, se consideran en el agenciamiento, por un lado, sus partes territoriales (siempre ya reterritorializadas) y, por otro, los máximos de desterritorialización que regulan los procesos y las variaciones estableciendo el umbral de consistencia del agenciamiento. Así, desde el punto de vista de su segmentariedad, el agenciamiento se extiende, tanto en el plano

del contenido como en el de la expresión, por contigüidad de segmentos que lo dividen y que, a su vez, se dividen (recordemos que ya en las páginas de “La geología de la moral” Deleuze y Guattari señalaban que tanto contenido y expresión, como los epistratos y paraestratos, debían ser considerados también como estratos). En función de la capacidad de variación del agenciamiento será posible distinguir segmentariedades más o menos rígidas de otras más o menos flexibles, aunque la relación de estos modos de segmentariedad con los polos reaccionario y revolucionario de los agenciamientos no pueda ser en absoluto entendida según una correspondencia simple, como se expondrá más adelante. Los segmentos son ellos mismos territorios, modos de fijación en los que la variación adquiere constancia y las intensidades encuentran una regularidad según una distribución en extensión, constituyendo un espacio dimensional, estriado, característico de todo sistema estratificado, y los rasgos formales, tanto de la expresión como del contenido, devienen formas susceptibles de ser hipostasiadas en una teoría afín a esa Imagen del pensamiento contra la que la obra de Deleuze trabaja. Sin embargo, desde el punto de vista de los movimientos de desterritorialización, el agenciamiento tiene siempre una línea de fuga que lo conecta con un plano de inmanencia en el que se disuelven las formas y los segmentos, restableciendo la continuidad del sentido y constituyendo el germen de nuevas e inéditas individuaciones y estructuraciones. Así, Deleuze y Guattari pueden señalar dos aspectos de la consigna como forma de expresión de las transformaciones jurídicas: una que hace de la consigna una sentencia de muerte, otra que encuentra en la posibilidad de comunicación entre contenido y expresión las líneas de fuga o de desterritorialización por las que resulta posible la constitución de una auténtica máquina abstracta de la lengua.

En primer lugar, la consigna tiene una relación esencial con la forma, y por cuanto se encuentran formas y sustancias tanto del contenido como de la expresión precisamente en función del establecimiento de relaciones binarias y biunívocas entre ambos planos (a pesar de su no correspondencia *de derecho*), la consigna revela la función del expresable [*lekton*] como aquello que insiste en la proposición y se atribuye a los cuerpos. Desde luego, tanto la noción significada como el propio sistema de la lengua tal y como es construido en la teoría caen del lado de estos últimos, de tal modo que las reglas y principios expresados en la teoría se atribuyen a los cuerpos de la lengua en proposiciones que los toman como objeto y que funcionan como metalenguaje³⁰⁹. La muerte, por el contrario, no puede ser considerada de

309 La centralidad conferida a la consigna por Deleuze y Guattari se apoya precisamente en la doble posición de la máquina abstracta, de tal modo que su capacidad impositiva resulta clave a la hora de entender cómo consolidan diferentes órdenes formales sin recurrir a ningún tipo de causalidad incorporal autosuficiente: «la consigna es la variable de enunciación que efectúa la condición de la lengua, y define el uso de los elementos según uno u otro tratamiento, no queda más remedio que volver a la consigna como al único “metalenguaje” capaz de dar cuenta de

acuerdo con el régimen de lo corpóreo: no es en ningún sentido causa, ni acción ni pasión, sino sólo un resultado, una frontera ideal que separa y limita los cuerpos “como la condición, incluso iniciática, incluso simbólica, por la que un sujeto debe pasar para cambiar de forma o de estado”³¹⁰. Esta función de límite [*péras*], considerada a partir de la impugnación que desde los estoicos hasta Simondon se dirige al hilemorfismo y a la concepción matemática de la definición, impide que éste pueda ser concebido como causa u origen del desarrollo, la constitución y la actividad de los cuerpos, sino sólo como resultado o efecto incorporal en el que, no obstante, reside la distinción entre un cuerpo y otro. Como expresado de los enunciados según el estatuto de la consigna, la muerte aparece como aquella transformación incorporal que se atribuye a los cuerpos desde el punto de vista de sus formas y de sus sustancias. Considerar que en toda consigna hay una sentencia de muerte tiene que ver con el reconocimiento del funcionamiento de la máquina abstracta de acuerdo con esa posición que compone los agenciamientos de acuerdo con relaciones de oposición y de inclusión que establecen una red tendencialmente arborescente³¹¹ de dependencias binarias en la que las variables y las diferencias de intensidad son apresadas en vínculos constantes y homogeneizadores. Se establece así el isomorfismo entre elementos lingüísticos y elementos no lingüísticos, la distinción real entre contenido y expresión. Sin embargo, y de acuerdo con aquella posición de la máquina abstracta que la orienta al plan de consistencia o cuerpo sin órganos, la consigna presenta un aspecto de fuga en virtud del cual las variables pueden entrar en un régimen de *variación continua*. En ningún caso se trata aquí de una abolición de la muerte, del límite o contorno, que convertiría el agenciamiento en un caos indiferenciado, sino más bien de que el contorno, la muerte y el límite sean restituidos a su estatuto incorporal y aparezcan bajo el signo de la variación y el devenir. Desde esta perspectiva, la consigna es capaz de efectuar un movimiento de conjunción de los máximos de desterritorialización de ambos planos por el que los cuerpos superan la restricción de sus formas en mezclas e interpenetraciones no representadas (que ponen de manifiesto su potencia incorporal) al mismo tiempo que el lenguaje es tensado en un movimiento que lo hace tender hacia su propio límite como

esa doble dirección, de ese doble tratamiento de las variables» *MP*, 4, p. 108. De este modo, la propia enunciación de la teoría lingüística no puede ser concebida como una excepción al estatuto de la consigna, sino más bien como ejercicio explícito de la sobrelinealidad de la forma de expresión lingüística, irreducible a cualquier forma de descripción lineal al modo de la gramática generativa.

310 *Ibidem*, p. 109.

311 El método lineal arborescente de Chomsky, además de ser uno de los procedimientos de análisis lingüístico más difundido, es un buen ejemplo del tratamiento de las variables que corresponde a la perspectiva general que Deleuze y Guattari someten a revisión. No obstante, los árboles chomskianos son sólo una de las condiciones de acuerdo con las que dicha perspectiva general sostiene su pretensión de cientificidad, junto con la prioridad concedida a las constantes y a los universales del lenguaje, la homogeneidad de términos (pero también de relaciones) y el enfoque sincrónico, que justifica la escisión entre proceso y sistema reconociendo una anterioridad fundamental a este último y considerando la diferencia entre lo objetivo y lo subjetivo, el derecho y el hecho, de forma correspondiente.

asignificancia y agramaticalidad (que revela la potencia material de la lengua). Así, el acercamiento entre la forma del contenido y la forma de la expresión no tiene lugar como totalización de un plano por el otro a través de la subordinación de las variables a relaciones constantes, sino como puesta de manifiesto del carácter relativo de la propia distinción entre contenido y expresión, y de la materia [*Mening*] común a todo el agenciamiento que constituye su superficie de estratificación a partir del plan de consistencia. Una verdadera subversión de los supuestos implícitos de la semiología pasa por comprender de qué modo puede ser liberada la potencia revolucionaria de la consigna, determinar qué elementos en la enunciación pueden ejercer esa función de tensores y, en definitiva, cómo escapar a esa sentencia de muerte que la consigna encierra.

Desde la perspectiva semiótica pragmática correspondiente a este propósito subversivo, resulta obligado impugnar cualquier consideración exclusiva del sistema de la lengua como forma autónoma de la expresión así como todas las prácticas de análisis del discurso derivadas, y el reproche de no llevar lo suficientemente lejos la abstracción se revela como aplicable tanto al estructuralismo como a las propuestas inauguradas por Chomsky: mientras que la abstracción sólo se haga cargo de lo virtual hasta un determinado punto -a saber, aquél en el que es posible la formulación de un sistema de constantes- no se habrá conseguido ir más allá de una concepción meramente representativa del lenguaje que resulta incapaz de dar cuenta de su potencia de intervención en lo social. Deleuze y Guattari consideran necesario forzar la abstracción hasta alcanzar el ámbito de variables determinantes, internas a la propia enunciación pero no obstante atribuibles a los cuerpos y estados de cosas, en el que no se puede sino reconocer la consigna como forma de intervención. Ahora bien, puesto que llegar a este ámbito pasa por considerar el elemento genético y productivo que, en su virtualidad y heterogeneidad propias, hace posible tanto el establecimiento de constantes como las modificaciones al nivel de los códigos y las territorialidades, resulta necesario atender al componente maquínico en virtud del cual tiene lugar la constitución de entidades de la expresión y la fijación de una forma susceptible de ser explicitada como sistema en la teoría lingüística. Se exige una comprensión diferente de la abstracción que debe alcanzar la máquina abstracta de la lengua de tal modo que ésta no se vea representada según el modelo *arborescente* (tan característico de las elaboraciones de la gramática generativa) ateniéndose al orden lineal de las entidades lingüísticas, sino que haga patente la sobrelinealidad constitutiva de la forma de expresión lingüística conforme a una disposición *rizomática*³¹² y preste atención

312 La oposición entre el modelo arborescente y el modelo rizomático en muy distintos dominios es, quizá gracias al factor editorial que significó la más temprana publicación de la primera sección de *Mil Mesetas* con el título *Rizoma*, una de las aportaciones conceptuales de Deleuze y Guattari más difundidas. Sin ánimo de entrar en

a aquél estado por el que el agenciamiento maquínico se orienta al plan de consistencia o Cuerpo sin órganos, esto es, a su aspecto diagramático y metaestrático. Por cuanto, según esta acepción, es necesario reconocer a la máquina abstracta un estatuto virtual, propiamente incorpóreo, difícilmente podrá serle atribuida una existencia independiente respecto de los agenciamientos concretos en los que se encarna y, por consiguiente, su carácter abstracto no podrá designar en absoluto una estilización tal que constituya un registro trascendente en el que la lengua pueda ser pensada como un código. A lo que Deleuze y Guattari se refieren empleando el término “abstracto” es precisamente a ese carácter no segmentario, no significativo, que deriva del aspecto esencialmente maquínico del agenciamiento en el que el lenguaje aparece como forma de expresión lingüística y que, lejos de prescribir formas de homogeneidad para un mecanismo de producción de enunciados según funciones formales segmentarias y de acuerdo con un orden lineal, considera el proceso de constitución de las mismas por diferenciación a partir de un continuo no segmentario. De este modo, el resultado de la abstracción no puede en ningún caso sustraerse al agenciamiento social del que forma parte: ni el estructuralismo ni la gramática generativa pueden escapar a la denuncia

demasiados detalles aquí, sí que parece obligado introducir una breve caracterización de la diferencia entre ambos modelos, así como un apunte relativo a la comprensión deleuzeana de las multiplicidades por cuanto afecta a qué deba ser entendido a propósito del empleo de términos como “poblaciones”, “sentido”, o “molecular” entre otros. En ambos casos, el modelo remite en última instancia a consideraciones noológicas, esto es, a cuestiones relativas a la imagen del pensamiento que esté siendo en cada caso puesta en juego, y, por cuanto el propósito de Deleuze parece ser el de la construcción de un “pensamiento sin imagen”, la explicación de la diferencia entre ambos debe afectar necesariamente a la comprensión del rótulo “empirismo trascendental” y a su relación con nociones, típicas del periodo de *Mil Mesetas*, en virtud de las cuales el ejercicio del pensamiento es calificado como “cartografía”, “pragmática” o “nomadología”. Brevemente, el modelo arborescente correspondería a lo que aquí venimos designando como “sistema de la significación” (y que ya desde Profrío encuentra una explicitación clara), procede de lo general a lo particular -por unidad genérica y diferencia específica- efectuando un reparto de las posibilidades conforme a una comprensión exclusiva de la disyunción y siguiendo una progresión que va del principio a la consecuencia (de tal manera que la condición aparece siempre como mayor que lo condicionado, por mucho que pueda haber sido obtenida a partir de éste por una abstracción improductiva). De acuerdo con aquella Imagen del pensamiento que establece en la arborescencia de la condición de verdad la razón de toda significación, la dimensión *de derecho* resulta equiparada al origen mismo de todo aquello que, siendo *de hecho*, carece de efectividad causal normativa. Tal origen es concebido conforme al modelo de lo idéntico, y la diferencias fácticas entran en un sistema del juicio en el que resultan ser, bien específicas (y por tanto, definitorias de alguna identidad), bien irrelevantes (como accidentes cuya variación es incapaz de afectar a lo sustancial), o bien aparecen como objetos de una teratología que deja intacta la identidad y originalidad de la esfera del derecho. El empirismo trascendental, por el contrario, renuncia a pensar en condiciones más amplias que lo condicionado, y piensa el origen, no ya bajo la forma de Identidad, sino como afectado por la diferencia. De este modo, la correspondencia entre origen, identidad y máxima extensión es desarticulada en favor de un modelo para el que las conexiones no están prefijadas -sino que surgen del encuentro (*occursus*) de líneas en un espacio liso o direccional-, que renuncia a la pretensión de abarcar en un único sistema homogéneo la pluralidad y la interpenetración de diferentes regímenes de signos, y en el que cualquier intento de determinar un comienzo o un fin resulta infructuosa puesto que la proliferación nunca tiene lugar en uno u otro de los terminales, sino siempre *entre dos*. La imposibilidad de identificar el origen con lo Idéntico conlleva también el desbordamiento de las categorías kantianas de la cantidad -unidad, pluralidad, totalidad-, de suerte que la multiplicidad deleuzeana aparece siempre como una síntesis de heterogéneos en cuanto tales, liberada de las condiciones de homogeneización y reparto (*lógos*) conforme a los criterios de lo Mismo y lo semejante en una institucionalización de los posibles dentro del orden de la significación. Así, el rizoma aparece como operación de una línea de fuga, que efectúa una distribución no totalizable (*nómos*), es fruto de una experimentación -sin duda peligrosa, por cuanto sigue vectores de desterritorialización- y asunto de una cartografía.

nietzscheana de la pretendida neutralidad axiológica de la ciencia³¹³ y en su proceder homogeneizador y extractor de constantes respecto de su objeto de estudio se establece una totalidad doctrinal de la lengua que constituye un *standard*, una lengua de poder que justifica el carácter excluyente de su distinción con respecto al habla y efectúa una repartición correlativa de lo mayor y lo menor, lo trascendental y lo empírico. Acceder a la máquina abstracta de la lengua, tal y como es definida por Deleuze y Guattari, hace posible reconocer en la consigna esta relación entre lenguaje y poder: «la empresa científica de extraer constantes y relaciones constantes va siempre acompañada de la empresa política de imponerlas a los que hablan, de transmitir consignas»³¹⁴. Así pues, el agenciamiento de enunciación remite primeramente, no a formas y sustancias de la expresión, sino a variables inmanentes a la enunciación misma en determinado campo social. Ahora bien, puesto que tal campo constituye por sí mismo un sistema estratificado, define una cierta distribución de posibilidades en función del establecimiento de disyunciones exclusivas que llevan a cabo un estriaje del plano de inmanencia del que resultan sustancias evaluables conforme a formas susceptibles de ser consideradas por sí mismas de acuerdo con aquél uso limitado de la abstracción denunciado en el estructuralismo y la gramática generativa. Dicho estriaje comporta asimismo el establecimiento de jerarquías y diferencias de nivel, empezando por la distinción entre sistema y proceso a la que se aludía en el párrafo anterior, de tal modo que resulta del todo claro en qué sentido Deleuze puede sumarse al proyecto nietzscheano de una subversión del platonismo en el contexto de los estudios sobre el lenguaje desde el momento en que la dependencia de determinación referida a dicha dualidad resulta invertida en su propia concepción del signo lingüístico y remitida en última instancia a procesos de individuación inmanentes a partir de un flujo material no formal. Deleuze y Guattari desarrollan las relaciones constitutivas (y “destitutivas”) del par “original-derivado” (o “modelo-copia” si se quiere aproximar esta tesis a la lectura del primer apéndice de *Lógica del sentido*³¹⁵) conforme a la distinción entre un modo mayor y un modo menor, distinción cuya exposición en este trabajo abrirá el camino, en primer lugar, para explicar las posibilidades de intervención de las expresiones sobre los contenidos desde el punto de vista de su relevancia política, en segundo lugar, para mostrar en qué sentido la noción de agenciamientos colectivos de enunciación desautoriza cualquier pretensión de reducir a un único régimen de signos el ámbito de las expresiones, y, por último, para explicar

313 «Entonces –la fe en la ciencia, que es un hecho incontrovertible, no puede tener su origen en tal cálculo utilitario, sino más bien, a pesar del hecho de serle demostrada constantemente la inutilidad y la peligrosidad de la “voluntad de verdad”, de la “verdad a toda costa”: ¡oh, qué bien comprendemos esto una vez que hemos ofrecido y sacrificado fe tras fe en este altar!- De modo que la “voluntad de verdad” no significa “no quiero dejarme engañar” sino –no queda otra alternativa- “no quiero engañar, ni aun a mí mismo”:- y con esto nos encontramos en el terreno de la moral». Nietzsche, F., *La Gaya Ciencia*, § 344, Madrid, Akal, 1988.

314 *MP*, 4, p. 104.

315 Cf. *LS*, Apéndice I: simulacro y filosofía antigua, “Platón y el simulacro”.

la relación entre deseo y agenciamientos en conformidad con el hecho de que una ontología tonal exige poner en primer plano las diferencias de potencia y las consideraciones pragmáticas liberadas de su carácter exclusivamente descriptivo en beneficio de una concepción activa y experimentadora del pensamiento y la sintomatología.

4.5. En modo menor...agenciamientos, deseo y resistencia.

Aunque la primera aparición del concepto de un “modo menor” se encuentra ya en la segunda obra firmada de forma conjunta por Deleuze y Guattari -su trabajo sobre Kafka³¹⁶-, en *Mil Mesetas* se amplía su extensión más allá de las condiciones de uso de una lengua a todo proceso de producción que, inserto en determinada circunstancia, es capaz de tensar los límites de la misma recusando la concepción de la totalidad correspondiente. Así, en el capítulo 12 se distinguirá entre una ciencia mayor o real, regida por el ideal de reproducción según el modelo *teorematizado* del reconocimiento, y una ciencia menor, itinerante, vinculada con movimientos de desterritorialización y caracterizada por un proceder propiamente *problemático* al que corresponde una concepción semiótica muy diferente de la sostenida por la gramática generativa y el estructuralismo³¹⁷. En efecto, la pretensión de cientificidad de ambas propuestas pasa por la constitución de un espacio homogéneo que deviene estriado en todas sus dimensiones por el establecimiento de correspondencias biunívocas, la extracción de constantes y la formación de una dimensión independiente que corresponde al sistema formal, reproduciendo así el esquema hilemórfico en una distribución fija o sedentaria de variables y constantes tal que la forma es considerada la invariante de las variables al tiempo que la materia aparece como la variable de la constante³¹⁸. De este modo, y conforme a una comprensión exclusiva o excluyente de la relación disyuntiva, se efectúa cierto reparto de lo activo y de lo pasivo al mismo tiempo que se introduce subrepticamente la necesidad de reconocer efectividad causal al plano trascendente del sistema en detrimento de la materialidad a partir de la que se desarrolla el proceso. Por el contrario, la ciencia menor, lejos de poder ser entendida meramente como aquél proceder que contradice o desmiente las afirmaciones de la ciencia mayor, remite a un espacio liso o direccional en el que se distribuyen singularidades y movimientos siempre suplementarios respecto del sistema formal de constantes, estableciendo conexiones variables que efectúan una redistribución de las posibilidades. La diferencia se sitúa, por tanto, en el plano mismo del derecho, esto es, al nivel de qué se considera en cada proceder

316 Deleuze G., y Guattari, F., *Kafka. Pour une littérature mineure*, París, Minuit, 1975 (trad. Aguilar Mora, J., *Kafka, por una literatura menor*, México, Era, 1978).

317 Cf. *MP*, 12, pp. 368-384.

318 «Una constante, una invariante, no se define tanto por su permanencia y su duración como por su función de centro, incluso relativo» *MP*, 4, p. 98

como elemento referencial: mientras que la ciencia mayor se hace cargo de las variables, los movimientos y las distribuciones en un espacio liso conforme a una operación de traducción que lleva a cabo un estriaje y atiende a las territorialidades, formas y sustancias efectivamente constituidas, elevándolas a una condición *de iure*, la ciencia menor excluye toda consideración exclusiva de las entidades a partir de la función formal en la que aparecen contraídas, liberando su carácter singular del establecimiento de relaciones biunívocas. Ya no procede por traducción y sobrecodificación, sino por *modulación*, siguiendo el flujo material del proceso y atendiendo a sus funciones no formales -aquellas que exceden toda posibilidad de cálculo o previsión- conforme al “modelo” de lo problemático. Ahora bien, esta distinción en ningún caso podría ir más allá de una oposición simple entre modelos incapaz de justificar el carácter productivo del “modo menor” si no se subraya que el espacio liso al que se alude no es “originario” salvo en el sentido en el que Simondon indicaba que el crecimiento tenía lugar siempre “por el medio”, es decir, que el espacio liso está siempre ya *entre dos* espacios estriados que lo limitan oponiéndose a su desarrollo y restringiendo su actividad productiva a la función formal de un medio de comunicación.

Dentro de las condiciones de proliferación de todo sistema estratificado, encontrábamos medios, siempre ya codificados, y pasos entre medios, correlativos al margen de descodificación y transcodificación de los códigos. En virtud de estos pasos, un medio podía servir de base a otro, disolverse en él o establecerse él mismo en otro medio. Estas alternativas señalaban distintas respuestas de los medios a la amenaza que, bien por agotamiento, bien por intrusión, precipitaba su constitución al caos de lo indiferenciado o, si se prefiere, encarnan diferentes vías por las que distintos procesos de individuación gestionan el desfase del ser preindividual. Lejos de remitir los tránsitos a una facultad (que remitiría en última instancia a un cierto código en virtud del cual resultarían evaluables los grados de desarrollo como etapas más o menos cercanas a la actualización exhaustiva de la forma), Deleuze y Guattari se hacen cargo de su carácter específico de actos y, por consiguiente, conciben la capacidad del paso transcodificado, no ya en función de una medida (variable o no), sino en términos de ritmos. Los ritmos tienen en común con el caos una peculiar excentricidad con respecto a todo espacio estriado, aunque su carácter de “respuesta de los medios”³¹⁹ asegura su capacidad productiva: si bien la existencia de un medio comporta siempre el establecimiento de un código y, por consiguiente la repetición periódica de sus componentes, el ritmo debe distinguirse precisamente de la medida con objeto de revelar la potencia creadora de la repetición más allá de la simple función reproductiva. La función del ritmo no es en absoluto comprensible como

319 *MP*, 11, p. 320.

acción o pasión dentro de los límites de un cierto dominio, de una cierta territorialidad, sino que constituye el acto mismo de constitución de un territorio por el paso de un medio a otro que la diferencia engendrada en la repetición hace posible. Deleuze y Guattari recogen la distinción kantiana entre lo crítico y lo doctrinal aplicándola a esta doble perspectiva y considerando que, mientras que la medida es siempre dogmática, el ritmo es crítico.

«La medida es dogmática, pero el ritmo es crítico, une instantes críticos, o va unido al paso de un medio a otro. No actúa en un espacio-tiempo homogéneo, sino con bloques heterogéneos [...] El ritmo nunca tiene el mismo plano que lo ritmado. Pues la acción se hace en un medio, mientras que el ritmo se plantea entre dos medios, o entre dos entre-medios, como entre dos aguas, entre dos horas, entre perro y lobo, *twilight* o *zwielicht*, Haecceidad»³²⁰

La crítica, como facultad de tránsito entre diferentes doctrinas o “familias de proposiciones”³²¹, es apartada así de su verdadera potencia, y la enunciación carga con supuestos y sobrentendidos que en ningún caso permiten aflorar las auténticas fuerzas productivas más allá de su representación en estados de cosas designados y formas de subjetividad manifestadas con ocasión de las distintas situaciones discursivas concretas. Desde luego, hay fugas en esta constricción, y en ellas se afirma una fuerza no comunicante, una potencia de destitución o contraefectuación que subvierte las representaciones y produce desde dentro aquella forma de exterioridad a partir de la cual otra constitución resulta posible: de este modo, el proceso y la producción se sustraen al modelo del reconocimiento y pasan a encontrar condiciones immanentes y variables para su evaluación. Desde estas distinciones podemos finalmente considerar la especificidad de la posición de Ducrot respecto de las descripciones semánticas y el análisis del discurso, al reconocer en el primer ámbito el carácter siempre hipotético de la fase constructiva y, en el segundo, la existencia de argumentaciones propiamente discursivas que, si bien resultan irrelevantes desde una consideración exclusivamente lógica de la argumentación, resultan esenciales para dar cuenta de lo que en cada enunciación está siendo siempre ya efectuado³²².

Así pues, a la hora de caracterizar las condiciones de intervención de la expresión sobre los contenidos, Deleuze y Guattari proponen, más que la distinción entre una lengua mayor y una lengua menor, la consideración del uso menor de una lengua mayor como práctica de enunciación experimentadora e inmediatamente política. Desde luego que es posible distinguir entre lenguas mayores y lenguas que, en relación con las primeras, resultan ser menores, pero

320 *Ibidem*.

321 Empleamos aquí deliberadamente la expresión de Wittgenstein, siguiendo a J. F. Lyotard en *El entusiasmo: crítica kantiana de la historia*, con objeto de acentuar el carácter no totalizante de la crítica como facultad del tránsito y la irreductibilidad del modo menor respecto de toda cristalización doctrinal.

322 Cf. Anscombre, J. C., Ducrot, O., *L'argumentation dans la langue*, Bruxelles, Mardaga, 1983.

esta distinción no sería de capaz de proporcionar una definición genética o real si se limitase a caracterizar las segundas por las variaciones que efectúan respecto de los elementos y relaciones constantes de las primeras. Para ir más allá de estas definiciones, meramente nominales, es necesario pasar de la perspectiva del estado a la del proceso y definir una y otra, no tanto por la presencia o no de variables, sino por el modo de tratamiento de las variables que en cada caso se efectúa. Ni la noción de “dialecto”, ni los bilingüismos frente a los fenómenos de implantación de una lengua oficial pueden aducirse como argumentos sólidos a la hora de dar cuenta de la distinción entre lengua mayor y lengua menor: a partir de cualquier dialecto o cualquier lengua de *ghetto* es siempre posible definir un sistema homogéneo por extracción de constantes, las reivindicaciones de identidades regionales pueden, por mediación de la escritura y de la institucionalización de las formas, hacer de la lengua menor una lengua localmente mayor que funcione, asimismo, como una lengua de poder. Deleuze y Guattari confrontan las posiciones de Chomsky y Labov³²³ con objeto de presentar dos consideraciones diferentes ante un mismo fenómeno que no son, desde el punto de vista expuesto en *Mil Mesetas*, sino dos concepciones distintas de la máquina abstracta de la lengua correspondientes a sus dos posiciones o estados coexistentes (de los que ya hablamos en el capítulo tercero de este mismo trabajo) y que, tomando en consideración lo expuesto en los párrafos anteriores, sustentan la denuncia de un entendimiento estrecho de lo abstracto y lo maquínico. Mientras que Chomsky encarna el cuarto postulado impugnado a la lingüística, puesto que considera que el estudio de cualquier dialecto (e incluso de cualquier enunciación concreta) pasa por la eliminación de toda variable extrínseca y la construcción de un sistema de invariancias, Labov sostiene que el estudio, ya no de los dialectos y las formaciones discursivas locales o marginales, sino incluso el de las lenguas llamadas “incondicionalmente” mayores, exige la consideración central de sus variaciones inherentes³²⁴. Así pues, el acceso a una condición verdaderamente incondicionada a la hora de dar cuenta del lenguaje desde el punto de vista de sus transformaciones y de sus relaciones con el deseo y con el poder deberá distinguir tres elementos, a saber, la lengua mayor (definida por el poder de las constantes), las lenguas menores (definidas por su potencia de variación) y el uso o tratamiento menor de la lengua mayor (definido por devenires y acontecimientos que exceden sus efectuaciones corpóreas). Podemos hacer corresponder estos tres elementos a las tres categorías kantianas según la cantidad -universal, particular y singular-, de tal modo que, una vez recusada la prioridad de lo universal como causa incorporal

323 Cf. Labov, W., *Sociolinguistic Patterns*, Philadelphia, University of Pensilvania Press, 1972 y *Lenguaje in the Inner City*, Philadelphia, University of Pensilvania Press, 1972. Las investigaciones de Labov en torno a las variaciones en las lenguas de *ghetto* prestan un especial interés al denominado black-english norteamericano, como atestigua la publicación conjunta Labov, W., Ash, S., y Boberg, Ch., *Atlas of North American English: Phonology and Phonetics*, Berlín, Mouton de Gruyter, 2006.

324 «No lograréis un sistema homogéneo que no esté todavía o ya trabajado por una variación inherente, continua y regulada (¿por qué Chomsky hace como si no entendiera?)». *MP*, 4, pp.105.

entendida a la escala misma de lo corpóreo, sólo en las singularidades será posible superar el modelo de lo actual y alcanzar la determinación de dicha condición. Como ya vimos a propósito de la recepción deleuzeana de la teoría estoica de los incorpóreos, una posición materialista rigurosamente inmanente debe ser capaz de dar cuenta de las singularidades al margen de aquella alternativa, característica del pensamiento de la representación, que bien las encuentra exclusivamente subordinadas a la identidad del género o de la especie en los individuos, bien las relega a un abismo indiferenciado, *chaos* primordial que sólo un demiurgo es capaz de enmendar. Sin embargo, desde la concepción deleuzeana de la individualidad y el sentido esta restricción tiende a ser abolida: así, el individuo aparece como punto de intersección o convergencia de singularidades preindividuales, y constituye él mismo una singularidad desde el punto de vista de otro sistema y en virtud de otros criterios formales, mientras que el sentido es precisamente el ámbito poblado por tales singularidades a partir de cuyo espesamiento tienen lugar los diferentes procesos de individuación. De este modo, la perspectiva que proponen Deleuze y Guattari acerca del lenguaje deberá necesariamente situar en el centro la enunciación concreta y las consideraciones pragmáticas, pero en absoluto desde el punto de vista de un *standard* para su efectucción o de categorías comunicacionales extralingüísticas, sino precisamente en función de las líneas de variación anómalas inherentes al lenguaje mismo y que lo sitúan en el marco de los agenciamientos colectivos.

Puesto que su propia perspectiva en torno a las cuestiones lingüísticas no puede ser desligada asimismo de un cierto ejercicio (también él mismo menor) del pensamiento que, como acabamos de ver, debe abstenerse de hipostasiar de cualquier tipo de modelo general como criterio de evaluación trascendente, las condiciones de este uso menor deberán exponerse siempre en concreto, por lo que seguiremos parcialmente el recorrido de su argumentación a propósito de la escritura de Kafka, procurando que la digresión no llegue a resultar en ningún momento impertinente respecto del propósito explicativo que aquí nos planteamos, a saber, mostrar en qué sentido la remisión de la enunciación a los agenciamientos colectivos hace imposible apartar a la pragmática del centro de los estudios acerca del lenguaje y cómo cualquier práctica enunciativa, por cuanto de ella tiene lugar la constitución y el ejercicio de muy diversos regímenes de signos, resulta ser irremediabilmente política con independencia de que la información puesta en juego en las distintas situaciones discursivas pueda presentar una apariencia de neutralidad o pretenda preservar una privacidad del discurso respecto de su carácter social o colectivo. Nos limitaremos por el momento a exponer qué condiciones y qué instancias pone en juego el uso menor de una lengua mayor y de cómo tal puesta en juego afecta a la correspondencia entre contenidos y expresiones, mostrando el carácter

necesariamente social de la enunciación y la posición dependiente de los procesos de subjetivación y evaluación que responden a dicho carácter.

«Formar frases gramaticalmente correctas es, para el individuo normal, la condición previa a toda sumisión a las leyes sociales. Nadie puede ignorar la gramaticalidad, los que la ignoran dependen de *instituciones* especiales. La unidad de una lengua es fundamentalmente política. No hay lengua *madre*, sino toma de poder por una lengua dominante, que unas veces avanza sobre un amplio frente, y otras se abate simultáneamente sobre diversos centros. Se pueden concebir distintas maneras de homogeneizarse una lengua, de centralizarse: la manera republicana no es forzosamente la misma que la real, y no es la menos dura. Pero la empresa científica de extraer constantes y relaciones constantes siempre va acompañada de la empresa política de imponerlas a los que hablan, de transmitir consignas»³²⁵.

En su obra sobre Kafka, Deleuze y Guattari proponen tres características o condiciones propias de una literatura menor a partir de las cuales se definirá el carácter necesariamente colectivo de la enunciación, así como un estatuto peculiar del autor y, correlativamente, también el alcance político o emancipatorio de la noción de *minoría*. En primer lugar, y puesto que la noción de una literatura menor debe necesariamente relacionarse con la capacidad creativa de la forma de expresión en detrimento de su carácter reproductivo y representativo, la aparición de una literatura menor tiene que ver con una desterritorialización de la lengua. Si bien, para Deleuze, el lenguaje aparece siempre ya como una desterritorialización de la boca con respecto a su territorialidad primitiva -a saber, el alimento-, escindiéndose así respecto de la esfera de los contenidos, su reterritorialización en el sentido proporciona un plano del contenido propio de la expresión. Correlativamente, se opera la distinción y la complementariedad entre un sujeto del enunciado, relacionado con el plano del contenido de acuerdo con la relación de designación, y un sujeto de enunciación vinculado con el sentido (recordemos las aportaciones de Ducrot al respecto al señalar cómo el enunciado dice lo que supone sin necesidad de decirlo), de tal modo que la reterritorialización del sentido se consolida en un uso prioritariamente representativo del lenguaje. No obstante, es posible adoptar una actitud menor ante dicho proceso de desterritorialización y recusar esta reterritorialización siguiendo el movimiento mismo a partir del cual se consolida, evitando así la reproducción de la forma y afirmando el aspecto heterogéneo y productivo del proceso. En el caso de Kafka, su condición de judío alemán en Praga determina unas condiciones de desterritorialización concretas³²⁶ que Deleuze y Guattari no dudan en considerar como un “callejón sin salida de los judíos respecto a la literatura”: el alemán de Praga aparece para la comunidad judía como el único vehículo posible de escritura, por cuanto su empleo implica la

325 *MP*, 4, p. 104. La cursiva es nuestra.

326 «Sin duda, en el Imperio Austro-Húngaro, el checo es una lengua menor con relación al alemán; pero el alemán de Praga funciona ya como lengua potencialmente menor con relación al de Viena o al de Berlín; y Kafka, judío checo que escribe en alemán, somete al alemán a un tratamiento creador de lengua menor» *MP*, 4, p. 106.

afirmación de una distancia inasimilable con respecto a la territorialidad “original” checa, pero al mismo tiempo lleva consigo una tendencia siempre abortada de reterritorialización por inclusión de la comunidad judía dentro de la minoría opresora alemana. La inclusión fracasa en virtud de la peculiar posición de la minoría judía, una *pertenencia* que elude la representación y que constituye una suerte de exterioridad interior desde la que es posible intervenir sobre la unidad política de la lengua por acentuación de su componente más desterritorializado, que resiste la reterritorialización normalizadora. Por cuanto este uso menor de la lengua mayor se sitúa en los márgenes mismos de tal unidad -y no se limita a modificar los diversos grados de desarrollo y la organización de las formas-, resulta una segunda característica o condición para su ejercicio, a saber, la articulación inmediata de lo individual y lo político³²⁷. Este es uno de los argumentos más empleados por Deleuze y Guattari en su ataque a los supuestos psicoanalíticos, puesto que la concepción edípica como proceso de constitución de individualidades personales supone una mediación que permite, a costa de una restricción de la sexualización, aquella separación de lo familiar y lo político a partir de la cual se alcanza una concepción meramente representativa del deseo en la que éste aparece privado de su potencia productiva en los procesos de individuación. Esta marginalidad confiere a la escritura de Kafka un valor de *resistencia*, a la vez a la interpretación y a la centralidad del significante, vinculándola de forma inmediata con la concurrencia de lo preindividual bajo la forma de lo colectivo, de acuerdo con la tercera condición propuesta en la monografía de 1975.

Mientras que en el caso de las “grandes” literaturas, esto es, en el caso de las obras que remiten su producción a las condiciones de una enunciación ya individualizada, propuesta como separada respecto de la enunciación colectiva y para la que lo social sólo aparece como trasfondo de los problemas individuales e interindividuales puestos en juego³²⁸, las literaturas

327 La posición de Simondon, precisamente por cuanto propone la sustitución de la noción de “forma” por la de “información” entendida como proceso resolutorio de la tensión y las diferencias de potencial introducidas en todo sistema individuado por el remanente de ser preindividual, ya se hacía cargo de esta inmediatez a la hora de dar cuenta de los procesos de individuación psíquica. A la imposibilidad de representar algún tipo de forma de subjetividad acabada -o incluso el anhelo de un pueblo constituido que accidentalmente es víctima de opresión-, la enunciación no individualizada del modo menor se abre a lo transindividual como tendencia situada entre la individuación psíquica y la individuación colectiva.

328 Deleuze presenta la concepción del montaje de Griffith como ejemplo de esta peculiar posición de enunciación en *La imagen-movimiento*. La subordinación de los planos a una totalidad orgánica comporta ciertas técnicas de montaje (como el montaje alternado paralelo y el montaje convergente o concurrente), así como una forma peculiar de inserción del primer plano, que consiguen un efecto de subjetivación tal que representa o incluso excede -según un incremento afectivo- al conjunto objetivo, que pasa a ocupar un segundo plano y funciona como trasfondo. El carácter orgánico de la composición deriva de la unidad de lo diverso alcanzada por procesos de diferenciación, entre los que destaca el empleo del primer plano como forma de restricción de la escena y desobjetivización de la situación según una fijación de la oscilación entre imagen subjetiva e imagen objetiva. Deleuze, en *L'Abécédinaire*, esboza entre otros un modo definir la distinción política entre izquierda y derecha que toma como modelo la estructura de la dirección postal. Así, dependiendo de si la lectura de tal dirección va del centro a la periferia o de la periferia al centro, la posición de subjetividad en relación con el agenciamiento social será de carácter reaccionario o revolucionario respectivamente. La concepción del montaje

menores se desarrollan en un espacio reducido, constreñido por las formaciones estratificadas en las que anidan y en el que cada problema individual necesariamente conecta sin mediación con lo político. De este modo, la triangulación familiar edípica como estructura propuesta por el psicoanálisis para articular la diferencia entre lo individual y lo colectivo, establece -bien a través de la sustitución de alguno de sus términos por otro que abre el conjunto a diferentes estructuraciones en el espacio de lo colectivo, bien por una suplantación de todas sus posiciones que asegura la producción incesante de nuevos triángulos- conexiones polívocas y variables que constituyen el fútil determinante de las constantes familiar y social³²⁹. «En efecto, precisamente porque en una literatura menor no abunda el talento, por eso no se dan las condiciones para una enunciación individualizada, que sería la enunciación de tal o cual “maestro”, y que por lo tanto podría estar separada de la enunciación colectiva»³³⁰, aunque precisamente en virtud de esta inmediatez y falta de reconocimiento es posible la creación de algo completamente heterogéneo respecto de esa “literatura de maestros” que pone en funcionamiento todos los ardides de la interpretación en torno a un centro de significancia trascendente indicado por una cierta comprensión del nombre de autor³³¹. Hay por tanto en la literatura menor una cierta denegación del *lógos*, por cuanto lo que en ella se opera es una distribución nomádica que desarticula el modelo del reconocimiento -de ahí la falta del talento y de las *timai* correspondientes- y revela la operación en virtud de la cual la justicia del *nómos* es propuesta como *physis*: la soledad del escritor, privado de aquella semejanza que garantizaría el reconocimiento neurótico, alienta una práctica de experimentación que modifica

de Griffith corresponde al primer sentido de lectura, lo que se hace patente en el papel de las minorías, por ejemplo, en *El nacimiento de una nación* (E.E.U.U. 1915), donde los soldados del sur, derrotados y asimilados, vienen a ser relevados por los negros libertos, resistentes a la homogeneización e inasimilables, como exterioridad interior al conjunto desde el punto de vista mayor -que no puede sino considerarlos como substratos o como radicalmente exteriores a la cultura. Desde una perspectiva que sin duda se pretende más integradora que la de Griffith, la noción chomskiana de una competencia universal induce a pensar lo social también como convergencia de *competences*, e introduce subrepticamente el esquema hilemórfico al entender las diferentes *performances* como procesos de actualización de dicha facultad. Cf. *IM*, pp. 53-54.

329 «Unas veces uno de los términos del triángulo familiar es reemplazado por otro término que por sí sólo basta para desfamiliarizar el conjunto (de esta manera, la tienda familiar pone en escena al padre-empleados-niño, y el niño se coloca del lado del último de los empleados a quien él quisiera lamerle los pies: o, como en *La condena* el amigo de Rusia ocupa el lugar de uno de los términos del triángulo y lo transforma en un aparato judicial o de condenación). Otras veces es todo el triángulo el que cambia de forma y de personajes, y que resulta ser judicial, o económico, o burocrático, o político, etcétera. Es lo que sucede con el juez-abogado-acusado en *El proceso*, donde el padre ya no existe en tanto padre (o bien la triada tío-abogado-Block, quienes quieren a como dé lugar que K tome en serio el proceso). O incluso las triadas se multiplican: empleados de banco, policías, jueces. O incluso el triángulo geopolítico, alemanes-checos-judíos, que se perfila detrás del padre de Kafka» *K*, pp. 22.

330 *K*, cap. 3, p. 30.

331 Sin ánimo de desplegar aquí en toda su complejidad los diferentes criterios que presenta Foucault en la conferencia de 1969, digamos que la función del nombre de autor al nivel de lo que Deleuze y Guattari designan como “literatura de maestros” y que remite una obra a cierta enunciación individualizada, lo que en tal enunciación es designado bajo el nombre de autor «no es más que la proyección, en términos siempre más o menos psicologizantes, del tratamiento que les inflingimos a los textos, de los acercamientos que efectuamos, de los rasgos que establecemos como pertinentes, de las continuidades que admitimos o de las exclusiones que practicamos» Foucault, M., “Qu'est-ce qu'un auteur?”. en *Littoral* n°9, juin 1983 (trad: Mattoni, S., “¿Qué es un autor?”, *Litoral* n° 25/26, Córdoba, Edelp, 1998).

la condición espacial al suspender el estriaje en virtud del cual aparecen sujetos constituidos a partir de sus dimensiones familiar y política. Ahora bien, la conexión inmediata entre ambas dimensiones sólo puede ser objeto de una pragmática desde el momento en que esta última adquiere una extensión en virtud de la cual se libera de la mediación de las categorías de la comunicación y es capaz de reformular las condiciones discursivas, ya no en términos de representaciones y propiedades, sino a partir de diferencias de potencia, situando por tanto la transitividad inmediata del afecto en el proceso de contracción de dependencias a partir del cual se constituyen los diferentes regímenes de signos. Así pues, no parece del todo injustificado en este punto insistir en la relevancia del intervalo entre percepción y acción a partir de la noción de *pasibilidad* que Lyotard considera supuesta en todo reparto de lo activo y lo pasivo, y que es aquello que precisamente se pierde cuando la explicación de la enunciación remite, en última instancia, a entidades sustancialmente constituidas -ya sea la maestría del autor, ya el medio de intersubjetividad- a las que se atribuye una fuerza causal activa que restringe la forma de expresión reduciéndola a medio o vehículo de comunicación.

«Las obras producidas por la nueva *techné* llevan necesariamente, en grados muy diversos, en sitios diversos de sí mismas, las huellas del hecho de que han sido determinadas por un(os) *cálculo(s)*, sea en su constitución y/o restitución, sea únicamente en su difusión [...] Toda reproducción industrial demuestra acatamiento a esta problemática profunda y fundamental de la *re-presentación* y el sentimiento estético presupone algo que necesariamente está implicado y olvidado en la representación: la *presentación*, el hecho de que algo esté *allí ahora*»³³².

Como ya se expuso más arriba, el propio Peirce se servía de la noción de presente en general a la hora de caracterizar el estatuto de lo Primero siguiendo muy de cerca la comprensión kantiana de la afección y la necesidad de una síntesis de lo sensible en el esquema que preparase la subsunción propiamente conceptual³³³. En consonancia, su comprensión triádica de lo Tercero situaba al interpretante lógico al final de una serie que comenzaba con lo afectivo y pasaba por el hábito o interpretante dinámico, indicando así cómo el registro de lo simbólico venía a sobrecodificar dependencias afectadas en principio por un menor coeficiente de desterritorialización. Lyotard también recurre al pensamiento kantiano con la intención de explicitar las condiciones de una comunicación no representativa, es decir, de una forma de conexión de la obra de arte con lo político que no resulte mediatizada por las formas conceptuales en virtud de las cuales se consideran las relaciones como movimientos o variaciones entre paradas o constantes ya individuadas: por cuanto es en la analítica del

332 Lyotard, J. F. “Algo así como: comunicación...sin comunicación”, conferencia dictada en la Sorbona con ocasión del primer Coloquio “Art et communication” en 1985. Texto publicado en *Art et Communication*, París, Éditions Osiris y recogido después en Lyotard, J. F., *L'inhumain. Causeries sur le temps*, París, Galilée, 1988 (trad: Pons, H., *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial, 1998).

333 Cf. Peirce, Ch. S. “On a new list of categories”

sentimiento de lo bello³³⁴ donde es posible rastrear una acepción kantiana de la comunicabilidad como exigencia, relativamente independiente respecto de la condición conceptual del sentido común y conciliable con el reconocimiento de Adorno de la incapacidad de dar cuenta de la obra de arte en función de las categorías de la información y la comunicación, la pasibilidad revela en la génesis misma de toda determinación un componente irreducible a la distinción mental entre formas y sustancias que debe ser entendido, más bien, en términos de acontecimientos y que distingue radicalmente la propuesta de Deleuze y Guattari respecto de cualquier forma de pragmática comunicacional. Lyotard sostiene que la recepción de la obra de arte en tanto tal exige considerar la pasibilidad a partir de una irreducible transitividad que impide situarla como terminal en una oposición simple, como la que relaciona lo activo y lo pasivo, e impugna la forma del sujeto receptor y la puesta en movimiento de la interpretación en función tanto del punto de vista del espectador como de la significación supuesta en la voluntad del autor.

«De tal modo, aún somos tributarios del modelo cartesiano del “hacerse amo y poseedor...”. Éste implica la retirada de la pasibilidad, únicamente por la cual somos aptos para recibir y por consiguiente para modificar y actuar, y tal vez incluso gozar. Esta pasibilidad como goce y pertenencia requerida de una comunidad inmediata, se reprime en la problemática general de la comunicación de hoy en día, y hasta pasa por vergonzosa. Pero accionar en el sentido de esta actividad tan buscada no es de hecho más que reaccionar, repetir, en el mejor de los casos adaptarse febrilmente a un juego ya dado o instalado»³³⁵.

De acuerdo con Simondon, en todo proceso de individuación concurre necesariamente una cierta carga de realidad preindividual excedentaria respecto del sistema a partir del cual se inaugura el proceso, y la aparición de lo psíquico depende de la irrupción del afecto como modo específico de lo preindividual capaz de distinguir y relacionar percepciones y acciones. Deleuze y Guattari también consideran los procesos de constitución de entidades y sistemas formales a partir de lo preindividual (el “campo trascendental” de *Lógica del sentido*) y, puesto que en ningún caso resulta admisible la rección universal de un sistema conforme al cual pudiesen ser genéricamente entendidos los diferentes procesos de individuación, tales procesos deben ser explicados en concreto desde el punto de vista de una producción immanente que pone en juego una comprensión de la *physis* para la que la forma esencial sólo puede aparecer como un resultado y debe ser contemplada desde el punto de vista del agenciamiento en el que se inserta. La presencia en el párrafo citado de un término tan relevante en la teoría y la práctica lacaniana como “goce” exige que exponamos en este punto el origen de la noción de *agenciamiento* en el corpus que Deleuze y Guattari firman conjuntamente, puesto que si bien hasta ahora hemos venido considerando de forma casi exclusiva la pertinencia del concepto

334 Cf. Kant, I, *KU*, especialmente §§ XIX-XXII.

335 Lyotard, J. F. *Op.cit.*

para entender diferentes fenómenos sígnicos, su relevancia a la hora de acercarse a los fenómenos psíquicos y, con ellos, al problema específico de la sintomatología no es en absoluto exterior a dicho ámbito. De hecho, el concepto de *agencement* resulta clave para la oposición de Deleuze y Guattari a toda concepción representativa del deseo, y su vinculación con cuestiones libidinales y sintomatológicas es inseparable de la propia necesidad a partir de la que es concebido. El empleo generalizado del término *agencement* aparece precisamente en el trabajo dedicado a Kafka, y viene a sustituir a la llamativa noción de “máquinas deseantes”³³⁶, que era uno de los conceptos más relevantes de *El Antiedipo* y que ponía de manifiesto, por su carácter paradójico, la necesaria presencia de lo preindividual como resto en todo proceso de estructuración: «En las máquinas deseantes todo funciona al mismo tiempo, pero en los hiatos y las rupturas, las averías y los fallos, las intermitencias y los cortocircuitos, las distancias y las fragmentaciones, en una suma que jamás reúne sus partes en un todo»³³⁷. Ahora bien, del mismo modo que la paradoja únicamente muestra la potencia genética del sentido a condición de no reducirlo al marco del sentido común y el buen sentido, las máquinas deseantes sólo resultan instancias paradójicas cuando su carácter maquinico pretende ser entendido de modo meramente metafórico, según un sentido corriente del término “máquina” que resulta de una abstracción correlativa a la operada por el esquema hilemórfico y que sólo retiene de la operación de adquisición de forma los aspectos molares, esto es, aquellos que resultan no de considerar las condiciones de emergencia y funcionamiento de la máquina, sino sólo las operaciones reproductivas de las que ésta es capaz. La distinción entre máquinas deseantes y máquinas técnicas o sociales resulta así impugnada desde el punto de vista del establecimiento de una diferencia de naturaleza, puesto que no se distinguen unas de otras sino atendiendo a una diferencia de régimen, de tal modo que si las primeras tienen que ver precisamente con las condiciones de emergencia y funcionamiento de las segundas, su carácter “deseante” ya revela en qué sentido lo que est siendo cuestionado es ese requisito, característico de la concepción psicoanalítica, de una desexualización de la libido familiar para poder invertir el campo social y, con él, de la distinción propuesta por Lacan desde los primeros momentos de su actividad

336 A pesar de este “relevo”, es importante evitar la tentación de identificar sin más “agenciamiento” con “máquina”, por mucho que la constitución del primero sea resultado del proceder de la segunda y que la propia noción de agenciamiento exiga la consideración de los máximos de desterritorialización que atraviesan el sistema estratificado. De hecho, si cabe la posibilidad de distinguir entre agenciamientos más o menos reaccionarios, es precisamente porque la máquina es capaz de operar más o menos desterritorializaciones, llevando el agenciamiento a una dimensión productiva o estancndolo en un proceder meramente reproductivo: «Esa es incluso la diferencia que nosotros desearíamos proponer entre *máquina* y *agenciamiento*: una máquina es como un conjunto de máximos que se insertan en el agenciamiento en vías de desterritorialización, para trazar en él las variaciones y mutaciones. Pues no hay efectos mecánicos; los efectos siempre son maquinicos, es decir, dependen de una máquina en conexión con el agenciamiento, y liberada por la desterritorialización. Lo que nosotros llamamos *enunciados maquinicos* son precisamente esos efectos de máquina que definen la consistencia en la que entran materias de expresión. Esos efectos pueden ser muy diversos, pero nunca son simbólicos o imaginarios, siempre tienen un valor real de paso y de relevo» *MP*, 11, p. 338.

337 *AE*, p. 50 ?

entre el deseo (al que se considera un efecto del ingreso del sujeto en el orden simbólico) y el goce, aquella dimensión que, más allá del lenguaje y el principio del placer, es considerada inaccesible e interdicta. Tanto la exigencia de desexualización como la distinción entre deseo y goce conciben, según el diagnóstico de Deleuze y Guattari, el deseo de modo meramente representativo, y dejan escapar el componente maquínico en virtud del cual tienen lugar las diferentes constituciones y destituciones subjetivas: así, las máquinas deseantes hacen posibles las máquinas técnicas y sociales, anidan en sus intervalos haciendo huir³³⁸ sus elementos y desquiciando sus sistemas formales. De este modo, el deseo se sustrae aquella comprensión que, entendiéndolo como esencialmente *opuesto* a su realización, considera la distancia con respecto a su objeto como una carencia, y pasa de ser contemplado como una instancia específica del orden simbólico a hacerse coextensivo a la dimensión productiva de lo Real. No habrá, por tanto, algo así como una máquina de deseo (dispuesta a su servicio o responsable de su aparición como residuo de un goce imposible), sino que el propio deseo será siempre maquinación, actividad productiva, nunca un movimiento del interior al exterior, sino siempre encuentro en el interior de una forma de exterioridad que resiste la totalización y relanza una y otra vez el proceso. El “modelo cartesiano” al que se refiere Lyotard supone ya una forma de subjetividad constituida, siquiera como exigencia de concordancia, así como una pasibilidad cercada por los mecanismos de percepción y acción que movilizan todos los recursos de la interpretación y la significancia; desde ese punto de vista, y sin tocar un ápice de la comprensión psicoanalítica ortodoxa, el sujeto resulta apartado del goce por la mediación hegemónica de la significación en el concepto y la comunicación intersubjetiva.

«Una máquina de Kafka está, pues, constituida por contenidos y expresiones formalizados en diferentes grados así como por materias no formadas que entran en ella, y salen de ella y pasan por todos los estados: entrar en la máquina, salir de la máquina, estar en la máquina, bordearla, acercarse a ella, todo eso también forma parte de la máquina: son los estados del deseo, independientemente de cualquier interpretación. La línea de fuga forma parte de la máquina [...] El deseo, evidentemente, pasa por todas estas posiciones y estos estados, o más bien, sigue todas estas líneas: el deseo no es forma, sino un proceso»³³⁹

El carácter de práctica de resistencia conferido por Deleuze y Guattari a la literatura menor, entendida como modo de enunciación que resulta ser inmediatamente político, reside en que no puede ser tomado como objeto de una sintáctica -puesto que tensa la sintaxis misma desde una exterioridad necesariamente “incluida” en la lengua mayor y para la que el estatuto

338 Por cuanto los vectores de desterritorialización resultan ser índices de redistribuciones virtuales de los sistemas en virtud de diferencias de potencial, la operación de la línea de fuga no consistirá tanto en huir de éste o aquél sistema, sino en aquella transformación que *hace huir* la distribución actual del mismo. En este sentido, el carácter procesual resulta independiente respecto de cualquier cristalización metaestable susceptible de ser alcanzada por la transformación, lo que confirma el carácter ideal o incorporeal de la línea de fuga.

339 K. pp. 17-18.

tecnológico de mera efectuación particular de un sistema impasible resulta insuficiente-, ni tampoco de una semántica afanada en determinar cómo, a partir de una misma forma de la expresión, resulta posible la significación de nuevos contenidos o viceversa -opción explicativa que no alcanzaría a superar el nivel de la metáfora como primera determinación del lenguaje y subordinaría el movimiento de sustitución a la identidad de las formas entre las que se establece, incurriendo una vez más en una consideración de la variación que sólo tiene en cuenta la referencia a elementos constantes. Corresponderá, más bien, a una *estilística* la tarea de dar cuenta de la variación a partir de su propio modelo y explicar en función de ella en qué sentido la enunciación es inmediatamente política: tal disciplina no es distinta de una pragmática entendida como política de la lengua y constituye asimismo, según el proverbial spinozismo de Deleuze, una alegría del deseo, un incremento de la potencia de afección³⁴⁰. Sólo por cuanto, en las condiciones del uso menor de una lengua mayor, el escritor es privado del reconocimiento y de la posibilidad de reproducir una forma de la expresión más o menos unitaria, más o menos homogénea, resulta accesible la construcción de una máquina literaria determinada a llenar las condiciones de una enunciación propiamente colectiva, esto es, irreductible a formas de totalización corpórea, bien sean éstas las del “estilo magistral” del autor romántico, bien las de la identidad de un pueblo, presente o mítico, que formula determinadas demandas en función de una cierta inscripción histórica. Precisamente por estar el escritor alejado de la vida política, la literatura puede constituir una máquina colectiva de expresión capaz de sustraerse al modelo de lo actual, trabajar los medios de *otra* posibilidad y expresar las demandas de *otra* comunidad, situándose en esa tensión que impide la asimilación de lo colectivo con lo gregario y la reducción de su heterogeneidad y su variación al modelo de lo Mismo y lo semejante. Esta máquina de expresión multiplica la desterritorialización inherente a la forma de expresión lingüística, pero no por la vía de una reterritorialización que modificaría por adición la lengua mayor -lo que únicamente conseguiría reintroducir el problema de la significancia y la interpretación, haciendo imposible una verdadera afirmación de la distancia con respecto a esa comunidad irreductible a la forma de lo actual-, sino a través del acceso a una expresión *perfecta* (en sí misma, y no con respecto a ningún patrón de medida trascendente en relación con la propia enunciación), *material* e *intensa*: en lugar de la proliferación reterritorializante del sentido, Deleuze y Guattari descubren en Kafka una operación de neutralización activa caracterizada por una sobria experimentación. Mientras que en la literatura mayor la enunciación sigue un vector que va del contenido a la expresión (de tal

340 «La escritura en Kafka, la preeminencia de la escritura, no significa más que una cosa [...] que la enunciación y el deseo son una y la misma cosa, por encima de las leyes, de los Estados, de los regímenes. Sin embargo: enunciación siempre histórica, política y social. Una micropolítica, una política del deseo, que cuestiona todas las instancias. Nunca ha habido autor más cómico y alegre desde el punto de vista del deseo; nunca ha habido autor más político y social desde el punto de vista del enunciado» K, pp. 64-65.

manera que resulta posible evaluar los enunciados por su conveniencia con respecto a los contenidos expresados), en la literatura menor se comienza siempre por la enunciación, de tal modo que la expresión está en condiciones de efectuar una dislocación de las formas que abre nuevas ramificaciones respecto de la significación, la manifestación y la designación, adelantándose a los contenidos e interviniendo sobre ellos, puesto que la fractura de la forma de la expresión obliga a una reconstrucción de la esfera del contenido que necesariamente entra en ruptura con la representación de los estados de cosas del orden corpóreo.

La posibilidad de intervención más allá de la primera dimensión de la consigna, aquella en virtud de la cual contiene una sentencia de muerte, debe ser considerada atendiendo a los tres caracteres de la enunciación a los que aludimos en el párrafo anterior (perfección, materialidad e intensidad) y en función de la comprensión deleuzeana de la ontogénesis, el sentido y la diferencia productiva. Si Deleuze y Guattari pueden caracterizar la forma de expresión en la obra de Kafka como “perfecta” no es por referencia a una instancia exterior a la enunciación misma -esto es, ni los contenidos, ni una hipotética conformidad sin resto de la relación entre significante y significado, ni mucho menos una forma ortodoxa de gramaticalidad-, sino en virtud de aspectos implícitos de la propia enunciación que favorecen una evaluación inmanente como agentes de desarticulación de la representación de la situación discursiva en favor de su valor ilocutorio concreto. En consecuencia, la materialidad de la expresión no debe ser entendida como opuesta a una forma, sino más bien como aquél uso de la lengua que considera el flujo de enunciación, el flujo fónico y el flujo de pensamiento, desde el punto de vista de su capacidad productiva: «Hjelmslev señalaba que una lengua implica necesariamente posibilidades inexploradas, y que la máquina abstracta debe incluir esas posibilidades o potencialidades»³⁴¹. La desterritorialización del sonido no va a ser compensada por ninguna reterritorialización y va a operar una neutralización activa del sentido, de tal modo que se pasa de un uso representativo o figurativo de la lengua a un uso puramente intensivo. Siguiendo los análisis de Wagenbach, Deleuze y Guattari señalan cómo propia lengua alemana de Praga favorece este uso a-significante de la lengua al presentar peculiaridades a nivel gramatical, semántico y fónico que llevan la consistencia del alemán *standard* hasta su límite³⁴². Lo que desde el punto de vista de esta última lengua aparecen como desviaciones,

341 *MP*, p. 102.

342 Cf. Wagenbach, K., *Franz Kafka, Eine Biographie seiner Jugend 1883-1912*, Berna, Francke, 1958 (trad: Vernengo, R. J., *La juventud de Franz Kafka*, Caracas, Monte Ávila, 1971). En esta obra se indican ciertas anomalías en la lengua alemana de Praga que conciernen a aspectos puramente gramaticales (variaciones en el uso de las preposiciones y abuso de las formas pronominales que desde el punto de vista del alemán de la metrópoli serían considerados erróneos), semánticos (abundancia de connotaciones doloríficas y ambigüedad en el empleo de algunos verbos) y sobre todo fonéticas que, por influencia del checo, el hebreo y el yiddish, hacen que el propio Kafka pueda extrañarse ante la cualidad sonora de su propia escritura «Casi ninguna de las palabras que escribo

imperfecciones y disminuciones respecto de una riqueza lingüística original, resultan para la escritura kafkiana, en opinión de Wagenbach, las variables de una función creadora. Una lengua, en las condiciones de uso menor, acusa una cierta suspensión de la función de designación conforme a un sentido recto (o *literal* según la concepción de la descripción que propone Ducrot) al tiempo que recusa toda reterritorialización conforme al mecanismo de la metáfora.

«Del sentido sólo subsiste lo necesario para dirigir las líneas de fuga. Ya no hay designación de algo según un sentido propio, ni asignación de metáforas según un sentido figurado. Pero la cosa, como las imágenes, no forma ya sino una secuencia de estados intensivos, una escala o un circuito de intensidades puras que se puede recorrer en un sentido o en otro, de arriba abajo o de abajo arriba. La imagen es el recorrido mismo, se ha convertido en devenir: devenir-perro del hombre y devenir-hombre del perro, devenir-mono o coleóptero del hombre y a la inversa»³⁴³.

En virtud de un uso intensivo de la lengua, la imagen pierde su especialización, aquella relativa inmovilidad en virtud de la cual el espacio de la variación universal devenía estriado por el establecimiento de coordenadas, de puntos de vista fijos y referenciales. Liberada de las condiciones de su efectuación actual, la lengua accede a la variación en una “línea continua necesariamente virtual”³⁴⁴ que no puede sino formar parte de la máquina abstracta conforme a lo que hemos denominado, siguiendo la nomenclatura del capítulo tercero de *Mil mesetas*, como su dimensión metaestrática. De este modo, la continuidad de la línea recusa desde la enunciación la clasificación de Morris: a pesar de que las variables sean tomadas del ámbito fonológico, sintáctico o semántico, la línea misma reivindica la virtualidad productiva del proceso frente a todo sistema y aparece como «apertinente, asintáctica o agramatical, asemántica, etc...»³⁴⁵. Sólo así es posible una verdadera intervención al nivel del agenciamiento social en el que se inserta la enunciación y que es capaz de modificar la forma del contenido en virtud de la introducción de una tensión en la expresión que impide la evaluación de los enunciados sobre la base de su correspondencia o no con las determinaciones corpóreas del contenido. No es, por tanto, a través de la metáfora y la multiplicación de recursos como resulta efectiva la intervención, sino al nivel de una suspensión de la correspondencia entre expresiones y contenidos ejercida desde una enunciación que se prolonga y continúa los índices propiamente maquínicos y las líneas de desterritorialización de una lengua mayor. Del mismo modo que el estatuto de la consigna ponía de manifiesto la relación del lenguaje con el poder, con la estratificación en un sistema extensivo de constantes, la noción de *tensor* -que

armoniza con la otra, oigo restregarse entre sí las consonantes con un ruido de hojalata, y las vocales unen a ellas su canto como negros de barraca de feria» *Diario* T. 1, citado en K, pp. 38-39.

343 *Op. cit.* p. 36.

344 *MP* p. 102.

345 *Ibidem*.

Deleuze y Guattari toman de Lyotard³⁴⁶- revela la relación de la enunciación con las formaciones de potencia y las diferencias de intensidad. Recurriendo a un texto de Vidal Sephiha³⁴⁷, en *Kafka, por una literatura menor*, el tensor es definido como «“todo instrumento lingüístico que permita tender hacia el límite de una noción o rebasarla”, señalando un movimiento de la lengua hacia sus extremos, hacia un más allá o un más acá reversibles»³⁴⁸. La función del tensor es, por tanto, inseparable de un movimiento de “paso al límite” de la lengua a partir de una enunciación en la que expresiones atípicas constituyen máximos de desterritorialización que trazan una línea de fuga en virtud de la cual la variación deja de estar subordinada a su relación con dependencias constantes para acceder a un tratamiento puramente intensivo y cromático del que no puede dar cuenta ninguna categoría lingüística. Deleuze y Guattari justifican el empleo del término “cromático” para caracterizar este uso menor de una lengua mayor a partir de una suerte de comparación entre el sistema tonal, el cromatismo temperado (por cuanto acepta el patrón interválico derivado de tal sistema) y el cromatismo generalizado. Desde luego, sólo cabe hablar en este caso de “comparación” por cuanto el lenguaje, de acuerdo con la perspectiva planteada por Deleuze y Guattari, deja de ser un código al hacer de su componente material y desterritorializado el elemento sobre el que descansa la creatividad específica de la forma de expresión lingüística y su imbricación con el deseo como proceso: tanto el empleo que Deleuze y Guattari hacen de términos con una connotación manifiestamente musical, como “cromatismo”, “variación” e incluso “tensión”, como el hecho de que aparezcan a la hora de caracterizar las condiciones del uso menor de una lengua mayor, vienen a confirmar que la concepción del signo puesta en juego en absoluto puede reducirse al modelo del signo lingüístico -mientras que las propuestas en sentido contrario, a saber, aquellas que pretenden reducir la música a las categorías del lenguaje, son

346 En *Economía libidinal*, Lyotard introduce el concepto de *tensor*, no para designar un tipo de signo anómalo, sino más bien un modo distinto de consideración para cualquier signo en virtud de la cual se introducen las diferencias de intensidad «¿Se trata de otra clase de signos? De ninguna manera, son *los mismos* que aquéllos sobre los cuales el semiótico hace teoría y práctica textual [...] A la vez signo que produce sentido por separación y oposición, y signo que produce intensidad por potencia y singularidad». Sin este componente, en opinión de Lyotard, el signo devendría medio y objeto de un pensamiento nihilista; es posible denunciar en el par saussureano significante/significado un platonismo que hace de la semiología un idealismo al negar la significancia de cualquier materia, de cualquier corporeidad, y que destierra, por consiguiente, la pura afectividad a los márgenes del pensamiento y la significación. Lyotard también acusa a la concepción lacaniana de este nihilismo, puesto que en ella, según cierta lectura, el Significante opera desde su ausencia como una instancia trascendente de sobrecodificación y garantiza la concordancia de los elementos disyuntos del sistema en una homogeneidad redentora. La dimensión del tensor, por el contrario, aparece como singularidad inmanente e insignable desde el punto de vista del significado, puesto que cualquier asignación posible escapa del marco de la significación (esto es, de todo sistema formal sustentado por el principio de contradicción y el principio del tercero excluido) y remite a consistencias a-lógicas que testimonian la plasticidad del deseo más allá de su representación significante: «la semiología es el nihilismo. Ciencia religiosa por excelencia, abran ustedes los Victorinos del siglo XII y verán lo que es la buena semiótica, el intento de leer la creación en sus detalles, de entender los datos como mensajes y de construir su código» Lyotard, J. F., *Economie Libidinale*, París, Minuit, 1974 (trad: Mercado, T. *Economía libidinal*, México, FCE, 1990).

347 Cf. Vidal Sephiha, H., “Introduction à l'étude de l'intensif”, en *Langages*, 1973.

348 K. p. 39.

numerosas e incluso, en ocasiones, se han acercado al gran público. Quizá el caso más conocido pueda ser el de Leonard Bernstein quien, en las clases dictadas en Harvard durante 1973 se sirvió de las tesis que Chomsky presentaba en *Language and Mind*³⁴⁹ para postular la existencia de una competencia musical universal que podía ser entendida de acuerdo con tres dimensiones: sonido (dimensión fonológica), estructura (dimensión sintáctica) y significado o sentido (dimensión semántica). De este modo, la intensidad de la materia sonora resultaba estratificada y podía ser remitida a formas del contenido extramusicales para las que la música aparecía como medio de comunicación. Deleuze y Guattari, por el contrario, reivindican en la música y en el lenguaje un flujo no formal de materialidad intensa como sentido [*Mening*] de muy diversas estructuraciones. Así, de acuerdo con una primera articulación, puede definirse un proceso de “sedimentación”: «Las leyes de resonancia y de atracción determinan centros válidos a través de todos los modos»³⁵⁰ (ahora bien, la contingencia que pone de manifiesto tanto el establecimiento de la referencia de afinación universal en 440 Hz como muy especialmente la aparición del temperamento³⁵¹ hablan muy en favor de la posición deleuzeana según la cual todo proceso de estructuración parte de una diferencia de potencia en un sistema determinado). A estos centros corresponde la función de organizar las diferentes formas, definir las distintas entidades según grados de tensión, estableciéndose así unas posiciones privilegiadas y tendenciales para el desarrollo diacrónico de los sonidos de modo que, conforme a una segunda articulación o “plegamiento”, el sistema tonal o diatónico se erige como estructura arborescente y constituye un espacio estriado y dimensional en el que el sonido encuentra una codificación sincrónica, constante y homogénea. Por cuanto toca al modo menor derivado de este sistema tonal, si bien introduce en principio cierto rango de inestabilidad armónica, parece que no llega más que a alcanzar un descentramiento meramente aparente puesto que continúa «sometido a operaciones que lo inscriben en el modelo mayor, aunque haciendo valer, sin embargo, una cierta potencia modal irreducible a la tonalidad»³⁵². El carácter abstracto de esta caracterización se pone de manifiesto en las condiciones concretas de la enunciación musical (y esto sin referirnos en absoluto a circunstancias externas a la misma), puesto que intervalos unísonos o de octava, tanto como la inserción de acordes mayores, pueden provocar ese efecto de descentramiento que, en teoría, sólo parece reconocerse al modo mayor. No obstante, sí que debe ser reconocida al modo menor tal poder de fuga, del mismo modo que a la aparición dentro del ámbito tonal del cromatismo temperado -que compone tránsitos capaces de modular la tensión a pesar del sistema de restricciones de la

349 Chomsky, N., *Language and Mind*, (1968), Cambridge University Press, 2006.

350 *MP*, 4, p. 98

351 Cf. Goldaraz Gainza, J. J. *Afinación y temperamento en la música occidental*, Madrid, Alianza, 1992.

352 *MP*, *loc.cit.*

tonalidad-, la posibilidad de invertir la relación entre forma y desarrollo y, de este modo, acelerar la descomposición de la gravedad del principio central. La liberación del cromatismo con respecto a la tonalidad y la afinación temperada supone el abandono del intervalo fijo como patrón de medida, recortado sobre el continuo sonoro, y se extiende desde el plano de las alturas hasta dominios como las intensidades, los timbres y las duraciones de tal modo que resulta difícil postular la existencia de una forma pura (una *competance* musical universal) conforme a la cual la materia se organizaría y que sería objeto posible de una descripción lineal-arborescente. Formular una teoría así de la música reproduciría la distinción saussureana entre proceso y sistema con todas sus consecuencias, empezando por la posibilidad de eliminar de la consideración musical todo tipo de variables relativas a la enunciación musical misma y, por consiguiente, estableciendo un criterio fijo de discernimiento entre música, lenguaje y ruido: sin embargo, tanto la enunciación lingüística como el canto (tomada aquí como un modo relativamente simple de enunciación musical) remiten en última instancia a una cierta desterritorialización de la voz que encuentra vías de reterritorialización diferentes cuyo sentido debe ser rastreado en los movimientos de un continuo fónico variable e intenso. Ya recurrimos, siguiendo a Deleuze, al texto de Rousseau sobre el origen de las lenguas³⁵³ por cuanto allí se presentaba otro modo de concebir la relación de la voz con las diferentes reterritorializaciones (en concreto, con la codificación específicamente lingüística articulada con el proceder industrioso del desarrollo tecnológico) así como una reivindicación de su potencia afectiva “original”: poblada de afectos, de tránsitos y variaciones, la voz constituye una materia sonora intensa en la que el deseo produce diferentes flexiones, acentos, alturas y duraciones sin atenerse a un sistema formal determinado. En el trabajo sobre Kafka, Deleuze y Guattari destacan la función de una pura materia sonora intensa, que consiste en impedir el estableciendo de correspondencias término a término entre dos agenciamientos diferentes de deseo -identificados como recurrentes en la obra de Kafka- a través de la distinción, en cada uno de ellos, de una forma de la expresión y una forma del contenido: mientras que la determinación de los dos planos de la articulación es posible en el caso del par cabeza agachada/retrato-foto, el par cabeza erguida/sonido musical se sustrae a esta simetría, y por ello mismo el agenciamiento que tiene lugar presenta al deseo como producción de tal modo que el principal sometimiento frente al que se rebela es el de su propia representación. Así, en el primer caso el deseo aparece doblemente articulado, estratificado, sometedor o sometido, pero en todo caso estableciendo las mínimas conexiones, territorializado y, por tanto, representado. La oposición entre una forma de la expresión (el retrato o la fotografía) y una forma del contenido (la cabeza agachada) no se establece en el segundo caso entre la cabeza

353 v. *supra*, cap. 2.

erguida y el sonido: éste último no vale por cuanto está compuesto de acuerdo con una forma musical, sino precisamente por su carácter desterritorializado que libera al deseo de las correspondencias biunívocas en las que pierde su potencia productiva y donde las variaciones intensivas son sometidas a un tratamiento que las refiere a constantes en un espacio extensional. De este modo, el uso menor debe definirse, necesariamente, no tanto por un privilegio de las variables frente a las constantes, sino más bien por un tratamiento específico de la variable que, poniéndola en variación continua, consigue hacer de la lengua un uso intensivo que afecta al estatuto mismo de la constante y la integra en una línea de variación virtual.

Mientras que el tratamiento mayor de la lengua considera las variables sólo desde el punto de vista de su asimilación en un sistema de relaciones constantes, el uso menor pone las variables en estado de variación continua. En ningún caso se podría hacer depender la distinción entre ambos tratamientos de una diferencia de naturaleza entre variables y constantes, sino más bien entre estas dos formas de tratamiento de las variables. Así, mientras que al uso mayor corresponde el establecimiento de *reglas obligatorias*, en el uso menor la formulación de *reglas facultativas* revela una heterogeneidad al nivel de los agenciamientos colectivos de enunciación a partir de la cual resulta posible hacer huir la obligatoriedad normativa contenida en las consignas³⁵⁴. La máquina abstracta de la lengua, en consecuencia, no podrá en absoluto ser planteada como modelo universal de la mera posibilidad lógica sobre la que descansan sus efectuaciones actuales (a partir de las cuales es obtenida); será, por el contrario, siempre singular, ni simbólica ni imaginaria, sino real-virtual (y no por ello menos real, sino más bien al contrario) y en absoluto corpórea sino ideal, como corresponde a su estatuto incorpóreo. De este modo, la propia distinción entre lengua y habla resulta recusada, puesto que no es ya sólo que el proceso resulte ser el fúntivo determinante en la dependencia que lo vincula con el sistema, sino que el propio sistema aparece en una enunciación que depende de supuestos pertenecientes a los agenciamientos colectivos. El uso menor de la lengua conjuga dos operaciones en el seno de la lengua mayor que sólo son aparentemente

354 Se puede tomar como ejemplo de esta diferencia la distribución en la lengua francesa de las tres figuras de la *liaison*, a saber, obligatoria, prohibida y facultativa. La *liaison* constituye una continuidad fónica entre la consonante final de una palabra y la vocal inicial de la siguiente, componiendo una sílaba que no pertenece a ninguna de las palabras considerada por separado, de tal modo que el sistema establece constantes de pronunciación en función de las cuales la contracción resulta obligatoria (*mes amis*, *de temps en temps*) y que modifican incluso la relación entre sonido y grafía (*d* por [t], *f* por [v], etc.). No obstante, se establece también un límite que afecta fundamentalmente a la conjunción *et* (además de a la *h* aspirada, la *y* considerada como semiconsonante o la terminación de infinitivo *-er* y la vocal siguiente) y que restringe el proceso de variación entendido como construcción de un continuo de acuerdo con las exigencias de la significación, de manera que la *liaison facultative* (*nous allons à Bretagne*, *Il était en retard*) se sitúa entre dos polos, el de la desterritorialización del sonido y el de su reterritorialización en el sentido.

opuestas y que ponen las variables de la lengua en estado de variación continua. Por un lado, la lengua mayor acusa un empobrecimiento que sólo es tal cuando se toma como punto de partida una sintaxis y una semántica que han devenido obligatorias, puesto que desde el punto de vista de la máquina abstracta lo que hay es una restricción de los elementos y relaciones constantes sobre los que se sustenta dicha obligatoriedad. Por otro, la proliferación de expresiones atípicas no tiene en absoluto que ver con un relanzamiento recurrente de la interpretación en torno a un centro (siquiera supuesto) de significancia, sino el testimonio del carácter indirecto de todo discurso una vez ha sido desautorizada la normatividad de sus marcas constantes. La variación continua como tratamiento específico de las variantes comporta, por tanto, la recusación de dos dualismos: uno, que, basándose en la distinción entre lengua y habla, excluye a la pragmática del objeto de estudio específico del lingüista; otro, que desliga claramente la tarea que corresponde a este último respecto de las cuestiones de estilo, ámbito propio del crítico. Frente a la primera posición -y a cualquier tentativa de reducción a las categorías (externas) de la comunicación- Deleuze y Guattari reivindican el carácter interno de la pragmática; frente a la segunda posición, y derivando directamente de lo anterior, el *estilo* aparece precisamente como el procedimiento de variación continua que, haciendo aflorar el carácter indirecto de todo discurso, sustrae a la lengua su condición de unidad ($n - 1$) y crea una lengua en la lengua, es decir, establece un agenciamiento de enunciación por introducción de tensiones que no son sino diferencias de potencial y agentes de desterritorialización que llevan la lengua hasta el límite mismo que la distingue (y la relaciona) con otras lenguas y, en última instancia, hasta un límite musical. El estilo sólo podrá aparecer como marca de una creación psicológica individual desde el punto de vista de una literatura mayor que atribuye la enunciación individualizada a una instancia extradiscursiva -el gran autor- susceptible de ser considerada de acuerdo con las categorías de la comunicación (en este sentido, la relación de expresión que incluía Bühler en su esquema elude la problemática genética y el papel de lo preindividual en la misma, por lo que resultaría asimilable a la relación de manifestación y resultaría impotente para escapar del círculo de la proposición tal y como se formulaba en *Lógica del sentido*). Sin embargo, desde el punto de vista de los agenciamientos colectivos, entender el estilo como el procedimiento de una variación continua justifica la introducción en los estudios sobre el lenguaje de una pragmática interna, no comunicacional, para la que el uso menor de la lengua y el estilo indirecto aparecen como productos de una enunciación singular inconciliable con instancia extradiscursiva alguna que pudiese ser considerada como subjetividad autónoma e identificada como causa trascendente de los enunciados que le son atribuidos y en los que puede encontrar reconocimiento. Ahora bien, entender cómo el deseo, en esa enunciación en modo menor, pueda liberarse de las restricciones y los bloqueos impuestos por el sistema de

constantes, y cómo su potencia productiva consiga eludir la función reproductiva y representativa, pasa por definir adecuadamente la noción de minoría de tal modo que lo que se vea así subvertido sea precisamente, la distribución de posibles que la concepción arborescente efectúa de la mano de los principios de contradicción y del tercero excluido.

La distinción entre mayoría y minoría no puede, en todo caso, resolverse en términos exclusivamente cuantitativos. Cabe hablar de minorías que son cuantitativamente superiores frente a mayorías numéricamente inferiores, «“el hombre” tiene la mayoría, incluso si es menos numeroso que los mosquitos, los niños, las mujeres, los negros, los campesinos, los homosexuales...»³⁵⁵, por lo que será necesario aducir algún otro criterio que permita dirimir, entre otras cuestiones, qué entendemos por “gobierno de la mayoría” en términos políticos o cómo puede trazarse, según ese mismo entendimiento, la frontera entre patología y normalidad. Deleuze y Guattari proponen definir la noción de “mayoría” por la existencia de una constante, bien sea de la expresión, bien del contenido, que funciona como arquetipo, forma constitutiva o vara de medir de las diferentes entidades «como un metro-patrón con relación al cual se evalúa»³⁵⁶. La constante así determinada entra en un sistema homogéneo a partir del cual la mayoría funciona a la manera de un género respecto del que la minoría podrá ser definida como un subconjunto o subsistema en caso de conservar las condiciones de unidad en el tratamiento de la constante que permiten su inclusión en el sistema mayoritario, esto es, su presencia y su representación en el mismo y su consideración de acuerdo con la forma de lo normal. En caso de que el tratamiento de la constante resultase completamente heterogéneo respecto de tales condiciones de unidad, lo minoritario aparecería como simplemente excluido del sistema, como una suerte de exterioridad totalmente ajena al conjunto que define lo mayoritario. Lo que de este modo es definido es un *estado*, que considera las capacidades o potencialidades de acuerdo con las propiedades sobre las que descansa la identidad del sistema, que prescribe de forma abstracta los límites genéricos y específicos a los movimientos de desterritorialización y reterritorialización haciendo posible la determinación de los sujetos individualizados: «la mayoría, en la medida en que está analíticamente comprendida en el patrón abstracto, nunca es nadie, siempre es Alguien»³⁵⁷. De acuerdo con este criterio de definición, todavía resultaría posible conservar el modelo arborescente, por ejemplo, a la hora de distinguir unas lenguas de otras y de situar las variaciones dialectales como especies o desviaciones respecto de un tronco común, puesto que la constitución de formas de expresión aún es comprendida de acuerdo con determinaciones corpóreas. La posibilidad de presentar

355 *MP*, p.107.

356 *Ibidem*.

357 *Ibidem*.

una definición propiamente genética de lo mayoritario y de lo minoritario pasa por la introducción de consideraciones “acocentimentales”, esto es, aquellas que tienen en cuenta las diferencias de potencial no representadas y conciben lo minoritario no ya como una propiedad o un estado, sino más bien en términos de procesos: frente a la existencia de un hecho mayoritario es necesario introducir el acontecimiento minoritario, un devenir-menor que, como ya vimos, completa la distinción de la que se pretende dar cuenta como un uso o tratamiento menor de las constantes y las variables, proceso de una variación continua y movimiento de desterritorialización que tensa la forma de expresión resistiendo cualquier reterritorialización operada en función de un centro de significancia y como efecto de la actividad de interpretación. El devenir-menor constituye así un fenómeno que, dentro de la propia mayoría (o de una minoría sólo relativa, incluida como subconjunto en el sistema homogéneo), se sustrae a la representación e introduce una línea de fuga que pone el sistema abstracto en cuestión al afectarlo como una exterioridad que, sin embargo, jamás puede ser meramente excluida, sino que insiste o subsiste en las determinaciones actuales sin agotarse ni homogeneizarse con respecto a ellas. Frente al «Hombre-macho-adulto-urbano-hablando una lengua standard-europeo-heterosexual»³⁵⁸, las nociones de “devenir-animal”, “devenir-mujer”, “devenir-niño” o “devenir-todo el mundo” ejercen su potencia productiva en el seno mismo del sistema mayoritario, recusando a la posibilidad de determinación exhaustiva de cualquier caso singular por subsunción según lo particular y lo universal: «los universales no tienen más existencia en sí en la lingüística que en la economía, y siempre se deducen de una universalización o de una uniformización que tienen por objeto las variables»³⁵⁹. Aun así, Deleuze y Guattari formulan de forma paradójica el estatuto del modo de tratamiento propiamente menor de la variable al considerar la variación continua como *figura universal* de la conciencia minoritaria: del mismo modo que en el eterno retorno nietzscheano aquello que retorna no es ni esta o aquella identidad, ni tal o cual diferencia representada, sino el diferir mismo, la universalidad de la conciencia minoritaria debe ser entendida con independencia de cualquier referencia al modelo de lo Mismo y lo semejante, como universalidad de la variación en sí, que afecta a la identidad de los términos puestos en variación tanto como a las relaciones y constituye una máquina (en sentido estricto, puesto que pone en relación heterogéneos en cuanto tales) abstracta (propiamente, al eludir toda servidumbre respecto a la forma de lo actual y acceder a una idealidad inmanente) ya no meramente reproductiva y prescriptiva, sino productiva y revolucionaria. Mientras que la mayoría supone un estado global e institucional de poder [*pouvoir*] en el sentido spinoziano de la *potestas*, el devenir-menor es característicamente un proceso que compromete diferencias de *potentia* locales [*puissance*]

³⁵⁸ *Ibidem*.

³⁵⁹ *Ibidem*.

con una «amplitud que no cesa de desbordar por exceso y por defecto el umbral representativo del patrón mayoritario»³⁶⁰.

«Servirse del polilingüismo, hacer de ésta un uso menor o intensivo, oponer su carácter oprimido a su carácter opresor, encontrar los puntos de no-cultura y de subdesarrollo, las zonas de tercer mundo lingüísticas por donde una lengua se escapa, un animal se injerta, un dispositivo se conecta. ¡Cuántos estilos o géneros o movimientos literarios, incluso insignificantes no tienen más que un sueño!: llenar una función mayor del lenguaje, ofrecer sus servicios como lengua de Estado, lengua oficial (el psicoanálisis, actualmente, se cree dueño del significante, de la metáfora y del juego de palabras). Soñar, en sentido opuesto: saber crear un devenir-menor. (¿Tiene la filosofía una oportunidad, ella que durante mucho tiempo constituyó un género oficial y referencial? Aprovechemos el momento en que la antifilosofía quiere convertirse, ahora, en el lenguaje del poder.)»³⁶¹

La escritura de Kafka, como uso menor de una lengua mayor, constituye una máquina que se inserta en el agenciamiento y libera, frente al sistema estratificado mayoritario, materias de expresión que no son símbolos en los que una minoría sólo relativa podría interpretar e inferir un origen y una configuración de sus capacidades conforme al modelo de lo actual, sino que son más bien vectores investidos de una capacidad transformadora respecto del agenciamiento en el que surgen y operan. Las transformaciones no son en absoluto propiedades de un estado, puesto que bien sea éste situado en un pasado mítico o en un porvenir utópico, no éstas pueden sino ser representadas y tener, por consiguiente, un estatuto netamente corpóreo. Antes bien, si las transformaciones deben ser concebidas conforme a su estatuto ideal e incorpóreo, no pueden sino ser efectos de máquina; Deleuze y Guattari esbozan una clasificación general de tales efectos³⁶² articulada según éstos produzcan, de un modo u otro, una apertura del agenciamiento, o bien un cierre del mismo. La apertura puede ser entre agenciamientos de la misma especie (a saber, se establecen conexiones que en última instancia respetan cierta condición de cierre que confiere unidad a la determinación esencial y hace que la diversidad de los agenciamientos puestos en relación pueda contar sólo como multiplicidad analíticamente ya que la atención a la especie hace abstracción de toda consideración relativa a las territorialidades), o bien entre agenciamientos de especies diferentes (de los que Deleuze y Guattari ponen como ejemplo los fenómenos de parasitismo en el ámbito biológico en el contexto de los cuales también encuentran fenómenos de transcodificación y plusvalía de código), pero, en todo caso, por cuanto la máquina establece conexiones inéditas de acuerdo con aquella posición que la orienta al plan de consistencia, la apertura es, en última instancia, una apertura *cósmica*³⁶³, capaz de desbordar todo agenciamiento concreto. Ahora bien, puesto

360 *MP*, 4, p. 108.

361 *K*, p. 44.

362 Cf. *MP*, 11, p. 338.

363 «La naturaleza de la totalidad cósmica es un dinamismo sin comienzo ni fin. Los problemas de estática no aparecen más que en ciertas partes del conjunto, en los “edificios”, en la superficie de los cuerpos celestes tomados por separado. Nuestra adherencia a la corteza terrestre no impide tomar conciencia de ello. Pues se sabe

que no hay efecto de máquina sin desterritorialización, el riesgo de caída en el caos indiferenciado debe ser conjurado por los ritmos como pasos de un medio a otro en función de procesos de descodificación³⁶⁴, así como el peligro de cierre del agenciamiento debe prevenirse ante una desterritorialización excesiva que haría caer el conjunto en una suerte de “agujero negro”: Deleuze no deja de repetir que toda experimentación debe tener lugar de acuerdo con reglas de prudencia extrema y en el libro sobre Kafka son numerosos los elogios a la sobriedad del estilo, a su constitución de un modo menor por sustracción. La noción de “agujero negro” reviste, para Deleuze y Guattari, una importancia nada desdeñable desde el momento en que se reconoce su complejidad de acuerdo con aquél relativismo generalizado que caracteriza su concepción general de los fenómenos de estratificación y que impide situarlo como límite absoluto de los agenciamientos. En efecto, mientras que los agenciamientos se encuentran franqueados por dos polos que corresponden a las dos posiciones de la máquina abstracta -a saber, el sistema de los estratos y el Cuerpo sin órganos-, el “agujero negro” puede operar en determinadas circunstancias como un máximo necesario para el relanzamiento de una línea de fuga («Puede suceder que determinados procesos innovadores tengan necesidad, para desencadenarse, de caer en un agujero negro que crea catástrofe; éxtasis de inhibición se asocian a desencadenamientos de comportamientos-encrucijadas»³⁶⁵). No obstante, cuando el agujero negro entra en el sistema de resonancia de la información, conforme a la dimensión redundante y tanática de la consigna, no cabe posibilidad de restablecer la continuidad de la línea de fuga y «asistimos a un cierre del agenciamiento, como desterritorializado en el vacío, en lugar de una apertura en consistencia»³⁶⁶. Como ya indicamos en el capítulo anterior, descodificación y desterritorialización no necesariamente deben ser simultáneas, aunque con ello tampoco se quiera decir que, conforme a un esquema cercano al de la moralidad desprendida del dualismo cartesiano, siempre que hay descodificación hay territorialización o reterritorialización y a la inversa. Sin embargo, por lo que toca a los tránsitos entre medios, es necesario un margen de descodificación para que la territorialización se constituya como acto en intensidad, de acuerdo con una impugnación de la distinción excluyente entre lo interno y lo

que normalmente toda cosa debería ir al centro de la tierra. Si reducimos la perspectiva una vez más, hasta la escala microscópica, nos encontramos con el huevo y la célula, en el orden dinámico. Hay así un dinamismo macroscópico y un dinamismo microscópico. Entre los dos se encuentra la provincia estática. Es un simple caso particular -aunque siendo un caso particular de nuestra existencia no podríamos descuidarlo sin sufrir graves daños» Klee, P., *Teoría del arte moderno*, (trad. Ires, P.), Buenos Aires, Cactus, 2007. p. 46. La coincidencia del pensamiento de Klee con las tesis de Deleuze bien podría hacer de este párrafo uno de sus ejemplos privilegiados, puesto que no sólo renuncia a subordinar el dinamismo a unas instancias previas que eventualmente pudiesen ser afectadas, ni tampoco se limita a señalar dos regiones donde la infinitud recusa cualquier representación extensiva, sino que además introduce la referencia al huevo, que servirá a Deleuze para caracterizar la noción de cuerpo sin órganos.

364 «El factor T, el factor territorializante, debe buscarse en otra parte: justo en el devenir expresivo del ritmo o de la melodía, es decir, en la emergencia de las cualidades específicas». *MP*, 11. p. 322.

365 *Ibidem*.p. 339

366 *Ibidem*

externo³⁶⁷, y el territorio aparezca cuando las componentes de los medios pasen de un estatuto direccional a uno dimensional. La liberación de materias de expresión respecto del sistema mayoritario es, por tanto, efecto de un uso intensivo de la lengua mayor, que restablece el carácter direccional de las componentes acentuando el margen de indeterminación entre percepción y acción. El afecto como cualidad pura, el signo como devenir, hace su aparición recusando una concepción exclusivamente lógica del interpretante, tensando el sistema y llevando sus relaciones formales al límite. En virtud de ese desafío a la significancia y la consiguiente resistencia a la interpretación, la obra de Kafka aparece para Deleuze y Guattari como un rizoma, una máquina de expresión capaz de una enunciación inmediatamente política que no puede atribuirse a un sujeto previamente constituido ni formular el destino de un pueblo históricamente determinado.

«Nosotros no intentamos encontrar arquetipos que serían el imaginario de Kafka, su dinámica o su bestiario [...] Tampoco buscamos asociaciones de las llamadas libres [...] Tampoco tratamos de interpretar ni de decir que esto quiere decir aquello. Pero sobre todo, todavía menos buscamos una estructura, con oposiciones formales o de perfecto significante [...] -todo esto es estúpido mientras no se sepa para dónde o hacia qué fluye el sistema, cómo deviene y cuál es el elemento que va a desempeñar el papel de heterogeneidad, cuerpo saturador que hace huir al conjunto, y que quiebra la estructura simbólica así como quiebra la interpretación hermenéutica, la asociación laica de ideas y el propio arquetipo imaginario. Porque no vemos mucha diferencia entre todas estas cosas [...] Nosotros no creemos sino en una *política* de Kafka, que no es ni imaginaria ni simbólica. Nosotros no creemos sino en una máquina o máquinas de Kafka, que no son ni estructura ni fantasma. Nosotros no creemos sino en una *experimentación* de Kafka; sin interpretación, sin significancia, sólo protocolos de experiencia»³⁶⁸

367 «Es más, si el territorio en extensión separa las fuerzas internas de la tierra y las fuerzas externas del caos, no ocurre lo mismo en “intensión”, en profundidad, donde los dos tipos de fuerzas se estrechan y se abrazan en un combate que sólo tiene a la tierra como criba y como reto». *Ibidem* p. 327.

368 K, pp. 16-17.

5. Esquizoanálisis.

5.1. Pragmática, libido y sentido.

En el capítulo anterior hemos tratado de mostrar cómo la concepción deleuzeana del signo es solidaria de una reivindicación frente a la lingüística que exige, no sólo ya la inclusión de cuestiones pragmáticas en el seno de las investigaciones en torno al lenguaje, sino la centralidad de tales cuestiones en dicho campo, hasta el punto de situar el papel de las nociones fonológicas, semánticas y sintácticas al nivel de hipótesis observacionales siempre pendientes de revisión a la hora de acometer cualquier descripción de los fenómenos que componen el hecho lingüístico: de tal reivindicación parecen desprenderse diversas consecuencias. En primer lugar, la necesidad de reconsiderar la dependencia constitutiva de la distinción entre proceso y sistema de tal modo que sea reconocido al primero el papel de funtor variable determinante con respecto al segundo, por cuanto lo que en su formulación misma se pone en juego es el establecimiento de relaciones binarias y biunívocas de carácter constante que no alcanzan a constituir más que un mero calco de la condición a partir de lo condicionado. A tal posición corresponde el estatuto propiamente virtual del proceso, puesto que es precisamente el componente que el enunciado, de acuerdo con su estructura y con el sistema de supuestos que ésta introduce (y a partir de los que dicha estructura accede a una representación explícita), jamás dice propiamente pero al que proporciona una forma de incorporación en virtud de la cual accede a una existencia efectiva y corpórea, si bien impropia respecto a su estatuto incorporeal. La efectividad de dicha componente no se agota en aquella parte del proceso que consigue encarnarse de hecho en el enunciado -constituyendo así lo que Deleuze y Guattari llaman una “consigna”-, sino que, persistiendo en su virtualidad, articula la producción de entidades semióticas puesto que impugna la condición de cierre del sistema, tanto en lo que concierne al plano de la expresión o agenciamiento colectivo de enunciación como en lo que toca al del contenido entendido en términos de formaciones de potencia. En segundo lugar, si bien las entidades resultantes de la estabilización de las transiciones que constituyen las transformaciones jurídicas que la enunciación por sí misma efectúa son propiamente simbólicas, su consolidación como constantes al nivel de un sistema oculta la condición de su propia efectividad por cuanto ésta resulta radicalmente heterogénea con respecto a ellas. En tal consolidación se opera una abstracción relativa de la formalización específica del contenido, de tal modo que a la formalización de expresión se hace corresponder un plano del contenido que devendrá relativamente formalizable a su propia escala.

La efectividad de la consigna reside en su carácter redundante, puesto que introduce un fenómeno de resonancia que constituye una síntesis productiva, dado que de la interacción de dos entidades corpóreas, lo designado y la proposición designadora, resulta una concordancia tal que el enunciado consigue expresar la transformación incorporal que efectúa. Ahora bien, esta síntesis es en principio local y no específica -es decir, que no refiere a un género que la englobase como caso particular- y, puesto que su carácter singular reside en una diferencia (o más bien en una *differenc/tiation*, de acuerdo con la grafía empleada por Deleuze en *Diferencia y Repetición*) con respecto al continuo virtual del proceso mismo, la inscripción que constituye la enunciación misma no tiene lugar de forma exclusiva o excluyente, sino inclusiva, esto es, afirmando su singularidad por una distancia que no encuentra en otro punto análogo referencia unívoca para su medición, sino que describe puramente un trayecto que se distribuye en un espacio que no preexiste a la inscripción misma. Su carácter productivo, sin embargo, deviene meramente representativo desde el momento en que la enunciación resulta ser objeto de evaluación en función de un criterio trascendente al nivel del sistema. Por cuanto éste es resultado de una operación de abstracción que efectúa una determinada restricción correlativa a la extracción de constantes, constituye una representación que se concibe como la condición de posibilidad de toda enunciación, en tanto que ésta se distingue del grito, del canto, de la filigrana o del borrón, por cuanto fenómenos como éstos remiten a otras territorialidades e introducen sus propios coeficientes de desterritorialización y reterritorialización. Ahora bien, el sistema sólo adquiere su carácter normativo por cuanto hay procesos de enunciación que garantizan la resonancia de la que depende la efectividad de la enunciación, de tal modo que, si bien aumenta la multiplicidad de ocurrencias, ésta es siempre reducida a un estatuto analítico en virtud de una segunda abstracción respecto del plano de contenido. Para Deleuze y Guattari esta abstracción en ningún caso resulta ser lo suficientemente “abstracta”, puesto que, al resultar un calco a partir de las efectuaciones concretas, no alcanza la condición más que a partir de una mera reproducción de lo condicionado: demasiado amplia para lo condicionado -puesto que entre la forma y su actualización concreta aún subsiste una zona de oscuridad de la que el sistema no puede dar cuenta-, demasiado estrecha para lo real -ya que permanece deudora de las condiciones concretas de incorporación, respecto de las que ya introduce necesariamente una restricción.

Si bien la comunicación aparece como dependiente en última instancia de estos procesos no estrictamente significativos, anteriores a cualquier constitución de sujetos previa a la situación discursiva y relativamente independientes con respecto a la información transmitida, su reducción a las meras condiciones de posibilidad del sistema efectúa ya una cierta distribución de

los posibles, descuidando precisamente el vínculo entre las enunciaciones concurrentes en el proceso comunicativo y las transformaciones jurídicas, que como actos inmanentes a la enunciación, distribuyen por su parte retroactivamente las diferentes posiciones enunciativas en el espacio de una representación. En virtud de eso, la pragmática se revela como irreductible a las categorías de la comunicación y el enunciado sólo puede ser entendido en términos de mero mensaje por cuanto dichas categorías proporcionan una representación de la situación discursiva. Así, la pragmática debe incorporar necesariamente una consideración sintética de las multiplicidades tal que pueda, no ya calcar la forma del enunciado o la representación de la situación discursiva, sino trazar un mapa de cómo la enunciación remite a agenciamientos cuyo carácter colectivo deriva de que en su funcionamiento la referencia a lo individual corresponde sólo a un segundo tiempo o a una segunda articulación, puesto que la productividad del proceso depende más bien de la variación que tiene lugar precisamente por cuanto lo que Simondon designa como “ser preindividual” insiste en las diferentes efectuaciones concretas sin poder reducirse a ellas, dado que resulta totalmente heterogéneo respecto de cualquier realidad individuada. De la peculiar presencia sin representación de dicho remanente de realidad preindividual en los diferentes estratos, Deleuze y Guattari derivan el carácter literalmente maquínico y productivo de los agenciamientos -de ahí su irreductibilidad a meras “estructuras”- y aquello que se efectúa en el agenciamiento es caracterizado como una máquina genuinamente abstracta (en el sentido que ya se ha indicado más arriba) que, por un lado, determina territorios por cuanto sus variaciones constituyen actos o transformaciones incorporales, y, por otro, desarrolla líneas de desterritorialización que aseguran que el agenciamiento no se cierre sobre sí mismo. Desde el primer punto de vista, y de acuerdo con la terminología que Deleuze y Guattari ponen en juego en *El Antiedipo*, el proceder diagramático de la máquina abstracta remite a la producción deseante, mientras que aquella posición de dicha máquina en virtud de la cual tiene lugar la fijación de formalizaciones específicas, tanto del contenido como de la expresión, constituye la producción social, sin que en ningún caso sea posible el establecimiento de una diferencia de naturaleza entre ambas. Su distinción debe ser más bien referida a una diferencia de régimen y, puesto que la posibilidad de acceder en la producción deseante a una perspectiva trascendental -esto es, constituir una investigación que orientada no tanto hacia aquello que resulta condicionado sino a la condición misma en cuanto inmanente respecto de aquello que condiciona, y puesto que esta condición remite (de acuerdo con la inspiración nietzscheana de llevar la inmanencia de los criterios hasta sus últimas consecuencias presente en el pensamiento de Deleuze), no tanto a las meras condiciones de la experiencia posible, sino más bien a la experiencia real, haciendo de dicha perspectiva trascendental necesariamente un materialismo

crítico- a tal diferencia de régimen corresponde ser entendida, no ya en términos de condiciones lógicas y causas formales, sino más bien a partir de las diferencias de potencia que introducen modificaciones más o menos radicales en los diferentes fenómenos individuados objeto de consideración. En esta heterogeneidad de la condición respecto a lo condicionado reside el carácter maquínico de los agenciamientos, que recusa al mismo tiempo la condición impasible y rectora de la forma respecto a la materia y la distribución del par activo/pasivo correspondiente. Antes bien, la diferencia entre producción deseante y producción social tiene que ver con la naturaleza de las síntesis que, a partir de la variación misma en la que consiste dicha materia, constituyen entidades determinadas, bien sea en el primer caso de acuerdo con un orden meramente estadístico de uniones y sucesiones, bien de acuerdo con la referencia a un sistema formal que posibilita el juicio y la evaluación en el segundo caso. La subjetividad es, asimismo, susceptible de ser considerada de acuerdo con esta doble perspectiva, y por cuanto Deleuze y Guattari señalan la necesidad de remitir cualquier formación presente al nivel de la producción social a la producción deseante, no puede introducir en sus consideraciones ningún supuesto relativo a una constitución esencial que pudiese funcionar como causa formal activa, puesto que ello no haría sino situar una realidad ya individuada como principio mismo de los diferentes procesos de individuación, incurriendo así en una circularidad de lo condicionado y la condición que reintroduciría el esquema hilemórfico y con él la referencia a una suerte de causalidad inmaterial y trascendente.

Desde el momento en que lo colectivo es entendido, no ya en términos de un contrato o de una reunión homogeneizante de individualidades previamente constituidas, sino a partir de lo preindividual o lo transindividual, las cuestiones semióticas y políticas deberán abordarse en los términos de este análisis trascendental y materialista, más allá de cualquier supuesto relativo a una distinción entre lo individual y lo social -la subjetividad de lo íntimo frente a la objetividad de lo público y el problema relativo a su ajuste-, puesto que la heterogeneidad de su condición propiamente virtual y procesual exige un estatuto peculiar que es irreductible tanto a la forma de interioridad que proporciona la subsunción respecto de la determinación formal articulada al nivel del sistema, como a una exterioridad meramente negativa o excluyente. De esta exigencia resulta una impugnación de los supuestos lógicos y ontológicos que sostienen toda una imagen dogmática y moral del pensamiento que, constituyendo una forma de reterritorialización, bloquea el acceso a una posición propiamente crítica. La construcción de representaciones conforme a dichos supuestos constituye en sí misma un acto de enunciación, y por consiguiente determina un modo concreto de concurrencia y exclusión de lo preindividual respecto a la individualidad

efectivamente constituida por y en el sistema. Por cuanto dicha enunciación establece las condiciones de posibilidad de la comunicación, no puede sino remitir a un proceso que se sustrae a ser representado en los enunciados que componen esta teoría y en aquellos que son formulados y evaluados de acuerdo con las condiciones que ésta propone, pero que sin embargo insiste o subsiste en su heterogeneidad impidiendo la clausura y haciendo posible verdaderas síntesis inconscientes. Deleuze y Guattari consideran que la diferencia de régimen entre producción deseante y producción social debe ser ubicada al nivel de tales síntesis, determinando en qué sentido lo global y específico de la representación de las conexiones establecidas remite en última instancia a conexiones propiamente productivas de carácter local y no específico, así como las relaciones biunívocas en virtud de las cuales quedan representadas las correspondencias entre expresiones y contenidos se apoyan en una conexión entre ambos planos de carácter polívoco y nomádico. De este modo, toda consideración tanto del lenguaje como de lo social deberá renunciar a tomar como fundamento la referencia a cualquier tipo de entidad estable o inmóvil a partir de la cual evaluar las variaciones de la experiencia real, sino que deberá apoyarse en la variación misma entendida como un flujo y en las síntesis inconscientes o subrepresentativas en virtud de las cuales tal variación resulta remisible a constantes y que es coextensiva a todo el campo social, por cuanto su carácter pre-individual (sub-individual o trans-individual) afecta tanto a las individualidades subjetivas como a las individualidades institucionales y comunicativas. Deleuze y Guattari se sirven del término “libido” para designar el «trabajo conectivo de la producción deseante»³⁶⁹ que introduce la serie de las transformaciones, no a partir de un origen o una finalidad última concebidos en términos de identidad, sino como desequilibrio fundamental al nivel de las diferencias de potencial que es capaz de redoblar como inscripción y consumo: «Llamamos libido a la energía propia de las máquinas deseantes»³⁷⁰, consonancia con las tesis que Deleuze presentaba en *Lógica del sentido* y que señalaba cómo toda constitución serial es esencialmente multiserial por cuanto compromete al menos dos series y un elemento paradójico y heterogéneo que, en su circulación, es responsable de la incesante proliferación de los términos de uno y otro lado. De este modo, Deleuze y Guattari conservan el sentido que el término “libido” tiene dentro del psicoanálisis, pero lo hacen coextensivo a todo el campo social, impugnando al mismo tiempo cualquier pretensión de distinguir entre un inconsciente individual y un inconsciente colectivo: en ambos casos se estaría dando por supuesta la constitución independiente e individuada de dos ámbitos diferentes e incurriendo en una representación abstracta tanto del deseo en relación con lo subjetivo como del interés en relación con la objetividad de las relaciones económicas y sociales.

369 *AE*, p. 21.

370 *Ibidem*, p. 300.

5.2. Tres líneas, tres regímenes.

Para Deleuze y Guattari, el objeto de la pragmática lo constituyen los regímenes de signos considerados de acuerdo con las posiciones hasta este punto expresadas, por lo que en ningún caso se podrá concluir que en determinado campo social opera un único régimen de signos susceptible de ser explicitado en la totalidad sincrónica de un sistema. Más bien, será necesario considerar siempre el carácter mixto: por mucho que un régimen pudiese resultar más o menos predominante o explicitable que otros, la identificación entre una semiótica y una determinada formación social o momento histórico reproduciría la operación de abstracción restrictiva en virtud de la cual se establece un límite representativo respecto de las composiciones corpóreas y acontecimentales de dicha formación o momento, «lo único que puede decirse es que un pueblo, una lengua o un momento asegura el predominio relativo de un régimen»³⁷¹. No obstante, la pragmática debe incluir una componente de esta índole por cuanto a partir de ella se muestra no sólo una pluralidad de semióticas que desmiente cualquier pretensión de tomar el régimen signifiante como universal del lenguaje, sino también porque a partir de su caracterización se manifiestan las zonas de vecindad, las vías de transformación y las articulaciones funcionales entre unos regímenes y otros. A pesar de que la consideración de la formalización específica del plano de la expresión exige una cierta abstracción con respecto al plano del contenido, Deleuze y Guattari acometen un esbozo de clasificación de diferentes regímenes de signos con objeto de mostrar cómo, ni el régimen signifiante es la única formalización de expresión posible, ni constituye la más importante desde el punto de vista de la génesis y la transformación. Deleuze y Guattari proponen cuatro regímenes o semióticas que, sin embargo, mantienen de un modo u otro en el rótulo que las designa la referencia a dicho régimen, pudiendo ser entendidas como distintas modulaciones del sentido de la expresión, desplegadas a partir de la referencia a una de ellas por cuanto sus pretensiones hegemónicas han estado en la base de la fundación y de gran parte de los desarrollos de la investigación acerca del signo. En esta sección nos limitaremos a exponer sólo tres de ellas, reservando la cuarta para el siguiente apartado, ya que introduce necesariamente una articulación funcional con las anteriores, mientras que las tres primeras pueden hacerse corresponder a los tres tipos de líneas que Deleuze y Guattari distinguen atendiendo a su relación con la segmentariedad³⁷². Además, y

³⁷¹ *MP* p. 124.

³⁷² «Comencemos con un pequeño ejemplo, el titiritero de un teatro de marionetas. Cierta poder de acción sobre las marionetas se ejerce sobre los niños. Kleist ha escrito sobre ello un texto admirable. Podríamos decir que hay tres líneas. El titiritero no actúa con movimientos que serían ya representativos de las figuras que se trata de obtener. Hace que la marioneta se mueva en una línea vertical en la que se desplaza el centro de gravedad, o más bien de ligereza, de la marioneta. Es una línea totalmente *abstracta*, *no figurativa* ni tampoco simbólica. Es una línea mutante, que comporta tantas *singularidades* como posiciones de detención que, sin embargo, no cortan la línea. No hay nunca relación binaria ni biunívoca entre esta línea vertical abstracta, pero no por ello irreal, y los movimientos

en tanto que la noción misma de “segmentariedad” remite al ámbito de los estudios antropológicos, la posición de Deleuze y Guattari en *El Antiedipo* incluye, junto con la revisión de las concepciones semióticas estructuralistas en sentido estricto y la denuncia del papel del psicoanálisis a la hora de apartar el deseo del campo social y reducirlo a un ámbito de privacidad en función de la representación familiar (reducción que sólo es posible en el caso de la formación social capitalista de acuerdo con condiciones específicas que deberán ser expuestas más adelante), un proyecto de refundación de la etnología por cuanto ésta sostiene una concepción de la sociedad en términos de relaciones de intercambio en última instancia regladas por la idea de equivalencia. Esta concepción se encuentra de forma paradigmática en las difundidas tesis de Marcel Mauss³⁷³, pero también en la noción de intercambio simbólico de Levi-Strauss, mientras que, según la propuesta de Deleuze y Guattari, el estudio de las configuraciones sociales deberá considerar el desequilibrio como originario y relegar la equivalencia y el intercambio a un segundo tiempo de su desarrollo. Así, incluso el régimen signifiante deberá ser caracterizado, no ya a partir de la concepción atómica del signo propia de Saussure, sino más bien atendiendo al papel que Hjelmslev atribuye al sentido [*Mening*] como instancia heterogénea que impide la correspondencia biunívoca exhaustiva entre entidades del contenido y entidades de la expresión. De este modo, poniendo el desequilibrio como principio, la pluralidad de semióticas presentada no podrá considerarse como una clasificación completa o cerrada, ni tampoco como una suerte de sucesión diacrónica, puesto que si esta taxonomía es propuesta en una operación que “hace como si” las diferentes formalizaciones de la expresión fuesen totalmente independientes respecto de la esfera de los contenidos, lo hace precisamente con objeto de mostrar que el objeto de la pragmática o esquizoanálisis no es en ningún caso algo puro, sino siempre un determinado arreglo, composición o componenda que es necesariamente mixto, abierto y sometido a contaminaciones y transformaciones. Por el contrario, la autonomía formal en virtud de la cual se constituye el régimen signifiante (y sobre la que se construyen diferentes representaciones del lenguaje, la sociedad y el deseo) apunta más bien a una autosuficiencia del encadenamiento entre entidades exclusivamente pertenecientes al plano de la expresión, de tal modo que el acento está situado precisamente en la relación formal del signo con el signo. Desde el punto de vista que

concretos de la marioneta [...] En segundo lugar, hay movimientos de un tipo completamente distinto: curvos, sensibles, representativos, un brazo que se cierra, una cabeza que se agacha. Esta línea no está ya compuesta por singularidades, sino por segmentos muy flexibles -un gesto, luego otro-. Finalmente, hay una tercera línea, de una segmentariedad mucho más rígida, que corresponde a los momentos de la historia representados por el juego de las marionetas. Las relaciones binarias y biunívocas de las que nos hablan los estructuralistas se forman probablemente en las líneas segmentarizables y entre ellas. Pero el poder del titiritero se constituye más bien en el punto de conversión entre, por una parte, la línea abstracta no figurativa, y las dos líneas segmentarizables por otra» DRF. pp. 35-36.

373 Cf. Mauss, Marcel, *Essai sur le don: Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques* (1924), París, PUF, 2007 (trad. Bucci, J, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz Barpal, 2009).

considera al signo a partir de la doble articulación entre contenido y expresión, incorporando la aportaciones de Hjelmslev, la autonomía a la que el régimen significante apunta, en opinión de Deleuze y Guattari, hace posible incluso prescindir de la noción de signo³⁷⁴ y retener únicamente el concepto de significante y las funciones que constituyen su encadenamiento autónomo. En esta remisión incesante del signo al signo tiene lugar una primera abstracción respecto del plano de los contenidos -puesto que el significado aparece aquí como un continuo, desprovisto de una formalización específica- y, desde el punto de vista de las territorialidades y los movimientos de desterritorialización y reterritorialización, hace corresponder al significante a la concepción peirceana de símbolo, puesto que es la impotencia del interpretante para constituir por sí sólo el vínculo semiótico aquello que exige que sea tomado a su vez como representamen cuyo objeto no es sino la relación entre el primer signo y su objeto, demandando a su vez otro interpretante para el que él mismo constituye un representamen y así sucesivamente. En esto consiste la impotencia de los signos en este régimen, que no dejan de remitir al significante primero o interpretante final, depositario de toda la potencia de desterritorialización y garante supuesto de la concordancia y la sistematicidad de la semiótica tomada en su completud. Ahora bien, puesto que ningún caso este interpretante final puede comparecer en el discurso, «el signo que remite al signo está afectado de una extraña impotencia, de una incertidumbre» que no es sino la impotencia de aquél que habla señalada por Deleuze ya desde *Lógica del sentido* y que se conjugaba con la más alta potencia del lenguaje en el sentido de la pretensión de traducibilidad universal y en virtud de la incesante remisión al centro de significancia, puesto que «potente es el significante que constituye la cadena»³⁷⁵. De esta conjugación resulta la caracterización que Deleuze y Guattari proponen a propósito de la semiología como régimen despótico-paranoico, designación que incluye en las consideraciones semióticas la referencia a lo político-social y a lo sintomatológico.

«Se está en la situación descrita por Levi-Strauss: el mundo ha comenzado significando antes de que se sepa lo que significaba, el significado está implícito, pero no por ello es conocido. Vuestra mujer os ha mirado de forma extraña, y esa misma mañana la portera os ha entregado una carta con la declaración de impuestos a la vez que cruzaba los dedos, luego, al salir a la calle habéis pisado una cagada de perro, habéis visto sobre la acera dos trocitos de madera dispuestos como las agujas de un reloj, al entrar en el despacho alguien ha cuchicheado algo a vuestras espaldas. Poco importa el significado de todo eso, siempre es significante [...] el paranoico participa de esa impotencia del signo desterritorializado que le asalta por todas partes en la atmósfera deslizante, pero por esa misma razón accede al superpoder del significante, en el sentimiento real de la cólera, como dueño de la red que se propaga en la atmósfera. Régimen despótico paranoico: me atacan y me hacen sufrir, pero yo adivino sus intenciones, me anticipo, lo sabía desde siempre, incluso en mi impotencia conservo el poder, “me las pagarán”»³⁷⁶

374 En la parte dedicada a las posiciones semióticas de Lacan comprobaremos que, progresivamente, la primacía de la cadena significante va cediendo paso a formas de encadenamiento menos susceptibles de homogeneización, hasta el punto de que resulta necesario recurrir a otras formas de vínculo signico, como el índice, o incluso llegar al empleo del término significante en un sentido más amplio de aquél que Deleuze y Guattari están considerando.

375 *MP*, p. 118.

376 *Ibidem*.

La proliferación de encadenamientos significantes no deja en ningún caso de remitir al significante que, al modo del interpretante final de Peirce (o incluso de la causa incausada tomista), constituye un centro de redundancia del signo consigo mismo que, no obstante, trasciende toda efectuación concreta en un enunciado. La homogeneidad que así parece instituirse no es aún total, puesto que la circularidad de la remisión dista mucho de resultar única ya que lo único que puede conferir unidad es la referencia al centro, si bien los círculos que se establecen parten de puntos diferentes y la comunicación de unos y otros puede estar regulada por residuos o anticipaciones procedentes de otras semióticas, de las que el significante debe ser capaz de apropiarse, presentándose como su cuasicausa. Deleuze y Guattari califican este proceso de tránsito entre unos círculos o cadenas y otros que mantiene la referencia al centro de significancia como una operación histórica³⁷⁷: sin ánimo de anticipar aquí más de lo estrictamente necesario para comprender la copertenencia entre significancia e interpretación, apuntaremos meramente que la posición histórica es, para Lacan, aquella desde la que se formula la demanda de análisis y la que constituye propiamente al discurso científico. También considera que el proceder socrático es susceptible de encarnar esta posición, lo que no deja de resultar sorprendente por cuanto Lacan elogia la *Presentación de Sacher-Masoch*, en la que Deleuze distingue dos polos constitutivos del pensamiento de la ley, ironía y humor³⁷⁸, a los que hace corresponder dos posiciones enunciativas perversas, a saber, la de Sade y la de Sacher-Masoch respectivamente. Si es posible que Lacan adscriba la posición de Sócrates al discurso histórico, esto será precisamente en función de cierta lectura ingenua, que parte del platonismo y de su recepción, según la cual el saber de la *polis* al que apunta el proceder socrático resultaría concebido según el modelo de ciencia mayor que Deleuze y Guattari ponen en juego, al menos desde su trabajo sobre Kafka, haciendo del propio Sócrates un neurótico (diagnóstico éste que parece problemático desde el momento en que se pone en juego la cuestión acerca de en qué sentido la distancia crítica resulta constitutiva de la actividad filosófica).

El régimen signifiante como modo concreto de estratificación del plano de la expresión requiere tanto de un centro en el que se cifre su unidad como de una regulación de sus variaciones que garantice la expansión de los círculos o cadenas al mismo tiempo que la referencia a dicho centro: tal es la relación que vincula significancia e interpretación, ya que sólo

377 «No importa que se bautice un régimen de signos con un nombre clínico o con un nombre histórico. No es que sea lo mismo, pero los regímenes de signos atraviesan “estratificaciones” muy diferentes» *DRF*, p. 38.

378 «La ironía y el humor forman esencialmente el pensamiento de la ley. Se ejercen en vinculación con la ley y encuentran su sentido en relación con ella. La ironía es el juego de un pensamiento que se permite fundar la ley sobre un Bien infinitamente superior; el humor, el juego de este pensamiento que se permite sancionarla a través de un Mejor infinitamente más justo.» *SM*, p. 85.

en virtud de un segundo nivel de abstracción respecto del plano de los contenidos será posible la reactualización incesante de la referencia a la significación. Mientras que el encadenamiento significativo constituye una dimensión exclusivamente sintagmática -esto es, relativa a la combinación de entidades de la expresión-, la selección de las diferentes entidades concurrentes remite a un eje paradigmático en el que el signo desterritorializado se hace corresponder a una determinada porción de significado. Sólo en vistas de esta condición resulta pertinente el recurso a la función específica del interpretante, puesto que la proliferación infinita de la semiosis puede ser recorrida en ambos sentidos, es decir, no ya sólo del representamen al interpretante, sino también del interpretante que se refiere a un representamen que resulta ser, asimismo, interpretante de otra relación semiótica y así sucesivamente. Mientras que en el primer caso, esto es, desde el punto de vista de la relación de representamen a representamen, lo que tenía lugar era una “atmosferización”³⁷⁹ de los contenidos que efectuaba un alisado con respecto al estriaje que constituía su formalización específica, desde el punto de vista del interpretante esta continuidad deviene escindida en función de la forma específica de expresión que estructura la semiótica significativa, hasta el punto de que el significado último no es sino el primer significativo, a la vez centro de convergencia y de irradiación para la multiplicidad de las cadenas. Su potencia reside precisamente en este doble movimiento de abstracción, de tal manera que, desde el momento en que se introduce la consideración de Simondon acerca del papel de las diferencias de potencial en el seno de los procesos de estructuración, resultan aplicables las distinciones que Deleuze recoge de Spinoza para caracterizar el trabajo del sacerdote como condición necesaria para consolidar un régimen de alegría triste³⁸⁰, ya que el incremento de potencia del significativo sólo procede del apartamiento del signo respecto del plano de los contenidos y, con ello, de la sustracción a este último de su formalización específica, formalización que, como establecimiento de límites distintivos entre unas entidades y otras, no puede sino remitir a una potencia de afección antes que a un modo de representación.

«El sacerdote interpretativo, el adivino, es uno de los burócratas del dios-déspota. Surge así un nuevo aspecto de la trampa, la trampa del sacerdote: la interpretación se prolonga hasta el infinito, y nunca encuentra nada que interpretar que no sea ya de por sí una interpretación. Como consecuencia, el significado no cesa de restituir significativo, de recargarlo o reproducirlo. La forma procede siempre del significativo. El significado último es, pues, el significativo en su redundancia o su “excedente”. Es totalmente inútil pretender superar la interpretación e incluso la comunicación por la producción de significativo, puesto que la comunicación de la interpretación siempre sirve para reproducir y producir significativo [...] Ese ha sido el descubrimiento de los sacerdotes psicoanalistas (aunque todos los demás sacerdotes y todos los demás adivinos ya lo habían hecho en su tiempo)»³⁸¹

379 *MP*, loc.cit.

380 Cf. *L'Abécédaire*, J comme Joie.

381 *MP*, p. 120. Habida cuenta de que el párrafo citado vio la luz en 1980, cabe reparar en que incorpora la referencia a una aportación genuinamente lacaniana dentro del campo psicoanalítico, puesto que con ese “excedente” se alude a aquello que Lacan formula como objeto *a* y que Deleuze y Guattari consideran el único

Deleuze y Guattari señalan cómo esta redundancia debe encontrar una sustancia específica de la expresión como medio de incorporación capaz de hacer de algún modo presente el centro de significancia más allá de la remisión infinita de unos signos a otros en el encadenamiento puramente significante. Si bien en el capítulo dedicado a señalar la constitución de los regímenes de signos a partir de los procesos de individuación recurrimos al rostro a propósito del papel del afecto en dichos procesos, aquí deberemos señalar cómo en el régimen signifiante el rostro «cristaliza el conjunto de las redundancias, emite y recibe, suelta y vuelve a captar los signos significantes»³⁸² y efectúa por tanto una reterritorialización compensatoria de carácter icónico y corpóreo («es de por sí todo un cuerpo»³⁸³). Ahora bien, resulta esencial para que el régimen signifiante se sostenga que tales rasgos de rostridad no lleguen a descomponer la unidad cualitativa del rostro, puesto que esto constituiría el índice de una desincorporación o contraefectuación, haciendo que el rostro se presentase como afectado por devenires intensivos que recusarían la totalidad del conjunto definido por el contorno rostrificante. El rostro del déspota, por el contrario, mantiene la integridad impasible de dicho contorno por cuanto, en virtud del doble nivel de abstracción del plano específico de los contenidos, sustrae a los signos su potencia de fuga en la interpretación reterritorializante de acuerdo con la cual el régimen signifiante efectúa una sobrecondición generalizada del contenido y de la expresión. Sin embargo, al rostro como cuerpo del signifiante corresponde un contracuerpo al nivel de la codificación: el cuerpo del condenado que sostiene la función del chivo expiatorio como grado mínimo que precede a la exclusión y la encarna al nivel del código, señalando así la línea de fuga por la que escapa todo aquello que excede el excedente del propio signifiante y todo aquello que se escurre por debajo de la formalización que éste impone, constituyendo así una representación codificada de aquello que podría arrastrar al régimen signifiante a un movimiento de desterritorialización y descodificación capaz de hacer huir la formalización de contenido y expresión en la que éste régimen consiste. De este modo no sólo apunta a una desterritorialización absoluta, sino también a otras constituciones semióticas cuyo funcionamiento consiste precisamente en conjurar el establecimiento de un centro único de redundancia para contenidos y expresiones. Lo que Deleuze y Guattari designan como *semiótica* elemento no representacional, maquínico y, por consiguiente, relativamente aprovechable de toda su producción teórica. Ahora bien, si la crítica a la interpretación no se formula a través de la crítica explícita a dicha noción es precisamente porque lo que aquí está en juego es cómo determinada concepción del signo y el empleo de la interpretación que le corresponde son capaces de despojar al objeto *a* de su carácter de efecto no representacional de la enunciación y concebirlo como un límite trascendente que reproduce la lógica de Edipo y lleva a una concepción del deseo basada en la carencia. En las secciones dedicadas a la clínica lacaniana tendremos ocasión de abundar más sobre el estatuto del objeto *a* y sobre el carácter necesariamente problemático que su comprensión introduce en la clínica psicoanalítica.

382 *Ibidem*.

383 *Ibidem*.

presignificante aparece caracterizado precisamente por este movimiento de conjura del imperialismo del significante, y si bien, por cuanto hay también lenguaje, ritos y escritura, la abstracción del plano del contenido tiene lugar a un sólo nivel y en beneficio de un pluralismo que conserva formas de la expresión propias de la esfera del contenido al tiempo que sustrae las propias formas de la expresión a la exigencia de univocidad que moviliza la operación de interpretación. La desterritorialización de los signos se mantiene siempre en relación con las territorialidades de las que proceden y, por consiguiente, de los movimientos de desterritorialización y reterritorialización específicos que las afectan: la formación social primitiva consituye un agenciameinto propiamente territorial, mientras que la formación despótica sólo es territorial por cuanto efectúa una desterritorialización absoluta respecto al cuerpo del cuerpo de la tierra, que codifica y reparte según un *lógos*³⁸⁴. Por ello, Deleuze y Guattari pueden considerar esta formalización específica de la expresión como predominante en el ámbito de lo que en etnología suele ser designado como sociedades primitivas o sociedades sin historia y «más próxima a las codificaciones “naturales” que actúan sin signos»³⁸⁵. Recordemos que ya se señaló cómo Deleuze y Guattari discutían la conveniencia del empleo del término “signo” para referirse a las entidades específicas de la expresión en formaciones estratigráficas diferentes a la que constituye la forma de expresión lingüística, a excepción hecha de los índices territoriales por cuanto introducían ya la referencia a cierto margen de indeterminación entre percepción y acción, si bien en la caracterización propuesta del régimen significante como condición a partir de la cual resultaría posible prescindir del término “signo” encontramos otro límite en virtud del cual es posible confirmar que la concepción general de signo que Deleuze considera enlaza directamente con aquella que ya introdujese en su temprana obra sobre Proust y que tiene todo que ver con una tensión previa a toda asignación estable que haría equivalentes según un único criterio signo y objeto. El coeficiente de desterritorialización del signo oscila así entre dos polos, el de su fijación y el de su proliferación infinita, desterritorialización excesiva que entraña tanto el riesgo de desertificación como el de caída en un régimen aún más reactivo que aquél respecto del cual escapa, de tal manera que si Deleuze y Guattari construyen el término “semiótica presignificante” es precisamente para señalar que los signos constituyen un régimen (y es por esto que son propiamente signos) al tiempo que evitan la exclusividad del rostro como única incorporación referencial, conjurando así la amenaza de un segundo nivel de abstracción

384 «Por primera vez se retira de la vida y de la tierra algo que va a permitir juzgar la vida y sobrevolar la tierra, principio del conocimiento paranoico. Todo el juego relativo de las alianzas y de las filiaciones es llevado a lo absoluto en esta nueva alianza y esta filiación directa [...] En vez de ver en el Estado el principio de una territorialización que inscribe a la gente según su residencia, debemos ver en el principio de residencia el efecto de un movimiento de desterritorialización que divide la tierra como un objeto y somete a los hombres a la nueva inscripción imperial, al nuevo cuerpo lleno, al nuevo socius» *AE*, pp. 200-201.

385 *MP*, p. 122.

de los contenidos con carácter universalizante, la instauración del significante como centro de redundancia y la homogeneidad de las posiciones enunciativas por uniformización de la enunciación, tanto al nivel del sistema formal como de las sustancias en las que éste se encarna. En esta uniformización se apoya el funcionamiento del aparato de Estado, en la conexión de los significantes entre sí en torno a un centro único y trascendente de redundancia cuya recurrencia viene asegurada por la institución del sacerdocio y del régimen de la deuda infinita con respecto tal centro³⁸⁶. Por el contrario, en el caso de la semiótica presignificante, los segmentos constituyen bloques finitos de deuda en relación con las codificaciones polívocas puestas en juego, de tal modo que es sobre éstas sobre las que se regulan los intercambios y las alianzas en el campo social de las sociedades primitivas. Puesto que toda codificación se establece en función de los cortes operados sobre un continuo móvil que atraviesa el campo social, es decir, como captura, fijación y sementarización de flujos o devenires que pasan a constituir entidades determinadas a las que puede corresponder un valor. Ahora bien, en este punto Deleuze y Guattari van un paso más allá que Levi-Strauss al hacer anteceder la deuda, bajo esta forma, al intercambio³⁸⁷, encontrando así un modo de explicar cómo es posible pasar de este régimen a aquél en el que la deuda deviene propiamente infinita, paso este que no deja de entrañar la constitución de un plano trascendente con respecto al campo social mismo y una centralización del poder en el Estado.

Tanto en el caso de las sociedades primitivas como en el del Estado se opera por segmentariedad, si bien ésta es predominantemente rígida y conforme a relaciones biunívocas que remiten en última instancia al significante como garantía de su constancia y proliferación en

386 Como ya apuntamos más arriba y se expondrá a continuación, Deleuze y Guattari proponen una concepción de la sociedad basada en el desequilibrio, muy distinta de toda remisión a un origen “natural” que el curso del tiempo y los avatares del proceso civilizatorio viniesen a perturbar, así como también respecto a toda concepción contractualista o basada en la idea de un cierto progreso del género humano hacia lo mejor. De este modo, la deuda no aparece jamás como algo contraído a partir del resquebrajamiento de una equivalencia inicial, ni tampoco encuentra en primer término su sentido en un restablecimiento compensatorio final. Más bien, la noción de deuda refiere a la articulación entre un flujo filiativo y un sistema de alianza, es decir, entre una materialidad productiva y una codificación que proporciona un determinado nivel de formalización. De este modo, la deuda resulta ser para Deleuze y Guattari una unidad de alianza, y, si bien ésta resulta ser siempre finita en el caso de las sociedades primitivas, deviene infinita en el régimen despótico, sellando así el compromiso inagotable con la significación correlativo al estatuto desterritorializado del signo conforme a una semiótica significativa. Ahora bien, en las formaciones imperiales toda la producción destinada a colmar esta deuda queda subordinada a un elemento que se sustrae a la producción, a saber, el centro de significancia redundante, mientras que en el caso de la sociedad capitalista, la deuda hace valer su infinitud sin referencia a un centro trascendente excluido de la producción.

387 José Luis Pardo señala que «la relación contractual entre acreedor y deudor es especial, y en cierto modo anterior a toda posible relación contractual de intercambio, porque en ella no se trata de intercambiar un bien por otro, sino de dar (el acreedor) algo a otro (el deudor) a cambio de una promesa de restitución en ciertas condiciones [...] en el momento de la entrega se trata de una relación no regida por la equivalencia (lo dado por el acreedor tendrá que recibir su compensación equivalente en el futuro, aunque sea un futuro inmediato, pero en el momento de la entrega la situación es de desequilibrio) sino por la asimetría, y en la cual el tiempo (el mantenimiento de la voluntad en el tiempo) desempeña un papel fundamental» Pardo, J. L., *El cuerpo sin Órganos: Presentación de Gilles Deleuze*, Valencia, Pre-textos, 2011.

el caso del Estado, y fundamentalmente flexible y articulada en bloques finitos y móviles en el caso de la semiótica presignificante. Ahora bien, aunque en este último caso el establecimiento de tales segmentos tiene como propósito prevenir la instauración de un centro de significancia último, en ambos regímenes la amenaza de desodificación y desterritorialización resulta conjurada en orden a mantener el régimen de signos como formalización de la expresión predominante en determinada formación social frente al peligro de una descodificación y una desterritorialización absolutas. El tercer régimen de signos presentado opera, por el contrario, no ya de forma segmentaria, sea ésta de carácter más o menos rígido o más o menos flexible, sino de acuerdo con una línea «totalmente abstracta, no figurativa ni tampoco simbólica [...] una línea mutante, que comporta tantas singularidades como posiciones de detención que, sin embargo, no cortan la línea»³⁸⁸, sustrayéndose así totalmente a la instauración del signifiante y al establecimiento de relaciones biunívocas, manteniendo una relación de abolición o de contaminación con respecto al régimen estatal, forzado a reprimir o a integrar de algún modo esta forma de *exterioridad*. Deleuze y Guattari oponen el proceder segmentario de los dos regímenes anteriores a un proceder numérico conforme a una función del número en la que éste no figura como representación, designación o medida por cuanto remitiese a algo distinto de sí e introdujese como condición la suposición de al menos dos conjuntos, el de los números designadores y el de los elementos designados, sino más bien como aquello que efectúa combinaciones y distribuciones independientemente de la cardinalidad y la ordinalidad de otro conjunto del que el número constituiría su marca.

Para caracterizar el peculiar modo de organización correspondiente a esta semiótica contrasignificante -puesto que si de lo que se trata es, en efecto, de una semiótica, ésta debe consistir en algún tipo de disposición- Deleuze y Guattari se sirven de la noción de “*número numerante*” acuñada por Julia Kristeva en 1969³⁸⁹ y, si bien se apunta explícitamente en la nota bibliográfica correspondiente que el origen de la noción debe ser situado en el contexto del análisis de textos literarios -lo que no deja de resultar indiscutible desde el momento en que atendemos al empleo que de la novela de Philippe Sollers, *Nombres*³⁹⁰, lleva a cabo Kristeva en las páginas dedicadas a la caracterización de esta concepción del número-, entendemos que la extensión conferida al término “texto” y la propia concepción del *semanálisis* que Kristeva construye justifican en este trabajo la siguiente digresión, puesto que allí se encuentran conjugadas tanto la atención al componente genético de la lengua como la insuficiencia del

388 DRF, p. 35.

389 Cf. Kristeva, J., *Σημειωτική. Recherches pour une sémanalyse*, París, Seuil, 1969 (trad: Martín Arancibia, J., *Semiótica 2*, Caracas, Fundamentos, 1978).

390 Sollers, Ph., *Nombres*, París, Gallimard, 1968.

régimen significante. Por otro lado, precisamente por cuanto este trabajo acometerá en sus últimas secciones una cierta aproximación a los avatares que la concepción semiótica lacaniana atraviesa en el desarrollo de su clínica, dicha digresión aportará, aún a riesgo de caer en cierto vicio de anticipación, algunos elementos relevantes a la hora de dar cuenta de cómo la concepción metafórica del síntoma característica de la interpretación psicoanalítica puede ser relevada por una comprensión que pretende, no ya sólo constituir el reverso del régimen significante, sino incluso denunciar sus limitaciones atendiendo a la dimensión de lo no correspondiente. El “texto”, según lo entiende Kristeva, no se reduce de ningún modo al carácter fenoménico de un hecho lingüístico (la enunciación) que el análisis pudiese remitir en última instancia al régimen de la significación como estructura fijada en términos corpóreos: antes bien, el objeto específico del análisis textual entendido como semianálisis es precisamente el proceso de *engendramiento* en dicho fenómeno tanto de las categorías lingüísticas movilizadas como de “la topología del acto significativo”, es decir, de la producción de un espacio específico para la enunciación definido por límites inmanentes que no preexisten a la enunciación misma. El propósito del semianálisis se distinguirá así del análisis estructural o de las descripciones de la gramática generativa por cuanto, frente al texto, su propósito no es ya revelar una suerte de estructura profunda, sino más bien «descomponerlo y abrir en su interior un nuevo exterior, un nuevo espacio»³⁹¹. En primer lugar, por lo que respecta al análisis estructuralista, Kristeva reserva el término “signo” para referirse a la concepción netamente saussureana de la unidad entre significante y significado, de tal modo que lo que el campo de operación del semianálisis se sitúa precisamente en la línea que distingue y relaciona ambas nociones y que, según las tesis de Saussure recogidas en el *Curso de lingüística general*, dependía de una arbitrariedad fundamental y constituía por sí mismo una entidad atómica. Para Kristeva, el vínculo en virtud del cual resulta constituida dicha unidad debe ser remitido a la operación a través de la cual resulta el enunciado como entidad observable y susceptible de diferentes acercamientos descriptivos según diversos supuestos, bien sean éstos explícitos y de carácter netamente teórico, bien implícitos y dependientes de la concurrencia de lo preindividual -fundamentalmente de lo pre-subjetivo- en los agenciamientos de enunciación. De este modo, el vínculo efectivamente contraído entre entidades del contenido y entidades de la expresión (que Kristeva designará como *feno-texto*) aparece como una mera representación del proceso productivo que, al nivel del *geno-texto*, constituye el objeto último a cuyo esclarecimiento se orienta la propuesta del semianálisis. Mientras que el fenotexto puede ser descrito en términos estructurales -y de hecho, tales términos surgen precisamente de una operación de abstracción a partir del propio fenotexto que comporta los supuestos específicos ya apuntados aquí, en secciones anteriores-, la productividad de las

391 Kristeva, *Op.cit.*, p. 96.

relaciones significativas es remitida al genotexto: «La zona generativa así abierta ofrece un objeto de conocimiento que deroga los principios de la localización euclidiana” y no tiene “especificidad sustancial”. El texto será pues un “objeto dinamizado” y el discurso que tratará de él -el semanálisis- tendrá por finalidad detectar los tipos de objetos dinamizados que se presentan como significantes»³⁹². Esta dinamización del texto como objeto del análisis, si es que dicho análisis pretende evitar en la medida de lo posible la remisión en última instancia a la distinción entre lengua y habla (o entre *competence* y *performance*), debe ser entendida no sólo por cuanto lo dinámico del proceso se opone a lo matemático del sistema, sino también teniendo en cuenta que la disociación de la unicidad del signo saussureano y la denuncia de la abstracción del plano del contenido sobre la que sostiene el régimen signifiante resulta correlativa a la introducción por parte de Peirce de la distinción entre el objeto inmediato y el objeto dinámico³⁹³.

«La distinción genotexto/fenotexto obliga al discurso que se ocupa del funcionamiento significativo a un desdoblamiento constante que define en todo enunciado lingüístico dos planos: el del fenómeno lingüístico (la estructura) dependiente del signo y susceptible de ser descrito por el utillaje de la semántica estructural que supone el pensamiento del signo; el del engendramiento significativo (la germinación) que ya no es subsumible por el signo, sino que se organiza mediante la aplicación de diferencias de carácter numérico»³⁹⁴

Respecto a las concepciones de la enunciación y de su descripción sostenidas por la gramática generativa, Kristeva reconoce el carácter ventajoso de la introducción de una perspectiva sintagmática, si bien denuncia cómo la profundidad a la que se ve remitido el proceso de generación del enunciado no sólo constituye un calco de la estructura del mismo, sino que además incurre en un psicologismo de filiación cartesiana que reintroduce una concepción esencialista de la naturaleza y, con ella, una comprensión trascendente del límite. La noción misma de “número numerante” aparece precisamente por cuanto el racionalismo cartesiano pone en juego una concepción del número que lo somete al modelo del signo, puesto que no es aceptado más que como un modo representativo del pensamiento y es, por consiguiente, remitido a su natural afinidad con lo verdadero y a la forma de unidad del sujeto. Kristeva señala cómo tal comprensión del número sólo es posible en virtud de una operación de “forclusión”³⁹⁵ respecto

392 *Ibidem*, p. 98.

393 Asimismo, el que tales objetos dinamizados -esto es, desconectados de la restricción que los presenta como objetos inmediatos en la unidad constituida por el vínculo signico efectuado- puedan presentarse “como significantes” ya está apuntando a un cierto empleo de este término que de algún modo se separa tanto del sentido que se le confiere en el algoritmo saussureano como del que adquiere en la caracterización que Deleuze y Guattari proponen de la semiótica signifiante en *Mil Mesetas*. No obstante, en orden a evitar anticipaciones inconvenientes, reservaremos la explicación de esta diferencia para la sección dedicada a las distintas concepciones lacanianas del síntoma.

394 *Ibidem*, p. 103.

395 La voz “forclusión” traduce la noción freudiana de *Verwerfung*, que designa una impugnación de la ley al nivel del complejo de Edipo constitutiva de lo que la clínica psicoanalítica concibe como estructura psicótica. Sólo a partir de una caracterización adecuada de cómo el complejo de Edipo se relaciona con las diferentes semióticas de las que

del funcionamiento extrasubjetivo y no representativo del significante que sostiene el dualismo representacional y confina al referente del signo a una exterioridad al que sólo la Sustancia infinita podrá proporcionar una garantía de concordancia y representabilidad. De acuerdo con esta concepción, el número hace posible la medida y funda la geometría algebraica, de tal modo que el espacio y la infinitud quedan excluidos del sujeto y resultan atribuidos a Dios que, como interpretante final, asegura la traducibilidad última conforme a las exigencias del método³⁹⁶. El número escande la continuidad infinita y constituye un espacio estriado por bloques de tiempo susceptibles de representación según relaciones métricas de frecuencia³⁹⁷, de resultas que el sujeto para el que aparecen tales representaciones numeradas de espacio y la infinitud -representados éstos que no dejan de remitir al ámbito de lo incorporal en sentido estoico, puesto que también la forma del tiempo que resulta de la numeración constituye un modo de presentación indirecto e impropio, del mismo modo que la construcción del significado como realidad objetiva de la idea restringe y fija el expresable que insiste en la proposición al tiempo que mantiene su heterogeneidad- anticipa y prefigura al sujeto hablante de Chomsky, caracterizado en función de una competencia lingüística universal que obedece al “dictado de la propia Naturaleza”³⁹⁸.

Sin embargo, Kristeva partirá del reconocimiento del papel del número como “muesca en el infinito” a la hora de emprender un primer movimiento de organización que en absoluto puede ser entendido de acuerdo con el régimen de la significación, sino que «cubre un espacio más vasto en que “significar” puede estar incluido y situado en su lugar»³⁹⁹, de tal modo que el

Deleuze y Guattari se hacen cargo en *Mil Mesetas* -tarea que acometeremos en las páginas siguientes- será posible valorar si una operación semejante puede fundar precisamente su contrario, a saber, la colaboración entre sentido común y buen sentido y producir así una imagen del pensamiento regida por un uso excluyente de la disyunción.

396«Importa mucho distinguir bien las enunciaciones en las cuales las palabras extensión, figura, número, superficie, línea, punto, unidad y otras semejantes tienen una significación tan rigurosa que excluyen cosas de que en realidad no son distintas, como cuando se dice: la extensión o la figura no es un cuerpo, el número no es la cosa contada, la superficie es el límite de un cuerpo, la línea es el límite de la superficie, el punto es el límite de la línea, la unidad no es una cantidad, etc. Todas estas proposiciones y otras semejantes deben ser apartadas de la imaginación, aunque contengan algunas verdades [...] En todas las demás proposiciones en que las palabras mencionadas en el párrafo anterior, aunque conserven la misma significación y se empleen haciendo abstracción de todo sujeto, no excluyan ni nieguen cosas de las cuales no son realmente distintas, podemos y debemos servirnos del auxilio de la imaginación, porque aun cuando la inteligencia no atienda a lo expresado por la palabra, la imaginación se representará una verdadera idea de la cosa, a fin de que la inteligencia dirija su atención a la demás condiciones que no han sido expresadas por la palabra, y no crea que han sido excluidas. Por ejemplo: supongamos, tratándose de números, un sujeto mensurable por varias unidades, y, aunque nuestra inteligencia no reflexiona al pronto más que en la pluralidad del sujeto, cuidemos mucho de que no termine por asentar alguna conclusión que haga suponer que la cosa contada ha sido excluida de nuestra concepción, como hacen los que atribuyen al número propiedades maravillosas, en las que no creerían con tanta fe si no concibieran al número como distinto de la cosa contada» Descartes, R., *Reglas para la dirección del espíritu*, Regla XIV,

397«Lugar de conversión del espacio infinito en duración-finitud para el sujeto, el número-signo plantea el tiempo para poder descubrirle (inmovilizar) una frecuencia como mensurable» Kristeva, *Op.cit.*, p. 118.

398 Cf. Chomsky, N., (1966), *Cartesian linguistics*, Cambridge University Press, 2009.

399 Kristeva, *Op.cit.*, p. 116.

número se independiza de todo carácter representativo al rehusar la condición de biyectividad en virtud de la cual devendría expresión de un plano del contenido por la contracción de relaciones biunívocas⁴⁰⁰. Kristeva rastrea esta concepción del número en el cálculo diferencial leibiniziano, puesto que allí aquello que había sido excluido del dominio del sujeto y del número-signo encuentra una forma de restitución en lo infinitesimal como función de “infinito-punto”⁴⁰¹. Así entendido, el número no pierde su estatuto simbólico, si bien recupera a su nivel el componente propiamente desterritorializado en virtud del cual se hace posible una distribución en la que cabe el establecimiento de nuevas territorialidades ya no dependientes de un medio englobante cualificado del que no serían más que partes métricas. Sustrayéndose a toda equivalencia y a todo equilibrio inicial, el número-numerante en su función de puntuación del infinito «obedece a leyes de transición y de continuidad [...] No forma pues estructura, plantea funciones, relaciones, que proceden por aproximación. Nunca colmada, una diferencia queda entre el número marcado así (π) y el conjunto de los términos susceptibles de expresarlo»⁴⁰². No constituye, por tanto, propiamente una unidad susceptible de concurrir por adición con otras semejantes en la formación de un todo homogéneo, ni tampoco podrá formar parte de serie alguna como elemento discreto: el diferencial y la continuidad que Kristeva encuentra en Leibniz no remite a un límite trascendente que constituyese el sentido de las diferentes etapas ni tampoco a adecuación métrica alguna. La geometría deviene así propiamente analítica al tiempo que la «perspectiva cartesiana se aleja y el sujeto, en lugar de ser una causa limitada que limita al significante, no es más que un momento -un paraje- del significante de otro modo ilimitado. El conocimiento no es ya una totalización, sino un procedimiento de levantamiento, de agotamiento, mediante el cual el infinito se acerca a un término siempre fallido»⁴⁰³. Ahora bien, es necesario dar cuenta de cómo el número, según esta acepción, es concebido por Kristeva a partir del significante propiamente textual, esto es, aquél que como elemento gráfico o fónico al nivel del fenotexto actualiza el proceso diferencial de la significación, es decir, que al nivel del fenómeno lingüístico efectúa la condición misma del lenguaje como traslación y *diferenc/tiation* previa tanto a la constitución del sujeto como al establecimiento de relaciones biunívocas numerables que constituyen las

400 En lo que respecta al establecimiento de relaciones binarias, por ejemplo al nivel de la constitución de la serie de los números naturales, tendremos ocasión de presentar una explicación más detallada en la parte del trabajo dedicada a la noción lacaniana de síntoma como letra, que tomarla en consideración las propuestas de Frege y Cantor al respecto. Dejaremos por el momento meramente apuntado que si cabe distinguir entre numerante y numerado es precisamente porque lo que se ponen en juego en el segundo caso ya compromete una dimensión productiva que funda de algún modo el orden de la numeración, la correspondencia y la equivalencia siendo, sin embargo, totalmente heterogéneo respecto a sus condiciones propiamente lógicas o reproductivas (Cf. *infra*, caps. 6 y 7).

401 Kristeva toma el término del trabajo que Badiou dedicó a la singularidad que supone la aparición del cálculo en el pensamiento matemático y filosófico., Cf. Badiou, A., “La Subversion infinitésimale” en *Cahiers pour l'analyse*, nº 9, 1968.

402 Kristeva, *Op.cit.*, p. 119.

403 *Ibidem*, p. 120.

relaciones de manifestación, significación y designación, haciendo así posible una comprensión del lenguaje en términos de comunicación e información que considera como dada (bien sea sobre la base de la convención o la arbitrariedad, bien, como en el caso de Chomsky, residiendo en una cierta disposición natural) la entidad sustancial de los sujetos hablantes, de los objetos designados y de las nociones significadas. El numerante efectúa ese movimiento de recusación de la delimitación corpórea de los factores discursivos que hace emerger un relativismo generalizado⁴⁰⁴, reconocido por Deleuze y Guattari en las propuestas de Hjelmslev, y que, ya no sólo al nivel de la teoría de la lengua, sino también al de la enunciación como proceso, podía hacerse cargo de la producción en la enunciación sólo por cuanto el discurso era remitido a la transición y al desplazamiento en el marco de un “estilo indirecto libre”. De este modo, su carácter discreto no se opone a una variación capaz de exceder el quicio del sistema de significación, antes bien, es preciosamente aquello que hace posible la introducción de una relación que ya no es la del encadenamiento de los significantes ni la remisión del signo al signo cuya persistencia y eventual remisión a un centro de significancia garantiza la interpretación, sino la de lo infinitesimal que como «infinito actuante no alcanza pues su plenitud, pero es a la plenitud a la que le falta algo, ella es el límite en tanto que no infinito, falta, noción privativa»⁴⁰⁵. El espacio en el que el numerante instituye una marca es, por consiguiente, un espacio liso, y el marcaje en el que consiste la organización numérica efectúa una distribución nomádica que se opone a la sedentariedad reproductiva de la estructura al nivel del fenotexto, abriendo el acceso por el análisis así planteado a una «textualidad generativa infinita, plural» que «reemplaza al significante»⁴⁰⁶: dicho espacio queda pues reintegrado al orden de la significación como una suerte de exterioridad interior, heterogénea e insistente respecto del enunciado.

«Toda la ontología idealista y toda comprensión de un ser trascendental se agarra a ese vacío-infinito-succión, no marcado y no puntualizado [...] Romper ese dispositivo vallado por el “ser”, llenar el infinito con una significancia diferenciada, es situarse fuera del triángulo didáctico real-simbólico-imaginario y disponer así el espacio numerante: el espacio del texto [...] El texto no está basado en unidades más que para marcar su franqueamiento»⁴⁰⁷

Las combinaciones resultantes no pueden en ningún caso ser aquellas regidas en exclusiva por la compatibilidad de determinadas constituciones esenciales -esto es, aquellas relaciones sometidas a la obligatoriedad de la subalternancia y a la prohibición de la contradicción-, ni tampoco pueden ser entendidas en función de posiciones métricas y cardinales

404 «El numerante no separa el significante del significado, pero no puede pasarse sin ambos. Es los dos conjuntos puesto que puntúa todo el registro de la lengua. Digamos que aquí la hoja saussuriana cuyas dos caras representaban el signo, se ha vuelto volumen en el que el significante es un significado y recíprocamente, siempre» *Ibidem*, p. 124.

405 *Ibidem*, p. 120.

406 *Ibidem*, p. 127.

407 *Ibidem*, pp. 125-126.

en un espacio estriado. Situando el proceso de engendramiento significativo al nivel del genotexto, Kristeva apunta ya a una doblez inherente a todo producto significativo en virtud de la cual una lengua (por cuanto remite producción significativa misma) es engendrada en la lengua (entendida ahora de acuerdo con su dimensión comunicativa)⁴⁰⁸, de tal modo que, sirviéndose de la noción del “número numerante”, Deleuze y Guattari se refieren más bien a una inventiva de las combinaciones y a una distribución propiamente nomádica en un espacio liso, remitiendo así a una geometría menor, operatoria o procesual en la que el trazo y el desplazamiento anteceden a la medida de la distancia y al establecimiento de las paradas, que se distingue necesariamente del uso que del número tiene lugar tanto en las sociedades primitivas regidas según la semiótica presignificante como en el régimen despótico signifiante que constituye el aparato de Estado. En el caso de la primeras, las relaciones sociales surgen de la conjugación entre las filiaciones, que podrían hacerse corresponder al plano de los hechos o del haber, y las alianzas, que establecen el derecho y la dimensión de deber, estableciendo la organización de los linajes como carácter definitorio del régimen de signos presignificante o pre-estatal. Puesto que los signos aparecen en todo momento referidos al cuerpo de la Tierra, establecen territorialidades relativamente móviles y el número interviene como medio de inscripción de los códigos sociales sobre el cuerpo de la tierra. Así, por cuanto la propuesta de Deleuze y Guattari de invertir la relación de originariedad entre deuda e intercambio reconoce en la *Genealogía de la moral* su más eminente precursor e instigador, el “sistema de la crueldad” característico de las sociedades primitivas aparece como aquella operación de inscripción sobre el cuerpo en función de la cual es posible situar la relación acreedor-deudor en origen mismo de toda formación social, con independencia de toda función comunicativa, puesto que la inscripción es ella misma acción y el valor del signo no reside ya en su significado -esto es, en lo que por medio de él se dice- sino más bien en lo que efectúa como inscripción en el orden del derecho y de los deberes. La originariedad de la deuda respecto al intercambio se pone de manifiesto desde el momento en que la equivalencia resulta ser segunda respecto de una desproporción que establece la escritura, y el signo, más que un significado, introduce un valor y una determinación propiamente social o de derecho que no puede encontrar medida común en el ámbito natural del hecho y que corresponde propiamente a la dimensión de las transformaciones incorporales o jurídicas, que exceden siempre su marco concreto de incorporación, expresando una pertenencia antes que significando una cualidad natural susceptible de determinar un conjunto cuya constitución se pretende independiente respecto de su formulación efectiva. La tierra, -y por consiguiente también el cuerpo natural o biológico- constituyen la superficie de inscripción en la que el número registra la organización de los linajes operando así una codificación social que instaura

408 *Ibidem*, p. 103.

la deuda como bloque finito en virtud del cual se establece el régimen de circulación de los flujos de producción, de prestigio y de mujeres. En este sentido, Deleuze y Guattari se apoyan en los trabajos de Edmund Leach⁴⁰⁹ acerca del funcionamiento de pequeños grupos (*local descent groups*) que, arreglando los matrimonios de forma conjugada con la distribución de los bienes de consumo y de prestigio (puesto que su operación constituye una conjugación al nivel de las clases sociales, los vínculos matrimoniales formalizados y la organización de la tierra), constituyen territorialidades sobre la superficie de inscripción conforme a una segmentariedad relativamente flexible e impiden que las alianzas se deduzcan simple o evolutivamente de las filiaciones⁴¹⁰. En las formaciones sociales estatales, esto es, conforme al régimen despótico-paranoico del significante, el número va a adquirir aún otra función diferente, por cuanto los códigos y las territorialidades primitivas son afectadas por un movimiento de desterritorialización que hace de la superficie de la tierra un objeto más, que remite en última instancia al significante como agente de una sobrecodificación y al rostro o cuerpo del déspota como superficie de inscripción. La función del número refiere ahora a una sobrecodificación de la tierra conforme a una organización territorial que se apropia de todos los segmentos de la sociedad primitiva y los reparte en una extensión geométrica regida por la proporción, la medida y la relación de propiedad como función de reterritorialización.

«El Estado arcaico engloba un *spatium* piramidal, espacio diferenciado en profundidad y con niveles, mientras que los Estados modernos (a partir de la ciudad griega) desarrollan una *extensio* homogénea, con centro inmanente, con partes divisibles homólogas, con relaciones simétricas y reversibles [...] cada uno de ellos implica una subordinación de los linajes y de los números a esta potencia métrica [...] la aritmética y el número han tenido siempre un papel decisivo en el aparato de Estado; ya era así en la burocracia imperial, con las tres operaciones conjugadas del empadronamiento, del censo y de la elección. Con mayor motivo, las formas modernas del Estado no se han desarrollado sin utilizar todos los cálculos que surgían en la frontera entre la ciencia matemática y la técnica social (todo un cálculo social como fundamento de la economía política, de la demografía, de la organización del trabajo, etc.) Este elemento aritmético de Estado ha encontrado su poder específico en el tratamiento de cualquier tipo de materias: materias primas, materias secundarias de los objetos elaborados, o la última materia constituida por la población humana. El número siempre ha servido así para dominar la materia, para controlar sus variaciones y sus movimientos, es decir, para someterlos al marco espacio-temporal del Estado [...] El Estado tiene un principio territorial o de desterritorialización, que relaciona el número con magnitudes métricas (teniendo en cuenta métricas cada vez más complejas que efectúan la sobrecodificación). Nosotros no pensamos que el Número haya podido encontrar ahí las condiciones de una independencia o una autonomía, aunque sí haya encontrado todos los factores de su desarrollo»⁴¹¹

409 Cf. Leach, E., *Rethinking Anthropology*, Robert Cunningham and Sons, 1961 (trad: *Replanteamiento de la antropología*, Barcelona, Seix Barral, 1971).

410 Deleuze y Guattari encuentran que la acción de tales grupos constituye por ello una operación propiamente perversa (Cf. *AE*, pp.152-194), en consonancia con la recepción que Deleuze hace en su *Presentación de Sacher-Masoch* de la *Verleugnung* freudiana como forma de posición frente a la función paterna característica del fetichismo, y que Lacan llevará al extremo al incidir en su descomposición etimológica y hacerlo coextensivo a todo el aparato psíquico.

411 *MP*, 12, p. 392.

Frente a esta relegación del número a la función representativa, y la subordinación a la lógica de la representación que ello comporta -por cuanto constituye un espacio eminentemente estriado y que apunta a la equivalencia como fundamento de toda relación- Deleuze y Guattari caracterizan la semiótica contrasignificante por una organización aritmética autónoma que remite a un espacio liso al no reducir la distancia crítica a ningún tipo de medida doctrinal, afirmando al mismo tiempo el carácter comunicante de tal espacio entre dos espacios estriados y su potencia no-comunicante o de desviación. Del mismo modo que Deleuze y Guattari hacen corresponder la semiótica significativa al aparato de Estado -puesto que el Estado, como la lengua, surge de pronto y, como ya indicamos en el capítulo tercero, es capaz de operar un síntesis temporal en virtud de la cual el tiempo deviene historia-, el régimen contrasignificante corresponde como semiótica a una máquina de guerra⁴¹². En *Mil Mesetas*, la oposición entre aparato de Estado y máquina de guerra supone la distinción de Spinoza entre *potestas* y *potentia*, haciéndola corresponder a la heterogeneidad que señalaba el pensamiento estoico entre estados y acontecimientos, puesto que la máquina de guerra no preexiste bajo ningún tipo de constitución determinada a su propio ejercicio ni tampoco constituye forma alguna de interioridad remisible a un modelo y a un hábito efectivamente contraído según el cual se concibiese la diferencia y la variación bajo el signo de lo negativo conforme al establecimiento de disyunciones exclusivas: antes bien, a la máquina de guerra corresponde una dimensión propiamente intensiva y puramente direccional en la que toda correspondencia y biunivocidad resulta abolida en beneficio de una exterioridad y una heterogeneidad irreductibles al modelo de lo actual-corpóreo. Constituye para el aparato de Estado una forma de exterioridad paradójica que «circunscribe su interioridad en los Estados, pero describe su exterioridad en lo que escapa a los Estados o se erige contra ellos»⁴¹³, de tal modo que elude toda localización en función de un sistema de referencia global y resiste la interiorización exhaustiva. Deleuze y Guattari sitúan en el proceder de la máquina de guerra la condición según la cual la ciencia, el arte y el pensamiento pueden sustraerse al modo mayor, al aparato de Estado, y acceder así a un modo menor en función del cual resulta posible recuperar el carácter intempestivo de la producción, pero también la

412 «Clausewitz habla de una especie de flujo que llama guerra absoluta, que nunca habría existido en estado puro, pero que atravesaría la historia, un flujo inanalizable, singular, mutante, abstracto [...] En efecto, es sorprendente que los grandes Estados, los grandes aparatos despóticos den la impresión de no haber instaurado su poder a partir de una máquina de guerra sino más bien a partir de una burocracia y una policía. La máquina de guerra es siempre algo que viene de fuera y tiene un origen nómada: gran línea abstracta de mutaciones. Pero, por razones fáciles de comprender, los Estados deben apropiarse de esta máquina. Han de constituir ejércitos, declarar guerras, guerras sometidas a su política. La guerra deja así de ser absoluta (línea abstracta) para convertirse en algo que deja de ser festivo, ya se trate de una guerra limitada o de una guerra total, etcétera (segunda línea, esta vez segmentarizable). Y estas guerras adquieren una u otra forma de acuerdo con las exigencias políticas y la naturaleza de los Estados que las dirigen y les imponen sus fines y sus límites (tercera línea segmentarizada). Y también aquí lo que llamamos poder de guerra se encuentra en el punto de conversión de estas líneas» *DRF*, p. 36.

413 *MP*, 12, p. 368.

condición conforme a la cual el aparato de Estado es capaz de ejercer el poder, siempre y cuando sea el régimen despótico el predominante.

«Desde que la filosofía se ha atribuido el papel de fundamento, no ha cesado de bendecir los poderes establecidos y de calcar su doctrina de las facultades de los órganos de poder del Estado. El sentido común, la unidad de todas las facultades como centro del Cógito, es el consenso de Estado llevado al absoluto. Esa fue particularmente la gran operación de la “crítica” kantiana, asumida y desarrollada por el hegelianismo. Kant no ha cesado de criticar los malos usos para mejor bendecir la función. No debe, pues, extrañarnos que el filósofo haya devenido profesor público o funcionario de Estado. Todo está regulado a partir del momento en que la forma-Estado inspira una imagen del pensamiento. Y a la inversa. Evidentemente, según las variaciones de esta forma, la imagen presenta perfiles diferentes: ni siempre ha representado y designado al filósofo, ni lo representará siempre [...] En la actualidad, el psicoanálisis, en un retorno a la magia, aspira al papel de *Cogitatio universalis* como pensamiento de la Ley. Existen otros rivales y pretendientes»⁴¹⁴.

A propósito de las tesis vertidas por Deleuze y Guattari en su trabajo sobre Kafka, tuvimos ocasión de señalar ya en la sección anterior cómo la soledad del escritor -ni alemán, ni checo, ni miembro típico de la comunidad judía de Praga- o, bien, la privacidad del pensador -en el proverbial caso de Spinoza, sefardí en Holanda, excluido de la comunidad judía por el *herem* de 1656- no remiten en absoluto el modo menor a una forma de interioridad que pudiese acceder a la publicidad del modo mayor a través de la máquina que movilizan. Antes bien, esta privacidad y esta soledad no son sino condiciones reales de una exterioridad que, lejos de concernir a un cierto reparto -de identidades, de propiedades, de estados- en un ámbito global y estratificado, efectúa una distribución local y no localizable que tiene todo que ver con la constitución de medios y poblaciones en función de diferencias de potencial, y que no puede apelar en ningún caso a la constitución entitativa de una formación social como posibilidad lógica que la acción debiera efectuar con el máximo grado de semejanza, sino más bien -según el anhelo que Deleuze y Guattari recogen de los textos de Klee- dirigirse en su práctica misma a un pueblo que falta⁴¹⁵ y que en ningún caso puede ser concebido a partir de su contraposición frontal con respecto a aquél que comparece como multiplicidad analítica por la operación del aparato de Estado. La exterioridad del pensamiento a la que Deleuze y Guattari aluden excluye así la posibilidad de correspondencia y, por consiguiente, resulta irreductible a una mera oposición simple entre lo exterior y lo interior:

⁴¹⁴ *Ibidem*. p. 381.

⁴¹⁵ «A veces me pasa soñar una obra de vasta envergadura que cubra el dominio completo de los elementos, del objeto, del contenido y del estilo. Esto de permanecerá siendo un sueño, pero es bueno representarse de un tiempo a otro esta posibilidad aún vaga hoy en día. No podemos precipitar nada. Es preciso que esa Gran Obra crezca naturalmente, que prosiga, y si le ocurre un día alcanzar la madurez, entonces tanto mejor. Nosotros aún estamos en su búsqueda. Hemos encontrado sus partes, pero aún no el conjunto. Nos falta esta última fuerza. A falta de un pueblo que nos lleve» Klee, P. *Teoría del arte moderno*, Buenos Aires, Cactus, 2007. p. 32.

«la simetría sólo podría existir entre polos o núcleos diferentes de interioridad. Pero la forma de exterioridad del pensamiento -la fuerza siempre exterior a sí misma o la última fuerza, la *n^a* potencia- no es en modo alguno otra imagen que se inspira en el aparato de Estado. Al contrario, es la fuerza que destruye la imagen y sus copias, el modelo y sus reproducciones, toda posibilidad de subordinar el pensamiento a un modelo de lo Verdadero, de lo Justo o del Derecho (lo verdadero cartesiano, lo justo kantiano, el derecho hegeliano, etc.). Un “método” es el espacio estriado de la *cogitatio universalis*, y traza un camino que debe seguirse de un punto a otro. Pero la forma de exterioridad sitúa al pensamiento en un espacio liso que debe ocupar sin poder medirlo, y para él no hay método posible, ni reproducción concebible, sino únicamente etapas, *intermezzi*, reactivaciones»⁴¹⁶.

5.3. La sujeción por la pasión: un cuarto régimen.

El régimen contrasignificante no es, sin embargo, el único que Deleuze y Guattari oponen a la significancia: un cuarto régimen completa la lista arbitrariamente restringida mostrando no sólo ya una forma de sustracción con respecto al centro irradiante y resonador despótico-paranoico, sino también un modo de conjunción entre regímenes que subraya el carácter necesariamente mixto de toda formalización del plano de la expresión en condiciones concretas. Si tales formalizaciones específicas han sido definidas como “semióticas” y desplegadas con el objeto de mostrar cómo la semiología -correspondiente al régimen significante- no podía en ningún caso proponerse como la única, ni siquiera al modo de un metalenguaje general en función de su capacidad de traducción y sobrecodificación, es porque Deleuze y Guattari consideran que una semiótica no es un sistema de condiciones de mera posibilidad, sino una función de existencia del lenguaje que, si bien efectúa su condición, lo hace siempre de tal modo que las categorías lingüísticas y comunicativas se revelan insuficientes para dar cuenta del carácter colectivo de los agenciamientos de enunciación y de su relación con un plano autónomo del contenido. Si bien la interpretación aseguraba la remisión simultánea de las cadenas significativas a un centro de significancia último, esta cuarta semiótica, el régimen postsignificante, se despliega en una sucesión lineal de procesos finitos que tienen su origen en un punto de subjetivación. Deleuze y Guattari exponen las características de este último régimen en relación con los elementos y operaciones en función de los que describían el régimen significante y atendiendo a tres dominios: la oposición del pueblo judío a los imperios, el papel de la idea de infinito en la modernidad inaugurada por el proyecto cartesiano y las elaboraciones sintomatológicas de la psiquiatría de finales del siglo XIX y principios del siglo XX⁴¹⁷.

⁴¹⁶ MP, 12, p. 382.

⁴¹⁷ «Esta historia de dos delirios sin disminución intelectual tiene una gran importancia. Pues no viene a trastocar una psiquiatría preexistente, es consustancial a la constitución de la psiquiatría en el siglo XIX, y explica que desde el principio el psiquiatra ya sea lo que seguirá siendo: nazca acorralado, atrapado entre exigencias humanitarias, policíacas, jurídicas, etc. acusado de no ser un verdadero médico, sospechoso de tomar por locos a los que no lo están y de no ver a los que lo están, él mismo atormentado por dramas de conciencia, la última alma bella hegeliana» MP, p. 125.

Atendiendo al plan que rige este trabajo, procuraremos estructurar la exposición de este cuarto régimen de signos remitiéndonos fundamentalmente a los dos últimos dominios, en especial por lo que toca a las diferentes modulaciones del *cogito* y el problema general del carácter crítico de la sintomatología.

A pesar de su proverbial oposición a las tesis freudianas, la ubicación de la práctica sintomatológica en el ámbito de la clínica es una de las modificaciones del campo de la psiquiatría a finales del siglo XIX atribuida a (o incluso auto-atribuida por⁴¹⁸) Emil Kraepelin, puesto que propone un enfoque novedoso en dicho campo que pretende apartarse del proceder sintomatológico tradicional, fundado en la mera semejanza, para acometer una labor de síntesis paradigmática, constituyendo así *síndromes* que ponen en juego los diferentes agrupamientos de síntomas según relaciones temporales de sucesión y simultaneidad. No obstante, desde el momento en que tales síndromes se proponen como patrones, tipos o estructuras, ocultan en proceso de enunciación del que resultan como productos y, con él, de los supuestos que tal práctica discursiva introduce y que remiten en última instancia a las diferentes formalizaciones de la expresión y los contenidos en determinado campo social⁴¹⁹. Así, la clasificación que propone Kraepelin parte de la disociación de lo que era tomado, en principio, según un concepto unitario, a saber, la psicosis, cuyas diferentes manifestaciones, más allá de la relevancia que suponía su divergencia con respecto a la representación y capacidad de interacción social de la subjetividad normal, no podían aparecer más que como rasgos no pertinentes. Kraepelin, conservando el límite que distingue normalidad de excepción, atiende a tales rasgos y efectúa una división interna al ámbito de la psicosis: por un lado, define el ámbito de las configuraciones maniaco-depresivas (entre las que se incluye no sólo el desorden bipolar, sino también las depresiones profundas y recurrentes), en las que el deterioro del pensamiento era episódico y reversible; por otro, la demencia precoz, de carácter crónico y degenerativo respecto de las funciones normales del pensamiento y que encontraba, a través de la hebefrenia y la demencia paranoide, su culminación en la catatonia. No obstante, y por cuanto la paranoia resultaba ubicada del lado de este último grupo, la propia práctica psiquiátrica se topa con el problema de los delirios sin disminución intelectual, por lo que la paranoia debe ser aislada con respecto a esta dicotomía. De este modo, Paul Sérieux y Joseph Capgras⁴²⁰ se hacen cargo de estas *folies*

418 Cf. Decker, H. S., "How Kraepelian was Kraepelin? How Kraepelian are the neo-Kraepelians? -From Emil Kraepelin to DSM-III", en *History of Psychiatry*, SAGE publications, 2007.

419 «Cuando Kraepelin intentaba fundamentar su concepto de demencia precoz, no lo definía ni mediante causas ni mediante síntomas, sino por un proceso, por una evolución y un estado terminal. Sólo que Kraepelin concebía este estado terminal como una completa y definitiva descomposición que justificaba el internamiento del enfermo a la espera de su muerte» DRF, p. 48.

420 Cf. Sérieux, P. y Capgras, J. *Les folies raisonnantes*, París, Alcan, 1909.

raisonnantes, de estos delirios sin disminución intelectual, distinguiendo entre delirios de interpretación y delirios de reivindicación, definiéndolos respectivamente por fenómenos de irradiación progresiva o de extensión polarizada. Puesto que, de acuerdo con lo expuesto en el párrafo anterior, Deleuze y Guattari se hacen eco de esta distinción a la hora de caracterizar la semiótica significativa como un régimen propiamente paranoico, su relación con una cuarta semiótica -llamada “postsignificante”- toma en consideración la clasificación de Sérieux y Capgras, si bien a partir de los desarrollos que Clérambault (mentor del joven Lacan en la práctica psiquiátrica) introduce al tiempo que desarrolla su concepto de erotomanía. Partiendo de una concepción del delirio como reacción de un intelecto perfectamente razonante a los fenómenos que constituyen por debajo de su conciencia un automatismo mental, Clérambault se hace cargo de la distinción de Sérieux y Capgras agrupando el delirio de reivindicación junto con la erotomanía y el delirio de celos dentro de una clase, la de los delirios pasionales, que se opone a los delirios de interpretación en función de la existencia, no ya de un centro irradiador de significación (cuya ausencia exige la función de la interpretación como modo de gestión de la deuda devenida infinita), sino de un postulado de base, esto es, de un núcleo ideo-afectivo cuya irrupción marca una discontinuidad a partir de la cual los círculos de la significancia son atravesados por una tangente y que por ello tiene respecto al delirio el carácter de un germen o embrión. Este postulado constituye aquello que Clérambault designa como pequeño automatismo mental (para distinguirlo del delirio, el gran automatismo que no necesariamente llega a desarrollarse a partir del primero) y que, lejos de definirse de modo genérico respecto a las diferentes formaciones sintomáticas a las que da lugar, remite su carácter germinal a un ámbito propiamente molecular como fondo común en el que la “germinación” de la patología encuentra sus condiciones⁴²¹. No obstante, puesto que en ningún caso Clérambault consigue deshacerse de la referencia a la constitución psíquica normal y mantiene en todo momento la noción de “trastorno”, sí que propone ciertas características para dar cuenta del automatismo, aunque formuladas predominantemente de forma negativa. En primer lugar, señala que tal automatismo constituye un “texto” (y en este punto podríamos hacernos cargo del sentido conferido a la expresión por Kristeva al que aludíamos más arriba) esencialmente neutro puesto que los contenidos y la cualificación afectiva sólo aparecen en el desarrollo del delirio: es por tanto un texto asombroso, una intrusión del pensamiento en el propio pensamiento que no vincula conflicto quiditativo alguno ni puede remitir a un nivel previo que permitiese evaluar el

421 Deleuze y Guattari desarrollan esta concepción del delirio como un desarrollo situado al nivel de una síntesis de inscripción: «En efecto, el delirio califica al registro que recoge el proceso de producción de las máquinas deseantes; y aunque tenga síntesis y afecciones propias, como podemos verlo en la paranoia e incluso en las formas paranoides de la esquizofrenia, no constituye una esfera autónoma y es secundario con respecto al funcionamiento y a los fallos de las máquinas deseantes» *AE*, p. 29.

tránsito afectivo conforme a una disminución o un aumento de la potencia. De este modo, y como segunda característica destacable, el pensamiento deviene un extranjero para sí mismo, es decir, la unicidad de la conciencia se escinde sin referencia a ninguna forma sensible determinada que pudiese ser considerada su causa o su contenido, en un movimiento puramente abstracto de tránsito en el que ni los puntos en los que se establece ni la corrección o el carácter falaz de las inferencias tienen nada que decir. La posibilidad misma de dar cuenta de un régimen de signos tal se apoya precisamente en una disfunción relativa del mecanismo de redundancia al nivel del régimen signifiante: Clérambault señala cómo el pequeño automatismo consiste en fenómenos sutiles que vienen a perturbar el curso del pensamiento conforme al modelo irradiante y que sólo en la tendencia a la verbalización podrán devenir formaciones delirantes. Tales fenómenos, por cuanto de lo que aquí se está tratando es de procesos en los que no se considera disminución intelectual significativa, aparecen como intrusiones positivas más que como faltas o ausencias, pudiendo ser en su positividad de carácter continuo -sinsentidos, cantinelas verbales, ideorrea- o episódicos, bien sea a nivel puramente intelectual -percepciones de semejanzas y falsos reconocimientos, o bien sentimiento de extrañeza- o puramente afectivo, como imposición de emociones sin objetos.

«No obstante, Clérambault utilizaba el término “automatismo”(mental) tan sólo para designar fenómenos atemáticos de eco, de sonorización, de explosión, de sinsentido, en los que veía el efecto mecánico de infecciones o intoxicaciones. A su vez, explicaba una buena parte del delirio como un efecto del automatismo; en cuanto a la otra parte, personal”, era de naturaleza reactiva y remitía al “carácter”, cuyas manifestaciones, por otra parte, podían preceder al automatismo (por ejemplo, el carácter paranoico). De este modo, Clérambault no veía en el automatismo más que un mecanismo neurológico en el sentido más general de la palabra, y no un proceso de producción económica que ponía en acción máquinas deseantes [...] Clérambault es el Feuerbach de la psiquiatría, en el mismo sentido en que Marx dice: “En la medida en que Feuerbach es materialista, la historia no se encuentra en él, y en la medida en que considera la historia, no es materialista”. Una psiquiatría verdaderamente materialista se define, por el contrario, por una doble operación: introducir el deseo en el mecanismo, introducir la producción en el deseo»⁴²²

A pesar de las limitaciones señaladas en el planteamiento de Clérambault -a saber, la remisión al carácter como constitución perturbada por el proceso patológico, o como predisposición original hacia el mismo, así como la hipotética reductibilidad del automatismo a las condiciones de la estructuración morfofisiológica conforme al modo de estratificación del ámbito biológico que, según lo expuesto en el tercer capítulo de *Mil Mesetas*, constituye el substrato orgánico para el estrato antropomorfo o haloplástico- Deleuze y Guattari encuentran en estas caracterizaciones argumentos suficientes para construir una oposición entre el régimen signifiante-paranoico y el régimen pasional-contrasignifiante por cuanto este último no se define ya atendiendo a las dos dimensiones complementarias características del primero -a saber,

422 *Ibidem*, pp. 29-30.

significancia e interpretación-, sino más bien partiendo del carácter germinal del postulado como punto de subjetivación y describiendo los procesos de escisión y plegamiento entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación. Para “la llamada filosofía moderna o cristiana” -esto es, fundamentalmente para el pensamiento sustancialista y representacional cartesiano-, la idea de infinito aparece como postulado o punto de subjetivación, al que responde el “Yo pienso” al nivel del sujeto de enunciación concebido según una línea de desterritorialización que encarna la duda metódica y apunta al sentimiento como elemento de reterritorialización en el sujeto del enunciado a través de la ordenación de las pasiones como elementos que, sin tener su origen en el pensamiento, resultan susceptibles de ser estratificados conforme a las exigencias del método sobre la base de una garantía que, por estar en todo momento bajo la sombra de la traición, puede siempre recomenzar el proceso en un nuevo segmento. En su caracterización de la erotomanía, Clérambault distingue tres fases -esperanza, despecho y rencor- en virtud de las cuales se establecen segmentos sucesivos que deben ser agotados y relevados unos por otros, constituyendo así una línea pasional que ya no tiene como ejes la remisión del signo al signo y la referencia del significante al significado -como en el caso de régimen despótico-paranoico-, sino más bien la resonancia de la conciencia entendida como plegamiento entre dos sujetos y la pasión como desdoblamiento introducido por el postulado. De este modo, la producción del delirio de erotomanía parte de un postulado (“él o ella me ama”) que se desarrolla al nivel del sujeto de la enunciación como orgullo o esperanza pero que termina en despecho y rencor por cuanto el sujeto del enunciado efectúa una incorporación que pone fin al proceso. Deleuze y Guattari señalan la coincidencia observable entre esta división de los delirios y la distinción de clases sociales: desde el momento en que la enunciación es considerada no ya desde el punto de vista de las significaciones que vehicula en la dimensión de lo dicho, sino atendiendo a lo que en ese decir se efectúa, esto es, a las transformaciones jurídicas de las que depende la determinación de los diferentes sujetos y del propio ámbito de intersubjetividad, resulta imposible eludir la vinculación de las enunciaciones, tanto de las que construyen el delirio como las que construyen la clínica, con respecto a los agenciamientos sociales en los que se insertan. El problema debe pues ubicarse al nivel del proceso en virtud del cual la psiquiatría se constituye como institución, en relación con exigencias de diversa procedencia que condicionan su práctica y el desarrollo de las diferentes concepciones puesto que, por un lado, el delirio expresa el modo en que el deseo inviste todo un campo social - más allá de los límites que impone para la teoría psicoanalítica la representación familiar- y, por otro, la psiquiatría encuentra en las condiciones dinámicas y funcionales de dicho campo social exigencias que determinan variaciones al nivel de la representación que constituyen los diferentes tipos

delirantes tanto como las formas de normalidad.

«¿No nos revela así la psiquiatría esa doble imagen que todos tenemos, parecer locos sin estarlo, estarlo sin parecerlo? (Esa doble constatación también será el punto de partida del psicoanálisis, su manera de enlazar con la psiquiatría: parecemos locos, pero no lo estamos, ved si no el sueño, estamos locos, pero no lo parecemos, ved si no la vida cotidiana). La psiquiatría se veía, pues, obligada unas veces a reclamar la indulgencia y la comprensión, a denunciar la inutilidad del internamiento, a solicitar asilos *open-door*; otras, por el contrario, a reclamar una mayor vigilancia, manicomios especiales de seguridad, tanto más duros cuanto que el loco no lo parecía. ¿Acaso es un azar que la distinción de los dos grandes delirios, de ideas y de acciones, coincida en muchos aspectos con la distinción de clases? [...] Una clase con ideas influentes, irradiantes (forzosamente) frente a una clase reducida a acciones locales, parciales, esporádicas, lineales... Todos los paranoicos no son burgueses, todos los pasionales o monomaniacos no son proletarios. Pero en las mezclas de hecho, Dios y sus psiquiatras son los encargados de reconocer a aquellos que conservan un orden social de clase, incluso delirante, y aquellos que traen el desorden, incluso si está perfectamente localizado, incendio de un molino, asesinato de un familiar, amor o agresividad desclasados»⁴²³

Quizá los aspectos más relevantes del aislamiento de este cuarto régimen de signos apunten ya a la distinción que Deleuze y Guattari presentaban en *El Antiedipo* entre una catexis o investidura preconsciente de interés y una catexis o investidura inconsciente de deseo: en ambos casos resulta la impugnación del carácter puro de cualquier sistema en virtud del cual pretenda ser elucidada de forma exhaustiva la estructura de funcionamiento de determinada formación social y con ella de la escisión entre lo afectivo, lo cognoscitivo y lo activo. El régimen postsignificante incorpora una consideración positiva de la línea de fuga, pero como potencia capaz de efectuar una operación de sujeción y que demanda, por consiguiente la segmentarización del proceso conforme a elementos de carácter constante: si bien se define en función de una operación tal que una entidad sónica se sustrae a la irradiación circular del centro del significancia dando lugar a un proceso lineal, tal operación depende de condiciones concretas de efectuación (históricas, biográficas, literarias, amorosas) en las que una porción de afectividad excede la correspondencia que la incardinaba en el orden del sistema. Tomando en exclusiva este punto de vista, no se podría entender en qué sentido tal movimiento podría distinguirse del que traza una línea de fuga absoluta o de la propia semiótica contrasignificante, de tal modo que resulta imprescindible la consideración de un componente de reterritorialización específico que no deja de marcar su relación con el régimen significante. Quizá sea en este punto donde pueda ser más evidente la relación de la escritura de Kafka con el judaísmo, puesto que si bien el primero desarrolla una concepción de la litigancia y del proceso bajo la forma de la moratoria ilimitada (a pesar de que la absolución aparente reintroduzca la referencia al funcionamiento circular significante), recusa la forma de reterritorialización específica de la historia del pueblo judío y llena la forma de expresión de un humor que impugna una y otra vez cualquier remisión a un origen y toda esperanza de una restauración de la correspondencia que

423 MP, p. 126.

tal origen, siquiera como promesa de Dios a su pueblo, prefigura y alienta. Partiendo de un acontecimiento, la destrucción del Templo⁴²⁴, que opera una desterritorialización tal que da comienzo a la travesía por el desierto, la copertenencia de diáspora y aliyá constituye una forma de reterritorialización que, si bien introduce una nostalgia del significante despótico, lo hace de acuerdo con un proceso de subjetivación que afecta a todo un pueblo y constituye una conciencia y una territorialidad específicas, aún en la dispersión de las lenguas (ladino, yiddish, pero también alemán, ruso, polaco, etc) y en la pluralidad de las poblaciones actuales (Praga, Amsterdam, Nueva York, Buenos Aires, incluso Sufa, Nahal Oz, Karni y Tel-Aviv o Bethlehem).

El carácter mixto del régimen postsignificante, subjetivo o pasional, resulta especialmente patente en la descripción que Deleuze y Guattari introducen de la historia de Edipo en la obra de Sófocles. En *Edipo Rey*, la predominancia corresponde al régimen significativo, puesto que el apartamiento con respecto del presente divino no es más que aparente, el tramposo es desmascarado y todo ello se juega en un espacio propiamente adivinatorio e interpretativo: el ciclo del destino se cumple inexorablemente, la *hybris* es castigada, la justicia divina es restablecida y el presente vuelve a cerrar su círculo. Ahora bien, como señala Hölderlin⁴²⁵, cuando se considera toda la historia -es decir, tomando en cuenta *Edipo en Colono*- el principio y el final “ya no riman” y el personaje de Edipo aparece como producido y produciéndose en un proceso lineal subjetivo que escapa de la circularidad del presente cósmico o divino, y que remite la redundancia significativa a fenómenos segmentarios de resonancia en la conciencia. Así, a partir de la discordancia entre el principio y el final, que constituye, según la concepción de Clerambault, un texto “asombroso” -*a wondering text*-, resulta un proceso de errancia -*a wandering text*- en el que el límite trascendente es sustituido por un pasaje al límite del mismo modo que el tiempo de la modernidad se aleja de la circularidad del presente cósmico para trazar la línea de aión. Las posibilidad de que tal régimen pueda constituir una forma de sujeción más severa aún que la que efectúa el significante despótico resulta más accesible cuando consideramos la diferencia que se introduce al nivel del rol de la interpretación. Entre los criterios conforme a los cuales Deleuze y Guattari establecen la distinción entre ambos regímenes se incluye aquél que concierne al sentido que el libro adquiere en uno y otro régimen. Mientras que en el caso de régimen significativo, lo escrito aparece como emisión del significante despótico y la interpretación fija su significado conforme

424 Destrucción doble y quizá por ello principio de la errancia y testimonio de la irreductibilidad del régimen predominante para el pueblo judío respecto de las formaciones imperiales o bárbaras: primero, bajo el asedio babilónico en el 587 a. C., después, en el 70 d. C. a manos de las tropas romanas con ocasión de terminar con la revuelta de los zelotes.

425 Cf. Hölderlin, *Ensayos*, traducción y notas Martínez Marzoa, F, Madrid, Hiperión, 1997.

a un movimiento de remisión que constituye la redundancia y establece la referencia a un elemento exterior (el rostro o la voz como forma de incorporación), en el caso del régimen pasional la escritura ostenta en sí misma su carácter sagrado y sustituye al rostro de tal modo que la interpretación puede desaparecer en beneficio de una literalidad meramente reproductiva, devenir una interpretación interna que excluye toda relación con cualquier forma o sustancia exterior, o bien, por último, rechazar todo intermediario, y por tanto toda codificación e institucionalización. De cualquier modo, la posición interpretativa reaparece puesto que, por mucho que esta semiótica se defina por la producción de una línea que se sustrae a la circularidad irradiante del significante despótico, su carácter segmentario y su función al nivel de los procesos de subjetivación mantienen de un modo u otro la referencia a un origen, un centro de significancia o una posibilidad de reconocimiento identitario, aunque bajo la paradójica condición de una exigencia de singularidad que, como veremos a propósito de las tesis de Lacan relativas a la demanda de análisis y la función del discurso psicoanalítico, no puede sino relanzar una y otra vez el proceso sin resultar en ningún caso capaz de dar cuenta del mismo sin referencia a un cierto elemento constante (el punto de subjetivación, el postulado del pequeño automatismo mental) que oculta lo que, según Deleuze y Guattari, constituye la genuina naturaleza del delirio y que tanto la psiquiatría como el psicoanálisis falsean al remitir la producción a una disociación, una degeneración o una carencia. Así, Deleuze y Guattari dirigen su atención hacia aquello que en la clínica psiquiátrica se repite como problema y subvierte la constitución de un *corpus* doctrinal homogéneo que pudiese dar cuenta de la psicosis desde el punto de vista de su génesis específica, a saber, la esquizofrenia. Más allá de los dispositivos de la psiquiatría, que efectúan una determinada formalización de la expresión clínica en correspondencia con una forma autónoma de contenido constituida por los diferentes regímenes de espacios y acciones en relación con el hospital como centro de encierro, el interés que reviste la esquizofrenia reside precisamente en su carácter irreductiblemente problemático y procesual, que facilita el acceso a una comprensión del delirio a partir de una concepción materialista e inmanente de los diferentes procesos de estructuración: frente al mecanismo de la paranoia, que remite unos signos a otros conforme a una combinatoria integradora que pone en juego la lógica de los grandes conjuntos, estableciendo así un estatuto analítico para las multiplicidades puestas en juego, la esquizofrenia «construye una máquina funcional con elementos últimos que no tienen nada que ver con su contexto, y que entran en relación entre sí a fuerza de no tener relación alguna: como si la distinción real, la discordancia de las diferentes piezas, se convirtiese en razón para mantenerlas juntas, para que funcionen juntas conforme a lo que los químicos llaman vínculos no localizables»⁴²⁶.

426 DRF, p. 42.

5.4. La esquizofrenia como proceso.

Si el esquizoanálisis -la pragmática, la geofilosofía, la nomadología o ciencia de las multiplicidades- renuncia a toda interpretación, su posición exige considerar en los procesos de subjetivación aquello que en ellos puede escapar a la normalización, tanto a la que efectúa la clínica psiquiátrica, como a aquella que opera la institución psicoanalítica en el marco específico de la sociedad capitalista. Por lo que toca a la primera, la esquizofrenia aparece como instancia problemática en lo que concierne a su delimitación sintomatológica así como en lo relativo a la determinación de sus causas en el plano de la etiología. Desde Kraepelin hasta Bateson, la especificidad de la esquizofrenia escapa a cualquier totalización positiva, deviniendo así una entidad clínica peculiar por cuanto la extensión a la que pudiera resultar aplicable permanece indefinida, al mismo tiempo que el conjunto de los síntomas en virtud del cual devendría un síndrome precisamente determinado se sustrae a toda tentativa de cierre sistemático y de oposición diferencial con respecto a otras configuraciones observables⁴²⁷. Para la psiquiatría, la esquizofrenia como proceso resulta siempre remitida a sus formaciones actuales y a los puntos de detención en virtud de los cuales la clínica efectúa una transformación propiamente jurídica a la que corresponde una determinada localización en el orden corpóreo.

«Cuando Kraepelin intentaba fundamentar su concepto de demencia precoz, no lo definía ni mediante causas ni mediante síntomas, sino por un proceso, por una evolución y un estado terminal. Sólo que Kraepelin concebía este estado terminal como una completa y definitiva descomposición que justificaba el internamiento del enfermo a la espera de su muerte»⁴²⁸

En efecto, una degradación al nivel del estatuto corpóreo de la persona, efectuado en función de actos inmanentes a la enunciación, aparece capturada en un movimiento de descomposición del que la sintomatología psiquiátrica sólo es capaz de dar cuenta en términos negativos, por cuanto se atiene a la organización relativa del plano del contenido concebido como significado en el campo social -lo que, como ya hemos visto, comporta necesariamente una doble operación de abstracción sobre la formalización autónoma del contenido- y determina el internamiento como forma de exclusión totalizable -a saber, una reclusión- que replica en el orden corpóreo una muerte ya efectuada en el orden simbólico en virtud de una enunciación diagnóstica concreta, que previene la huida y la capacidad de hacer huir: esta prevención garantiza la distinción de sujetos y de funciones conforme a un orden institucional y una

⁴²⁷ «estos síntomas aparecen dispersos, difíciles de totalizar o de unificar en una entidad coherente y bien localizada justamente debido a su naturaleza: siempre hay un síndrome discordante que escapa de sí mismo» *Ibidem.* p. 45.

⁴²⁸ *Ibidem.* p. 48.

determinada estratificación de los espacios⁴²⁹. Deleuze encuentra en las formulaciones de Kraepelin -basándose en la distinción entre los fenómenos activos de desagregación de la personalidad (característicos de la hebefrenia pospuberal) y el inmóvil estupor catatónico- la posibilidad de determinar dos polos a partir de los cuales acercarse a una consideración positiva de la esquizofrenia como proceso, aunque el psiquiatra alemán acabe por remitir el proceso a una suerte de momento de detención en el que la forma que constituye la entidad clínica accede a una encarnación plena y efectiva. Ahora bien, en el contexto de la clínica psiquiátrica tal forma no ha podido sino ser descrita negativamente y la catatonía -para Kraepelin- o el autismo -en el caso de Bleuler- se proponen como puntos de detención de todo proceso y razón de la exclusión localizada del paciente, que deviene entonces una producción específica de la institución psiquiátrica en la medida en que ésta compromete un plano del contenido y un plano de la expresión. Por lo que respecta a este último, las entidades clínicas constituidas resultan incapaces de aprehender la especificidad del delirio con independencia de sus efectuaciones actuales, al margen de sus efectos sobre la persona y prescindiendo de la referencia a los modos de estructuración erigidos como condición de normalidad, así como los términos a partir de los cuales se caracteriza el proceso que conduce a dichas entidades ignoran el papel de lo preindividual en los procesos de estructuración y su carácter previo con respecto a toda delimitación de las diferencias entre lo normal y lo patológico. Los dos polos de la esquizofrenia no son, de acuerdo con la determinación que propone Deleuze, proceso y sistema -puesto que esto no haría sino reintroducir, a través de una comprensión netamente hilemórfica de la relación entre el caso y el tipo, un pensamiento de la carencia que remitiría el deseo y los procesos de subjetivación a una concepción meramente abstracta y representativa-, sino que corresponden, más bien, a la doble posición de la máquina abstracta en los agenciamientos -intraestrática e interestrática o metaestrática- que venimos aquí considerando desde el tercer capítulo y que remite en última instancia a la noción de cuerpo sin órganos por cuanto no es algo dado o susceptible de ser planteado como meta a la que ordenar un proceso, sino que es el asunto específico de una producción que se sustrae a las limitaciones representativas de la organización en extensión de acuerdo con un sistema de elementos y relaciones constantes. Antes bien, el cuerpo sin órganos «forma una matriz intensiva» que funciona como grado cero del afecto en todo proceso productivo de estratificación, y puesto que Deleuze considera el afecto en su acepción spionziana, como transición efectivamente vivida y franqueamiento de un umbral, la consideración de la esquizofrenia conforme a dos polos -la catatonía del cuerpo sin órganos y el

429 «Hay algo muy peculiar en los libros de psiquiatría o de psicoanálisis: la dualidad que los atraviesa, entre lo que dice el supuesto enfermo y lo que dice el terapeuta sobre él. Entre el “caso” y el comentario o análisis del caso. *Lógos* contra *páthos*: suponemos que el enfermo dice algo, y el terapeuta dice qué es lo que aquello quiere decir en el orden del síntoma o del sentido» *ID*, p. 282.

funcionamiento anorgánico de las máquinas-órganos que constituyen diferencias de intensidad- permite asimismo la distinción en el delirio de dos tendencias correlativas al carácter más o menos abierto, más o menos cerrado de los agenciamientos y concebir el delirio, tanto por lo que toca a su polo paranoico-reaccionario como en lo que concierne a su polo esquizofrénico-revolucionario desde el punto de vista de la producción. Así, ni la disociación como supresión de las relaciones que constituyen la estructura de la personalidad, ni el autismo como replegamiento en una interioridad clausurada - mucho menos aún la pérdida de realidad que dicho replegamiento conlleva (y que será también el eje a partir del cual Freud articulará el carácter psicótico del delirio)- constituyen categorías capaces de dar cuenta de la esquizofrenia como proceso ni de las condiciones en las que el deseo, por sí mismo, resulta capaz de producir su propia represión. Esta última cuestión es, si no el tema principal, desde luego una de las líneas más relevantes que constituyen el asunto de *El Antiedipo*, haciéndose eco de la capacidad reconocida por Spinoza a la religión en su *Tratado teológico-político* para hacer que los hombres luchan por su servidumbre como si se tratase de su salvación.⁴³⁰ Tampoco la noción de *double bind*, propuesta por Bateson para dar cuenta de la etiología de la esquizofrenia puede resultar suficiente para hacerse cargo de la esquizofrenia como proceso en su especificidad clínica, desde el momento en que Deleuze y Guattari se sirven de ella para considerar desde una perspectiva genética e inmanente los diferentes fenómenos de estratificación y no puede en ningún caso proponerse como exclusiva de la esquizogénesis, ni siquiera cuando es tomada en su sentido más restringido, como emisión simultánea de órdenes contradictorias en determinado contexto

430 «Este poder siempre efectuado, nunca separado de aquello que puede, que extrae de su poder de hecho su derecho, se ha convertido luego en el deseo que siempre está invertido, cargado, que nunca está separado de un objeto deseado o deseable. Spinoza, según Deleuze, hereda de Hobbes esta concepción. Pero hereda asimismo lo que antes hemos llamado el aspecto “fabuloso” de la teoría de Hobbes, es decir, la renuncia a ese derecho natural, a ese poder, ante el temor de un mal mayor o la esperanza de un bien mayor. Esta misma idea presupone la aporía que ya antes visitamos: si la ley social no se presupone, no se la puede derivar del “derecho natural”; de hecho, lo único que de esta manera puede pensarse como ley social (ley social vigente, con “fuerza de ley”) es el resultado de transferir mecánicamente todas las potencias de los hombres lobo al cuerpo glorioso del soberano, que será entonces esa “fuerza mayor” por temor a la cual se renuncia al poder propio. Pero esto no nos saca del estado de naturaleza (pues es propio de él que unas fuerzas sean aniquiladas o reprimidas por otras superiores) ni tampoco resuelve la aporía (sólo hay un *motivo* para renunciar al propio poder cuando ya existe el soberano que nos amenaza con la violencia de una ley si no lo hacemos, pero el problema consiste en que hay que renunciar *antes* de que exista el soberano y *para que* exista, lo que nos devuelve a la objeción lógica acerca del envainar las espadas). La cuestión -en Spinoza, ya no en Hobbes- es que quizá no hay que “salir” del estado de naturaleza para pasar a otro orden, puesto que en la propia naturaleza encontramos bienes, valores, justicias e injusticias “inmanentes”; “No hay bien ni mal en la Naturaleza, no hay oposición moral, pero hay una diferencia ética. Esta diferencia ética se presenta bajo varias formas equivalentes: entre el razonable y el insensato, entre el sabio y el ignorante, entre el hombre libre y el esclavo, entre el fuerte y el débil” (*SPE*, p. 254). Aquí es donde Spinoza se separa de Hobbes [...] Y el cuerpo, en tanto cuerpo sin órganos, es siempre el límite de toda formación social, allí donde toda formación social se detiene, aunque sea para volver a comenzar, allí donde toda formación social experimenta su muerte, como la experimenta la sociedad primitiva al sentir los flujos descodificados escaparse sobre el cuerpo de la tierra, o la sociedad bárbara al sentir cómo el cuerpo del déspota es invadido por todo aquello que pretendía sobrecodificar, como la experimenta el capital al sentir, bajo el título de esquizofrenia, aquello que no es susceptible de ser axiomatizado por su contabilidad abstracta. Extraño subsuelo del derecho natural, más exótico que el estado de naturaleza de Hobbes» Pardo, J.L., *Op.cit.* pp. 266-267.

discursivo, puesto que tales emisiones «pertenecen efectivamente a la cotidianidad trivial de cualquier familia y no nos ayudan a penetrar en el modo de producción de un esquizofrénico»⁴³¹

Por su parte, el psicoanálisis, al menos en la descripción de sus principios y funcionamiento que proponen Deleuze y Guattari, tampoco parece encontrar mayor fortuna en su relación con la esquizofrenia. En primer lugar, desde el punto de vista de la etiología, la noción de *double bind* resulta más bien constitutiva de la instancia tópica del superyó y, de no resultar coextensiva a todas las estructuras clínicas canónicas (a saber, neurosis, psicosis y perversión), aparecería más bien como un mecanismo típicamente neurótico. Ahora bien, para Deleuze y Guattari, el verdadero descubrimiento freudiano es el de la libido abstracta y no tanto el de un inconsciente en sentido general que, de un modo u otro, Deleuze encuentra ya en diversos momentos de la historia de la filosofía, como por ejemplo en el pensamiento de Spinoza -para el que siempre hay un desconocido del cuerpo y un inconsciente del pensamiento en los modos finitos- o de Hume, en el sentido en que Deleuze concibe el objeto del *Tratado de la naturaleza humana* como el proyecto de una psicología de las afecciones del espíritu, orientada a dar cuenta de cómo a partir de lo dado -la imaginación como el conjunto delirante de las imágenes- puede constituirse algo así como una naturaleza humana⁴³². No es, por tanto, en el reconocimiento de la insistencia de aquello que concurriendo necesariamente en la actualización resulta al mismo tiempo irreductible a sus condiciones y refractario a toda totalización representativa donde Deleuze ubica la originalidad del psicoanálisis, sino más bien en su capacidad para concebir una libido desligada capaz de investir o cargar representaciones de muy diversa naturaleza. Ahora bien, desde el momento en que tal movimiento de investidura resulta remitido en la sintomatología a las condiciones de la representación familiar como dispositivo autónomo en el que dicha libido encuentra un modo de organización fundamental, el psicoanálisis no puede sino incurrir en una operación restrictiva que reviste, en efecto, un carácter abstracto, aunque en el sentido criticado tanto a la lingüística de observancia saussuerana como a las concepciones y modos de proceder de la gramática generativa, es decir, aún no lo suficientemente abstracto

431 DRF, p. 47.

432 «Hume se propone hacer una ciencia del hombre. ¿Cuál es su proyecto fundamental? [...] Para Hume se trata de *sustituir una psicología del espíritu por una psicología de las afecciones del espíritu*. La psicología del espíritu es imposible, inconstituible, no pudiendo encontrar en su objeto ni la constancia ni la universalidad necesarias [...] Aquí, el contenido del proyecto de la ciencia del hombre ha encontrado la condición que posibilita un conocimiento en general: es necesario que el espíritu sea afectado. Por sí mismo, en sí mismo, el espíritu no es una naturaleza, no es objeto de ciencia. La cuestión que ha de tratar Hume es la siguiente: *¿Cómo el espíritu deviene una naturaleza humana?* [...] Sin cesar, Hume afirma la identidad del espíritu, la imaginación y la idea. El espíritu no es naturaleza; no tiene naturaleza. Es idéntico a la idea en el espíritu. La idea es lo dado, tal como es dado; es la experiencia. El espíritu es dado. Es una colección de ideas; no es siquiera un sistema. Y la cuestión precedente podría expresarse así: *¿cómo una colección deviene sistema?* La colección de ideas se llama imaginación, en la medida en que ésta designa, no una facultad, sino un conjunto, el conjunto de las cosas [...] que son lo que parecen: colección sin álbum, pieza sin teatro o flujo de percepciones» ES, pp. 11-13.

como para poder ubicar el deseo inmediatamente en el campo social, sin suponer la necesidad de un proceso de desexualización de la libido con respecto a la disposición edípica originaria⁴³³. Es precisamente su dependencia respecto de la representación familiar y la concepción del deseo a la que ello conduce -incapaz de definirlo más que a partir de una potencia meramente representativa y de la ubicación de su origen en una carencia con respecto al objeto- aquello que Deleuze y Guattari impugnan al psicoanálisis, tanto al nivel de las tesis netamente freudianas como al de las elaboraciones de Melanie Klein o el propio Lacan. La esquizofrenia en su positividad no deja, por tanto, de resultar para el psicoanálisis algo completamente ajeno a su campo temático, una vez ha decantado su abordaje de lo problemático hacia la remisión de la estructura psicótica a una falta con respecto al falo, la ley o el Nombre-del-Padre, puesto que a partir de tal remisión la esquizofrenia sólo puede aparecer en lo que tiene de deficitario. Deleuze señala cómo el psicoanálisis mantiene desde el principio una relación ambigua con la psicosis puesto que, si bien sólo aquello que se sustrae a la estructuración y a la reproducción de los mecanismos psíquicos normales constituye la eclosión de un material propiamente psicopatológico que justifica la existencia de la clínica psicoanalítica, esta última arrastra supuestos característicos de las semióticas significante y postsignificante (fundamentalmente por lo que toca a la referencia a un centro de significancia, a un punto de subjetivación, al papel de la interpretación y al funcionamiento de la deuda infinita) que dificultan considerablemente su vía de acceso a la psicosis y condicionan un rodeo por la paranoia que aparta a la esquizofrenia de su especificidad productiva. El propio Freud concibe la distinción entre neurosis y psicosis a partir de la prevalencia o la inoperancia del principio de realidad, y se resiste a aplicar el análisis a psicóticos -con la excepción del caso de Schreber⁴³⁴, que considera únicamente a partir del escrito en el que el propio paciente expone su delirio⁴³⁵ y que concibe siempre como una regresión y según una disfunción al nivel de la función paterna. Lacan, sin embargo, parece prestar una atención mayor a las formaciones psicóticas⁴³⁶, y por cuanto remite su constitución a una operación de “forclusión” al nivel del significante en el registro específico de lo simbólico, los fenómenos delirantes resultan concebidos como un retorno en lo real de aquello que fue rechazado en lo simbólico.⁴³⁷ Ahora bien, el desarrollo de la clínica lacaniana a lo largo de su

433 «¿cómo evaluar la función del psicoanálisis, que fue el primero en abrir estas preguntas y también en clausurarlas promoviendo el mito moderno de la represión familiarista y la castración?» ID, pp. 281-282.

434 Cf. Freud, S., (1911), “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”, en *Op.cit.* Vol. XII.

435 Cf. Schreber, D. P., *Memorias de un enfermo de los nervios*, México, Sexto Piso, 2008.

436 Cf. Lacan J., *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, 2012; Seminario 3: Las psicosis (1955-1956); “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en E2.

437 «aunque se eleven las coordenadas familiares al rango de un poder propiamente simbólico, haciendo del padre una metáfora o del Nombre-del-Padre un significante coextensivo al lenguaje, no parece que ello nos permita salir de un discurso rigidamente familiarista en función del cual el esquizofrénico se define negativamente, debido al

enseñanza va incorporando diferentes construcciones conceptuales que, si bien mantienen en todo momento una cierta referencia a la estructura neurótica y a los regímenes significante y postsignificante, apuntan a ese componente no totalizable que, sustrayéndose al modelo del reconocimiento y a una concepción meramente reproductiva de la repetición, insiste en la enunciación del paciente y es capaz de subvertir la interpretación que liga el deseo a la carencia. Por cuanto exponer en qué sentido es posible, a partir de esta incorporación, reconocer en el pensamiento de Lacan una modificación nada desdeñable al nivel de la concepción general del inconsciente y del lenguaje es el objeto al que dedicaremos los capítulos restantes de este trabajo, nos atendremos de momento a caracterizar el modo en que Deleuze y Guattari consideran que el psicoanálisis constituye un dispositivo de conjura de la potencia productiva de la esquizofrenia como proceso que es específico de la sociedad capitalista, con una función, no ya disciplinaria, como en el caso de la psiquiatría, sino propiamente de control⁴³⁸.

«La esquizofrenia no se nos aparece como la enfermedad de nuestra época debido a los rasgos generales de nuestra forma de vida, sino con respecto a mecanismos muy concretos de naturaleza económica, social y política. Nuestras sociedades ya no funcionan a base de códigos y territorialidades sino que, al contrario, lo hacen sobre el fondo de una descodificación y una desterritorialización masivas. Al revés que el paranoico, cuyo delirio consiste en la restauración de los códigos y en la reinención de las territorialidades, el esquizofrénico no para de acelerar el movimiento de descodificación y desterritorialización de sí mismo (la brecha, el viaje o el proceso esquizofrénico). El esquizofrénico es una suerte de límite de nuestra sociedad, pero un límite siempre conjurado, reprimido, aborrecido. Laing ha planteado correctamente el problema de la esquizofrenia: ¿cómo conseguir que la brecha (*breakthrough*) no se convierta en hundimiento (*breakdown*)? ¿Cómo impedir que el cuerpo sin órganos se cierre sobre sí, que se vuelva imbecil y catatónico, cómo lograr que el estado crítico triunfe sobre su angustia sin conducir a ese estado de embrutecimiento crónico, al estado terminal de hundimiento generalizado que vemos en los hospitales? Hay que decir, desde luego, que las condiciones hospitalarias, tanto como las familiares, son poco satisfactorias a este respecto; y los grandes síntomas del autismo o la pérdida de realidad son a menudo productos de la familiarización o de la hospitalización. ¿Sería posible combinar la potencia de una química de la vivencia y de un análisis esquizológico para conseguir que el proceso esquizofrénico no se convierta en su contrario, es decir, en la producción de un esquizofrénico adaptado al asilo? ¿En qué clase de grupo, en qué tipo de colectividad?»⁴³⁹

supuesto rechazo del significante» *DRF*, p. 47. A pesar de que ésta es la segunda irrupción del término “forclusión” en este trabajo, reservaremos aún su explicación para el sexto capítulo, donde tendremos ocasión de exponer su función al nivel de la clasificación clínica psicoanalítica tal y como es reformulada por Lacan, al menos hasta el final de la década de los cincuenta.

438 Deleuze propone el término “sociedades de control”, inspirándose en Burroughs y en Virilio, para designar lo que «Foucault reconoció como nuestro futuro inmediato» y que viene a suceder a las “sociedades disciplinarias”, que el propio Foucault ubicó en los siglos XVIII, XIX y principios del siglo XX y que constituían un modelo que «fue el sucesor de las sociedades de soberanía, cuyos fines y funciones eran completamente distintos (gravar la producción más que organizarla, decidir la muerte más que administrar la vida)». Mientras que la psiquiatría, por cuanto conlleva una organización de centros de encierro correlativa a una cierta disposición de enunciación clínica, parece pertenecer al modelo disciplinario, el psicoanálisis constituye un agenciamiento específico de las sociedades de control y del régimen capitalista, puesto que funciona en los espacios pretendidamente libres -consulta privada, atención externalizada, acompañamiento terapéutico- que por ser privados no dejan de constituir en todo caso reterritorializaciones respecto de los centros de encierro desterritorializados. En este mismo sentido cabría hablar de que el ingreso en esta formación social afecta también a la práctica psiquiátrica, puesto que en su manifestación actual, predominantemente farmacológica, efectúa una suerte de confinamientos del proceso de pensamiento en espacios sociales estructurados en conformidad con la reproducción de la circulación del capital. A este respecto, como ya apuntaremos, el modo mayor encarnado en el modelo-trabajo es capaz de homogeneizar cualquier manifestación de acción libre, estructurándose en función de dicha circulación incluso aquellos espacios en los que pudiese anidar ese “derecho a la vagancia” que ya resulta reconocible como reivindicación en lo que distingue al régimen significante del régimen presignificante. Cf. “Post-scriptum sobre las sociedades de control” en *PP*.

439 *DRF*, p. 49.

5.5. La formación capitalista y el desplazamiento de la imposibilidad: código, axiomática y control.

La concepción de la sociedad que proponen Deleuze y Guattari puede oponerse tanto al modelo del intercambio como a cualquier forma de contractualismo es precisamente porque en su abordaje de las distintas formaciones sociales introducen la consideración del componente genético sin reducirlo a determinaciones históricas ni remitirlo al modelo de un origen pretérito degenerado o a la representación de un estado de cosas por venir, sino más bien reconociendo su carácter insistente y acontecimental. Esta concepción no puede entonces sino poner el desequilibrio y la heterogeneidad en la base de toda formación social y constituye por ello un enfoque propiamente maquínico que va más allá de la homogeneidad aparente de las series causales, remitiendo en todo momento las interacciones corpóreas al ámbito de sus efectos incorpóreos. De este modo, el propio devenir de las instituciones y de las civilizaciones -así como también la producción de las representaciones de tales devenires- aparece como un proceso de individuación que encuentra su condición real en un ámbito que, lejos de poder ser definido en conformidad con las determinaciones históricas y sociales resultantes, constituye en sí mismo un desfase con respecto a determinada estructuración de lo social: en este sentido, el esquizoanálisis se distingue necesariamente de la historiografía por cuanto esta última no puede sino ignorar la heterogeneidad entre el orden de las causas y el ámbito de los efectos, devolviendo en todo momento la potencia productiva del acontecimiento al modelo de la interacción mecánica y constituyendo una medida de los periodos según una distribución sedentaria. Frente a este abordaje, Deleuze y Guattari proponen un enfoque maquínico -una *nomadología*-, que remite tales distribuciones a la producción específica de un espacio liso y a las conjunciones en principio polívocas establecidas en tal producción (y que no son realmente distintas del espacio liso así constituido, como tampoco éste preexiste a su establecimiento) que sólo después adquieren constancia, rigidez y univocidad relativa en el estriaje de una representación. «Definimos la máquina como todo sistema de interrupción de un flujo»⁴⁴⁰, es decir, como proceso de producción articulado con instancias antiproductivas en las que la variación encuentra regularidad y homogeneidad. Ahora bien, en nada podría distinguirse lo mecánico de lo maquínico si se considerase la producción con independencia de la antiproducción, es decir, si se tomase la relación entre flujo y corte conforme al modelo de una disyunción exclusiva, como una oposición simple que haría del flujo una instancia indiferenciada y exigiría la efectividad de una causa formal trascendente a la hora de dar cuenta de la naturaleza del corte. Deleuze y Guattari construyen su concepto de “máquinas deseantes”

440 *ID*, p. 283.

tomando el par flujo-corte conforme a una disyunción inclusiva, que afirma su distancia y heterogeneidad al mismo tiempo que la necesidad de su presuposición recíproca, impugnando así toda diferencia de naturaleza entre uno y otro. Como ya se expuso en los dos primeros capítulos de este trabajo, Deleuze encuentra en el carácter paradójico de la regresión un límite inmanente del pensamiento que conjura toda referencia a una limitación trascendente en términos de condiciones de la experiencia posible para acceder a un empirismo trascendental en el que lo dado jamás es origen o fundamento, pero tampoco representante, caso u ocasión de una forma sustancial absolutamente autónoma: antes bien, lo dado es ya siempre diferencia intensiva o de potencial, acoplamiento según un modo menor -es, por tanto, un cierto grado de tensión- y, en última instancia, encuentro o contingencia antes que convención o realización de una constitución lógicamente anterior. Jamás hay, por consiguiente, algo así como un puro flujo, sino siempre complejo corte-flujo, de tal modo que el corte aparece como condición para el darse del flujo del mismo modo que el flujo en su diferenciación constituye el corte mismo. Deleuze y Guattari reconocen que el empleo del término “flujo” para designar el proceso responde a la necesidad de disponer de una «noción cualquiera, sin cualificar»⁴⁴¹, precisamente por cuanto lo que el “verdadero descubrimiento freudiano” ponía de manifiesto es la exigencia de consideración del deseo con independencia de toda referencia al objeto concebido según el modelo de lo real-corpóreo, es decir, con independencia de las condiciones concretas de investidura o del carácter puramente fenomenológico de la afección, puesto que en tal enfoque no podía sino errarse el carácter eminentemente transicional del afecto que insiste en el acontecimiento incorporado. De este modo, el psicoanálisis introduce necesariamente una perspectiva económica que, más allá de toda consideración tópica o dinámica, remite a condiciones energéticas que permiten acceder a una concepción no representativa de la producción deseante. La distinción entre libido objetal y energía libidinal libre o desligada da cuenta de esta naturaleza fundamentalmente desterritorializada y descodificada del proceso en el que aparecen territorios y codificaciones como incorporaciones efectivas incapaces de agotar la variabilidad inactual de la libido⁴⁴². Más allá de toda propiedad de su objeto, de la cualificación determinada de su fuente, de cualquier consideración relativa al grado de consecución de sus fines y de la conveniencia o inconveniencia de los mismos, la libido freudiana se revela como actividad subjetiva indeterminada respecto de la cual cualquier interpretación del deseo en términos de falta por consideración de los diferentes grados de desarrollo de dicha actividad en relación con formas o tipos de carácter constante resulta en principio extraña y contingente, no

441 *ID*, p. 282.

442 «Y quizá el carácter fundamentalmente inconsciente del deseo no podía ser descubierto más que a condición de relacionarlo con una actividad subjetiva en general, un producir en general al cual Freud le dará un nombre, para señalar la originalidad de su descubrimiento: libido» Deleuze, curso en Vincennes, 18/4/1972.

pudiendo en ningún caso entenderse la diversidad de estructuraciones de acuerdo con las que el deseo resulta manifestado a partir de un proceso de especificación regido por disyunciones exclusivas o excluyentes. Sin embargo, Deleuze considera que este descubrimiento es rápidamente eclipsado por una operación de reterritorialización efectuada por el propio discurso psicoanalítico, puesto que a una desterritorialización del deseo con respecto a toda representación objetiva corresponde una reterritorialización complementaria en un sistema de representación subjetiva cuyas coordenadas fundamentales se proponen como constantes y establecen una “realienación en acto” del deseo en el contexto restringido y privado de la triangulación edípica. Del mismo modo, Deleuze y Guattari coinciden con Marx a la hora de señalar que la aparición de la economía política como disciplina teórica depende del descubrimiento de algo así como una actividad productiva en general, con independencia de su remisión a forma de objetividad determinada alguna, ya sea ésta la riqueza o esterilidad de la tierra, en el caso de las formaciones sociales primitivas, ya la prodigalidad o avaricia del Estado, en el caso de las formaciones despóticas: tal actividad productiva en general aparece como constitutiva de valor desde el momento en que se hace abstracción de cualquier forma de codificación capaz de remitirla a un elemento objetivo no productivo. No obstante, al igual que se señalaba en relación con el descubrimiento freudiano, la potencia del hallazgo de este trabajo desterritorializado es atenuada en su dimensión crítica desde el momento en que se efectúa una reterritorialización complementaria en las condiciones de la propiedad privada que constituye también un sistema de representación subjetiva capaz de proporcionar una consistencia relativa al flujo productivo, sin necesidad de incurrir en una codificación en virtud de la cual pudiesen ser señalada prioridad o privilegio alguno de un elemento objetivo sobre otro.

Si bien el aparato conceptual freudiano -y, en opinión de Deleuze y Guattari, también la mayor parte de las construcciones lacanianas- resultaba impotente para dar cuenta de semejante estatuto al nivel del deseo, también al nivel de la economía política la concepción marxista debía completarse con una comprensión específica del régimen de los flujos económicos en la formación capitalista que fuese capaz de dar cuenta de cómo lo libidinal inviste inmediatamente todo el campo social⁴⁴³. Así, Deleuze y Guattari encuentran en la obra de Keynes⁴⁴⁴, no ya sólo

443 Deleuze y Guattari señala que tanto el marxismo como el psicoanálisis recogen o pretenden remontarse hacia una cierta memoria (la dialéctica de la historia universal o la etiología de la sexualidad infantil y el trauma) al mismo tiempo que formulan exigencias concernientes al desarrollo, lo que supone en última instancia el postulado de una estructura -bien sea social, bien sea psíquica- estable. Por el contrario, Deleuze y Guattari hacen valer la necesidad de afirmar una potencia positiva de olvido y una práctica de experimentación que, desde el punto de vista de la hipótesis de una forma trascendente conforme a la cual sustancias y compuestos devienen evaluables, no pueden aparecer sino como procesos y constituciones marcadas por un cierto subdesarrollo. Cf. *DRF*, pp. 92-93.

444 Cf. Keynes, J. M., *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan Cambridge University Press, 1936. Deleuze y Guattari también consideran el texto, mucho más tardío, de Daniel Antier (Cf. Antier, D., *L'étude des flux et des stocks*, París, SEDES, 1957).

los conceptos económicos de *flow* y *stock*, sino también la vinculación entre el deseo y las prácticas bancarias y financieras: los mercados, como las personas, atraviesan umbrales, efectúan anticipaciones, retardos, aceleraciones y deceleraciones, depresiones e incluso derrumbes que apuntan ya a la idea, central en el argumento que se dispone en *El Antiedipo* y que prosigue en *Mil Mesetas*, de que cualquier pretensión de considerar según una diferencia de naturaleza la división entre economía política y economía libidinal incurre necesariamente en una operación de abstracción que no hace sino capturar el deseo en dispositivos específicos de sujeción que lo apartan de toda potencia productiva real. La persona, por cuanto aparece como una entidad definida en función de semejante operación, aparece para la perspectiva maquínica y nomadológica de Deleuze y Guattari como un corte, al mismo tiempo punto de partida o emisión que punto de llegada o intercepción, en relación con flujos que exceden su constitución y que aparecen por su cuenta diversamente codificados o cualificados de acuerdo con el carácter mixto de los regímenes de signos concurrentes en el campo social. Puesto que la intercepción no puede ser, en ningún caso, indiferente, resulta necesario dar cuenta de los diferentes modos en los que los flujos resultan canalizados, interrumpidos y cualificados, y si bien lo expuesto hasta aquí responde parcialmente a esta exigencia, aún resta la cuestión de exponer de qué modo Deleuze y Guattari conciben el funcionamiento de la formación social capitalista poniendo de manifiesto qué semióticas concurren, cuál es la posición de la máquina abstracta específica que las articula y en qué sentido el reproche dirigido al psicoanálisis es solidario de una denuncia de su papel como dispositivo de normalización subjetiva en tales condiciones.

La aparición del capitalismo como formación social, de acuerdo con la perspectiva deleuzeana, no puede ser remitida ni a una lógica emancipatoria de carácter progresivo dentro del relato tecnocrático e individualista de un liberalismo acrítico, pero tampoco a una serie de superaciones dialécticas conforme a cuya ley resultarían inteligibles los grandes avatares históricos de la civilización: antes bien, su irrupción como formación social mayoritaria deberá hacerse depender de un encuentro y de una determinada disposición de lo colectivo en función de la cual se establece un modo de trato con lo preindividual y se ponen en juego determinados procesos de sujeción en virtud de los cuales tienen lugar las intercepciones e intersecciones de flujos que constituyen las diferentes personas e instituciones. Este encuentro no debe tampoco ser entendido como conjugación novedosa de dos elementos previamente constituidos y susceptibles de ser remitidos a las condiciones definitorias y relacionales de un sistema más vasto, sino que tales elementos han de ser tomados en su dimensión propiamente procesual y en relación con movimientos concretos de descodificación y desterritorialización. Así, la

conurrencia de, por un lado, un flujo de capital correlativo a una descodificación esencial del dinero como medio de intercambio, y, por otro, un flujo de trabajo descualificado y desterritorializado, tiene como resultado una conjunción que deberá resultar necesariamente paradójica desde el momento en que se consideran las condiciones maquínicas características de otras formaciones sociales. En efecto, si flujo y corte no resultan ser diferentes de acuerdo con su naturaleza, sino que expresan su presuposición recíproca en el seno de lo maquínico (presuposición que nunca puede ser totalmente correspondiente), la codificación social de los flujos deberá asimismo concebirse como inmanente a las distintas formaciones sociales, como hemos explicado ya en el capítulo tercero de este mismo trabajo. Ahora bien, mientras que respecto a las formaciones sociales primitiva y estatal el código establecía reterritorializaciones compensatorias con respecto a los movimientos de desterritorialización que le eran inherentes, la excepcionalidad del capitalismo como formación social reside en que, mientras que por un lado se erige sobre flujos descodificados y desterritorializados en cuanto tales (es decir, que en ningún caso el código social efectúa una extracción sobre los flujos tal que éstos resulten codificados o sobrecodificados) y supone una suerte de descodificación generalizada, por otro lado exige el emplazamiento de un mecanismo de conjugación en virtud del cual tales flujos resultan paradójicamente conjurados, garantizando así tanto su recurrencia como cierta consistencia específica como formación social. Del mismo modo que el régimen postsignificante conjugaba una nostalgia del significante con la producción de una línea que escapaba a la centralidad redundante de éste -y el delirio aparecía así construido de tal modo que el fondo esquizofrénico actuaba a un tiempo como condición de su existencia y límite del proceso que en él encarnaba sus diferentes etapas o segmentos-, la formación capitalista exige que las reterritorializaciones se efectúen en un sistema de representación subjetiva, y no ya en una representación objetiva a la que remitir la producción. Deleuze y Guattari no dejan de señalar que entre el capitalismo y la esquizofrenia como proceso hay identidad de naturaleza y diferencia de régimen, puesto que si bien el primero se instala como formación social sobre la descodificación de los flujos, aún es necesaria una conjugación de los mismos que constituya su acto de existencia en virtud de un movimiento que conjura a la segunda como límite externo. De este modo, los flujos descodificados entran en una relación determinable sin necesidad de remitir a la unicidad sistemática de un código y, por cuanto ya expusimos qué función atribuían Deleuze y Guattari al número en la semiótica contrasignificante, será necesario dar cuenta del modo específico en el que la sociedad capitalista se sirve de lo numérico. Al nivel del flujo de dinero desterritorializado, los mecanismos capitalistas establecen una convertibilidad ficticia entre los medios de pago y las estructuras de financiación, de tal modo que al carácter ilimitado y variable

de las últimas hacen corresponder equivalencias y correspondencias siempre provisionales al nivel de los primeros. Por lo que toca al flujo de trabajo abstracto, el trabajador desterritorializado encuentra en el salario una medida de su fuerza de trabajo que sólo aparentemente depende de la productividad, puesto que en todo momento su intercambiabilidad depende de relaciones diferenciales entre flujos al nivel del capital financiero. De este modo, la formación capitalista aparece necesariamente como un sistema de inmanencia en el que ningún código que implique una referencia trascendente resulta efectivamente estructurante del campo social: más bien, aquello de lo que depende la constitución y circulación de formas y sustancias dependerá de relaciones diferenciales cuyo establecimiento Deleuze y Guattari hacen depender propiamente de una *axiomática contable*. Como ya fue expuesto más arriba, la acción propia de una línea no segmentaria conforme al régimen contrasignificante introducía una función del número que efectuaba distribuciones nomádicas en un espacio liso, por lo que a este carácter numerante, considerado por sí mismo, no podrá propiamente corresponder forma alguna de estratificación del campo social. La contabilidad y con ella la posibilidad del intercambio como actividad de sustitución y equivalencia relativa entre entidades del contenido y de la expresión exige que, a partir de la confluencia de flujos desterritorializados y descodificados, algo así como un sistema formal efectúe operaciones de inscripción y conjugación. Ahora bien, mientras que en las formaciones sociales primitivas tal inscripción y conjugación tenían lugar en función de códigos polívocos y territoriales, conforme al régimen de una semiótica presignificante que conjuraba al mismo tiempo el establecimiento de un centro de significancia único trascendente y la descodificación generalizada de todos los flujos, la sociedad capitalista se constituye precisamente en virtud de cierto mecanismo capaz de bregar con estos flujos en tanto que descodificados. A diferencia de la formación estatal, que efectúa una desterritorialización y una sobredecodificación de todos los flujos, estableciendo una forma de interioridad excluyente que se apropia de todos los códigos preexistentes, los sobredetermina y se sirve de ellos en virtud de la referencia a una significancia última que determina las condiciones de expansión, diversificación y convergencia de los elementos y relaciones del código, la formación capitalista, en orden a garantizar su consistencia como formación social, deberá ser capaz de constituir límites propiamente interiores que repelan la descodificación y la desterritorialización absolutas, sin que por ello las operaciones de corte establezcan una constancia que apunte a forma alguna de estabilidad, siquiera por venir: mientras que el capitalismo encuentra en la esquizofrenia su límite exterior, el único modo en que es capaz de conjurarlo sin caer en la remisión efectiva a un centro último de constancia significativa dependerá de la diferencia entre los códigos de las otras formaciones sociales y la axiomática específica que conjuga los flujos descodificados y

establece reterritorializaciones compensatorias sin posibilidad de saturación. Ahora bien, dicha axiomática, al igual que ocurría con los movimientos de desterritorialización y reterritorialización, no debe en ningún caso comprenderse como una operación distinta de la descodificación, y su carácter matemático -que se hace evidente en el tránsito de una teoría ingenua de los conjuntos a una teoría propiamente axiomática, como es el caso de los axiomas de Zermelo-Fraenkel⁴⁴⁵- resulta meramente secundario en relación con su carácter propiamente social, puesto que su función no es otra que la de proporcionar una consistencia relativa a partir de la cual se establecen ciertas condiciones de posibilidad sin perjuicio de que tales condiciones puedan ser sucesivamente modificadas en el transcurso del proceso, garantizando así la operación de corte y previniendo la caída en lo indiferenciado.

Toda axiomática aparece como un medio de devolver a la ciencia, a la conciencia y al saber la apariencia de consistencia que la desterritorialización de los flujos deshace, estableciendo reterritorializaciones que operan como simil-códigos conjurando la desterritorialización absoluta. El que tales reterritorializaciones tengan lugar conforme a segmentos sucesivos -y no de acuerdo con un doble movimiento de irradiación hacia la periferia y remisión a un centro de significancia- es lo que marca la diferencia entre una sobrecodificación significativa del campo social y el funcionamiento de una axiomática, si bien en ambos casos la descodificación y la determinación de las diferentes territorialidades no son sino una y la misma operación que comporta una restricción de la variabilidad del flujo. Sin embargo, las relaciones que se establecen entre flujos de acuerdo con la instauración de un código sólo pueden ser indirectas, es decir, suponen una calificación o cualificación del flujo en virtud de la cual se establecen las diferentes relaciones, mientras que la compensación que la axiomática constituye con respecto a la desterritorialización y descodificación de los flujos implica la sustitución de un límite exterior del proceso como forma de constancia y significación última por un conjunto de relaciones formales internas. Así, los flujos en una axiomática carecen de cualquier cualidad con independencia de sus relaciones -es evidente que la función del capital filiativo en la formación social capitalista depende de un flujo de trabajo abstracto que sólo

445 La propuesta de axiomatizar la teoría de conjuntos y poner coto así a las dificultades derivadas de los trabajos de Cantor (principalmente por lo que toca a la paradoja de Russell), iniciada por Ernst Zermelo y consolidada en 1922 por Frenkel y Stolkem, será rebatida en 1931 por los teoremas de incompletud de Gödel, haciendo resurgir una vez más la imposibilidad de un metalenguaje en virtud del cual tanto la lógica como la matemática pudiesen llegar a encontrar un fundamento estable. No obstante el sistema ZFC, es decir, los diez axiomas propuestos por Frenkel y Stolkem más el axioma de elección (imprescindible para fundar la numerabilidad de los conjuntos), resultan admisibles desde el punto de vista del uso en diferentes áreas de la matemática y la lógica, ocultando una vez más -según la expresión de Marx en su *Crítica de la economía política*- tras el “sabor del trigo” el secreto de su producción. A este respecto, nos remitimos a Tournakis, G., *Lectures in Logic and Set Theory*, Vol. 2, Cambridge University Press, 2003, y Heijenoort, J., *From Frege to Gödel: A Source Book in Mathematical Logic*, Harvard University Press, 1967.

aparece como tal precisamente por cuanto entra en relaciones determinables con respecto al capital- y la imposibilidad, definida como contrapartida de la constitución de un medio de interioridad por la acción del código, es siempre desplazada y diferida: la axiomática recupera o reterritorializa así en su propia finitud provisional la infinitud del proceso. En este sentido, las relaciones diferenciales basadas en diferencias de potencial encuentran un límite inmanente (del mismo modo que Weierstrass⁴⁴⁶ consigue reducir la potencia del cálculo diferencial leibniziano a un sistema de elecciones desde el punto de vista de una interpretación ordinal), consiguiéndose así la construcción de una apariencia de intercambio para la circulación de la deuda infinita. A diferencia de las otras formaciones sociales, el capitalismo se constituye sobre una instancia directamente económica y productiva, el capital, una materia fundamentalmente infinita en su virtualidad procesual que, no obstante, requiere de una axiomática como sistema de reglas finitas que permite cierta estructuración en virtud del establecimiento y la reproducción de límites inmanentes a una escala, sin embargo, siempre ampliada: el número de combinaciones posibles deviene así infinito al mismo tiempo que se garantiza la numerabilidad de las entidades constituidas en el proceso. Este desplazamiento de la imposibilidad exige pues que la axiomática sea capaz de producir y reproducir formas de inscripción y conjugación que ya no dependan de instancias directamente antiproductivas -el cuerpo de la tierra para las sociedades primitivas, el cuerpo del déspota para las sociedades bárbaras o despóticas-, sino del capital como proceso virtual e infinito, de manera que el sistema de prohibiciones resulta siempre susceptible de reformulación y las instituciones conforme a las cuales se conjuga la reproducción humana y la reproducción social acusan una modificación esencial. Una de las nociones que Deleuze y Guattari toman de Levi-Strauss en *El Antiedipo* es la catexis colectiva de órganos en las sociedades primitivas⁴⁴⁷: a partir de las modificaciones que tal noción atraviesa en las distintas formaciones sociales conforme a los diferentes regímenes de signos puestos en juego podrá ser elucidada la función que adquiere el familiarismo psicoanalítico en el capitalismo y en qué sentido la crítica formulada por Deleuze y Guattari señala como el psicoanálisis compromete una cierta concepción del signo y del lenguaje que garantiza la efectución de

446 El teorema de Weierstrass establece la continuidad de las relaciones diferenciales en un intervalo cerrado tal que los límites de la función (esto es, sus valores máximo y mínimo) pertenecen al intervalo acotado como dominio, y representa uno de los artefactos en virtud de los cuales la potencia relativa al infinito liberada por la invención del cálculo resulta domesticada y remitida a las condiciones de estratificación de un espacio dimensional.

447 «No tenemos razón cuando aceptamos el postulado subyacente a las concepciones sobre la sociedad basadas en el intercambio; [...] La sociedad es un socius de inscripción donde lo esencial radica en marcar o ser marcado. Sólo hay circulación si la inscripción lo exige o lo permite. El procedimiento de la máquina social primitiva, en este sentido, es la catexis colectiva de órganos; pues la codificación de los flujos sólo se realiza en la medida en que los propios órganos capaces respectivamente de producirlos y de cortarlos se encuentran cercados, instituidos a título de objetos parciales, distribuidos y enganchados al socius [...] Algunas prohibiciones (no ver, no hablar) son aplicadas a los que, en tal estado u ocasión, no poseen el goce de un órgano cargado colectivamente. Las mitologías cantan los órganos-objetos parciales y su relación con el cuerpo lleno que los rechaza o los atrae» *AE*, p. 148.

reterritorializaciones al nivel del deseo que se conjugan con el funcionamiento del capital. La catexis colectiva de órganos constituye, por sí misma, una máquina que conjuga conforme a un sistema de flujo y corte el proceso de filiación con la institución de alianza de tal modo que en ningún caso uno de los costados puede considerarse como deducido a partir del otro, sino que se encuentran en un estado de presuposición recíproca sin correspondencia en el que se vinculan reproducción humana y reproducción social. La familia aparece así como un dispositivo de conjugación que, en el caso de una formación social estructurada conforme a códigos polívocos y bloques finitos de deuda, establece directamente la carga afectiva del campo social extrafamiliar. Ahora bien, en el caso de las formaciones despóticas, tales bloques finitos son remitidos a un régimen en el que la deuda deviene infinita en virtud del establecimiento de un centro de significancia trascendente que opera una sobrecodificación de los antiguos códigos y efectúa así la condición de una nueva alianza de acuerdo con la que la filiación pasa a ser única y a establecerse directamente con el déspota. En el régimen capitalista tiene lugar una desterritorialización de la máquina familiarista, que se pone al servicio de una axiomática de los flujos descodificados, formando un subconjunto que en absoluto será capaz de proporcionar una forma para la reproducción social, sino más bien al contrario, puesto que será la propia reproducción social del capital y de las instancias en virtud de las cuales éste accede a una forma de correspondencia y establece relaciones de intercambio el que impondrá a la institución familiar una forma específica⁴⁴⁸, forma que tenderá progresivamente a un estrechamiento correlativo a la operación en virtud de la cual el deseo es encerrado en el ámbito de lo privado y las determinaciones sociales resultan en cierto sentido naturalizadas u objetivadas: este movimiento de restricción conjura cualquier forma de investidura o catexis directa del campo social por la mediación de instituciones específicas que efectúan la operación axiomática al servicio de una reproducción social que ha devenido autónoma. Conforme a lo ya expuesto a propósito de los fenómenos de estratificación, unos estratos funcionan como substratos para nuevas estructuraciones y constituyen sus materiales, de tal modo que es posible apreciar cómo, de una formación social a otra, los códigos precedentes no son directamente abolidos, pero tampoco superados conforme a un movimiento dialéctico que apuntase a una reconciliación última, sino que más bien son arrancados de su función en un movimiento de descodificación y desterritorialización, y sobrecodificados o sometidos a las condiciones de una axiomática que constituye un nuevo territorio por cuanto efectúa una transformación al nivel específicamente

448 «sucede como si el acto económico fundamental del capitalismo fuera poner la reproducción humana y su forma -la familia en el sentido más amplio de la palabra- por fuera del campo social. La reproducción humana continúa teniendo una forma -la forma de la familia en el régimen capitalista- pero por sí misma, en tanto que reproducción humana, no es más que el material al cual se aplica la reproducción del capital, que tiene su propia forma». Deleuze, Curso Vincennes, 18/4/1972.

incorporal o semiótico del proceso específico de estructuración en el que se incluyen.

Que el psicoanálisis mismo constituya una máquina axiomática capaz de regular el plegamiento de la libido a las exigencias de esta nueva estructuración en virtud de la cual se constituye el campo social específico del régimen capitalista depende de cómo las coordenadas edípicas son capaces de efectuar una reducción del deseo al ámbito de lo privado correlativa a la reterritorialización del capital en la propiedad privada. En ambos casos, debemos entender que “propiedad” no designa en exclusiva la posesión, o más bien, que si lo hace es sólo por cuanto designa aquello que es capaz de comparecer en una representación, esto es, conforme a un estatuto corpóreo, susceptible de ser expresado en términos de totalidad cerrada y conforme a relaciones localizadas de exclusión e inclusión: desde ese momento el deseo no puede sino aparecer asimismo conforme a una concepción representativa que hace de su objeto, y de la falta con respecto a él que lo constituye, criterio de evaluación trascendente del proceso, que por su parte queda relegado a una mera actividad reproductiva de la circulación de la deuda infinita. Uno de los ejes principales de la crítica que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis lo constituye su impugnación de la noción freudiana de “sublimación”⁴⁴⁹, única forma en que la libido aparece como capaz de investir el campo social y que compromete un proceso de desexualización de las determinaciones familiares de acuerdo con las cuales el deseo encuentra su condición de existencia y estructuración. Desde la perspectiva que sostienen Deleuze y Guattari, las determinaciones familiares no constituyen en absoluto un sistema privilegiado de determinación objetiva del deseo, sino que intervienen como un agente más dentro del campo social en el que se efectúan tanto catexis preconscious de clase o interés como catexis inconscientes, asimismo coextensivas a lo histórico-político. El mecanismo de la sublimación establece una suerte de proporcionalidad inversa entre lo sexual y lo social que aboca en una concepción de la libido tal que su posibilidad de acceso al segundo ámbito pasa por una desexualización de lo que el psicoanálisis parece concebir como la tierra natal del deseo, de tal modo que cualquier resexualización de lo social es concebida como una regresión y, por consiguiente, relegada al dominio de las formaciones patológicas. Por el contrario, Deleuze y Guattari sostienen que, si bien el ámbito de la conciencia está poblado y estructurado por catexis preconscious (es decir, eventualmente explicitables) de interés o de clase, esto sólo resulta

449 Aunque su funcionamiento nunca resulte explicado de forma pormenorizada, es frecuente en los textos de Freud el empleo de este término para referirse al modo en virtud del cual la libido es capaz de cargar actividades y representaciones que no tienen en principio nada que ver con la sexualidad, una vez ésta ha sido reducida a una concepción privada a través de las coordenadas familiaristas: así es entendida genéricamente, desde 1910 (Cf. *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, en *Op.cit.*, Vol. XI), hasta que en 1923, en *El Yo y el Ello*, Freud detalla cómo la catexis propiamente sexual -es decir, en sentido restringido- acusa una desexualización en virtud de su repliegue sobre el yo y un posterior despliegue sobre las determinaciones sociales no familiares (Cf. *El Yo y el Ello*, en *Op.cit.* Vol. XIX).

posible por cuanto las auténticas investiduras afectivas del campo social tienen lugar como catexis inconscientes de deseo, entendido éste en su sentido propiamente productivo e infraestructural.⁴⁵⁰ De este modo, la investidura libidinal de determinaciones sociales no tiene lugar a pesar de la familia o sobre la base estructurada que las determinaciones familiares han constituido, sino que más bien inviste cortes que pertenecen plenamente al ámbito de lo social, al modo específico en que dicho ámbito se constituye por la articulación de contenido y expresión conforme a la concurrencia de diferentes semióticas y al predominio relativo de una de ellas a nivel de la producción. Ahora bien, es imprescindible reparar en que dichos cortes en absoluto constituyen un sistema cerrado, del mismo modo en que el campo social no puede ser concebido más que como un conjunto abierto y remitido en consecuencia a la condición de heterogeneidad, variación y virtualidad del proceso aunque, por cuanto constituye siempre una determinada maquinación (a saber, un complejo de flujo y corte) no corresponde propiamente para caracterizarlo la noción genérica de “infinito” sino más bien, siguiendo en este punto la terminología de Cantor, la noción de lo *transfinito*⁴⁵¹, que expresa la relación entre la condición inclausurable de lo puramente procesual y las exigencias de numerabilidad de aquello que, por cuanto resulta susceptible de ser determinado, comparece de acuerdo con la concepción matemática de la definición en virtud de la cual es posible el engendramiento de una multiplicidad cuantitativamente indefinida de entidades que satisfacen la condición del conjunto. Mientras que para el psicoanálisis la demanda de análisis de un niño o de una mujer se relaciona inmediatamente con su posicionamiento en torno a la cuestión del falo, para Deleuze y Guattari la demanda tiene que ver con su pertenencia a una minoría, es decir, con una condición de existencia determinada en un régimen tal que hace que su padecimiento incorpore la identidad inmediata de lo libidinal y lo político-social, puesto que es la situación de dependencia -económica en última instancia- aquello que compromete y somete su capacidad de reconocimiento -y por tanto de incorporación y desincorporación afectiva- del campo social. Más allá de la represión ejercida en función del falo y la castración en un plano puramente representativo, el carácter inmediatamente libidinal de las determinaciones sociales remite a formaciones de potencia que constituyen incompatibilidades pre-lógicas ante las cuales las

coordinadas edípicas efectúan una reducción del deseo sobre el complejo familiar,
450 «Klossowski, en sus obras recientes, nos indica el único medio para superar el paralelismo estéril en el que nos debatimos entre Freud y Marx: descubriendo la manera cómo la producción social y las relaciones de producción son una institución del deseo y cómo los afectos o las pulsiones forman parte de la propia infraestructura. Pues *forman parte de ella están allí presentes en todos los modos*, creando en las formas económicas su propia represión así como los medios para romper con esta represión» *AE*, p. 69.

451 Se encontrará un tratamiento más exhaustivo de la noción cantoriana de lo transfinito cuando, en el séptimo capítulo de este mismo trabajo, nos acerquemos a la recepción que Lacan hace de la teoría de conjuntos y su consideración de la numerabilidad en el contexto del establecimiento de relaciones biunívocas, aunque podemos anticipar que, en la teoría de Cantor, la invención de esta noción responde a la necesidad de dar cuenta del estatuto de aquellos ordinales que exceden cualquier cardinalidad expresable a través de los número naturales.

reconduciendo la catexis o incorporación desde un conjunto transfinito de partida (el campo social efectivamente cargado) hasta un conjunto finito en el que el deseo es separado de toda potencia de intervención y producción: Deleuze expone en una de sus clases de 1971⁴⁵² cómo esta operación de reducción atraviesa diferentes etapas o estadios, y lejos de atenerse a una consideración netamente freudiana de las coordenadas edípicas, se hace cargo de la formulación lacaniana del complejo de Edipo en virtud de la consideración del falo como cuarto elemento, que siempre falta a su lugar y circula entre las tres posiciones fundamentales. Así, tomando como punto de partida el establecimiento de las posiciones del padre, la madre y el niño en virtud de dicha circulación, se hace posible un repliegue del campo social sobre la representación familiar, del mismo modo que la circulación del capital conforme a relaciones diferenciales aparece representada en la forma monetaria de los medios de pago. Queda oculto así el carácter económico-social de las determinaciones en virtud de las cuales aparece la demanda de análisis o meramente la formación patológica, puesto que los elementos del triángulo familiar sólo resultan definidos por relaciones diferenciales que, sin embargo, se representan en términos de objeto, carencia y posesión en un sistema de representación subjetiva. Este movimiento de repliegue de la libido sobre las posiciones así definidas encuentra el estadio del narcisismo en el que objeto, carencia y posesión aparecen como referidos a un “yo” que no preexiste en ningún caso a la operación edípica por lo que ésta comporta de reducción, y que constituye la mediación imprescindible, según las tesis freudianas, para cargar libidinalmente las determinaciones sociales extrafamiliares. Lo que Deleuze encuentra al final de esta serie es la transformación del deseo en deseo de abolición, es decir, en interrupción del proceso sobre un orden lineal y segmentario conforme al cual se constituye lo que en *Mil Mesetas* aparecerá designado como “régimen postsignificante” o “régimen pasional”, de manera que el psicoanálisis incurre en la misma incompetencia que la psiquiatría a la hora de dar cuenta de la esquizofrenia como proceso y de remitir al delirio a una potencia genuinamente productiva del deseo, puesto tanto la disociación kraepeliniana y el autismo de Bleuler, como la regresión edípica psicoanalítica⁴⁵³, incurren en el error de «relacionar el problema de la esquizofrenia con el yo a través de la “imagen del cuerpo” (último avatar del alma en el que se confunden las exigencias del espiritualismo y del positivismo)»⁴⁵⁴, por cuanto no pueden sino remitir el proceso de la esquizofrenia a un punto de detención referencial, ya sea éste pensado como estado terminal, ya como constitución de la normalidad. Si bien el psicoanálisis descubre que el

452 Cf. Curso Vincennes, 21/12/1971.

453 Incluso en su formulación lacaniana, que hace del “cuerpo fragmentado” al que la fase del espejo confiere una protounidad que el acceso al lenguaje vendrá a reforzar y que sólo retornará por cuanto un rechazo de la función paterna constituya una estructura psicótica. Cf. “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, 1949, en *EL*.

454 *AE*, p. 30.

vínculo entre la representación y su carga afectiva -entre el síntoma y la pulsión, entre el signo y lo designado- no puede ser abordado desde una consideración causal o comprensiva, sino específicamente productiva, la potencia y originalidad de tal descubrimiento es mitigada desde el momento en que se introduce la referencia a la triangulación edípica, inferida a partir de las formaciones neuróticas, tendiendo así a perder el carácter local y no específico del delirio como producción del deseo en beneficio de una concepción global y específica que introduce un idealismo por cuanto la universalidad del Edipo, aún siempre a punto de ser impugnada por la experiencia analítica, persiste como referencia fundamental en la clínica⁴⁵⁵. De este modo, es posible entender cómo, aún cuando el psicoanálisis renuncie a una interpretación puramente imaginaria que remite los enunciados del paciente al mito de la representación familiar, la disposición semiótica que pone en juego, incluso bajo la forma de un inconsciente y una interpretación estrictamente simbólicas, efectúa asimismo esta operación de reducción y constituye una representación del deseo en virtud de la cual se mantiene a distancia de las determinaciones sociales. En virtud de la persistencia de tal operación, Deleuze y Guattari entienden que el discurso psicoanalítico, lejos de constituir un código a la manera de las codificaciones territoriales primitivas o como reproducción de una semiótica propiamente significativa que llevase a cabo una sobrecodificación de los enunciados en virtud de un centro de significancia trascendente, efectúa una transformación propiamente incorporal que dispone elementos procedentes de tales codificaciones al servicio del funcionamiento específico de la máquina capitalista, revistiendo así un carácter axiomático que conjura la desagregación de las incorporaciones efectivas de la libido a través de la reproducción de la carencia en un régimen en el que la deuda infinita ya no remite a ningún centro último de significancia como instancia totalizadora y antiproduktiva, sino más bien a una forma de subjetividad a través de la cual dicho circuito puede ser relanzado sin cesar.

«Lo que estaba en calidad de elemento objetivo y público —la Tierra, el Déspota— ahora es recogido, pero como la expresión de una re-territorialización subjetiva y privada: Edipo es el déspota caído, desterrado, desterritorializado, pero se reterritorializa en el complejo de Edipo concebido como el papá-mamá-yo de cualquier hombre de hoy. El psicoanálisis y el complejo de Edipo recogen todas las creencias, todo lo que ha sido creído en todos los tiempos por la humanidad, pero para llevarlo al estado de una *denegación* que conserva la creencia sin creer en ella (no es más que un sueño...: la más severa piedad, hoy, ya no pregunta...). De ahí la doble impresión de que el psicoanálisis se opone a la mitología tanto como a los mitólogos y de que, al mismo tiempo, lleva el mito y la tragedia a las dimensiones de lo universal subjetivo: si Edipo mismo está «sin complejo», el complejo de Edipo está sin Edipo, al igual que el narcisismo sin Narciso. Tal es la ambivalencia que atraviesa el psicoanálisis y que desborda el problema particular del mito y de la tragedia: con una mano deshace el sistema de representaciones

455 «Será preciso que nos preguntemos si el imperialismo analítico del complejo de Edipo no condujo a Freud a recobrar y a garantizar con su autoridad, el fastidioso concepto de autismo aplicado a la esquizofrenia. Pues, en una palabra, a Freud no le gustan los esquizofrénicos, no le gusta su resistencia a la edipización, más bien tiene tendencia a tratarlos como tontos: toman las palabras por cosas, dice, son apáticos, narcisistas, están separados de lo real, son incapaces de transferencia» *Ibidem*, p. 31.

objetivas (el mito, la tragedia) en provecho de la esencia subjetiva concebida como producción deseante, y con la otra mano vierte esta producción en un sistema de representaciones subjetivas (el sueño, el fantasma, de los que el mito y la tragedia son presentados como desarrollos o proyecciones). Imágenes, nada más que imágenes. Lo que queda al final es un teatro íntimo y familiar, el teatro del hombre privado, que ya no es producción deseante ni representación objetiva. El inconsciente como escena. Todo un teatro colocado en lugar de la producción, y que la desfigura mucho más de lo que podían hacerlo la tragedia y el mito reducidos a sus únicos recursos antiguos»⁴⁵⁶.

5.6. Las tareas del esquizoanálisis: propuestas para el psicoanálisis, militancia y riesgos.

Los reproches que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis no comprometen únicamente las tesis y prácticas de observancia estrictamente freudiana, sino que hacen especial hincapié en la reformulación lacaniana de las mismas por cuanto es aquello que institucionalmente encuentran en proceso de difusión. Puesto que tales reformulaciones tienen todo que ver con la recepción que Lacan hace de las aportaciones del estructuralismo -en un primer momento de la mano de Levi-Strauss, pero después y de forma predominante de las propuestas de Saussure, Jakobson o Benveniste-, expondremos aquí aquellos puntos de dicha crítica que se relacionan directamente con la impugnación por parte de Deleuze y Guattari de los postulados (y también de las prácticas que resultan de la persistencia de los mismos) de la lingüística, entendida como aquél estudio del lenguaje que formula sus construcciones teóricas atendiendo fundamentalmente a los factores sintácticos y semánticos, relegando la pragmática a una dimensión de segundo grado respecto de las dos anteriores y perdiendo, así, el alcance netamente crítico y político de la elucidación de los fenómenos lingüísticos. Como hemos hecho constar en el párrafo precedente, la sublimación en sentido psicoanalítico resulta ser una noción especialmente cuestionada en *El Antiedipo*, puesto que resulta ser la forma en virtud de la cual el psicoanálisis concibe la posibilidad de incorporación del afecto al campo social extrafamiliar y conlleva una abolición de la potencia productiva del deseo, que aparece así como producido y definido por una carencia en relación con la estructura social, la cultura y la ley. Según esta representación del deseo, las determinaciones familiares o privadas constituyen un sistema de representación subjetiva en el que la libido es capaz de cargar de forma directa objetos preexistentes que adquieren así una significación individualizada tal que sólo puede acceder a la determinación social objetiva por cuanto algo de esa energía vuelve sobre el yo para después repartirse en el espacio de lo social. De este modo, la interpretación aparece como operación capaz de garantizar la remisión de toda carga y toda significación problemática (o

⁴⁵⁶ *Ibidem*, pp. 314-315

incluso a-significante) de las determinaciones sociales objetivas al sistema de representación subjetiva, constituyendo así una suerte de “forzamiento regresivo”, pero de una naturaleza tal que la infinitud de la regresión es contenida por límites inmanentes y reconducida al conjunto finito de la triangulación edípica. Por ello, la función específica del psicoanálisis en la sociedad capitalista hace de él una máquina axiomática capaz de canalizar, desviar y bloquear el desplazamiento de la libido desde conjunto transfinito del campo social a la privacidad de un deseo marcado por el signo de la falta. Este repliegue de la libido sobre el yo encuentra expresión en la formulación del lema freudiano “*Wo es war, soll ich werden*” que, si bien según una primera traducción, ampliamente difundida en el marco del freudismo más “ortodoxo”, cabría verter como “donde había el Ello, debe haber yo”, encuentra en la recepción lacaniana de la obra de Freud un sentido distinto, a saber, “Allí donde Ello estaba, debo yo advenir”. Para Deleuze y Guattari, el supuesto carácter subversivo contenido en la versión lacaniana del enunciado -puesto que sugiere, más que la necesidad de hacer emerger del inconsciente los deseos reprimidos para someterlos a la visibilidad disciplinaria del yo, que sea el propio yo el que ocupe el espacio propio de tales deseos- resulta aún insuficiente, ya que el carácter moral de la operación persiste en la deuda que escande el ámbito de la conciencia respecto del registro del inconsciente. En efecto, la interpretación responde a dicha hiancia, puesto que parte del supuesto de que aquello que el paciente formula en su enunciación no es realmente lo que un siempre hipotético sujeto del deseo quiere decir. Frente a esta visión, que no puede sino introducir una cierta trascendencia de la forma respecto de la materia libidinal que la inviste y concebir la enunciación, siquiera al nivel de la aparición y persistencia del síntoma, en virtud del mecanismo de la metáfora (y esta es una de la principales aportaciones que Lacan recoge de Jakobson y en virtud de la cual puede hacerse cargo de la noción freudiana de “condensación”), Deleuze y Guattari coinciden con Austin y con Ducrot de tal modo que, desde la perspectiva que abre el esquizoanálisis, la pregunta no será tanto “¿qué quiere decir realmente el paciente cuando dice lo que dice?”, sino más bien “¿qué efectúa el decir del paciente en su enunciación?”: el inconsciente no es, por consiguiente algo que tenga un sujeto, sino algo que el deseo produce en su carácter procesual, «una sustancia que hay que fabricar, situar, hacer circular, un espacio social y político que hay que conquistar»⁴⁵⁷. Cuando el deseo resulta concebido como proceso, no hay sujeto ni objeto que funcionen como puntos de detención o límites trascendentes a la producción misma, sino más bien son la propia objetividad y la forma de subjetividad los que aparecen como terminales de una función de la que el deseo constituye su sentido [*Mening*] y a la que en absoluto puede ser reducido: de este modo, la significancia se revela insuficiente para captar el deseo en su potencia productiva.

⁴⁵⁷ DRF, p. 88.

«Desde el momento en que se hace depender al deseo del significante, se coloca al deseo bajo el yugo de un despotismo cuyo efecto es la castración, allí donde se reconoce el rasgo propio del significante; pero el signo nunca es significante, está en los mil cortes-flujos productivos que no se dejan significar en el *rasgo unitario* de la castración, siempre un punto-signo de varias dimensiones, la polivocidad como base de una semiología puntual»⁴⁵⁸

El carácter maquínico del inconsciente hace del deseo una potencia productiva y, por consiguiente, una maquinación que constituye el componente productivo de la enunciación, remitiendo, antes que al orden de la representación y a las condiciones de una semiótica significativa (“una semiología puntual”), a la virtualidad del proceso y a la tensión que introduce en dicho orden y al nivel de tales condiciones la irrupción de lo preindividual y de los supuestos inmanentes a la enunciación: desde este punto de vista, Deleuze y Guattari consideran que el psicoanálisis bloquea la producción de enunciados, relegando dicha virtualidad a un régimen meramente reproductivo. La puntualidad de tal o cual régimen pasa de constituir la causa formal de los enunciados o de subordinarse como medio a los fines de la comunicación (fines que no pueden sino ser encarnados por entidades definidas, como personas, nociones, etc), a aparecer como un punto de detención relativa de una línea que se sustrae al cierre y cuyo carácter abstracto reside precisamente en su irreductibilidad a una función meramente representativa regida por las relaciones de significación, manifestación y denotación. Lo preindividual, que Deleuze y Guattari entienden en consonancia con la concepción del ser preindividual propuesta por Simondon, constituye el componente genético que hace depender la enunciación de dispositivos o agenciamientos colectivos, más acá y más allá del baremo de la individualidad personal. De este modo, la enunciación individualizada y referida a un medio de intersubjetividad, tal y como proponía la consideración de Benveniste relativa a la separación de los dos primeros pronombres personales, resulta insuficiente para dar cuenta de la producción de enunciados y de la efectuación de transformaciones propiamente incorpóreas en virtud de las cuales tiene lugar la distribución de personas conforme a la relación de manifestación y la estructuración de los contenidos transmitidos en virtud del orden de la significación. Correlativamente, el dispositivo de la transferencia específicamente analítica comporta la introducción de supuestos que constituyen al analista como tal desde el momento en que la enunciación del paciente aparece como demanda de análisis, por cuanto tal demanda implica la consideración de la posición del “sujeto-supuesto-saber”, justificándose así la institución misma en la que los psicoanalistas efectúan, como Deleuze señala en numerosas ocasiones, una función sacerdotal en relación con una deuda infinita. La interpretación se apoya en estas condiciones

458 AE, p. 117. La cursiva es nuestra y encontrará justificación en los capítulos siguientes, puesto que la noción lacaniana de *traite unaire* traduce el *einzigster Zug* freudiano y da cuenta de la función fálica como condición de cierre de las determinaciones y modelo de la contención de la libido conforme a representaciones de objeto.

discursivas para acometer su operación de remisión de la enunciación del paciente a un código (o más bien a un símil-código, puesto que sólo es capaz de manejar códigos de muy diversa procedencia en el marco de una axiomática) y, por consiguiente, dispone una representación del deseo en extensión y relega la multiplicidad intensiva a una condición meramente analítica. Ahora bien, la propuesta de Deleuze y Guattari en absoluto pretende el acceso a un más allá del lenguaje, a un inconsciente como puro flujo carente de corte en el que algo así como una *physis* genuina aunque móvil pudiese liberarse de toda concreción: más bien, apuestan por acentuar el carácter relativo del lenguaje más allá de la constancia que las determinaciones personales confieren a la forma de la situación discursiva en general, puesto que, como señalamos en el capítulo anterior, el estilo indirecto libre constituye un agenciamiento propiamente colectivo que determina la individuación de los enunciados, las nociones y los procesos de subjetivación. Sólo así es posible, para Deleuze y Guattari, fundar el carácter social de la enunciación, más allá de cualquier referencia a la información transmitida o a la diversidad de sujetos de enunciación entre los que se establece la comunicación. «Todo lo que tiene al deseo como contenido se expresa mediante un IL», por cuanto el carácter anafórico de la deixis difiere su comprensión como designación de diferentes entidades del contenido entendidas de acuerdo con la estructuración que les confiere un determinado régimen de significación -al que se concibe como autónomo respecto de la repartición que efectúa el lenguaje- y que comporta una abstracción con respecto a la formalización específica del contenido: así, el empleo de la tercera persona consigue sabotear la sobrecodificación de los enunciados y la representación sustancial de sujetos de enunciación efectivamente constituidos en beneficio de una perspectiva orientada a mostrar «la articulación semiótica de las cadenas de expresión cuyos contenidos intensivos están relativamente menos formalizados»⁴⁵⁹.

«Pero, el yo es como el papá-mamá, ya hace tiempo que el esquizo no cree en él [...] Tal vez se diga que el esquizo no puede decir yo, y que es preciso devolverle esta función sagrada de enunciación. Ante lo cual dice resumiendo: se me vuelve a enmarranar. “Ya no diré yo, nunca más lo diré, es demasiado estúpido. Pondré en su lugar, cada vez que lo oiga, a la tercera persona, si pienso en ello. Quizás esto les divierta, sin embargo, no cambiará nada”. Y si vuelve a decir yo, esto tampoco cambiará nada»⁴⁶⁰

⁴⁵⁹ DRF, p. 89.

⁴⁶⁰ AE, pp. 30-31. La cita de la que Deleuze y Guattari se sirven en estas líneas está extraída de *El innombrable*, novela que completa la terna de Samuel Beckett, junto a *Molloy* y *Malone muere*, y en la que es posible encontrar en acto lo que en el cuarto capítulo de *Mil Mesetas* aparecía como facultad específica de la consigna, cogito esquizofrénico, «que convierte la conciencia de sí en la transformación incorporal de una consigna o en el resultado de un discurso indirecto» (MP, p. 89), puesto que el narrador, en la posición de sujeto de enunciación, encarna en su aislamiento, no ya la redundancia del yo conforme al estatuto tanático de la consigna (al modo de un cogito cartesiano que conjura la precariedad del buen sentido por la referencia a un centro último de significancia y garante de la correspondencia de *iure*), sino el carácter necesariamente transicional y relativo de todo discurso, de tal modo que, más allá del temor paranoico a la acción de un dios tramposo y de la sospecha inextinguible de una traición siempre latente, lo único que constituye una amenaza y una condena resulta ser la imposibilidad de un decir que no comprometa determinaciones, no ya sólo en función de los supuestos que se introducen al nivel del dicho, sino incluso al nivel de las transformaciones jurídicas y los compromisos que se contraen en la enunciación misma.

La operación en virtud de la cual el carácter productivo de la enunciación es remitido a la condición de gramaticalidad que introduce la función de la consigna como redundante compromete la puesta en juego de dos procesos, a saber, resonancia al nivel de la significancia de la información, y frecuencia de la comunicación en los procesos de subjetivación, resultando así una escisión del déictico anafórico en dos mitades: un sujeto de enunciación que sobrecodifica los enunciados desde una posición trascendente y un sujeto del enunciado encarnado en cada caso por un pronombre personal cualquiera que, en la situación discursiva, se vincula con una entidad del plano del contenido previamente constituida. Ahora bien, la movilidad relativa de esta encarnación se basa en la abolición de la singularidad de la enunciación conforme a una generalización del intercambio que consigue restablecer la continuidad del circuito sobre límites precisos, orientando la variación inherente al proceso de tal modo que, en la constante remisión del sujeto del enunciado al sujeto de enunciación, y en la necesidad de representación y reconocimiento de éste en el primero, la condición transicional conforme a la cual tiene lugar la producción de enunciados es anulada en virtud de una operación de subjetivación que sustrae el carácter colectivo a la enunciación y sólo proporciona de ésta una representación abstracta de acuerdo con la cual resulta concebida como individualizada. El psicoanálisis, según la caracterización que proponen Deleuze y Guattari, efectúa y garantiza esta operación por la concurrencia de dos semióticas, a saber, una semiótica significativa que moviliza la operación de interpretación e impone al signo un régimen paranoico en el que lo dicho nunca es lo que se quiere decir -estableciéndose así una remisión ilimitada del signo al signo- sino aquello que, en conformidad con un proceso de subjetivación de acuerdo con el modelo de la semiótica postsignificante, un inconsciente simbólico ya ha tejido metafóricamente y que el supuesto saber del analista, aún en su silencio (o precisamente por él), constituye al alocutor de los enunciados del paciente como intérprete privilegiado que determina el máximo de interpretación admitido y la remisión del sentido de los enunciados a un centro de significancia trascendente. El propio psicoanalista aparece así situado como punto de significancia que opera como punto de subjetivación (o postulado fundamental, según la terminología de Clerambault), y el paciente construye una línea independiente de la irradiación circular, pese a mantener en última instancia la referencia a una significación última de sus síntomas. Deleuze y Guattari señalan cómo los procesos de subjetivación, por cuanto movilizan una axiomática contable, operan en el régimen capitalista garantizando la recurrencia del capital y proporcionando a los flujos descodificados y desterritorializados reterritorializaciones y similares que, lejos de codificar tales flujos, constituyen una operación de disimulación objetiva

en virtud de la cual pueden conservar su carácter desterritorializado al mismo tiempo que, por la constitución y el desplazamiento de límites inmanentes, conjuran el proceso esquifofrénico como límite externo. De este modo, la originalidad del psicoanálisis no consiste tanto en el descubrimiento del carácter propiamente abstracto o virtual de la libido, sino en disponer la conjugación de ambas semióticas en un agenciamiento que efectúa una máquina propiamente axiomática cuya constitución evidencia la imposibilidad de sostener una disyunción exclusiva entre la economía política y la economía libidinal, precisamente por cuanto las reterritorializaciones que efectúa se encaminan a ocultar dicha imposibilidad. La situación discursiva en la que se desarrolla la práctica psicoanalítica constituye un agenciamiento que se pretende fundado sobre la forma burguesa del contrato, acto de enunciación en sí mismo que supone la autonomía previa de las partes y el carácter explícito o explicitable de las transformaciones incorporales que su establecimiento efectúa. Ahora bien, frente al carácter explícito de lo que el contrato dice y de la admisión de su pertenencia al ámbito de los enunciados performativos, subyace una composición de fuerzas propiamente ilocutorias que remiten a las variables de un agenciamiento colectivo más amplio y que concierne, no ya a las personas, sino a los flujos libidinales o procesos productivos, de tal modo que lo que dicho contrato establece implícitamente es la conjugación entre un flujo productivo no segmentario de variación y un flujo segmentario de acuerdo con el cual se operan extracciones sobre el primero y se determinan sustancias y compuestos de la expresión y del contenido en una enunciación sintomatológica que tiende a abortar toda la dimensión crítica y productiva del proceso.

Frente a este proceder, Deleuze y Guattari proponen una concepción radicalmente diferente del análisis que pretende superar la escisión entre lo político y lo libidinal que las instituciones de la economía política, por un lado, y el dispositivo psicoanalítico, por otro, establecen, fundando una representación del deseo y de lo social que oculta su copertenencia. El esquizoanálisis aparece así como un análisis necesariamente militante que, concibiendo el delirio como calificación actual del registro o inscripción de una máquina abstracta, constituye un funcionamiento fallido respecto de las máquinas sociales al tiempo que, por lo que tiene de efectuación concreta y de escritura, también expresa el modo de funcionamiento propio de las máquinas deseantes, esto es, su carácter maquínico que compromete un sistema de flujo-corte como proceso de diferenciación o desfase que lo distingue de cualquier concepción idealista, tanto del flujo libidinal mismo como de las individuaciones que, al nivel de los enunciados y de las personas, vienen a ser perturbadas por la proliferación del delirio. Su carácter militante es solidario de la caracterización de un uso menor de una lengua mayor, y si bien encontramos en

su proceder el recurso a nociones pertenecientes tanto al campo de la semiología y la etnología como al de la economía política, la psiquiatría, el psicoanálisis e incluso la antipsiquiatría (Bateson, Laing), en ningún caso aparecen como determinaciones universales conforme a las cuales tenga lugar la subsunción de los casos particulares en un juicio determinante. Antes bien, de la impugnación de la existencia de dos economías (política y libidinal), así como de la sustitución del intercambio por el desequilibrio a la hora de concebir el fundamento del funcionamiento social, resulta una enunciación que, por cuanto se interna en el dominio de la sintomatología, no puede sino surgir y garantizar la insistencia de una dimensión propiamente crítica orientada a la creación conceptual. En su carácter crítico, el esquizoanálisis efectúa un doble movimiento, a saber: por un lado, constituye un desmontaje de las estructuras edípicas y personalistas, así como una impugnación de la legitimidad de la interpretación a la hora de acceder al proceso de producción semiótico puesto que reduce los actos que se efectúan en los enunciados a la dimensión metafórica de un “querer decir” siempre fallido; por otro lado, y por cuanto renuncia a efectuar una reducción semejante y constituye un análisis funcional, en ese desmontaje lleva a cabo un estudio positivo del modo en que la producción se efectúa al nivel de las determinaciones sociales con el objeto de dilucidar la naturaleza de los diferentes agenciamientos. Ahora bien, atendiendo a la necesidad de conjurar el riesgo de reintroducción de un idealismo al nivel del deseo -riesgo que no dejaría de hacerse efectivo desde el momento en que se considerase la posibilidad de un acceso inmediato al ámbito de las máquinas deseantes-, los *índices maquinicos* -a saber, aquello que en una territorialidad determinada tiene la capacidad para efectuar una desterritorialización y, por tanto, para hacerla huir- constituyen la vía de acceso a las líneas de fuga que atraviesan el agenciamiento y en virtud de las cuales resulta posible dirimir, en función de si devienen líneas creativas o líneas de abolición, hasta qué punto éste resulta más o menos revolucionario, más o menos reaccionario.

«Nunca podemos captar a la desterritorialización en sí misma, no captamos más que sus índices con respecto a las representaciones territoriales. Sea el ejemplo del sueño: sí, el sueño es edípico, no debemos sorprendernos, ya que es una reterritorialización perversa con respecto a la desterritorialización de la pesadilla del dormir. Pero, *¿por qué volver al sueño*, por qué convertirlo en el camino real del deseo y del inconsciente cuando, en verdad, es la manifestación de un super-yo, de un yo superpoderoso y superarcaizado (*¿la Urszene del Urstaad*)? Y sin embargo, en el seno mismo del sueño, como del fantasma y del delirio, funcionan máquinas en tanto que índices de desterritorialización. En el sueño siempre hay máquinas dotadas de la extraña propiedad de pasar de mano en mano, de huir y de hacer correr, de llevar y de ser llevadas [...] la máquina siempre es infernal en el sueño de la familia. Introduce cortes y flujos que impiden que el sueño se encierre en su escena y se sistematice en su representación. Hacer valer un factor irreductible de sin-sentido que se desarrollará en otra parte y en el exterior, en las conunciones de lo real en tanto tal [...] *El psicoanálisis se fija en los representantes imaginarios y estructurales de re-territorialización, mientras que el esquizoanálisis sigue los índices maquinicos de desterritorialización*»⁴⁶¹

461 AE, pp.326-327.

Los índices de desterritorialización apuntan al cuerpo sin órganos y, puesto que éste en ningún caso está dado, sino que más bien constituye un límite inmanente al cual cabe aproximarse siguiendo las líneas de fuga, es preciso reparar en qué riesgos específicos comporta dicha operación. La necesidad de tomar como punto de partida tales índices reside en que el único modo en que el cuerpo sin órganos puede ser considerado fácticamente es a través de los cortes o las inhibiciones que lo estratifican, imponiendo regímenes concretos a los procesos productivos según una restricción de la polivocidad de las conexiones tendente al establecimiento de relaciones biunívocas en virtud de las cuales tiene lugar una cierta distribución de los posibles. Desde el momento en que Deleuze y Guattari reconocen en lo que ellos consideran el genuino descubrimiento del psicoanálisis la pertenencia del deseo al proceso de producción en general, el sistema de los estratos aparece como aquello en virtud de lo cual el deseo efectúa su propia represión, puesto que el sistema de los estratos no es sino el sistema del juicio⁴⁶², que funda el orden de la representación de acuerdo con relaciones de pertenencia y exclusión, disyunciones excluyentes e inclusiones que determinan apodícticamente la propiedad y la alteridad bajo límites trascendentes precisos. Ahora bien, los índices maquínicos irrumpen en dicha representación como fenómenos sintomáticos, excesivos o deficitarios, de tal modo que el modo en que tenga lugar su consideración efectuará una operación al nivel de las líneas de fuga, constituyendo dicha operación en sí misma ya un agenciamiento, una disposición en la que se efectúan necesariamente transformaciones incorpóreas que en absoluto pueden dejar el deseo como está, sino que afectan fundamentalmente al régimen conforme al cual se regula su capacidad productiva. El acceso al plan de consistencia parte del plano de organización, es decir, de una cierta distribución y de determinada territorialidad, pero constituye asimismo una operación de desterritorialización que debe prevenirse tanto de sustraer totalmente al deseo su potencia productiva encerrándolo en una territorialidad clausurada, como de efectuar una desterritorialización absoluta: en ambos casos el cuerpo sin órganos revela su carácter tanático puesto que supone la interrupción del proceso o la caída en lo indiferenciado. Como ya señalábamos en la exposición de la recepción deleuzeana de las tesis de Simondon, la individuación sólo tiene lugar por cuanto el ser preindividual se desfasa, esto es, sólo hay

462 «Porque en la tierra se producía al mismo tiempo un fenómeno muy importante, inevitable, beneficioso en muchos aspectos, perjudicial en muchos otros: la estratificación. Los estratos eran Capas, Cinturas. Consistían en formar materias, en aprisionar intensidades o en fijar singularidades en sistemas de resonancia y de redundancia, en constituir moléculas más o menos grandes en el cuerpo de la tierra, y en hacer entrar estas moléculas en conjuntos molares. Los estratos eran capturas, eran como “agujeros negros” u oclusiones que se esforzaban en retener todo lo que pasaba a su alcance. Actuaban por codificación y territorialización en la tierra, procedían simultáneamente por código y por territorialidad. Los estratos eran juicios de Dios, la estratificación general era el sistema completo del juicio de Dios (pero la tierra, o el cuerpo sin órganos, no cesaba de sustraerse al juicio, de huir y de desestratificarse, de descodificarse, de desterritorializarse)» *MP*, p. 48.

acontecimiento y proceso más allá de la reproducción por cuanto hay diferencias de potencial que convocan una nueva individuación e introducen una transformación al nivel del sistema. Según el diagnóstico que Deleuze y Guattari proponen en relación con el estado actual del deseo, tres son los estratos que hurtan la potencia productiva y someten el proceso libidinal a las condiciones de un sistema esencialmente mixto: organización, significancia y subjetivación. De acuerdo con el primer régimen, el cuerpo sin órganos deviene organizado según un principio de rendimiento energético orientado a la producción social, canalizando la potencia de transformación en pro de la recurrencia de dicho proceso: al igual que se señalaba a propósito del ámbito biológico, según una primera articulación los fenómenos moleculares pueden ser tomados en conjuntos meramente estadísticos, según una forma de unidad precaria, dando lugar a muchedumbres diferenciales, mientras que, conforme a una segunda articulación, tales conjuntos devienen organizados, conjugados, constituyendo así grandes conjuntos molares orgánicos. Ahora bien, tales conjuntos se definen asimismo por su relación con un medio de exterioridad según relaciones diferenciales a partir de las cuales se determinan las conexiones entre los polos perceptivo y activo, estableciéndose al fin el sistema de evaluación y captura de las diferencias energéticas. En este punto, resulta indiferente que estemos tratando de organismos biológicos o sociales, por cuanto la diferencia entre unos y otros depende precisamente de la intervención de otras dos disposiciones estructurantes, a saber, de la constitución de un estrato en el que la forma de expresión deviene propiamente significativa y los individuos sujetos personales. Conforme al estrato de significación, que sólo toma al primero como substrato (a pesar de que en la descripción del estrato orgánico ya esté supuesta la operación de significancia) a partir del cual se constituyen figuras de la expresión -según la terminología de Hjelmslev- que, conforme a una primera articulación son apresadas en conjuntos de acuerdo con relaciones binarias, constituyendo unidades distintivas aún no significantes. La fijación de una forma autónoma de expresión para tales figuras -a saber, los fonemas- no tiene lugar sino en cuanto una segunda articulación es capaz de constituir unidades propiamente significantes -morfemas- a las que hace corresponder una determinada porción del contenido que resulta recortado en conformidad relativa con tal sistema formal. Así, al movimiento de desterritorialización en virtud del cual el movimiento del cuerpo deviene gesto, la marca objeto de desciframiento y la *phoné* soporte de un *lógos*, corresponde una reterritorialización en el plano del contenido según la concepción peirceana de lo icónico, por establecimiento de la correspondencia de acuerdo con las condiciones específicas de la forma de la expresión en virtud de la cual resultan determinadas figuras del contenido que se sustraen a la variación libre tanto como las figuras de la expresión, operándose así una restricción respecto de la potencia productiva específica de uno y otro plano.

De este modo se instaura el régimen del significante que, en su articulación con el significado, constituye lo que Deleuze llama “lo real-dominante” y Lacan “realidad”, por cuanto con tales términos se hace referencia a un orden de representación que se opone a algo así como “lo real-enmascarado” o, de acuerdo con la terminología lacaniana, simplemente “lo real”: la desterritorialización por el símbolo y la reterritorialización en el icono (en la imagen) dejan a un lado lo real-productivo, oculto tras su producto actual. Ahora bien, la estratificación no resultaría completa si un tercer estrato no viniese a garantizar el funcionamiento de este “real-dominante” según una distribución de personas efectuada en virtud de un dispositivo de sujeción que determina procesos de subjetivación capaces de capturar las líneas de fuga que escapan a la significación conforme a un régimen específico. Dicho régimen mantiene su referencia al significante por cuanto el punto de subjetivación no constituye el lugar específico en el que surge el sujeto, como podría inferirse de las tesis de Benveniste a propósito de la función de los deícticos, sino más bien el punto a partir del cual una desviación respecto de la circularidad irradiante de la conciencia termina por someter al afecto a las condiciones de una afección sucesiva, una incorporación efectiva cuya consistencia y solidaridad con la significación sólo viene asegurada por su frecuencia y constituye un doble para la conciencia, en la constitución dual de la reflexión, y un *partenaire* para el amor, conforme a la forma del sentido común y el buen sentido.

«Los principales estratos que maniatan al hombre son el organismo, pero también la significancia y la interpretación, la subjetivación y la sujeción. El conjunto de todos ellos nos separa del plan de consistencia y de la máquina abstracta, justo donde ya no hay régimen de signos, pero donde la línea de fuga efectúa su propia positividad potencial, y la desterritorialización su potencia absoluta. Pues bien, a este respecto, el problema fundamental es invertir el agenciamiento más favorable: hacerlo pasar, de su cara orientada hacia los estratos, a la otra cara orientada hacia el plan de consistencia o cuerpo sin órganos. La subjetivación lleva el deseo a tal punto de exceso y de desprendimiento que éste debe, o bien abolirse en un agujero negro, o bien cambiar de plan. Desestratificar, abrirse a una nueva función, a una función *diagramática*. Que la conciencia deje de ser su propio doble, y la pasión el doble de uno para el otro. Convertir la conciencia en una experimentación de vida, y la pasión en un campo de intensidades continuas, una emisión de signos-partículas. Construir el cuerpo sin órganos de la conciencia y del amor. Utilizar el amor y la conciencia para abolir la subjetivación: “para devenir el gran amante, el magnetizador y el catalizador, hay que tener sobre todo la sabiduría de ser el último de los idiotas”. Utilizar el *Yo pienso* para un devenir animal, y el amor para un devenir-mujer del hombre. Desubjetivar la conciencia y la pasión. ¿No existen redundancias diagramáticas que no se confunden ni con las significantes, ni con las subjetivas? ¿Redundancias que ya no serían nudos de arborescencia, sino reanudaciones y prolongaciones en un rizoma? Ser tartamudo del lenguaje, extranjero en su propia lengua»⁴⁶³

463 *Ibidem*, p. 137. La cita que Deleuze y Guattari introducen es de Henry Miller (Cf. Miller, H., *Sexus*, Barcelona, Quinteto, 2009)

6. Lacan: práctica, clínica y sintomatología psicoanalíticas.

6.1. El proceso de la clínica lacaniana a partir de sus lemas fundacionales: el retorno a Freud y el inconsciente estructurado como un lenguaje.

La sintomatología, como proceder semiótico de reunión y disociación de signos, constituye, según propone Deleuze desde la *Presentación de Sacher-Masoch*, una disciplina limítrofe con respecto a la descripción teórica y la intervención terapéutica. Comporta supuestos descriptivos y efectos de sus enunciados en los agenciamientos colectivos que deben ser considerados a la luz de la concurrencia de cierto número de semióticas en determinado campo social. La función de organización de distintos regímenes de signos en el marco de una teoría de tipos pertenece plenamente al modelo de *ciencia real o mayor*⁴⁶⁴, aunque la peculiar naturaleza del objeto del psicoanálisis hace que esta tarea competa fundamentalmente a la clínica, que se distingue de la experiencia del análisis por su vocación de comunicabilidad, de suerte que aparece como el abordaje de un proyecto de descripción que compromete necesariamente una fase constructiva de formalización. Puesto que su vocación de sistema no resulta incompatible con el hecho de que tal proyecto constituya en sí mismo un proceso de formación de enunciados, parece que el carácter más o menos reactivo de los dispositivos de enunciación de los que se trate dependerá del tipo de supuestos que rijan la fase constructiva de la descripción y se pondrá de manifiesto en la naturaleza más o menos maquínica -esto es más o menos capaz de reunir heterogéneos en cuanto tales, más o menos abierta a la potencia de lo preindividual- de los aparatos de formalización puestos en juego. Así pues, el enfoque que aquí seguiremos no pretenderá en ningún caso presentar conforme a una rigurosa secuencia evolutiva la aparición de los principales conceptos lacanianos ni desarrollar, como se ha hecho en la parte dedicada a las posiciones de Deleuze relativas a la semiótica, las diferentes influencias recogidas esbozando en la medida posible las polémicas en las que originalmente surgieron, aunque resulte inevitable el

464 Inspirándose en la contraposición que presenta Platón en el *Timeo*, Deleuze y Guattari oponen dos modelos científicos, *Compars*, y *Dispars*, a los que hacen corresponder dos tipos de «actitudes científicas: una que consiste en “reproducir”, otra que consiste en “seguir”. Una sería de reproducción, de iteración y reiteración; otra sería de itineración, el conjunto de las ciencias itinerantes, ambulantes. La itineración se reduce con demasiada facilidad a una condición de la técnica, o de la plaicación y verificación de la ciencia. Pero no es así: seguir no es lo mismo que reproducir, nunca se sigue para reproducir. El ideal de reproducción, deducción o inducción, forma parte de la ciencia real, en todas las épocas, en todos los lugares, y trata las diferencias de tiempo y de lugar como otras tantas variables de las que la ley extrae precisamente la forma constante: basta con un espacio gráfico y estriado para que se produzcan los mismos fenómenos, si se dan las mismas condiciones, o si se establece la misma relación constante entre las condiciones diversas y los fenómenos variables. Reproducir implica un punto de vista fijo, exterior a lo reproducido: ver circular estando en la orilla. Pero seguir es algo completamente distinto que el ideal de reproducción. No mejor, sino otra cosa. Uno está obligado a seguir cuando está a la búsqueda de las “singularidades” de una materia, o más bien de un material, y no tratando de descubrir una forma» *MP*, p. 377.

recurso frecuente a referencias diacrónicas para poder dar cuenta de la investigación lacaniana como proceso confrontado por su propia naturaleza con una forma de exterioridad a la que es inherente resistirse a toda vocación de sistema. De este modo, tampoco parece conveniente abordar una perspectiva sincrónica que pretendiese adivinar en diferentes puntos de la obra de Lacan los contornos de un sistema subyacente siempre en vías de explicitación, sino que preferiremos seguir ese proceso concibiéndolo como un proceder transductivo atravesado por sus núcleos de problematicidad específicos para determinar de qué modo lo preindividual amenaza la representación de la subjetividad al mismo tiempo que es lo que tal representación tiene como causa real y condición de permanencia, aunque ésta no sea más que *metaestable*. Así, bajo el rótulo “clínica lacaniana” entenderemos aquí un proceso de enunciación que se desarrolla en la práctica analítica, pero que también comprende lo que en tal práctica tiene lugar y aquello a lo que ésta remite.

Si la clínica psicoanalítica es enunciación y, por tanto, proceso, el objeto de designación del nombre propio “Lacan” podría considerarse, aunque sólo sea en beneficio de cierta coherencia metodológica, de acuerdo con el rasgo característico de aquellos “instauradores de discursividad” que Foucault distinguió tanto de los creadores de científicidad como de los grandes autores literarios, y que inspiran un movimiento de “retorno a” que siempre comporta omisiones, desarrollos y creaciones. Ahora bien, tal posibilidad pasa necesariamente por demostrar que la modalidad de enunciación que corresponde al trabajo de Lacan puede sustraerse al modelo de lo mayor y a las condiciones interpretativas derivadas del supuesto de una enunciación individualizada. Frente a una enunciación conforme a la cual el nombre de autor reúne un conjunto de signos tal que lo que allí resulta fundado es una cierta doctrina, bien sea ésta la de un *corpus* científico cuyos desarrollos y modificaciones incluyen el acto fundacional -tanto para erigirlo como fundamento deductivo como para hacerlo objeto de nuevas formalizaciones y revisiones en lo que concierne a su validez con vistas a incluirlo de un modo u otro en la doctrina-, bien la de un *estilo* que deviene fijado como término referencial de operaciones de analogía y como regla para la producción de enunciados más o menos semejantes al original, la peculiaridad de la enunciación que caracteriza la figura de estos “instauradores de discursividad” reside en la persistencia de una heterogeneidad irreducible a las diferencias que hace posibles en los desarrollos que inspira con respecto a lo dicho en los enunciados efectivamente formulados. El acto de instauración se distingue siempre de las transformaciones que se efectúan en el campo discursivo instaurado y se ubica, por tanto, a cierta distancia del régimen de significación y de las condiciones de identidad y validez que rigen en tal campo,

haciendo así posible una revisión del mismo que se articula con un movimiento de “retorno al origen”. Ahora bien, dicho origen dista mucho de poder ser concebido en términos de un principio que, como primer término, diese razón de la serie numéricamente indefinida de enunciaciones que inspira o pudiese ser reintegrado en una nueva serie en la que la generalidad del discurso resultaría modificada, por lo que Foucault señala la necesidad de distinguir este movimiento de “retorno a” tanto respecto de cualquier “redescubrimiento” como de toda “reactualización”. Foucault señala cómo el “redescubrimiento” involucra siempre operaciones de isomorfismo o analogía que funcionan como codificaciones, de tal manera que la producción de discurso que la enunciación del autor provoca extiende su sombra sobre el propio campo que abre: «Los textos de Anne Radcliffe abrieron el campo para un determinado número de semejanzas y de analogías que tienen su modelo o principio dentro de su propia obra. Ésta contiene signos característicos, figuras, relaciones, estructuras que pudieron ser reutilizadas por otras»⁴⁶⁵. De este modo, en el redescubrimiento se efectúa un estriaje de las enunciaciones provocadas que, privilegiando éste o aquél aspecto, hace de las condiciones actuales de enunciación de la obra modelo y criterio formal de desarrollo y evaluación de un proceso que sólo por cuanto sea capaz de escapar a semejante codificación podrá, en efecto, exceder el aspecto meramente reproductivo de la repetición en beneficio de un movimiento genuino de creación -no en vano, Deleuze hablará del estilo como aquella cualidad que ostentan aquellos autores que precisamente no tienen estilo⁴⁶⁶. En cambio, cuando la obra es objeto de una reactualización son precisamente estas condiciones de efectución las que resultan modificadas por la reinserción o (re)incorporación del discurso en ámbitos de competencia y aplicación inéditos respecto de la situación discursiva concreta en la que fueron producidos sus enunciados, por lo que la modificación discursiva que el retorno al texto provoca no tiene tanto que ver con la discursividad en sí misma sino con el contexto discursivo en el que se inserta, de tal modo que la extensión y la validez de las afirmaciones del texto son objeto de ajustes. Sólo en el movimiento de “retorno a” que caracteriza los fenómenos de instauración de discursividad puede Foucault apelar a la existencia de un olvido que no es ya accidental o externo a la discursividad instaurada, ni susceptible de ulteriores reparaciones en función de diferentes reactualizaciones⁴⁶⁷, sino

465 Foucault, *Op.cit.*, p. 54.

466 *L'Abécédaire*, “S comme Style”.

467 Según los términos de Deleuze y Guattari, las reactualizaciones a las que alude Foucault tendrían que ver con movimientos de reterritorialización, pero no tanto en la medida en que el medio en el que tienen lugar constituyese ya por sí mismo un medio autónomo, sino más bien atendiendo a que un territorio «no es un medio, ni siquiera un medio suplementario, ni un ritmo o paso entre medios [...] es un acto, que afecta a los medios y a los ritmos» (*MP*, p. 321) y, por consiguiente, es constituido en cuanto tal precisamente por la modificación del valor ilocucionario de la enunciación en la que consiste el texto al que se vuelve: esta modificación revela el carácter incorpóreo de la transformación que se efectúa desde el momento en que las entidades corpóreas en interacción ya no son aquellas en las que la enunciación del autor tuvo lugar: «El reexamen del texto de Galileo bien puede cambiar el conocimiento que tenemos de la historia de la mecánica, nunca puede cambiar la mecánica misma» Foucault, *Op.cit.*, p. 58. De este modo, lo que es sometido a una reterritorialización no es el discurso mismo en el que el texto reactualizado se

constitutivo e interno a la propia discursividad instaurada en la enunciación que designa el nombre de autor⁴⁶⁸.

«El acto de instauración es en efecto, en su misma esencia, tal que no puede no ser olvidado. Lo que lo manifiesta, lo que deriva de él, es al mismo tiempo lo que establece el desvío y lo tergiversa. Ese olvido no accidental tiene que ser investido dentro de operaciones precisas, que podemos situar, analizar y reducir mediante el mismo retorno a ese acto instaurador. El cerrojo del olvido no ha sido sobreañadido desde el exterior, forma parte de la discursividad en cuestión, ésta le brinda su ley; la instauración discursiva así olvidada es a la vez la razón de ser del cerrojo y la llave que permite abrirlo, de tal modo que el olvido y el impedimento del mismo retorno sólo pueden levantarse a través del retorno»⁴⁶⁹

Puesto que Lacan parece admitir la aplicabilidad del movimiento descrito por Foucault a su propio trabajo -de tal manera que la significación de la expresión “retorno a Freud”, muy anterior a la conferencia de 1968, habría adquirido sentido *après-coup*- podríamos admitir que en ciertos momentos también cabría entenderlo como un “retorno a Saussure” o un “retorno a Jakobson” en razón de las modificaciones que introduce a partir del señalamiento de sus limitaciones respectivas. Sin embargo, no es esta la actitud que revela en principio el proceder de Lacan respecto a la lingüística, a la que reconoce su propio campo temático, necesariamente distinto de aquél en el que surge y se desarrolla la clínica psicoanalítica, a pesar de que en función de las modificaciones que el desarrollo de ésta introduce en las nociones de inconsciente y deseo, de síntoma, discurso y lenguaje, acabe revelándose algo de la naturaleza del signo y la subjetividad capaz de desautorizar cualquier ejercicio de abstracción respecto de las condiciones pragmáticas y políticas de aquella enunciación a propósito de la cual tiene lugar la práctica sintomatológica. En su propósito de comunicabilidad y formalización, la clínica psicoanalítica revela su constitución paradójica al tener que dar cuenta de un objeto capaz de desmontar cualquier disposición doctrinal precisamente por sustraerse al cierre sistemático en virtud del cual el acto de enunciación clínico podría ser asimilado a la fundación de una cientificidad conforme al modelo deleuzeano de “ciencia mayor”, por lo que su vinculación con la experiencia del análisis, tanto en los textos de Freud como a lo largo de la “enseñanza” de Lacan, convoca un desfile de artefactos de formalización siempre en cierto sentido fallidos.

El “retorno a Freud” que propone Lacan no sólo supone un olvido interno o esencial, sino que surge como pretensión de recuperar aquél aspecto específico del descubrimiento freudiano obliterado en la recepción del proyecto psicoanalítico. Lacan denuncia en esta recepción un descuido respecto del estatuto específico del inconsciente que, si bien es ubica, sino la propia enunciación en la que el texto consiste, cuya posición es modificada de acuerdo con la constancia de las exigencias que constituyen tal discurso.

468 «En cambio, el reexamen de los textos de Freud modifica al mismo psicoanálisis, y los de Marx, al marxismo» Foucault, *loc.cit.*

469 *Ibidem*

comprendido en su irreductibilidad con respecto a los procesos y elementos morfofisiológicos que constituyen el substrato de la vida psíquica y son expresables conforme al lenguaje formal propio del discurso de las ciencias físico-matemáticas, no consigue escapar de una cierta alienación en lo imaginario cargada de supuestos metafísicos y que ignora la peculiar constitución de lo simbólico. De este modo, Lacan afronta la tarea de dar cuenta del descubrimiento del inconsciente a partir de lo que en la transferencia se pone de manifiesto: a saber, que los procesos psíquicos inconscientes encuentran su articulación esencial en el discurso y éste remite a la dimensión del lenguaje. Ahora bien, de la toma en consideración del señalamiento lacaniano de que la transferencia es testimonio de la necesaria insistencia de un elemento de naturaleza paradójica que Deleuze y Guattari no dudan en reconocer como el único genuinamente maquínico presente en el aparato conceptual lacaniano, a saber, *el objeto a*, será posible indicar en este trabajo una vía por la que el funcionamiento de la sintomatología psicoanalítica puede relacionarse con el reconocimiento de ese doble estado de la máquina abstracta propuesto en *Mil Mesetas*, en virtud del cual todo agenciamiento remite por un lado al sistema de los estratos pero también, según su segundo estado o su segunda posición, está orientada al plan de consistencia o Cuerpo sin órganos. De este modo, será posible una lectura de las distintas aportaciones conceptuales lacanianas en relación siempre con el intento de dar cuenta en todo momento de aquello que -de acuerdo con la evolución de los trabajos de Deleuze, al menos desde su texto “¿Cómo se reconoce el estructuralismo?”⁴⁷⁰ hasta *Mil Mesetas*- el estructuralismo en lingüística no pudo por menos que acabar reduciendo al modelo de lo actual movido por la vocación de sistema que regía los procesos de enunciación en los se que forjaron sus diferentes teorías.

La transferencia específicamente analítica se distingue como un contexto de discurso peculiar por cuanto la demanda de análisis constituye una enunciación en la que se efectúa una transformación jurídica tal que el analista ocupa la posición de sujeto-supuesto-saber. Sobre este carácter supuesto se constituye el lugar de un interprete y se confiere un valor ilocucionario determinado a las enunciaciones del analista o del analizado⁴⁷¹ como reterritorializaciones en el

⁴⁷⁰ Cf. *ID*, pp. 223-249.

⁴⁷¹ En numerosas ocasiones, Deleuze y Guattari señalan cómo cierta aplicación de las tesis características de la clínica lacaniana -por cuanto ésta desde el principio pretendía abandonar el modelo habitual en los primeros momentos de la recepción de la obra de Freud en el que la enunciación de la interpretación por parte del analista resultaba esencial en la cura- desemboca en un silencio que, lejos de evitar la presencia de la interpretación, hacía de esta última una exigencia para el analizado capaz de constituir un dispositivo de control aún más férreo que cualquier posición despótica procedente de la autoridad explícitamente ejercida por el terapeuta. De este modo, el ahora concebido como *analizante* carga con la tarea de descubrir un saber acerca del propio síntoma -saber que supone al analista-, resultando así que lo que la transferencia instituiría sería una cierta histerización del paciente en virtud de la cual el discurso del amo -y con él, el régimen significante- accederían a una forma de permanencia que, no obstante, favorecería la continuidad de la demanda de análisis. Sin embargo, hay que atender al hecho de que el propio Lacan sanciona este silencio del analista, de tal modo que en esta triple designación (analista-analizado-

sentido de lo que en el discurso del analizado aparece como una falla respecto del marco de incorporación: por muy desterritorializado que resulte el síntoma, la interpretación moviliza una axiomática que efectúa la referencia a un centro de significancia. Que la situación discursiva en la que se establece la transferencia conserve su marco propiamente analítico depende de que la interpretación no se restrinja a los comentarios -o quizá con más frecuencia, a los silencios- del analista, sino que a su vez sea complementada por el análisis de este último, así como por la práctica de la supervisión, en orden a dar cuenta de la inevitable contratransferencia del analista que resulta de una concepción abstracta, dual y simétrica, de la experiencia analítica. No obstante, es precisamente en la transferencia donde el síntoma muestra su aspecto más díscolo: los fenómenos de resistencia sirvieron a Freud como rasgo pertinente para distinguir en 1912⁴⁷² entre una transferencia positiva y una transferencia negativa, dos polos ideales en virtud de los cuales resultaba enjuiciable el proceso mismo del análisis. Si es cierto que el desarrollo de la clínica lacaniana conjuga la pretensión de comunicabilidad con la atención a aquello que puede siempre desmontar cualquier construcción sistemática, no resulta extraño que en tal desarrollo se aprecie cómo el mecanismo de interpretación va perdiendo terreno al mismo tiempo que disminuye el papel concedido al registro simbólico y al orden signifiante en beneficio de otra concepción semiótica. Cuando se presta atención, no ya a la aparición de expresiones anómalas en el discurso del analizante, sino a la imposibilidad de aplicar el marco transferencial construido según el modelo del signifiante y la castración -no hay que olvidar que Freud concibe la teoría de la transferencia a partir de un caso de histeria- a la transferencia psicótica, se pone de manifiesto que la concepción semiótica puesta en juego en la clínica psicoanalítica resulta impotente a la hora de dar cuenta de la relación del síntoma con el costado productivo de la repetición y conseguir aprehender algo así como una condición incondicionada del aparato psíquico y sus formaciones. De este modo, se hace patente cómo la interpretación simbólica, a pesar de su pretensión correctiva respecto de la relevancia concedida a lo imaginario en la recepción inmediata del legado freudiano, resulta impotente a la hora de remitir los fenómenos de repetición al peculiar estatuto de lo virtual sin que otra concepción de la identidad -ahora no

analizante) se están poniendo en juego tres cuestiones de las que deberemos dar cuenta en esta parte del trabajo. En primer lugar, resulta necesario considerar una noción que, si bien Lacan recoge de la *Ichspaltung* freudiana, rara vez es tomada en la bibliografía sobre Lacan de acuerdo con el grado de problematización que introduce, a saber, la noción de sujeto barrado, escindido o tachado (representada por \$). La primera cuestión que se plantea es la de dilucidar si tal división se ejerce sobre una unidad previa, si tiene lugar de acuerdo con una suerte de diferencia específica y qué carácter tienen las partes resultantes de tal operación. En segundo lugar, se plantea el problema de determinar el estatuto de saber al que aspira o en el que debe concebirse como inserto o como proceso constituyente la clínica psicoanalítica. Por último, atendiendo a las dos cuestiones precedentes, el problema que se plantea concierne al propio discurso psicoanalítico, esto es, a si dicho discurso puede o no suponer una forma de intervención tal que, lejos de constituir una axiomática que, conforme la constitución y el funcionamiento característicos del régimen capitalista efectuase reterritorializaciones orientadas al mantenimiento de la continuidad característica de dicho régimen.

472 Cf. Freud, S., (1912) “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, en *Op.cit.* vol. VII.

ya especular, sino la identidad del elemento en virtud de las leyes de la estructura- venga a concebirlo de acuerdo con el modo de ser de lo corpóreo y remita la expresión al sistema de relaciones constantes del que resultan entidades homogéneas y relativamente estables. Conservando la delimitación lacaniana del ámbito propio de la práctica analítica a partir del lenguaje y la transferencia es posible seguir un movimiento que recorre todo el pensamiento de Lacan transformando el sentido de lo que debe ser entendido como determinación fundamental del lenguaje, así como de las capacidades y la pertinencia de la interpretación en el contexto de dicha práctica: si lo sintomático se manifiesta en la transferencia como hecho del lenguaje, la clínica lacaniana, en su función sintomatológica, compromete y desarrolla cierta concepción del signo lingüístico, pero también de lo que resiste a tal signo y es precisamente esta atención a la resistencia lo que puede abrir el agenciamiento psicoanalítico a otra posición ontológica que ya no esté subordinada al modelo de la identidad y del reconocimiento. De este modo, resultaría una impugnación de las categorías clínicas tradicionales basadas en la distinción de tres estructuras fundamentales, a saber, neurosis, psicosis y perversión, puesto que tales estructuras, a pesar de no constituir propiamente “especies” de algo así como un aparato psíquico en general, lo cierto es que en todo momento mantienen la referencia a la lógica constitutiva del complejo de Edipo y designa tres modos distintos de relación entre ley y negación.

6.2. Tres estructuras, tres modos de entender la negación.

En la medida en que el reproche de Deleuze respecto al psicoanálisis tiene que ver con la denuncia de un cierto paso atrás ante lo que debiera ser considerado el genuino descubrimiento freudiano -como ya hemos expuesto en el capítulo anterior-, y por cuanto dicho paso atrás tiene todo que ver con un movimiento de reterritorialización -ya sea en lo icónico del significado como entidad de contenido correspondiente, ya en lo simbólico como remisión a la estructura del significante- que de un modo u otro introduce la referencia a la ley y a la triangulación edípica -negando así la posibilidad de una catexis directa de las determinaciones sociales y sustrayendo al deseo su potencia productiva en tanto proceso-, esbozaremos muy esquemáticamente la diferencia entre las tres estructuras clínicas fundamentales del psicoanálisis de acuerdo con la posición que la enunciación adquiere en referencia a la función fálica o metáfora paterna. Partiendo de esta sucinta caracterización de cómo las tres estructuras clínicas características del psicoanálisis encuentran una reformulación a través de la introducción de la triada lacaniana de lo real, lo imaginario y lo simbólico, quedarán definidas provisionalmente tres condiciones o

regímenes de acuerdo con los que pueden ser entendidas las diferentes enunciaciones en relación con la demanda y la experiencia del análisis: para acometer esta presentación nos serviremos de las diferentes figuras que la negación adquiere según la estructura pueda ser definida como neurótica, psicótica y perversa. Los términos “*Verneinung*”, “*Verleugnung*” y “*Verwerfung*” designan en la lengua alemana distintas versiones de lo que en español entendemos sencillamente como “negación”. La literatura psicoanalítica, en especial por lo que toca al acercamiento que Lacan establece respecto de las formaciones psicóticas en el *Seminario 3*, ha pretendido sortear el carácter frecuentemente coloquial de su uso en el texto freudiano, llegándose así a su adscripción como mecanismos psíquicos diferenciados a ciertas patologías específicas aunque la correspondencia diste mucho de resultar perfecta. Las distintas formas en las que estos términos han sido vertidos al francés y al español acentúan su equivocidad, de modo que comenzaremos nuestro tratamiento de las mismas a partir de una cierta recapitulación de sus vicisitudes en la traducción. Encontramos el término “*Verneinung*”(negación), tanto en la edición de las obras de Freud de Biblioteca Nueva como en la de Amorrortu, traducido como “negación”, si bien la explicación de lo que el término designa nos hará ver que dista mucho de poder ser reducida a la mera negación en sentido lógico. En la literatura psicoanalítica en lengua francesa se vierte frecuentemente como “*dénégation*”, aunque también se contempla la posibilidad de uso del término “*négation*”. Así, la peculiar modulación que exige la traducción de “*Verleugnung*” exigirá el empleo de otros términos. En lengua alemana designa un modo de la negación emparentado con la mentira y el fingimiento, relacionado estrechamente con la difamación (*Verleumdung*). El parentesco con el fingimiento y el disimulo permite reconocer su papel social en la conjugación de alianzas y filiaciones, en consonancia con la descripción que Deleuze y Guattari toman de Leach⁴⁷³ y desarrollan en *El Antiedipo*⁴⁷⁴, y de cuya cercanía con respecto a la difamación y su empleo para la negación del trato con alguien (al estilo de las bíblicas negaciones de Pedro) ya se servía Deleuze en su *Presentación de Sacher-Masoch* para dar cuenta del fenómeno específico del masoquismo. Por su parte, “*Verwerfung*” tiene más bien un sentido predominantemente jurídico, como “recusación”, es decir, poner en cuestión legítimamente a la autoridad dentro de un proceso jurídico para que no pueda actuar en el mismo, aunque también puede designar una dislocación, sea ésta en el orden de las palabras o en tanto que discontinuidad de una superficie, o simplemente un rechazo. Siguiendo el hilo del primer sentido expuesto, la edición de Amorrortu emplea el término “desestimación”, mientras que en la edición de Biblioteca Nueva el término se vierte de muy diversos modos dependiendo del contexto, apareciendo como “exclusión”, “rechazo” o “repulsa” entre otros. Lacan propone, por su íntima

473 Cf. Leach, E., *Op.cit.*

474 Cf. *AE*, pp.159-194.

relación con las formaciones psicóticas, en las que pasará a ser elemento definitorio, traducir la “*Verwerfung*” freudiana por “forclusion”, galicismo inveterado que ha sido en general adoptado en español (tanto en las traducciones supervisadas por Jacques Alain Miller como en la práctica totalidad de la bibliografía secundaria) para dar cuenta de la especificidad de la estructura psicótica.

La formulación lacaniana de la estructura neurótica, por cuanto constituye la referencia recurrente en virtud de la cual Deleuze y Guattari pueden reprochar al psicoanálisis resultar tan incompetente como la psiquiatría tradicional a la hora de dar cuenta de la esquizofrenia como proceso y del carácter productivo del deseo, viene determinada esencialmente por el modo en que la *Verneinung* freudiana es recibida de acuerdo con una comprensión simbólico-estructural del complejo de Edipo. Lacan expone la función de este mecanismo dentro de su propia concepción de la estructura neurótica a partir del comentario realizado en el contexto de su seminario por Jean Hyppolite⁴⁷⁵ del texto de Freud de 1925 que trata específicamente esta noción: *La negación*⁴⁷⁶. La *Verneinung*, según la formulación que propone Hyppolite en su comentario, sería la presentación del ser bajo la forma del no ser, es decir, la presentación en forma negativa en el discurso del sujeto de lo reprimido que está a punto de dejar de serlo: así pues, aparece estrechamente relacionada con la represión y, por tanto, con la instauración de la ley. Resulta necesario diferenciar tres registros en el seno de la simbolización: la *Verdichtung*, la *Verdrängung* y la *Verneinung*. La *Verdichtung*, término que puede verse del alemán por “condensación”, aparece como el registro constituido propiamente por la metáfora inaugural, a saber, por el acceso al lenguaje en virtud de la instalación de la metáfora del Nombre-del-Padre. La conocida tesis de Lacan de “el inconsciente estructurado como un lenguaje” conlleva la comprensión de los conocidos procesos freudianos de “condensación” y “desplazamiento” como “metáfora” y “metonímia” respectivamente, de acuerdo con la caracterización de tales tropos que Lacan toma de Jakobson. La metáfora tiene lugar sobre el eje paradigmático de la lengua, esto es, sobre la sincronía de la estructura, como proceso de enriquecimiento léxico en virtud del cual es posible designar algo a través del nombre de otra cosa. Es por tanto una sustitución significativa, de tal modo que el significado que se asocia al significante sustituto es, él mismo, un signo, constituido por un significante articulado con un significado. Como queda suficientemente ilustrado en el *Seminario sobre la carta robada*⁴⁷⁷ -donde se muestra cómo, en el

475 Cf. “Introducción y respuesta a una exposición de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, en *Seminario I* 10/2/1954; Hyppolite, J., “Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud”, en *E2*.

476 Freud, S., (1925), *La negación* en *Op.cit.* Vol. XIX.

477 Cf. *E1*.

relato de Poe⁴⁷⁸, la carta actúa como significante, vehiculando un significado distinto en función de la posición que ocupe en cada una de las tres escenas planteadas- el tratamiento lacaniano de la metáfora sostiene su posición de la primacía del significante sobre el significado, modificando así el modelo saussureano con consecuencias de las que daremos cuenta en el capítulo siguiente, si bien la principal de ellas consiste en que introduce una concepción de la comunicación en la que ya no es el lenguaje el que se pone a disposición, en calidad de instrumento, de un sujeto lógicamente anterior y en cierto sentido independiente respecto del orden simbólico, sino que más bien el sujeto, en su constitución escindida, es un efecto del significante. Es en la autonomía del significante donde radica la aptitud de la metáfora para la producción de sentido: en el acceso a lo simbólico y la superación de la castración está en juego una sustitución significativa, esto es, la del significante del deseo de la madre por otro significante, el *Nombre-del-Padre*, por lo que el primer significante resulta reprimido en el acto de la simbolización primordial de la ley. En esta sustitución lo que se realiza es el tránsito que Lacan formula -acusando la influencia de su asistencia los seminario de Kojève- desde la dialéctica del ser a la del tener, a saber, el niño debe sustraerse a la vivencia inmediata de ser el objeto de deseo de la madre y sustituirlo simbólicamente. De este modo, el niño puede llegar a distinguirse tanto de la vivencia inmediata en la que era el posible objeto de deseo de la madre como del sustituto simbólico, accediendo a la dimensión del “tener” y, por tanto, pudiendo constituirse como sujeto deseante. El Nombre-del-Padre aparece así como el significante cuya función simbólica constituye el lugar de la ley, haciendo por tanto inaccesible en el Otro -que en estos momentos de la enseñanza es aún asimilado simplemente al código, es decir, al sistema de la lengua tal cual es concebido en el *Cours* de Saussure- la presencia del significante del deseo de la madre y actualizando el orden de la falta como castración simbólica, esto es, como la pérdida simbólica de un objeto que ya no podrá ser más que imaginario. El correlato de la metáfora inaugural, de la *Verdichtung*, es la represión originaria, la *Urverdrängung*, que asegura el acceso de lo real inmediatamente vivido en la dialéctica del ser a su simbolización en el lenguaje, por cuanto lo reprimido es aquello que ha sido relegado al inconsciente por el advenimiento de la metáfora del Nombre-del-Padre. De hecho, no es sino el acceso a la simbolización en la *Verdichtung* aquello que posibilita el advenimiento de la estructura del sujeto como escindida y la formación del inconsciente como “discurso del Otro”, puesto que sólo en el Otro será posible recuperar aquello que se ha perdido para siempre por el sujeto en el acceso al lenguaje y por la asunción de la castración: lo reprimido, lo perdido, no es sino lo que la instauración de la ley oculta y pertenece al orden de aquello que “no se sabe que se sabe”. El inconsciente resulta así concebido en exclusiva conforme al automatismo de la cadena significativa y remitido por tanto a las leyes de la

478 Poe, E. A. *The Purloined Letter*, en *The Gift*, 1844.

estructura, en virtud de las cuales es posible hacer de la enunciación del analizante el objeto de una interpretación, puesto que lo dicho en el enunciado jamás es para el analista, ni para la posición que efectúa la demanda de análisis, aquello que se quería decir. Correlativamente, el deseo resulta concebido precisamente como determinado por dos posiciones, estratificado entre lo que efectivamente formula y supone el dicho y un hipotético mensaje que el código censura: desde este momento, el deseo sólo aparece como cautivo del significante, en tanto que *falta* en el lugar del Otro, de tal modo que sólo podrá identificarse metonímicamente con significantes sustitutivos del objeto perdido. La *Verneinung* vendría a actuar conforme al mismo régimen metafórico, proporcionando en el juicio negativo un sustituto consciente para la represión, liberando así al pensamiento de las limitaciones de ésta, aunque en absoluto llegando a suprimirla, puesto que «la cadena, de todos modos, sigue circulando por lo bajo, expresando sus exigencias»⁴⁷⁹-, sino simplemente posibilitando el reconocimiento de la insistencia del inconsciente al nivel de la conciencia.

«La *Verneinung* es del orden del discurso, y concierne a lo que somos capaces de producir por vía articulada. El así llamado principio de realidad interviene estrictamente a este nivel. Freud lo expresa del modo más claro en tres o cuatro lugares de su obra, que recorrimos en distintos momentos de nuestro comentario. Se trata de la atribución, no del valor del símbolo, *Bejahung*, sino del valor de existencia. A este nivel, que Freud sitúa en su vocabulario como el del juicio de existencia, le asigna, con una profundidad que se adelanta mil veces a lo que se decía en su época, la siguiente característica: siempre se trata de volver a encontrar un objeto»⁴⁸⁰.

La pertenencia de la *Verneinung* al orden del discurso implica que su ubicación dentro de la *Bejahung* debe tener en cuenta la posición freudiana que considera la función del juicio como reposando sobre dos decisiones, correspondientes a la consideración de la negación según se trate de juicios de atribución o de juicios de existencia⁴⁸¹. La decisión de atribuir o rehusar es situada por Freud en un nivel pulsional, en tanto que pone fin a un estado de indiferenciación presubjetivo e inaugura la vigencia del principio del placer y la constitución diferenciada del yo conforme a las reterritorializaciones específicas del orden simbólico, esto es, consolida la prefiguración de la propia identidad en lo imaginario sobre la que nos extenderemos más adelante al considerar la experiencia del espejo en relación con la distinción netamente lacaniana entre lo *unario* y lo *uniano*. De acuerdo con las tesis freudianas, en el juicio de atribución se efectúa una determinación actual-corpórea del yo que constituye una forma de interioridad conforme a una distinción excluyente entre representaciones. El nivel de este yo-placer ya

479 *Seminario 3*, 11/1/1956.

480 *Ibidem*.

481 Como tendremos ocasión de desarrollar en los capítulos siguientes (en especial en el octavo y el noveno), Lacan se hace cargo de esta división y desarrolla tanto su concepción del discurso como dispositivo capaz de constituir lazo social como la relevancia de la existencia, no ya de lo afirmado en el enunciado, sino de la enunciación misma frente a la dimensión meramente significativa del dicho. v. *supra*, caps. 7, 8.

implica, por tanto, simbolización, por cuanto podemos decir que hay representatividad en la imagen y relación de oposición en la consideración de lo introyectado y lo rehusado: ahora bien, tal división entre lo interior y lo exterior resulta indiferente desde el punto de vista de la producción, por cuanto aquello que resiste la simbolización exige una consideración peculiar en relación con la distinción interno-externo. No obstante, este nivel es también aquel en el que la representación simbólica de lo que Lacan considera el registro de la necesidad aparece ligada a una representación mnésica de satisfacción afectivamente investida, pudiendo engendrarse la confusión entre el objeto representado y el objeto real que vendría a colmar las carencias de un sujeto mítico de la necesidad, anterior a la instauración del orden simbólico. Es necesario, por tanto, el tránsito hacia el siguiente nivel, el del juicio de existencia y el yo-realidad, donde la decisión concierne al hecho de saber si algo presente en el yo como representación, algo introyectado en la atribución, es susceptible de ser encontrado en la percepción: la caracterización de la esquizofrenia en Freud no acaba nunca de desembarazarse de esta función conferida al principio de realidad, lo que constituye un núcleo de persistencia de una comprensión del proceso esquizofrénico como movimiento regresivo y constitución degenerada del aparato psíquico. La posibilidad a nivel de la atribución de que la satisfacción sea brindada por una representación “alucinada” del objeto, esto es, por la mera carga de la huella mnésica en la memoria, es refrenada, según Freud, por el principio de realidad, que supone que «el sujeto no tiene que encontrar al objeto de su deseo, no es conducido hacia él por los canales, los rieles naturales de una adaptación instintiva más o menos preestablecida, y por lo demás más o menos trastabillante, tal y como vemos en el reino animal; debe en cambio volver a encontrar el objeto, cuyo surgimiento es fundamentalmente alucinado. Por supuesto, nunca lo vuelve a encontrar, y en esto consiste precisamente el principio de realidad»⁴⁸². De este modo, la huella mnésica deja de ser capaz de proporcionar la satisfacción y se convierte, por mediación de lo simbólico y la alienación posterior en lo imaginario, en modelo de búsqueda para la acción motora del sujeto, que pone a su yo en contacto con las excitaciones exteriores (por definición sustitutivas y no concluyentes) para después retirarse hacia sí: a partir de la distinción exterior-interior, se gesta el campo propio del inconsciente por obra de la *Bejahung*, campo que sólo podrá ser reconocido por el yo en tanto se presente en una fórmula negativa.

Por el contrario, en la estructura psicótica, la distinción entre lo interior y lo exterior, el principio de realidad y el principio del placer resultan cuestionados, y tanto Freud como Lacan señalan que tal cuestionamiento debe ser remitido a una disposición refractaria o deficitaria con respecto a esta *Bejahung* inaugural. El significado que puede ser inferido en los textos de Freud a

482 *Seminario 3*, 11/1/1956.

partir del empleo del término *Verwerfung* resulta en principio ambiguo, puesto que, al constituir la estructura neurótica en todo momento la referencia prioritaria, frecuentemente aparece como sinónimo de “defensa” en general. Esta sinonimia no fue disuelta hasta 1926, con el escrito *Inhibición, síntoma y angustia*⁴⁸³, momento a partir del cual comienza a designar un mecanismo descubierto a partir del estudio de las psicosis, de ahí que la traducción lacaniana de *Verwerfung* por “forclusión” encuentre su sentido, dejando a un lado otros muchos factores⁴⁸⁴, en la posibilidad de disponer de un término específico para dar cuenta de un rasgo distintivo de los procesos psicóticos, de un mecanismo que en absoluto tiene que ver con la represión⁴⁸⁵. Mientras que la *Verdrängung* consiste en el rechazo de algún contenido del ámbito de la conciencia hacia lo inconsciente, cuyo retorno constituirá el síntoma del neurótico, el término *Verwerfung* designa un rechazo de la castración, de tal modo que lo reprimido resulta ser precisamente la metáfora inagural, y su retorno, al no poder producirse desde el interior de la estructura, aparece desde su exterior, esto es, desde lo real mismo que ha quedado fuera de la *Bejahung*: la aparición de lo excluido sólo podrá acontecer en lo real por cuanto lo simbólico resulta carente de un modelo de cierre. No es por tanto que, dentro de la propia *Bejahung*, algo sea negado, considerado como ajeno al ser del sujeto en la conciencia, sino más bien de una alternativa en el origen, esto es, en el nivel mismo de la propia simbolización.

«algo que fue rechazado en el interior reaparece en el exterior (...) Previa a toda simbolización -esta anterioridad es lógica no cronológica- hay una etapa, lo demuestran las psicosis, donde puede suceder que parte de la simbolización no se lleve a cabo. Esta etapa primera precede toda la dialéctica neurótica, fundada en que la neurosis es una palabra que se articula, en tanto lo reprimido y el retorno de lo reprimido son una sola y única cosa. Puede entonces suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado»⁴⁸⁶

Partiendo del comentario de Hyppolite del texto de Freud sobre la *Verneinung*, Lacan ubica la *Verwerfung* en una de las dos fases de la dialéctica de la *Verneinung*, a saber, al nivel de la propia *Bejahung* y no al de la expulsión fuera del sujeto que la misma opera. La forclusión se revela así como lo que se opone a la simbolización. «En el origen hay pues *Bejahung*, a saber, afirmación de lo que es, o *Verwerfung*»⁴⁸⁷, de tal modo que el destino de lo que es forcluido será radicalmente distinto del de lo reprimido. Este déficit de simbolización recae precisamente sobre el significante Nombre-de-Padre, en tanto que instauro el límite en el orden simbólico, encarna la ley y orienta el desplazamiento de la cadena significante que constituye el carácter metonímico

483 Cf. Freud, S., (1926), en *Op.cit.* Vol. XX.

484 En este sentido nos remitimos a la entrada homónima en Gárate, I., Marinas, J.M., *Op.cit.* pp. 134-135.

485 «¿Qué es el fenómeno psicótico? La emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería-en la medida en que no se puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización- pero que, en determinadas condiciones, puede amenazar todo el edificio» *Seminario 3*, p.122. (fecha)

486 *Seminario 3*, 11/1/1956.

487 *Ibidem*.

del deseo. La asunción de la castración y la función paterna se dan en el reconocimiento de lo simbólico, en la afirmación inaugural de la *Bejahung*, en la que radica el juicio atributivo del sujeto del inconsciente. La forclusión del Nombre-del-Padre representa el fracaso de la metáfora paterna y neutraliza por tanto el proceso de la represión originaria, por lo que el mecanismo de la *Verneinung* no tiene cabida en el tratamiento del fenómeno psicótico y, desde esta perspectiva, las formaciones lingüísticas propias del paciente (neologismos, ausencia de metáforas, glosolalia, autoreferencia en tercera persona, identificación con los nombres de la historia...) no pueden aparecer para la consideración clínica sino como deficitarias.

En lo que respecta a la estructura perversa, no se encuentra en Freud una delimitación explícita del término *Verleugnung* hasta 1927, en su escrito titulado *Fetichismo*⁴⁸⁸. La *Verleugnung* es entendida como un mecanismo psíquico específico que actúa ante la percepción externa de la diferencia fisiológica entre los sexos, esto es, como reacción ante la falta de significativo para designar la sexualidad femenina. Freud, ya en 1925, lo caracteriza como “*un proceso que no parece ser raro ni muy peligroso en la infancia, pero que en el adulto significaría el comienzo de una psicosis*”⁴⁸⁹, de tal modo que podemos considerar que el rechazo total de la diferencia sexual anatómica conduciría a un proceso psicótico, con lo que nos encontraríamos en el campo de la *Verwerfung*. La *Verleugnung* por sí misma no es un mecanismo psicótico, aunque comparte con él el rechazo de la percepción de lo real, es decir, el carácter de ser una respuesta frente a la frustración experimentada en la inadecuación de la realidad anatómica femenina a la imagen del cuerpo propio, pero este rechazo se complementa con cierto grado de aceptación, de asunción de la castración. Así, la coexistencia de *Verleugnung* y *Bejahung* posibilitan la patentización de la escisión del yo [*Ich-Spaltung*] en el fantasma perverso del fetichismo⁴⁹⁰. El fetiche testifica la persistencia del papel de la realidad comprobada a pesar del rechazo del que ha sido objeto. Teniendo como punto de partida el terror de la castración, vinculado a la percepción de la diferencia sexual anatómica, y la correlativa

488 Freud, S., (1927), “Fetichismo”, en *Op.cit.*, vol. XXI.

489 Freud, S., (1925), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* en *Op.cit.*, vol. XIX.

490 «No debe creerse que el fetichismo represente un caso excepcional en lo que a la escisión del yo se refiere, pues no es más que una condición particularmente favorable para su estudio. Retomemos nuestra indicación de que el yo infantil, bajo el dominio del mundo real objetivo, liquida las exigencias pulsionales inconvenientes mediante la denominada represión (*Verdrängung*). La completamos ahora con la nueva comprobación de que en la misma época de su vida, el yo se ve a menudo en la situación de rechazar una pretensión del mundo exterior que le resulta penosa, cosa que logra mediante la renegación (*Verleugnung*) de las percepciones que le informan de esa exigencia planteada por la realidad. Tales renegaciones son muy frecuentes, no sólo entre fetichistas, cada vez que logramos estudiarlas resultan ser medidas de alcance parcial, tentativas incompletas para desprenderse de la realidad objetiva. El rechazo siempre se complementa con una aceptación. Siempre se establecen dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes, que dan por resultado una escisión del yo» Freud, S, *Esquema del psicoanálisis* en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, pp.3416-3417.

aparición de la amenaza de castración correspondiente a la posesión en el registro de la dialéctica del tener, es decir, en el estadio propio de la instauración de la ley simbólica, el fetichismo encarna en un significante la operación específica de la *Verleugnung*. El carácter significativo del fetiche es explicitado por Lacan en su texto *Kant avec Sade*⁴⁹¹ a propósito del papel del propio agente del tormento como objeto dentro del fantasma sádico: Lacan señalaba cómo la operación metafórica de la función fálica determinaba al sádico como instrumento al servicio del goce del Otro. El objeto causa del deseo (noción específicamente lacaniana sobre la que deberemos extendernos en los capítulos siguientes) es sustituido por el objeto que constituye el agente del tormento, de tal modo que el goce del Otro puede aparecer en la escena fantasmática ya que, en su función de diferir la instauración de la ley en la metáfora del Nombre-del-Padre, presentifica a través de la ascesis de la apatía sádica la figura del Padre-del-Goce, directamente relacionable con el padre de la horda de *Totem y Tabú*⁴⁹² por cuanto representa un régimen irrestricto del deseo, previo a la castración y a la localización de la función fálica. Es este carácter significativo del fetiche el que obliga a concebir las formaciones perversas como inmersas de lleno en la problemática fálica, e impide explicarlas a partir de la hipotética supervivencia de ciertos elementos o estadios “pre-genitales” en el sujeto. Esta renuncia a entender el funcionamiento perverso según el modelo de la regresión también está presente en Deleuze, puesto que, al tratar de articular una comprensión específica del masoquismo, en ningún caso concibe el fantasma como sosteniéndose sobre elementos parciales pertenecientes a un estadio de indiferenciación previo a toda constitución subjetiva, sino que refiere lo directamente a la instancia del yo ideal. El fetiche no representará al pene real, sino al pene en tanto puede faltar, esto es, en tanto puede ser atribuido a la madre al tiempo que se reconoce su ausencia. Encontramos en esta alternancia en la que se instala el perverso la característica fundamental de la alternancia presencia-ausencia propia del registro simbólico y que Freud ilustra en *Más allá del principio del placer* con la descripción del juego del *Fort-Da*⁴⁹³. El fetiche es, fundamentalmente, un sustituto del pene materno, y en tanto la sustitución significativa es idéntica al acceso al lenguaje, podemos situar en el punto de la metáfora inaugural el momento afectado por la ambigüedad que el perverso mantiene respecto de la castración. La alternancia presencia-ausencia es constitutiva de la esencia metafórica y representativa del lenguaje; la palabra, en la conocida formulación de Lacan, es el asesinato de la cosa, puesto que la elimina al tiempo que la hace subsistir bajo otra forma. El fetiche se revela así como el elemento significativo imprescindible en para la

491 Cf. *E2*.

492 Cf. Freud, S., (1913), *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y los neuróticos*, en *Op.cit.* vol. VIII.

493 Cf. Freud, S., (1920), *Más allá del principio del placer*, en *Op.cit.* vol. XVIII.. Esta descripción constituye un precedente para lo que en Lacan designará como un régimen de funcionamiento semiótico previo a la constitución significativa del orden simbólico a través de su concepto de *lalange*.

identificación del objeto con el sujeto que el fantasma perverso opera, si bien su función dista mucho de poder reducirse a las condiciones de posibilidad del orden simbólico. La estructura de la perversión aparece así como mecanismo de conjugación de dos formas de unidad o, más bien, de dos ámbitos heterogéneos en virtud de los cuales la unidad es producida o reproducida reflexivamente, a saber, por un lado, una forma de unidad precaria o metaestable, engendrada en virtud de diferencias de potencial, y, por otro, una constitución unitaria y reflexiva, definida por el cierre sistemático y representacional que efectúa el ingreso en el orden simbólico, determinando las reterritorializaciones admisibles en orden a garantizar la constancia de la operación de cierre que constituye la función fálica. Lo colectivo, tal y como lo conciben Deleuze y Guattari, persiste a ambos lados de una doble articulación -para cuya comprensión podemos remitirnos al modelo de sedimentación y plegamiento presentado al comienzo del tercer capítulo de *Mil Mesetas*⁴⁹⁴- como aquello que se hurta a toda localización y a toda especificación, introduciendo en el orden instaurado por lo simbólico la presencia sin representación de multiplicidades a-métricas y preindividuales a las que puede ser reconocida una potencia propiamente sintética y productiva. Como se expondrá en el penúltimo capítulo, Lacan designa con el término “discurso” el modo de consolidación explicitable o formalizable de los agenciamientos colectivos de enunciación en el que lo no explicitable persiste (o más bien, “insiste”) como lo real, lo sintomático, lo resistente a la interpretación que remite la enunciación a un centro de significancia o a un punto de subjetivación. El que el psicoanálisis tenga como objeto específico precisamente este componente anómalo, y que además lo conciba como producido en el contexto específico de la transferencia, hace del discurso psicoanalítico un dispositivo de enunciación particular, inserto o conectado con otras formaciones discursivas en el seno de determinado campo social, de tal modo que la enunciación clínica deberá dar cuenta, de un modo u otro, de la presencia de lo colectivo en la enunciación sintomática. Por cuanto la clínica lacaniana constituye en sí misma un proceso de producción conceptual que explícitamente se desliga de toda vocación de sistema, dedicaremos las secciones siguientes a examinar algunas de estas producciones con el propósito de valorar hasta qué punto la exigencia de dar cuenta de lo real que deriva del peculiar estatuto de su objeto se conjuga con una vocación de formalización que pretende asegurar la transmisibilidad de lo que la experiencia del análisis es capaz de revelar. De dicho examen deberá resultar algún tipo de consideración relativa a la posibilidad o imposibilidad de un acceso a lo real no mediado por la función fálica y, correlativamente, una revisión de la función de la clínica y la práctica psicoanalíticas para determinar si es posible que ésta pueda constituir, no ya una forma de redoblar la sujeción que las condiciones de una enunciación individualizada impone al deseo, sino una práctica propiamente

494 Cf. *MP*, pp.48-49.

experimentadora que, deshaciendo la escisión entre lo libidinal-privado y lo económico-político, sea capaz de bregar con la potencia productiva e infraestructural del deseo.

7. Concepciones semióticas del síntoma en el desarrollo de la clínica lacaniana.

7.1. El síntoma: metáfora y encadenamiento desde la perspectiva del inconsciente simbólico.

En esta sección comenzaremos por exponer en qué sentido la concepción lacaniana del síntoma, durante los primeros años de su enseñanza, comporta una dimensión metafórica que la hace así inseparable del régimen significante y arrastra toda la clínica psicoanalítica desarrollada por Lacan, al menos hasta finales de la década de los 60, al entorno de aquella concepción del lenguaje y el deseo que Deleuze y Guattari hacen objeto de su crítica y que es solidaria con respecto a la Imagen del pensamiento de la que la creación conceptual deleuzeana busca emanciparse. La presencia de referencias explícitas a nociones y autores pertenecientes al campo de la lingüística no aparece en la obra de Lacan hasta 1957, con su texto “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”⁴⁹⁵, en el que las alusiones a Saussure, Benveniste y Jakobson apuntalan un abordaje del inconsciente en función de las leyes del lenguaje. No obstante, ya en 1953, tanto en el texto “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”⁴⁹⁶ como en dos conferencias (el inaugural “Discurso de Roma”⁴⁹⁷ y la exposición ante la recién estrenada Sociedad Francesa de Psicoanálisis, “Lo simbólico, lo imaginario y lo real”⁴⁹⁸), resulta evidente la contaminación de la clínica por parte del campo de la lingüística; en concreto, y por la importancia central reconocida al registro de lo simbólico, por el de la “nueva lingüística” en su vertiente estructuralista, a pesar de que en estos primeros años el vínculo con el estructuralismo lingüístico se establece fundamentalmente por mediación de la obra de Levi-Strauss. Tal prioridad responde a una necesidad específica planteada por la práctica y la clínica analíticas pretendidamente herederas de las tesis de freudianas, necesidad ésta que justifica la pertinencia de un “retorno a Freud” puesto que el “postfreudismo” aparecía para Lacan como una suerte de procedimiento tecnológico ligado a una concepción teórica sesgada y dogmática que sólo retenía del *corpus* freudiano aquellos aspectos ligados con la dimensión de lo imaginario, evitando así los efectos más subversivos y productivos de su “descubrimiento del inconsciente”. A partir de las limitaciones de esta lectura resultaba una concepción del inconsciente como depósito de significaciones profundas u originarias a interpretar en la práctica analítica, que a su vez se orientaba a derribar cualquier formación resistente capaz de impedir al analizado el paso de una pregenitalidad patológica a una genitalidad normal en el marco de un yo reforzado por la

495 Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, Mexico, Siglo XXI, 1984.

496 Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” en *EI*.

497 Lacan, J., “Discours de Rome”, 26/9/1953, en *Autres écrits*, París, Seuil, 2001.

498 Lacan, J., “Lo simbólico, lo imaginario y lo real”, 8/7/1953, en *De los Nombres del Padre*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

experiencia analítica. Lacan propone, en principio, la recuperación de tres textos a propósito de los que postula la necesidad de tomar en consideración el registro específico de lo simbólico en orden a liberar toda la potencia del proyecto freudiano, a saber, *La interpretación de los sueños*⁴⁹⁹, *Psicopatología de la vida cotidiana*⁵⁰⁰ y *El chiste y su relación con el inconsciente*⁵⁰¹. Como veremos más adelante, la escasa atención prestada a un escrito tan significativo como *Más allá del principio del placer*⁵⁰² no es del todo casual, puesto que si todo “retorno a” -en el sentido definido por Foucault- conlleva necesariamente elipsis y sustracciones, la preeminencia de lo simbólico en los primeros quince años del pensamiento de Lacan encuentra en las resistencias, tanto del Ello como del superyó, presentadas en el texto de 1920 objeciones de peso a las que sólo muy superficialmente podrá hacer frente desde la concepción teórica que erige en estos primeros años: la compulsión a la repetición no podrá ser abordada más que como una cierta memoria simbólica que justifica el retorno de lo reprimido bajo el modelo de la repetición reproductiva y deja desatendidos sus aspectos productivos reales, esto es, aquellos que, sin ser necesariamente actuales, se sustraen al mecanismo de la metáfora y a la estructura del yo. Frente a ello, Lacan formula lo que Jacques Alain Miller⁵⁰³ propone que sea considerado como un axioma, a saber, la tesis según la cual el inconsciente “está estructurado como un lenguaje”, subrayando especialmente la relevancia y autonomía del aspecto sistemático en detrimento de las efectuaciones y ocurrencias concretas: las formaciones del inconsciente aparecen para la clínica lacaniana como “hechos” de lenguaje y son referidas a operaciones eminentemente estructurales. En este sentido, la recepción que Lacan hace del carácter pictográfico de las imágenes del sueño señalado por Freud⁵⁰⁴ justifica el postulado de una comunidad estructural del inconsciente y sus formaciones, de tal modo que la interpretación del síntoma es referida a las leyes del lenguaje. Si bien en un principio tal referencia, basada en cierta medida en la concepción saussureana del signo, considera al síntoma como el significante de un significado reprimido -lo que deja abierto el camino para la reintroducción del inconsciente entendido como depósito de significaciones profundas que Lacan busca impugnar-, en “La instancia de la letra o la razón desde Freud”

499 Freud, S., (1900), *La interpretación de los sueños* en *Obras completas*, Vols. IV-V, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

500 Freud, S., (1901), *Psicopatología de la vida cotidiana*, en *Op.cit.*, Vol. VI.

501 Freud, S., (1905), *El chiste y su relación con el inconsciente*, en *Op.cit.*, Vol. VIII.

502 Freud, S., *Más allá del principio del placer* (1920), en *Op.cit.*, Vol. XVIII.

503 Miller, J. A., *Recorrido de Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1984. p. 25

504 No es de extrañar que Lacan encuentre en la *Traumdeutung* elementos propicios para construir su retorno a Freud como revelación de la importancia que el orden de lo simbólico pueda tener de cara a adentrarse en el “descubrimiento freudiano”. No sólo el sueño es objeto de un tratamiento tan pomenorizado en manos de Freud por constituir una suerte de “excepción cotidiana” que es tomada como paradigma del resto de formaciones del inconsciente, sino que, además, la reivindicación metodológica de Freud -que lleva a preferir el término *Deutung* en lugar de *Wissenschaft*- se hace patente cuando propone considerar las imágenes del sueño no tanto en referencia a su valor de imágenes [*Bilderwert*], sino atendiendo a su valor significativo o simbólico [*Zeichenbeziehung*] al modo de lo que en los jeroglíficos resulta ser una escritura “por imágenes” o “pictográfica” [*Bilderschrift*].

alcanza una dimensión propiamente metafórica que cierra la estructura del lenguaje sobre sí misma. Antes de la reformulación lacaniana del algoritmo saussureano, el síntoma es concebido como “palabra plena”, es decir, como una efectuación de la estructura tal que el inconsciente, como lugar del significado, establece una correspondencia con el significante que justifica el carácter de “mensaje dirigido al Otro” del síntoma y una comprensión del lenguaje como mero código, lo que hace posible su inclusión dentro del modelo de la comunicación y la información⁵⁰⁵. Sin embargo, el carácter metafórico del síntoma no aparece hasta que el par significante/significado resulta objeto de una modificación esencial que establece la prioridad del significante sobre el significado, impugnando así tanto la correspondencia biunívoca entre ambos como la unidad e indisolubilidad de la relación: Lacan coloca al significante en la parte superior del su esquema, designado por una *s* mayúscula y separado del significado por una barra, al tiempo que elimina las flechas y el contorno elíptico que en el esquema de Saussure indican que el signo es una única entidad compuesta de dos caras correspondientes. La razón que propicia semejante modificación debe ser ubicada en la experiencia clínica -en la que Lacan se inicia de la mano de Clerambault- y se vincula directamente con aquellas ocurrencias en las que la correspondencia regida por el sentido común y el buen sentido se encuentra precisamente trastocada. El fenómeno de la repetición, la insistencia de expresiones que subvierten y transforman las correspondencias habituales de la significación, exige el reconocimiento de una independencia, al menos relativa, del plano de la expresión con respecto a los contenidos significados: «Esta exterioridad misma de lo simbólico con relación al hombre es la noción misma del inconsciente»⁵⁰⁶. Así, la prioridad indiscutible del significante sobre el significado garantiza la autonomía del sistema y el inconsciente deja de poder ser concebido como el secreto dominio de los significados profundos para pasar a ser entendido en términos de operaciones significantes, explicables desde una perspectiva exclusivamente sistemática. Se propone así una comprensión de la alteridad irreductible del Otro como opuesta a la alteridad imaginaria (siempre susceptible de ser asimilada en una identificación que no obstante conserva la marca de ese radical extrañamiento del sujeto con respecto a su propia imagen⁵⁰⁷) en función de la autonomía formal y el carácter determinante del registro de lo simbólico.

505 «el síntoma es aquí el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto. Símbolo escrito en la arena de la carne y sobre el velo de Maya, participa del lenguaje por la ambigüedad semántica que hemos señalado ya en su constitución. Pero es una palabra de ejercicio pleno, porque incluye el discurso del otro en el secreto de su cifra. Descifrando esta palabra fue como Freud encontró la lengua primera de los símbolos, viva todavía en el sufrimiento del hombre de la civilización» Lacan, J. “Discurso de Roma”, 26/9/1953, en *Autres écrits*, París, Seuil, 2001.

506 “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”, en *El*. p.450,

507 Cf. “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, 1949, en *El*.

Durante los cinco primeros seminarios (esto es, aproximadamente, hasta 1958), el trabajo de Lacan justifica la preeminencia del registro simbólico frente a los otros dos sobre la base de la noción de *orden*: si no cabe hablar en sentido estricto de un orden imaginario o un orden real es precisamente porque lo simbólico introduce la función de la ley a partir de la que cualquier orden resulta inteligible en cuanto tal. J. A. Miller habla a este respecto de una “pasión legalista” en el Lacan de los años 50, pasión que termina cuando en el *Seminario 6* propone la fórmula “no hay Otro del Otro” y orienta la clínica en un sentido completamente diverso tanto respecto de la vocación normalizadora criticada en los postfreudianos como en lo que toca a la prioridad indiscutible del orden simbólico: «Si la enseñanza de Lacan tiene un sentido, una dirección, es la del desmantelamiento metódico, constante, encarnizado de la pseudo-armonía del orden simbólico»⁵⁰⁸. Lacan concibe así el orden simbólico a partir de muy diversas manifestaciones de la ley, desde las leyes de combinatoria matemática puestas en juego en el *Seminario sobre la carta robada* para esbozar algo así como un modelo de la memoria inconsciente, pasando por la hegeliana dialéctica del reconocimiento, hasta las leyes de parentesco y alianza que toma directamente de Levi-Strauss. Sin embargo, las influencias que persisten en su obra -sin perjuicio de que su lugar acuse un desplazamiento correlativo a la orientación que sigue el desarrollo de la clínica- serán fundamentalmente la freudiana, con el complejo de Edipo como acceso del sujeto al régimen de la ley del deseo, y la de las leyes lingüísticas tomadas de Jakobson y Saussure, que harán de los pares significante-significado, diacronía-sincronía y metáfora-metonimia elementos recurrentes en las distintas elaboraciones conceptuales lacanianas. El orden simbólico se sitúa en una relación de oposición con respecto al primitivo desorden de lo imaginario -que requiere para consolidarse de una fijación que sólo puede proceder de la ley y que está, no obstante, siempre amenazada por la posibilidad de disolución- y confina lo real a una pura exterioridad por su impermeabilidad con respecto a la distinción entre orden y desorden, lo que se hace evidente en su primera concepción de la psicosis como *forclusión* del Nombre-del-Padre, significante de la ley. No obstante, esta forma de exterioridad de lo real resultará ulteriormente objeto de una revisión encaminada a dilucidar en qué sentido lo real sostiene y contamina desde el origen y en su funcionamiento toda estructura y toda ley. Desde luego que la centralidad otorgada al significante fálico y al orden simbólico en estos primeros seminarios es testimonio de esta vocación legalista, pero por la peculiaridad del objeto del psicoanálisis -en comparación con el objeto de la lingüística una vez ésta ha limitado su proceder a la descripción sincrónica del sistema- las dificultades resultan inevitables. La subsistencia de la distancia entre la articulación significante y la investidura libidinal plantea problemas -tal vez los mismos que están detrás

508 Miller, J. A. “El Otro sin Otro”, conferencia presentada en el XI Congreso de la NLS, “Le sujet psychotique à l'époque Geek”, Atenas, 19/5/2013.

tanto de la demanda de análisis como de la propia clínica psicoanalítica-, y el mecanismo de la metáfora aparece en estos momentos tempranos de la enseñanza de Lacan como justificación del ingreso en el orden significativo y condición de posibilidad del carácter autónomo de su funcionamiento. Ya señalamos en la primera parte cómo, según Deleuze y Guattari, los hechos o efectuaciones del lenguaje no podían ser entendidos a partir del tropo, puesto que éste ya presupone la constitución previa de entidades concurrentes en la situación de discurso -un sujeto del enunciado y un sujeto de enunciación-, de tal modo que la metáfora en ningún caso podía aparecer como primera determinación del lenguaje. Sin embargo, para Lacan -al menos durante los primeros años de su “enseñanza”- parece que esta autonomía del sistema frente al proceso resulta condición irrenunciable con vistas a poner coto a los excesos interpretativos que copaban la práctica y la clínica freudianas: la interpretación no puede, en ningún caso, basarse en elementos imaginarios y orientarse prioritariamente al derribo de toda resistencia y al reforzamiento del yo, sino que debe plantearse exclusivamente en términos simbólicos, estructurales. Reencontramos aquí la problemática relativa al estatuto de la descripción semántica tal y como es planteada por Chomsky, a saber, sólo haciendo abstracción de todo componente extralingüístico es posible la construcción de una gramática tal que haga posible prever los efectos de sentido que pueden introducir en la situación discursiva las diferentes ocurrencias, y puesto que el objetivo fundamental de la clínica tal y como es asumido por Lacan tiene que ver, fundamentalmente, con la transmisión de lo que en la experiencia del análisis se manifiesta, no resulta en absoluto extraño que a la interpretación analítica entendida como análisis simbólico le sea atribuida una capacidad de explicación exhaustiva del síntoma.

«Porque si para admitir un síntoma en la psicopatología psicoanalítica, neurótico o no, Freud exige el mínimo de sobredeterminación que constituye un doble sentido, símbolo de un conflicto difunto más allá de su función en un conflicto presente *no menos simbólico*, si nos ha enseñado a seguir en el texto de las asociaciones libres la ramificación ascendente de esa estirpe simbólica, para situar por ella en los puntos en que las formas verbales se entrecruzan con ella los nudos de su estructura -queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada»⁵⁰⁹.

A pesar de que el fragmento citado es anterior a la reformulación del algoritmo de Saussure y, por tanto, también a la explicitación de la concepción propiamente metafórica del síntoma, el propósito de un esclarecimiento total de la significación del mismo a través del análisis ya se apoya en el elemento de sobredeterminación que Freud atribuye al mecanismo de condensación y que, acusando la influencia de Jakobson, será abordado por Lacan en términos de sustitución significativa, interna al sistema formal del plano de la expresión, ignorando la posibilidad de encontrar resistencias tales que hagan imposible el esclarecimiento del sentido del síntoma en el marco de las leyes del lenguaje. De hecho, en el fragmento se aprecian referencias

⁵⁰⁹ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” en *El*.

a la concepción del signo y el lenguaje contra la que Deleuze y Guattari dirigirán su crítica, puesto que la escucha y la intervención psicoanalíticas aparecen aquí cargadas con presupuestos relativos a la subordinación de la variación dentro de los límites del régimen formal de significación (las “asociaciones libres” suscitadas en la situación del “conflicto presente” lo son sólo aparentemente con respecto a una escena original o a un “conflicto difunto”), que es concebido como un sistema *arborescente* que concede prioridad a los puntos frente a los trayectos, justificándose así la pretensión de omnipotencia de la interpretación y la anterioridad de la ley respecto al acaecer de los casos que conforme a ella resultan determinados y evaluados según su grado de adaptación a las prescripciones del orden simbólico.

Sin embargo, la modificación lacaniana del algoritmo saussureano, por sí misma, aún resultará incapaz de captar la potencia productiva de la repetición, reducida a un mero automatismo incapaz de aprehender el componente maquínico y real del deseo, del que sólo puede ofrecer una concepción representativa ligada a la falta que hace del objeto de deseo una suerte de límite extrínseco para el proceso que articulan las diferentes demandas. Será necesario, por consiguiente, que el trabajo de Lacan vaya progresivamente acercándose a una caracterización propiamente maquínica del deseo a través del reconocimiento de la peculiar forma de exterioridad del registro de lo real, así como de su papel en el dominio de la génesis tanto de las formaciones sintomáticas como de las formas de la subjetividad “normal” o “no patológica”. La introducción de la barra y la exclusión del contorno elíptico en el algoritmo lacaniano son correlativas, puesto que conllevan la renuncia a la concepción atómica del signo en beneficio de una consideración de la diferencia entre la serie de los significados y la serie de los significantes que reconoce la autonomía y posición determinante de esta última sobre la primera. La capacidad de sobredeterminación de la cadena signifiante se hace comprensible precisamente desde la distancia que relaciona las dos caras del signo, aunque siempre de tal modo que el carácter de funtor determinante es atribuido a la constancia de los vínculos propios de la cadena signifiante y los fenómenos de significación son concebidos como reducibles a relaciones paradigmáticas y sintagmáticas (en el sentido restringido que Ducrot denuncia en Chomsky): la interpretación analítica pasará, en consecuencia, por identificar las escansiones y los efectos de sentido del discurso del analizante para detectar las sustituciones metafóricas y los desplazamientos metonímicos en virtud de los cuales la cadena signifiante inconsciente se constituye. Ahora bien, Lacan señala que la enunciación se distingue necesariamente del código por cuanto su sentido sólo aparece al término de la secuencia discursiva diacrónica y concreta, pero tal sentido no puede remitir a nada anterior al valor constituido en función de las relaciones

posicionales entre significantes en la cadena: «El mensaje está hecho en principio en una cierta relación de distinción con el código, pero es en el plano mismo del significante en el que, de forma manifiesta, está como violación del código»⁵¹⁰. La enunciación resulta concebida -aún en cierta conformidad con el esquema comunicativo de Jakobson- según la noción de “*point de capiton*”⁵¹¹, presentada en 1956 dentro del seminario dedicado a las psicosis⁵¹² y que servirá de base para la progresiva construcción del grafo del deseo⁵¹³: podemos reconocer aquí la articulación de dos de las principales paradojas del sentido a las que Deleuze se refiere en 1969, a saber, la paradoja de la “regresión indefinida” y la paradoja del “desdoblamiento estéril” o la “reiteración seca”⁵¹⁴. El *point de capiton*⁵¹⁵ designa el peculiar modo de intersección de las dos series, la serie de significantes y la serie de significados, concebidas por sí mismas como flujos independientes (flujo de pensamiento y flujo fónico), de tal modo que modifica y sustituye a la noción saussureana de *corte* -caracterizada por el carácter biunívoco del vínculo en virtud del cual se constituyen las dos caras del signo- en beneficio de una concepción siempre precaria de la relación de significación, que es «siempre fluida y a punto de deshacerse»⁵¹⁶, lo que coincide más con los fenómenos aportados por la experiencia analítica que con cualquier caso de comunicación satisfactoriamente cumplida. Sin embargo, a pesar de que la formulación lacaniana subvierte la concepción del vínculo signico como relación biunívoca característica de la posición de Saussure, no llega aún a reconocer a las series una autonomía formal respectiva con independencia de la referencia a la estructura significante. El *point de capiton*, en consonancia con la inversión lacaniana del algoritmo saussureano, constituye una operación en virtud de la cual se detiene el deslizamiento de la significación de tal modo que el flujo de significados es dividido y fijado por la intervención de la cadena signifiante, esto es, en función del contexto de

510 Seminario 5, 13/11/57.

511 v. Anexo: figura 1.

512 Seminario 3, 6/6/1956.

513 v. Anexo: figura 2.

514 *LS*, quinta serie “Del sentido”.

515 Evitamos aquí emplear la voz española “puntada” por la que optan algunas versiones españolas y que encontramos, por ejemplo, en la que propone Margarita Mizraji de la *Introducción a la lectura de Lacan*, publicada en Gedisa (Cf. Dor, J., *Introduction à la lecture de Lacan*, París, Denoël, 1985). La razón por la que empleamos la expresión original francesa tiene que ver con la conservación del término *capiton* evitando el galicismo, puesto que lo que designa es precisamente el botón que fija la costura en función de la cual se divide el relleno en un acolchado textil cualquiera al hacer posible una segunda vuelta que anuda la división hasta entonces sólo hilvanada. Como señalan Gárate y Marinas en su breviario (Cf. Gárate, I. y Marinas, J. M., *Lacan en español, breviario de lectura*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 83-88), el *point de capiton* exige una segunda vuelta para poder ajustar lo que la primera perforación no hace más que marcar: «basta con *perforar* con una aguja de *enjalmar* las dos paredes de la bolsa por las que se introducirá *bramante* o *guita* de manera que atraviese una de las superficies de la bolsa (S_1) hasta salir por el otro lado (S_2) en donde gira y vuelve a perforar hasta llegar a la primera superficie, allí se atará con un nudo corredizo (para poder apretar)» (*Ibidem*, p. 84). En el esquema del *point de capiton* ya está esbozada la relación de la letra con el saber y el papel del significante del Nombre-del-Padre, relación que desarrollaremos en las páginas que siguen de tal modo que quede se haga patente la dificultad a la hora de localizar al tapicero que cierra el nudo y convierte en estable lo que en un principio no lo es.

516 Lacan, *Op.cit.*

la serie de los significantes, que determina el valor del signo a través del sistema de relaciones de oposición en el que consiste la estructura del lenguaje. Esta concepción restringida del contexto de enunciación privilegia el aspecto reproductivo de la repetición y, lejos de abrir el sistema de la lengua a la influencia de variables de expresión no lingüísticas, consigue operar una clausura estructural que sólo el reconocimiento de la dimensión productiva de lo real conseguirá desmontar. Que la enunciación sea, en la cita del seminario de la que partimos, entendida como “mensaje” es solidario de que la cadena significante sea interpretada en términos de código, puesto que lo que se está poniendo en juego son los avatares que cierta información atraviesa desde el momento en que la necesidad debe formularse como demanda, y el que dicho código deba tener necesariamente el carácter de sistema lingüístico consigue eliminar cualquier tipo de referencia a un medio no lingüístico capaz de operar constructivamente al nivel de la forma de expresión: el mensaje es lo que queda de la enunciación una vez ha sido sometida a las condiciones del código. Ahora bien, puesto que la propuesta de Lacan considera precisamente los fenómenos de significación anómalos (o, más bien, lo anómalo que insiste en toda significación, aquello que el sujeto dice sin saber lo que dice), el vector de la enunciación parte de lo que por el momento se concibe como el “sujeto mítico de la necesidad”, de carácter corpóreo y extradiscursivo, y termina en el sujeto escindido o barrado (\$), marca de ese desconocimiento o extrañamiento respecto de lo expresado en la enunciación y resto del paso del orden de la necesidad al de la demanda. El código, como condición de dicho paso, ejerce una sanción sobre el mensaje por imposición de un régimen formal que determina umbrales de inteligibilidad de acuerdo con vínculos de oposición y con la posibilidad de distinguir grados de desarrollo de la forma en las materias concretas de la expresión. Además de esta constricción formal, en tanto que la expresión no es sino efecto incorporal de las acciones y pasiones del orden corpóreo, algo del acontecimiento expresable debe quedar necesariamente fuera de la expresión. De este modo, sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación se establecen como dos mitades inconciliables de un mismo sujeto atravesado por la barra que, en la formulación lacaniana del algoritmo, separaba las series siendo ella misma resistente a la significación y provocando que la representación en el enunciado tenga lugar siempre en virtud de una abstracción de la forma del contenido que, de acuerdo con la caracterización del régimen despótico del signo⁵¹⁷ que propondrán Deleuze y Guattari, tiene lugar conforme a dos niveles: significancia e interpretación. La remisión del sentido de toda enunciación al significante como movimiento de reterritorialización que viene a compensar el desplazamiento indefinido de la significación -es decir, el carácter desterritorializado de lo simbólico- deberá contar con la dimensión de la metáfora y la actividad interpretativa conjugando así «la mayor impotencia de aquél que habla, y la más alta potencia del

⁵¹⁷ Cf. *MP*, 5.

lenguaje»⁵¹⁸. El código censura, pues, indirectamente los medios, de tal modo que esa “violación del código” a la que se refiere Lacan entendemos que debe ser tomada en el sentido de un genitivo a la vez subjetivo y objetivo en orden a poder justificar cómo concepciones del signo tan alejadas como son la metáfora y la *letra* pueden conciliarse con la permanencia y el desarrollo del esquema del *point de capiton* a lo largo de casi toda la enseñanza de Lacan: será necesario reconocer que no sólo el código es el agente de la sanción, sino que la propia enunciación ejerce algún tipo de alteración del significante que en última instancia escapa a la reterritorialización retroactiva en el sentido. Esta retroactividad (*après-coup*), indicada en el esquema por la orientación del vector que corta en dos puntos la cadena significante, remite la diacronía enunciativa a la sincronía del sistema, puesto que el carácter oposicional de sus determinaciones recoge la enunciación a partir último término -fijado por una operación de escansión producida en la experiencia del análisis- y determina su valor en función de las leyes estructurales de la significación. Ahora bien, que el efecto de la sanción pueda ser entendido como falta y quede confirmada así la impotencia a la que se refería Deleuze frente a la potencia irrestricta del significante depende de que la perspectiva adoptada sustraiga al deseo toda capacidad productiva y haga de la metáfora condición del lenguaje. Así, esta “violación” en la que Lacan hace consistir a la enunciación misma es, de momento, comprendida en el marco de la lógica del todo y la excepción, de tal manera que la independencia del orden significante respecto a la serie significada (entendida en cierto modo como una continuidad amorfa⁵¹⁹ en la que la forma de expresión introduce discontinuidades y da lugar a entidades discretas) debe remitir, en última instancia, a un elemento en sí mismo metafórico y capaz de constituir una suerte de centro de significancia último, siquiera a nivel exclusivamente formal, como condición de posibilidad lógica o estructural. Si hay proceso metafórico y proceder metonímico correspondiente al “desplazamiento” freudiano, es en virtud de una metáfora inaugural, versión lacaniana de Edipo, capaz de inscribir la subjetividad en el régimen de la deuda infinita, a saber, la sustitución del significante fálico por el significante del Nombre-del-Padre. Brevemente, Lacan entiende que el Nombre-del-Padre es el significante que viene a sustituir al significante fálico reprimido en el lugar del Otro y es, en consecuencia, marca de una falta originaria, condición para la determinación metonímica de los diferentes objetos de deseo y fundamento resonador del automatismo de repetición. Esta primera versión lacaniana del síntoma conlleva que el deseo no pueda ser concebido sino en función de su diferencia con el objeto que falta, así como que la deuda se vuelva infinita al tiempo que la repetición quede reducida a su dimensión meramente

518 LS, *loc.cit.*

519 «Este *continuum* amorfo desempeña, por el momento, el papel de “significado”, pero no cesa de deslizarse bajo el significante, al que sólo sirve de *medium* o de pared: todos los contenidos disuelven en él sus formas específicas». MP. 5, p. 118.

reproductiva. La represión originaria freudiana [*Urverdrängung*] aparece en la obra de Lacan como el paso de lo real desnudo a lo simbólico, y la metáfora del Nombre-del-Padre como el tercero requerido para anudar conforme a la ley las identificaciones imaginarias, que de otro modo oscilarían entre la integración y la fragmentación en un equilibrio siempre inestable correspondiente a la inconsistencia esencial de lo imaginario. A pesar de que las referencias explícitas a la semiótica de Peirce son considerablemente más tardías que la reformulación lacaniana del complejo de Edipo en términos estructurales, es importante señalar cómo la función paterna, al proponerse como un “tercero” necesario para que el complejo familiar se articule significativamente, constituye la ley en virtud de la cual el sujeto, tomado a partir de un rasgo, es capaz de reconocerse en el sentido por mediación de un interpretante, si bien en este momento tanto la terceridad como el estatuto del objeto aún no son entendidos con toda la amplitud que adquieren en el pensamiento de Peirce (especialmente a partir de 1868), sino sólo según el modelo del legisigno simbólico y del objeto inmediato respectivamente. De este modo, la vinculación del mecanismo de la metáfora con la ley en el orden simbólico hace del Nombre-del-Padre el significante de base en función del cual puede articularse todo el régimen de la significación con carácter legal, de manera que Lacan puede distinguirlo de otros signos, incluso dentro del propio registro simbólico, como aquel «significante que en el Otro, en cuanto lugar del significante, es el significante del Otro en cuanto lugar de la ley»⁵²⁰. De este modo, el Otro, entendido en el mismo sentido en el que Saussure concebía la lengua como “tesoro” de significantes⁵²¹, contiene el significante de la ley, aquél en el que se cifra la condición específicamente simbólica de un orden, y constituye por tanto, frente a la alteridad del automatismo de la cadena signifiante, un *Otro del Otro* del que en principio cabría un saber, precisamente aquél que se le supone al analista en el momento en que surge la demanda de análisis y que se constituye, en virtud de su carácter redundante, como centro de resonancia último de toda significación. En este sentido, queda clara la necesidad de la interpretación como medio de reconducción de las diferentes enunciaciones a dicho centro de significancia, de lo que se desprende la total pertinencia de la comparación cara a Deleuze del analista con el sacerdote, en tanto que su función no consiste sino en asegurar la referencia a un saber trascendente, y la correspondiente consideración de la institución psicoanalítica como dispositivo de poder.

Mediante la operación de inversión del esquema del signo de Saussure, en ningún caso la relación del sujeto con el lenguaje según la elabora Lacan en estos primeros años puede ser entendida a través de un esquema en el que el significante resultase ser un mero instrumento al

520 “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, 1957-1958, en *E2*, p. 557.

521 Cf. Saussure, F., *Op. Cit.* Introducción, Cap. III, § 2.

servicio del sujeto o de la significación profunda del inconsciente, de tal modo que, en un corte limpio, tanto la verdad de dicho sujeto como la del deseo pudiesen ser reveladas como el significado correspondiente de un enunciado, sino que, más bien, será el propio significante el que imponga su régimen (y este es el punto germinal de las divergencias con los planteamientos de Saussure acerca de la distinción entre significante y significado) y constituya al sujeto como escindido a partir de la alteridad irreductible del código. La escisión del sujeto en un sujeto del enunciado y un sujeto de enunciación, efecto de la constitución lingüística del mismo, conlleva -en el contexto de la concepción de inspiración semiológica que corresponde a este momento de la obra de Lacan-, por un lado, el carácter irrepresentable e inalcanzable del goce frente a la relativa docilidad del placer, y por otro, la mortificación del cuerpo real representada por el matema del sujeto barrado (\$), que jamás llega a expresarse de forma plena en su discurso ya que éste no deja de ser siempre el discurso del *Otro*. Que el sujeto barrado o tachado conlleve necesariamente una mortificación del cuerpo real sólo se hace inteligible a partir del desarrollo de una pregunta, frecuentemente desatendida (o, al menos, formulada de modo muy restrictivo), acerca del papel del cuerpo en el pensamiento de Lacan: que tal desarrollo pueda revelar algo de la posición ontológica lacaniana en relación con la Imagen del pensamiento denunciada por Deleuze depende de que la pregunta evite la introducción de cualquier supuesto dualista, al modo representacional cartesiano, y admita en principio otra comprensión del término “cuerpo” que ya no lo sitúe según un orden binario como opuesto a algo así como “la mente” o “el alma” y pueda liberarlo de la servidumbre que el carácter moral de dicha imagen establece. Ya algunas nociones característicamente freudianas, como la conversión histérica o la pulsión, apuntaban a cierta subversión del dualismo cartesiano⁵²², pero entendemos que sólo a partir de la diferenciación lacaniana de los tres registros el cuerpo deja de ser una noción localizable según ese modelo⁵²³,

522 La concepción cartesiana de la diferencia entre el cuerpo y el pensamiento se basa en una diferencia de naturaleza, puesto que tanto uno como el otro son por sí mismos sustancias, y establece una oposición que se reproduce en el reparto de lo activo y lo pasivo de tal modo que cuando el cuerpo actúa, es el alma el que padece y viceversa. En el caso de la conversión histérica esta relación en cierto sentido de proporcionalidad inversa resulta impugnada, puesto que es el propio padecimiento del alma el que encuentra en el cuerpo un medio de expresión que resulta ser, asimismo, una pasión, por lo que la causa activa no puede ser localizada fácilmente de un lado u otro: decantarse por cualquiera de los costados ya implica la asunción de supuestos diferentes. La pulsión, por su parte, aparece como un concepto limítrofe entre el plano psíquico y el plano orgánico, de tal modo que Deleuze, en la caracterización de la imagen-pulsión, no puede sino situarla a medio camino entre la idealidad de la imagen-afección y la actualidad de la imagen-acción, entre la inactualidad característica de los espacios cualquiera y la corporeidad de los medios determinados. Así, la pulsión es inseparable de tales medios, que comprenden sentimientos y comportamientos definidos, y de esta referencia ineludible a la incorporación deriva una concepción de la pulsión como «un afecto “degenerado” o una acción “embrionada”» *IM* p. 179.

523 Cierta spinozismo parece acompañar el pensamiento de Lacan desde antes aún de que su trabajo se ubicase plenamente dentro del campo del psicoanálisis. Como señala Elisabeth Roudinesco, ya en su propia tesis doctoral, Lacan comienza con una cita de la *Ética* (Libro III, prop. 57), deliberadamente sin traducir, señalando en cierto modo su adhesión al spinozismo, especialmente por cuanto se decanta por la noción de paralelismo inmanente entre extensión y pensamiento frente a la concepción moralizante del dualismo cartesiano. Así, oponiéndose frontalmente a la concepción de las relaciones entre cuerpo y mente que sostenían las facciones más científicas del campo de la psicología y la psiquiatría, Lacan se «abrió sobre un monismo, sobre un materialismo y sobre una antropología

sin perjuicio de que los procesos de acuerdo con los que Lacan concibe la constitución del aparato psíquico puedan hacer posible que en determinados aspectos el cuerpo pueda ser localizado y sometido al régimen de la representación. Así, Lacan concibe un cuerpo simbólico, cuerpo de los significantes, que antecede y sucede a la individualidad orgánica del sujeto y en el que se efectúa su alienación propiamente estructural. El cuerpo simbólico resulta ser, por un lado, agente de la mortificación del cuerpo real y, por otro, garantía de cierre para la unidad especular correspondiente al cuerpo imaginario. De acuerdo con lo que Lacan expone a propósito de la fase del espejo⁵²⁴, la constitución de una imagen englobante del propio cuerpo a partir de la imagen del Otro -en el sentido de que es la propia imagen de Otro la que constituye la imagen propia en la mirada del Otro- aparece como un proceso de territorialización que resulta de la conjunción del substrato orgánico y la imagen del Otro, pero también de la imagen del cuerpo que propone el Otro o que al menos confirma o sanciona. Si Lacan puede describir el cuerpo imaginario como una “bolsa agujereada” es precisamente porque, si atendemos a que más tarde “bolsa” podrá designar la noción de “conjunto”, los tránsitos entre integración y diferenciación al nivel de lo meramente imaginario aún no han alcanzado un estatuto reglado, de tal modo que la unidad del cuerpo imaginario introduce necesariamente un componente de alienación que, si bien puede resultar en un principio impotente para asegurar la firmeza del cierre -y con ella de la determinación propiamente corpórea de la imagen- anticipa y prepara la constitución del sujeto en torno al significante fálico y la metáfora del Nombre-del-Padre. Ahora bien, tal imagen en absoluto es capaz de agotar lo real del mismo: igual que la representación y la noción, la imagen especular caería, según el estoicismo, dentro del orden de los cuerpos y estaría sometida a las acciones y pasiones que brotan de sus encuentros y mezclas, liberando efectos o acontecimientos que constituyen lo expresable en el enunciado y que nunca se agotan ni se identifican con su expresión. La virtualidad de acontecimientos atribuibles al cuerpo real queda restringida en la imagen o en la noción, de tal modo que Lacan puede considerar que lo real del cuerpo es todo aquello que, escapando a cualquier tentativa de cierre en lo imaginario y en lo simbólico (esto es, cualquier determinación actual del sentido), aparece como imposible, fundamentalmente la

histórica que será acogida con tanto más fervor por la joven guardia psiquiátrica, por los surrealistas y por los comunistas cuanto que situaba a la paranoia -y a la locura en general-, no ya como un fenómeno deficitario que correspondía a una anomalía, sino como una diferencia o una discordancia en relación con una personalidad normal» (Roudinesco, E., *Op.cit.* p. 90). No obstante, que esta discordancia o esta diferencia puedan alcanzar su estatuto productivo y emanciparse de la referencia a una unidad que vendrían a modificar dependerá de cómo el trabajo de Lacan vaya dando cuenta en su desarrollo de la necesaria irrupción de lo preindividual en los procesos de estructuración y desestructuración psíquica, tarea que no es indiferente en absoluto respecto de que la traducción de la proposición de Spinoza con la que Lacan arrancaba su trabajo de doctorado pueda recoger la distinción entre *affectus* y *affectio*, así como de la articulación entre la discrepancia y la diferenciación, aspectos éstos a los que Deleuze concede una importancia central en su lectura de Spinoza, como ya hemos apuntado en las secciones precedentes.

524 “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, 1949, en *E1*.

diferencia sexual y la muerte. En este sentido, el acceso al orden simbólico, por cuanto compromete un sometimiento al régimen de la significación y a determinado reparto de los posibles, entraña una mortificación del cuerpo real, que resulta apartado de lo que puede⁵²⁵. Este apartamiento encuentra diversas formas de acuerdo con las distintas posiciones que el psicoanálisis reconoce respecto de la metáfora paterna y que constituyen el punto de partida sintomatológico de la clínica lacaniana, a saber, las posiciones neurótica, psicótica o perversa. A cada una de estas posiciones corresponde un modo específico del rechazo que deberemos considerar con cierto detalle un poco más adelante, cuando atendamos al aspecto real del síntoma y a la ampliación de la noción de *père-version*.

En virtud de que el acceso al orden simbólico comporta un distancia correlativa entre el objeto de la demanda y el objeto del deseo -del mismo modo que el sujeto sólo podrá ubicarse en su discurso representado por un significante-, este último sólo podrá aparecer en las demandas del sujeto a través de objetos diversos con valor meramente sustitutivo, conforme a un proceder metonímico. Este desplazamiento de las representaciones es posible sobre la base de la metáfora inaugural que sustituye el significante del deseo de la madre por el significante del Nombre-del-Padre, limitando constitutivamente la relación del sujeto con su objeto, ya que encarna en sí mismo una limitación normativa y posibilita el desarrollo de instancias “corpóreas” como el yo ideal, el ideal del yo, etc. Se introduce así una falta, de acuerdo con la lógica de lo necesario y lo imposible, que es propia de la articulación significante y en función de la cual todo carácter productivo es eliminado de la concepción del deseo correspondiente, de tal modo que el síntoma, al igual que el resto de las “formaciones del inconsciente”, es explicado en función de una operación metafórica que tiene, en última instancia, al Nombre-del-Padre como significante último -el *Otro del Otro*- y, por tanto, como principio rector de una serie homogénea que no es sino la del deseo de acuerdo con su concepción metonímica. Resulta claro que, a pesar de sus diferencias con respecto a la comprensión saussureana del signo y de su distanciamiento frente a esa prioridad de lo imaginario que gustaba afear a los freudianos pretendidamente ortodoxos, Lacan aún concibe la enunciación que tiene lugar en la práctica analítica y el propio decir del sujeto en función de un centro de significancia redundante al que remite todo efecto de sentido como a su causa real. Ahora bien, tal causa, por su propia constitución metafórica, no puede ser pensada más que sobre el modelo de lo actual, de resultas que tanto la causa de la enunciación como el substrato orgánico, mediados por el régimen simbólico de la significación, se conciben

525 En numerosos momentos de su obra, así como en *l'Abecedaire*, Deleuze se refiere al escolio de la segunda proposición de la tercera parte de la *Ética* de Spinoza como un grito de la filosofía -«Y el hecho es que nadie, hasta ahora, ha determinado lo que puede el cuerpo»- que confronta siempre al pensamiento con un desconocido del cuerpo y un inconsciente del pensamiento.

corpóreamente, es decir, pierden el carácter propiamente expresivo de la enunciación y sólo pueden aparecer al nivel del sujeto del enunciado como representaciones más o menos adecuadas con respecto a la forma de contenido proyectada por la cristalización actual del sistema. No obstante, aún en estos primeros momentos de la actividad clínica de Lacan y a la luz de concepciones que aparecerán en estadios más tardíos del mismo, es posible rastrear en los textos⁵²⁶ ciertos efectos del reconocimiento de la distancia irreductible entre la cadena significante y la serie de significados que pueden ser tenidos en cuenta como antecedentes más o menos relevantes de una concepción diferente del síntoma que no puede sino exigir la modificación sustancial de otras posiciones de alcance tópico, semiótico, lógico y ontológico. El progresivo abandono de la concepción metafórica del síntoma -que enmarca tanto la producción del signo mismo como la propia interpretación analítica dentro del régimen significante- en beneficio de su carácter resistente y desterritorializado con respecto al sentido exige una elaboración más detallada del registro de lo Real, otra concepción del inconsciente y una ampliación de la comprensión de lo sígnico que pasa por la revisión del estatuto de la enunciación, así como por la aceptación de otros modos de la función peirceana de “interpretante”. Desde el interpretante lógico que, en consonancia con el sentido común y el buen sentido, establece la relación semiótica con carácter de ley, el pensamiento de Lacan deberá admitir progresivamente funciones de designación y de manifestación no mediadas por la significación y, por consiguiente, reconocer una escisión entre lógica y física que apunta a subvertir la Imagen del pensamiento que rige en la distinción entre lo normal y lo patológico, establece una distribución fija de lo activo y lo pasivo -que también encontramos en Freud- y no es capaz de dar cuenta de la repetición más que desde el punto de vista de lo Mismo y lo semejante. La lógica, por su parte, muestra su impotencia para dar cuenta de la actividad del inconsciente sin recurrir a la analogía como condición de unidad en la metáfora inaugural, y los efectos de la enunciación no llegan a alcanzar su causa real al ser remitidos exclusivamente a las leyes de la estructura significante.

7.2. Hacia otra concepción del síntoma: limitaciones de la interpretación y de la noción de Otro.

El tránsito hacia una comprensión diferente del síntoma pasa en Lacan por un incremento de la atención dispensada a la elaboración del registro de lo real y por el reconocimiento de su

⁵²⁶ Fundamentalmente, aquellos pasajes en los que el registro de lo real aparece como esencialmente resistente tanto a la formalización simbólica como a la asimilación imaginaria (por ejemplo, a propósito del peculiar estatuto del objeto en la angustia, que no es sino la «revelación de lo real en lo que tiene de menos penetrable, de lo real sin ninguna mediación posible, de lo real último, del objeto esencial que ya no es un objeto, sino algo ante lo cual todas las palabras se detienen y todas las categorías fracasan» *Seminario 2*, 16/3/1955).

irreductibilidad al orden simbólico, lo que se pone de manifiesto con la formulación del matema de incompletud este último, $S(\mathcal{A})$ en el transcurso del seminario del curso 1957-1958⁵²⁷ y en la sentencia que, acompañada del epíteto “gran secreto del psicoanálisis”, enunció en abril del año siguiente: “No hay Otro del Otro”. A pesar de que ya en el seminario dedicado a las psicosis la noción de forclusión (*Verwerfung*) del Nombre-del-Padre⁵²⁸ y la constatación de la insuficiencia de lo simbólico para dar cuenta de lo femenino sin reducirlo a la lógica fálica señalaban una vía de apertura al ámbito de lo real, es en 1963⁵²⁹ cuando Lacan hace explícito que «no forma parte esencial de la naturaleza del síntoma que deba ser interpretado», inaugurando así una posibilidad de reformulación no sólo del propio estatuto del síntoma, sino también de la concepción general del signo que subyace a gran parte de las elaboraciones conceptuales propias de los últimos años de su actividad en lo que algunos comentadores consideran como un “segundo retorno a Freud”⁵³⁰. En esta nueva versión del síntoma, lo que Lacan pone en juego es precisamente aquello que, llevando el régimen de la significación hasta su límite paradójico, resiste la interpretación y libera la repetición de su vinculación con el principio del placer y el retorno de lo reprimido para referirla al orden de lo real. Que Lacan conciba este costado resistente del síntoma como su estado “natural” y lo relacione con lo real no deja de resultar relevante desde el punto de vista de la concepción lógica y ontológica de este “segundo retorno a Freud”; la coincidencia aristotélica de lógica y física debe ser necesariamente puesta en entredicho, ya que ni el discurso podrá ser reducido a mero sistema ni la *physis* podrá significar primeramente *ousía*, sino, sobre todo, un fluir que ignora completamente la clasificación en géneros y especies así como cualquier reparto definitivo de lo interior y lo exterior, o de lo activo y lo pasivo. No obstante, esta concepción de la “naturaleza” no deja de estar aquí meramente apuntada por cuanto Lacan aún considera que el síntoma constituye una verdad y, por consiguiente, es concebido en el horizonte de referencia de un sistema, siquiera hipotético, y reconocido como una suerte de autenticidad para la que el saber constituido resulta siempre fallido. La oposición simple entre verdad y saber a fin de cuentas no puede abordar la cuestión de la subordinación al régimen signifiante sin suponer de algún modo cierta efectividad causal de lo incorporal concebido según el modelo de lo actual⁵³¹, pero anticipa ya las funciones alrededor de las que se construyen los diferentes discursos: discurso del amo, discurso histérico, discurso del

527 Seminario 5. 26/3/1958; 14/5/1958; 18/6/1958.

528 Seminario 3, 20/6/1956 ; 4/7/1956.

529 Seminario 10, 23/1/1963.

530 Cf. Soler, C., *Finales de análisis*, Buenos Aires, Manantial, 1988.

531 «Si hemos de encontrar una forma de aproximarnos más a las relaciones de la cadena signifiante con la cadena significada, será mediante la imagen grosera del punto de capitonado. Para que resulte válido, antes habría que preguntarse dónde está el *colchonero* (*matelassier*). Evidentemente, está en alguna parte, pero el lugar donde podríamos ponerlo en el esquema sería, con todo, demasiado infantil». *Seminario 5*, 6/11/1957.

psicoanalista, discurso de la universidad y, en una adición posterior, discurso capitalista. Del mismo modo que la inclusión del esquema del *point de capiton* en el grafo del deseo modifica la *c* del código por la *A* del Otro (modificación que dista mucho de resultar inocua, puesto que testimonia ya una cierta apertura respecto de la concepción sincrónica y sistemática heredada de la lingüística que haría del lenguaje un mero medio de comunicación y un vehículo de información), si tomamos como modelo el “discurso del amo” (que es precisamente lo que en esta primera concepción del síntoma se está considerando), el saber (S_2) aparece en la posición del otro frente al agente (S_1) que se identificará con aquél aspecto del síntoma que viene a completar y en cierto sentido a relevar al anterior: el síntoma como *letra*. Algo aparece en la experiencia analítica como resistente al saber, irreducible al régimen estructural de la significación y, si bien anima la interpretación anticipando ya la escritura del “discurso histérico”⁵³², introduce una fractura en la estructura a partir de la cual la concepción lacaniana del signo puede independizarse de la referencia exclusiva al régimen significante y acceder a una comprensión del lenguaje que ya no haga de la metáfora su primera determinación y la razón de su funcionamiento. Esta fractura tiene que ver, por consiguiente, con la imposibilidad de aducir un metalenguaje general que dé cuenta tanto del saber como de aquello que, aún siendo completamente heterogéneo, lo produce y lo anima, al mismo tiempo que constituye frente a él un elemento de resistencia.

El estatuto del goce pasa de ser pensado conforme a un modo de exterioridad excluyente -que lo hacía imposible para el sujeto- a exigir una consideración peculiar de las condiciones en las que se entretiene con el síntoma y revela su naturaleza paradójica: imposible y, sin embargo, ya siempre efectuado, será necesario reconocer al goce como un cierto no-ser capaz de subvertir cualquier abordaje clínico de cuño esencialista. La marca del fracaso de un goce pleno, o de una captura completa del mismo de acuerdo con el sistema de relaciones binarias propio del régimen significante, se condensa a finales de los años sesenta en la fórmula “no hay relación sexual”⁵³³, que J. A. Miller⁵³⁴ concibe -al igual que proponía con respecto al “inconsciente está estructurado

532 A pesar de que la cuestión específica de la escritura de los cuatro discursos dedicaremos el noveno capítulo de este trabajo, debemos aquí anticipar que Lacan construye el discurso histérico tomando como base el discurso del amo mediante una modificación de los elementos (ver la figura 12 del “Anexo”), que se desplazan un cuarto de vuelta en el sentido de las agujas del reloj con respecto a las posiciones, que no obstante se mantienen fijas. De este modo, el $\$$ pasa a ocupar el lugar del agente que goza del trabajo de un significante desencadenado (S_1) que, por más que produzca un saber (S_2) en el que alcanzar plena determinación, no deja de resultar impotente a la hora de dar cuenta de la consistencia de su discurso, un exceso de goce que, por inasimilable (*a*), reproduce la escisión del sujeto en la posición del agente. Cf. *Seminario 17*, 10/12/1969; 17/12/1969; 14/1/1970; 11/2/1970; 18/2/1970.

533 Cf. *Seminario 14*, 12/4/67 y *Seminario 16* (pp. 207-208 y p. 314).

534 Miller, J. A., *El banquete de los analistas: Los cursos psicoanalíticos de J.A. Miller* (1989-90), Buenos Aires, Paidós, 2000. p. 403.

como un lenguaje”- con el carácter de un axioma, que no puede ser entendido sino en correlación con aquella afirmación relativa a la constitución de la unidad en la que se pone de manifiesto la imposibilidad del establecimiento de una cuenta -esto es, de una serie fundada según la concepción matemática de la definición- de los sexos y, después, de los goces, una vez que la hipótesis de un único goce totalmente exterior al lenguaje y a la constitución del sujeto por éste operada ha caído en beneficio de una forma de exterioridad necesariamente incluida que elimina la trascendencia de una plenitud uniforme y estable ya siempre perdida. Con la afirmación “hay de lo Uno”, Lacan vuelve sobre el problema de constitución de la unidad de la que, ya desde 1949 con su elaboración en torno a la fase del espejo, se planteaba la necesidad de distinguir al menos dos formas, correspondientes a los registros imaginario y simbólico. Miller explica cómo la inexistencia de la relación sexual -y todos los trastornos que deben ser introducidos en la escritura lógica en orden a proporcionar una cierta formalización de la misma- resulta ser consecuencia de la primacía del Uno⁵³⁵, cuestión ésta que ya se hacía evidente en los textos de Freud por cuanto a partir de un único significante, el falo, debía poder darse cuenta de la diferencia sexual. Desde luego, el significante fálico resulta ser el signo de la aparición del deseo en el orden simbólico y remite a la metáfora inaugural del Nombre-del-Padre, pero puesto que tal orden impone la sincronía de la estructura frente al punto de vista de la génesis y sólo puede darse el *rasgo unario* como punto de partida, resulta necesario postular algún tipo de proto-unidad a partir de la cual pueda instaurarse el régimen significante y la metonimia del deseo. La construcción por parte de Lacan del concepto de rasgo unario [*trait unaire*] a partir de la expresión freudiana “*einziger Zug*” -empleada para señalar en qué sentido la identificación con la que se pone término a la fase edípica y que sustituye al objeto perdido, retiene el carácter parcial de dicho objeto bajo la forma de una limitación abstracta que «toma solamente un rasgo»⁵³⁶- tiene todo que ver con la exigencia fundamental de la lingüística a la hora de determinar su objeto de estudio. La posibilidad del establecimiento de relaciones de significación, entendidas como vínculos unitarios entre dos entidades discretas procedentes de dos continuos heterogéneos, pasa necesariamente por la posibilidad de introducir discontinuidades tanto de un lado como de otro. Ahora bien, que tales discontinuidades puedan resultar correlativas remite la razón de su establecimiento a la noción -originalmente fonológica- de pertinencia, lo que supone la anterioridad del sistema de significación con respecto de las diversas ocurrencias materiales en el plano del proceso. De este modo, ante casos de homonimia o sinonimia, Saussure nunca reconocería la identidad del significante (cosa que sí se postularía desde el punto de vista filológico “clásico”) sino que diría que en cada caso estamos ante un

535 Cf. Miller, J. A., *Orientation lacanienne III, 13: L'être et l'un*, 3/5/2011 (curso inédito).

536 Cf. Freud, S., (1921), “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Op.cit*, Vol. XVIII.

signo distinto, puesto que el signo es concebido como una entidad atómica totalmente dependiente del sistema de la lengua. Por el contrario, en la propuesta de Hjelmslev, si bien se conserva de Saussure el reconocimiento de que es la dependencia la que constituye la entidad sónica, la total independencia de las funciones contraídas respecto del comportamiento autónomo de los continuos puestos en relación como contenido y expresión es puesta en entredicho: desde el momento en que se reconoce al sentido [*Mening*] como aquella instancia paradójica que recorre las series significante y significada sin reducirse ni agotarse jams   en ningún vínculo efectivamente contraído, la producción de significaciones resulta remitida más a un exceso que a una falta y se revela que la dependencia que contrae y constituye dos planos isomorfos sin conformidad resulta ser del orden de la solidaridad, y no de la determinaci  n⁵³⁷. No obstante, tanto en un plano como en el otro, y con objeto de remitir la actividad productiva del lenguaje a su propio campo de inmanencia, Hjelmslev reconoce la necesidad de considerar cada plano como un conjunto autónomo de figuras -fruto de una operación restrictiva-, a partir de las cuales resulta posible la contracción de las diferentes dependencias que forman el sistema. Del mismo modo, entendemos que la concepción lacaniana del rasgo unario, ligada al ingreso del sujeto en el orden simbólico, supone ya una forma de unidad previa a la que proporciona constancia y fijación, como el sistema formal captura las distintas figuras en diferentes dependencias según el planteamiento de Hjelmslev, de suerte que tanto esa protounidad metaestable que Lacan concibe conforme al registro de lo imaginario como la abstracción de lo unario de acuerdo con el orden simbólico deben remitir no ya a una forma autónoma trascendente, sino a variaciones propias del ámbito de lo real. Así, conforme a este cambio de perspectiva respecto de los fenómenos de adquisición de forma, el goce debe dejar de ser concebido como una suerte de exterioridad anterior e inconciliable con el sujeto de la representación para fragmentarse y empapar toda la estructura del lenguaje y, por ende, del aparato psíquico. Ahora bien, el cambio de perspectiva acerca del goce y lo real no puede sino implicar necesariamente un cambio correlativo al nivel de la concepción lacaniana del falo y el objeto: mientras que en un primer momento la operación de “retorno a” convierte en sustantivo aquello que en la obra de Freud suele aparecer meramente como adjetivo y se designa con él el centro de redundancia de la estructura como aquél significante que tiene la propiedad de significarse a sí mismo -al tiempo que justifica el proceder metonímico del deseo-, cuando Lacan aborda el problema de la diferencia sexual, el falo regresa a su condición adjetival para designar una función y aquel goce que, resultando de la necesidad de pasar por el lenguaje en el camino

537 Tal determinación, en caso de hacer del plano del contenido la variable determinante, convertiría la forma de expresión en mera superestructura, mientras que en caso de concebirse a la inversa, lo que resultaría sería un idealismo del lenguaje que no podría sino reproducir el esquema hilemórfico y exigir el reconocimiento de eficiencia causal a lo incorp  ral.

hacia la satisfacción, ya no puede, como veremos, proponerse como el único. Así, se impone en la clínica lacaniana la necesidad de modificar radicalmente la concepción del objeto.

La unidad imaginaria que, según el texto de 1949, prepara la identificación simbólica, ya comprende en sí una duplicidad que apunta a la necesidad de distinguir el objeto narcisista de la pulsión de otra concepción del objeto capaz de satisfacer la determinación de la Cosa [*Das Ding*] freudiana: puesto que en la unidad que se constituye en la fase del espejo coexisten simultáneamente identificación y alienación, el carácter englobante que anticipa la unidad de conjunto propia del orden de la significación está afectado de una alteridad irreductible que no deja de remitir la unidad así alcanzada a una multiplicidad que aún no ha sellado su carácter analítico en virtud de la conexión con la cadena significante. De la conjugación entre la unidad simbólica, que establece la irreductibilidad del elemento en la cadena significante, y la unidad imaginaria especular englobante, resulta la estructura localizada del significante, pero ésta se revela insuficiente para dar cuenta del objeto con independencia de las condiciones estructurales de su constitución como objeto narcisista dependiente del modelo del reconocimiento. Así, podemos apreciar cómo un mismo plexo de problematicidad desarticula a un tiempo la prioridad del orden simbólico, la concepción del objeto y el síntoma, el carácter interdicto del goce, y, en suma, cuestiona la conveniencia del papel de la interpretación y de la lógica de cuño aristotélico a la hora de dar cuenta de la singularidad y la heterogeneidad desde la que se constituye el ámbito temático propio del psicoanálisis. La dificultad se plantea, pues al nivel de la relación que permite que ese Uno (S_1), que se afirma por sí mismo como pura presencia sin representación, encuentre una concepción del inconsciente capaz de alcanzar el estatuto específico de lo virtual y liberarse de las fijaciones estructurales que, del mismo modo que ocurría en el campo de la lingüística, sólo pueden ofrecer una imagen de la condición hecha a la escala de lo condicionado y en ningún caso aprehender la experiencia real del síntoma en toda su potencia productiva. Desde el seminario sobre las psicosis (1955-1956)⁵³⁸ hasta el texto *L'étourdit* (1972) es posible seguir el rastro de este “significante a-semántico”, desencadenado en lo real y que demanda otra concepción del inconsciente capaz de dar cuenta del costado resistente del síntoma. Lacan deberá distinguir así el inconsciente concebido según el modelo de la cadena significante de otro inconsciente a partir del cual el primero se constituye como efecto del forzamiento que introduce la interpretación y del proceso de individuación en el que consiste la integración de este uno en el marco de un saber. A tal inconsciente deberá serle reconocida una potencia de variación para la que toda constancia resultará siempre ser contingente, restrictiva y provisional, al tiempo que hará que la forma de subjetividad no pueda ser entendida más que como efecto de un proceso que

538 *Seminario 3*, 11/4/1956.

en ningún caso se explica por la anterioridad y autonomía de las dependencias efectivamente contraídas y explicitables en el seno de un saber, sino más bien como efecto de un agenciamiento complejo en cuyo costado expresivo concurren diversas semióticas, de tal modo que en ningún caso podrá postularse ni la exclusividad ni la centralidad del régimen signifiante. De hecho, sólo cuando la enunciación es tomada en el dispositivo específico de la transferencia analítica puede la interpretación movilizar, por cuanto concibe el síntoma como una llamada al Otro, una concepción exclusivamente simbólica del inconsciente, que aparece así como cadena signifiante sometida al automatismo de la ley y a la lógica del principio del placer.

«No, no forma parte esencial de la naturaleza del síntoma que deba ser interpretado. No llama a la interpretación como lo hace el *acting out*, contrariamente a lo que podrían ustedes creer. Hay que decir, por otra parte, que el *acting out* llama a la interpretación, pero la cuestión es, ciertamente, saber si ésta es posible. Les mostraré que sí, pero plantea dudas, tanto en la práctica como en la teoría psicoanalíticas. Tratándose del síntoma, está claro que la interpretación es posible, pero con una determinada condición añadida, a saber, que la transferencia esté establecida. En su naturaleza, el síntoma no es como el *acting out*, que llama a la interpretación, puesto que -demasiado a menudo se lo olvida- lo que el análisis descubre en el síntoma no es llamada al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce, no lo olviden, goce revestido, sin duda, *untergebliebene Befriedigung*, no los necesita a ustedes como el *acting out*, se basta a sí mismo. Es del orden de lo que les enseñé a distinguir del deseo como goce, es decir, que este último se dirige hacia la Cosa, una vez atravesada la barrera del bien -referencia a mi Seminario sobre la ética-, o sea, del principio del placer, y por eso dicho goce puede traducirse como un *Unlust* -para quienes todavía no lo hayan oído, este término alemán significa displacer»⁵³⁹.

Mientras que el *acting out* constituye una demanda que, articulada por fuera del discurso instituido por la relación transferencial, reclama ser integrada en la interpretación, mostrando así tanto el camino para ésta como la necesidad de un cambio de la posición del analista en la transferencia, la irrupción del goce y de la Cosa en el centro mismo del síntoma apuntan a algo que es por definición inasimilable en la interpretación, irreductible a la forma de unidad del sentido común y a la lógica del principio del placer. Si, siguiendo a Kant, “lo bello place” al remitir a una suerte de comunicabilidad preconceptual que testimonia la posibilidad de concordancia en el libre juego de las facultades, en el sentimiento de lo sublime, por cuanto confronta la capacidad de aprehensión de la imaginación con su propio límite excediendo las condiciones de la síntesis en las que el entendimiento puede subsumir lo dado bajo conceptos, recusa el marco del sentido común y la lógica binaria que distingue el placer del displacer, remitiendo a una Idea de la razón y poniendo en juego la cuestión misma de la totalidad y el estatuto problemático de lo virtual. Es precisamente la indocilidad que deriva de su carácter radicalmente heterogéneo con respecto a las condiciones y entidades del régimen de la significación lo que hace que siempre se sustraiga al ejercicio de la interpretación, por lo que no cabe sino reconocer que aquello a lo que apunta va más allá de esa captura del sentido [*Mening*]

539 *Seminario 10*, 23/1/1963.

(entendido como continuo de intensidad) que constituye el goce fálico y, por ello, introduce el problema de la cuenta de los goces y de la diferencia sexual. Lo que el síntoma suspende es, por consiguiente, la posibilidad misma de que su singularidad se vincule con un saber, es decir, la imposibilidad de relacionar ese Uno con el Otro en virtud de su carácter desencadenado. Por consiguiente, concebir el inconsciente según el modelo de la cadena significativa resulta insuficiente para dar cuenta del estatuto real del síntoma, del objeto y del propio inconsciente, de los que por el momento sólo podría aducirse una caracterización negativa, de tal modo que será necesario, por un lado, mostrar cómo el encadenamiento excede el ámbito de lo simbólico-imaginario e incluye necesariamente también lo real, y, por otro, proponer otra concepción del inconsciente que no necesariamente deba pasar por las condiciones de disyunción exclusiva que prescribe el régimen del significante.

El encadenamiento de los significantes del Otro sólo puede ser concebido conforme al vínculo binario de oposición característico del orden simbólico desde el momento en que la prioridad ha sido concedida a las funciones formales que componen el sistema. Ahora bien, la enunciación pone de manifiesto la insuficiencia de la serie significativa a la hora de constituir el vínculo signico sin incurrir en un ejercicio de abstracción tal que la propia actividad semiótica resulta remitida a supuestos trascendentes, que en ningún caso se justifican a partir de las meras leyes del sistema ni dan razón en absoluto de cómo los movimientos que las constituyen y que determinan las condiciones del régimen de la significación están necesariamente articulados con un plano formalmente autónomo del contenido a partir de un único campo de inmanencia que, lejos de explicarse por la organización formal que efectúa en su funcionamiento, se juega su propia consistencia en los devenires que lo afectan y que juegan en contra de dicho orden. Lacan ensayará un modo de dar cuenta de esta dimensión real, irreductible al modelo de lo actual tal y como resulta de la abstracción de una forma autónoma y trascendente, en el recurso a las figuras o superficies topológicas, prestando especial atención a los fenómenos de consistencia nodal.

«Ante todo, ustedes pueden preguntarse cómo puede ser que les dé un esquema espacial de todo esto. Respuesta: no es el espacio lo que está en juego. Es espacio en la medida en que proyectamos en él nuestros esquemas objetivos. Pero esto ya nos indica bastante al respecto, a saber, que nuestros esquemas objetivos quizá rigen algo de nuestra noción del espacio, y antes de que éste sea regido por nuestras percepciones»⁵⁴⁰

Se pone así de manifiesto la insuficiencia del espacio euclidiano -en el que Lacan proponía proyecciones como el esquema L, el esquema R o el propio *point de capiton* y el grafo del deseo- a la hora de abordar el modo de existencia y el funcionamiento de un registro que,

540 Seminario 19, 9/2/1972.

imposible a las distinciones binarias (como orden-desorden, activo-pasivo, hombre-mujer, placer-displacer, proceso-sistema, etc.), impone una concepción diferente del síntoma, del objeto y del inconsciente. En la sesión del seminario que acabamos de citar, Lacan se extiende en una serie de consideraciones referidas a la demanda de análisis (formulada “te demando que me rechaces lo que te ofrezco porque no es eso”), poniendo el acento especialmente en la última subordinada (“porque no es eso”), la enunciación característica del discurso histérico a partir de la que, como veremos en otra sección, se movilizan los otros tres discursos que Lacan introdujo en sus consideraciones desde 1968. La relevancia concedida no tanto a la estructura del enunciado cuanto al hecho de enunciación en concreto y la posición subjetiva que comporta se pone de manifiesto desde el momento en que Lacan elige una formulación, “*ça n'est pas ça*”, que, aún siendo gramaticalmente correcta, se distingue de la forma más usual, “*c'est pas ça*”, por escindir la *liason* mediante la introducción de la negación completa e indicar, así, la posición del enunciadador como distinta de “eso” (“*ça*”), impidiendo que la enunciación se presente como plena, transparente en sí misma y válida con independencia de la situación discursiva en la que tenga lugar. Lacan pretende ir más allá de lo que compete al análisis lingüístico que privilegia las constantes sintácticas y semánticas, señalando que la vocación sistemática en virtud de la que tal análisis resulta ubicable en el ámbito de la investigación científica hace de él «una búsqueda bien nombrada porque no se trata de encontrar; en todo caso nada que perturbe al público»⁵⁴¹, sin perder la ocasión de aludir a su propia posición frente a la lingüística: «Es difícil seguir un camino cuando apartarse de él merece la pena»⁵⁴². De este modo, Lacan emprende su análisis de la primera parte del enunciado propuesto, a saber, “te demando que me rechaces lo que te ofrezco”, con el propósito de mostrar cómo el vínculo ternario que allí se establece resulta ser irreducible a relaciones binarias y de qué modo, al desatender el problema de designación que conlleva la imposibilidad de identificación en la subordinada causal que cierra la enunciación completa del “eso” que *no es* con el “eso” que se ofertaba y cuyo rechazo es el objeto de la demanda, desaparece, no ya el sentido, sino su movimiento mismo, a saber, la posibilidad de atender al objeto bajo la forma paradójica del *objeto a*. En primer lugar, Lacan toma como punto de partida una versión simple del esquema comunicativo, en la que la relación binaria de las posiciones discursivas aparece representada en un triángulo en cuyo vértice superior se sitúa el mensaje mientras que los dos ángulos restantes son ocupados por las posiciones del emisor y el receptor -yo-te, tú-me- que están «precisamente especificados por el enunciado de la palabra» como entidades de la expresión que, en principio, no pueden introducir por sí mismas ningún tipo de ambigüedad. La formulación del enunciado como función proposicional [F (x, y, f (x, y, φ

⁵⁴¹ *Ibidem*, p.81.

⁵⁴² *Ibidem*, p.83.

(x, y))], en cambio, sí que es capaz de dar cuenta de dónde se sitúa tal ambigüedad, puesto que, si bien a partir de cada verbo (F, f, ϕ) se determinan dos argumentos (*yo-te* o *tú-me*, representados por x e y), la determinación de qué sea eso que se ofrece y que, en virtud de la última de las proposiciones, debe ser rechazado, apunta a un más allá del enunciado que aparece marcado por un cierto no-ser. Lacan señala cómo ese “*ça n'est pas ça*” pone en juego aquello de lo que no puede hablarse y que, sin embargo, es precisamente lo que motiva la demanda que constituye el enunciado. Así, propone un esquema pentagonal en el que se representan las dos posiciones discursivas y la tres funciones que constituyen los verbos de la primera parte del enunciado, a saber, “demandar”, “rechazar” y “ofrecer”, de tal modo que el espacio de ambigüedad que introduce el “pero no es esto” puede ser situado en la distancia que separa, en la base del pentágono, la demanda de la oferta. Aquello que “no es” difícilmente podrá identificarse con lo que se ofrece, puesto que en toda oferta se encuentra implicada una esperanza de devolución, esto es, la posibilidad de intercambio, de aplicación biunívoca de un conjunto sobre el otro, esa propiedad que en la teoría de conjuntos se designa como *numerabilidad*, y que determina la donación, y con ella también lo real, como imposible. Demandar, rechazar y ofrecer constituyen así un nudo, puesto que la demanda lo es de un rechazo y el rechazo no puede ser de aquello que se demanda, por lo que prescindir de la oferta dejaría desconectados rechazo y demanda, del mismo modo que la supresión de esta última en el enunciado haría que éste perdiese todo sentido. Ahora bien, cualquiera de estas operaciones no hace sino explicitar como sinsentido del enunciado algo que ya en la introducción de la última proposición resulta ser un sabotaje del sentido, a saber, sea lo que sea que intentemos identificar con el objeto de la oferta y el rechazo, no es eso, pero tampoco lo es el objeto de la demanda, que es el rechazar aquello que se ofrece.

«Por eso mismo la cuestión que se nos plantea no es saber lo que ocurre con el *no es eso* que estaría en juego en cada uno de esos niveles verbales, sino darnos cuenta de que, al desanudar cada uno de esos verbos del nudo que forma con los otros dos, podemos encontrar lo tocante a ese efecto de sentido al que denomino objeto *a*»⁵⁴³

Para ilustrar este tipo de relación, Lacan recurre a un modo de presentación que ya no tiene tanto que ver con la distribución de las distintas posiciones como puntos en un espacio ya dado, sino que pone de manifiesto el problema de consistencia triádica en sí mismo, a saber, el “nudo” borromeo⁵⁴⁴, que, aunque aún no se aplica a los tres registros (aplicación que tendrá lugar

⁵⁴³ *Ibidem*, p.8

⁵⁴⁴ Esta primera aparición del nudo borromeo -que más que “nudo” es “cadena”- en la enseñanza de Lacan viene precedido de un breve relato acerca del carácter anecdótico de su hallazgo, lo que no deja de contrastar con la frecuencia, la cantidad y la variedad de desarrollos que, hasta el final de su actividad, irán siendo propuestos. A pesar de la relevancia y la complejidad de los mismos, no entraremos en este trabajo en más sutilezas de las necesarias para elucidar en qué sentido tal recurso obedece a ciertas necesidades internas de la clínica lacaniana y considerar

entre los seminarios 21 y 22⁵⁴⁵), sí que «presenta cierto interés, ya que debe recordarse que, cuando hablé de cadena significativa, siempre indiqué esta concatenación»⁵⁴⁶. Ahora bien, el carácter ternario reconocido a la concatenación de la cadena significativa comprometía al Otro como tercero según la lógica de edípica y hacía de él “tesoro” de significantes y lugar de la ley, por lo que, más allá de la mera formalidad triádica, el acceso a una concepción no metafórica del síntoma debe reclamar una comprensión diferente de este Otro y, con él, del inconsciente mismo. Si lo que se está poniendo en juego durante caso todo el *Seminario 19* es la posibilidad de dar cuenta de ese Uno desencadenado que resiste al saber y se sustrae a la lógica neurótica del reconocimiento y al mecanismo de la interpretación, tanto esta última como el propio saber en el que consigue integrar al síntoma deben aparecer como un forzamiento en virtud del cual resulta posible el establecimiento de correspondencias biunívocas, la sustitución significativa y, en última instancia, la determinación de una clínica de los tipos. Será necesario, por tanto, dar cuenta de ese Uno con independencia de la posibilidad de que entre a formar parte de una serie, es decir, resaltando su heterogeneidad con respecto a cualquier elemento definido conforme a las leyes de la cadena significativa y cuyo estatuto debe depender de una suerte de consistencia que no puede ser sino aquello que aparece desde el punto de vista de los diferentes discursos como imposibilidad. Así, el paso, en el *Seminario 21*, de la consideración borromea de la cadena significativa a la relación borromea entre lo real, lo simbólico y lo imaginario supone el cuestionamiento de la posibilidad de la propia cadena significativa, y con ella de la interpretación y del saber, para hacerse cargo de lo que está en juego en el síntoma y en la repetición misma, puesto que entre Uno (S_1) y Otro (S_2) no hay más relación que la que el desciframiento propone, a pesar de que no llegue en ningún caso a tocar lo inconsciente en cuanto tal. De este modo, la clarificación de este nuevo estatuto del síntoma debe pasar por explicar, primero, en qué lugar ubica Lacan el síntoma una vez ha hecho del nudo borromeo el espacio en el que muestra la relación entre los tres registros y, después, en qué sentido es posible concebir un Uno que no forme parte de una serie y cómo ello conduce inevitablemente a otra concepción del inconsciente.

hasta qué punto consigue o no satisfacerlas. Con referencia a los desarrollos propiamente lacanianos, nos remitimos a Larriera, S., *Nudos & cadenas*, Málaga, Miguel Gómez, 2010; y Mazzuca, R., Shejtman, F., Zlotnik, M., *Las dos clínicas de Lacan: Introducción a la clínica de los nudos*, Buenos Aires, Tres Haches, 2000, mientras que en lo que concierne a la teoría de nudos en general a Adams, C., *The knot book: an elementary introduction to mathematical theory of knots*, New York, W.H. Freeman & Co., 1994; y Scharein, R.G., *Interactive topological drawing*, The University of British Columbia, 1998 (esta última obra sirve de base para el proyecto “The Knotplot Site” URL: <http://www.theknotplot.com/>).

545 v. Anexo: figura 7.

546 Lacan, *Op.cit*, p.89.

En lo que concierne a la ubicación del síntoma dentro de las zonas que pueden distinguirse en el nudo o cadena borromea, hay que decir que cualquier formación del inconsciente, entendida según una primera aproximación como un hecho de lenguaje, debe situarse precisamente en la intersección de lo imaginario y lo simbólico, esto es, dentro del ámbito del sentido. Sin embargo, no sería posible salir así de la concepción metafórica del síntoma, puesto que sólo en la medida en que lo simbólico se anuda con lo real, operando una restricción del goce que Lacan designa como “goce fálico” y haciendo así posible la sustitución significativa que constituye el Nombre-del-Padre, es posible que se produzca sentido según el modelo del *point de capiton*, por lo que en absoluto podría así revelarse nada acerca del carácter resistente del síntoma: lo que Lacan busca no son los efectos de sentido, que pueden ser reducidos al modelo de la metáfora, sino más bien los efectos de goce, es decir, aquella entreveración de lo afectivo en la articulación significativa que es capaz tanto de constituir su propio sostén como de subvertir el orden simbólico mismo. Así pues, desde la perspectiva topológica acerca de los registros que abre la adopción del nudo, el síntoma debe ser concebido al margen de lo que podría considerarse un encadenamiento normal, como intrusión o inyección de un registro en otro; ahora bien, a partir de esta concepción se abren dos posibilidades que Lacan desarrolla en dos textos sin embargo muy próximos en el tiempo, a saber, “La tercera” y el *Seminario 22*. En el primer texto, Lacan concibe el síntoma como aquello que, procedente de lo real, se opone a la rección en el discurso del amo, es decir, a la conexión del síntoma con el saber, como «lo que anda mal [...] lo que no deja nunca de repetirse para estorbar ese andar»⁵⁴⁷. De este modo, el síntoma introduce un componente discordante que juega en contra de la homogeneidad resultante de la captura de las intensidades en la correlación concordante que establece el régimen significativo. Mientras que la integración de S_1 en el saber hace “que las cosas anden al paso de todo el mundo” y efectúa una captura del sentido en sustancias determinadas, tanto el contenido como de la expresión, su carácter sintomático introduce un exceso con respecto al componente homogéneo de la repetición. Ahora bien, lo que así se constituye no es sino el goce fálico, aunque en lo que éste tiene de anómalo, de irreductible o insustituible en el ámbito del sentido, poniendo de manifiesto el desequilibrio constitutivo que afecta al orden simbólico desde el momento en que no resulta posible su relación con otro goce que pudiese funcionar, bien como su género, bien como su opuesto correspondiente: el goce excede así el ámbito acotado por la intersección de lo real y lo simbólico de tal modo que juega en contra de la petrificación del sentido que el cierre operado por el *point de capiton* constituye y plantea el problema de su numerabilidad, esto es, de la posibilidad de su relación con un segundo, el saber, en el que su sinsentido encontraría una significación y podría ser restablecida

⁵⁴⁷ Cf. “La tercera” en *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1988. p. 81.

la apariencia homeostásica del sistema. Aproximadamente un mes después, Lacan localiza el síntoma en el campo de lo real como una intrusión que procede de lo simbólico: esta concepción se apoya en la posibilidad de operar sobre el síntoma en el análisis, a pesar de que no quede claro aún en qué sentido lo simbólico deba ser entendido en exclusiva conforme al régimen significativo y la interpretación pueda mantenerse como modo de intervención clínica característico. La aparente antítesis entre ambas posiciones se diluye parcialmente desde el momento en que reparamos en la formulación concreta de Lacan: «el síntoma es *del* efecto de lo simbólico sobre lo real»⁵⁴⁸, puesto que lo que es simbólico no es tanto el síntoma mismo cuanto aquello de lo que resulta, de modo que el efecto mismo de significación deviene sintomático desde el momento en que la articulación entre lo simbólico y lo real acusa una desproporción, una *no-numerabilidad*, que constituye una diferencia propiamente intensiva, inasimilable desde el punto de vista del sistema. Si el síntoma no compromete lo simbólico, no hay síntoma, de modo que la referencia a lo simbólico es condición constitutiva del signo, pero lo cierto es que su propio carácter sintomático deriva de lo que se presenta en lo simbólico como necesariamente heterogéneo y exterior. La representación del nudo que Lacan propone en el *Seminario 22* introduce, junto con el síntoma, los otros dos términos que componen la clásica triada freudiana referida a la pulsión y sus destinos⁵⁴⁹, a saber, inhibición, síntoma y angustia⁵⁵⁰, de tal modo que la definición del síntoma como intrusión de lo simbólico en el campo de lo real se hace correlativa de la inhibición como efecto de detención de la metonimia por intrusión de lo imaginario en el orden simbólico y la angustia como disfunción relativa a la unidad imaginaria del cuerpo por intrusión de lo real. Puesto que, en el contexto del mismo seminario, Lacan se propone definir el síntoma como una función, se plantean varias cuestiones: en primer lugar, determinar qué es lo que respecto de tal función (f) puede ocupar la posición de argumento (x); en segundo lugar, dilucidar si tal función puede tener un carácter formal o no, es decir, a partir de lo que define la función, caracterizar qué tipo de proceder establece la determinación del argumento que la satisface; por último, y por cuanto en la respuesta a las cuestiones anteriores aparecerá una cierta comprensión de la noción de letra, cabe preguntarse, recogiendo las aportaciones de Deleuze y Guattari, por la naturaleza de esa escritura, es decir, por la naturaleza del agenciamiento de enunciación en el que el síntoma se expresa, así como por la posición de la máquina abstracta que le corresponde.

548 *Seminario 22*, 10/12/1974 (La cursiva es nuestra).

549 Freud, S. (1915), *Pulsiones y destinos de pulsión*, en *Op.cit.* Vol. XIV; (1925) *Inhibición, síntoma, angustia* en *Ibidem*. Vol. XX.

550 v. Anexo: figura 8.

7.3. Letra, *lalangue* e inconsciente real: los efectos-afectos de goce.

«Es la función del síntoma, función a entender cómo sería su formulación matemática: $f(x)$. ¿Qué es esta x ? Es lo que del inconsciente puede traducirse por una letra en tanto que solamente en la letra la identidad de sí a sí está aislada de toda cualidad. Del inconsciente, todo Uno en tanto que sustenta el significante en lo cual en inconsciente consiste, todo Uno es susceptible de escribirse por una letra»⁵⁵¹

La concepción del inconsciente que este fragmento pone en juego no es ya, desde luego, la del inconsciente como cadena significativa, puesto que aquello que se propone como argumento de la función es un Uno que sólo en virtud de una operación posterior podría constituir el substrato para la instauración del régimen significativo. Así, la primera cuestión que debemos abordar es la determinación de la naturaleza propia de ese Uno desencadenado y señalar cuál es la concepción del inconsciente a la que conduce, habida cuenta de que el *traite unaire* antes descrito refiere al costado simbólico del síntoma y, por ello, remite a un inconsciente concebido sobre el modelo de la cadena significativa: la dimensión propia de este Uno deberá buscarse más bien del lado de lo *Uniano*, que, a diferencia de lo *unario*, constituye una creación genuina que Lacan presenta en diversas sesiones del *Seminario 19* como surgida de la conjunción entre lo que se pone en juego en la demanda de análisis y cierta lectura del *Parménides* de Platón⁵⁵² respecto de la cual el propio Lacan pretende ir más allá, gracias a los problemas y tentativas de resolución que plantea la fundamentación de la matemática en la teoría de conjuntos, especialmente en la obra de Frege y Cantor. En la experiencia analítica, la posición del analizante comporta un reproche para el analista en el que se expresa una demanda de singularidad; el analizante «manifiesta [...] que él no tiene nada que ver con esos otros, y por eso quisiera ser el único con ustedes, el analista, para que eso dé dos»⁵⁵³ con lo que encontramos en la búsqueda del reconocimiento de la propia singularidad dos demandas antitéticas, puesto que si debe haber reconocimiento, esto es, saber (“para que eso dé dos”), la singularidad que se busca como término de identificación supone ya la posibilidad de una tipificación y, por consiguiente, cae del lado de lo particular subsumible bajo el tipo universal. La posición del analista es precisamente la de ese saber supuesto, aún nunca explicitado, en el que el analizante busca encontrar tal reconocimiento⁵⁵⁴. Así pues, este Uno no puede confundirse con aquél que forma

⁵⁵¹ *Seminario 22*, 21/1/1975.

⁵⁵² «Este término surge de una suerte de precaución, porque hay muchas cosas diversas que interesan en el Uno. Intentaré a continuación desbrozar algo que sitúe el interés de mi discurso, en la medida en que a su vez desbroza el discurso analítico, tiene que pasar por el Uno. Ante todo consideren el campo designado genéricamente como lo *Uniano*» *Seminario 19*, 15/3/1972, p. 124.

⁵⁵³ *Ibidem*, p. 125.

⁵⁵⁴ «Él no sabe que más bien sería cuestión de que se percatara de que dos es ese Uno que él se cree, y que es cuestión de que él se divida» *Ibidem*. Se pone de manifiesto aquí la diferencia entre la posición de la demanda de análisis -posición histérica, como antes hemos visto- y la posición del análisis mismo, en la que podremos abundar cuando consideremos en concreto los cuatro discursos, aunque aquí algo avanzamos meramente señalando que hace del sujeto escindido que enuncia la demanda un otro con respecto al objeto *a*.

parte de una serie de otros, es decir, no puede ser interpretado conforme a la delimitación que de él proporciona un saber: se muestra así la insuficiencia de la dialéctica del amo y el esclavo a la hora de explicar cómo es posible el surgimiento del síntoma puesto que, si bien S_1 ha sido designado en multitud de ocasiones por el propio Lacan como “significante amo” y, correlativamente, S_2 era el saber del esclavo donde el amo encontraba reconocimiento y determinación de su propia esencia, el aspecto resistente del síntoma no puede ser establecido en el mismo plano y conforme a la misma lógica. Se requiere, por consiguiente, un planteamiento específico tal que sea capaz de no reintroducir supuestos esencialistas relativos a la constitución entitativa de S_1 , por lo que Lacan evita el empleo del verbo “ser” y formula el primer término de la distinción propuesta en el texto de Platón entre “es Uno” y “el Uno es” sirviéndose de la expresión “*il y a de l'Un*” (hay de lo uno o bien, como vierte la traducción de Paidós “hay uno”) que, por contracción forma *Yad'lun* (“Haiuno”, en la versión española). Lo que Lacan pretende con este modo de proceder es sustraerse al predominio de la esencia para acceder a la función específica de existencia, función que -como tendremos ocasión de explicar en la sección siguiente- Aristóteles consigue atenuar y domesticar de acuerdo con cierta restricción operada sobre el sentido de la proposición particular, de tal modo que «imagina que basta con decir que algunos solamente, no todos, son así o asá, para que eso los distinga y que al distinguirlos, aseguramos su existencia»⁵⁵⁵. Sin embargo, lo característico del Uno que aquí se persigue no es reducible en absoluto al modelo de la multiplicidad analítica, sino que obtiene su carácter sintomático precisamente de esa inverosimilitud que impide hacerlo relativo como existencia a una forma concebida como esencia. Para que tal forma pueda establecerse en el plano del contenido y ser designada por una entidad del plano de la expresión, es necesario que ambas entidades se encuentren contraídas en un vínculo tal que uno remita al otro, es decir, tal que la entidad de la expresión correspondiente aparezca como representamen relativo a su objeto de acuerdo con determinado régimen. Así pues, la cuestión que plantea este Uno es la de su relación con un segundo que es, sin embargo, *inaccesible* en sentido matemático, puesto que, en el ámbito de los números enteros, lo “accesible” es aquello que puede ser construido a partir de la suma o de la elevación a potencia de los números enteros menores que él y constituir así una serie.

«En efecto, en cuanto se interroga a ese Uno, y él pasa a ser como una cosa que se deshace, es imposible relacionarlo con lo que fuere, excepto con la serie de los números enteros [...] En la lógica de Frege, la que se inscribe en los *Grundlagen der Arithmetik*, verán a la vez la insuficiencia de toda deducción lógica del 1, ya que ésta debe pasar por el 0, del cual no puede decirse que sea el 1, y sin embargo a partir de ese 1 que falta en el nivel del 0 procede toda la sucesión aritmética. Porque ya, de 0 a 1, da dos. Desde ahí, esto dará tres, porque habrá 0, 1 y 2. Y así sigue, precisamente hasta el primero de los Alephs, que curiosamente y no por nada, sólo puede designarse mediante Aleph cero»⁵⁵⁶

⁵⁵⁵ *Ibidem*, p.132.

⁵⁵⁶ *Ibidem*, p.130. Si bien inmediatamente después Lacan se refiere a este párrafo señalando el salto discursivo con

Al contrario de lo que podrían dar a entender estas líneas, lo importante no es aquí la falta en el sentido de una carencia que la serie vendría a suplir, sino el hecho de que la existencia sólo pueda enunciarse a partir de una inexistencia correlativa, es decir, el hecho de que el Uno que es elemento en la serie no sea de la misma naturaleza que el Uno del conjunto en virtud del cual resulta posible establecer la numeración. Así, Lacan puede definir la existencia, basándose en parte en el sentido etimológico del término latino *ex-sistere*, en virtud de la peculiaridad de «no recibir el propio sostén más que de un afuera que no es», así como remitir el surgimiento del Uno a lo instantáneo, siguiendo en esto la caracterización de Aristóteles del instante como tiempo imperceptible por su pequeñez⁵⁵⁷, aunque la conciliación de ambas tesis resulta más iluminadora si se introduce la noción estoica de incorporación, puesto que aquello que subsiste en el instante no es sino la singularidad del expresable, que pierde su naturaleza incorpórea desde el momento en que es remitido al género y la especie, nociones situadas, por el contrario, en el máximo tiempo concebible conforme al modelo del presente corpóreo y como fundamento de determinación de toda percepción. Lo Uniano resulta ser, así, lo que sólo existe no siendo, es decir, un real que se sustrae a toda realidad, a todo *quid*, a toda noción integrada en un saber, «a lo que es la realidad, a saber, por ejemplo, la propia existencia de ustedes, su modo de sostén,

respecto al registro del seminario, entendemos que sin una mínima clarificación de lo que aquí se pone en juego resultaría siempre incompleta la comprensión de la tesis “no hay Otro del Otro”, así como prácticamente ininteligible la relevancia de la numerabilidad o no numerabilidad a la hora de dar cuenta del síntoma y del goce. En teoría de conjuntos y teoría de números, Aleph cero (\aleph_0) designa un número transfinito que constituye el cardinal del conjunto de los números naturales. La noción misma de cardinalidad se apoya precisamente en la numerabilidad de los elementos de un conjunto, esto es, en la posibilidad de establecer relaciones biunívocas o de biyectividad con respecto a los elementos de otro conjunto, de tal modo que los dos conjuntos así relacionados se consideran *equipotentes*. De este modo, el Aleph cero resulta equiparable a cualquier conjunto numerable, ya sea éste finito o infinito, puesto que en esto consiste la cardinalidad misma como propiedad, en la posibilidad de establecer relaciones biunívocas entre los elementos de un conjunto cualquiera y el de los números naturales. En el párrafo que citamos, Lacan resume lo expuesto el 19 de enero a propósito de la insuficiencia tanto de la convención como de la abstracción de cualidades a la hora de explicar la posibilidad de establecer una cuenta cualquiera de elementos y la necesidad de reconocer al número un tipo de existencia distinta de aquella que le confiere la capacidad de designación. De este modo, Lacan puede preferir la prueba propuesta por Frege a la de Leibniz puesto que esta última, por ser meramente aditiva, ya toma el número como individuo y no cuestiona la identidad del Uno. Frege, por el contrario, procede de forma sustractiva, esto es, considera el conjunto vacío (\emptyset) como conjunto de lo inexistente, a saber, como un concepto definido precisamente por la falta de identidad, puesto que el número del conjunto sería igual a 0 (\aleph_0) y el argumento capaz de satisfacer su condición es definido por Frege como *x diferente de x*: «si es verdad que lo simbólico es lo que digo de él, a saber, que está íntegramente en la palabra, que no hay metalenguaje, ¿desde dónde cabe designar en el lenguaje un objeto que se asegure que no es diferente de sí mismo?» (*Op.cit.* 19/1/1972, p. 56). De este modo resulta que es necesario distinguir entre el uno que se sitúa en la serie de los números enteros y el uno que se repite, esto es, aquél que constituye la serie misma y del que no corresponde decir propiamente que existe, o al menos no en el mismo sentido. La relevancia de la equipotencialidad se aprecia ya desde estos primeros momentos de la teoría de conjuntos, designados frecuentemente como “teoría informal” o “teoría ingenua” desde la posición que constituye la *teoría axiomática*, surgida precisamente para solventar las numerosas dificultades a las que llevaba su predecesora y de las que quizá la más significativa fue la paradoja de Russell, a saber, aquella que cuestiona si el conjunto de todos los conjuntos que forman parte de sí mismos es también parte de sí mismo. La relación de esta dificultad con el problema del cierre del orden simbólico será desarrollada en este trabajo con ocasión de la explicación del planteamiento de Lacan relativo al problema de la relación sexual.

557 Aristóteles, *Física*, IV, 222b, 15-20.

que es seguramente material, y ante todo, porque es corporal»⁵⁵⁸. Frente al Uno de la serie, al número ya fundado sobre cuyo uso se erige el gran proyecto científico de la modernidad («el Uno al que podemos clasificar de individual»⁵⁵⁹), el Uno de lo Uniano reivindica la función de existencia más allá de la apropiación que la lógica ha hecho de ella y de la restricción que esto supone para su sentido natural, puesto que es precisamente cierta concepción de la “naturaleza” la que debe aquí poder distinguirse de la lógica. Para el discurso científico, y también para el discurso psicoanalítico tal y como lo concibe Lacan en los primeros años, lo real en sí aparece como imposible: la mediación ineluctable del orden simbólico sólo es capaz de reconocer la presencia real en una realidad anómala o inquietantemente regular, al nivel del fantasma y referido a un sentido, siquiera hipotético, por el forzamiento de la interpretación. Ahora bien, sólo será posible que el discurso analítico pueda denunciar el carácter fantasmático y delirante de toda aprehensión del mundo en la medida en que consiga sustraerse a la vocación de constitución de un cuerpo normativo y acceda a una potencia crítica a través del abandono de una concepción representativa del inconsciente y del reconocimiento de la dimensión productiva de la repetición. Para ello, el Uno no puede ser remitido al modelo de lo Mismo, puesto que en virtud de lo que la teoría de conjuntos denomina “axioma de extensionalidad”, la vinculación de dos términos de una serie mediante cualquier signo de equivalencia hace que, independientemente de su modo de presentación, sólo cuenten como uno a la hora de establecer las relaciones biunívocas a partir de las cuales un conjunto resulta definible como numerable. Así pues, es precisamente la ambigüedad del Uno, la inexistencia y falta de individualidad e identidad que funda la serie, aquello sobre lo que puede constituirse el modelo de la mismidad y la comprensión del uno a partir de la abstracción de las singularidades concurrentes en determinado ámbito. De este modo, Lacan debe remitir el síntoma a un real que ya no se excluye por caer bajo la rección de lo posible y lo imposible -sino en virtud de incompatibilidades de otra índole, que conciernen a diferencias de potencia-, así como a un inconsciente que va más allá de las oposiciones biunívocas que definen formas y sustancias en la estructura, y que, ajeno al establecimiento de funciones formales y diferencias de nivel, Lacan denomina “*essaim*” (“enjambre”), atendiendo a la tendencia a la homofonía del término con los S_1 en cuya concurrencia consiste. La primera versión del inconsciente lo concibe en función de la cadena significativa, como productor de efectos de significación de acuerdo con los mecanismos de la metáfora y la metonimia y, por consiguiente, sobre la base de la significación fálica y el significante del Nombre-del-Padre. Su modo de encadenamiento tiene como horizonte de referencia la lógica del todo y la excepción, de tal manera que el orden simbólico puede constituir un conjunto cerrado en torno a la

⁵⁵⁸ Lacan, *Op.cit.* 19/4/1972, p. 138.

⁵⁵⁹ *Ibidem*,

significación fálica y efectuar una captura del sentido conforme a los dos niveles de abstracción de los contenidos señalados en *MP*, significancia e interpretación. Por su parte, en esta segunda versión el modo de encadenamiento remite a una consistencia en cierto sentido anterior, que sólo puede ser aprehendida en términos de conjunciones e incompatibilidades pre-lógicas y preindividuales, compuesto de puras singularidades libres del modelo del reconocimiento y del régimen de significación en el que se establece la condición de verdad. Supone, pues, una lógica en la que no encuentra cabida la excepción por formularse en términos de no-todo ya que esos “unos” de los que se compone no forman en ningún momento un todo cerrado⁵⁶⁰. Sólo así el síntoma puede definirse como aquello que hace ex-sistir al inconsciente por constituir su efecto, no ya de significación en el lenguaje, sino de goce en *lalengua* (*lalange*). Lacan acuña este último término para dar cuenta precisamente de aquellos aspectos no comunicativos que, insistiendo en el discurso, resultan irreducibles a las categorías lingüísticas y que, más allá de la producción de cualquier efecto de sentido, producen efectos de goce, efectos que son afectos (de ahí la contracción operada para producir la grafía “*effect*”) con independencia de la incorporación en la que encuentran un sentido en conformidad con las leyes de la cadena significante. En general, la terminología que maneja Lacan evita el empleo de los términos conforme a los cuales ha venido siendo comúnmente recibida la distinción de Saussure entre el sistema y el proceso -a saber, la distinción entre la lengua y el habla-, sirviéndose por lo general del término lenguaje [*langage*] y articulando con él las nociones de *lalange*, palabra y discurso. Puesto que de las dos últimas tendremos ocasión de dar cuenta más adelante, nos ceñiremos aquí a la diferencia entre el lenguaje y la *lalange* por cuanto ésta resulta pertinente a la hora de considerar tanto la diferencia entre los efectos de sentido y los efectos de goce, como de la relación de este último con el saber, ya que de este modo se vuelve accesible la posición de Lacan respecto de la lingüística y la concepción comunicativa del lenguaje. Lacan considera que el objeto al que se orientan tanto el proceder científico como la clínica psicoanalítica resulta ser del orden del afecto y, por consiguiente, ambos convocan la dimensión de *lalange*. Ahora bien, mientras que el primero produce un saber explicitable en un enunciado y, por tanto, restringido a las condiciones formales del régimen de la significación, la segunda apunta precisamente a «cosas de saber que van mucho más allá de lo que el ser que habla soporta de saber enunciado»⁵⁶¹, puesto que el

560 Es precisamente esta concepción del inconsciente aquella que Deleuze y Guattari consideraban más afín con respecto a su posición y de la que reconocían un precedente en el texto de Serge Leclaire “La realidad del deseo”, si bien las diferencias con el psicoanálisis se mantienen en lo relativo a qué hacer con el ámbito así abierto (Cf. “La réalité du désir”, en *Sexualité humaine*, París, Aubier, 1970 y después en *Ecrits pour la psychanalyse 1. Demeures de l'allieurs*, Arcanes, 1996; citado por Deleuze en *ID*, p. 287 y *DRF*, p. 42; trad: Agoff, I. *Escritos para el psicoanálisis. 1. Moradas de otra parte*, Buenos Aires, Amorrortu, 2000).

561 *Seminario 20*, 26/6/1973, p. 167. Será necesario volver sobre el concepto de *lalange* y la relevancia que Lacan concede a la enunciación más allá de la significación que esta adquiere conforme al orden simbólico en el capítulo dedicado a la función de la palabra en los últimos años de su producción.

discurso científico, por su propia vocación de transmisibilidad sin resto, «desconoce el inconsciente»⁵⁶². Así, de acuerdo con el uso que Lacan confiere al término “lenguaje”, éste debe concebirse como un artificio, una producción en el saber que depende en última instancia del orden afectivo y singular en el que consiste el inconsciente más allá de su estructuración efectiva, explicitable y comunicable. Puesto que la significación léxica, de acuerdo con la concepción saussureana del signo, debe remitirse a relaciones binarias de tal modo que tanto la polisemia como la homonimia no deben ser considerados como variaciones a partir de un mismo signo sino como casos de signos diferentes, la variación impredecible de la significación no puede sino remitir a variables que, si bien resultan necesariamente internas a la enunciación, jamás pueden concurrir de forma explícita en el enunciado ni resultar objeto de un saber con vocación de universalidad: el concepto de *lalange* permite a Lacan señalar en el lenguaje aquello que queda fuera del campo temático de la lingüística precisamente por lo que ésta arrastra en su proceder conforme al discurso científico: «El Uno encarnado en lalengua es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y aún el pensamiento todo»⁵⁶³. De acuerdo con la concepción del inconsciente que el acercamiento al costado real del síntoma exige, éste puede estar estructurado como un lenguaje sólo a condición de que se entienda que la estructuración no se reduce ni a la sincronía del sistema ni al régimen de la significación y que en el lenguaje, concebido como comprendiendo necesariamente estos dos costados, hay una dimensión que resiste al desciframiento que impone la interpretación, persistiendo en su literalidad y yendo más allá de la significación del dicho a la hora de aprehender la constitución misma de la forma de expresión lingüística en determinado agenciamiento: resulta necesario, por tanto, reconocer en la enunciación aquello que ella misma muestra y efectúa como condición previa⁵⁶⁴ y subsistente con respecto a cualquier estructuración, sujeción y significación.

«La realidad se aborda con los aparatos del goce. Otra fórmula más que les propongo, pero a condición de que se la centre bien sobre aquello de que aparato no hay otro que el lenguaje. Así se apareja el goce en el ser que habla. Es lo que dice Freud si corregimos el enunciado del principio del placer [...] Avanzo un poco más, hasta el punto que ahora es posible alcanzar al decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. A partir de ahí, ese lenguaje se esclarece sin duda por postularse como aparato del goce. Pero, a la inversa, quizás el goce a su vez muestra que está en falta: porque para que sea así, hace falta que algo cojee por su lado»⁵⁶⁵

⁵⁶² *Ibidem*.

⁵⁶³ *Ibidem*.

⁵⁶⁴ La falta de reconocimiento de esta dimensión productiva de *lalengua* lleva a Milner a caracterizar el movimiento de los últimos años de enseñanza de Lacan como un materialismo fallido, que introduce el uso de los nudos para mostrar aquello que el lenguaje no puede más que medio decir o no decir en absoluto, por lo que sigue manteniendo una hipótesis de lo real como imposible y, en consecuencia, una abstracción de la forma de expresión lingüística con respecto a un plano autónomo del contenido. Reducir la estructuración de *lalengua* a las figuras retóricas que Saussure identifica en los anagramas de los versos saturnianos, lejos de captar la especificidad de la forma de expresión lingüística, sólo alcanza a exhibir de la literalidad algo que el ámbito de la física bien podría tomar por objeto. Cf. Milner, J. C., *L'Œuvre claire: Lacan, la science, la philosophie*, París, Sauil, 1995.

⁵⁶⁵ *Seminario 20*, 13/2/1973. pp. 70-71.

A estas dos concepciones del inconsciente corresponden las dos versiones del síntoma cuya diferencia y articulación constituyen el hilo conductor de esta sección. En la medida en que lo simbólico y lo real necesariamente *ex-sisten* el uno respecto del otro, la función del síntoma, una vez se ha desestimado la vía de la metáfora y la interpretación para dar cuenta de su insistencia, encuentra un argumento en lo que el significante tiene de soporte material y que se distingue de él del mismo modo que el inconsciente real se distingue del inconsciente simbólico o, según la expresión de Miller, transferencial. Así, el síntoma como función expresa un “acontecimiento de cuerpo”⁵⁶⁶, y el argumento que satisface la función, esto es, aquello que es capaz de encarnar esta dimensión acotencial capaz de recusar el modelo de lo actual, no es sino la letra en tanto se resiste al desciframiento, esto es, la letra como singularidad que escapa a la captura del régimen de significación y sólo puede aparecer contraída en una función no formal. Ahora bien, cómo pueda, a partir de ese inconsciente real compuesto de singularidades cuya identidad consigo mismas no rinde cuentas a forma o patrón externo alguno, aparecer el Uno como síntoma depende de una operación que Lacan designa alternativamente como traducción y como escritura. Respecto al empleo del término “traducción”, no parece resultar lo más conveniente puesto que la condición constitutiva de la letra es precisamente no encontrar correspondencia ni lugar en el seno de un saber, es decir, la letra aparece en su literalidad desde el momento en que la falta no es ya la del objeto de deseo sino la del significante capaz de insertar el síntoma en el régimen formal de la significación. Respecto a su carácter de escritura, aún es necesario dar cuenta de en qué sentido ésta puede liberarse de la voz de un sujeto de enunciación, esto es, de cómo la literalidad de la letra se sustrae al régimen discursivo del cogito -delimitado a la vez por el sentido común y el buen sentido- constituyendo un suplemento inasimilable que ya no remite la enunciación a la identidad de un sujeto de enunciación y efectúa una distribución variable de las posiciones discursivas y de la determinación de sustancias del contenido correspondientes con las entidades de la expresión que proporciona el Otro como “tesoro” de significantes. Lacan entiende esta escritura como una operación de extracción a partir del inconsciente real que no puede sino ser traumática desde el momento en que la marcha habitual del discurso -esto es, el éxito de la designación y la constancia de la significación que lo hace posible- falta: el síntoma aparece así como la marca singular de un encuentro que ya no es concebible bajo el signo de la concordancia, sino más bien como el hecho de que la correspondencia es imposible y que es esta imposibilidad lo que, lejos de restringir el habla a las condiciones de la lengua, sitúa el carácter variable de la enunciación en primer término y resalta su capacidad productiva.

⁵⁶⁶ Cf, “Joyce, el síntoma”, 16/6/1975.

«Me imagino que sienten la función que, en cuanto al saber, doy a la letra. Aquella a propósito de la cual les ruego que no salten demasiado rápido hacia el lado de los pretendidos mensajes. Aquella que hace a la letra análoga a un germen, germen que, si estamos en la línea de la fisiología molecular, hemos de separar severamente de los cuerpos cabe los cuales es vehículo de vida y muerte a la vez»⁵⁶⁷

La concepción de la letra que Lacan propone en consonancia con el llamado “giro hacia lo real” la hace relativa a lo incorporal, por cuanto se sustrae a cualquier integración en una totalidad cerrada y a toda determinación de su individualidad pero es, no obstante, origen y límite de toda formación individuada: sin extensión y puramente diversa, surge como efecto de un encuentro en virtud del cual acontece una transformación. La contingencia de tal encuentro queda enmascarada desde el momento en que la interpretación y el saber se hacen cargo de la iteración del síntoma, remitiendo su repetición a las leyes que prescribe el orden simbólico y, aunque hay que reconocer que su comparecencia en dicho orden efectúa una redistribución del azar -que ya en el caso de la fijación estructural es retenido en ciertos puntos- y comporta una redistribución correlativa de las potencialidades, su irreductibilidad a toda determinación corpórea debe rastrearse tanto del lado del objeto *a* como en el carácter de “fuera de la ley” que Lacan atribuye a lo real. Sin embargo, que un Uno cualquiera aparezca como síntoma depende de esa escritura que, precisamente por depender de cierta fijación, resulta doblemente traumática: en primer lugar, respecto de la variación informal del inconsciente *essaim*, en el que ninguna metáfora inaugural ni rasgo privilegiado constituyen un centro de referencia; por otro, respecto del saber, que encuentra una resistencia al reconocimiento y la identificación en una irrupción cuya intensidad no puede homogeneizar y disponer en extensión formando sistema. Así pues, la posición del síntoma aparece una vez más como intermedia, aunque los registros involucrados ya no son lo imaginario y lo simbólico puesto que ya no se considera al síntoma como un efecto de sentido, sino lo simbólico y lo real, hasta el punto que una vez la inscripción puede llegar a ser asumida por el saber a través de la interpretación antes aún de que llegue la intervención del analista. Lacan señalaba en 1964 que la captura del síntoma por tal movimiento de cierre no se reduce únicamente a la actividad del analista, sino que es necesario reconocer una operación inconsciente de interpretación por parte del orden simbólico mismo sobre la que resulta posible la construcción de la interpretación psicoanalítica como mecanismo de remisión de la letra a un saber que se supone y que funciona como metalenguaje que viene a relevar la insuficiencia o la incompletud del saber del sujeto con respecto a su propio síntoma: «La interpretación del analista no hace más que encubrir el hecho de que el inconsciente -si es lo que yo digo, a saber, juego del significante- ya ha procedido en sus formaciones -sueño, lapsus, chiste o síntoma- por

567 Seminario 20, 20/3/1975.

interpretación. El Otro, el gran Otro ya está allí, en cualquier abertura, por fugitiva que sea, del inconsciente»⁵⁶⁸. Se aprecia así la dificultad de acceder a la literalidad de la letra y, con ella, al carácter germinal y productivo del síntoma: antes aún del ejercicio institucional explícito de interpretación, el orden del discurso produce efectos de sentido a partir de su irrupción. Este inconsciente interpretador⁵⁶⁹, ya reconocido por Freud en la *Traumdeutung* como aquello que asume la función de re-investidura o religación de la energía libre a las diferentes representaciones, se sitúa, sin embargo, en una suerte de segundo tiempo con respecto a la inscripción de ese Uno que sólo revela su verdadera naturaleza por cuanto el saber y la interpretación fallan e insisten en fallar. Desde el momento en que la letra ingresa en el saber por el forzamiento que constituye la interpretación se pierde el carácter heteróclito y la potencia productiva de su escritura, que pasa a adquirir el rango de ejemplo o caso de un tipo clínico. Por tanto, del estatuto de esta escritura depende el carácter que debe ser atribuido a la función del síntoma y la posibilidad de determinar, de acuerdo con la terminología de Deleuze y Guattari, cuál es la posición de la máquina abstracta respecto de las diferentes semióticas concurrentes en la enunciación, tanto en la experiencia como en la clínica psicoanalíticas.

«Parece que sólo se puede hablar rigurosamente de signos cuando existe una distinción, no sólo real, sino categorial, entre las formas de expresión y las formas de contenido. En ese caso, hay una semiótica en el estrato correspondiente, puesto que la máquina abstracta tiene exactamente la posición elevada que le permite “escribir”, es decir, tratar el lenguaje y extraer de él *regímenes de signos*. Pero antes de alcanzar esa posición, en las codificaciones llamadas naturales, la máquina abstracta permanece englobada en los estratos: no escribe lo más mínimo, y no dispone de ningún grado de libertad para reconocer algo como signo (salvo en el sentido estrictamente territorial del animal). Y más allá, la máquina abstracta se desarrolla en el plan de consistencia, y ya no es capaz de distinguir categóricamente entre signos y partículas; por ejemplo, escribe, pero escribe directamente en lo real, tiene una inscripción directa en el plan de consistencia»⁵⁷⁰

De acuerdo con lo expuesto en estas líneas, queda en primer lugar acotado el ámbito en el que no cabe en ningún sentido hablar de escritura, a saber, en el ámbito de las codificaciones “naturales”, esto es, aquellas en las que la forma que puede ser abstraída a partir de los individuos constituidos comporta un margen mínimo de desterritorialización y, por consiguiente, presenta una constancia en la correspondencia tal que hace posible la determinación de relaciones biunívocas entre percepción y acción. Ahora bien, como ya expusimos, el afecto es

⁵⁶⁸ *Seminario II*, 15/4/1964.

⁵⁶⁹ Puesto que es el propio Freud el que introduce la noción de “palabras-puente” para designar aquello que en el discurso consciente accede al inconsciente, Fabian Shjetman califica a este inconsciente como *inconsciente pontonero* por ser precisamente su funcionamiento el que establece la conexión, de otro modo imposible, entre S₁ y S₂. De ahí, se pasa a concebirlo como inconsciente pontífice atendiendo tanto a la etimología del término como a su función de religación, lo que no deja de resultar interesante desde el punto de vista de que tal religación tiene siempre como referencia al significante como centro trascendente de la significación al que remite todo signo por medio de la interpretación. Cf. Schejtman, F., *La trama del síntoma y el inconsciente*, Buenos Aires, Serie del Bucle, 2004.

⁵⁷⁰ *MP*, 3, p. 70.

precisamente lo que introduce aquí un margen de indeterminación que justifica, siguiendo en esto a Simondon, la irrupción de lo psíquico y su vinculación con lo transindividual bajo la forma de lo colectivo. Si Deleuze y Guattari pueden identificar aquí la “escritura” con la extracción de regímenes de signos, parece claro que la demanda del síntoma a este respecto debe hacer de esa distancia que introduce tal indeterminación una distancia propiamente crítica a partir de la cual el proceder de la clínica como sintomatología encuentra el carácter productivo de su función. Sin embargo, cabe pensar que lo que amenaza el carácter crítico de la clínica es precisamente un *naturalización* de las semióticas a partir de las cuales tiene lugar el diagnóstico y el tratamiento, naturalización que tiene todo que ver con pasar por alto el papel del acontecimiento en la relación de expresión en beneficio de una clínica de los tipos que reintroduce el esquema hilemórfico y resulta impotente para pensar lo real en sí mismo, con independencia de su remisión al modelo de lo actual. Más allá de las leyes que de hecho definen el orden simbólico cabe remitirse a una esfera de derecho radicalmente heterogénea, en la que los signos no forman aún regímenes, sino sólo un “enjambre” de singularidades que es previo a la instauración de la barra de significación (por lo que “ya no es capaz de distinguir categóricamente entre signos y partículas”) y desde cuyo punto de vista la centralidad del régimen signifiante es sólo relativa y en ningún caso puede pretenderse exclusiva. Esta “escritura” directa en lo real se funda en la repetición, pero precisamente en lo que ésta tiene de productiva y de heterogénea respecto al signifiante y sus leyes: «La repetición del síntoma es ese algo que acabo de decir que *salvajemente* es escritura»⁵⁷¹. Podemos entender aquí que, aceptando la relación que proponen Deleuze y Guattari entre la semiótica signifiante y el régimen despótico de la civilización (el *Urstaad* del que se habla en *AE*), el salvajismo de esta escritura deriva precisamente de la impugnación que supone respecto a dicho régimen, puesto que recusa tanto la catexis privada de órganos como la distribución de personas y se sustrae al uno-dos (S_1 - S_2) de acuerdo con el que procede siempre el aparato de Estado. Así pues, cuando la escritura se independiza de su subordinación al saber presenta plenamente su carácter suplementario y sólo retiene de aquella el componente de fijación por cuanto se repite, aunque tal fijación no sea ya la del sentido constituido por un movimiento de cierre, sino la del goce por cuanto se sustrae a la exclusividad de tal cierre que constituye la función fálica. Se abre así el camino para una consideración de esta letra sintomática como excepción en relación con dicha función, pero de tal modo que sólo ella será capaz de darle consistencia al propio régimen signifiante una vez se ha mostrado la imposibilidad de un metalenguaje general y de un Otro del Otro, por cuanto resulta ser el *índice* de la no correspondencia que Lacan formula como la inexistencia de la relación sexual. Tal relación se revela como imposible cuando Lacan afronta la

571 *Seminario 22*, 21/1/1975 (la cursiva es nuestra).

tarea de encontrar un artefacto de formalización, es decir, una escritura, en la que tal relación podría hacerse comunicable, esto es, encontrar su lugar en un saber o siquiera fundarlo. Ahora bien, en relación con la escritura, Lacan considera que a aquello que *no cesa de escribirse* corresponde el modo de ser de lo necesario y, precisamente por eso, de aquello que no es propiamente lo real, puesto que la necesidad como relación lógica deriva del establecimiento de una condición y de la disyunción exclusiva o excluyente que ésta funda: necesaria es la relación conforme a la cual lo universal determina apodícticamente a lo particular y comporta una abstracción respecto de cualquier singularidad que no pueda ser reducida a ese modelo puesto que sólo a partir de él resulta un criterio que distingue lo pertinente de lo que no lo es. Lo contingente, por su parte, mantiene una relación con la escritura que tiene todo que ver con la posibilidad de hacer del instante un presente eterno, puesto que, según considera Lacan, *cesa de no escribirse*. Ahora bien, esta afirmación no hace sino extraer de la contingencia aquello que ya está contenido en su etimología, a saber, la referencia al encuentro, a la convergencia corpórea (no en vano el lexema “*tangere*” se traduce del latín como “tocar”) y parece que la escritura funciona aquí como forma de fijación que confiere a un acontecimiento una suerte de existencia corpórea. Por último, aquello que resiste insistentemente a esta fijación, lo que *no cesa de no escribirse*, es lo imposible, el límite dinámico mismo de la escritura y de la potencia de acción y pasión de los cuerpos por cuanto éste es entendido en un sentido rigurosamente dinámico ya que, si su estatuto correspondiese más bien a la concepción matemática, en ningún caso sería justificable esta constante sustracción a la operación de escritura⁵⁷². De acuerdo con esto, el síntoma sólo encuentra necesidad cuando deviene asimilable en el saber y es susceptible de ser capturado en la interpretación, si bien de este modo su carácter propiamente real desaparece puesto que resulta dócil respecto del orden simbólico y conciliable con la representación del sujeto y del aparato psíquico. Ahora bien, que S_1 pueda acceder a este estatuto, que sea susceptible de conectarse con S_2 , exige que S_1 se proponga como un signo en el sentido restringido en el que Peirce entiende el representamen, aunque sea precisamente su carácter contingente aquello que mantiene abierta, como insistencia en la escritura, la exigencia de determinación de un objeto inmediato a través de un interpretante lógico o dinámico. Sin embargo, la resistencia del síntoma a la interpretación apunta a un objeto propiamente dinámico que debe ser entendido en términos de potencia por cuanto ésta resulta irrepresentable de acuerdo con las condiciones del sistema del saber -que siempre constituyen un mero objeto inmediato- y su estatuto como representamen corresponde propiamente a lo que Peirce caracteriza como índices y distingue respecto de lo iconos y los símbolos atendiendo a tres condiciones: la ausencia de semejanza significativa con respecto a sus objetos, el hecho de que dirigen la

572 Cf. *Seminario 20*, 26/6/1973.

atención de su interpretante a partir de sí hacia los objetos con independencia de cualquier otra condición [*“by blind compulsion”*] y, además, el referirse siempre a objetos singulares o colecciones singulares de objetos⁵⁷³. Encontramos en estas tres condiciones argumentos suficientes para corroborar el empleo por parte de Lacan del término “índice” a la hora de caracterizar la función del síntoma como exterior a la relación que instituye la función fálica: en primer lugar, el síntoma es signo, pero no sometido ni a la condición de la semejanza ni a la de la presencia de caracteres generales que delimiten su objeto, sino que siempre aparece como marca singular que apunta a un objeto asimismo no universalizable, e incluso a la singularidad no ya de una sustancia o un elemento discreto, sino de un continuo; en segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, el interpretante que corresponde a este signo no puede ser un interpretante lógico, pero tampoco dinámico ya que, de resultar susceptible de contracción en un hábito, una reterritorialización en el sentido ocultaría su carácter fundamentalmente desterritorializado y, con él, el componente de resistencia que hace de él algo relevante para la clínica. Peirce subraya esta capacidad del índice para mantener en suspenso la determinación de un interpretante, puesto que si bien perdería su carácter de signo desde el momento en que prescindiese de su objeto, no ocurre así con respecto a la regla que fijaría la relación de uno respecto al otro y que sería al mismo tiempo explicitable por poder constituirse ella misma en representamen de otra relación semiótica determinada⁵⁷⁴. El carácter dinámico del vínculo que el índice tiene con su objeto remite en el establecimiento de la relación, por un lado, al plano de las causas por cuanto lo que aparece comprometido es la existencia tanto del representamen como de su objeto, y, por otro, convoca necesariamente el plano de los efectos puesto que los vínculos que relacionan representamen, objeto e interpretante tienen que ver con una afección⁵⁷⁵ que, precisamente por mantenerse en suspenso la determinación de éste o aquél interpretante, apunta a un grado cero del afecto -aquello que Deleuze designaba el *La imagen-movimiento* sirviéndose de la voz inglesa “wonder”- y que, según veremos a propósito de la formalización del discurso psicoanalítico, es lo que en la práctica y la clínica debe ser aislado con respecto a cualquier efecto de sentido -esto es, respecto a cualquier reterritorialización en conformidad con el orden simbólico- y que Lacan también reconoce como producción propia de la literatura contemporánea, apuntándose así ya el vínculo entre crítica y clínica que Deleuze y Guattari

573 «Los índices pueden distinguirse de otros signos o representaciones de acuerdo con tres características: primero, no tienen semejanza significativa alguna con sus objetos; segundo, se refieren a individuos, unidades singulares, colecciones singulares de unidades o continuos singulares; tercero, dirigen la atención hacia sus objetos por compulsión ciega. Pero sería difícil, si no imposible, presentar un ejemplo de índice absolutamente puro, o encontrar algún signo desprovisto totalmente de cualidad índiceca.». CP: 2.305.

574 «Un índice es un signo que perdería el carácter que lo constituye como signo en caso de que su objeto desapareciese [*were removed*], pero no lo perdería en caso de que no hubiese interpretante» CP: 2.304.

575 «Un índice es algo que, habiendo sido afectado poderosamente [*forcibly affected*] por su objeto, poderosamente afecta a su interpretante y provoca que éste sea poderosamente afectado por el objeto» MS [R] 599:39-43.

establecen como alternativa a la clínica de tipos y a la reterritorialización que el psicoanálisis efectúa en la representación familiar o, en el caso de la práctica supuestamente lacaniana, sobre la “tierra podrida del diván”⁵⁷⁶. De este modo, la letra pone de manifiesto la insuficiencia tanto de la significación -y con ella, de las categorías lingüísticas y de la lógica de cuño aristotélico-, como de las funciones de la comunicación, para dar cuenta de lo que se pone en juego en la enunciación: así, la atención al costado resistente del síntoma impone una reformulación de la noción de signo más allá del modelo del significante y una revalorización de la enunciación como proceso frente al sistema que comporta una modificación de lo que se entiende por lenguaje más allá de la prioridad sincrónica y aséptica de la lengua. De ello se deriva necesariamente un cambio sustancial en la clínica psicoanalítica que afecta tanto a la distinción excluyente que determina sus tipos clínicos tradicionales -neurosis, psicosis y perversión- como a la omnipotencia y el sentido de la interpretación como práctica terapéutica.

«No olvidemos que al comienzo se calificó, equivocadamente, de arbitraria la relación del significante y el significado. Así se expresa, probablemente a regañadientes, Saussure. Pensaba en algo muy distinto, y que está mucho más cerca del texto del *Cratilo*, como lo demuestra lo que hay en sus gavetas, a saber, las historias de anagramas. Ahora bien, lo que pasa por arbitrariedad es que los efectos de significado parecen no tener nada que ver con lo que los causa. Pero es que, si parecen no tener nada que ver con lo que los causa es porque se espera que lo que los causa tenga cierta relación con lo real. Hablo de lo real serio. Lo serio [...] no puede ser sino lo serial. No se obtiene sino después de un largo tiempo de extracción, de extracción a partir del lenguaje, de algo que está prendido a él, y de lo que no tenemos, en el punto que he alcanzado en mi exposición, sino una idea muy remota, así sea sólo a propósito de ese *un* indeterminado, ese señuelo que no sabemos cómo hacer funcionar en relación con el significante para que lo colectivice. En verdad, veremos que invertir, y en vez de *un* significante al que se interroga, interrogar al significante *Uno*: aún no hemos llegado a tanto»⁵⁷⁷.

⁵⁷⁶ «Por supuesto, así no se puede renovar la noción de producción. Ese ha sido el descubrimiento de los sacerdotes psicoanalistas (aunque todos lo demás sacerdotes y todos los demás adivinos ya lo habían hecho en su tiempo): la interpretación debía estar sometida a la significancia, hasta el extremo de que el significante no producía ningún significado sin que el significado no produjese a su vez un significante. En efecto, en última instancia ya no hay nada que interpretar, puesto que la mejor interpretación, la más aplastante, la más radical, es el silencio del analista, es el silencio eminentemente significativo. Es bien conocido que el psicoanalista ya ni siquiera habla, y que de esta forma todavía interpreta más, o mejor todavía, da a interpretar al sujeto que salta del infierno a otro. En verdad, significancia e interpretosis son las dos enfermedades de la tierra o de la piel, es decir, del hombre, la neurosis de base» *MP*, 5, p.120.

⁵⁷⁷ *Seminario 20*, 19/12/1972.

8. La lógica de la no-relación y los fracasos del binarismo y la subsunción ante la diferencia sexual.

En la sección anterior se expuso cómo, en consonancia con la vocación de la clínica lacaniana de acceder al costado real del síntoma- esto es, a lo que el síntoma tiene de resistente respecto de toda interpretación encaminada a reducirlo al modelo del reconocimiento que opera por su ubicación dentro de un saber-, resultaba necesario distinguir entre el Uno de la totalidad englobante, aquél que puede situarse en una serie con otros y, por consiguiente, quedar subsumido a un patrón reproductivo, del Uno como pura singularidad inasimilable que, en su heterogeneidad radical con respecto a los elementos y la razón de la serie, es capaz de recoger el componente productivo de la repetición y recusar toda correspondencia biunívoca entre los elementos del conjunto de las entidades del contenido y el de las entidades de la expresión. También se aludió a la propuesta de lectura de J.A. Miller al respecto, a saber, que esa letra que Lacan designaba con la expresión “*il y a de l'Un*” (“hay de lo Uno”) es inseparable de otra afirmación, aparentemente menos abstracta y quizá más transgresora: “no hay relación sexual”. El vínculo al que aquí apunta Miller se apoya en que ese Uno, considerado desde el punto de vista de lo uniano, no es capaz de encontrar correspondencia dentro del orden que se constituye a partir de lo unario y de la función fálica, señalando así en el ámbito de la diferencia de los sexos la imposibilidad de un “negocio redondo”⁵⁷⁸ en el que la sustitución de un término por otro pudiese llevarse a cabo sin resto. Con motivo de la exposición de los motivos y las consecuencias de esta última y de la afirmación, aún quizá poco justificada, que venimos arrastrando acerca de la insuficiencia de la lógica para dar cuenta de lo real, intentaremos hacernos cargo del papel que los denominados “matemas” lacanianos juegan en el desarrollo de la clínica y de en qué sentido ésta puede distinguirse del proceder científico en su sentido moderno, no tanto por un defecto de formalización, sino más bien de acuerdo con un exceso

⁵⁷⁸ Introducimos aquí la expresión de la que Lyotard se sirve en su comentario del *Banquete* siguiendo el empleo que de ella lleva a cabo Emma Ingala a propósito del abordaje lacaniano de la cuestión de la diferencia sexual en su tesis sobre la posición de Deleuze y Lacan en torno a la cuestión de lo trascendental. La imposibilidad de este “negocio redondo” aparece allí como aquello que hace posible una alteridad radical entre lo que comparece de acuerdo con el régimen de la significación y es susceptible de ser revelado en la interpretación y aquello que resiste a estas instancias, sustrayéndose a la condición de numerabilidad que hace posible el reconocimiento. De este modo, es posible considerar que la falta en el Otro que Deleuze y Guattari consideraban capaz de condenar el pensamiento de Lacan a una concepción meramente representativa del deseo y del inconsciente puede revelarse como «el reverso de un exceso: gracias a que el inconsciente en tanto que discurso del Otro -sin Otro- mantiene al sujeto a distancia de su ser, se abre el horizonte a una pluralidad de modos de subjetivación [...] La falta no es, pues, la carencia o privación que criticarán Deleuze y Guattari, sino el (n-1) donde lo que se sustrae es el 1 de la Unidad, la completud, la totalidad [...] Gracias, por ende, a que no hay negocio redondo, a que el Otro no está tasado en un valor determinado, puede haber *realmente* Otro» Ingala, E., *Estructura y relación: filosofía trascendental en Gilles Deleuze y Jacques Lacan*, Madrid, UCM, 2012, p. 196. Cf. Lyotard, J. F. *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias* (trad. González, G., de. Muñoz, J.) Barcelona Paidós, 1992

constitutivo que conlleva (o al menos debe alentar a ello) un abandono de toda perspectiva doctrinal y la necesaria inclusión de variables de enunciación que no pueden ser despachadas remitiendo a categorías procedentes de las teorías lingüísticas estructuralistas, generativistas o comunicacionales. La pretensión formalizadora inherente a la clínica en su función de transmisión de un saber lleva paradójicamente a operar una modificación del fundamento mismo de la lógica proposicional, tal y como ésta ha sido desarrollada desde Aristóteles, que sitúa la excepción en el origen de lo universal y, por tanto, consigue independizarse de la trascendencia y la efectividad atribuidas a la causa formal por parte del modelo hilemórfico. Por cuanto tal modelo constituye el eje fundamental en virtud del cual la Imagen del pensamiento que Deleuze somete a crítica profunda aborda la tarea de dar cuenta de la individualidad, los últimos desarrollos de la clínica lacaniana pueden apuntar a una subversión de dicha imagen desde el punto de vista de una concepción materialista del signo en el marco de un pensamiento de la inmanencia.

8.1. Insuficiencias del legado de Freud; Edipo y sus pesadas alforjas.

La prioridad del régimen signifiante a la hora de comprender el síntoma pierde terreno según van sucediéndose los seminarios, al mismo tiempo que la hegemonía de la metáfora y del Nombre-del-Padre dejan paso a otros modos de comprender la producción de discurso y la constitución de la subjetividad. Por cuanto lo que está en juego en dicha metáfora es la prioridad absoluta del goce fálico y, con él, el carácter necesario de la referencia al Edipo freudiano, los diferentes tipos clínicos aparecen definidos, desde Freud, en función de su relación con éste y con su correlato, a saber, la castración; desde este punto de vista, la determinación de la diferencia sexual no ha dejado de resultar problemática para el psicoanálisis, en especial a la hora de establecer una relación con el goce específica de lo femenino. Sin embargo, habida cuenta de que el llamado “giro hacia lo real” es inseparable de una recusación del carácter interdicto del goce en beneficio de otra concepción que intenta establecer la cuenta de los modos en los que éste se sustrae al coto que representa el régimen de la significación y el predominio de la función fálica como modelo de cierre correspondiente al orden simbólico, la tarea de dar cuenta de en qué sentido es posible otro goce se impone en el desarrollo de la clínica lacaniana acentuando al máximo la tensión que en su seno establecen la pretensión de comunicabilidad y la atención a las condiciones de la experiencia real de la práctica analítica. Así pues, la cuestión de la relación sexual hunde sus raíces en la lógica edípica al mismo tiempo que apunta a una insuficiencia

propia del régimen de la significación en lo que concierne a la determinación de cuál pueda ser el goce que corresponde a aquello que escapa al dominio de la función fálica, es decir, a aquello que se caracteriza por sustraerse a la alternativa ser/tener relativa al falo: el problema es el de la determinación del estatuto específico de lo femenino y la posibilidad de un goce no mediado por la centralidad del significante. Lacan, en su “retorno a Freud” no puede sino hacerse cargo de lo que las elaboraciones teóricas freudianas, en especial desde el punto de vista tópico y dinámico, resultaban incapaces de apresar: su conflictividad se hace explícita en los textos (especialmente a partir de 1920), y los acercamientos de Freud a la cuestión forman una serie discontinua y recurrente de rectificaciones e inconsecuencias conscientes y manifiestas en la que incluso se llega a poner en cuestión la universalidad del complejo de Edipo como fundamento de la estructura neurótica. Freud considera, amparándose en sus experiencias de análisis, que tanto en el caso del varón como en el de la mujer el punto de partida es la ligazón con la madre, y que la duración de tal vínculo persiste de un modo u otro durante el estadio propiamente edípico en la niña, de tal modo que es necesario remitirse a un estadio anterior: «la fase preedípica de la mujer alcanza una significación que no le había adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis»⁵⁷⁹. Inmediatamente después de estas líneas, Freud formula una sugerencia que, en principio, resulta enigmática: «quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla». Tal vez sólo seamos capaces de hacernos cargo de la necesidad a la que responde la introducción de un espacio para la elección en un dominio que, en principio, parece fundamentalmente constituido sobre la vocación de certeza -y sometido al imperativo de la necesidad y la imposibilidad lógicas-, cuando comprendamos en qué consiste la insuficiencia de la concepción freudiana y en qué sentido la operación de Lacan sobre el cuadrado lógico de Apuleyo implica un ejercicio de producción capaz de sustraerse a sentido de “autorización” que el “retorno a Freud” parece imponer si se ignora tanto la distinción de Foucault relativa al nombre de autor como la peculiar posición del psicoanálisis respecto al discurso científico.

El falo y la castración resultan siempre en los textos de Freud las referencias de acuerdo con las que es concebida sexualidad femenina, por lo que su inserción dentro del esquema edípico exige algún tipo de suplemento capaz de explicar cómo, teniendo el mismo punto de partida que el varón -a saber, la ligazón con la madre-, resulta posible la elección del padre como objeto. La diferencia entre un caso y otro se establecerá de acuerdo con la posición que cada uno

579 Freud, S., “Sobre la sexualidad femenina”, 1931, en Freud, S., *Op.cit*, vol. XXI.

ocupe en relación con la castración; mientras que para el varón ésta aparece como intermediario necesario para el reconocimiento de la ley paterna y actúa como motor en vistas a la identificación, en el caso de la niña constituye el comienzo mismo del proceso y la *penisneid*, por su parte, aparece como razón de la serie de diferentes investiduras libidinales. El desarrollo exigido para la determinación normal del deseo de la niña conlleva el tránsito desde de una posición activa, donde el clítoris asume funciones fálicas, a una posición pasiva-vaginal, que Freud identifica con lo específicamente femenino y que constituye el término de referencia a partir del cual concibe el *devenir-mujer* en el que consiste la superación del Edipo. De este modo, Freud entiende el proceso que representa la fase edípica en función de un término identificatorio de referencia, es decir, como la adquisición de una forma según el modelo de la causalidad incorporal. La forma aparece así como criterio de evaluación del carácter más o menos satisfactorio del proceso, y los avatares a los que se expone tal operación informativa pueden desembocar, según Freud, en tres destinos diferentes para la constitución de la sexualidad femenina: en primer lugar, aquél en el que la renuncia a la actividad proto-fálica se prolonga en una renuncia a la sexualidad en general; en segundo lugar, aquél en el que la actividad clitoriana persiste de algún modo y puede llegar a consolidarse como posición homosexual, y, por último, aquella en la que el paso de lo activo a lo pasivo termina con la adopción del padre como modelo y del hijo como sustituto del falo dentro de lo que Lacan designa como dialéctica del tener o no tener. Esta tercera resolución parece ser, en opinión de Freud, la más satisfactoria a la hora de estructurar el deseo de la mujer, aunque pese a todo dista mucho de estar libre de ambigüedades: así, se plantea al nivel de la “normalidad” claramente el problema de la diferencia sexual y de la equivocidad del término “género” aplicado a la distinción entre hombre y mujer. El pensamiento se enfrenta aquí a una tensión que oscila entre lo discreto y lo continuo puesto que, si bien el género y la especie no puede nunca ser según el más y el menos -como corresponde a su carácter de determinación sustancial-, la imposibilidad de extraer un rasgo más allá de la mera diferencia anatómica o de la posibilidad de reproducción impide el establecimiento de un corte limpio que decantase lo activo de un lado y lo pasivo del otro.

«Es indispensable dejar en claro que los conceptos de “masculino” y “femenino”, que tan unívocos parecen a la opinión común, en la ciencia se cuentan entre los más confusos, y deben descomponerse al menos en tres direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad y pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en los que se ha puesto una meta pasiva [...] El tercer significado, el sociológico, cobra contenido por la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras»⁵⁸⁰

580 Freud, S., (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Op.cit.* Vol. VII.

El propio Freud reconoce el carácter ideal de cualquier atribución de rasgos en este sentido, puesto que «todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición bisexual y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto»⁵⁸¹. Sin embargo, persiste aquí en la concepción de la sexualidad el modelo binario y cierta pretensión esencialista que hace de lo mixto de esa “herencia cruzada” no ya la fuente de una producción, sino más bien el origen de toda confusión. Asimismo, la asignación de lo activo a lo masculino y lo pasivo a lo femenino aparece lastrada del mismo presupuesto, de tal modo que sólo es reconocida capacidad determinante a la libido por cuanto se ajusta al modelo prescrito por la lógica del Edipo, ya tenga lugar este ajuste de un lado o del otro, aunque el propio Freud reconoce la insuficiencia teórica del psicoanálisis a la hora de justificar la existencia de una única libido y, en consecuencia, de un único goce⁵⁸². El recurso a la teoría freudiana para dar cuenta de lo femenino pone de manifiesto la ausencia de un mito o *relato* específico para la mujer, puesto que en ambos casos la referencia a Edipo y a la castración se presentan como ineludibles; ésta ausencia tiene todo que ver con cierta incapacidad para pensar aquello que ya se había revelado en el célebre texto de 1920 *Más allá del principio del placer*⁵⁸³ como ámbito en cierto sentido trascendental en el que es posible rastrear esa variabilidad original a la que Edipo debe otorgar constancia a través de la consolidación de un término rector para la identificación, y que constituye la verdadera condición incondicionada de los fenómenos de individuación y estructuración subjetiva. De este modo, el planteamiento de Lacan no puede partir de la lógica del Edipo y el goce fálico, sino de lo real tal y como ha sido rastreado en ese Uno que constituye el síntoma en lo que tiene de resistente.

8.2. La escritura y la no relación.

La cuestión para Lacan debe plantearse necesariamente en estos términos: ¿cómo es posible hablar de dos sexos cuando sólo una función, la función fálica, se plantea como estructurante en el orden simbólico? ¿es el uno de esta función el mismo que debe aplicarse a su distinción, de tal modo que sería posible decir que cada sexo es *uno*? ¿resulta la alteridad así construida, a saber, el que uno sea el otro para el otro, reversible y, por tanto, equivalente? ¿es

581 Freud, S., (1925) “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” en *Op. cit.* Vol. XIX.

582 «Si pudiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de “masculino” y “femenino”, podría defenderse también la afirmación de que la libido es regularmente y conforme a leyes, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer» Freud, S., *Tres ensayos de teoría sexual*, 1905, *Op.cit.* Vol. VII.

583 Freud, S., *Más allá del principio del placer*, 1920, en *Op. cit.* vol. XVIII.

posible un reparto del goce que esté dotado de esta misma equivalencia? y, aun considerando su distinción como relativa, ¿es posible determinar un umbral que, funcionando como límite, proporcione una referencia para la distinción? El problema, apuntado ya en la sección anterior, es precisamente el de la cuenta o numerabilidad de los sexos y de los goces, y lo es por cuanto en lo que Lacan encuentra como fundamento de tal propiedad se sitúa una heterogeneidad ontológica irreductible al modelo de lo actual-corpóreo. Puesto que dicho modelo, tal y como se hace explícito en el aristotelismo y su legado, encuentra en la lógica la clave de su organización formal normativa, Lacan deberá mostrar la inconsistencia de dicha organización al confrontarla con aquello que precisamente se sustrae siempre al cierre en virtud del cual se constituye la noción -concebida como causa formal-, e impugna la condición de verdad que el régimen de la significación prescribe. Es necesario, por tanto, pasar de las condiciones de posibilidad a las condiciones de existencia, del mismo modo que, a propósito de la elucidación de la naturaleza de lo sintomático, la atención se desplazaba desde los efectos de sentido hasta los efectos [*effects*] de goce. Lacan recoge del legado freudiano la referencia a la castración, pero en absoluto para establecer la distinción por la oposición de dos constituciones sustanciales, sino más bien para atisbar una diferencia de régimen o de funcionamiento entre el lado “hombre” y el lado “mujer” considerados de forma abstracta, a saber, situando la efectividad de la castración únicamente del lado del primero. Así, la discontinuidad introducida por el acceso pleno al orden simbólico establece el régimen signifiante, en el que el deseo se sustrae a toda potencia productiva en beneficio de una circulación metonímica que no hace sino reproducir la metáfora inaugural y reducir lo real al dominio del goce fálico. Por el contrario, del lado “mujer”, Lacan apunta a una contigüidad del goce consigo mismo, es decir, a una continuidad de lo real que se escabulle de la retícula del sistema formal de la significación y en la que el deseo puede acceder a su potencia de producción. Mientras que el goce fálico articula contenido (cuerpo) y expresión (discurso) sometiendo el afecto a los requerimientos formales del orden simbólico y dando lugar así a la dimensión del deseo, la pregunta es por otro goce capaz de recusar la universalidad de la función fálica.

«Es el goce que haría falta que no, condicional [...] Si no hubiese eso, la cosa andaría mejor, condicional en la segunda parte. Es una implicación material, de la que los estoicos se dieron cuenta que era tal vez lo más sólido que había en la lógica. Del goce, entonces, cómo expresar lo que haría falta que no respecto a él si no por lo siguiente: si hubiese otro goce que el fálico, haría falta que no fuese ese. Es muy bonito. Hay que usar, usar de verdad, gastar hasta el hueso cosas como esa, tontas de capirote, viejas palabras. El utilitarismo es eso. Y permitió dar un gran paso para zafarse de las viejas historias de universales en que estaban enredados desde Platón y Aristóteles, que perduraron durante todo el Medioevo, y que todavía axfisiaban a Leibniz, hasta el punto que uno se pregunta cómo fue tan inteligente. Si hubiese otro, haría falta que no fuese ese. ¿Qué designa ese? ¿Designa lo que, en la frase, es el otro, o aquél del cual partimos para designar a ese otro como otro»⁵⁸⁴

584 *Seminario 20*, 13/2/1973.

El enunciado condicional que Lacan propone se formula de acuerdo con una modalidad que sólo toma como punto de partida la actualidad del goce fálico y, puesto que ni prótasis ni apódosis están en presente, mantiene a distancia la incorporación y la consideración acerca del valor veritativo del enunciado. Asimismo, la deixis de la apódosis resulta ambigua, por cuanto bien puede ser entendida como anafórica, bien en tanto deixis indicial: de la aceptación del primer modo, lo indicado sería el goce fálico y el otro goce obtendría una definición meramente negativa; por el contrario, si la deixis debe ser entendida en sentido propiamente indicial, apuntaría, más allá del enunciado, a una suerte de goce que haría falta que *no fuese*. De este modo, Lacan expresa la heterogeneidad que caracteriza al régimen de existencia conforme al cual ha de ser concebido ese otro goce, al mismo tiempo que, por lo que toca a la consideración anafórica del deíctico “ese”, la conveniencia del goce fálico se concibe como precaria, puesto que tal heterogeneidad amenaza la correspondencia entre expresiones y contenidos que se supone al decir.

«Dicho goce es reprimido porque no conviene que sea dicho, y ello justamente porque decirlo no puede ser más que esto: como goce, no conviene. Ya lo propuse hace rato con el giro de que no es el que falta, sino el que hace falta que no. La represión sólo se produce por atestar en todos los decires, en el menor decir, lo que implica el decir que acabo de enunciar, que el goce no conviene -*non decet*- a la relación sexual. Porque habla, dicho goce, la relación sexual no es. Por eso es mejor que calle, lo cual vuelve un poco más pesada la ausencia misma de relación sexual. Y por eso, a fin de cuentas, no calla y el primer efecto es que habla de otra cosa. Es el principio de la metáfora»⁵⁸⁵

La introducción deliberada del verbo latino “*decet*”, que designa adecuación o conveniencia y puede hacerse homófono de “*dicere*” (*decir*), señala un modo de incompatibilidad que va más allá de la mera incompatibilidad con el yo en virtud de la cual Freud concibe el mecanismo de la represión secundaria o represión propiamente dicha, puesto que indica una diferencia de naturaleza entre el goce fálico, aquél que articulado en el lenguaje establece el sistema de conveniencias e inconveniencias, y aquél que de ningún modo puede convenir por cuanto es lo que escapa a la captura formal del significante, de tal modo que si bien no *dice* (esto es, no establece vínculos tales que pueda comportar en su emergencia las relaciones de significación, manifestación y designación) sí que al menos *habla* (es decir, sí que tiene un sentido y es relativo al desarrollo sincrónico del proceso de enunciación). Es por tanto aquello que el acceso al orden simbólico tiene como su ocasión y sentido pero que inevitablemente desaparece desde la óptica que dicho acceso inaugura, de ahí que el carácter que conviene a la represión de la que es objeto sea un carácter constitutivo y que el estatuto ontológico que corresponda a ese otro goce que no conviene es el de sustraerse a la representación y, con ella,

585 *Ibidem*, p. 76.

también a la designación operada por medio de la significación y de la condición de verdad que ésta establece. Así pues, la formulación condicional, en tanto que funciona como implicador lógico, suspende la efectuación de dicha condición de verdad en el antecedente (“Si hubiese otro”) sin perjuicio de que lo que se afirma en el consecuente (“haría falta que no fuese ese”) resulte ser verdadero, aunque lo que en él se afirme no sea propiamente una existencia real, sino algo que en el lenguaje aparece como su falta, es decir, como aquello que el discurso no alcanza a *decir*: «que el no-ser no sea, no hay que olvidarlo, la palabra lo carga a la cuenta del ser porque la falta es suya»⁵⁸⁶. Por cuanto en el discurso se pone en juego una instancia heterogénea en virtud de la cual el proceso puede ir más allá de una mera función reproductiva y representativa, es necesario reconocer un componente maquínico que impide la reducción de la repetición al modelo del automatismo regido por las leyes de la cadena signifiante: el encadenamiento debe incluir necesariamente algo que es de otro orden que el de las representaciones mediante las cuales se efectúa la designación y la significación como un decir, pero que sin embargo está siempre ya confiriendo sentido al proceso mismo en el que consiste la enunciación. De este modo, el objeto del discurso debe ser caracterizado de acuerdo con el mismo estatuto anómalo y, más allá del modelo del objeto narcisista (que supone ya la instauración de una discontinuidad entre el sujeto y el objeto), debe aparecer como causa del deseo y de la constitución misma del sujeto en el proceso. Ya en el seminario dedicado a la transferencia⁵⁸⁷, Lacan se sustraía al modelo corpóreo del otro especular imaginario a la hora de determinar aquél estatuto de objeto que podría satisfacer la determinación de *la Cosa* freudiana al encontrar en el *Banquete* de Platón el término griego *agalma*, que no designa ni la entidad de un objeto ni ninguna característica que pudiese resultar relevante desde la concepción matemática de la definición, sino más bien un accidente que, independientemente de cuál fuese el sujeto en el que estuviese, señala la atribución de un efecto, en principio óptico, de brillo y ornamento. Lacan, ya en una fecha tan temprana, esboza así un sentido de lo parcial que se distingue tanto del empleado por Freud como del mucho más difundido por Melanie Klein y que constituiría la base a partir de la cual se ira desarrollando la noción de objeto *a*. Esta parcialidad ya no tiene que ver con la fragmentación de una unidad referencial, sino más bien con aquello que se opone al cierre totalizador que anticipaba la imagen especular y que efectúa con carácter constituyente el rasgo unario: la parcialidad del objeto *a* no procede de ninguna totalidad previa traumáticamente desagregada ni encuentra su destino en una unidad englobante en la que alcanzaría una estabilidad redentora. Tampoco resulta localizable en el espacio que el régimen de la significación estría, puesto que su irreductibilidad al modo de ser de lo corpóreo se hace patente por cuanto no puede ser asimilado

⁵⁸⁶ *Ibidem*, p. 75.

⁵⁸⁷ Cf. *Seminario 8*, 1/2/1961.

ni al término, ni a la noción, ni siquiera al objeto de la designación; su carácter marginal hace que en la relación semiótica que tiene lugar en el enunciado concorra según la función que relaciona y distingue al objeto inmediato de la designación respecto del objeto dinámico del mundo, que no se ofrece como totalidad unificada a falta de un interpretante lógico final, de un Otro del Otro, que fuese garantía del cierre y la concordancia de las determinaciones significativas. Esta función, por consiguiente, excede y funda aquella que establece el carácter rector de la forma, es decir, la función fálica que, precisamente por operar la determinación que constituye totalidades y establece las propiedades que definen las relaciones entre las mismas de acuerdo con un uso exclusivo de la disyunción, se propone como centro de significancia único al que deben ser referidas cualesquiera ocurrencias discursivas y establece aquella captura del goce en virtud de la cual surge la imposibilidad de contar hasta dos en la distinción de los sexos. Puesto que se propone como función, es en sí misma ya la formalización de una relación que no es tanto la de los hombres con las mujeres, sino más bien la del goce fálico por un lado y los seres hablantes por otro. De este modo, la cuestión que se plantea es la de la imposibilidad de establecer una relación entre el goce fálico y ese otro goce que se hace caer del lado “mujer”, puesto que el establecimiento de tal relación sólo sería posible por cuanto el otro goce pudiese determinarse por otra función tal que entre ambos cabría establecer una relación no ya en primer término de equivalencia, sino de reciprocidad como condición previa de ésta. Ahora bien, puesto que la determinación es atribuida en exclusiva al régimen signifiante, en el seno del cual tiene lugar la constitución de conjuntos cerrados en virtud de los cuales la multiplicidad accede a un estatuto analítico y que cumplen la condición de numerabilidad, no resulta posible concebir un goce más allá del falo tal que pudiese hacer del lado femenino un conjunto de esas características, por lo que la unidad englobante de un universal es negada por Lacan para el costado “mujer”. Así, Lacan escribe *LA mujer* con objeto de señalar en qué sentido toda tentativa de constitución de un universal a partir de ese goce que se hurta a la función fálica resulta necesariamente un fracaso, que no hace sino reintegrar en el saber el costado femenino de la relación sexual y, por consiguiente, subordinarlo a un *modelo mayor* en el que la articulación signifiante sólo es capaz de apresar el afecto en ciertos puntos y de acuerdo con condiciones determinadas por el sistema formal de la significación, siquiera a costa de un esfuerzo ímprobo por parte de la interpretación y de las instituciones que funda el sistema del juicio. La función fálica introduce la castración como su correlato, y desde ese punto de vista queda impugnada la posibilidad de establecer un universal para la mujer: Lacan recupera en el *Seminario 18* el mito del *Urvater* de *Totem y tabú*⁵⁸⁸ con objeto de mostrar la imposibilidad de la que da cuenta dicho relato -que pone así un no-ser en la cuenta del ser- puesto que ese “todas las mujeres” del que

⁵⁸⁸ Cf. Freud, S. (1913), *Totem y tabú*, en *Op. cit.* Vol. XIII.

goza el padre primordial resulta rigurosamente imposible de acuerdo con la ley del decir. No obstante, la cuestión que se plantea es la de atender a la exigencia de comunicabilidad de la clínica y, por tanto, la de elaborar un dispositivo de formalización para esta no-relación que deriva de la imposibilidad de desarticular la centralidad de la función fálica y la equivalencia del goce para todos los seres hablantes que establece: en esta labor de escritura, Lacan deberá cuestionar el fundamento mismo de la lógica aristotélica, esto es, el papel de la proposición particular, de la negación y de la excepción en sus relaciones con la universalidad. La pregunta se sitúa específicamente al nivel de lo que la función fálica deja insatisfecho, a saber, que no hay dos variables diferenciadas capaces de ocupar el lugar del argumento (x e y), sino sólo una, por lo que aquello de lo que hay que dar cuenta es precisamente de las anomalías que impiden la subsunción y desmienten la aplicabilidad de dicho universal, por lo que será necesario operar asimismo una modulación relativa al valor y los modos de la negación en la formulación de las proposiciones particulares y universales que no puede sino afectar a la manera en que dicha negación venía siendo entendida en el marco de la sintomatología psicoanalítica.

«Intentemos ahora despejar lo tocante al parentesco entre lo universal y nuestro asunto, a saber, el enunciado por el cual los objetos deberían repartirse en dos todos de equivalencia opuesta. Acabo de hacerles notar que de ningún modo cabe exigir la equinumerosidad de los individuos y agregaré que creí poder sustentar lo que debía proponer en la mera biunivocidad del acoplamiento. Habría entonces, si ello fuese posible, dos universales definidos por el solo establecimiento de la posibilidad de una relación entre uno y el otro o entre el otro y el uno[...] Dije que lo que estigmatiza a esta relación, por estar profundamente subvertida en el lenguaje, es muy precisamente esto: que ya no hay modo [...] de escribirla en términos de esencia macho y de esencia hembra»⁵⁸⁹

La validez del principio de contradicción y del principio del tercero excluido al nivel, no ya de la proposición, sino del enunciado, resulta cuestionada cuando ciertos fenómenos discursivos son testimonio de una discordancia con respecto al modo en que la negación opera en la lógica tradicional. En el *Seminario 9*⁵⁹⁰ -precisamente aquél en el que por vez primera Lacan se sirve de la versión percieana de la *formula quadrata* de Apuleyo- Lacan opera un tránsito anómalo entre la forma de las proposiciones clasificadas según la cantidad y la cualidad (a saber, universales y particulares, afirmativas y negativas) y la constitución de los enunciados correspondientes. Sirviéndose del ejemplo “Todo hombre es mentiroso”, Lacan introduce los barbarismos “no-todo” y “no-ningún” al nivel de las particulares, cuestionando así la univocidad que atribuida a lo establecido por las universales. Sin embargo, hasta el *Seminario 20* estas modificaciones no encontrarán una aplicación concreta en el contexto de una escritura de aquél goce que se sustrae a la centralidad de la función fálica. Por el camino -en el *Seminario 19*- Lacan señala imposibilidad de asimilar este *no-todo* a la mera negación -ya sea ésta entendida

⁵⁸⁹ *Seminario 19*, 3/3/1972.

⁵⁹⁰ *Seminario 9*, 17/1/1962.

como *Verneinung* o, más aún, como *Verwerfung*- y su función en la escritura como marca de una distancia irreductible, una discrepancia constitutiva de la que el orden simbólico no puede dar cuenta pero sin cuya concurrencia tampoco podría fundarse. Aún así, hasta el 3 de marzo de 1972 no conseguirá ubicar la negación conforme a este propósito y situar, sobre la base de la *formula quadrata*, los dos niveles de acuerdo con la consideración de que uno es el obstáculo y la limitación que constituye al otro, oponiendo así la cuestión de la existencia a la mera posibilidad que funda el universal⁵⁹¹. Lo que Lacan pone en juego a la hora de formular la escritura de esa no-relación es precisamente la insuficiencia de la lógica de cuño aristotélico para dar cuenta de una diferencia que en ningún caso puede devenir específica y exige, por tanto, una reformulación de las relaciones que tal lógica establece entre los cuatro tipos de proposiciones que surgen de la clasificación cruzada de la cantidad y la cualidad. Así, Lacan encuentra en un trabajo de Jacques Brunschwig⁵⁹², publicado tres años antes, la clave para efectuar sus modificaciones de la lógica proposicional al nivel de la escritura que ésta incorpora a partir de la matemática.

«Hay aquí algo absolutamente original en el primer surgimiento de la lógica, donde impresiona la fluctuación de Aristóteles a propósito del estatus de la proposición particular. Esas dificultades fueron subrayadas en otro lado, no las descubrí yo. Aconsejo, a quienes quieran remitirse a ello, el número 10 de los *Cahiers pour l'analyse*, cuyo primer artículo, de un tal Jacques Brunschwig, “La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles”, es excelente al respecto. Verán allí perfectamente apuntada la dificultad de Aristóteles con la particular. Él seguramente nota que la existencia solo podría establecerse fuera de la universal, y justo por eso sitúa la existencia en el nivel de la particular -particular que de ningún modo alcanza para sostenerla, aunque cause esa ilusión gracias al empleo del término *algún*»⁵⁹³

De acuerdo con lo expuesto por Brunschwig en su artículo, es posible distinguir dos sentidos en la proposición particular: conforme al primero de ellos, el que “algunos” cumplan la condición expresada en la universal no hace sino confirmar la verdad de esta última, puesto que expresa un mínimo de aplicabilidad de la función dentro del dominio que determina la universal; por el contrario, y según un sentido que no puede derivarse de la consideración exclusivamente proposicional de la particular, sino más bien de la incidencia que, a nivel del *sobrentendido*, tiene su enunciación en un contexto discursivo determinado, la particular puede expresar la función en un sentido máximo que define un umbral no localizable y tener, por consiguiente, un valor restrictivo respecto a lo que expresa la universal, que de este modo devendría falsa, quedando así invalidada la univocidad conforme a la cual la particular resulta subsumida por la universal de

591 «La articulación precisa de los dos niveles muestra que sólo en la discordia se funda la oposición entre los sexos, en la medida en que éstos no podrían de ningún modo instituirse a partir de un universal. Por el contrario, en el nivel de la existencia hayamos una oposición que consiste en la anulación, en el vaciamiento de una de las funciones: la del Otro. Ese vaciamiento encierra la posibilidad de articulación del lenguaje» *Seminario 19*, 3/3/1972.

592 Brunschwig, J., “La proposition particulière et les preuves de non-concluance chez Aristote”, en *Cahiers pour l'analyse*, nº 10, París, Seuil, 1969.

593 *Seminario 19*, 3/3/1972.

acuerdo con la relación de subalternancia o implicación. Que la particular sea tomada en uno u otro sentido modifica sustancialmente el plexo de relaciones que constituye la *formula quadrata* de Apuleyo. Así, tomando la particular conforme a su sentido mínimo y siguiendo la nomenclatura canónica (a saber, *a* y *e* designan respectivamente las proposiciones universal afirmativa y negativa, mientras que *i* y *o* hacen lo mismo en relación con las particulares correspondientes), las relaciones resultantes son: contradicción (imposibilidad de que ambas proposiciones sean verdaderas o falsas a la vez), se establece entre *a* y *o*, así como entre *i* y *e*; contrariedad (las proposiciones consideradas no pueden ser verdaderas a la vez, aunque sí falsas a la vez), es el tipo de relación que caracteriza a las proposiciones universales, por lo que sólo se establece entre *a* y *e*; por su parte, se habla de complementariedad cuando de lo que se trata es de referirse a la relación que mantienen las particulares entre sí, mientras que la relación de una universal con la particular que corresponde a su cualidad es de implicación o subalternancia. De este modo queda explicitado el régimen que constituye la condición de verdad y, como se aprecia, los únicos puntos por donde puede sustraerse a la determinación apodíctica en el juicio son aquellos en los que, o bien la función no tiene nada que decir al respecto de determinado dominio (y, por consiguiente, tanto la universal afirmativa como su contraria resultan ser falsas), o bien lo que expresa el predicado no concierne a la determinación esencial de su sujeto, ni para confirmarla ni para impugnarla. En ambos casos, el espacio acotado por este sistema de relaciones presenta un nivel de estratificación prácticamente total. Sin embargo, si por el contrario lo que se está considerando en las particulares es su sentido máximo, este sistema de relaciones se modifica considerablemente, resultando que tanto entre las universales como entre las particulares hay equivalencia, mientras que la contradicción deja de estar restringida a las diagonales del cuadrado y se extiende a la distinción entre los dos niveles que Lacan retiene en su presentación de las fórmulas de la sexuación, es decir, hay contradicción no sólo entre la universal y su particular contraria, sino entre universales y particulares en general. La posición que Brunschwig mantiene en su artículo es que, con objeto de establecer procedimientos orientados a establecer el carácter concluyente de los razonamientos, Aristóteles descarta el sentido máximo o restrictivo de la particular, efectuando así un movimiento de cierre que limita el flujo de variación de la *physis* en función de la determinación que prescribe la forma universal, reproduciendo así el esquema hilemórfico conforme al cual la diferencia entre individuos, de no ser específica sólo puede ser numérica y accidental, concerniendo no ya a la esencia sino a su existencia, pero de tal modo que esta última en ningún caso puede anular la referencia a la primera, sea ésta cual sea.

Lacan va a abundar en esta falla inadvertida en la lógica aristotélica mediante la introducción de los cuantificadores de la lógica matemática, con objeto de subvertir la subordinación de la existencia a la esencia y liberar así la posibilidad de concebir, como opuesto de una totalidad desprovista de existencia, la potencia de una existencia parcial, *no-toda*⁵⁹⁴, que resiste a su mortificación simbólica al resultar irreducible a cualquier esencia. Así, tomando como base la función fálica (Φx) y añadiendo los cuantificadores universal ($\forall x$) y existencial ($\exists x$), Lacan formula la proposición universal negativa precisamente como negación de la existencia de algún x que satisfaga la función, mientras que la particular negativa aparecerá formulada a través de la negación del cuantificador universal. Es importante notar aquí que, además de la *formula quadrata* de Apuleyo, Lacan está teniendo en cuenta el esquema mediante el cual Peirce recibe esta clasificación de relaciones y que constituye una influencia muy anterior (ya que recurre a él por primera vez en 1962) que la que representa el texto de Brunschwig. En su texto de 1893 dedicado a la silogística aristotélica, Peirce considera los dos criterios de clasificación de las proposiciones antes de construir un modelo de cuadrantes en el que situará los cuatro tipos de proposiciones resultantes.

«Se dice que la distinción entre proposiciones universales y particulares es la distinción en cantidad, y que entre proposiciones afirmativas y negativas es la distinción en cualidad. Tal es la terminología tradicional. Pero ese es un abuso terrible de las importantes palabras cantidad y cualidad, cuya inconveniencia se siente al estudiar la *Crítica de la razón pura*. Por tanto, a pesar de que durante una generación hayan ocupado cada carta en la baraja, y también el comodín, voto de una vez por rechazarlas. Digamos que las universales y las particulares difieren en *lexis*, y las afirmativas y negativas en *phasis*. *Lexis* y *phasis* son el modo de distinguir y el modo de decir. *Lexis* viene de *legein*, escoger, y también distinguir; es el modo de elegir o reconocer. *Phasis* es “decir” en el sentido de “¿qué dices? ¿sí o no?”, siendo la base de la *kataphasis*, afirmación, y la *apophasis*, negación. Realmente no veo ninguna objeción para ellas, excepto su novedad. Como inversión de *lexis* utilizaré *metalexis* y como inversión de *phasis*, *metaphasis*, aunque el significado es casi el del griego *antiphasis*»⁵⁹⁵

Lacan encuentra en la reelaboración peirceana de la clasificación de las proposiciones la posibilidad de distinguir y entrelazar dos ámbitos heterogéneos y no obstante concurrentes en el ámbito del lenguaje, a saber, el orden de la articulación significante, que pertenece al modelo del reconocimiento y la diferencia esencial, y el plano del discurso, de la acción en la que consiste en cada caso la enunciación. Asimismo, Peirce señala cómo «la diferencia entre afirmar y no afirmar la existencia del sujeto debería ser la distinción entre universales y particulares, no entre afirmativas y negativas. Las proposiciones universales no implican la existencia de sus sujetos, mientras que las particulares sí»⁵⁹⁶, lo que justifica la inserción por parte de Lacan de los cuantificadores de la lógica matemática. El esquema de Peirce también reconoce cómo el sentido

⁵⁹⁴ «el no-todo, que es muy precisamente y muy curiosamente, lo que elude la lógica aristotélica» *Seminario 19*, 8/12/1971.

⁵⁹⁵ C. P. 2.455

⁵⁹⁶ C. P. 2.456

concedido a la expresión “algunas” no corresponde al sobrentendido que introduce en el ámbito de la enunciación, sino que resulta de una exigencia inherente al proyecto mismo que guía ese conjunto de observaciones acerca del *lógos* en virtud del cual se efectúa una agrupación de textos atribuidos a Aristóteles bajo el nombre de *Organon*.

«Este significado de la palabra “alguna” ciertamente se separa mucho incluso de la forma ordinaria de hablar. Pero eso no es nada: es perfectamente inteligible y se toma así para dar equilibrio y simetría al sistema lógico, que es una cuestión de máxima importancia si ese sistema ha de cumplir una función filosófica. Si el objeto principal de las formas silogísticas estuviese en la aplicación *real*, en probar aquellos razonamientos cuya validez o invalidez encontramos difícil de decidir -como algunos lógicos parecen ingenuamente suponer- entonces su cercana conexión con los hábitos de pensamiento ordinarios sería una consideración primordial. Pero en realidad, su función principal es darnos una visión de la estructura interna del razonamiento *en general* y, para ese propósito, la *perfección sistemática* es indispensable»⁵⁹⁷

No resulta extraño a tenor de lo expuesto en estas líneas que Lacan, una vez mitigado el afán legalista que marco los primeros años de su actividad en el campo del psicoanálisis, vaya a servirse precisamente de la vía abierta por Peirce (retomada y desarrollada después por Brunschwig) para subvertir esa perfección sistemática que el propio Peirce considera irrenunciable para que pueda cumplirse esa “función filosófica”, ignorando quizá que lo desmedido de su propio esfuerzo de clasificación de los signos no ha sido recibido tanto por los campos que consiguió acotar cuanto por las vías de indagación semiótica y ontológica que inauguró. Del mismo modo, Lacan recogía ya en 1962⁵⁹⁸ la observación que Peirce hacía respecto a que la proposición universal negativa podía designar tanto el conjunto de los elementos que no satisfacen la función -indicando así una relación de simple exclusión desde el punto de vista de la función, pero también de dispersión en lo que se refiere a la disposición de los elementos que aparecen así desterritorializados con respecto a la extensión del concepto de cuya subsunción se sustraen-, como aquél lugar en el que no se encuentra ningún elemento, lo que anticipaba ya la recepción del valor del conjunto vacío según Frege a la hora de fundar la serie numérica que Lacan recibe, aplica al problema del estatuto del Uno y que reaparecerá a la hora de determinar sobre qué forma de “existencia” puede fundarse la diferencia sexual en relación con la función fálica. Así pues, esta función funcionará como predicado para los cuatro tipos de proposiciones y la escritura definitiva de las formulas de la sexuación⁵⁹⁹ se construirá sobre el esquema en el que Apuleyo dispuso el cuadrado lógico de, si bien la formulación de cada proposición resultará de la adición de los cuantificadores de la lógica matemática y de la introducción por parte de Lacan de una operación de inversión que violenta la sintaxis ortodoxa tanto de la lógica clásica como de la lógica matemática contemporánea. Aquello que debiera ser escrito “ $\forall x. \neg \Phi x$ ”, a

⁵⁹⁷ C. P. 2.458 (la cursiva es nuestra),

⁵⁹⁸ Cf. *Seminario 9*, 17/2/1972.

⁵⁹⁹ v. Anexo: figura 10.

saber, la universal negativa, es formulado por Lacan a través de la negación del cuantificador existencial, es decir, “ $\neg \exists x. \neg \Phi x$ ”, de tal modo que los elementos convocados a propósito de su relación con la función (en este caso, de su no-relación con Φx), a pesar de estar sometidos todos al mismo régimen, jamás llegan a constituir un conjunto cerrado, una totalidad, de forma que la simetría del esquema clásico acusa una ruptura que da al traste con la pretensión de exhaustividad que reviste la formalización en el ámbito de la ciencia moderna. De acuerdo con la observación de Peirce, la universal negativa puede ser entendida tanto en el sentido de una particular afirmativa (“algunos sí”) como en el de la ausencia de todo elemento (ninguno satisface la condición de la función), y Lacan la toma en el primer sentido, de tal modo que a partir de la negación de la universalidad consigue concluir la existencia. Inversamente, la negación del cuantificador existencial puede ocupar el lugar de un “todos” por cuanto debe leerse “no existe uno tal que satisfaga la función Φx ”, resaltando la condición de que en ningún caso ese “todos” es susceptible de ser comprendido en una unidad englobante que constituya un conjunto cerrado. Mediante esta inversión en la escritura, que afecta sólo a tres de las cuatro fórmulas por cuanto la referencia a la universalidad de la función fálica debe mantenerse como una suerte de grado cero, Lacan desarticula la simetría del cuadrado de tal modo que de un lado puede escribirse aquello que caracteriza a la posición “hombre” y del otro la peculiar composición en función de la cual es posible dar cuenta de ese otro goce que se sustrae a determinación universal de la función fálica, mostrando así la imposibilidad de establecer una relación biyectiva o de correspondencia biunívoca entre ambos planos. Lacan completa la escritura de las fórmulas el 13 de marzo de 1973 ubicando los matemas típicos de la primera parte de su enseñanza [$\$$ y Φ] del “lado hombre” y el objeto a , junto con el matema que designa la inexistencia de un Otro de Otro [$S(A)$] y el “ LA ” se señala la imposibilidad de constituir un universal para la mujer. En virtud de lo expresado en las fórmulas “lógicas” situadas en el piso de arriba, los matemas añadidos en la parte inferior indican con vectores las relaciones que los definen y que, a su vez, determinan la no-relación entre ambos costados puesto que, a pesar de ser dos los que atraviesan la línea que distingue el “lado hombre” del “lado mujer”, su sentido no es reversible ni sus elementos llegan a hacerse correspondientes: en primer lugar, el $\$$ remite al objeto a , que queda al otro lado, como aquello que siempre se sustrae a la capacidad determinante del enunciado; por su parte, Φ no remite a ningún elemento por ser él mismo la referencia a la que apuntan los demás y porque el problema de su génesis exige dar cuenta de la posibilidad de la relación misma, es decir, el desvelamiento del misterio en virtud del cual a partir del Uno se puede pasar al S_2 o, por decirlo de otra manera, cómo el deseo puede hacer cesión de su capacidad productiva en beneficio de la mera representación. En segundo lugar, del

lado mujer, el “ LA ” remite a $S(A)$ como razón de su tachadura, puesto que no hay elemento correspondiente en este lado a la función fálica y, por consiguiente, no hay posibilidad de reunión en una totalidad cerrada y numerable; asimismo remite a la función fálica, como aquello que insiste en su funcionamiento sin poder ser nunca asimilado a su régimen. Mientras que el binarismo de la lógica formal es “con género” -como corresponde al modelo de ciencia mayor o al aparato de Estado, que «procede por Uno-Dos»⁶⁰⁰-, en el momento en que trata de dar cuenta de una alteridad radical encuentra su propia falla, puesto que muestra a las claras aquello que ya manifestaba la paradoja de Russell, a saber, que no hay conjunto capaz de colectivizar la existencia, de la mujer en el caso del psicoanálisis, de los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos en el problema de fundamentación de la matemática y la lógica. En esta disimetría derivada de la ausencia de rasgos pertinentes a la hora de determinar la extensión del conjunto hombre y del conjunto mujer consiste precisamente su *no-relación*, y las fórmulas de la sexuación presentan, dentro del proyecto de formalización inherente a la clínica lacaniana, la tesis “no hay relación sexual” como indisociable respecto a otras dos, a saber, “no hay universal sin excepción” y “no hay metalenguaje”.

Con respecto a la primera de estas tesis, es necesario reparar en la disposición de las fórmulas en su presentación definitiva: en el lugar de la universal afirmativa encontramos la expresión “ $\exists x. \neg \Phi x$ ”, mientras que en el de la universal negativa puede leerse “ $\neg \exists x. \neg \Phi x$ ”. Se define así el plano de la condición, puesto que la determinación universal pasa de la posición de lo fundante a la de lo fundado, y es la existencia la que funda la posibilidad. Así, en el nivel inferior y en el “lado hombre”, la proposición “ $\forall x. \Phi x$ ” no expresa condición existencial alguna, sino una mera posibilidad que es engendrada precisamente por la excepción que la niega “ $\exists x. \neg \Phi x$ ”. Por el contrario, lo que en el “lado mujer” funda la doble negación “ $\neg \exists x. \neg \Phi x$ ” es una imposibilidad respecto de la universalidad de la función expresada en “ $\neg \forall x. \Phi x$ ”. La negación existencial aparece, pues, como la única forma para la mujer de colocarse bajo la ley del falo -del mismo modo que el conjunto de lo inexistente hacía posible la numerabilidad de la serie de los enteros según la demostración de Frege- mientras que en el “lado hombre” es la excepción la que limita y determina la función fálica como posibilidad de acuerdo con la forma de lo universal, es decir, de acuerdo con la constitución de ese Uno totalizador que instituye la castración y al que siempre se sustrae la parcialidad de la letra y del objeto a . Esta

⁶⁰⁰ *MP*, p. 360. Deleuze y Guattari, siguiendo las tesis de Dumézil con respecto a la función de la mitología indoeuropea y su relación con la soberanía política, distinguen dos polos, el déspota y el legislador, que sólo aparentemente se oponen puesto que «funcionan emparejados, alternativamente, como si expresaran una división de lo Uno o compusieran una unidad soberana» *Ibidem*. De este modo, el saber de la interpretación (S_2) remite a la unidad del significante amo, que a su vez se sirve de éste para procurar la captura sin resto del goce de acuerdo con la función fálica.

inaprensibilidad, que no es otra que la de lo real que insiste en la enunciación sin poder nunca reducirse a lo dicho en el enunciado, es precisamente la que hace imposible la reunión unificante en virtud de la cual los signos encontrarían un interpretante final capaz de revelar el inconsciente como una naturaleza en la que todo embrollo sintomático quedaría disuelto. La determinación, que Lacan toma de Peirce, de la afirmación y la negación como actos que pertenecen plenamente a la enunciación en detrimento de la prioridad de la forma encarnada en la proposición, hace que la presentación de las formulas adolezca de esa falta de completud -y de rigor- que caracteriza el empleo de los matemas y demás artefactos de formalización en la clínica lacaniana. En un texto contemporáneo del *Seminario 20, L'Etourdit*, Lacan expone la insuficiencia propia de la lógica proposicional al mismo tiempo que muestra cómo no hay universal que no tenga como límite una existencia que lo niega a propósito de la consideración de dos enunciados que designaremos aquí como “enunciado α ” y “enunciado β ”. El enunciado α expresa algo relativo al estatuto del sentido, por cuanto este debe distinguirse siempre de este o aquel sentido, es decir, del resultado de la operación que impone el orden simbólico según el modelo del *point de capiton* y que deja inevitablemente un resto: “que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha”. Por otro lado, el enunciado β asume con respecto al enunciado α una función metalingüística, haciendo de él el objeto de su designación: “este enunciado que parece de aserción por producirse en una forma universal es de hecho modal, existencial como tal; el subjuntivo con el que se modula su sujeto lo testimonia”. En efecto, que el sujeto del enunciado α aparezca en modo subjuntivo deja su significación suspendida por falta de referencia efectiva, al referirse a un hecho en principio ausente respecto de la posición desde la que se pretende que surge, que es la de una enunciación sin sujeto, correspondiente al modo de discursividad característico de los enunciados científicos y que Benveniste designaba con el término “historias”, distinguiéndolo así de los “discursos”, esto es, de aquellos enunciados en los que los deícticos hacían referencia expresa a la situación discursiva. De este modo, es posible discernir entre lo *dicho*, que involucra una significación y una serie de supuestos explicitables, y el *hecho de decir*, que más que significación, tiene un sentido que nunca se explicita en el enunciado mismo. Puesto que el enunciado β señala la irreductibilidad de lo dicho en el enunciado α a la forma de la proposición, puesto que necesariamente introduce una modulación que no puede reflejarse en la misma, sustrae al enunciado α su valor de verdad. Por el contrario, el enunciado β obtiene su valor de verdad precisamente del hecho de que opera una designación efectiva sobre el enunciado α . De este modo, Lacan muestra que cualquier formalización, al modo de la lógica proposicional, debe pasar por la enunciación y ésta, por mucho que la formalización se pretenda libre de impurezas y supuestos implícitos, introduce sus propias condiciones y su propio sentido.

«Pues, insisto en ello una vez más, “no hay metalenguaje” tal que ninguna de las lógicas, por denominarse con la proposición, lo pueda usar de báculo (que cada una se quede con su imbecilidad), y si se cree poder encontrarlo en mi referencia, más arriba, al discurso, lo refuto porque la frase que parece ahí hacer de objeto para la segunda, no por ello se aplica meno significativamente a esta. Pues esta segunda, que se la diga queda olvidado detrás de lo que dice. Y ello, de modo tanto más llamativo por ser asertiva, sin remisión, hasta el punto de ser tautológica en las pruebas que ofrece; al denunciar en la primera su semblante, plantea su propio decir como inexistente, ya que al cuestionar a esta como dicho de verdad, es a la existencia a la que hace responder de su decir, y no porque haga existir este decir, ya que solo denomina, sin porque le niega la verdad -sin decirlo [*sans le dire*]»⁶⁰¹

Del hecho de haber constatado que la posición femenina se caracteriza, a partir de la negación del cuantificador universal, por la ausencia de una delimitación tal que haría posible el cierre de un conjunto y la constitución de un universal a partir del cual la existencia podría quedar subsumida, se desprende que aquello que excede por definición la esfera del dicho, esto es, aquella que aparece definida y estriada por el sistema de significación, a la posición desde la que brota la enunciación como hecho de existencia no puede corresponder otro estatuto que el de lo abierto. De este modo, frente a la pretendida regularidad del orden simbólico y al carácter constante reconocido a la multiplicidad analítica y a la particularidad subalterna con respecto a la universalidad de la noción, la enunciación es capaz de liberar variables específicas correspondientes a multiplicidades no métricas y singularidades que impugnan la homogeneidad de relaciones expresada por la función. Así, la condición de cierre no deja de estar referida a una tensión que no es la de estar siempre ya en tránsito de individuación, de manera que tanto en el interpretante lógico de la ley como en el dinámico del hábito tal transición aparece ya como efectivamente cumplida, de tal modo que la ley es capaz de representar a todos sus casos particulares del mismo modo que el hábito contrae en un mismo presente pasado y futuro en una forma de tiempo existente, pero en sí misma impropia. La remisión de la enunciación a ese Uno que recusa la concepción hilemórfica de la individuación no puede sino reintroducir necesariamente la referencia a un inconsciente que, precisamente por sustraerse constitutivamente a toda forma de actualidad, puede proporcionar esa letra como presencia que sólo es acción en estado larvario y afecto degenerado: una primeridad necesariamente degradada por cuanto apunta a un objeto que se sustrae a toda delimitación conforme al modelo de lo corpóreo pero que, devenido pulsional, es capaz de convocar una nueva estructuración semiótica y, por tanto, una cierta forma de saber de cuyo estatuto deberemos ocuparnos con ocasión de la exposición de la noción lacaniana de *sinthome*. El otro goce, por tanto, no es él mismo corpóreo, pero no puede sino ser siempre atribuido a estatuto real de corpóreo como su efecto intempestivo que, no obstante, oculta su virtualidad bajo la actualidad que adquiere en las diferentes

601 *L'Etourdit*, pp. 474-475 en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.

incorporaciones en las que concurre⁶⁰². Ubicar en esa existencia sin esencia el momento productivo -y no ya meramente representativo- de la enunciación pasa por admitir que la ocurrencia del enunciado produce una dimensión suplementaria, una transformación rigurosamente incorporal o jurídica, que remite a aquello que el discurso mismo efectúa sobre una variación que es siempre real sin ser nunca actual y que introduce en el orden de la significación una diferencia inasumible que no puede por menos que ser remitida a la concurrencia de lo preindividual en el sistema mismo de la significación, si bien, siguiendo la terminología de Simondon, bajo la forma de lo colectivo no colectivizable, por lo que el discurso instituye las diferentes posiciones subjetivas al tiempo que en su propio desarrollo hace patente un orden de compatibilidades e incompatibilidades que tiene que ver con problemas específicos de consistencia pero que, desde el punto de vista de la organización, sólo pueden aparecer bajo la forma de posibilidad e imposibilidad. De la posibilidad de ir más allá de esta dupla en el proceder de la clínica psicoanalítica dependerá hasta qué punto la consistencia, de acuerdo con su carácter metaestable, pueda ser resguardada de aquella sentencia de muerte que Deleuze y Guattari reconocían como uno de los aspectos de la consigna y que supone la petrificación de la capacidad productiva del deseo en beneficio de una concepción puramente representativa que introduce, según decía Lyotard, un nihilismo del signo en la economía libidinal. Así pues, Lacan deberá situar en cada una de las formas de discursividad que distingue aquello que impide “que la cosa ande bien” en orden a dilucidar en qué sentido la enunciación es capaz de introducir actos específicos de transformación más allá de la reproducción del saber en el enunciado.

«La cultura en tanto algo distinto de la sociedad no existe. La cultura reside justamente en que es algo que nos tiene agarrados. No la llevamos a cuentas sino como una plaga, porque no sabemos qué hacer de ella si no es espulgarla. Por mi parte, les aconsejo que la conserven, porque hace cosquillas y lo despierta a uno. Les despabilará los sentimientos que tienden más bien a quedar un poco embotados, bajo la influencia de las circunstancias ambientales, esto es, de lo que los otros, los que vendrán después, llamarán cultura, la vuestra. Para ellos se habrá convertido en cultura porque desde hace tiempo estarán ustedes bajo eso, y con ustedes todo lo que sustentan como vínculo social. A fin de cuentas no hay más que eso, el vínculo social. Lo designo con el término de discurso porque no hay otro modo de designarlo desde el momento en que uno se percata de que el vínculo social no se instaura sino anclándose en la forma como el lenguaje se sitúa y se imprime, se sitúa en lo que bulle, a saber, en el ser que habla»⁶⁰³

602 «No hay relación sexual porque el goce del Otro considerado como cuerpo es siempre inadecuado -perverso, por una lado, en tanto que el Otro se reduce al objeto *a-* y por el otro, diría, loco, enigmático. ¿No es acaso con el enfrentamiento a este impase, a esta imposibilidad con la que se define algo real, como se pone a prueba el amor?» *Seminario 20*, 26/6/1973. Dejamos aquí meramente apuntado que la concepción lacaniana del amor se define por el tránsito del ámbito de la contingencia (esto es, del «encuentro, en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto en cada quien marca la huella de su exilio, no como sujeto sino como hablante, de su exilio de la relación sexual» *Ibidem*) al orden de la necesidad, y que, por cuanto este pasaje tiene que ver con la escritura, no deja de remitir a ese goce-otro que el que prescribe la función familiar como lo que no cesa de no escribirse y que, sin embargo, constituye la condición real sobre la que la escritura misma y la propia necesidad que emana de la representaciones pueden adquirir un estatuto normativo conforme al orden simbólico. Dejaremos para más adelante la explicación de en qué sentido la constitución del discurso capitalista a partir del imperativo del goce puede ser calificada de perversa y nos remitimos al capítulo precedente para considerar que lo enigmático constituye una suspensión del saber conforme a aquella restricción del sentido que tiene lugar de acuerdo con la función fálica o, si se prefiere, un estado de excepción respecto del sentido común y el buen sentido que remite a una verdad con independencia de las condiciones de delimitan el ámbito de lo verdadero.

603 *Seminario 20*, 13/2/1973, p. 68.

9. Enunciación y función del discurso: sobre una tensión interna que atraviesa la clínica lacaniana.

9.1. La existencia del decir frente a la delimitación operada en el dicho.

El 3 de febrero de 1972⁶⁰⁴ Lacan replanteaba explícitamente su posición con respecto al lenguaje y a la propia lingüística como ciencia señalando que la pregunta por el origen del lenguaje funcionaba para esta última como una zona de exterioridad tácitamente excluida de su propio campo temático, que debía así limitarse a la explicitación del sistema de leyes constitutivas de la estructura y que, desde su punto de vista, son responsables de los fenómenos de significación. La vocación legalista de los primeros años de clínica lacaniana desde luego hacía suyo este compromiso de no alusión, rechazando cualquier tipo de explicación diacrónica de la constitución del aparato psíquico y de las formaciones del inconsciente -al modo de la filología y la etimología que precedieron a las innovaciones de Peirce o Saussure- en beneficio de cierta lectura de la consigna inaugural del “inconsciente estructurado como un lenguaje”, aquella de la que resultaba determinada concepción del síntoma y de sus operaciones, tanto de aquellas a partir de las cuales se constituía como de las que su aparición reclamaba, y en función de la cual el trabajo de Lacan ha podido ser considerado en numerosos comentarios como una aplicación de las tesis de Saussure y Jakobson al ámbito del psicoanálisis. Sobre todo hasta la década de los 60 Lacan entiende que, cuando habla de fases o estadios, éstos están sometidos a una suerte de *Aufhebung* por cuanto no obtienen su inteligibilidad de la semblanza que los presenta en lo imaginario como momentos biográficos, sino siempre de su remisión a funciones específicamente estructurales y, por tanto, sincrónicas *de iure*. Con la pérdida de centralidad de la función fálica, que se hace especialmente evidente en el planteamiento y la escritura de las fórmulas destinadas a dar cuenta de la desproporción que hace de la relación sexual una no-relación, el interés pasa de las leyes del lenguaje a las leyes de la palabra [*parole*], desde cuyo punto de vista las referencias a la dimensión sincrónica del sistema se revelan como insuficientes para dar cuenta de aquello que constituye el objeto propio del psicoanálisis. De ningún modo en 1972 se abandona tal compromiso⁶⁰⁵; antes bien, se lleva hasta sus últimas consecuencias al

604 Reproducimos aquí, para evitar oscuridades innecesarias en el desarrollo de esta sección, la nota introductoria de J. A. Miller que explicita el contexto de esta intervención de Lacan en la edición española del seminario: «El mismo año en que daba su seminario en la Facultad de Derecho de la plaza del Panteón, Lacan también daba, en la capilla del hospital Sainte-Anne, “charlas” que, a partir de la cuarta, se consagraron a esclarecer y proseguir sus elaboraciones del seminario. Se hallarán aquí, en su ubicación cronológica, las charlas que se inscriben en la línea de ...o peor». *Seminario 19*, 3/2/1972.

605 «Nosotros estamos en el lenguaje, y no me creo del todo capacitado para decirles por qué nosotros estamos ahí, ni de decir cómo esto ha comenzado. Es así como se ha podido comenzar a decir sobre el lenguaje alguna cosita, desembarazados del prejuicio de que es esencial que eso tenga *un* sentido [...] Hay algo más primario que los efectos de significación, y es ahí que la búsqueda -si es que estamos buscando algo, si es que no lo ha encontrado

desplazar la cuestión al plano del proceso con la atención concedida a la “existencia del decir” -frente a cualquier privilegio de las meras condiciones de posibilidad del “dicho de verdad”- y por la ampliación de la extensión del término “significación”, abriendo así el espectro de comprensión de lo signico más allá de las condiciones lógicas del orden simbólico. En principio, Lacan parece entender aún en este momento la designación según el modelo de la *Bedeutung* fregeana, es decir, en el sentido que Frege confiere a los nombres propios lógicos, esto es, como siempre mediada por el sentido, que compromete el orden de la significación, y no de acuerdo con el componente material que supone la letra en tanto que señala un goce no fálico y un saber que no se sabe que se sabe. Sin embargo, el giro hacia lo real exige que, si bien se mantiene una concepción del signo como referido a otra cosa distinta de sí mismo, tal referencia debe sustraerse a la forma de limitación que constituye la castración y que supone la subordinación de la enunciación a las constantes del régimen del significante. De este modo, Lacan postulará una comprensión de la designación y de la verdad tales que resultarán capaces de sustraerse a la rección de dicho régimen, por cuanto el acento se desplaza de la estructura del enunciado y los efectos de sentido que ésta produce a la enunciación misma considerada como hecho que, si bien debe necesariamente atenerse a cierta estructura -el discurso por cuanto se distingue de la palabra, pero también de la lengua como sistema- ésta deberá necesariamente incluir variables que, sin dejar de ser específicas del plano de la expresión, eluden la condición de verdad revelando tanto el carácter siempre fallido del saber como el aspecto productivo de la propia enunciación, a pesar de que no obstante la estructura misma que constituye el discurso comporte la determinación de constantes en virtud de las cuales se efectúa un modo específico de sujeción.

En este sentido, lo que deberá buscarse en la formulación lacaniana de los cuatro discursos no será tanto qué funciones formales concurren como constantes en la efectuación de la designación, sino más bien cómo lo indesignable conforme a la exigencia fregeana es en última instancia aquello que permite el paso de un discurso a otro. De este modo, manteniendo el vínculo usual entre designación y verdad, Lacan procurará señalar aquello que en el propio orden simbólico constituye un falla que pone en cuestión la identidad entre el enunciado y el acto que la enunciación en sí misma comporta, resultando así un empleo del término “designación” que tiene todo que ver con considerar el signo que la propia enunciación constituye, más que como intento de recuperación de aquello que en ella se pierde. Lejos de concebir la investigación que concierne específicamente al psicoanálisis como búsqueda de un origen -lo que no haría sino

primero- es ahí que el hallazgo, es susceptible de tener efecto [...] Nosotros no tenemos la menor huella de lo que podría llamarse la invención del lenguaje...Por más que nos remontemos al pasado [...] el lenguaje está allí» “Del discurso psicoanalítico”, conferencia dictada en Milán, 12/5/1972, en *Italie Lacan*, Milán, La Salamandra, 1978, versión electrónica en www.pas-tout-Lacan.

reintroducir la pretendida omnipotencia de la interpretación como práctica de construcción de un relato en virtud del cual dicho origen no podría en absoluto alcanzar la heterogeneidad requerida para la constitución de una verdadera condición incondicionada-, la revisión del descubrimiento freudiano que pregunta acerca de la función de la palabra abre el camino de una indagación en la que la lectura del *Tractatus logico-philosophicus* no deja de estar tácitamente implicada:

«La función de la palabra -hace mucho tiempo que propuse esto- consiste en ser la única forma de acción que se plantea como verdad. Preguntarse qué es la palabra sería una cuestión superflua. No solamente yo hablo, ustedes hablan, y hasta *eso habla* (...) eso funciona por sí solo, es un hecho, e incluso diría que es el origen de todos los hechos, ya que algo no adquiere el rango de hecho más que cuando es dicho»⁶⁰⁶.

Lacan presenta la palabra (esto es, la enunciación tomada en su dimensión de proceso por cuanto se distingue de la estructura del enunciado expresada en la proposición y de las posiciones discursivas que como constantes determinan la condición social de las diferentes efectuaciones) como «la única forma de acción que se plantea como verdad», si bien la cuestión específica del cumplimiento de la condición de verdad del enunciado se sitúa necesariamente en un ámbito ya restringido respecto de la enunciación tomada en toda su amplitud, a saber, en el plano del “dicho”. De este modo, resultará necesario distinguir entre aquella verdad que resulta de la efectuación de dicha condición y que funda el valor de la representación en el discurso, y aquella que se sitúa en el plano de la existencia del decir, del que el dicho sólo constituye una parcela resultante de una abstracción respecto al plano de los contenidos y de una restricción que afecta al modo de comprensión del vínculo sónico. Ahora bien, el rasgo distintivo de este “dicho”, del mismo modo que veíamos en Ducrot a propósito de la distinción entre supuestos y sobrentendidos, es su carácter fundante con respecto al “hecho”, de tal modo que es necesario dar cuenta de qué sentido (o sentidos) de este último está poniendo en juego Lacan a la hora de determinar tanto la producción de enunciación como lo que en cierta forma de la misma se efectúa. De acuerdo con las tesis que Wittgenstein presenta en el *Tractatus*, el hecho se distingue de la cosa por su correspondencia al nivel del enunciado: si bien los nombres están presentes en él en el lugar de las cosas, la proposición lo está en el del hecho o estado de cosas, es decir, está por la interacción entre entidades determinadas, de tal modo que la proposición no tendría nada que decir desde el momento en que no se diese caso alguno de tal interacción. Que el enfoque mismo elegido interrogase acerca de la esencia de la enunciación en detrimento de conceder prioridad a la indagación acerca de su función resultaría “una cuestión superflua”, como señala Lacan en su exposición, puesto que implicaría reducir la expresión a la dimensión de lo corpóreo, de la noción y la función formal, bien sea desde una perspectiva semántica, bien sintáctica, bien fonológica. El decir, así delimitado, no puede agotar la dimensión del habla por

606 *Seminario 19*, 3/2/1972.

cuanto es en ella donde tiene lugar el acto de determinación, el establecimiento de la correspondencia entre el nombre y la cosa, entre la proposición y el hecho, y si ello es posible, debe remitir a una forma de interacción entre entidades de la expresión y entidades del contenido a partir de la cual resulta posible la instauración de algo así como un sistema del juicio en el que lo singular, lo múltiple, la negación y la diferencia entran en relaciones determinadas y evaluables. El isomorfismo en virtud del cual el decir puede aparecer como una operación sin resto es concebido por Wittgenstein como conformidad a través de la forma lógica⁶⁰⁷, efectuando así una abstracción del plano del contenido tal que, en caso de pretender que la designación operada por la proposición pudiese ser *de iure* exhaustiva, requeriría el reconocimiento de una suerte de causalidad incorpórea trascendente a la distinción de ambos planos que justificase la correspondencia entre entidades de uno y otro sobre la base de un sistema formal común. No obstante, a tenor de lo que Wittgenstein formula a propósito de su propia obra y de la orientación de todo su trabajo posterior, lo importante está, precisamente, en ese resto que no comparece en el campo delimitado y reglado por la condición que establece la forma lógica. Lacan, por su parte, concibe esta delimitación a través de la función fálica (Φx), en virtud de la cual el lazo del rasgo unario efectúa una restricción cerrada del plano del contenido y consigue así una estabilización del flujo libidinal que inviste la representación, «hay que decir que el falo es lo que le da cuerpo a lo imaginario»⁶⁰⁸; sin embargo, tal restricción y tal investidura tampoco son, en este planteamiento, sin resto. A pesar de que la equiparación de lo real lacaniano con el ámbito estoico de lo real-corpóreo dista mucho de estar libre de dificultades (como, por otro lado, también ocurre cuando se intenta hacer corresponder término a término el pensamiento estoico con el de Deleuze), situar el origen del habla en el plano de los hechos no puede por menos que remitir a las acciones-pasiones corpóreas y a los efectos que resultan de ellas: el habla en cuanto fenómeno específicamente semiótico resulta ser un efecto del encuentro entre cuerpos fónicos, gráficos, nocionales, etc. Ahora bien, no parece que el sentido del término “hecho” se mantenga idéntico una vez que se accede al dominio del dicho, puesto que el carácter fundante del decir remite el hecho que es el caso a un plano de derecho, esto es, a un orden o un sistema normativo, de tal modo que los hechos que resultan de la interacción corpórea -que son en sí mismos puros efectos o acontecimientos- pierden en el juicio su potencia de variación y pasan a formar nociones, entidades corpóreas -y, por tanto, también reales- formadas a la escala de la incorporación concreta con ocasión de la que se forjan, de manera que la fundación que se opera en el dicho no puede sino calcar del hecho su componente de actualidad y ocultar en una

607 «Lo que cualquier figura, sea cual fuere su forma, ha de tener en común con la realidad para poder siquiera -correcta o falsamente- figurarla, es la forma lógica, esto es, la forma de la realidad». Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, prop. 2.18

608 *Seminario 22*, 11/3/1975.

corporeización del sentido la relación específica de expresión. De este modo, el término “hecho” designa ahora actualidad y, por ello mismo, también forma. El “dicho” que Lacan distingue del “habla” por su carácter fundante puede ser, por tanto, entendido en general como aquella puesta en relación que determina “algo como algo” en conformidad con la condición de verdad, de acuerdo con el modelo de la correspondencia y el reconocimiento: así, siguiendo la clasificación inicial de Austin, el dicho al que se refiere aquí Lacan caería del lado de los enunciados constataivos, en tanto que éstos se distinguen de los performativos: «Una palabra que funda el hecho es un decir, pero la palabra funciona aun cuando no funde hecho alguno. Cuando da órdenes, cuando ruega, cuando injuria, cuando expresa un anhelo, no funda hecho alguno»⁶⁰⁹. Ahora bien, puesto que la efectuación de la condición de verdad pasa por la designación y ésta cuenta necesariamente con una detención el desplazamiento de la significación y la proliferación del sentido en el acto de denotación, que se agota en los hechos (esto es, en las diferentes incorporaciones de acontecimientos que resultan de la interacción entre los cuerpos), que tal interacción quede representada por una forma de contenido resultante de una abstracción pasa por que la función fálica proporcione el modelo de dicha abstracción, abriendo así el camino al mecanismo de la interpretación como dispositivo específico de remisión de los signos a un centro de significancia redundante. El dicho no se opone a la existencia del decir como lo constatativo a lo performativo, sino que más bien constituye un acto ilocutorio determinado, vinculado de forma específica con la representación de los estados de cosas y al que la interpretación se afana por remitir cualquier otro acto ilocutorio: en este sentido, la interpretación se pone al servicio de la consigna por cuanto ésta conlleva una dimensión de cierre y fijación en la redundancia del acto y el enunciado.

«El falo no es poca cosa. Ya les expliqué, allá donde la cosa es seria, que la significación del falo es el único caso de genitivo plenamente equilibrado. Esto quiere decir que el falo, como Jakobson les explicaba esta mañana -lo digo para quienes están mínimamente al tanto-, el falo es la significación, aquello mediante lo cual el lenguaje significa. No hay más que una sola *Bedeutung*: el falo»⁶¹⁰.

Si bien de estas líneas podría inferirse que Lacan mantiene en los años 70 la exclusividad de la función fálica como condición del lenguaje y, con ello, también del mecanismo de la metáfora y el predominio del orden simbólico, lo cierto es que el contexto de enunciación en el que estas palabras fueron proferidas, al menos tal y como el propio Lacan lo concibe, tiene todo que ver con la necesidad de incluir la heterogeneidad de lo real en el proceso mismo de constitución y funcionamiento del orden simbólico, restableciéndose así la capacidad productiva negada al deseo cuando es considerado desde el punto de vista de la castración. Lacan expone

609 *Seminario 19*, 3/2/1972.

610 *Ibidem*.

dicha concepción de su propia actividad enunciativa al comienzo de la siguiente sesión del seminario, tres días más tarde:

«Conferencias, yo no doy. Como dije en otro lado muy seriamente, yo me divierto. Diversiones serias o graciosas. En otro lado -a saber, en Sainte-Anne- me ejercité en diversiones graciosas. Eso no requiere comentarios. Y si allí dije que quizás esta también es una diversión, aquí digo que me mantengo en lo serio, pero de todos modos es una diversión»⁶¹¹.

Así pues, las sesiones oficiales del seminario son en principio concebidas conforme al modelo de lo serio, de lo “serial” («serio -como yo lo entiendo- es *serial*»⁶¹²), aún dentro de un proceso que se considera, por su propia constitución, bajo la marca de lo que, remedando las travesuras ortográficas lacanianas, podríamos aquí escribir como *di-versión*. Es posible entender entonces en qué sentido una tensión, un desfase, compromete la clínica lacaniana desde el principio, por cuanto debe dar cuenta de aquello que siempre escamotea su comparecencia en el orden de la representación, al mismo tiempo que busca satisfacer una exigencia de comunicabilidad que compromete la adopción y creación de artefactos específicos de formalización. En la medida en que sea uno u otro polo aquél que esté orientando este proceder, el dispositivo de enunciación cambiará de naturaleza (sin perjuicio de que tal distinción ideal en absoluto se cumpla en las ocurrencias concretas, tanto en el caso de las sesiones del seminario como en las charlas en Sainte-Anne, como queda de manifiesto en el hecho de que el fragmento más “falocentrista” de los citados proceda precisamente de una de estas charlas⁶¹³), resultando así, cuando es “gracioso”, más abierto a cierta donación -con lo que se recupera cierto sentido de la *Gracia* como aquello que, al tiempo que se sustrae a la lógica del intercambio y del reconocimiento por ser siempre innecesaria e innecesable⁶¹⁴, tampoco puede ser concebida conforme a un sentido propio o literal calcado a la escala de lo actual, puesto que remite a una

⁶¹¹ *Ibidem.*, 9/2/1972.

⁶¹² *Ibidem.*

⁶¹³ Durante el curso siguiente, Lacan no vacilará a la hora de referir el contexto de sus charlas como inspirador de una tendencia a la formalización «...inspirado en cierta forma por la capilla de Sainte-Anne que me hacía proclive al sistema...» *Seminario 20*, 21/11/1972.

⁶¹⁴ Por el contrario, es esa lógica la que precisamente introduce la triangulación edípica, puesto que de la fijación libidinal que establece y a la que proporciona el modelo se deriva la reproducción del orden de sumisión del deseo y su consiguiente apartamiento respecto de toda donación y toda producción. En su trabajo sobre Kafka, Deleuze y Guattari proponen a Edipo como un dispositivo subordinado a la efectuación de dicha reproducción, reprochando al psicoanálisis su apego a la triangulación familiar por cuanto tal dispositivo permite la determinación de un valor de cambio en función del cual se establecen correlaciones entre las distintas ocurrencias concretas con respecto a un modelo siempre ausente pero construido a la escala de lo actual e impugnando la vocación comunicativa puesto que oculta el agenciamiento específico a partir del cual Edipo puede aparecer como patrón de evaluación y agente de una abstracción del carácter ya siempre colectivo y político del deseo. De la consideración de Edipo al nivel del valor de cambio se deduce que el goce, esto es, el uso o usufructo que constituye el agenciamiento mismo, debe situarse en otra parte, y en este sentido habría que considerar el papel del psicoanálisis en la sociedad capitalista en relación con la distinción entre el dinero como medio de cambio y el capital filiativo, verdadero flujo descodificado y desterritorializado: «En suma, no es Edipo el que produce la neurosis, es la neurosis -es decir, el deseo ya sometido y que busca comunicar su propia sumisión- la que produce a Edipo. Edipo, valor de cambio de la neurosis [...] El error del psicoanálisis está en haberse dejado coger y en habernos cogido, porque el mismo psicoanálisis vive gracias al valor de cambio de la neurosis, del cual saca toda su plusvalía» *K*, p. 21.

dimensión para la que cualquier proporción resulta siempre un artificio marcado por una impotencia esencial- y a la liberación de las singularidades respecto de los vínculos “seriales” que la vocación de sistema aparejada a la exigencia de comunicabilidad conlleva. De este modo, la propia clínica en su desarrollo debe necesariamente ir haciendo hueco a la concurrencia de lo preindividual que se sustrae a la determinación operada por la función fálica al mismo tiempo que la hace emerger y proliferar bajo determinadas condiciones, hasta el punto que cuando Lacan “se toma en serio” lo serial no puede sino denunciar la prioridad del sistema como un obstáculo⁶¹⁵ y, del mismo modo que evidenciaba en su comentario sobre la explicación de Frege acerca de la serie de los números enteros, sostiene que aquello que hace posible la repetición no puede ser concebido de acuerdo con el modelo de lo actual-existente⁶¹⁶. En el *Seminario 16*, Lacan ya relaciona cierta condición de lo serio con la revelación de un artificio, el discurso mismo, en la peculiar constitución de un dispositivo, el artificio propiamente psicoanalítico, que se caracteriza por pretender ir más allá de la metáfora en orden a captar lo real tal y como éste aparece comprometido en las diferentes formaciones individuadas, bien sean éstas las del sistema de la lengua, los caracteres constitutivos de la subjetividad o incluso la propia clínica como determinación del surgimiento, los vínculos y la operatividad de y sobre determinadas formaciones sintomáticas: «no vale la pena hablar más que de lo real donde el discurso mismo tiene consecuencias. Llámelo estructuralismo o no. Se trata de lo que la última vez denominé la condición de lo serio»⁶¹⁷.

La extensión conferida a tales efectos del discurso no puede en ningún caso restringirse a los efectos de sentido considerados conforme al orden de la significación, puesto que a su nivel el valor de la enunciación queda necesariamente enmascarado tras la representación y la operación de designación confinada en los límites establecidos por la condición de verdad. Será necesario, por tanto, privilegiar el primer sentido del término “hecho” que se expuso más arriba y reparar en que los efectos a los que Lacan se refiere son más bien afectos, por convocar necesariamente algo del goce que, desde la perspectiva que abría el orden simbólico, no podía aparecer, más allá del goce fálico, sino como necesariamente excluido. El sujeto, en el sentido en

615 «Justamente esto es lo que a todos se les subió a la cabeza cuando se introdujo el discurso analítico. ¡Pobres! Les pareció que comprendían todo. Afortunadamente, gracias a mis cuidados, este no es el caso de ustedes. Si comprendieran lo que cuento en otro lado, allí donde soy serio, no darían crédito a sus oídos» *Seminario 19*, 3/2/1972.

616 En *Mil Mesetas*, Deleuze y Guattari señalan cómo aquello que en el ámbito de la composición musical se conoce como “serialismo” y que designa las operaciones características que sobre las formas musicales románticas llevaron a cabo Schönberg, Webern, o Berg: a pesar de constituirse como un movimiento de desterritorialización que recusa toda referencia a unas coordenadas previas, produce inevitablemente unas nuevas susceptibles de ser explicitadas e incluso integradas en un sistema más amplio capaz de representar el devenir de la materia sonora de tal modo que «también se podría decir que la Escuela de Viena encuentra un nuevo sistema de territorialización, de puntos, de verticales y de horizontales, que la sitúa en la Historia» *MP*, 10, p. 296.

617 *Seminario 16*, 20/11/1968.

que interesa al psicoanálisis, pertenece plenamente a este orden de los efectos, pero en absoluto es el único: Lacan señala que todo significante produce su *pathos* («este *pathos* define simplemente lo que se llama un hecho»⁶¹⁸), si bien para efectuar la sujeción es necesario recurrir a la instancia del discurso por cuanto ésta constituye una suerte de condición intermedia entre proceso y sistema. Puesto que aquello que hace del sonido o del trazo un significante es una peculiar relación - a saber, la *expresión*- que moviliza un registro heterogéneo respecto al de la noción, la palabra y la cosa, esto es, el ámbito de los efectos incorpóreos entre los que los estoicos incluían el expresable (*lekton*) (pero también el tiempo, el vacío, el lugar y que comportan una concepción dinámica y tonal del límite), el surgimiento de este sujeto depende de una tensión que hace del hecho del que resulta como efecto un dicho. Sin embargo, en este dicho tiene lugar un movimiento de incorporación, de tal modo que ese decir que pretende hacer surgir al sujeto como tal, es decir, como efecto incorpóreo y necesariamente singular, está a su vez amenazado por la reproducción de una representación en la que volvería a quedar nuevamente alienado: esta constituye la dificultad propia del discurso psicoanalítico y la tensión que atraviesa toda la clínica. Así, la formulación de los discursos debe dar cuenta de esta heterogeneidad del orden de los efectos con respecto a la constitución corpórea de la representación y reclama, ya no sólo una comprensión del sujeto diferente de la del sujeto gramatical, biológico o psicológico, sino también de la propia verdad, lo que exige a su vez una consideración de la designación independiente de la condición que constituye la función fálica.

«Lo que del hecho no puede decirse se designa, pero en el decir, por su falta, y eso es la verdad. Por eso la verdad siempre se insinúa, pero puede inscribirse también de manera perfectamente calculada allí donde sólo ella tiene su lugar, entre líneas. La sustancia de la verdad es justamente lo que padece por el significante -esto llega lejos-, lo que padece por su naturaleza, digamos. Cuando digo que llega lejos es porque justamente llega muy lejos en la naturaleza»⁶¹⁹.

Ahora bien, puesto que el establecimiento de la representación constituye un plano del contenido que se pretende a la vez autónomo y estructurado en conformidad con el régimen de significación, la designación que se opera en el dicho corresponde sin dificultad al modelo de la *Bedeutung* fregeana, por lo que esta otra designación a la que en este texto se atribuye la capacidad de indicar lo que se sustrae a la esfera del dicho tiene que ver, más bien, con un mostrar u ostentar en el enunciado aquello que constituye su sentido y que resulta totalmente heterogéneo con respecto a las representaciones que constituyen su objeto. Cuando Benveniste⁶²⁰

618 *Seminario 16*, 4/12/1968.

619 *Ibidem*.

620 Hay que señalar que Lacan se hace eco de la noción austiniana del performativo precisamente a través de las concepciones de Benveniste, si bien queda aún por dilucidar hasta qué punto la preocupación específica del psicoanálisis por la singularidad del sujeto obliga a impugnar el ámbito de intersubjetividad al que recurre Benveniste en beneficio de una concepción de la enunciación que no presuponga constitución de un sujeto de la enunciación, sino que más bien sea capaz de remitir a un ámbito preindividual que encontraría en el discurso las condiciones para su estructuración y fijación.

separaba la primera y la segunda persona respecto de los otros pronombres dentro del conjunto de los deícticos, no estaba en absoluto excluyendo la deixis anafórica, sino apuntando a la situación de discurso como heterogénea respecto de la información transmitida en lo que el enunciado propiamente decía. Si bien la distinción entre *historias* y *discursos* se reconocía como ideal y señalaba la presencia irrenunciable de los pronombres *yo* y *tú* en los segundos y su ausencia, siquiera tendencial y en lo que concierne a los contenidos que constituyen el objeto del enunciado, en las primeras, lo cierto es que todo *discurso* parece llevar consigo la referencia a un ámbito ajeno a las variaciones que pudiesen afectar a la situación de discurso, es decir, el reconocimiento de una esfera autónoma de los contenidos que concurriría en la situación discursiva como un tercero impasible. Inversamente, del lado de las *historias*, resulta no sólo difícil, sino incluso ingenuo no reconocer la incidencia de las posiciones discursivas, aunque sólo sea al nivel de esa restricción en virtud de la cual se pretende su ausencia en los enunciados. Dejando por un momento de lado el hecho de que tanto la presencia como la ausencia de unos y otros en ambos registros depende, según las tesis desarrolladas por Deleuze y Guattari a partir de los trabajos de Ducrot, de agenciamientos colectivos de enunciación que funcionan como supuestos implícitos que exceden la dimensión de los supuestos explicitables, esto es, reducibles a la función constativa del enunciado o a la esfera de lo que Lacan designa como “dicho”, la distinción de Lacan entre la verdad del dicho y la existencia del decir no deja de tener consecuencias al nivel de qué sea la verdad y cuál es el orden de prioridad -y por ende, el linaje- en el que determinan sucesivamente sus posiciones, los tres pronombres personales. Por cuanto la esfera del dicho comporta la referencia a un tercero impasible, procediendo a partir de la anterioridad lógica del régimen de significación⁶²¹, el signo que delimita tal esfera debe ser ubicado en el pronombre de la tercera persona: considerando la formulación francesa de una oración impersonal como *Il pleut* (“llueve”), Lacan señala cómo el pronombre de tercera persona (implícito en castellano) constituye la marca de la dimensión del dicho, es decir, de la efectuación de la designación en el enunciado. El sujeto gramatical, ya sea éste de la tercera o de la primera y segunda persona, aparece así como el «lugar donde algo se representa», y la designación que a través de los deícticos se opera cae del lado de la significación, por lo que el sujeto que interesa al discurso psicoanalítico debe ser de otra índole en virtud del reconocimiento de la incompletud del Otro y del saber. La investigación orientada conforme a este discurso está

621 «desde que se sostiene un discurso, surgen las leyes de la lógica, a saber, una coherencia fina, ligada a la naturaleza de lo que se llama la articulación significante. Es lo que hace que un discurso se sostenga o no, por la estructura de lo que se llama el signo y que tiene que ver con lo que se suele denominar la letra, para oponerla al espíritu. Las leyes de esta articulación son lo que primero domina el discurso. Este año comencé a enunciar en mi exposición el campo del Otro sin darle ninguna encarnación, a fin de concebirlo como campo de inscripción de lo que se articula en el discurso. A partir de su estructura podrá definirse, en un segundo tiempo, la posibilidad del *tú*, que va a alcanzarnos y requerir algo que tendrá que decirse *yo*, tercer tiempo» *Ibidem.* p. 74.

fundamentalmente concernida por el carácter de efecto de dicho sujeto, por lo que todo aquello que del discurso pueda comparecer en el campo del Otro resultará insuficiente para aprehender su constitución que es, por definición, *fuera de campo*. La relevancia del ámbito de los efectos, por cuanto se distingue necesariamente del orden de las causas y del régimen que corresponde a la constitución de conjuntos cerrados al tiempo que resulta exigido en todo proceso de constitución, se pone de manifiesto en la tesis lacaniana según la cual no hay universal que no remita en su formación a una excepción que lo niega. Que en última instancia esto conduzca a la paradoja de Russell es algo que Deleuze tiene especialmente presente cuando, en las páginas dedicadas a definir el encuadre cinematográfico como un sistema o conjunto relativa y artificialmente cerrado, señala que el conjunto de todos esos conjuntos en ningún caso puede ser un todo o, más bien, que el todo no puede ser un conjunto ni tener partes, sino que es precisamente aquello que hace imposible que cualquier conjunto se cierre definitivamente sobre sí y lo obliga a prolongarse o comunicar, bien con otros conjuntos, bien con la propia totalidad en tanto que universo inmanente y abierto. Puesto que el encuadre establece una limitación, dos concepciones del encuadre vienen a corresponder a dos concepciones del límite, a saber, aquella que considera el límite en relación con una causa incorporal, que fija la esencia de los cuerpos a partir de una restricción de sus capacidades, y aquella que lo concibe como un puro resultado incorporal de la efectuación de tales capacidades. La primera concepción, característica del platonismo y el aristotelismo a los que el estoicismo dirigían una crítica radical, es aquella que se pone en juego en todo proyecto de formalización, y se extiende en una cierta concepción de la definición que reduce las multiplicidades a su carácter meramente analítico, como multiplicidad numérica que supone por principio la correspondencia biunívoca entre dos conjuntos. Ahora bien, este proceder de formalización no podría entenderse si no es, bien por su dependencia con respecto a una instancia última que, como garante de la correspondencia, operase como centro unificador de la diversidad y depositario de toda actividad informadora; bien remitiendo la forma misma a un proceso en el que se constituye y al que en ningún caso puede preexistir ni clausurar⁶²². En la formulación lacaniana de los discursos se aprecia cómo un proceder formalizador introduce en sus consideraciones una dimensión que en ningún caso puede comparecer propiamente bajo la forma de una totalidad cerrada y en la que se sitúan el lugar de la producción y de la verdad. La verdad, como el sujeto -y esto se hace explícito por la coincidencia del uno como elemento y la otra como posición en el discurso del amo- también deberá ser relacionada con este orden de los efectos y con la relación específica de expresión y, por cuanto de lo que en todo momento se trata en el discurso psicoanalítico es de la respuesta a

622 IM. pp. 27-36

una demanda que, según sostiene Lacan en *Televisión*⁶²³, procede de un sufriente, el sufrimiento debe ser considerado también como un hecho y, por consiguiente, en relación con un decir⁶²⁴.

«La verdad dice *yo*, y ven ahí definidos dos campos extremos. El primero es ese donde el sujeto sólo se orienta por ser efecto del significante, ese donde hay *pathos* del significante sin haberle cargado todavía nada al sujeto en nuestro discurso. Es el campo del hecho. Y después, en segundo lugar, está lo que nos interesa y que no se esbozó más que en el Sinaí, a saber, lo que dice *yo* [...] porque la verdad dice *yo* pero la recíproca no es verdad, no todo lo que dice *yo* es la verdad»⁶²⁵

La tarea que se plantea a la clínica psicoanalítica es la de discernir en el enunciado aquello que no comparece como representación, a pesar de que sean las entidades lingüísticas efectivamente constituidas las que, si bien siempre de forma fallida o parcial, lo expresan. Siquiera como mera aclaración de la cita, esta falla tiene todo que ver con la inexistencia de un Otro del Otro, es decir, de un centro de redundancia último que, como interpretante final, fuese garante y fundamento de determinación de todo vínculo sónico, de ahí la referencia de Lacan al dios de Abraham que, si bien es objeto de un extenso comentario en otra sesión de este mismo seminario, dejaremos aquí meramente apuntada en su función y en la incidencia que ejerce sobre la conveniencia del mecanismo de la interpretación y la centralidad del orden simbólico. Puesto que el sujeto del enunciado pertenece plenamente al ámbito del “dicho”, la cuestión que se plantea es cómo el sujeto de enunciación resulta constituido como efecto de la acción de ciertas composiciones semióticas y, por tanto, refiere a una interacción de los cuerpos que no puede ignorar en la clausura del sistema el papel de la enunciación y la virtualidad característica que exige que se la conciba como fundamentalmente abierta. Mientras que al principio de su enseñanza la aparición del sujeto parece vinculada exclusivamente a la lógica edípica y a la función de la metáfora inaugural del Nombre-del-Padre, la concepción que propone en el *Seminario II* (1964) coloca en primer término aquellos efectos que, resultando del ingreso en el orden simbólico, exceden necesariamente las condiciones que éste impone y se definen, no tanto en función de un estado o una constitución referida a algún tipo de cierre o unificación, sino de acuerdo con movimientos que, en el efectuarse diacrónico del sistema como proceso, recusan precisamente tal unificación, a saber, el sujeto barrado y el objeto *a*, terminales de la función que expresa la fórmula del fantasma y que, por su peculiar estatuto de efectos y por la parcialidad que los caracteriza, constituyen la amenaza intrínseca de disolución que siempre aqueja a dicha función, por cuanto su papel no es sino ocultar la falta de un Otro del Otro, y porque las entidades que en él resultan complementarias son precisamente resultado de dicha incompletud

623 Cf. Lacan, J. “Televisión”, en *Psicoanálisis. Radiofonía y televisión*, Barcelona, Anagrama, 1980.

624 «hay sufrimiento que es hecho, es decir, que encubre un decir [...] El sufrimiento quiere ser síntoma, lo que significa verdad [...] El sufrimiento tiene su lenguaje, y es muy desafortunado que cualquiera lo diga sin saber lo que dice. Pero, en fin, es precisamente lo inconsciente de todo discurso» *Seminario 16*, 4/12/1968.

625 *Ibidem*.

constitutiva del sistema. Es posible, por tanto, una cierta lectura de la fórmula del fantasma ($\$ \diamond a$) tal que presenta a $\$$ y al objeto a como *necesariamente* exteriores al conjunto pretendidamente cerrado que constituye la representación del orden simbólico⁶²⁶. La alienación del sujeto en el enunciado, al encontrarse siempre ya representado por una entidad de la expresión o por la influencia de una posición de enunciación actual con respecto a los otros elementos puestos en juego -que no puede sino reconducir a una representación del sujeto de enunciación en el plano del dicho que reproduce esta misma alienación- tiene como resultado la constitución escindida del sujeto que, por cuanto es la marca de una imposibilidad de reconocimiento pleno, no divide en absoluto algo previo en dos mitades simétricas, sino que introduce una heterogeneidad inasumible. Como complemento de este movimiento, la diferencia del enunciado en el que el deseo busca expresión respecto de aquello que precisamente lo propicia tiene como efecto la aparición de la noción del objeto a , objeto de la pulsión, pero precisamente en el sentido de aquello que ésta jamás puede hacer comparecer plenamente en el estado de cosas en el que se ubica -recordemos que la pulsión, según la entiende Deleuze, no es sino afecto degenerado o acción embrionaria- de tal modo que es al mismo tiempo el sentido mismo de la pulsión y su límite inmanente. En el *Seminario 17*, Lacan propone su concepto de discurso precisamente como mediación entre la totalidad sincrónica del orden simbólico y el desarrollo diacrónico de la enunciación: así, entre el lenguaje -que para Lacan designa propiamente el sistema- y la palabra, el discurso aparece como una estructura necesaria que pretende dar razón del despliegue diacrónico del primero en la segunda. Ahora bien, en tanto que es estructura, el discurso comporta el establecimiento de constantes que subsisten a las enunciaciones efectivas y se comportan como funtores determinantes respecto del sujeto que es constituido precisamente por la contracción de la función, aunque la irreductibilidad del decir a la esfera del dicho no puede sino exigir la introducción en semejante estructura de aquello que por definición rehúsa cualquier fijación y, con ella, cualquier reducción a la forma de lo actual-corpóreo. Así, Lacan parte del orden signifiante y sitúa en primer término el encadenamiento de S_1 y S_2 ⁶²⁷, aunque añade el

626 Esta hipótesis de lectura puede encontrar cierto apoyo en el hecho de que, si bien el sistema de relaciones binarias que constituye el orden simbólico se construye, como hemos visto, sobre la base de la numerabilidad y del axioma del par ordenado, Lacan señala, atendiendo a un comentario propuesto por escrito a lo expuesto en la sesión del seminario del 27/11/1968, que «se escribe por ejemplo $\langle S_1, S_2 \rangle$. Estos dos signos, \langle y \rangle , resultan por un buen azar ser las dos partes de mi rombo cuando se juntan pero en este caso sólo sirven para escribir que esto es un par ordenado» Seminario 16, loc.cit. Dejando a un lado la operación puramente gráfica del trazado del rombo, lo que puede inferirse de la fórmula del fantasma a partir de este comentario es que en ningún caso $\$$ o el objeto a pueden ser tenidos en cuenta como elementos numerables del conjunto que define el encadenamiento S_1-S_2 de tal modo que se apunta así a una posición de exterioridad y de no identidad que es no obstante requerida para la constitución del conjunto en cuestión -conjunto que corresponde al Otro entendido como “tesoro de significantes”- y que desemboca en la constatación de la inexistencia de un Otro del Otro capaz de dar razón en última instancia de los vínculos sgnicos en su totalidad.

627 «a partir de la noción que implica el principio de Saussure de que el mínimo de signifiante es dos, porque el signifiante sólo se postula oponiéndose [...] S_1-S_2 es, de hecho, el resumen de Lacan de la lógica del signifiante»

objeto *a* y $\$$ precisamente como aquello en lo que, por sustraerse y resultar de tal orden, puede dar cuenta del despliegue diacrónico más allá de la remisión a las constantes del sistema. De este modo, los cuatro elementos establecen un movimiento que Lacan concibe como permutación circular por estar remitido a ciertas constantes que derivan de la relación de S_1 y S_2 con respecto a los otros dos elementos, estableciéndose un orden fijo para su sucesión: S_1 , S_2 , *a*, $\$$. La circulación de esta serie tiene lugar en un marco que introduce asimismo una constancia, si bien ésta deriva de que uno de los discursos, el discurso del amo, funciona como punto de partida para la formulación de los otros tres: así, la escritura de los discursos establece dos niveles separados por una barra, correspondiendo en el discurso del amo el piso superior al orden de las causas corpóreas y el inferior al plano de los efectos que se sustraen a la identidad. El cuarto discurso, el discurso del analista, se planteará como el reverso del discurso del amo, a pesar de que la constancia del marco se mantiene, por lo que no resulta descabellado pensar que tal conservación obedece a cierta necesidad inherente a la vocación terapéutica del propio psicoanálisis: el concepto lacaniano de discurso es inseparable del carácter social de la enunciación y, por cuanto los tres primeros discursos señalan tres modos de habitar o ser constituido como sujeto en el marco del lazo social, la posición del discurso psicoanalítico con respecto a lo político deberá ser considerada a partir de la peculiaridad que es capaz de señalar con respecto a los otros tres y, más aún, con respecto a un quinto discurso -el discurso capitalista- en el que lo que resulta subvertido es precisamente el carácter constante de las posiciones definidas por el marco.

9.2. Entre la formalización y la serialización: los cuatro discursos y la posición del discurso psicoanalítico.

Según propone Lacan al comienzo mismo de la sesión en Sainte-Anne la que aludíamos más arriba, el modelo que comparten los cuatro discursos⁶²⁸ constituye «la topología fundamental de la cual resulta toda función de la palabra»⁶²⁹, a condición de que tal modelo sea entendido, no bajo la figura cuadrangular del tetraedro sino, más bien, como un cuatrípodo⁶³⁰, atenuando en

Miller, J. A., *Matema II*, Buenos Aires, Manantial, 1988. p. 17.

628 v. Anexo: figura 11.

629 *Seminario 19*, 3/2/1972, pp. 65-66. A este respecto no cabe sino señalar que la función de la palabra, esto es, de la enunciación, es inseparable de las variables del agenciamiento social en el que tiene lugar, puesto que Lacan en ningún momento deja de concebir el discurso como un complejo en virtud del cual tiene lugar la determinación de cierta posición subjetiva en relación con un otro, una producción y una verdad que en ningún caso puede ser reducida a un saber: «El discurso, ¿qué es? Es lo que, en el orden, en la disposición de lo que puede producirse por la existencia del lenguaje, tiene la función de lazo social», 12/5/1972.

630 Del mismo modo, no es aventurado pensar que la constitución triádica del signo según la concibe Peirce encuentra en la figura del trípode, antes que en la del triángulo, una representación más adecuada a su naturaleza esencialmente procesual, y a pesar de que cualquier esquema que se proponga no resultará ser más que un artificio de formalización, incapaz de aspirar a indicar el elemento irreductible del que depende específicamente el proceso como variable determinante, parece que plantearlo como un espacio abierto antes que como una figura cerrada “acerca más a la intuición” la naturaleza propiamente expresiva de la semiosis.

cierta manera una fijación excesiva de las condiciones que concurren en la función de la palabra por cuanto lo relevante es el tránsito que se opera de uno a otro discurso en la medida en que consigue recusar cualquier intento de sustancialización del sujeto de enunciación remitiéndolo a las estructuras clínicas “clásicas” y atiende más bien a la determinación de la que éste resulta en función de su posición. En la elaboración de este modelo, Lacan recupera la barra que, en su nada inocente reformulación del algoritmo de Saussure, subraya la función del “estar por” y que, si bien en un primer momento era entendida a partir de la operación metafórica (y, por consiguiente, en términos meramente representativos), en estos años de enseñanza de Lacan es posible atisbar en el uso del término “significante” un cierto carácter excrecencial con respecto a aquello que Deleuze y Guattari designan como “régimen despótico del significante”, puesto que aunque la definición que Lacan, inspirándose en la más conocida de entre las propuestas por Peirce para dar cuenta del signo, establecía que el significante *representaba* a un sujeto para otro significante, el abandono de la exclusividad de la función fálica introduce necesariamente una comprensión más amplia del papel del interpretante y, por consiguiente, también de la propia relación de representación según la formulación peirceana “*to stay for*”⁶³¹. A pesar de que los mecanismos de la metáfora y la metonimia, característicos de los primeros momentos del trabajo de Lacan, aún resultan localizables en la formalización de los discursos -y en esa medida, se justifica la distinción terminológica que Lacan establece entre “discurso” y “palabra”- es precisamente la heterogeneidad que la sustracción de uno de los vectores introduce al nivel del tránsito entre una forma de discurso y otra aquello que no puede sino remitir a un componente irreducible a la formalización. De la vectorización de las líneas que relacionan las cuatro posiciones dos a dos -de acuerdo con el principio de que ninguno de los vértices resulte privilegiado por la presencia de tres vectores convergentes o tres vectores divergentes-, y de esta sustracción, resulta ya una cierta inversión de las relaciones entre proceso y sistema, puesto que la forma de distinguir cada una de las cuatro posiciones depende exclusivamente de las relaciones de convergencia y divergencia en las que se hayan contraídas -de tal manera que, si bien en tres casos la posición se define por una relación inversamente proporcional entre convergencia y divergencia conforme a una repartición de dos a uno (a saber, si dos vectores son convergentes, el tercero debe ser divergente y viceversa)-, y la ausencia de uno de los vectores permite definir con precisión cada uno de los lugares situados en la parte inferior del esquema, señalando en la circulación una discontinuidad constitutiva a partir de la que se produce la permutación de los elementos y el paso de un discurso a otro. En la parte superior, por el contrario, no es posible distinguir la posición del agente de la del otro atendiendo solamente a este criterio, esto es, sin indicar de dónde proceden los vectores convergentes y hacia qué

631 Cf. *supra*, 3.8.

posición parten los divergentes, por lo que considerando exclusivamente la matriz del esquema con independencia de qué elementos ocupen las distintas posiciones, las dos superiores se definen por la confluencia de dos vectores convergentes y un vector divergente, resultando desde este punto de vista estrictamente equivalentes. De acuerdo con la insistencia de Lacan, «si la no-relación depende de la equivalencia, en la medida en que no hay equivalencia se estructura la relación»⁶³², de manera que será en esta indiscernibilidad de las posiciones del agente y del otro donde se ubicará el modo de imposibilidad específico de cada discurso, modo que traduce lo que al nivel de la producción y la verdad es una impotencia [*impuissance*], y anima el paso de uno a otro. La homogeneidad de principio atribuible al nivel de las causas, esto es, a las posiciones situadas en el piso superior del esquema, se ve subvertida desde el momento en que se atiende a la procedencia de los vectores oblicuos, es decir, al plano de los efectos, ámbito en el que no puede sino reconocerse una heterogeneidad constitutiva que interrumpe la continuidad del circuito. El carácter topológico del cuadripodo reside en que está propuesto fundamentalmente para ser sometido a operaciones de rotación -en concreto de un cuarto de vuelta, dando lugar así a los cuatro discursos- y, en una última intervención, para padecer una torsión, a partir del modelo del discurso del amo, de la que resulta la formulación lacaniana del discurso capitalista. Ambas operaciones son en principio perfectamente admisibles para la manipulación de objetos topológicos, que sólo prohíben el corte y el pegado, aunque, como veremos, en el caso del discurso capitalista la desaparición de los dos vectores oblicuos (que en el discurso del amo relacionan *a* con *S*₁ y *\$* con *S*₂) precede a la torsión, de tal modo que se suprime la imposibilidad que marca a los cuatro primeros al tiempo que restablece una continuidad, que en aquellos se encontraba interrumpida, entre aquello que resultaba del trabajo como su producción y lo que en cada caso ocupaba la posición de la verdad. Esta discontinuidad que Lacan sitúa en el nivel inferior de su esquema se mantendrá en los cuatro primeros casos, por lo que el espacio manipulado en ningún momento dejará de ser el mismo. Ahora bien, puesto que tal espacio venía siendo definido por direcciones -con independencia de las marcas que derivan de la introducción de los cuatro términos- pero siempre concebidas como constantes y en relación con su disposición respecto a la barra, en el caso del discurso capitalista cabría hablar del acceso a un espacio diferente por cuanto son éstas, y no los términos, aquello que se modifica de manera que, además de la operación de torsión, habrá de reconocer en la supresión de los vectores oblicuos algún tipo de trampa y, correlativamente, alguna modificación al nivel de la imposibilidad y la impotencia.

⁶³²Seminario 23, 17/2/1976.

Es precisamente el vector que desaparece en la formulación lacaniana de los cuatro primeros discursos el que relaciona, en el discurso del amo, el lugar de la producción del saber S_2 (ocupado por el objeto a) con la verdad de la escisión del sujeto ($\$$), marcando así la *impotencia* específica de este discurso -lo que el fantasma, ($\$ \diamond a$), viene a suplir- que se traduce en el piso superior del esquema como una *imposibilidad*, modulada en cada uno de los cuatro discursos de forma diferente (incompletud, inconsistencia, indemostrabilidad e indecibilidad) y que introduce una heterogeneidad fundamental en las posiciones que resultan definidas por las relaciones entre vectores. De este modo, la primera posición se define por la concurrencia de dos vectores convergentes procedentes de los dos elementos que en la formulación del discurso quedan bajo la barra y un vector divergente orientado hacia la posición restante; el lugar que resulta determinado de este modo es el del agente -o el del semblante- aquello que «se hace pasar por lo que es, es la función primaria de la verdad»⁶³³, por lo que tanto su relación con el saber como el sentido de lo verdadero que en el contexto de este último encuentra sus condiciones de posibilidad son concebidos como un segundo momento que resulta contingente frente a la necesidad de la presencia en tanto tal de este primer elemento que, desde la perspectiva del discurso del amo, no es sino ese significante desencadenado a partir del cual la noción de letra se propone como independiente respecto del desciframiento y la interpretación al tiempo que pone a trabajar al saber. La posición que en el discurso del amo ocupa la cadena significativa (S_2), entendida como ese saber capaz de acoger al semblante, queda determinada por la confluencia de dos vectores convergentes- uno procedente del semblante, otro que surge del lugar de la verdad sobre la que se erige el primero- y uno divergente que apunta al lugar de la producción. Este segundo lugar se designa en el primer discurso y de acuerdo con el último vínculo presentado, como el lugar de un trabajo -el del esclavo-, y resulta correlativo respecto a la posición del agente como lugar del otro o, en la formulación de la que se sirve Lacan en el contexto de esta sesión, como lugar del goce, aunque tal goce debe ser en este caso entendido a partir de la función fálica, puesto que en todo momento es el discurso del amo el que se está tomando como modelo referencial. Aceptando esta restricción y siguiendo el vector que desciende verticalmente desde el otro, se produce un exceso que cruza la barra que divide la formalización en dos pisos y que Lacan designa como “producción”; resulta en principio fácil entender que lo que allí se sitúa es el *objeto a* entendido como *plus-de-jouir*, como aquella parcela de goce que se sustrae al cierre de la función fálica y resiste al mismo tiempo que resulta de la actividad del saber. De la incompletud de este saber sólo queda aceptar que en la enunciación formulada conforme a este discurso, el sujeto aparece como escindido desde el momento que esa producción irrepresentable evita siempre la concordancia sin resto en el saber conforme al modelo del reconocimiento. No

⁶³³ *Seminario 18*, 20/1/1971.

obstante, que esta posición sea ocupada en el discurso del amo por el sujeto barrado o tachado (\$) no alcanza en absoluto a dar cuenta de en qué sentido la posición que delimitan los dos vectores divergentes pueda ser precisamente la de aquella “verdad” que lo es precisamente por quedar fuera de la condición de verdad que prescribe el Otro y que, por ello mismo, establece su posición -así como también la de la producción- por debajo de la barra. El acercamiento de Lacan a una concepción real y productiva del deseo y del inconsciente se hace especialmente evidente cuando esta barra se entiende como lo que separa lo actual de lo virtual, de tal modo que tanto el agente como el otro constituyen incorporaciones de aquello que, en el nivel inferior, excede toda actualización y cualquier tentativa de reunión en una unidad, puesto que en ningún caso puede hacerse al objeto *a* equivalente de \$. De este modo, lo que queda bajo la barra es aquí concebido según el peculiar modo de ser para el que Lacan acuña el neologismo “*extimidad*”⁶³⁴, y que da cuenta de esa peculiar forma de presencia sin representación, de inmanencia sin homogeneidad, que se distingue tanto de la normalidad de lo serial como de la excrecencia de una representación completamente desconectada del plano del contenido a pesar de tener excelentes relaciones y una perfecta delimitación al nivel del sistema formal del plano de la expresión.

La posibilidad de remitir las estructuraciones típicas de la clínica psicoanalítica de la neurosis a las transformaciones jurídicas que introduce la existencia del decir frente la representación que constituye lo dicho pasa por comprender en qué sentido esa relación de constantes que Lacan designa con el término “discurso” compromete un elemento capaz de interrumpir la homogeneidad de su circulación, lo que se hace patente cuando se acomete la lectura de las diferentes configuraciones que el esquema adquiere en función de la circulación de sus términos. Nos servimos aquí de la noción formulada por Ducrot y adoptada por Deleuze y Guattari con objeto de resaltar en qué sentido la enunciación efectúa una determinación del sujeto que remite a la forma del discurso por cuanto en la formulación que propone Lacan ésta incorpora necesariamente instancias que se sustraen a la determinación corpórea que podría hacerlas objeto de un tratamiento de corte estructuralista o cercano a la gramática generativa. Si bien el discurso, según lo concibe Lacan como instancia intermedia entre el sistema y el proceso,

634 Es desde este sentido desde donde puede entenderse cómo el giro lacaniano hacia lo real tiene todo que ver con su reivindicación de la antifilosofía frente a la preeminencia de la consitución ontoteológica del pensamiento y con la concepción de la clínica que pone en juego. A este respecto, también Deleuze y Guattari conciben la filosofía como una actividad de creación que debe atender a los devenires, esto es, a los desfases y a las diferencias de potencia que afectan la Imagen del pensamiento, por lo que la filosofía sólo puede brotar del encuentro en el pensamiento con lo que no es filosofía. En lo que concierne a la relación de Lacan con la antifilosofía, nos remitimos aquí a Ingala, E., *Estructura y relación: filosofía trascendental en Gilles Deleuze y Jacques Lacan*, Madrid, UCM, 2012, cap. III, 1.2. y Alemán, J., *Cuestiones antifilosóficas en Jacques Lacan*, Buenos Aires, Atuel, 1992.

es necesariamente estructura, es necesario reparar en que el progresivo vuelco hacia lo real y la revisión del estatuto del síntoma y el inconsciente que desemboca en las nociones de “letra” y “*sinthome*” apunta a una comprensión de lo estructural que parece tomarse más en serio su carácter serial, por lo que puede acercarse a aquello que Deleuze caracterizaba en su texto sobre el estructuralismo y en función de lo cual se articulan todos los reproches que, fundamentalmente en las obras firmadas junto con Guattari, se dirigen tanto a los herederos de Saussure como a los trabajos de Chomsky y su órbita de influencia. Si Lacan puede librarse del reproche de reintroducción de la causa formal trascendente, a través de la atribución de un carácter autónomo y determinante al sistema de relaciones en detrimento del reconocimiento de capacidad productiva alguna a aquello que en el proceso es constituido como materia formada, no es sólo en virtud de su impugnación del reparto entre lo activo y lo pasivo que en la obra de Freud establecía el orden conforme al cual la libido inviste diferentes configuraciones con desiguales resultados, sino también porque remite la estructura a lo real no ya como a aquello que ésta necesariamente produce como medio de exterioridad, sino como a su causa real y a su efecto incorporal bajo la figura del objeto *a*.

«La estructura debe entenderse en el sentido de que es lo más real, que es lo real mismo. Ya en la época en que dibujaba en el pizarrón, hasta manipulaba algunos de esos esquemas con los que se ilustra la topología, subrayaba que no se trataba de ninguna metáfora [...] siempre que sepan que esta pequeña imagen, que es todo lo que puede ponerse en una página para expresarlo, sólo está en ese lugar para representarles ciertas conexiones que, aunque no pueden ilustrarse, pueden perfectamente escribirse. La estructura es entonces real, lo que se determina generalmente por convergencia hacia una imposibilidad. Por eso es real [...] Hoy hablo de estructura sólo porque me veo forzado a ello por el tole tole de los cafés, pero no debería necesitar hablar de ella puesto que la digo. Lo que digo plantea la estructura porque apunta, como señalé la última vez, a la causa del discurso mismo»⁶³⁵

Como vimos en la sección anterior, uno de los principales hallazgos sobre los que se articula la clínica lacaniana a partir de los últimos años de la década de los sesenta tiene que ver con la imposibilidad de sostener un universal sin la referencia a una excepción que lo niega, de tal modo que, a la hora de construir el modelo de los cuatro discursos, Lacan no puede sino introducir el objeto *a*, objeto causa del deseo -aunque de acuerdo con su peculiar estatuto de efecto debería más bien designarse como una *cuasi-causa* puesto que remite a un ámbito completamente heterogéneo respecto del sistema de relaciones que instituye la lógica-, como complemento de *S*₁, *S*₂ y *\$*, señalando en cada una de las formulaciones a qué nivel se sitúa esa imposibilidad en virtud de la cual un discurso puede pasar a otro y cómo se articula en concreto esa impotencia que está en la base de la construcción de los cuatro⁶³⁶. Así, el discurso del amo retiene la dialéctica de inspiración hegeliana entre amo y esclavo pero introduciendo la escisión del sujeto en el lugar de la verdad y la noción de objeto *a* en el de la producción. Puesto que esta

⁶³⁵ *Seminario 16*, 20/11/1968.

⁶³⁶ v. Anexo: figura .

última noción no hace sino marcar la imposibilidad de que el discurso pudiese en algún momento remitirse a una instancia última capaz de detener el desplazamiento de la significación -y es en este sentido en el que tal objeto es parcial-, de la lectura del discurso del amo resulta la puesta de manifiesto de una incompletud esencial del saber respecto del síntoma y de aquello que se expresa en la enunciación. Puesto que la posición del agente o del semblante es ocupada por S₁, entendido aquí como significante-amo, el saber (S₂) aparece como el lugar del otro, cuyo trabajo nunca resulta completo con respecto al requerimiento del agente, por lo que la relación del amo con el esclavo falla precisamente a la hora de proporcionar al primero el producto de la actividad del segundo: por mucho que el significante remita a otro significante, el reconocimiento siempre resulta abortado en función de un exceso inasimilable, un plus-de-goce, que remite directamente a S₁ por cuanto su verdad y aquello que la enunciación expresa es la escisión del sujeto. El goce fálico, por tanto, se sustrae a la verdad del sujeto de tal modo que sólo puede atribuirse propiamente a S₂ -o incluso a aquello que del sujeto resulta conciliable con las exigencias representativas del orden simbólico-, mientras que el exceso resultante remite directamente a la constitución del semblante. Así, el significante-amo aparece caracterizado por una suerte de impotencia esencial que es la que lo sitúa en el lugar del semblante ocultando la imposibilidad del sujeto de resultar totalmente conforme a su representación en el enunciado. En el discurso histérico es precisamente esta disconformidad la que genera el circuito, si bien la verdad reside en el exceso en cuanto permanece inconsciente, de tal modo que el sujeto escindido se sitúa frente al S₁ señalándolo siempre como otro -recordemos la formulación “ça n'est ça” característica de la demanda de análisis- de cuyo trabajo resulta un saber que no puede sino ser excesivo respecto a la determinación que es requerida por la escisión del sujeto para superar su limitación y acceder al reconocimiento pleno: «En la medida en que el campo del Otro no es consistente, la enunciación adopta el giro de la demanda»⁶³⁷. Puesto que la escisión no es sino el efecto de la castración, el objeto *a* debe aquí permanecer reprimido, en la posición de la verdad, desde donde busca expresión, lo que ilustra suficientemente la concepción lacaniana de la conversión histérica como una enunciación en el propio cuerpo que elude la función fálica y la captura de lo imaginario por lo simbólico buscando nuevas materias de expresión. Es en este discurso donde quizá se muestra más claramente la impotencia constitutiva del decir, hasta el punto que Lacan no duda en considerar la actividad del mismo Sócrates conforme a este modelo y hacerlo corresponder, por extraño que pueda parecer teniendo en cuenta la colección completa de los cuatro discursos, con el discurso científico. En efecto, mientras que la actividad de indagación que caracteriza al proceder científico se define por la producción de un saber, el discurso universitario expresa cómo la función principal de la universidad como institución no es

⁶³⁷ *Seminario 16*, 11/12/1968.

tanto la producción del conocimiento por sí, sino más bien la de sujetos que encarnan la escisión entre el saber -en este caso en la posición del agente- y la verdad -posición ocupada ahora por S₁, literalidad inasimilable en el ámbito doctrinal que constituye en este discurso el semblante y que resulta inaccesible para el sujeto producido por el objeto *a*, alteridad irreductible al saber.

Que el lugar de la verdad sea determinado por la ausencia de convergencia y la confluencia de dos vectores divergentes que apuntan al agente y al otro respectivamente -de un modo tal que no puede sino acentuar su separación-, es decir, que esta posición sea definida por dos tendencias que señalan una distancia irreductible de la que ni la remisión a una unidad reconciliadora ni superación dialéctica alguna (como versiones de un Otro del Otro) pueden dar cuenta, pone de manifiesto el papel de lo heterogéneo en la enunciación, puesto que el vector que falta en la formalización -esto es, en la serialización o sistematización del discurso- indica que entre aquello que resulta del saber como su producción y aquello que se distingue de tal producción como la verdad no hay conexión, es decir, no hay proporción o medida común, de tal modo que la verdad interfiere a través del semblante relanzando el circuito del discurso desde una posición excéntrica que se sustrae a la normalidad constituida por la conexión entre S₁ y S₂, atravesando la enunciación como su(sin)sentido, tensión nunca resuelta y diferencia de potencial siempre ya efectuada o por efectuar, remanente del ser preindividual que acompaña, irreductible, a la individuación de la que es, asimismo, principio. La clínica lacaniana, entendida como un proceso de “información” -en el sentido que Simondon propone, es decir, como adquisición de forma y constitución de individualidades-, debe dar cuenta de la insistencia de tal remanente al tiempo que busca satisfacer la exigencia de comunicabilidad que justifica su propia existencia como distinta de la experiencia del análisis, de tal modo que la creación conceptual que acomete debe prevenirse, en la medida de lo posible, de toda tentación de representatividad exhaustiva a la hora de proponer sus artificios descriptivos en beneficio de otra concepción y otro proceder que ya no pueden ser aquellos en virtud de los cuales Deleuze y Guattari caracterizarán ese “modo mayor” conforme al cual se articula el discurso científico de la modernidad:

«No perdamos el hilo; se trata del sentido. Es triste decirlo, pero para que algo tenga sentido en el estado actual del pensamiento, debe plantearse como normal. Justamente por eso André Gide quería que la homosexualidad fuese normal. Y, como quizá les hayan llegado ecos, hay una multitud que va en este sentido. En un santiamén eso caerá dentro de la campana de lo normal, a tal punto que tendremos nuevos clientes en psicoanálisis que vendrían a decirnos: *Vengo a verlo porque no mariconeo normalmente*. Habrá un embotellamiento»⁶³⁸.

638 *Seminario 19*, 3/2/1972, p. 69. La frase introducida en estilo directo se sirve del doble sentido del término francés *pédale*, que tanto designa la acción de pedalear como puede traducirse por “maricón”. De este modo, Lacan integra en una de sus expresiones más repetidas -la referencia a la marcha homogénea y reconocible que lo sintomático viene a interrumpir o desviar- aquello que desde los *Tres ensayos de teoría sexual* de Freud aparecía, en virtud de una resolución insatisfactoria del complejo de Edipo, como una perversión. No obstante, y puesto que Lacan considera que lo “normal” es aquello que satisface la función fálica -lo “*normale*” queda establecido por la

A pesar de que el contexto de enunciación en el que ubicamos esta afirmación parece sugerir que se trata de una salida exotérica que, como un guiño a la contemporaneidad de los auditores, pretende expresar la nostalgia por un tiempo mejor, lo cierto es que constituye al mismo tiempo, no sólo la certificación del debilitamiento del Nombre-del-Padre, sino también una delimitación negativa del objeto mismo del psicoanálisis que deja clara la capacidad de reconstitución del primero en relación con dicho objeto desde el momento en que su formulación abandona el estatuto universal y es capaz de acceder a una multiplicidad de modulaciones, con lo que se apunta a una pluralidad de nombres del padre que no es sino la generalización de la posición de la *père-version* y comporta la remisión del despliegue de toda estructura y todo funcionamiento al plano de lo real. En primer lugar, es necesario considerar la actualidad del pensamiento de la que se habla como referida a las condiciones de efectuación que hacen de él un sistema y, por consiguiente, introducen diferencias de nivel y criterios exclusivos de clasificación y evaluación en virtud de los cuales resulta posible determinar a aquellos elementos incluidos y representados en el mismo como “normales”. De este modo, su actualidad no estaría restringida en absoluto al corte epocal desde el que tiene lugar la enunciación, sino que sería aplicable a toda cristalización del pensamiento por lo que tiene de fijación de constantes y establecimiento de una ortodoxia referencial. En segundo lugar, la tristeza que tal actualidad engendra es, si acudimos a la concepción de Spinoza⁶³⁹, aquel afecto que se deriva de una separación con respecto a alguna potencia, lo que, si retenemos el sentido de lo potencial que maneja Simondon, indica que el proceder de la ciencia no puede sino reducir en la medida de lo posible toda aquella divergencia capaz de rastocar el sistema formal que constituye su doctrina. En ningún momento Lacan deja aquí de servirse del término “sentido” para designar un ámbito restringido -a saber, aquel que resulta de la confluencia de lo imaginario y lo simbólico-, y dicha restricción está presente en el discurso analítico igual que en cualquier otro, pero con la salvedad de que en el primero la tensión relativa al reconocimiento del carácter siempre parcial y provisional de todo sentido es, asimismo, constitutiva de la posición del agente y del otro al

norma del macho [*male*]-, toda posición respecto al goce que caiga de este lado resulta ser, restrictivamente, *homosexuelle* según la homofonía que Lacan introduce al resaltar el origen latino del prefijo *homo* (*homo-hominis*, hombre) frente al griego, que denota igualdad, a pesar de que ambos coincidan a la hora de designar el modo de goce que conviene al orden simbólico. Así, el anhelo de Gide no parece tener realmente la potencia revolucionaria que se pretende y el dominio de competencia del psicoanálisis debe concebirse como coextensivo a una formación clínica que, en principio, se consideraba inanalizable, a saber, la estructura perversa.

639 En conformidad con su tesis del paralelismo entre cuerpo y alma, Spinoza formula la proposición XI de la tercera parte de su ética: «La idea de todo cuanto aumenta o disminuye, ayuda o reprime la potencia de actuar de nuestro cuerpo, aumenta o disminuye, ayuda o reprime la potencia de pensar de nuestra alma». De este modo, en el esolio correspondiente, señala: «En lo sucesivo entenderé, pues, por *alegría* la pasión por la que el alma pasa a una perfección mayor; por *tristeza*, en cambio, la pasión por la que la misma pasa a una perfección menor. Además, llamo *placer* o *jovialidad* al afecto de la alegría que se refiere a la vez al alma y al cuerpo; *dolor* o *melancolía*, en cambio, al de la tristeza». Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, Pt. III, prop. XI.

tiempo que determina a S_1 como su producción: en el discurso del analista, el saber (S_2) ocupa el lugar de la verdad, pero concebido precisamente como “un océano de falsa ciencia”, siempre cuestionado en la medida en que el lugar del goce o del otro está ocupado por el sujeto escindido y el del agente por el propio objeto a : el saber así segregado «no es supuesto, es saber, saber caduco, sobras de saber» y se sitúa en el piso de abajo precisamente porque revela la inactualidad constitutiva que hace de él resto subrogado [*surrogaton de savoir*⁶⁴⁰], muestra la posición de la verdad respecto al decir como parcial⁶⁴¹ y constituye como indecibilidad el modo concreto de imposibilidad que delimita el discurso del psicoanalista.

Si consideramos que todo discurso, por cuanto Lacan concibe que tiene lugar de acuerdo con esa “topología fundamental” que explicitan las posiciones de los cuatro formulados, condena al decir a la parcialidad, el discurso del analista, al hacer surgir la pregunta que interroga acerca de la función de la enunciación [*parole*], se encuentra ante una alternativa que involucra directamente diferentes supuestos discursivos: puede, por un lado, referir dicha función a un cierto patrón -ya sea éste de carácter imaginario, ya de cuño semiológico-, lo que no haría sino cerrar el círculo de los tránsitos de un discurso a otro, o bien hacerse cargo de la insuficiencia de la formalización que se pone de manifiesto en la discontinuidad de los vectores -que marca un elemento de divergencia inconciliable- y en que tal posición esté ocupada por el objeto a en el discurso del amo, del que constituye su reverso. De este modo, el discurso es remitido a una instancia extralingüística, inhaprensible en su totalidad por el orden simbólico precisamente por su peculiar carácter parcial, que no es el de la parte susceptible de ser asumida en una unidad, sino el de su carácter excedentario respecto de todo sistema. La enunciación es clasificada de acuerdo con distintas posiciones que en última instancia dependen de cómo del goce se articula con el saber, pero también con la letra y el sujeto marcado o codificado que resulta tanto del carácter redundante del enunciado como de la imposible exhaustividad de tal redundancia. Cualquier esfuerzo de formalización, incluso aquellos que pueden exceder el marco de estriaje habitual, como es el caso de René Thom, de quien Lacan dice que participa de aquella posición que, retomando el problema de Frege y constatando el fracaso de los *Principia* de Russell, «no cree que la lógica, es decir, el discurso que se sostiene sobre el muro⁶⁴² baste para explicar el

640 En la edición española del *Seminario* el neologismo se vierte en la voz “sobragación”, condensando del mismo modo que en francés el carácter de sobra [*rogaton*] y el de surogación [*subrogation*].

641 «Si la verdad no puede más que semidecirse [*se mi-dire*], si este es el núcleo, lo esencial del saber del analista, es porque en el lugar de la verdad se encuentra S_2 , el saber. Él mismo es entonces un saber que siempre debe ser puesto en tela de juicio». *Seminario 19*, 3/2/1972, p. 77.

642 Entendemos en todo momento que el muro al que se refiere Lacan en el contexto de este seminario es aquél que se erige frente a lo real a través de las cuatro imposibilidades discursivas antes mencionadas (inconsistencia, incompletud, indemostrabilidad e indecibilidad) y que traducen en la parte actual de los diferentes esquemas una impotencia concreta al nivel de lo virtual, es decir, una incompatibilidad más profunda que la que marcan el

número, primer paso de la matemática» y considera que el recurso a la topología, por cuanto se sustrae a las condiciones restrictivas del espacio euclidiano, «puede proporcionar una tipología de las lenguas naturales»⁶⁴³, parece estar condenado al fracaso por la persistencia de una zona de oscuridad: «mientras no haya explicado de un modo exhaustivo aquello con lo cual, pese a todo, está obligado a explicarles esto, a saber, el lenguaje común y la gramática que lo rodea, seguirá habiendo una zona que denomino zona del discurso, y que es aquella sobre la cual el analítico de los discursos arroja una luz viva»⁶⁴⁴.

El discurso analítico se presenta así como un discurso privilegiado a la hora de revelar la inestabilidad característica de las diferentes posiciones discursivas en función de las cuales los sujetos resultan determinados, aunque él mismo debe admitir su propia imposibilidad (la de constituirse como ciencia por la *indecibilidad* de sus formulaciones relativas a la relación entre el *objeto a* y $\$$ más allá del vínculo fantasmático) y, con ella, su propia impotencia, a saber, la de la asunción de la letra (S₁) en el saber (S₂). La indecibilidad del discurso analítico reside en que el saber que pone en juego no es demostrable, ni es demostrable que no es demostrable, sino que no puede demostrarse que no es demostrable⁶⁴⁵. Así, la determinación de la posición desde la que se tiene lugar la enunciación se muestra como remitiendo a variables no ya determinadas, sino virtualmente determinantes y, por consiguiente, irreducibles a cualquier formalización que, haciendo de ellas elementos normales en un sistema, obviase su carácter procesual y la potencia genética de la que depende la individualidad de las sustancias de la expresión puestas en juego y la del propio sistema, así como la de las nociones significadas, las posiciones manifestadas y los objetos designados, lo que concierne tanto al sujeto de enunciación como al objeto de deseo y se hace evidente desde el momento que se considera la peculiar constitución del objeto *a*. Del mismo modo, del reconocimiento simultáneo en esta constitución de su heterogeneidad con respecto a cualquier determinación de un objeto actual y de su carácter de “objeto causa del deseo”, la catexis o investidura libidinal puede aparecer como un movimiento de incorporación, y por cuanto éste implica necesariamente un resto, la investidura misma no es reducible a una operación de reproducción ni se atiene a ningún patrón de representación trascendente, sino que principio de contradicción y el del tercero excluido.

643 *Seminario 19*.

644 *Ibidem*.

645 «ustedes escucharon lo suficiente para saber que, en campos elegidos entre los más simples, la sorpresa es grande cuando descubrimos que falta por ejemplo la completud, es decir, que no puede formularse que lo que sea que allí se enuncie deba o bien demostrarse o bien demostrarse que no. Más aún, en tal campo, entre los más simples, puede ponerse en discusión que algún enunciado sea demostrable. Aún se dibuja otro nivel, donde es demostrable que un enunciado no es demostrable. Y esto se vuelve muy singular y muy raro en ciertos casos, cuando lo no demostrable mismo escapa porque no puede siquiera sostenerse que no es demostrable, y se abre a una dimensión distinta llamada lo no decidible. Estas escalas no de incertidumbre, sino de defectos en la textura lógica, nos permiten aprehender el estatuto del sujeto como tal, encontrarle un apoyo y, para decirlo todo, concebir que se satisfaga con su adhesión a la falla misma situada en el nivel de la enunciación» *Seminario 16*, 11/12/1968.

constituye en cada caso una entidad objetiva que jamás llega a agotar el remanente de preindividualidad que constituye la parcialidad específica del *objeto a*, entendido como plus-degozar. Por ello no es un objeto universal, sino siempre concreto, grieta o falla en el saber que la letra denuncia y busca expresión en el enunciado como demanda, no pertenece ni puede pertenecer al orden corpóreo, puesto que es puro efecto desprendido del enunciado y es esta heterogeneidad radical, esta idealidad sin universalidad, la que permite a Deleuze y Guattari señalarlo como “componente maquínico” dentro de lo que, de acuerdo con su posición, consideran una mecánica de la significación al servicio del *socius* capitalista, a saber, la práctica y la clínica lacaniana. La actualidad de todo *estado* del pensamiento reside en la castración, en la erección de ese muro que, en cada caso, determina corpóreamente como imposibilidad aquellas incompatibilidades virtuales que escapan a la lógica de la representación y falsean el carácter infraestructural del deseo y la enunciación. Sin embargo, es precisamente esta incompatibilidad pre-lógica que introduce el objeto *a* la que se expresa como imposibilidad en la formalización y fuerza el paso de un discurso al otro. La restricción que la función fálica efectúa al nivel del discurso tiene que ver con la noción de presupuesto que introduce Ducrot, si bien para Lacan este presupuesto se señala siempre *apres-coup*, de modo que lo que se pone de manifiesto es cómo en el lenguaje hay un movimiento constante de reterritorialización en el sentido que juega en contra de la potencia de variación característica del proceso o, más bien, señala cómo tal variación no puede sino cristalizar en determinadas formaciones significativas cuyos efectos señala con la función del objeto *a* y la noción del sujeto tachado o barrado.

«En cuanto hablamos, es un hecho que algo atribuimos a lo que se habla. Imaginamos que ese algo está ante-puesto [*pré-posé*], aunque es seguro que siempre lo suponemos de forma retroactiva. En el estado actual de nuestros conocimientos, solo en el hecho de hablar es posible percatarse de que lo que habla, sea lo que fuere, es lo que goza de sí como cuerpo, lo que goza de un cuerpo al que vive como lo que ya enuncia con el *tu-able*, es decir, como tuteable, de un cuerpo al que tutea y de un cuerpo al que dice “máta-te” en la misma línea. El psicoanálisis, ¿qué es? Es la localización de oscurecido que se comprende, de lo que se oscurece en la comprensión, debido a un significante que marcó un punto del cuerpo»⁶⁴⁶

Lacan se sirve aquí de un juego fonético que vincula la mortificación del cuerpo por efecto del significante *-tuable* expresa así la disponibilidad del cuerpo para la clausura en un conjunto ordenado de posibilidades que opera la significación respecto de aquello de lo que es virtualmente capaz- con la posibilidad de situarse discursivamente como interlocutor respecto de la alocución que emana del superyó *-tutoyable* se refiere a la posibilidad de ser designado en el enunciado por un *tú* que individualiza la posición discursiva. El que ésta haga del goce algo que sólo tiene lugar conforme al orden de lo corpóreo deriva del establecimiento de la función fálica

646 *Seminario 19*, 4/5/1972.

y del recorte de goce correspondiente, resultante de la intersección de lo real con lo simbólico, de tal modo que el goce del cuerpo puede acotar la vinculación de lo imaginario con lo real de acuerdo con la exigencia de cierre prescrita por la función fálica. En virtud de esta vinculación, la letra (S₁) aparece como referente capaz de determinar la posición del sujeto a partir del discurso por cuanto no sólo se vincula con el rasgo unario a través de la función de denotación que se establece en el seno de un saber, sino con toda una composición connotativa (o *no-conformal*) en la que los deícticos -en el sentido estricto que Benveniste señalaba al restringir la función pronominal personal propiamente a las dos primeras personas, y especialmente en lo que se refiere a la segunda, al *tú*, puesto que sólo así el sujeto aparece como interpelado o hablado por Otro-, constituyen formas gramaticales de una enunciación mínima en la que se vehiculan toda suerte de transformaciones jurídicas o incorporales que no necesariamente encuentran correspondencia en el plano del contenido y que, desde luego, jamás pueden acceder a una explicitación plena por cuanto dependen de aquello que constituye el hecho del decir mismo, hecho que, al igual que el sujeto de enunciación, no puede aparecer sino como representación resultante de una transformación -o más bien, de una “información” o “individuación”- en el proceso que, asimismo, queda sin explicitar. La pretensión del discurso analítico es precisamente mostrar cómo la letra constituye un fenómeno limítrofe entre lo que comporta el dicho -es decir, todos los supuestos que se ordenan a sostener, no sólo ya la referencia al objeto del enunciado, sino también cierta representación de las posiciones de enunciación y de la situación discursiva- y aquello que se constituye precisamente por el hecho de decir y cuya explicitación no podría sino constituir asimismo un acto o transformación que quedaría a su vez fuera de lo dicho en el enunciado que propone. El sujeto pertenece plenamente a esta categoría de lo ante-puesto que sólo retroactivamente con respecto a la enunciación adquiere algo así como una constitución⁶⁴⁷ y puede entenderse como un ámbito de intersubjetividad en el que el lenguaje se insertaría como medio, garantizando la comunicación como proceso de constitución de un conjunto a partir de elementos a los que, no obstante su dispersión, cabría reconocer algún tipo de entidad sustancial: así, es el propio carácter discreto de las diferentes entidades de expresión puestas en juego lo que en su proliferación conforme a un movimiento de remisión de uno a otro apunta ya a una continuidad, la del sentido entendido, no ya según éste resulta explicitable sobre la base del establecimiento de la función fálica, sino más bien en relación con lo real, el goce y la singularidad de lo afectivo.

⁶⁴⁷ «el sujeto no es algo previo, sino una anticipación. Es supuesto, *hypokeimenon*, es su esencia, su definición lógica. Es supuesto, casi inducido, por cierto no es el soporte» *Seminario 16*, 11/12/1968.

Puesto que, de acuerdo con las posiciones definidas en el cuadrípodo con independencia de la inserción de los términos, el lugar del agente -puesto que no es sino la posición misma de enunciación-, es designado por Lacan como la posición del semblante⁶⁴⁸, conviene clarificar en qué sentido esta última noción, acusando las modificaciones que introducen los diferentes desarrollos incorporados a la clínica lacaniana, es capaz de expresar la necesidad de presencia en el discurso y prevenir cualquier tentativa de una regresión al inconsciente *essaim* como fundamento de la práctica psicoanalítica, al tiempo que constituye la vía de acceso a partir de la cual S₁ puede revelar su carácter literal, resistente a la interpretación. Si bien remontándonos al *Estadio del espejo* el semblante aparecía directamente vinculado con el ámbito de lo imaginario y el estatuto de lo aparente, el que dicho estatuto pueda sustraerse a su oposición con respecto a un elemento o una constitución “esencial” -que, como piedra de toque, funcionase como fundamento de determinación de su conveniencia o inconveniencia- pasa necesariamente por desarrollar algo que ya en esa formulación tan incipiente aparecía apuntado, a saber, el vínculo entre el semblante y la ficción más allá de una concepción representativa de la verdad. En el *Seminario 20*, Lacan hará explícito el paso de una forma de entender el goce deudora de la concepción simbólica del inconsciente y del síntoma -que sólo puede presentarlo como una exterioridad situada más allá del límite que la estructura misma traza a partir de su sistema de relaciones formales-, a otra que hace del goce mismo un límite inmanente a toda enunciación y, por consiguiente, a toda constitución sistemática del inconsciente y a cualquier comprensión metafórica del síntoma. Puesto que la condición de verdad se establece en el marco de este sistema de relaciones formales y su efectuación pasa por el discurso según una perspectiva que hace del enunciado una función que encuentra argumentos en el contexto de enunciación, ya sea éste entendido conforme a la deixis anafórica, ya según una deixis propiamente indicial, Lacan debe plantear el discurso analítico como aquello que es capaz de mostrar que lo verdadero que se determina de acuerdo con tales condiciones no es sino un medio-decir (o incluso un *mal-decir*) de la verdad que el hecho de enunciación mismo constituye. Asumiendo que la condición de verdad no es sino una construcción, la ficción pasa a empapar todo el ámbito discursivo al tiempo que el semblante puede aparecer como artificio e instrumento requerido para dar cuenta del límite mismo que el proceder discursivo produce como su efecto, no ya de significación, sino propiamente de goce. Ahora bien, que el dispositivo psicoanalítico no degenere en ninguna de las otras tres posiciones discursivas e inevitablemente acabe reproduciendo el discurso del amo requiere un esclarecimiento de las modulaciones ortográficas y homofónicas a las que Lacan somete al término “*semblant*”, así como el recurso a ciertas significaciones del término que, por

648 «No hay un solo discurso en donde el semblante no dirija el juego. No veo por qué el último en llegar, el discurso analítico, se libraría de él», *La tercera*, (1/11/1974) en *Intervenciones y textos 2*.

haber caído en deshuso o resultar arcaizantes en castellano, no aparecen para nosotros con el mismo grado de influencia que para el lector o alocutor francés de los seminarios.

9.3. El semblante y la constitución del discurso psicoanalítico.

En primer lugar, conviene mostrar en qué sentido el semblante no resulta inmediatamente asimilable a una entidad de expresión cualquiera definida en el marco de un saber que podría ser determinada conforme a la condición de verdad como verdadera o falsa: a pesar de la connotación de “apariencia engañosa” que puede serle atribuida a partir de sus primeras ocurrencias dentro de la obra de Lacan, la noción de semblante no puede separarse de cierta idea de composición, en el sentido de que el “engaño” que constituye se articula como un montaje y comporta, por consiguiente, la urdimbre de una trama más o menos consistente. De este modo, el semblante se sitúa de pleno derecho en el ámbito de un espacio estriado, delimitado por posiciones y distancias determinadas, que sólo se distingue del proceder de la ciencia por cuanto se sustrae a la formulación demostrativa en virtud de la cual se hace explícito el cumplimiento o incumplimiento de la condición de verdad, remitiendo más bien a una “*mostración*” (o un “*mostraje*” en el sentido en que Deleuze se sirve del término acuñado por Lapoujade para designar aquella cara del propio montaje que remite a lo virtual y constituye en el cine una imagen-tiempo directa⁶⁴⁹) y que en absoluto excluye la cercanía con lo monstruoso y con el engaño o, más bien, con una potencia de fabular. Así, el semblante adquiere el sentido de un “señuelo” -como aquél empleado en la caza cuya presencia es índice de un acoplamiento por venir que, sin embargo, resulta finalmente en el exterminio de aquél que no repara en la contingencia del vínculo-, pero también el de indicar ese movimiento, propio de los poetas, en el que se hace patente cómo surge y huye el sentido -puesto que algo ha irrumpido y lo ha hecho huir- y lo que queda no es sino semblante, testimonio de la inasibilidad de lo real en el discurso y, por consiguiente, se resalta el carácter inalcanzable de la verdad plena en el enunciado y la necesidad de restringir sus pretensiones al criterio de la verosimilitud. En el *Seminario 22* Lacan asimila lo real a una comprensión del sentido, ya no restringida a lo que queda tras su captura en la función fálica y por efecto de la incidencia correlativa de la castración, sino como «sentido-

649 «La imagen-tiempo directa es el fantasma que siempre acosó al cine, pero se necesitaba el cine moderno para dar un cuerpo a ese fantasma. Esta imagen es virtual, opuestamente a la actualidad de la imagen-movimiento. No obstante, que lo virtual se oponga a lo actual no significa que se oponga a lo real, al contrario. Hasta se podrá decir que la imagen-tiempo supone el montaje tanto como lo hacía la representación indirecta. Pero el montaje ha cambiado de sentido, cobra una nueva función: en lugar de recaer sobre las imágenes-movimiento, de las que desprende una imagen indirecta del tiempo, recae sobre la imagen-tiempo desprendiendo de ella las relaciones de tiempo de las que el movimiento aberrante no hace más que depender. Según un término de Lapoujade, el montaje se ha vuelto “mostraje”» *IT*. p. 64.

blanco con el que el cuerpo fabrica el semblante [...] a partir del cual se funda todo discurso»⁶⁵⁰. Así, Lacan no puede sino reconocer el carácter necesariamente compuesto de dicho semblante, puesto que es precisamente esto lo que va a permitir su establecimiento como una posición discursiva y su ubicación en el nivel superior del cuadrípodo, mientras que la letra aparecerá como un elemento que, más allá de poder definirse por algún tipo de individualidad, debe caracterizarse fundamentalmente por su carácter desconectado o desencadenado, de tal modo que en el mismo seminario podrá referirse a aquella protounidad que aparecía en el estadio del espejo como *rassemblement*, es decir, como el producto de un ensamblaje o composición capaz de reunir lo disperso, reducir las distancias a partir de un patrón de medida y constituir así una cierta individualidad. Tal es su papel conforme al discurso del amo, pero la dificultad surge cuando es necesario distinguir en este semblante aquello que remite a la dispersión a partir de la cual es posible la constitución de tal individualidad: el discurso psicoanalítico se propone como privilegiado en este punto por cuanto su intención es iluminar, o siquiera señalar, esa zona de oscuridad que, según el diagnóstico de Simondon, arrastraba consigo el esquema hilemórfico, preguntándose a propósito del síntoma «qué es esta sombra que produce algún efecto sobre esta verdad, a la que siempre tenemos que interrogar en su estructura de ficción». La posición del semblante es ocupada en el discurso psicoanalítico por el objeto *a*, encarnado en la figura del analista por cuanto se opone a un otro que incorpora, en tanto que demanda el análisis, la distancia entre lo dicho y el hecho de su decir, esto es, la insuficiencia del semblante para dar cuenta de aquello que en todo momento se resiste al saber. De este modo, la producción que resulta del trabajo de ese sujeto escindido, aquello que la práctica del análisis mismo busca obtener, es el Uno desencadenado, la letra, mientras que la posibilidad de que el analista esté en el lugar del semblante como objeto *a* se sustenta en un saber (*S*₂) que, paradójicamente, es siempre supuesto respecto del analista y que, respecto del analizante, tiene el peculiar estatuto de aquello que se sabe sin saber que se sabe y que necesariamente deberá distinguirse de cualquier representación de saber que pueda ser aducida por el discurso científico y su proceder

650 *Seminario 22*, 11/3/1975. Lacan se sirve de la homofonía de *semblant* con *sens-blanc* en orden a resaltar la necesaria vinculación del semblante con lo preindividual que resiste toda estructuración. Así, trae a colación la noción de un sentido que, independiente de la función fálica, es concebido por analogía con el ruido blanco, una emisión acústica aleatoria cuyos valores de señal nunca resultan correlativos en dos momentos diferentes y que, por tanto, no comporta organización alguna del espacio sonoro, acercándose bastante así a la caracterización deleuzeana del plano de inmanencia o campo trascendental. No obstante, el ruido blanco resulta perceptible y localizable por cuanto comporta una cierta homogeneización al nivel de la densidad espectral de potencia (*PSD*), de tal modo que la diversidad de las señales a nivel de frecuencias se encuentra contraída en una constante relativa a su potencial. De este modo, el ruido blanco comparece como una suerte de estado o entidad, perdiéndose en el símil lacaniano su carácter propiamente incorpóreo y la imposibilidad de remitir al sentido [*Mening*] en general como una dimensión primaria cuya diversificación podría ser entendida, bien como especificación, bien como fragmentación de una unidad primordial. Si bien concebir el sentido como sentido blanco hace de él un cuerpo, es necesario reparar en que sólo en función de sus efectos concretos al nivel de la enunciación es posible un acercamiento libre de imposturas esencialistas.

demostrativo, o incluso por la interpretación -ya sea ésta prioritariamente imaginaria, ya simbólica- puesto es algo que no puede en ningún caso decirse plenamente.

La función del semblante puede ser comprendida como aquello que hace que “la cosa ande”⁶⁵¹ -si bien se trata aquí de un paso que, no obstante, nunca llega a ser todo lo regular que cabría esperar (o, más bien, como aquello a partir de lo cual tal esperanza puede fundarse como criterio de evaluación trascendente respecto de lo que realmente sucede)-, pero también como lo que en ese andar siempre se escabulle y no comparece conforme a la cuenta -al uno-dos que constituye la vinculación de la letra con la función fálica- precisamente porque, desde el momento en que es compuesto, está asediado por fugas e inconsistencias que, lejos de ser defectos estructurales, son aquello a partir de lo cual se construye precisamente la estructura y cuyo modo de ser no puede sino diferir radicalmente con respecto a las entidades y leyes que ésta instituye como constantes y variables determinadas. En *L'Etourdit*, Lacan juega con la homofonía entre *semblant* (semblante) y *s' embtant* (se escabulle) en paralelo con cierta modificación ortográfica del ser parlante [*parlêtre*] que hace de él un impostor (*parêtre*, literalmente “aparentador”) de tal modo que lo propio del ser que se propone como representación -y que, por consiguiente, se establece en virtud del vínculo entre S₁ y S₂- es una sustracción productiva que remite a un ámbito inconciliable con las exigencias formales de las funciones que en tal vínculo se establecen.

«Comienzo con la homofonía, de la que depende la ortografía. Que en la lengua mía, como hace un rato jugué con ella, haya equívoco entre dos [*deux*] y de ellos [*d'eux*], guarda huella del juego del alma por el cual hacer de ellos dos-juntos encuentra su límite en “hacer dos” de ellos. Otros hay en este texto, del pareser [*parêtre*] al escabullirse [*s' embtant*]. Mantengo que aquí todas las jugadas están permitidas por la sencilla razón de que, por estar cualquiera a su alcance sin poder en ellas reconocerse, son ellas las que nos juegan. A no ser que los poetas las vuelvan cálculo y el psicoanalista las emplee allí donde conviene»⁶⁵²

El que Lacan se refiera aquí a dicho ámbito en términos de “jugadas” facilita considerablemente el recurso a aquellas observaciones que Deleuze, tanto en *Lógica del sentido* como en *Mil Mesetas*, propone con respecto a la posibilidad de diferenciar los juegos en los que las tiradas sólo pueden distinguirse numéricamente (desde el momento en que resultan fenómenos subsumibles bajo la fórmula categórica de unas leyes que preexisten al ejercicio del juego como su condición de posibilidad lógica), respecto de aquellos juegos en los que cada tirada instituye reglas nuevas por cuanto efectúa una redistribución del azar y de los posibles. Al

651 No en vano una de las modulaciones a las que Lacan somete al término *semblant*, vía el *sens-blanc* apuntado más arriba, es *s' ambtent* que, como señalan Gárate y Marinas en su brevariario, es «un viejo término del francés, específico de las caballerías, que refiere un tipo de paso bien conocido en equitación y que, según creo, se dice en castellano *andar pasuco*, cuando se le obliga al caballo, en sus andares, a mover las piernas delantera y trasera al mismo tiempo, izquierda y derecha, consecutivamente», Gárate, I. y Marinas, J.M., *Op.cit.*, p.233.

652 *L'Etourdit*, en *Op.cit.*, p. 515.

mismo tiempo que cae la anterioridad lógica y la universalidad de la capacidad normativa de las reglas, también lo hace la posibilidad de una evaluación trascendente de las diferentes ocurrencias concretas en las que las jugadas mismas consisten, y se revela así un plano de inmanencia dinámico caracterizado por la variación universal como elemento genético a partir del cual tienen lugar las diferentes individuaciones y fijaciones del sentido. Ahora bien, toda pretensión de explicitación de las condiciones que caracterizan tal ámbito en general, es decir, cualquier intento de remitirse a una suerte de proceso totalmente primario de constitución en el que encontrar la razón y los criterios de evaluación de las diferentes individuaciones no podría sino incurrir en el mismo equívoco que hacia necesaria la remisión a dicho ámbito, perdiéndose así la heterogeneidad radical en virtud de la cual puede constituir una verdadera condición incondicionada, al mismo tiempo que se desatendería la exigencia de dar cuenta de cómo se establecen y fracasan las diferentes estructuraciones en virtud de las cuales aquello que, en principio, no es realmente distinto – a saber, entidades de contenido y entidades de la expresión – puede articularse conforme a funciones formales y definir ambos costados como terminales de las dependencias efectivamente contraídas⁶⁵³. El ejercicio de abstracción así denunciado no alcanza a revelar la auténtica máquina abstracta que opera en los distintos procesos semióticos y, por consiguiente, permanece preso del modelo del reconocimiento y de una concepción exclusivamente representativa, tanto del signo como del deseo (no en vano Lacan se sirvió en los primeros años de la expresión “sujeto *mítico* de la necesidad” para designar aquello que antecedió al ingreso en el régimen de la demanda). Puesto que Lacan, desde el momento en que sitúa el acento de la competencia propia del discurso psicoanalítico en la existencia del decir -en detrimento de la significación o la posibilidad del dicho- no puede ya conceder el privilegio al sistema y a su normatividad formalizable, sino que debe atenerse a lo que ya en ese proceso supone una variación impredecible, la concepción del sujeto y del signo que debe ser tomada en cuenta en el discurso psicoanalítico no puede por menos que considerar la virtualidad específica del proceso más allá de la constitución en la que cristalizan sus diferentes efectuaciones.

653 En este sentido, entendemos que la modificación fundamental relativa al estatuto de lo real sobre la que se articulan gran parte de las lecturas diacrónicas del trabajo de Lacan tiene que ver con la adecuada formulación de un alternativa que distingue lo irrepresentable de lo no-representacional y que resulta clave para acercar la sustracción productiva que Deleuze ejerce sobre el pensamiento, la sociedad, el cuerpo, etc. a las diferentes modulaciones de la negación que Lacan despliega a propósito de la mujer, la relación sexual o el Otro. Asimismo, resulta crucial en el contexto de este trabajo comprender cómo el viraje que se ha señalado en Peirce relativo a su concepción del objeto y el interpretante ilumina considerablemente qué concepción general del signo está siendo puesta en juego tanto por parte de uno como del otro. Asimismo, de tal posición semiótica se desprende un cierto modo de concebir el límite que remite, en última instancia, a la concepción estoica por cuanto ésta impugna una cierta concepción del ser que se encuentra en la base de toda una Imagen del pensamiento. «En verdad, pervive en Lacan una cierta concepción de lo real que no termina de despojarse de las connotaciones negativas: frente a su concepción como proceso en la obra de Deleuze y Guattari -lo real es “el resultado de las síntesis pasivas del deseo como autoproducción del inconsciente”(AE 34)-, Lacan aún lo mantiene como un límite hasta cierto punto inalcanzable. Ahora bien, ¿se trata de algo meramente irrepresentable o de algo no-representacional, es decir, algo que encontraría otros cauces de expresión extra-representacionales?» Ingala, E, *Op.cit.* p. 374.

El hecho de estar en un juego sin poder evaluar la posición que se ocupa a partir de un patrón tiene todo que ver con la concepción del sujeto que Peirce sostiene en el marco de su comprensión general de la semiosis, a saber, aquella en virtud de la cual el sujeto es producido como signo: «Defino al signo como algo que es determinado en su calidad de tal por otra cosa, llamada su objeto, de modo tal que determina un efecto sobre una persona, efecto que llamo su Interpretante, vale decir que este último es determinado por el signo en forma mediata. Mi inserción de “sobre una persona” es una forma de dádiva para el Cancerbero, porque he perdido las esperanzas de que se entienda mi concepción más amplia al respecto»⁶⁵⁴. Desde luego, dos características del interpretante peirceano resultan relevantes a la hora de considerar las relaciones entre signo y sujeto en el pensamiento de Lacan: por un lado, el interpretante de un signo es asimismo un signo, en el sentido restringido de un representamen, cuyo objeto es precisamente la relación del signo dado en primer lugar con su objeto, y que determina a un interpretante a dar cuenta de esta relación y que puede ser, a su vez, tomado como representamen en otra relación triádica, constituyéndose así el movimiento de remisión de los signos entre sí que sólo puede concebirse según el ideal de concordancia y el modelo del reconocimiento postulando un interpretante final, simbólico, lógico y argumentativo, que cumple, como centro de redundancia, la condición de ser principio y fin del deslizamiento de la significación; por otro lado, la determinación del interpretante es una producción, puesto que éste es siempre efecto de un representamen que determina un modo de referencia a su objeto constituyendo así una representación irreductiblemente triádica. Ahora bien, puesto que el sujeto es asimismo un signo, también es necesario retener que la concepción del sujeto de Peirce en ningún caso puede ser desligada de lo social, ni de una alteridad de la conciencia respecto de sí misma que introduce en la segunda persona la condición mínima de enunciación como primera determinación capaz de satisfacer el lenguaje en tanto *relativo*, a partir de la existencia del decir con independencia del recurso a cualquier ámbito intersubjetivo supuestamente previo como condición de posibilidad y que pudiese resultar explicitado en el dicho.

«Dos cosas son aquí sumamente importantes para asegurarse y para recordar. La primera es que la persona no es absolutamente un individuo. Sus pensamientos son lo que se está “diciendo a sí mismo”, esto es, lo que está diciendo a ese otro yo que está precisamente viniendo a la vida en el flujo del tiempo. Cuando uno razona, es a ese yo crítico al que uno está tratando de persuadir; y todo pensamiento cualquiera es un signo, y es principalmente de la naturaleza del lenguaje. La segunda cosa a recordar es que el círculo de la sociedad del hombre (ya se entienda esta expresión en sentido amplio o estrecho) es una especie de persona condensada de forma imprecisa, en algunos aspectos de mayor rango que la persona de un organismo individual»⁶⁵⁵

654 Peirce, Ch. S., 1908, *Letters to Lady Welby*, §§ 80-81.

655 C.P. 5. 421.

Puesto que el alocutor aparece aquí caracterizado como instancia crítica, cabe pensar que el locutor debe ser, al menos tendencialmente, una suerte de “yo doctrinal”, constituido por una enunciación en la que la esfera del dicho pertenecería al ámbito consciente mientras que la existencia y el sentido de ese decir remitirían a una producción inconsciente que, conforme a la terminología psicoanalítica clásica de la segunda tópica, corresponde a la instancia del superyó⁶⁵⁶ y remite, por consiguiente, a un momento en que la lógica edípica está, sino no totalmente consolidada, sí al menos apuntada. Más allá de reconocer aquí meramente lo insoslayable de una alteridad radical del yo consigo mismo, aspecto ya presente desde la temprana caracterización de la imagen especular propuesta por Lacan en su célebre escrito, consideramos que es posible atisbar en este fragmento cierto aire de familia entre las dos formas de concebir el inconsciente que encontramos en la obra de Lacan y la concepción de la morfogénesis sostenida por Simondon, de tal modo que toda individualidad, ya sea ésta personal o colectiva, se concibe como dependiente en primer término de un proceso que necesariamente convoca lo preindividual y excluye por definición cualquier tipo de causalidad incorporal trascendente. Desde el momento en que Peirce concibe el sujeto como inmerso en el pensamiento y éste a su vez a partir del proceso de la semiosis, cualquier pretensión de sustantividad en este punto debe ser necesariamente remitida a un artificio que oculta el proceso mismo en el que se constituye, lo que desde el punto de vista sostenido por Deleuze y Guattari corresponde a la distinción entre la producción deseante y la producción social o, si consideramos la doble posición de la máquina abstracta que se proponen en *Mil Mesetas*, a la diferencia entre una posición metaestrática, orientada al plan de consistencia, y una posición intraestrática, que considera el sistema formal como causa de las distintas configuraciones que adopta la materia [*Mening*] y que da lugar a sustancias y compuestos de la expresión (representamen e interpretante) y del contenido (objeto dinámico). Ahora bien, esta pertenencia de representamen e interpretante al plano de la expresión y del objeto al plano del contenido es meramente provisional, puesto que el objeto dinámico, interno a la relación que constituye la semiosis, puede ocupar asimismo la posición de representamen o de interpretante: de este modo, la concepción del sujeto queda sometida a ese relativismo generalizado que Deleuze encontraba en las propuestas de Hjelmself, y el pensamiento de Peirce aparece como impugnando cualquier proceder que, a la hora de dar cuenta del sujeto, pueda considerar que éste preexiste y condiciona las relaciones conforme a las

⁶⁵⁶ En *Mil Mesetas*, Deleuze y Guattari remitían a una suerte de pseudofacultad de la consigna, considerada en sus dos aspectos (a saber, línea de fuga y sentencia de muerte), que, oponiéndose al cogito cartesiano, ponía de manifiesto el carácter siempre indirecto de toda enunciación. El “cogito esquizo”, por cuanto concibe todo enunciado en relación con un estilo indirecto aparece así como condición tanto del discurso directo de este yo doctrinal que Peirce da a entender como del otro yo que puede constituirse en virtud de la apelación que el primero le dirige por cuanto efectúa una transformación incorporal, de tal modo que el yo revela así su carácter de consigna fundada en una redundancia del acto y el enunciado. Cf. *MP*, 4, p.89.

cuales se vincula con otros signos⁶⁵⁷. De hecho, son numerosos los textos en los que las afirmaciones de Peirce juegan en contra de cualquier pretensión de universalidad y de la referencia a una constancia primera en función de la cual se fuesen ordenando, según la generación, el desarrollo y la corrupción, las diferentes entidades semióticas; en su texto titulado “La ley de la mente”, ya impugnaba aquella Imagen del pensamiento para la que lo incierto, en tanto que es aquello que resiste la efectuación de la condición de verdad, aparecía siempre como imperfección, falta y degeneración de la natural afinidad del pensamiento con lo verdadero, recogiendo en cierto sentido el testigo de Hume a la hora de situar al nivel de una síntesis pasiva el origen de la apariencia en virtud de la cual resulta posible postular dicha afinidad:

«Pero ninguna acción mental por su carácter parece ser necesaria o invariable. De cualquier manera en que la mente haya reaccionado bajo una sensación dada, lo más probable es que vuelva a reaccionar de esa manera; si ello fuese, sin embargo, una necesidad absoluta, los hábitos se harían rígidos e inerradicables, y, al no dejar lugar para la formación de nuevos hábitos, la vida intelectual llegaría a un rápido fin. De ahí que la incertidumbre de la ley mental no sea ningún mero defecto suyo, sino que, por el contrario, pertenece a su esencia [...] Queda siempre una cierta cantidad de espontaneidad arbitraria en su acción, sin la cual estaría muerta»⁶⁵⁸

Así, parece que en toda constitución de individualidad, ya sea ésta la de una entidad lingüística, la de una persona o la de una teoría, Peirce reconoce un exceso por efectuar sin el cual cualquiera de estos fenómenos estaría completamente al margen de toda producción y, por consiguiente, de todo acontecer y toda temporización. Que tal exceso pueda relacionarse con la causa misma de las diferentes constituciones pasa por reconocer a la materia, más allá del reparto de lo activo y lo pasivo que propone el hilemorfismo, una potencialidad que se desliga necesariamente del modelo de lo actual. En 1902⁶⁵⁹, Peirce reconocía a la potencialidad de la materia un estatuto propiamente virtual, ideal, con independencia de cualquier referencia a una conciencia, puesto que esto no haría sino desvirtuar la noción de interpretante y su propia concepción de la relación entre sujeto y pensamiento, lo que en cierto sentido concuerda con la concepción lacaniana del inconsciente *essaim*, a saber, irreductible a las alternativas tradicionales entre ser y no ser, o ser en acto y ser en potencia, que exige más bien ser concebido en virtud de

657 «El hombre individual, desde el momento en que su existencia separada se manifiesta sólo por ignorancia y por error, en la medida en que no es nada al margen de su prójimo [*fellows*] y de lo que él y ellos deben ser, es sólo una negación» C.P. 5.317. A pesar de que hemos optado aquí por traducir el término “*fellows*” por “prójimo,” debemos insistir en que la voz inglesa connota inmediatamente no sólo la paridad y la proximidad de la relación, sino también la pertenencia a un algo común, por lo que puede traducirse también por “socios” o “miembros” señalando así que su determinación en cuanto tales reside fundamentalmente en la relación y no tanto en algún rasgo común compartido.

658 C.P. 6.150.

659 «Las ideas no son meras creaciones de esta o aquella mente, sino por el contrario, tienen el poder de encontrar o crear sus vehículos, y habiéndolos encontrado, de conferirles la habilidad de transformar la faz de la tierra. Si usted pregunta qué clase de existencia se supone pertenece a una idea que no está en ninguna mente, la respuesta será que indudablemente la idea debe ser incorporada para alcanzar una existencia completa», Peirce, CH. S., *The Classification of the Sciences*, 1902. § 1. 217-218.

su carácter inactual, nunca realizado como representación, pero capaz de relanzar el proceso en el que consiste la propia enunciación. De este modo, Peirce ya apunta a cierta inversión de la prioridad entre relaciones y términos, entre proceso y sistema, que atraviesa la clínica lacaniana como un problema que no deja de exigir una y otra vez un nuevo esfuerzo por formalizar precisamente aquello que rehúsa cualquier clausura representacional y toda prioridad y trascendencia de la causa incorporal, de tal modo que en la propia concepción lacaniana del sujeto ya resuena el carácter irreductiblemente procesual de la semiosis según Peirce la concibe: «del mismo modo que decimos que un cuerpo está en movimiento y no que el movimiento está en el cuerpo, deberíamos decir que estamos en el pensamiento y no que los pensamientos están en nosotros»⁶⁶⁰. Así, la competencia propia del discurso psicoanalítico deberá ser, antes que la efectuación de cierta individuación en el marco de la cura o de la clínica, una operación discursiva tal que haga al semblante aparecer como un efecto de la articulación de la enunciación con el orden simbólico, consiguiendo a partir de su des-montaje aislar la letra por cuanto es en ella donde la interpretación que dicho orden exige encuentra su límite propiamente dinámico.

«Lo que en suma he tratado de instituir ha conducido a lo que he llamado en alguna parte, negro sobre blanco, un fracaso. No está ahí lo esencial, porque un fracaso, nosotros sabemos muy bien por la experiencia analítica lo que es: es una de las formas del éxito. No se puede decir que, a fin de cuentas, no he tenido éxito en algo...he tenido éxito en que algunos analistas se preocupan de la clave que he tratado de explicarles: el clivage entre el discurso analítico y los otros»⁶⁶¹.

Ahora bien, es precisamente del modo en el que sea entendido este “clivage”, así como de la constitución peculiar de ese saber que se sitúa en el lugar de la verdad y constituye al analista como semblante capaz de ocupar la posición del objeto *a* de lo que depende que el discurso psicoanalítico pueda introducir una singularidad en la serie de los discursos y sea pertinente, por tanto, considerar hasta qué punto su relevancia política juega a favor o en contra de los dispositivos de sujeción que determinado campo social, a saber, el de la sociedad capitalista, moviliza a través del funcionamiento conjugado de diferentes semióticas. Sólo considerando la posición del analista como artificio y el saber que lo sostiene como un «saber en fracaso [...] que no es un fracaso del saber»⁶⁶², es posible separar adecuadamente el discurso de la clínica psicoanalítica del de la ciencia y comprender en qué sentido su funcionamiento en ciertas condiciones puede librarse de la esterilidad a la que la interpretación y el saber doctrinal condenan al deseo, poniéndolo a trabajar en la mera reproducción de tipos y sometiénolo a un movimiento constante de desterritorialización y reterritorialización aparente que lo separan de la fundación de nuevas territorialidades. De acuerdo con la formulación que Lacan propone del

660 Peirce, CH. S., 1987, *Some Consequences of Four Incapacities*.

661 Lacan, “Del discurso psicoanalítico” 15/5/1972.

662 *Litturaterre*, en *AES* p. 21.

discurso analítico, el lugar el interpretante periceano no está ocupado en absoluto por el analista, sino por el analizante, puesto que es \$ el que ocupa la posición del trabajo mientras que el objeto *a* se sitúa en el lugar del agente, sostenido por el analista en tanto semblante. De este modo, la letra aparece en el lugar de la producción, es decir, como producida por ese trabajo, y se relaciona con el objeto *a* en la posición del semblante directamente mientras que el saber resulta ser sólo aquello que como supuesto sostiene tal posición. Puesto que corresponde al discurso analítico la producción de la letra a partir del semblante, es necesario abundar un poco más en su peculiar estatuto, especialmente en lo que toca en ese efecto de goce que es capaz de introducir en el ámbito del sentido tal y como este se constituye por mediación de orden simbólico. En primer lugar, partiendo de cierta comprensión del semblante como aquello que muda en el rostro expresando un cambio del estado de ánimo, la letra puede ser comprendida como un índice en el sentido territorial, por cuanto apunta a una variación que amenaza la composición de acuerdo con la cual resulta determinable algo así como un agente del discurso. Dicha composición revela su inconsistencia desde el momento en que la pertenencia de la letra al orden de lo manifiesto es capaz de recusar el carácter excluyente de la distinción entre lo externo (el rostro) y lo interno (el estado del ánimo), haciendo así imposible el acceso a ese inconsciente de puros Unos desencadenados presentado como un origen a partir del cual el semblante pudiese aparecer por especificación o por partición de una unidad primordial. Antes bien, Lacan propone entender la letra, no ya como un límite extrínseco entre dos ámbitos relativamente homogéneos -a saber, lo exterior y lo interior, lo consciente y lo inconsciente, lo manifiesto y lo supuesto, la estructura y la libido, el saber y el goce-, sino más bien como un *litoral* en el sentido en que pone en relación heterogéneos en cuanto tales⁶⁶³: es por tanto signo, pero no de una asignación efectivamente fijada entre una entidad de la expresión y una entidad del contenido (que se considerarían en principio como correspondientes, sin perjuicio de que esta última pudiese permanecer desconocida), sino más bien abertura de la relación semiótica misma que mantiene la tensión de lo inasignable como una distancia afirmada en cuanto tal que impugna toda correspondencia biunívoca entre un plano y otro, marcando así el territorio como un acto que, en sí mismo y con independencia de lo que resulta de él, aparece como irreducible a toda determinación corpórea de acuerdo con las condiciones impuestas por una función formal. Ahora bien, por cuanto su carácter limítrofe comporta también la referencia al ámbito del semblante, no queda libre de la posibilidad de ser capturada por el orden simbólico y entrar a formar parte de la cadena significativa.

663 «¿La letra no es acaso...litoral más propiamente, o sea que figura que un dominio enteramente haga frontera para el otro, porque son extranjeros hasta el punto de no ser recíprocos?» *Ibidem.* p. 22.

«Queda por saber cómo el inconsciente que digo ser efecto de lenguaje, por el hecho de que supone su estructura como necesaria y suficiente, comanda esa función de la letra. Que ella sea instrumento propio de la escritura del discurso no la vuelve impropia para designar la palabra tomada para otra, incluso por otra, en la frase, para simbolizar por tanto ciertos efectos de significante, lo que no impone, sin embargo, que ella sea primaria en esos efectos. No se impone un examen de dicha primariedad, que ni siquiera ha de suponerse, sino de lo que del lenguaje llama litoral a lo literal. Lo que inscribí, con la ayuda de letras, de las formaciones del inconsciente para recuperarlas donde Freud las formula, al ser lo que son, efectos de significante, no autoriza a hacer de la letra un significante ni a afectarla, además, de una primariedad respecto del significante»⁶⁶⁴

Puesto que parece que Lacan pretende que el discurso psicoanalítico efectúe esa diferenciación en virtud de la cual la letra queda desconectada del saber, puesto que éste no puede sino ser siempre fallido, cabe preguntarse en qué sentido la letra es capaz de trazar un espacio donde, más allá del principio del placer y del goce fálico, la investidura pueda mostrar en qué sentido su acontecer tiene que ver con la introducción de una fisura en el saber y en la interpretación: puesto que ambos rinden cuentas al régimen de la significación, introducen inevitablemente un plano del contenido autónomo bajo la forma del significado, esto es, del sentido fijado y delimitado conforme a vínculos formales que se proponen como existentes y establecen distinciones excluyentes, tanto entre distintas sustancias del contenido como entre las diferentes entidades de la expresión. La función de la letra, por cuanto deviene literal -es decir, no metafórica- tiene que ver por tanto con cierta recusación -o, cuanto menos, con cierta suspensión- del sentido así estructurado, capaz de establecer una cierta zona de indiscernibilidad en la que la variación afectiva -esto es, el otro goce, el que “no conviene”- pueda emprender un movimiento de desterritorialización frente a las territorialidades efectivamente constituidas conforme al orden simbólico. La identidad del semblante como composición siempre aparece amenazada por ambos lados -por el lado del saber que lo desmiente mostrando su indemostrabilidad, por el lado del goce que lo contamina haciendo patente su inconsistencia-, pero adquiere en el artificio que constituye el discurso del psicoanálisis una función de testigo desde el momento en que queda aislada de las condiciones discursivas concretas que establecen la circulación de un discurso a otro -a saber, desde la demanda histórica a la coherencia indemostrable del saber universitario, pasando por la incompletud del discurso del amo- para revelar una superficie de inscripción que desarticula la orografía del espacio en el que tal semblante adquiere un sentido⁶⁶⁵. Al igual que Deleuze, en el plano de la expresión del estrato antropomorfo, situaba junto al lenguaje un segundo polo, el rostro, que a su vez comportaba dos polos, uno, definido por el contorno rostrificante como cualidad pura y otro compuesto por los rasgos de rostridad que amenazaban la integridad y constancia de la primera -hasta el punto de

⁶⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁶⁵ Lacan designa el efecto de la singularidad de la letra resultante de su desconexión con respecto a la cadena significante como un *ravinement*, un acanalamiento o abarrancamiento del significado -como el que resulta en los taludes de tierra por efecto del paso del agua- que constituye esa escritura que ya no está subordinada al significante y al orden simbólico, sino que tiene una dimensión intraducible y propiamente real.

poder desterritorializarla totalmente y acabar haciendo, como en los retratos de Bacon, del rostro una cabeza-, Lacan establece la posición del semblante para los cuatro discursos basándose en el discurso del amo, en el que lo que allí se sitúa es el significante-amo -por cuanto pone a trabajar al saber- pero que deviene también letra desde el momento en que su posición es determinada por dos vectores convergentes que proceden de los lugares de la verdad y la producción, ocupados respectivamente por \$ y el objeto *a*. Se hace accesible así el estatuto literal de la letra como escritura que no refiere a ningún original previo que buscase en la inscripción la garantía de su permanencia, sino más bien como irrupción y socavamiento de la lógica representativa en virtud de la cual el propio discurso psicoanalítico corre el peligro de ponerse a trabajar en el sentido, no ya de la búsqueda de otra forma de consistencia que no rinda cuentas necesariamente al orden simbólico y la identidad del semblante, sino precisamente de garantizar la circulación del discurso conforme a la determinación de posiciones y la reproducción de consignas que en él tienen lugar. Así, el discurso psicoanalítico parece tener la función de mostrar en cada caso la inconsistencia misma que brota de la heterogeneidad inconciliable del sujeto barrado con respecto al objeto *a* y de la condición estructural en virtud de la cual resulta imposible la asunción de la literalidad de la letra (puesto que no es sino singularidad libre) en el seno de un saber, que no haría sino remitirlo a funciones formales constantes y, por consiguiente, proporcionarle un lugar, una función y una delimitación conforme al estatuto de lo particular subsumible como caso bajo el universal del tipo o la ley. Del mismo modo que el saber que pone en juego el discurso psicoanalítico es siempre fallido, la posición del semblante que el analista ocupa como encarnación del objeto *a* debe en todo momento revelarse como inconveniente, incompleta y precaria -como corresponde al carácter inaprensible del objeto una vez se ha dejado atrás el vínculo binario establecido por la constitución narcisista- haciendo posible el planteamiento de una pregunta que da título precisamente al seminario desarrollado durante el curso 1970-1971 (*De un discurso que no fuera del semblante*) y la introducción de una tensión interna al propio ámbito discursivo, habida cuenta de que el único supuesto que introduce es ese, que debe haber discurso, es decir, que debe haber algún tipo de lazo social⁶⁶⁶, aunque queda excluido que el valor de tal discurso pueda situarse en su función representativa, comunicativa o informativa.

«¿Es posible constituir del litoral tal discurso que se caracterice por no emitirse desde el semblante? Esta es la pregunta que solo se propone en la literatura llamada de vanguardia, que está ella misma hecha de litoral; y no se sostiene, por ende, en el semblante, pero aun así no prueba más que la ruptura que sólo un discurso, con efecto de producción, puede producir [...] es un hecho que la literatura ha hecho allí *maravilla* y que todo indica que esa maravilla no está cerca de agotarse»⁶⁶⁷

666 «El discurso, ¿qué es? Es lo que, en el orden, en la disposición de lo que puede producirse por la existencia del lenguaje, tiene la función de lazo social» “Del discurso psicoanalítico”, 12/5/1972.

667 *Litturaterre*, pp.26-27. La cursiva es nuestra, y se justifica en función de lo que ya anticipamos en la sección

Lacan parece reconocer a la literatura experimental la capacidad de efectuar, a partir de la presentación de cierta composición de enunciación, una desconexión del semblante con respecto a cualquier asimilación en el plano de un saber que, llevando la verosimilitud del relato hasta su límite, recusa toda función figurativa o reproductiva de la escritura y hace posible que los rasgos específicos de expresión se liberen de las funciones formales que operan un estriaje del espacio de la afectividad tal que los efectos de goce pierden su estatuto propiamente incorporal y devienen efectos de sentido, sentimientos determinables en series causales y conforme a características o requisitos en virtud de los cuales pueden ser identificados y evaluados. No obstante, tanto la aptitud de una máquina literaria como la del propio analista para incorporar, siempre precariamente, al objeto *a* en la posición de semblante -incorporación que necesariamente conlleva una desincorporación correlativa por cuanto de lo que se trata es de abandonar toda concepción corpórea del territorio para resaltar su carácter de acto⁶⁶⁸, es decir, de que el valor representativo y comunicativo del discurso (lo que corresponde a lo dicho) aparezcan como derivados de su fuerza ilocucionaria y de la existencia del decir- no puede ser concebida conforme al modelo de la correspondencia y el intercambio, sino precisamente como una donación. De este modo, la clausura del sistema sobre sí mismo característica de las posiciones más cercanas al trabajo de Saussure plasmado en el *Curso de lingüística general* resulta impugnada en beneficio de una concepción del lenguaje que no puede sino remitirlo a la marca que constituye la letra y su constitución como signo a partir de la concurrencia del orden del afecto: «que el lenguaje no es solamente comunicativo, es un hecho que se impone a través del discurso analítico»⁶⁶⁹, puesto que a él le corresponde aislar la letra frente a toda interpretación ya constituida por el inconsciente religador, transferencial o simbólico como condición previa de la adopción de la interpretación propiamente psicoanalítica en la práctica. Que dicha interpretación pueda sustraerse a la primacía de lo imaginario y remitir a una lógica de los tipos sintomatológicos resulta ser la motivación fundamental a partir de la cual Lacan constituye su propio proyecto e impone el recurso a la estructura, al registro de lo simbólico y a su

dedicada a dar cuenta de las diferentes versiones del síntoma que atraviesan la enseñanza de Lacan. Aquello que ocupa el lugar de la producción en el discurso psicoanalítico es precisamente el *S* en lo que tiene de resistente y por lo que debe ser concebido precisamente conforme a la noción peirceana de índice, antes que como icono o símbolo.

668 «Sin embargo, la ciencia física se encuentra, se encontrará, reconducida a la consideración del síntoma en los hechos, por la polución de aquello que de lo terrestre se llama, sin más crítica, el *Umwelt*, el medio ambiente: es la idea de Uexküll behaviorizada, es decir, cretinizada» *Ibidem*. p. 27. Lacan denuncia aquí, del mismo modo que lo harán Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*, aquella posición de la ciencia moderna en virtud de la cual el territorio aparece como ya siempre constituido y la conducta o el comportamiento desconectados del papel del afecto en la codificación de los medios. En ambos casos hay una reivindicación de una genuina comprensión de la etología en la obra de Von Uexküll, puesto que cuando «define los mundos animales busca los afectos activos y pasivos de los que es capaz el animal, en un agenciamiento individuado del que forma parte» (*MP*, p.261), por lo que muestra que «la noción de comportamiento resulta insuficiente, es demasiado lineal con relación a la de agenciamiento» *MP*, p.261.

669 *Seminario 20*, 26/6/1973.

constitución serial, aunque sólo a partir de la formulación del estatuto peculiar de la letra, que va tomando cuerpo conforme se desarrolla la clínica lacaniana, se hace patente la necesidad de sustraer el discurso analítico al predominio de la inferencia inductiva y del razonamiento deductivo por cuanto éstos no hacen sino reproducir distintas modulaciones del discurso del amo. Como ya señalamos en el capítulo tercero de este mismo trabajo, Peirce recupera del *Organon* aristotélico la abducción como tercera forma de inferencia, necesaria para su concepción general de la semiosis por cuanto sólo en ella resulta posible dar cuenta de la aparición de nuevas ideas, esto es, de nuevos signos y, por consiguiente, de nuevas configuraciones semióticas capaces de introducir modificaciones al nivel del sistema formal partiendo precisamente de aquél grado cero del afecto en virtud del cual un signo desconectado es capaz de señalar un objeto que, por definición, excede al orden efectivamente constituido de la representación, y manifestando así la no conformidad entre el plano del contenido y el de la expresión. Lacan parece reconocer a la literatura “experimental” o “de vanguardia” ese mismo proceder productivo -puesto que su “vanguardismo” reside en la falta de un saber que, a través de la interpretación, pudiese fijar el sentido de la obra- que remite en última instancia a *lalange*. En ambos casos, Lacan pretende formalizar las condiciones de una enunciación capaz de mostrar aquello a partir de lo cual la afectividad irrumpe y que excede cualquier determinación de la misma en conformidad con el régimen de la significación, es decir, aquello que no resulta reducible a lo metafórico por cuanto lo que pone en juego no es la referencia a un origen, sino el carácter irrepresentable de lo singular, con independencia de cualquier individualización de la misma, ya sea ésta realizada conforme al saber, ya conforme a la figura del autor, puesto que tanto en un caso como en el otro lo que tiene lugar es la remisión a un ámbito de interioridad en el que se supone una concordancia y una traducibilidad que en última instancia remiten a una naturaleza concebida sobre el supuesto de la natural afinidad del pensamiento y lo verdadero. Desde el momento en que se introducen estos supuestos, resulta concebible una respuesta satisfactoria para la demanda -es decir, “porque no es ésto, sino esto otro”- y la enunciación aparece subordinada a la constancia de la información transmitida o a la eficacia de la comunicación establecida, perdiéndose así el componente que, excediendo cualquier sustitución significativa, es capaz de abrir el agenciamiento más allá del cierre que establecen las constantes del discurso.

La práctica psicoanalítica compromete así la misma tensión entre la representación efectivamente individuada y el proceso no representacional en el que consiste la individuación misma que afecta a la clínica, y la intervención en el contexto de la cura se plantea como irremediabilmente problemática: la escucha y la orientación de la intervención del analista deben

abrirse a una codificación que debe ser concebida como una operación propiamente analógica -en el sentido que Deleuze hereda de Simondon-, es decir, como una individuación en proceso que en ningún caso puede ser evaluada de acuerdo con un criterio formal trascendente, sino más bien en términos de consistencia, riqueza de potenciales y capacidad de transformación. Desde este punto de vista, la lógica de Edipo jamás puede ser concebida como modelo de la distribución de lo afectivo, sino como un medio entre otros, es decir, como determinada estructura inserta en determinado campo social, cuyos elementos no pueden ser en ningún caso constantes, definidos por sus relaciones en un sistema cerrado, sino más bien como transmisores de todo un régimen semiótico en el que el deseo encuentra un modo de estructuración y un rango de variación entre dos polos, a saber, aquél que cerraría el agenciamiento sobre sí, y aquél que lo abre a otros agenciamientos inéditos. La recepción de la clínica lacaniana encontrará en la tardía noción de *sinthome* una instancia capaz de garantizar dicha consistencia a partir de una diversificación de los modos de estructuración correlativa a la pérdida de unicidad de la función del Nombre-del-Padre y la coextensividad de la estructura de la *père-version*. Ahora bien, esta noción sólo puede ser convocada por cuanto la práctica misma del psicoanálisis ha desplazado el acento desde lo que se dice en el enunciado hasta lo que la enunciación misma efectúa, revelando así la insuficiencia del orden simbólico para dar cuenta de aquello que constituye su objeto una vez la clínica se hace cargo de todo lo que compromete la constatación de que no haya en ningún caso Otro del Otro. La letra es germen precisamente por cuanto el cuerpo, entendido en los tres sentidos (simbólico, imaginario y real), es pasible, es decir, es capaz de ser afectado por algo que impugna toda pretensión de unificación, de tal modo que su producción en el discurso analítico depende de una operación ejercida sobre la enunciación misma que debe ser de tal índole que sea capaz de conjurar tanto el cierre del agenciamiento sobre sí conforme a lo que Deleuze y Guattari consideran un polo paranoico o reaccionario, como prevenir el derrumbe que sobrevendría de una desterritorialización ajena a la condición de metaestabilidad, según la cual debe ser concebida cualquier estructuración una vez ha sido desestimada cualquier referencia a una causa formal trascendente, y terminaría su movimiento en la producción del esquizo como tipo clínico, criatura de hospital. De este modo, la práctica psicoanalítica deberá encontrar en la enunciación su ámbito de actuación, operando ya no sólo al nivel de los supuestos explicitables que introduce el dicho, sino señalando la relevancia de los actos realizados en la enunciación misma en virtud de diferentes configuraciones semióticas, eludiendo así tanto el familiarismo de la libido como la hegemonía del régimen significante, sea esta última asegurada por la interpretación del analista, sea por la del analizante como respuesta al silencio del primero y sobre la base de una concepción del saber que, si bien es siempre supuesto, también puede

concebirse como único y completo y reintegrar el proceso de enunciación mismo establecido en la transferencia al modelo de subjetividad personal y autónomo que oculta el carácter necesariamente colectivo y maquínico de la enunciación y la remite a la significación y al modelo de la comunicación.

«Entonces vuelve la cuestión: ¿quién reduce al esquizofrénico a su figura autista, hospitalizada, separada de la realidad? ¿Es el proceso o, *al contrario*, la interrupción del proceso, su exasperación, su continuación en el vacío? ¿Quién obliga al esquizofrénico a replegarse sobre un cuerpo sin órganos que se ha vuelto sordo, ciego y mudo?»⁶⁷⁰

670 *AE*, p. 94

10. Capitalismo y psicoanálisis.

10.1. Un quinto discurso.

La formulación lacaniana del discurso capitalista puede ser comprendida a partir de la generalización de la lógica del intercambio, como coextensividad del ser mercancía a todo objeto determinable sobre el *socius*, en virtud de una operación conjugada de desterritorialización y decodificación que establece una homogeneidad cualitativa del valor que garantiza la circulación. En la conferencia dictada en Milán en mayo de 1972, Lacan presenta el discurso capitalista como un quinto discurso que, si bien conserva los elementos que aparecían en los cuatro primeros -a saber, \$, S₁, S₂ y objeto *a*- acusa una modificación que concierne a la determinación de las posiciones que componen el cuadrípodo en función de la convergencia o divergencia de los vectores que las relacionan. Asimismo, la ubicación de los cuatro elementos experimenta una torsión respecto de las posiciones que ocupaban en el esquema del discurso del amo tal que la circulación, orientada y discontinua en los otros cuatro discursos, deviene ininterrumpida y establece una relación entre el nivel superior y el inferior tal que la verdad y la producción aparecen como determinadas por el semblante y el otro, de tal modo que siempre pueden ser integradas sin resto en el nivel superior de acuerdo con el sentido de los dos vectores oblicuos. Se mantienen así los vínculos que relacionan los cuatro elementos, si bien su ubicación respecto del discurso del amo aparece modificada y los vectores oblicuos establecen precisamente aquellas relaciones que en el discurso del amo aparecían bajo el estigma de la imposibilidad y la impotencia. Así, que S₁ sustituya a \$ en el lugar de la verdad suprime la dimensión de falta de saber que precisamente el discurso analítico explotaba al hacer del sujeto escindido el otro en el que el semblante siempre encontraba la marca de un desconocimiento y, por consiguiente, recusa la limitación en virtud de la cual es posible postular un inconsciente simbólico correlativo de la función fálica y de la castración. Aquello que el saber produce como su resto inasimilable e inefable consigue aquí vincularse con el sujeto escindido, que encuentra una letra como su verdad de tal modo que ésta puede siempre remitir a un saber concebido en todo caso según el modelo de lo actual y constituir así una circularidad sin fin. Si nos hacemos cargo del carácter topológico del esquema del cuadrípodo y lo concebimos según las categorías de las figuras nodales que Lacan introduce en la clínica, deberíamos reconocer aquí una continuidad carente de número de desanudamiento, es decir, una clausura tal que ni hace cadena con algo heterogéneo ni constituye por sí mismo un anudamiento y, por consiguiente, suprime de S₁ el carácter de litoral a partir del cual resultaba accesible su literalidad.

«el discurso capitalista [...] es algo locamente astuto [...] pero destinado a estallar. En fin, es después de todo lo más astuto que se ha hecho como discurso. Pero no está menos destinado a estallar. Es que es insostenible [...] una pequeña inversión simplemente entre el \$1 y el \$ [...] es suficiente para que esto marche sobre ruedas, no puede marchar mejor, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume»⁶⁷¹

La astucia en virtud de la cual se constituye un discurso tal que no parece ser fácilmente revertido reside precisamente en el establecimiento de una continuidad entre el sujeto marcado por el orden simbólico y el único componente maquínico reconocido por Deleuze y Guattari a la producción conceptual lacaniana, el objeto *a*. De este modo, se constituye un dispositivo en el que el plus-de-gozar aparece comprometido activamente en los procesos de subjetivación con el único propósito de producir una y otra vez tal exceso, al mismo tiempo que reproduce sin cesar la castración, mostrando así que no todo proceso de constitución subjetiva toma necesariamente un rumbo emancipatorio -como lo demuestran numerosos fenómenos de reivindicación de la singularidad que sólo encuentran modos de manifestación insertándose en reterritorializaciones arcaizantes y más reaccionarias aún que aquellas a las que hacen frente- ni apela a forzosamente a una potencia de innovación genuina, que no caiga prisionera de determinaciones morales y cuyo resultado sea capaz de subvertir cualquier tipo de clínica doctrinal. La cuestión que se plantea es, por tanto, la de en qué sentido, a la luz de la formalización lacaniana de los cinco discursos, puede la práctica psicoanalítica cortocircuitar un régimen que precisamente se constituye a partir de la conjunción de aquello que en cualquier otra formación social permanecía necesariamente disyunto, pero cuya permanencia en tanto formación social exige operaciones determinadas de sujeción que comprometen al menos tres de los cuatro primeros discursos, a saber, el discurso histórico, el discurso del amo y el discurso de la universidad. En esta última sección procuraremos, partiendo de la caracterización del discurso capitalista según la fórmula Lacan, dilucidar en qué sentido la noción de *sinthome* puede ser relacionada con las condiciones de una enunciación capaz de apuntar a una formación social que sólo puede considerarse como faltante -puesto que remite a lo virtual que excede y está asimismo presente en cualquier incorporación efectiva recusando la escisión entre lo subjetivo y lo social- o si, por el contrario y de acuerdo con la crítica que articulan Deleuze y Guattari, la existencia y la práctica del psicoanálisis, aún a la luz de las últimas formulaciones de Lacan, manifiesta y ayuda a conservar un apego a las tradiciones culturales que determinan la constitución subjetiva de los individuos en conjugación con una aspiración de modernidad encarnada de forma exclusiva en la innovación técnica y en el papel subordinado que ésta reserva al discurso científico.

⁶⁷¹ “Del discurso psicoanalítico”, 12/5/1972.

10.2. Filiación y homología del objeto a y la plusvalía; o cómo la economía política se enuncia en modo mayor.

Aquello que reiteradamente ha venido siendo designado como el giro lacaniano hacia lo real constituye un acontecimiento al nivel de la enunciación clínica psicoanalítica que, lejos de restaurar una concepción en sí misma fantasmática del inconsciente por contaminación de cierta secreción de lo imaginario derivada del rasgo unario, pretende hacer accesible al pensamiento la correlación entre el carácter inmanente de lo real y la fragmentación del Nombre-del-Padre en una multiplicidad de actos de nominación inasible en un conjunto definible y numerable. La vigencia del discurso del amo, no obstante, dista mucho de quedar abolida, puesto que su propia imposibilidad constitutiva permite la permutación de los elementos respecto de las posiciones y, así, el tránsito de un discurso al otro. Ahora bien, a pesar de que al menos tres de los cuatro discursos están orientados a garantizar la consistencia del régimen significante, y por ello determinan al sujeto conforme al modelo del reconocimiento, el discurso psicoanalítico es capaz de insertarse y completar la serie precisamente por su peculiar constitución que, si bien presenta la excepcionalidad de situar el objeto en el lugar del agente y exigir otra concepción del saber distinta de la que proporciona el modelo del sentido común y el buen sentido, conserva en el orden de los efectos la discontinuidad característica del esquema rector de los cuatro de tal manera que invierte la posición de lo que en el discurso del amo aparecía en el plano causal (a saber, el encadenamiento entre S_1 y S_2), pretendiendo mostrar al nivel del dicho aquello que precisamente constituía la impotencia esencial en el discurso del amo y reclamaba el establecimiento del fantasma: la completud a la que de este modo accedería la serie sería la de una circularidad cuyos tránsitos vendrían determinados por la impotencia propia de cada uno de los discursos. El discurso capitalista, en cambio, se construye en virtud de una operación que restaura la continuidad e invierte las posiciones sólo al nivel del semblante y la verdad, dejando intacta la relación entre el saber y la producción: de cinco vectores para cuatro posiciones se pasa a sólo cuatro vectores, aunque la circulación de una posición a otra deviene de este modo infinita. El plus de goce consigue conectarse con el significante amo, pero sólo por la mediación de $\$$ -intercesión que la torsión del esquema hace posible-, aunque S_1 continúa dirigiéndose al saber, ubicado en la posición del otro que produce ese goce suplementario. De este modo, se establece una continuidad entre la renuncia inherente a la demanda y el exceso de la actividad productiva, el objeto a , que actúa como cuasi-causa del deseo: el discurso capitalista conjuga así los dos polos en un único movimiento de circulación. De acuerdo con la caracterización que Deleuze y Guattari proponen acerca de la relación entre máquinas deseantes y máquinas

sociales, tales polos deben ser entendidos de acuerdo con una diferencia extrema de régimen que no hace sino expresar una identidad de naturaleza al nivel de la producción misma. Ahora bien, lo que desde el punto de vista de la constitución del sujeto por mediación del orden simbólico aparece como una falta es precisamente aquello que al nivel de la producción de subjetividad constituye un exceso que Lacan relaciona con la categoría marxista de plusvalía y, por consiguiente, con la dimensión abstracta del trabajo que hace posible la correspondencia entre mercancías al nivel del valor de cambio al mismo tiempo que establece la continuidad de un flujo por cuanto en la obtención de dicha plusvalía hay una parte del valor que excede tal correspondencia. De esta no equivalencia resulta, por tanto, una relación, una peculiar forma de lazo social, desde el momento en que el elemento excesivo es puesto en conexión con el sujeto en cuanto escindido y de cuya singularidad brota un semblante que pone a trabajar un saber con el único objeto de producir una vez más ese exceso. En este sentido, la formulación lacaniana hace del capitalismo un discurso, pero de una constitución tal que lo que en el resto de formulaciones era el punto que permitía la variación y se basaba en una discontinuidad, aquí establece una constancia de la circulación que mantiene en todo momento la estructura de los elementos en las cuatro posiciones.

La escisión típicamente freudiana entre la constitución familiar de la libido y la investidura del campo social, escisión que situaba a Edipo como mediación indispensable para la desexualización de las determinaciones familiares y la sublimación hacia los objetos presentes en lo social, no puede sino ser cuanto menos atenuada desde el momento en que Lacan introduce aquellas modificaciones relativas a la constitución del objeto y a la ubicación y naturaleza del goce en virtud de las cuales aparece la noción de objeto *a*. El tardío recurso a Marx en los trabajos de Lacan puede encontrar justificación desde el momento en que aceptamos concebir el desarrollo de la clínica lacaniana como un proceso que, partiendo de una concepción representativa del deseo y el inconsciente, no puede sino ir abriendo paso progresivamente a la dimensión productiva de lo real y a su papel con respecto a dicha representación. Así, el vínculo de acuerdo con el que Lacan relaciona el objeto *a* con la noción de plusvalía tal y como Marx la formula se presenta, no ya como una analogía basada en semejanzas o en la referencia de uno respecto al otro tomado como modelo o patrón, sino más bien en una *homología*, relación que, atendiendo a su sentido en el ámbito de la biología, remite las partes orgánicas consideradas como insertas en un mismo proceso evolutivo. Así, lo que desde el punto de vista del psicoanálisis ortodoxo constituye una necesidad relativa a garantizar la especificidad de su objeto, a saber, la consideración de lo subjetivo y de lo social como dos ámbitos esencialmente

diversos, aparece ahora desplegado sobre un mismo plano de inmanencia, el de lo real entendido conforme a su carácter virtual y productivo.

«El goce tiene ese alcance que nos permite introducir la función propiamente estructural del plus-de-gozar. Por eso no es informe. El plus-de-gozar apareció en mis últimos discursos en una función de homología respecto de la plusvalía marxista. Decir homología es decir que su relación no es de analogía. Se trata de lo mismo. Se trata de la misma estofa, en la medida en que está en juego la cinceladura del discurso. Todos los que siguen desde hace un tiempo suficiente lo que enuncio ven que la relación del plus-de-gozar con la plusvalía gira en torno de la función del objeto *a*»⁶⁷²

No obstante, son numerosas las páginas de este seminario en las que se comprueba cómo Lacan se afana en distinguir la plusvalía marxista de ese plus-de-gozar que constituye el punto de génesis del discurso psicoanalítico -recordemos que éste lo sitúa en el lugar del agente y hace del sujeto barrado su otro. Si el discurso psicoanalítico debe distinguirse del discurso de la ciencia moderna -y en esta distinción se disputa gran parte de la cuestión acerca de la aquiescencia y complicidad del psicoanálisis con el régimen capitalista- es precisamente porque hace explícito el fracaso inherente a toda formalización que pretendiese apresar lo real en sí mismo, y el objeto *a* aparece como efecto del propio discurso psicoanalítico. De este modo, aquello que Marx considera en su formulación de la noción de plusvalía -a saber, que el valor de cambio no puede sino descansar en la dimensión del trabajo abstracto como razón de la homogeneidad sobre la que es posible el establecimiento de una lógica generalizada del intercambio- reconoce, por un lado -el del valor de uso de la fuerza de trabajo-, aquella parte de lo excedentario que literalmente no sirve para nada -lo que, desde ese punto de vista, recupera el goce como dimensión pre-subjetiva puesto que tampoco sirve a nadie habida cuenta de que sólo resulta apropiable por cuanto vuelve a demandar la remuneración del trabajo según la circulación que se establece en el discurso del amo- y constituye desde el punto de vista de la producción necesariamente un exceso; por otro lado, comporta la dimensión de una falta desde el punto de vista del trabajador, al que sólo se paga el precio justo de su trabajo en un intercambio comercial del que trabajador y empleador constituyen dos figuras jurídicamente iguales. No obstante, Marx contempla la posibilidad de restitución de esta pérdida para el trabajador -e incluso, de acuerdo con las lecturas más hegelianizantes, esta restitución constituye un estadio necesario de acuerdo con la ley que rige la historia-, pero esto pasa obligatoriamente por integrar ese exceso en la lógica de la economía política o, más bien, por la posibilidad de quedar apesado en esa axiomática contable que Deleuze y Guattari distinguían en *El Antiedipo* de todo código social precedente. De este modo, Lacan reprocha a Marx no llegar hasta el fondo de lo que constituye ese exceso y de su relación con el goce al nivel del valor de uso, de tal modo que incurre en una heteronomía necesariamente fallida al pretender el establecimiento de algún tipo de equivalencia

⁶⁷² Seminario 16, 27/11/1968.

entre un goce y un valor. Como ya se expuso en la sección dedicada al proyecto de formalización de la diferencia sexual, el goce no resulta comprensible en su peculiar naturaleza a partir de la lógica de los conjuntos numerables y resulta ser, constitutivamente, incontable: sólo puede acceder a esta condición de equivalencia a partir de su captura en la función fálica, esto es, presentándose como una determinación corpórea y como fundamento idéntico de la repetición en lo semejante, aunque la diferencia entre lo Idéntico y lo semejante no alcanza, ni en opinión de Deleuze ni tampoco para Lacan, a fundar la repetición y dar cuenta de la producción sintomática y sintomatológica real.

«Si, a través de ese encarnizamiento que es el suyo de castrarse, (Marx) no hubiese contabilizado este plus-de-gozar, si no hubiese hecho la plusvalía, en otros términos, si no hubiese fundado el capitalismo, se habría apercebido de que la plusvalía, es el plus-de-gozar. Todo esto no impide, con certeza, que a través de esto el capitalismo sea fundado, y que la función de la plusvalía es por completo pertinentemente designada en sus consecuencias desoladoras. Sin embargo, para llegar al objetivo, sería necesario saber cuál es al menos el primer tiempo de su articulación. No por nacionalizar, al nivel del socialismo en un solo país, los medios de producción, se ha terminado con la plusvalía, si no se sabe lo que ésta es»⁶⁷³

Es en este mismo sentido en el que Deleuze y Guattari introducen dentro del conjunto de cuestiones tratadas en *El Antiedipo* la necesidad de refundar la etnología, puesto que cualquier acercamiento a las denominadas sociedades sin historia en función de una concepción de la sociedad como sistema de intercambio orientado por la equivalencia (representada principalmente por las propuestas de Mauss⁶⁷⁴, aunque también por Levi-Strauss y sus estructuras simbólicas) arrastraba consigo dicho supuesto observacional hasta el punto de tener que concluir el carácter necesariamente subdesarrollado y estático de dichas formaciones sociales. Este movimiento de aplicación retroactiva de un modelo implícito acerca de qué pueda ser lo social deja fuera necesariamente la cuestión de cómo el deseo es capaz de investir determinado campo social, del mismo modo que, en opinión de Lacan, la concepción marxista de la plusvalía sólo alcanza a confirmar (o incluso a fundar) el capitalismo, puesto que en la explicitación del funcionamiento de la economía política -por cuanto es tarea de un proyecto que se pretende científico y fundado sobre las leyes de la dialéctica- se efectúa determinada transformación jurídica que resulta crucial en orden a la constitución de una axiomática contable al nivel de la síntesis de registro capaz de remedar los antiguos códigos sociales. Si tal transformación se efectúa realmente -y, a tenor de las coincidencias entre la formulación lacaniana de un quinto discurso y el diagnóstico que se despliega en *El Antiedipo* y *Mil mesetas*, podemos aquí aceptar que sí-, se exige la concurrencia de algo excesivo con respecto a toda equivalencia, siquiera aquella susceptible de quedar registrada según una escisión entre el debe y el haber, en orden a

⁶⁷³ Seminario 17, 11/3/1970.

⁶⁷⁴ Cf. Mauss, M., *Op.cit.*

conferir al deseo determinada forma de incorporación. En la construcción lacaniana de la noción de objeto *a*, su carácter de plus-de-gozar resulta correlativa a la condición de la verdad como siempre medio-dicha (o *mal-dita*), puesto que la pérdida de la que obtiene su *a* -que no es ya la del *autre* imaginario-especular, sino la de una ausencia [*absence*] inherente al decir mismo- no es tal sino desde la perspectiva del orden simbólico, del saber y del sujeto constituido por su ejercicio y conforme a sus lindes. Del mismo modo, cuando el valor de uso es representado por el valor de cambio, algo de la singularidad del usufructo y la producción se pierde en la transformación que involucra la cuantificación, puesto que ésta refiere a todas las posiciones o valores del resto de los elementos que componen la estructura conforme a la cual se establece el intercambio. Así, la pérdida no es tal desde el punto de vista del intercambio mismo, sino desde el de aquellas determinaciones entre las que éste se inserta y que conciernen a aquello singular a partir de lo cual ninguna equivalencia puede ser establecida, lo que constituye un límite para la desterritorialización y hace posible el establecimiento de un código no económico al que quedan subordinadas las operaciones económicas. De este modo, la posición del objeto *a* en el discurso del amo tiene que ver con una impotencia esencial derivada del rasgo unario, es decir, del hecho de que el régimen considerado esté afectado por un cierto nivel de entropía tendencial que constituye su más íntima amenaza de cierre, al tiempo que la condición de existencia para la regulación de su abertura con respecto a lo que le resulta heterogéneo, permitiendo así su propia definición. Lacan introduce la referencia a la entropía por cuanto ésta menta un cierto estatus energético de los sistemas que resulta irreducible a las condiciones de producción o, más bien, de reproducción conforme al modelo de trabajo que dicho sistema instituye. Ahora bien, tal pérdida improductiva es, desde otro punto de vista, un exceso productivo, una diferencia de potencial que puede abrir el sistema a lo heterogéneo o arrasarlo en una desterritorialización absoluta, de tal modo que Lacan puede así referirse a la noción marxista de plusvalía situándola más acá del principio del placer, como *Mehrwert*, -en referencia a la dimensión del valor [*Wert*]-, mientras que su concepto de objeto *a* refiere a un más allá del principio del placer, es decir, representa un exceso que no resulta reintegrable en virtud de ningún trabajo del saber susceptible de ser contabilizado: *Mehrlust*, a falta de una palabra mejor, designa para Lacan aquello que excede o sobrepasa el placer en una dimensión en la que no cabe ya el reconocimiento. El goce se opone al placer entendido como disminución al mínimo de las tensiones del aparato psíquico: la función del placer sería pues la de despojar, disminuir o mantener constante la cantidad de excitación, es decir, la homogeneización o el establecimiento de diferencias específicas de nivel para las variaciones intensivas, su remisión a elementos constantes y su disposición en un orden extensivo regido por los principios de inclusión y exclusión característicos de la lógica

proposicional clásica y que la dimensión resistente del síntoma es capaz de poner en entredicho. El goce y la totalidad resultan así recíprocamente excluyentes y en esto reside la parcialidad del objeto *a* y el carácter necesariamente inactual que éste revela en el discurso analítico al ocupar el lugar del semblante sobre la base de un saber que es constitutivamente fallido, incompleto y, antes que descriptivo, representativo o figurativo, es fundamentalmente productivo. Cuando Lacan -o, mucho más frecuentemente, “los lacanianos”- hablan de “objetos *a*” es necesario reparar en que en ningún caso éstos pueden constituir un conjunto: el objeto *a* es siempre singular y concreto, puro efecto y resto de la enunciación que constituye su sentido [*Mening, purpport*] como aquello que no se deja cercar en éste o aquél sentido [*Sinn*], de tal modo que esa pluralidad de objetos *a* no puede remitir a una comprensión métrica de las multiplicidades, sino sólo movilizar determinaciones que pertenecen al orden del semblante y comprometen, como divergentes, aquel régimen de signos respecto del cual el plus-de-gozar aparece como una pérdida.

«Esto quiere decir que la pérdida del objeto es también la abertura, el agujero abierto a alguna cosa de la que no se sabe si es la representación de la falta de gozar que se sitúa en el proceso del saber, en tanto que él coge aquí un acento totalmente diferente del hecho de ser desde entonces saber escindido de signifiante»⁶⁷⁵

Podemos decir, pues, tanto que la representatividad del objeto *a* depende de una construcción de saber condenada al fracaso, como que su carácter de efecto incorporal no expresado en el dicho es aquello que busca expresión en una nueva incorporación, que comporta por su parte la puesta en movimiento del saber mismo, puesto que éste, a partir de su propio fracaso, no puede sino reconstituirse y modificar el discurso que constituye del lazo social o entrar en conflicto con él, reclamando así un nuevo proceso de constitución de saber. Del mismo modo que Deleuze y Guattari conciben el vínculo social a partir de un desequilibrio en cierto sentido “originario”, la formulación lacaniana de los cinco discursos se articula en torno a la noción del objeto *a*. Ahora bien, si aceptamos que Lacan distingue el discurso analítico del discurso histérico precisamente por la aceptación del carácter constitutivo de la falla en el saber, la pregunta acerca de su inserción en el régimen capitalista pasa por explicitar cuál es el papel que dicho saber juega en el sistema de producción que la formulación lacaniana del discurso capitalista pretende explicitar. A pesar de la brevedad con la que Lacan presenta dicha formulación -apenas unas alusiones en los seminarios comprendidos entre 1968 y 1971, y en la conferencia de Milán, donde incluso lo llega a escribir-, lo cierto es que si este discurso puede distinguirse de algún modo de la serie de los cuatro es precisamente porque no tiene reverso. Si,

⁶⁷⁵ *Seminario 17*, 26/11/1969.

por otro lado, el discurso psicoanalítico sí que constituye el reverso del discurso del amo, será necesario dar cuenta de hasta qué punto el discurso capitalista tiene la capacidad de apropiarse de los otros cuatro y ponerlos a trabajar en pro de la circulación infinita que se constituye a partir de la torsión que se opera sobre la disposición común de las posiciones discursivas en la serie de los cuatro.

En primer lugar, la plusvalía aparece en el pensamiento de Marx como aquella diferencia que, en principio, no se encuentra representada en el contrato conforme al cual se formaliza la relación que vincula a empleado y empleador como dos figuras jurídicamente iguales. El trabajo resulta ser aquí la mercancía sometida al intercambio, de tal modo que es esencial que entre su valor de uso (producir valor en el proceso de producción) y su valor de cambio (el salario) exista un exceso del lado del primero que no accede al espacio de intercambio que instituye el contrato. Ahora bien, del establecimiento de dicho contrato resulta en el proletario una alienación de la que la herencia hegeliana presente en el pensamiento de Marx deriva la necesidad del paso de la pertenencia a una clase *en sí* a la pertenencia *para sí*, mediada por la toma de conciencia. Lo que se pone en juego en el contrato es, por tanto, una transformación jurídica, pero ésta no resulta accesible en el enunciado del mismo, sino que constituye propiamente su sentido, lo que el contrato mismo como acto de discurso efectúa. Por la parte del proletario, los efectos son la expropiación del excedente de producción y la imposibilidad de reconocimiento en el propio trabajo, lo que resulta equiparable con las posiciones ocupadas en el discurso del amo por *a* y *\$* respectivamente. La búsqueda de un saber sin resto corresponderá más bien al discurso histérico, puesto que el agente del discurso es esa misma alienación o escisión, mientras que la verdad aparece como caracterizada por ese carácter excesivo al estar su lugar ocupado por el objeto *a*. La posibilidad de que un saber genere un discurso tal que su producción no sea sino la forma escindida del sujeto encuentra su formalización en la disposición que constituye el discurso universitario, en el que *S*₂ accede a la posición de amo, haciendo especialmente evidente el carácter de lazo social del discurso, mientras que al momento de la toma de conciencia corresponderá el discurso analítico por cuanto lo que trabaja y se propone como otro es esa misma escisión, aunque confrontada en cada caso con el semblante que ocupa el objeto *a*, sostenido por ese saber que ya no se pretende total. En los cuatro casos, la renuncia se modula en diferentes estadios de acuerdo con la imposibilidad específica de cada discurso, expresión de una incompatibilidad que funda la posibilidad de todo lazo social como excepción que niega el universal del saber. De este modo, la equiparación de las partes sólo se sostiene por cuanto la magnitud conforme a la cual es vendida la fuerza de trabajo excluye el exceso irrepresentable

que apunta al goce. Ahora bien, el lazo social así instituido en ningún caso podría constituir por sí mismo un régimen como el que propone la formulación lacaniana del discurso capitalista, puesto que entre el plus-de-gozar y el sujeto escindido nunca hay medida común: es necesario que cierta apropiación de este plus lo haga devenir plusvalía, es decir, que consiga de algún modo someterlo a la formalización según un modelo continuo, lo que comporta una modificación de la relación que lo vincula con el sujeto escindido y exige a su vez un cambio en la función del saber. Si lo que se exige, por tanto, es una relativa destitución del discurso del amo en la constitución del vínculo social, y esta arrastra consigo el funcionamiento de los otros tres discursos, la caracterización lacaniana del régimen capitalista resulta muy próxima a la que proponen Deleuze y Guattari desde *El Antiedipo*, a saber, el capitalismo aparece como una formación social construida precisamente sobre aquello que el resto de formaciones conjuraban, los flujos descualificados. Sin embargo, y parece que Lacan no atiende a este punto -y quizá por eso en la conferencia de Milán considera que el discurso capitalista está “destinado a estallar”-, el capitalismo como formación social tiene a su vez un límite, a saber, la total descodificación y desterritorialización de los flujos, límite que mantiene a distancia mediante la puesta en juego de dispositivos específicos de formación, no ya de sujetos en el sentido lacaniano, sino de subjetividades, es decir, de patrones o constituciones determinadas que constituyen una taxonomía en la que se incluye la esquizofrenia como entidad clínica capaz de desempeñar la función de chivo expiatorio que en *Mil Mesetas* se reconocía como necesaria para las formaciones despóticas o estatales. De este modo, resulta crucial para dirimir en qué sentido la clínica psicoanalítica puede ser considerada como un dispositivo en connivencia con dicha función exponer sus diferencias con respecto al proceder científico en el régimen capitalista y determinar así de qué modo una concepción propiamente materialista del signo pudiese constituir en el seno de la clínica psicoanalítica una práctica de resistencia capaz de producir una enunciación inmediatamente política en lugar de, como consideran Deleuze y Guattari, aplastar la enunciación y someterla por la interpretación a la condición redundante de la significación, cumpliéndose así el temor que Lacan expresaba en Milán referido a la recepción de su propio trabajo.

“En verdad yo creo que no se hablará del psicoanalista en la descendencia, si puedo decir, de mi discurso...mi discurso analítico. Alguna otra cosa aparecerá que, desde luego, deba mantener la posición de semblante [...] eso estará completamente conforme a la manera en la cual se enuncia que Freud veía la importación del discurso psicoanalítica en América [...] Un discurso que sería, en fin, verdaderamente apestoso, totalmente consagrado, en fin, al servicio del discurso capitalista”⁶⁷⁶

676 Lacan, “Del discurso psicoanalítico” 15/5/1972.

10.3. Discurso científico, tecnociencia, capitalismo y psicoanálisis.

Lacan distingue en numerosas ocasiones el discurso psicoanalítico de cualquier forma de teoría, por cuanto esta última siempre compromete un supuesto fundamental que nosotros podríamos señalar (siguiendo las tesis de Deleuze y Guattari) como concerniente a la inexistencia de una consideración relativa a la distinción real entre un plano de contenido y un plano de expresión bajo la forma de un isomorfismo sin correspondencia, y que implica cierta concepción del lenguaje -ya sea el empleando una lengua natural, mucho más cuando se trata de un lenguaje formal- que hace abstracción de los efectos de la enunciación, privilegiando así el dicho sobre la existencia del decir o, si se prefiere, considerando la función constatativa de los enunciados como completamente heterogénea respecto de su valor ilocutorio. El discurso psicoanalítico, ya desde el abandono por parte de Freud de la hipnosis y la adopción de la *talking cure* como procedimiento terapéutico fundamental, apunta ya (o al menos indica una vía posible) al reconocimiento del valor de la enunciación por sí misma, «porque aquí no se trata de teoría, en el sentido en que ésta cubriría por completo algo que en un momento dado se volvería aparente»⁶⁷⁷. La clínica lacaniana se construye desde el principio en oposición a toda consideración del inconsciente como una suerte de ámbito de la verdad profunda e impugna esta concepción del saber al situar en todo momento la atención en los efectos del lenguaje, en un principio partiendo de la estructura signifiante y, después, como un acercamiento progresivo a lo real, pero de tal modo que este último no queda ya, como goce, por fuera del sistema, sino que es al mismo tiempo razón de su constitución y de sus eventuales transformaciones, anomalías y fallas, de sus montajes y desmontajes. El ámbito de los efectos de discurso puede liberarse así de toda preeminencia del modelo del reconocimiento, y ya los primeros trabajos de Lacan mostraban un interés especial por las formaciones psicóticas que disminuía el papel jugado por la estructura neurótica en la práctica y la clínica psicoanalíticas desde Freud, a pesar de que en ningún momento llega a sustraer a la psicosis su carácter específicamente clínico y sintomático -es decir, que nunca deja de considerar al psicótico como una criatura de hospital, en cierto modo fallida respecto a una consistencia de la que el caso de Joyce es propuesto como ejemplo privilegiado. El recurso al encadenamiento borromeo, habida cuenta de su ya muy restringido uso en la práctica, encuentra en su aplicación a formaciones psicóticas -y mucho más en lo que toca a las perversiones “patológicas”- incontables dificultades y deficiencias en su propósito de mostración. Ahora bien, parece esencial al discurso psicoanalítico, tal y como éste es concebido, formulado y hasta formalizado por Lacan, comportar un coeficiente de resistencia respecto a la correspondencia binuívoca en virtud de la cual se llevaría a cabo la construcción de un artificio

⁶⁷⁷ Seminario 16, 27/11/1968.

de formalización y el establecimiento de nociones a partir de las cuales pudiesen resultar apodícticamente determinados los casos concretos. La primera formulación desarrollada que Lacan propone de la relación entre el discurso psicoanalítico y el saber aparece en 1957, toma como punto de partida el esquema del *point de capiton* aplicado al chiste freudiano y culmina con la construcción del grafo del deseo⁶⁷⁸. Aunque allí la noción de objeto *a* aún no había alcanzado la potencia que en las líneas anteriores ha sido expuesta (puesto que sólo aparece como objeto metonímico y está, por consiguiente, subordinado al modelo de la metáfora y a las condiciones del orden simbólico entendido a partir del régimen significante), y a pesar de que al nivel del primer esquema la clausura del significante sobre sí es exhaustiva (por cuanto lo que pretende no es representar la relación entre significante y significado, sino sólo dos estados del significante), en el piso superior ya se encuentra el matema $S(A)$, que pretende formalizar la inasibilidad del Otro concebido como “tesoro de significantes”, es decir, la imposibilidad de hacer del sistema un conjunto cerrado y del saber algo completo. Lacan ubica a este nivel la *Urvendrängung*, la represión originaria, que Deleuze y Guattari sitúan en el plano de la producción deseante, esto es, allí donde una «primera articulación extraería, de los flujos-partículas inestables, unidades moleculares o cuasi moleculares metaestables (sustancias) a las que impondría un orden estadístico de uniones y sucesiones (formas)»⁶⁷⁹. De acuerdo con su concepción de lo maquínico como “sistema de cortes”, el inconsciente, por cuanto no puede reducirse al modelo de la cadena significante sin perder en tal reducción su carácter real, debe necesariamente situarse a este nivel, que constituye el primer costado de la operación de codificación de un flujo, a saber, la extracción, operación que sólo culmina por cuanto se complementa con una separación al nivel de la cadena significante, pudiéndose establecer así la correspondencia entre expresiones y contenidos. A partir de esta estructura de indecibilidad acerca del carácter cerrado o abierto del Otro y del saber -correlativa de lo que la paradoja de Russell plantea en el ámbito de la teoría de conjuntos-, la construcción lacaniana del objeto *a* podrá revelar la constitución maquínica del inconsciente, puesto que este movimiento de remisión no es ni voluntad de un sujeto ni puro automatismo de la estructura, sino propiamente relación entre heterogéneos en cuanto tales: por un lado, el sistema estratificado, es decir, aquello que aparece estructurado de acuerdo con la función fálica y en torno a la castración, por otro, el goce por cuanto se sustrae al principio del placer y subsiste a cualquier incorporación en el régimen de la significación, aunque «no es suficiente con percibir esta relación. En lo que se manifestó en un tiempo cercano a nosotros, algo se proclamaba, a la vez necesidad y llamado al goce. Pero no basta seguramente aspirar al goce sin trabas, si es patente que, para todo ser

678 v. Anexo, figuras 1 y 2.

679 *MP*, 3, p. 48.

incluido en el lenguaje y el utensilio, el goce solo puede articularse en el registro inherente a uno y otro, este registro que definí como el plus-de-gozar»⁶⁸⁰. De este modo, frente a un plano de contenido constituido como sistema formal en virtud de lo que Deleuze y Guattari, inspirados por las tesis de Leroi-Gourhan (el polo mano-herramienta), y a un plano de la expresión (formado por el par rostro-lenguaje), un exceso inconmensurable huye al mismo tiempo que es capaz de hacer huir las determinaciones operadas de un plano y de otro, de tal modo que el objeto *a* aparece en la clínica lacaniana como un índice maquínico, signo de la necesidad repetitiva que aqueja al sistema desde el momento en que la remisión a un fin último que diese razón de la utilidad y de un sentido primero capaz de contener en sí toda relación semiótica se revela como imposible. De este modo, es posible que el sujeto del psicoanálisis pueda distinguirse tanto del sujeto gramatical como de las construcciones de la subjetividad asumibles y disponibles por parte del saber, para remitir así a una singularidad que no comparece en la noción que, a partir de la enunciación, se constituye en el movimiento retroactivo del sentido y resulta representable en el plano del dicho. Lo relevante de la formulación lacaniana del discurso capitalista reside en que refleja el peculiar modo de sujeción que resulta del establecimiento de la continuidad de un circuito que, no obstante, pone a trabajar al saber y, por consiguiente, es capaz de mantener, incentivar y acelerar el juego de identificaciones imaginarias, por lo que reclama una mínima persistencia del objeto especular y del discurso del amo, siquiera para garantizar su consistencia como formación social. Ahora bien, la ubicación del discurso psicoanalítico es, en este punto, problemática por cuanto Deleuze y Guattari consideran que favorece este mínimo de consistencia al constituir un dispositivo de enunciación tal que efectúa una histerización del sujeto del discurso capitalista⁶⁸¹, por cuanto surge la demanda de análisis y reproduce la lógica de Edipo y la castración en su tránsito de uno a otro de los cuatro discursos, tránsito éste que de ningún modo puede operar una distribución nomádica de sus afectos sino que más bien aparece como desplazamiento en un espacio estriado, subordinado a las posiciones y paradas a partir de las cuales resulta posible contar los flujos y producir la ilusión de que son éstos los que resultan de los stocks y no al revés. El discurso psicoanalítico encontraría así su función dentro del régimen capitalista, conjugando el discurso del amo con la intepretosis histórica y los procesos de construcción de subjetividad que, conforme a lo que se establece en el discurso universitario, producen sujetos escindidos a partir de la alteridad entre el saber y el objeto *a*. Tales sujetos constituyen puntos singulares a partir de los cuales se efectúa una transformación que compete a las dos posiciones de la máquina abstracta al nivel de la producción, el registro y el consumo: la

680 *Seminario 16*, 11/12/1968.

681 «Es bien conocido que el psicoanalista ya ni siquiera habla, y que de esta forma todavía interpreta más o, mejor todavía, da a interpretar al sujeto que salta de un círculo del infierno al otro. En verdad, significancia e intepretosis son las dos enfermedades de la tierra o de la piel, es decir, del hombre, la neurosis de base» *MP*, 4, p. 120.

producción local y no específica en virtud de la cual tiene lugar la investidura del campo social aparece como una producción global y específica, no ya producción de producción sino producción de éste o aquél objeto de consumo; la disyunción no exclusiva, diferenciación que afirma la distancia en tanto tal, pasa a un uso segregativo o excluyente en la representación, que determina la dimensión del consumo en términos de relaciones biunívocas y conforme a la pseudocodificación que proporciona una axiomática contable, puesto que sólo un dispositivo tal puede dar cuenta tanto de la incompletud del Otro como de la numerabilidad conforme a la que el plus-de-gozar puede ser reintegrado a la producción y ocultar así la polivocidad de su conjugación.

Ahora bien, la demanda que constituye la enunciación del sujeto en el régimen capitalista no es, precisamente, la demanda de análisis a partir de la cual puede movilizarse el discurso psicoanalítico: es más, al igual que el sujeto y que el objeto *a*, la demanda de análisis es una producción de dicho discurso. La escisión del sujeto en el discurso capitalista no es ya originaria y entre dos mitades inconmensurables, sino entre el sujeto como consumidor, sometido al imperativo de goce que emana del superyó, y el yo ideal en tanto consumido, es decir, en tanto que resulta equiparable al resto de mercancías, puesto que la operación de la que la escritura lacaniana de este discurso pretende ser formalización tiene todo que ver con una distorsión del lugar de la verdad, que ya no puede ser concebida ni como fundamento trascendente ni como desvelamiento que siempre deja una parte en la sombra, sino específicamente como instrumento, medio por el cual el plus-de-gozar puede poner en funcionamiento letra y saber para producir ese mismo exceso. Resulta así que se ha efectuado una inversión del vector que, en sentido ascendente, conectaba el lugar de la verdad con el lugar del semblante, de manera que «el agente repudia la determinación que recibe de la verdad para pasar a dirigirla»⁶⁸², combinando de este modo la posición del agente, característica del discurso histérico, con la de la verdad según el discurso universitario. Las consecuencias de esta operación deben ser planteadas al nivel del saber y la interpretación, puesto que si bien la posición histérica convoca a esta última a partir de una inconsistencia que exige el desplazamiento metonímico de los términos identificatorios, el discurso universitario es aquél que como resultado de la confrontación del saber con aquello que jamás puede comparecer en sus lindes, produce un sujeto escindido entre el dicho saber y su propia impotencia para apresar la verdad. El sujeto del discurso capitalista brota de la conjugación de ambos movimientos, sometiendo a la verdad a la exigencia que lo escinde y que procede precisamente del plus-de-gozar, pero dicha verdad -a saber, el signo que lo debe representar- no puede sino insertarse en un saber -esto es, un sistema o régimen- tal que su

⁶⁸² Alemán, J. Larriera, S, *Lacan: Heidegger, el psicoanálisis en la tarea del pensar*, p. 134..

funcionamiento produce un exceso que vuelve a remitir a la posición del agente y que reproduce la escisión que el encadenamiento S_1 - S_2 vuelve a colmar provisionalmente, pero bajo la imagen de una plenitud que esconde la desconexión esencial entre $\$$ y a . La ciencia se revela así como sometida completamente a la producción de un exceso, puesto que sólo en virtud de él resulta posible la reproducción de la carencia al nivel del sujeto y la continuidad del circuito. Como señala Jorge Alemán, siguiendo en gran medida las propuestas de Heidegger acerca de la técnica expuestas en su seminario *Was heisst denken*⁶⁸³, el discurso capitalista y el carácter técnico de la ciencia moderna están, como el plus-de-gozar y la plusvalía marxista, en una relación de homología estructural que permite la irrupción de lo ilimitado en el campo social⁶⁸⁴. Ahora bien, habida cuenta de la distinción que establece Lacan entre el discurso histérico (de acuerdo con cuya estructura propone entender también el proceder investigador propiamente científico que produce saber) y el discurso universitario (cuyo objeto no es ya la producción de proposiciones científicas, sino más bien la de sujetos en un contexto institucional en el que el saber es precisamente el agente de la producción), resulta difícil no reconocer a este último discurso un carácter propiamente técnico que, lejos de proceder en lo puramente ilimitado, recusa toda delimitación doctrinal de su campo temático, concebido como un medio de interioridad clausurado, en beneficio de la producción de límites propiamente inmanentes sobre una condición metodológica cuantificacional (que posibilita la evaluación) y dependiente de una condición existencial que conjuga directamente el flujo de innovación del saber con un flujo de consumo que exige necesariamente dispositivos de producción de subjetividad. Tales dispositivos parecen obedecer al modelo según el cual Deleuze y Guattari caracterizaban el régimen de subjetivación, puesto que lo que en ellos debe tener lugar es una cierta apropiación del mecanismo del reconocimiento pero no ya sobre la base de la redundancia significativa como referencia última y garantía del sentido de la enunciación, sino más bien de acuerdo con una disposición lineal y segmentaria que hace del fracaso mismo del reconocimiento el principio de un nuevo segmento en el que la significación del propio deseo se postula como posible. Así, el psicoanálisis parece constituir una instancia idónea para la reproducción infinita de esta sucesión de segmentos identificatorios, especialmente cuando abandona la referencia trascendente de la metáfora paterna para inclinar la interpretación hacia la singularidad del analizante, puesto que la mera persistencia de tal mecanismo exige ya el establecimiento de correspondencias y mantiene de algún modo el modelo de la metáfora. Ahora bien, resulta patente que el frágil (o incluso

683 Heidegger (1951), *Was heisst denken?* (trad. Gabás, R., *¿Qué significa pensar?*, Madrid Trotta, 2005).

684 «La técnica es la introducción de lo “ilimitado”. Mientras la ciencia tenía como su límite aquello que necesitaba excluir para lograr su propia constitución como ámbito, la técnica ni incluye ni excluye, ni se refiere a límite alguno. Introduciendo lo “ilimitado” en la escena del mundo, el mundo se vuelve el lugar donde los saberes y prácticas se convierten en campos de maniobra de la técnica». Alemán, J. *Para una izquierda lacaniana. Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Grama, 2011, p. 51.

indecidible) estatuto epistemológico del psicoanálisis no parece en absoluto jugar a favor de esta inserción, en primer lugar por cuanto la técnica no aparece en el campo social como independiente de la ciencia, sino más bien al revés -y ello a pesar de que bien pudiera ser que fuese la ciencia la que debiese cumplir las exigencias de la conjugación entre innovación y consumo-, y, en segundo lugar, porque no parece que el sujeto del que habla aquél psicoanálisis concernido por las elaboraciones lacanianas más tardías pueda ser en ningún caso compatible con las pretensiones de omnipotencia del yo exigidas por las posiciones discursivas propias del régimen capitalista. Mientras que el discurso científico se pretende sin sujeto⁶⁸⁵ y pretende constituir un texto más cercano al dominio de las *historias* que al de los *discursos* -según la distinción de Benveniste-, en esta pretensión exhaustiva de universalidad efectúa una naturalización de su saber que se propone así como válido para cualesquiera sujetos posibles, el discurso psicoanalítico pretende hacerse cargo de aquella singularidad que siempre se sustrae a toda representación y que constituye el límite inmanente a la enunciación misma. Como se hace patente en la formulación del discurso capitalista, es precisamente tal singularidad aquello que confiere existencia a la enunciación, tanto del deseo supuestamente subjetivo o individual como de la constatación científica pretendidamente “a-subjetiva” y políticamente neutral, resaltando así que las diferentes enunciaciones resultan ser actos que introducen, perpetúan o incluso son capaces de hacer saltar las transformaciones jurídicas en virtud de las cuales resulta posible el establecimiento de relaciones de correspondencia y, con ellas, la conservación del modelo del reconocimiento en un campo social asentado por definición sobre la confluencia de variaciones para las que toda codificación es meramente contingente y que recusan cualquier territorialidad localizable. Ahora bien, dado que la clínica lacaniana arrastra consigo aquella “exigencia de comunicabilidad” de la que venimos hablando, y no puede por menos que proponer reiteradamente artificios de formalización orientados a capturar y representar dicha singularidad no sustancial, debemos dar cuenta de hasta qué punto tales tentativas de formalización pueden resultar exitosas y garantizar con ello la inserción de la práctica psicoanalítica en el discurso capitalista -equiparándola así a la significancia, la interpretación y la subjetivación- o si, más bien, en caso de resultar necesariamente fallidas, es posible reconocer a tal práctica un carácter necesariamente militante que en ningún caso puede quedar exento de riesgos, no ya externos, sino inherentes a su propia constitución como dispositivo colectivo de enunciación.

685 «El psicoanálisis no es una ciencia, no por un déficit epistemológico, sino porque se ocupa de una “materia” (distinta de la naturaleza y de la superestructura) que se estructura con la lengua y da lugar al sujeto del inconsciente. El sujeto del inconsciente es un “límite interno” de la ciencia, se sostiene en un espacio “éxtimo” (exterior e íntimo) en relación a la ciencia, de tal manera que el sujeto es necesariamente rechazado para que funcionen adecuadamente las estrategias objetivantes de la ciencia» *Ibidem*, p. 50.

10.4. A modo de conclusión: sobre la insuficiencia de la formalización, el valor de la existencia del decir, y un modo menor de la enunciación en la clínica lacaniana.

Como ya se expuso a propósito de la modificación operada sobre la proposición particular y la negación que desemboca en la escritura de las llamadas “fórmulas de la sexuación” en el *Seminario 20*, la *no-relación* se distingue precisamente de la *relación* por cuanto ésta última constituye el vínculo entre dos elementos conforme a lo que, según la terminología de Hjelmselv, debiera ser concebido como una interdependencia o una determinación, entendiendo la segunda en todo momento según el modelo de la primera y en función de una equivalencia hipotética que, bajo la figura de una solidaridad o una complementariedad, podría dar razón de la correspondencia. La formalización de la posición femenina se revela en tales fórmulas como necesariamente fallida, puesto que el componente resistente y productivo del deseo se sustrae, no ya sólo al establecimiento de una relación propiamente biunívoca, sino también a toda forma de binariedad que pretenda concebirse según el modelo de la equivalencia. Así, la escritura lógico-matemática resulta incapaz de dar cuenta de tal componente puesto que sólo lo puede indicar a través de una operación de abstracción en virtud de la cual es necesario admitir ya un cierto tránsito metafórico y suponer algún tipo de correspondencia significativa entre los elementos algebraicos dispuestos como entidades de la expresión y ciertas entidades del contenido a las que no cabe sino conceder un estatuto isomorfo con respecto a las primeras. La pretensión clínica lacaniana comporta, por cuanto su “objeto” tiene que ver precisamente con la resistencia a todo isomorfismo correspondiente (bien sea éste de términos, bien de relaciones), la paradójica exigencia de transmisión de aquello que constituye la experiencia propiamente sintomática y discursiva de la práctica analítica: a tal efecto, va descubriendo en su desarrollo cómo ni la esfera del dicho ni la de la deixis pueden satisfacer dicha pretensión. El acceso a una concepción propiamente real de dicho objeto exige una operación al nivel del concepto como resultado de una producción, y, acusando la influencia tanto de la lectura de Wittgenstein como de sus propias conclusiones relativas a la insuficiencia del decir, Lacan procura liberar al objeto de toda consideración subordinada al modelo del narcisismo y lo especular en beneficio de una operación de mostración. De este modo, el recurso de la clínica lacaniana a la topología comienza, ya desde el *Seminario 9*, por la introducción de figuras y superficies no-enantiomorfas, es decir, objetos que se sustraen a la reproducción especular precisamente por resultar indiscernibles con respecto a su reflejo en virtud de una diferencia binaria relativa a su orientación. Tanto el toro y la banda de Moebius como la botella

de Klein o el cross-cap⁶⁸⁶ cumplen esta propiedad de no poseer una imagen en el espejo tal que pudiese ser diferenciada de sí mismos. Ahora bien, si reparamos en que toda proporción se establece entre dos elementos diferenciados dentro del marco de un sentido común, y que la expresión “no-relación” -que Lacan toma en el mismo sentido⁶⁸⁷ que P. F. Strawson confiere al “vínculo no-relacional”⁶⁸⁸ entre el sujeto y el predicado- muestra precisamente esa ausencia de correspondencia exhaustiva o representatividad plena, el objeto topológico preeminente durante la última década de investigación lacaniana, a saber, el nudo o cadena borromea, se propone como un artificio de formalización capaz de dar cuenta de esta peculiar forma de vínculo irreducible a toda correspondencia binaria. En la teoría matemática de nudos, se habla de encadenamiento cuando las operaciones de anudamiento conciernen a más de un componente: en el caso de que no haya anudamiento en absoluto entre los componentes considerados se habla de encadenamiento trivial, mientras que cuando lo hay, deben ser distinguidas al menos dos formas, a saber, la interpenetración y el encadenamiento brunniano. Se habla de interpenetración siempre que un elemento pasa por el agujero de otro, resultando así una forma de vinculación que, por mucho que los elementos comprometidos en esta relación puedan ser cardinalmente infinitos, siempre se puede dar cuenta de su relación en términos binarios y según un cierto orden. Sin embargo, el encadenamiento brunniano da cuenta de otro modo de enlace entre los elementos que resulta por completo heterogéneo con respecto a la interpenetración, ya que ninguno de los componentes se enlaza pasando por el agujero del otro y, por consiguiente, su anudamiento no puede ser reducido a un vínculo binario. El modelo más simple de esta forma de encadenamiento lo constituye el nudo borromomeo, cuya pertinencia dentro del desarrollo de la clínica lacaniana reside en esta irreducibilidad a toda forma de vínculo binario, puesto que en caso de que se corte uno de los eslabones, los otros dos resultan incapaces para mantener su encadenamiento y se sueltan, dando lugar así a un encadenamiento trivial. Ahora bien, a pesar de que Lacan en principio considera que el vínculo de tres elementos es suficiente para dar cuenta de toda consistencia entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, hasta el punto de que puede echar en cara a Freud el recurso constante a un cuarto elemento que identifica con la “realidad psíquica”, durante el *Seminario 22* va progresivamente modificando su postura⁶⁸⁹ hasta desembocar en el

686 v. Anexo, figuras 3, 4, 5 y 6 respectivamente. En cada caso, la figura topológica es empleada por Lacan para ilustrar el funcionamiento de una pareja paradójica de conceptos, a saber: el toro figura la relación entre la demanda y el deseo, la banda de Moebius, la escisión del sujeto con respecto a su decir significante, la botella de Klein, la remisión infinita de un significante a otros, y, por último, el cross-cap, la relación entre el sujeto y su objeto fantasmático. La presencia de tales figuras en el anexo y la de esta nota en el curso del trabajo tiene un valor meramente testimonial, puesto que una consideración expresa de la conveniencia o inconveniencia de cada una de estas figuraciones consideramos que debe ser objeto de otro estudio.

687 «cuando enuncio que no hay relación sexual, le doy al sentido de la palabra “relación” la idea de proporción» 13/5/1975.

688 Cf. Strawson, P. F., *Individuals: An Essay in Descriptive Metaphysics*, Londres, Methuen, 1959.

689 Modificación especialmente apreciable entre la sesión del 14/1/1975 y la del 15/4/1975.

reconocimiento de la necesidad de un cuarto elemento que impida la consideración de los tres registros como equivalentes. Sin embargo, antes de renunciar a la perfección del modelo ternario, Lacan, con la ayuda de los matemáticos Soury y Thomé⁶⁹⁰, busca alternativas a la escritura original capaces de mostrar la diferencia entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, en la representación escrita del nudo. Tal representación pasa por una operación que ya comporta en sí misma una cierta restricción, a saber, el aplanamiento que propone Soury efectúa, no ya sólo una reducción de las tres dimensiones del nudo a condiciones de bidimensionalidad en el marco de un espacio euclidiano, sino también una fijación tal que dispone los tres redondeles conforme a una equivalencia referencial por lo que toca a los espacios de exclusión e inclusión que el encadenamiento de los tres elementos establece. Puesto que las tentativas de diferenciación propuestas al nivel de los elementos del esquema -coloreado de los círculos u orientación de los mismos⁶⁹¹- se revelan insuficientes al constituir una mera convención representativa que nada dice relativo al modo en el que se efectúa el anudamiento concreto, y por cuanto la posibilidad de reducir tal anudamiento a relaciones de dos en tiempos expositivos diferentes elude la dificultad que constituye la “falta de relación”, Lacan no puede sino reconocer el carácter siempre fallido del nudo y la necesidad de introducción de un cuarto elemento capaz de efectuar una reparación tal que, manteniendo la condición de no equivalencia, haga posible de algún modo la relación⁶⁹². Esta operación es correlativa de una modificación esencial al nivel de la función paterna que supone un reproche por parte de Lacan a la persistencia del horizonte edípico en la obra de Freud («Freud no era lacaniano»⁶⁹³), -lo que constituye asimismo un reconocimiento explícito del carácter productivo de su propio trabajo y de lo impertinente de cualquier consideración del mismo que pretendiese reducirlo a una interpretación más o menos verosímil o rentabilizable del *corpus* freudiano-, así como una recusación de la autoconsistencia de la triangulación edípica para dar cuenta de cómo pueda tener lugar la investidura libidinal de las diferentes determinaciones. A partir del *Seminario 23*, para designar este cuarto elemento de tal modo que sea capaz de resultar irreductiblemente “cuarto” -es decir, de manera que no pueda en ningún caso ser reducido a ninguno de los tres registros aplicados a la representación inicial del nudo-, Lacan se sirve de una antigua grafía que, resultando homófona con el término francés con el que se hace referencia al síntoma (*symptome*), marca no obstante una diferencia al nivel del registro que apunta ya a un carácter propiamente productivo, puesto que en ningún caso lo que se pretende es la restauración del sentido que originalmente pudiese tener ese término. Más bien, de lo que se trata en la propuesta de la grafía “*sinthome*” es de movilizar una entidad de la

690 Cf. Soury, P., *Cadenas, nudos y superficies en la obra de Lacan*, Buenos Aires, Xavier Bóveda, 1984.

691 Especialmente en *Seminario 23*, 9/3/1975.

692 v. Anexo: figura 9.

693 *Seminario 22*, 14/1/1975.

expresión de tal modo que en ningún caso pueda serle atribuida como correspondiente entidad alguna del contenido, manteniéndose así al nivel del propio término la potencia de desterritorialización como diferencia de potencial o tensión irreductible a reterritorialización icónico-imaginaria alguna en éste o aquél sentido: el discurso psicoanalítico pretende conseguir así manifestar al nivel de su propia enunciación la tensión que atraviesa su desarrollo sin caer, no obstante, en el abismo mistificador de lo indiferenciado. Como ya expusimos en el capítulo tercero, la concepción propuesta por Simondon del ser preindividual lo hace depender siempre de un desfase, de una diferencia de potencial que, al mismo tiempo, impugna la individuación de partida (respecto de la que constituye un exceso inasimilable) y convoca una nueva individuación que supone una modificación de la sustantividad del sistema. De este modo, se pretende dar cuenta al nivel de dicha grafía de la necesidad de diferenciación de los tres registros, puesto que sólo por cuanto hay discontinuidad entre ambos es posible su encadenamiento y, por tanto, la constitución de entidades específicas del contenido y de la expresión. Ahora bien, que tal constitución no se haga depender de una instancia capaz de garantizar la concordancia exhaustiva entre uno y otro plano tiene que ver precisamente con el estatuto específico del saber del que se hace eco el discurso psicoanalítico y que constituye su diferencia con respecto al discurso científico, especialmente de acuerdo con la forma que éste termina por adoptar en la formación social capitalista.

La adición de un cuarto elemento en el esquema del nudo borromeo responde a la necesidad fundamental de distinguir lo real y dar cuenta de la disimetría que introduce al nivel de la formalización clínica, hasta tal punto que, aún en el contexto del *Seminario 22* y antes de la identificación de tal elemento suplementario con el *sinthome*, Lacan atribuye la responsabilidad de garantizar el anudamiento y la distinción de los tres registros a la función de nominación, concebida al margen de la función fálica. El Nombre-del-Padre pierde así, definitivamente, su estatuto privilegiado, y la función paterna pasa a ser concebida de acuerdo con una pluralidad de actos de nominación que, si bien en ningún caso dejan de remitir a la cuestión de la referencia, comportan que el carácter normativo de la forma deje de ser entendido en función de una efectividad causal de lo incorpóreo y pueda llegar a considerarse desde el punto de vista de lo que Guattari llamará “prácticas autopoieticas”⁶⁹⁴. Ahora bien, por un lado, lo que en esta destitución de la prioridad de la función metafórica del Nombre-del-padre se está poniendo en juego

694 «Se operan así injertos de transferencia que no proceden sobre la base de dimensiones “ya ahí” de la subjetividad, cristalizadas en complejos estructurales, sino de una creación y que, por ese carácter, dependen de una suerte de paradigma estético [...] Dado este contexto, los componentes más heterogéneos pueden concurrir a la evolución positiva de un enfermo [...] No estamos frente a una subjetividad dada como un en sí, sino ante procesos de toma de autonomía, o de autopoiesis» Guattari, F., *Caosmosis*, p. 18.

pretende ser la constitución de un sujeto específicamente perteneciente al discurso psicoanalítico (puesto que atendiendo a la formulación lacaniana de los discursos, éste es el único en el que tal prioridad se revela como una impostura), pero, por otro lado, el proceso que desemboca en tal constitución es reconocido explícitamente por Lacan en un caso que resulta ser ajeno a la experiencia analítica (a saber, el caso de James Joyce⁶⁹⁵), de modo que es necesario señalar cuál es el medio o elemento en virtud del que una actividad productiva puede resultar relativamente independiente con respecto a los dispositivos de sujeción propios de determinado régimen y constitutivos de una cierta estratificación del campo social, en orden a identificar los elementos que en la clínica pueden insertar al psicoanálisis dentro de dichos dispositivos y convertirlo en cooperante de tal estratificación. Habida cuenta de que el sujeto creado por el psicoanálisis como práctica clínica no es susceptible de ser concebido según el modelo de lo idéntico, puesto que en tal práctica se pone de manifiesto que la realización de su identidad no puede ser sino siempre fallida en virtud de la inexistencia de un interpretante final y del consiguiente carácter no accidental del objeto *a*, y considerando asimismo que a esta imposibilidad corresponde la necesidad de un viraje en la comprensión del síntoma que, como ya se expuso en el séptimo capítulo, pasa del significante a la letra, la identidad debe pasar del registro simbólico, en el que es inexcusable la remisión a un modelo o paradigma de identificación (y que, por consiguiente, vincula ya siempre dos términos e introduce por tanto la insuficiencia, siquiera meramente posible, de uno respecto del otro), al registro de lo real, donde no cabe ya establecer correspondencia (o discordancia derivada y eventualmente reducible a la identidad) entre los componentes de par alguno, puesto que lo que precisamente se está cuestionando es la validez de la dependencia entre la expresión y el contenido según la perspectiva que introduce en la lógica de su intercambiabilidad la equivalencia como horizonte y criterio último de evaluación. No obstante, en absoluto tiene lugar aquí una impugnación radical de la distinción entre contenido y expresión, sino sólo una remisión a la condición real de su producción, lo que obliga a dejar a un lado aquella perspectiva que evalúa la producción por la capacidad de inserción del producto en un orden según el cual se definen fines, carencias y condiciones de normalidad (y que no puede sino devaluar la creación por la introducción subrepticia del esquema de la reproducción), para acceder a una perspectiva propiamente molecular en la que la extracción y la separación no aparecen como operaciones orientadas por el modelo de una forma lógicamente anterior, sino

695«Todo esto sólo llevó a darse cuenta de que no es lo mismo decir *Joyce el sinthome* que *Joyce el símbolo*. Si digo *Joyce el Síntoma* es porque el síntoma anula el símbolo, si puedo continuar en esta vena. No es solamente *Joyce el Síntoma*, es Joyce como, si me permiten, desabonado del inconsciente». Lacan. J., “Joyce, el síntoma”, 16/6/1975. Resulta claro que lo que Lacan propone con la noción de *sinthome* es algo que introduce una dimensión paradójica, por cuanto retiene del síntoma su costado resistente al tiempo que permite una cierta sostenibilidad que no depende en ningún caso de la recurrencia referencia de lo simbólico entendido según el modelo del régimen significante.

como el funcionamiento mismo del inconsciente por cuanto éste resulta no ser ni imaginario ni simbólico o mecánico, sino propiamente maquínico y real.

Ahora bien, es conocido que Lacan propone el encadenamiento borromeo precisamente como soporte para el pensamiento a la hora de dar cuenta de lo irreductiblemente real de la *no-relación*, puesto que excede la condición binaria de una concatenación simple. Asimismo, los elementos sometidos a este encadenamiento ternario son concebidos por Lacan, no ya como meros redondeles de cuerda, sino según la constitución topológica del toro⁶⁹⁶, es decir, de acuerdo con una calificación del espacio que confiere consistencia al agujero (es en este sentido en el que Lacan recoge de Heidegger la alusión a la construcción de la vasija⁶⁹⁷) y remite necesariamente a un dinamismo, de la demanda y del deseo respectivamente. Por cuanto una y otra consistencias (a saber, tanto la del toro como la de la cadena borromea) pretenden dar cuenta de aquello que necesariamente debe sustraerse a las condiciones métricas de un espacio euclidiano, y con él a la oposición entre el caso y la ley, no pueden por menos que fracasar en última instancia, ya que la impugnación lacaniana dirigida a la lingüística -expresada en el lema “que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha”- apunta necesariamente al derrumbe del carácter exclusivo de la distinción entre lo singular y lo social implicada en la oposición entre lengua y habla. Desde el momento en Lacan recibe las aportaciones de la lingüística estructuralista sustrayendo al algoritmo saussureano todo carácter atómico atribuible al signo como entidad indisoluble, la investigación debe necesariamente desplazarse más allá de la mera convención del vínculo entre significante y significado hacia la cuestión de la formación, ocurrencia e interacción de entidades de la expresión y el problema de su articulación con lo afectivo en un ámbito, el inconsciente, que debe ser considerado como subrepresentativo y perteneciente al dominio de los efectos. Así, la principal dificultad con la que la clínica lacaniana debe batirse no es, en primer término, la de cómo constituir una forma de religación del afecto tal que contenido y expresión pudiesen acceder a una correspondencia capaz de garantizar una representación sin fisuras, sino más bien la de conseguir una suerte de efectividad en la transmisión de aquello que necesariamente sabotea cualquier pretensión comunicativa o informativa. En ese propósito de transmisibilidad, cualquier modelización o formulación que pretendiese proporcionar algo así como un término referencial significativo no puede sino fracasar, puesto que en la traducción de lo afectivo a la representación, aquello que pertenece propiamente al orden del afecto y el acontecimiento encuentra una condición reproductiva corpórea que oblitera la singularidad propiamente diferencial que resulta irreductible a las

696 v. Anexo, figura 3.

697 Cf. Heidegger, M., “La Cosa” en *Conferencias y artículos* (trad. Barjau, E.) Barcelona, Serbal, 1994.

condiciones de actualización y a cualquier remisión a un modelo, tipo clínico o estructura sincrónica⁶⁹⁸. La constitución de tales modelos extensivos supone la introducción de discontinuidades en un continuo material intensivo, y puesto que el corte o la ruptura constituyen en topología matemática operaciones ilícitas, el nudo borromeo aparece ya lastrado por el carácter discreto concedido a la diferenciación de los tres registros. El progresivo abandono de la concepción metafórica del síntoma (y con él de la analogía en sentido propiamente aristotélico⁶⁹⁹) contrasta con la cada vez mayor centralidad del recurso a la topología nodal en los últimos años de enseñanza de Lacan, aunque, al igual que la formulación de los discursos y la propuesta de escritura de la diferencia sexual, parece que sólo puede alcanzar a mostrar una insuficiencia que reclama una concepción propiamente genética de lo sintomático, inseparable de las condiciones reales de existencia de la enunciación: «La metáfora del nudo borromeo en el estado más simple es impropia. Es un abuso de metáfora, porque en realidad no hay cosa que soporte lo imaginario, lo simbólico y lo real. Y que no hay relación sexual es lo esencial de lo que enuncio»⁷⁰⁰. La cuestión que debe entonces ser planteada es la de determinar qué efectúa la enunciación en la que consiste la clínica psicoanalítica lacaniana una vez se ha aceptado que su objeto necesariamente resiste cualquier intento de formalización, ya sea ésta emprendida en términos de una interpretación, imaginaria o simbólico-estructural, ya como una escritura según la convención lógico-matemática, o incluso sirviéndose de figuras topológicas en las que, sobre una materia abstracta, se llevan a cabo operaciones de diversa naturaleza que prohíben la ruptura de la continuidad de dicha materia -aunque encuentran su límite en la consideración de ésta o aquella porción (límite que se hace especialmente evidente cuando atendemos a las variaciones que Lacan efectúa sobre el esquema borromeo, al que sustrae y restituye la continuidad alternativamente, considerándolo así, ora como cadena, ora como anudamiento). La insuficiencia de la lógica proposicional (puesta de manifiesto en las maniobras de escritura emprendidas por Lacan en su empeño por dar cuenta de la diferencia sexual), así como el paulatino abandono de la centralidad de la función fálica en beneficio de otro goce y otra razón de la consistencia subjetiva que no pase por la castración (patente al menos de forma tendencial desde el momento en que se deja a un lado la dimensión de lo dicho, dependiente del régimen representativo de significación, para situar el acento en la existencia y efectividad afectiva del decir) pueden quizá indicar en qué sentido debe considerarse, en primer lugar, la propia enunciación clínica lacaniana

698 «Hay que decir que el nudo borromeo es lo que forma una materia en el pensamiento. La materia es lo que uno rompe, también en el sentido ordinario del término. Lo que se rompe es lo que se mantiene junto y ocasionalmente se afloja, como lo que llamamos un nudo. La manera en la que me deslicé del nudo borromeo a imaginarlo compuesto de toros [...] es lo que me condujo a cosas que forman una metáfora, una metáfora al natural, es decir, que se adhiere a la lingüística [...] La trama de la metáfora es lo que en el pensamiento forma una materia o, como dice Descartes, una “extensión”, vale decir, un cuerpo» *Seminario 25* (inédito), 20/12/1977.

699 Cf. *supra*, cap. 3.

700 Lacan, J., *La topología y el tiempo* (inédito), 9/1/1979.

y, en segundo lugar, el modo o estatuto de autoría referido a sus seminarios entendidos como constituyendo un *corpus* cerrado.

La incapacidad de la lógica para dar cuenta tanto de lo psíquico en sus manifestaciones actuales como de los procesos de construcción de subjetividad se hace especialmente evidente cuando atendemos al modo en que Deleuze y Guattari distinguen entre el proceder de la filosofía (como genuina construcción de conceptos) y el proceder de la lógica y la ciencia, que sólo retienen lo conceptual bajo la forma de la función proposicional y caen así bajo el modelo del reconocimiento, constituyendo prácticas discursivas meramente reproductivas. En efecto, según proponen Deleuze y Guattari, el concepto filosófico puede distinguirse de la función científica en virtud de la relación que mantiene cada uno con lo real, entendido como continuidad intensiva y productiva, de tal modo que al proceder de la ciencia parece corresponder el recurso (extrínseco) a un plano de referencia que exige ser considerado en uno u otro sentido como privilegiado y según una concepción trascendente del límite que condiciona una distribución de lo uno y las multiplicidades en la que estas últimas acceden a un estatuto analítico y constituyen así los argumentos o variables que satisfacen o pueden satisfacer la función («el plano de referencia efectúa ya una preselección que empareja las formas con los límites o incluso con las regiones de abscisas consideradas»⁷⁰¹). Por el contrario, el proceder de la filosofía debe recoger en el concepto el carácter sintético de las multiplicidades, entendiendo el “uno” como un resultado afectado por una condición de metaestabilidad: en consecuencia, no es posible partir de una referencia preexistente que actúa como supuesto, sino más bien de un plan de consistencia de carácter inmanente que lleva consigo una concepción distinta del límite que remite a diferencias de potencial subrepresentativas. La función científica tiene, por tanto, una referencia externa en los estados de cosas o mezclas corpóreas en los que lo virtual como diferencia de potencial encuentra actualización, si bien opera asimismo una inmovilización, una captura de lo virtual según las condiciones de la mezcla concreta, estableciéndose así una independencia de las variables respecto de la constante proposicional en la que se presenta la función. Sin embargo, y por cuanto la construcción conceptual constituye un proceso de individuación que renuncia a tomar como supuesto un plano de referencia constituido por límites que, en cierto sentido, domesticar la variación, de manera que al concepto filosófico corresponde el reconocimiento de una inseparabilidad de la variación misma respecto del plan de consistencia. No obstante, la oposición entre filosofía y ciencia no puede ser tan simple como la que distingue el proceso y el sistema, o la variable y la constante, por cuanto en ambos casos, ya se trate de conceptos o de funciones proposicionales, lo que tiene lugar es una cierta individuación y, por consiguiente, la

⁷⁰¹ *Qph*, p.121.

constitución de determinado “sistema” que compromete, como no deja de señalar Simondon, un cierto coeficiente de realidad preindividual, «un hilo que asciende hacia lo virtual, y por el cual desciende la araña»⁷⁰². La diferencia entre ambos procederes debe ser más bien ubicada en el modo en que una y otra, consideradas como prácticas discursivas, entran en relación con la cuestión de la referencia.

«Resulta que la referencia, puesto que implica una renuncia a lo infinito, sólo puede proceder de las cadenas de funtores que necesariamente se rompen en algún momento. Las bifurcaciones, las desaceleraciones y aceleraciones producen unos agujeros, unos cortes y rupturas que remiten a otras variables, a otras relaciones y a otras referencias. Siguiendo ejemplos sumarios, se dice que el número fraccionario rompe con el número entero, el número irracional con los racionales, la geometría riemanniana con la euclidiana. Pero en el otro sentido simultáneo, del después al antes, el número entero se presenta como un caso particular de un número fraccionario, o el racional, como un caso particular de “corte” en un conjunto lineal de puntos. Bien es verdad que este proceso unificador que opera en el sentido retroactivo provoca que intervengan necesariamente otras referencias, cuyas variables no sólo están sometidas a unas condiciones de restricción para producir el caso particular, sino que en sí mismas están sometidas a nuevas rupturas y bifurcaciones que cambiarán sus propias referencias. Es lo que ocurre cuando se deriva a Newton de Einstein, o bien los números reales del corte, o la geometría euclidiana de una geometría métrica abstracta, cosa que equivale a decir, con Kuhn, que la ciencia es *paradigmática*, mientras que la filosofía era *sintagmática*»⁷⁰³

La ciencia, en tanto práctica discursiva, reconduce la fuga hacia la territorialidad estable de una referencia, cualquiera que ésta sea: ahora bien, la cuestión de la referencia, por cuanto toca precisamente a la diferencia entre el concepto filosófico y la función científica, se hace especialmente accesible en un ámbito en el que, por encontrarse suspendida, resulta posible considerar su condición. Deleuze y Guattari señalan que el reduccionismo que caracteriza a la lógica no es en absoluto fruto de contingencias relativas a los procesos históricos de formalización, esto es, a los defectos o las omisiones que la enunciación de los principios de tal disciplina haya podido presentar en su efectucción histórica; antes bien, su reduccionismo es esencial por cuanto la constitución de la lógica misma como disciplina paradigmática implica la pretensión de sustraer al concepto filosófico aquella materialidad que lo pone en relación con la dimensión del acontecimiento, para reconducirlo al formalismo de la función proposicional. Así, la función se define en virtud de «una relación de dependencia o de correspondencia (razón necesaria)»⁷⁰⁴, que no puede, una vez suspendida la referencia, recurrir como razón de la consistencia más que al principio de contradicción y que, por consiguiente, nada tiene que decir en referencia al carácter sintético de las multiplicidades y a la posibilidad de reunión de heterogéneos en cuanto tales. El trabajo de Cantor es una referencia común tanto para Lacan, que presta especial atención a la noción de lo transfinito, como para Deleuze y Guattari, por cuanto representa un esfuerzo por introducir la noción de infinito en matemáticas a partir de la teoría de

⁷⁰² *Ibidem*, p. 122.

⁷⁰³ *Ibidem*. pp. 124-125.

⁷⁰⁴ *Ibidem*. p. 136.

conjuntos que no puede sino desembocar en un fracaso desde el momento en que se repara en los medios que dispone a tal efecto⁷⁰⁵. La oposición entre la contingencia e inseparabilidad de las variaciones en el plan de consistencia con respecto a la independencia de las variables sobre un plano de referencia persiste de tal modo que entre lo infinito y el límite entendido según su concepción matemática⁷⁰⁶ no puede existir modelo o medida común en virtud de la cual pueda ser fundada por sí misma la relación entre la ley y sus casos, entre la propiedad y sus ocurrencias singulares. De este modo, Lacan debe hacerse cargo de que la incompletud irredimible del Otro no puede sino desbaratar una y otra vez cualquier pretensión de dar cuenta de lo real a través de los diferentes artificios de formalización desplegados a lo largo de su enseñanza: ni la inclusión, quizá meramente testimonial, del objeto *a* en la escritura de los discursos, ni la modificación del cuadrado lógico de Apuleyo en virtud de la no correspondencia entre los sexos, pueden alcanzar más que a mostrar la impotencia de toda función proposicional a la hora de dar cuenta del surgimiento, la heterogeneidad y la potencia de desterritorialización de lo sintomático. Menos aún el recurso a la topología matemática, puesto que si bien moviliza un espacio propiamente direccional en el que una materia abstracta se sustrae a toda medida y sorteja la condición de impenetrabilidad, no deja en ningún caso de constituir un ámbito de referencia que supone la posibilidad de establecer vínculos de correspondencia, si quiera como semejanza de relaciones, con aquello que constituye el objeto propio de la clínica psicoanalítica. Del mismo modo, la posibilidad de dar cuenta de tal objeto pasa para Lacan por dar cuenta del modo en el que la multiplicidad y continuidad de lo real es capaz de adquirir algo así como una constitución elemental susceptible de hacerlo entrar como componente, siquiera discordante, en un sistema. A esta necesidad responde la distinción, netamente lacaniana, entre lo uniano y lo unario que, si bien toma como justificación la demostración de Frege referida a la posibilidad de fundar el conjunto de los números enteros a partir de la consideración del conjunto vacío como “uno”, lo cierto es que tanto ésta como otras maniobras lógicas no dejan de constituir procedimientos axiomáticos que sacrifican la heterogeneidad y continuidad radicales de lo real en aras de la operatoriedad lógica, matemática y científica de la función proposicional, como queda de manifiesto desde el momento en que la falta de incompletud del Otro se mantiene hasta el final de la enseñanza de Lacan como condición restrictiva de cualquier propuesta de formalización.

705 «Ahora bien, resulta extraño que se haya vislumbrado en esta concepción una reintroducción de lo infinito en las matemáticas; se trata más bien de la última consecuencia de la definición del límite por un número [...] A pesar del esfuerzo explícito de Cantor para unir el concepto filosófico y la función científica, la diferencia característica subsiste, ya que el primero se desarrolla en un plano de inmanencia o de consistencia sin referencia, mientras la segunda lo hace en un plano de referencia desprovisto de consistencia» *Ibidem.* pp. 120-121.

706 Cf. *supra*, cap. 1.

«En la medida en que un número cardinal pertenece al concepto proposicional, la lógica de las proposiciones exige una demostración científica de la consistencia de la aritmética de los números enteros a partir de axiomas; ahora bien, de acuerdo con los dos aspectos del teorema de Gödel, la demostración de consistencia de la aritmética no puede representarse dentro del sistema (no hay endoconsistencia), y el sistema tropieza necesariamente con enunciados verdaderos que sin embargo no son demostrables, que permanecen indecibles (no hay exoconsistencia, o el sistema consistente no puede estar completo). Resumiendo, haciéndose proposicional, el concepto pierde todos los caracteres que poseía como concepto filosófico, su autorreferencia, su endoconsistencia y su exoconsistencia. Resulta un régimen de independencia ha sustituido al de la inseparabilidad [...] lo indecible ya no señala la inseparabilidad de los componentes intencionales (zona de indiscernibilidad sino por el contrario la necesidad de distinguirlos en función de la exigencia de la referencia que hace que toda consistencia (la autoconsistencia) se vuelva insegura»⁷⁰⁷

Ahora bien, al mismo tiempo que Lacan reconoce la falta de sustancialidad que afecta a dicho objeto, también renuncia a prescindir del término “sujeto” para designarlo, por lo que es necesario retener de este último tan sólo aquella definición nominal -basada en la concepción del signo peirceana más que en el automatismo significativo de cuño saussureano- que lo concibe como representado por un significante para otro significante y admitir que, si bien tal definición no puede sino concebirlo como el objeto por el que está un representamen para un interpretante, tal objetividad será propiamente dinámica y debe por definición sustraerse a la inmediatez con la que se presenta una vez se considera el vínculo triádico como autoconsistente. Sin embargo, esta última consideración revela su carácter artificial desde el momento en que el pensamiento concernido por los fenómenos semióticos asume que ni el límite ni la totalidad pueden ser entendidos en exclusiva conforme a la definición matemática y según conceptos reducidos al modelo de la función proposicional. La irrupción del síntoma, considerado como signo de tal sujeto, debe ser considerada no tanto a partir de la inserción de tal signo en el seno de un régimen concebido según una determinada constitución sistemática, ni tampoco reparando meramente en su carácter discordante con respecto a ésta, sino más bien como acto irruptivo en sí mismo, índice de un proceso de individuación que compromete componentes presubjetivas y cuyo carácter resistente es capaz de remitir la constitución corpórea de dicho saber al plano de los efectos incorpóreos. El signo deja de recibir así un tratamiento en virtud del cual resulta concebido primeramente según el modelo de la correspondencia y el reconocimiento para exigir una consideración genética y materialista que sustituye dicha correspondencia por una exigencia de consistencia, que remite la enunciación psicoanalítica a una dimensión propiamente crítica por cuanto cualquier consolidación doctrinal, ya no sólo al nivel de la intervención terapéutica (y con independencia de que ésta se proponga como la apabullante interpretación imaginaria del postfreudismo o a partir del silencio y la escansión defendidas por numerosos practicantes y teóricos afines a las tesis lacanianas) sino también al de la enunciación sintomatológica, puesto que en la noción de “clínica” que venimos aquí manejando ambos costados difícilmente podrían

⁷⁰⁷ *Qph*, pp. 138-139.

ser considerados como independientes una vez la propuesta de Lacan sitúa la transferencia como ámbito a partir del cual toda la concepción psicoanalítica encuentra su sentido. De este modo, para que la clínica lacaniana pueda ser considerada como un proceso de creación conceptual es necesario reparar en que su acercamiento al inconsciente exige una emancipación relativa con respecto a un plano de referencia sin consistencia (a partir del cual las formaciones sintomáticas pueden ser remitidas a una dimensión paradigmática y según un modelo reproductivo), para atender a su necesaria pertenencia a un plan de consistencia inmanente en el que cifrar su carácter genuinamente productivo y acontecimental: tal carácter resulta necesariamente perdido desde el momento en que el síntoma se propone como argumento de una función en la que toda heterogeneidad es remitida a relaciones de equivalencia, adquiriendo así en la formalización una constitución determinada («cuando la propia cosa pasa por cambios de coordenadas, se vuelve un *cuerpo* propiamente dicho, y la función ya no toma como referencia el límite y la variable, sino más bien una invariante y un grupo de transformaciones»⁷⁰⁸). Así, el tema lacaniano del “no saber lo que se dice” debe ser modulado, por cuanto el sujeto del que habla el psicoanálisis no puede comparecer de acuerdo con una constitución corpórea más que a costa de que le sea sustraído todo carácter dinámico y productivo, y remitido al ámbito de los efectos incorpóreos⁷⁰⁹, lo que exige tener en cuenta aquello que tanto la interpretación como la formalización, en tanto que actos de enunciación, introducen al nivel de las transformaciones jurídicas. Los enunciados de la clínica psicoanalítica tienen, pues, un sentido y una dimensión ilocutoria que sólo a partir de cierta ingenuidad -quizá poco bienintencionada- puede ser concebida como independiente de un ámbito de variación que excede necesariamente las condiciones de un inconsciente “individual” o “propio”, así como los límites convencionales de la consulta privada, y que remite, por tanto, a la dimensión de lo colectivo, entendida, con Deleuze y Guattari, como aquello que se sustrae al cierre sistemático y representacional de una individualidad constituida y autoconsistente. El individuo -ya sea éste el síntoma como signo, ya el sujeto como designado-, tanto en el plano del contenido como en el de la expresión, no puede ser explicado en su génesis partiendo de la mera convencionalidad del vínculo, puesto que ésta sólo resulta inteligible con pretensiones de exhaustividad en los términos de la semiótica significante. Como el aparato de Estado, el sistema se instala de una vez, pero, desde el momento en que se atiende a la distinción estoica entre cuerpos y acontecimientos incorpóreos, la convención resulta ser tan sólo efecto de una contingencia material elevado al rango de condición de posibilidad lógicamente anterior. La

708 *Qph*, p.123.

709 «Existe aún una razón para ese “no sé lo que digo”»: que el sujeto que enuncia su dicho no es el mismo cuando el mensaje o el dicho puede volver sobre él. Ya no somos el mismo, puesto que en el acto de decir, se cambia; la expresión “sujeto efecto del significante” quiere decir justamente que el sujeto cambia con el acto de decir» *Seminario* 26, 15/5/1979 (intervención de J.D. Nasio).

potencia como diferencia accede así a una condición representativa en virtud de la cual encuentra su modelo en un proceso de efectuación reproductiva. El signo y el pensamiento aparecen como contráidos en una relación de correspondencia conforme al modelo de lo Mismo y lo semejante, relegando la diferencia a las condiciones comunicativas de acuerdo con las que el enunciado se desprende de la enunciación (resultando así concebible como mensaje), y el lenguaje puede aparecer como un código capaz de disponer un medio de intersubjetividad, pero que resulta impotente a la hora de dar cuenta, no ya de aquello que los enunciados transmiten, sino del sentido de la enunciación misma. Así, la enunciación puede resultar remitida en última instancia a una condición individualizada susceptible de ser considerada como escindida a partir de su encuentro con lo social. Sin embargo, considerando la naturaleza de aquello de lo que la enunciación clínica lacaniana tiene que hacerse cargo, difícilmente puede sostenerse que una enunciación individualizada sea causa, y no más bien efecto, de las diferentes emisiones de signos; así, los propios enunciados y formalizaciones que el discurso psicoanalítico propone deben ser asimismo considerados en su dimensión corpórea, esto es, como capaces de producir efectos que tienen el rango de transformaciones jurídicas y que, por consiguiente, establecen condiciones existenciales para nuevas enunciaciones. La vehemencia de la crítica que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis lacaniano tiene quizá bastante que ver con una imputabilidad relativa a las enunciaciones que sólo tiene sentido por cuanto éstas remiten, más allá de toda necesidad de los tipos clínicos o incluso de la mera convención, a una contingencia que obliga, ya desde Aristóteles⁷¹⁰, a que el pensamiento se libere de la rígida estabilidad de las determinaciones ideales formuladas según el modelo de lo corpóreo para acceder a una suerte de condición de consistencia o de metaestabilidad que se hace cargo del estatuto producido, productivo e inesencial de la subjetividad, bien para reducirlo a un modelo tomado directamente de lo actual, bien para restablecer su potencia creadora y propiamente diferencial. Así, y puesto que hemos admitido desde el principio de este trabajo la presencia en la clínica lacaniana de una tensión constitutiva entre la peculiar naturaleza de su objeto y la voluntad de comunicabilidad de

⁷¹⁰ Dado que Deleuze y Guattari recuerdan en repetidas ocasiones que la experimentación, por cuanto se opone a la reproducción improductiva, requiere protocolos de experiencia guiados por una prudencia extrema, nos remitimos al sentido de la *phrónesis* aristotélica que señala Aubenque, puesto que sólo en cuanto la acción puede desligarse de toda finalidad esencial es posible sustraer a la prudencia del dominio de la imagen moral del pensamiento en beneficio de una perspectiva, cara a Deleuze y a Guattari, propiamente ética o incluso etológica, que sustituye a la teleología. «¿Cuál es, pues, este “Otro género” de conocimiento al que Aristóteles asimila la prudencia? Si nos atenemos al texto, a decir verdad demasiado alusivo, de la *Ética a Eudemo*, debería ser, a diferencia de la ciencia o del arte moralmente neutros, un saber moral por él mismo, es decir, que habría cierto mérito en poseer un saber que comportara de algún modo una deontología de su propio uso. Pero Aristóteles no desarrolla jamás explícitamente tal idea, que le había sido sugerida sin embargo por el uso popular de *phrónesis*. Va a contentarse en la *Ética a Nicómaco* con asimilar el saber prudencial al que es requerido para explorar el dominio de la acción en general, ya sea esta acción moral o solamente técnica. En la crítica del intelectualismo, que alcanzará esta vez más a Platón que a Sócrates, el acento ya no será puesto sobre la neutralidad moral de la ciencia, sino sobre su inaptitud para conocer lo particular y lo contingente, que son, sin embargo, el dominio propio de la acción» Aubenque, P., *La prudencia en Aristóteles* (trad. Torres, M.J.), Barcelona, Crítica, 1999, p. 166.

aquello en lo que consiste la experiencia analítica misma, resulta crucial dirimir la cuestión relativa al estatuto de las distintas producciones conceptuales que proporciona el trabajo de Lacan y elucidar de acuerdo con qué modalidad debe ser concebida la autoría de su discurso, puesto que de ello dependen las condiciones de su recepción y, por consiguiente, la consideración política de su práctica en el contexto de la sociedad capitalista.

«Nos parece que Husserl ha hecho que el pensamiento dé un paso decisivo al descubrir una región de esencias *materiales* y *difusas*, es decir, vagabundas, anexactas y, sin embargo, rigurosas, distinguiéndolas de las esencias fijas, métricas y formales. Hemos visto que esas esencias difusas se distinguen tanto de las cosas formadas como de las esencias formales. Constituyen conjuntos difusos. Liberan una *corporeidad* (materialidad) que no se confunde ni con la esencialidad formal inteligible, ni con la coseidad formada y percibida. Esta corporeidad tiene dos características: por un lado es inseparable de pasos al límite como cambios de estado, de procesos de deformación o de transformación que operan en un espacio-tiempo a su vez an-exacto, que actúan como acontecimientos (ablación, adyunción, proyección); por otro, es inseparable de cualidades expresivas o intensivas, susceptibles de más y de menos, producidas como afectos variables (resistencia, dureza, peso, color). Así pues, existe un acoplamiento ambulante de *acontecimientos-afectos* que constituye la esencia corporal difusa, y que se distingue del vínculo sedentario “esencia fija-propiedades derivadas de ella en la cosa”, “esencia formal-cosa formada”. Y, sin duda, Husserl tenía tendencia a convertir la esencia difusa en una especie de intermediario entre la esencia y lo sensible, entre la cosa y el concepto, más o menos como el esquema kantiano. ¿No es el redondel una esencia difusa o esquemática, intermediaria entre las cosas redondeadas sensibles y la esencia conceptual del círculo? En efecto, el redondel sólo existe como afecto-umbral (ni plano ni picudo) y como proceso-límite (redondear), a través de las cosas sensibles y de los agentes técnicos, rueda de molino, torno, rueda de afilar, casquillo...Pero sólo es “intermediario” en la medida en que el intermediario es autónomo, *él mismo* se extiende fundamentalmente entre las cosas y entre los pensamientos, para instaurar una relación completamente nueva entre los pensamientos y las cosas, una *difusa* realidad de los dos»⁷¹¹

Deleuze y Guattari, coincidiendo con el planteamiento de Simondon, no dejan de reivindicar el valor germinal del esquematismo y su dimensión propiamente crítica y productiva. Aquella zona de oscuridad señalada en el esquema hilemórfico descubre un ámbito en el que -más allá de la mera consideración abstracta y homogénea de la materia, y del reconocimiento de una autoconsistencia y una efectividad causal de la forma incorporal- una pura materialidad energética en movimiento cuyas diferencias de potencial se expresan en afectos intensivos variables constituye, en última instancia, el único plano, no ya de referencia, sino de atribución inmanente de las diferentes transformaciones jurídicas de acuerdo con las cuales tienen lugar, como individuaciones, los distintos procesos de subjetivación, así como la propia construcción de un marco de tipologías clínicas para la evaluación de las diferentes ocurrencias enunciativas. Mientras la clínica lacaniana sólo sea capaz de reconocer el carácter inactual a su objeto y no considere el valor ilocutorio de la enunciación en la que ella misma consiste, sólo podrá aspirar a constituir un dispositivo tecnológico dependiente de supuestos inmanentes característicos de determinado régimen semiótico y vinculados con todo un campo social. El hecho de que la clínica psicoanalítica se atenga, según el diagnóstico de Deleuze y Guattari, a un funcionamiento

⁷¹¹ MP, 12, pp. 408-409.

axiomático no impide que, también axiomáticamente (es decir, sin capacidad de saturación), puedan ser propuestas diferentes representaciones de su propio proceder en las que tal carácter quede oculto bajo la apariencia de una correspondencia *de iure* entre tipos clínicos y casos patológicos. De este modo, el polo tendente a la formalización resultaría preponderante en detrimento de la especificidad de su objeto y de las consecuencias que la valorización de la enunciación como existencia del decir puesta de manifiesto por Lacan introduce al nivel de la concepción semiótica general, apuntando así a una persistencia de cierta Imagen del pensamiento que resulta incapaz de llevar la crítica hasta sus últimas consecuencias⁷¹². Ahora bien, desde el momento en que el reconocimiento de la peculiar naturaleza del ámbito de los efectos remite necesariamente al orden de los afectos -por cuanto constituyen modos no representativos, puramente intensivos-, los diferentes artificios de formalización propuestos en la enunciación clínica psicoanalítica no pueden por menos que tomar conciencia de que el proceder formalizador en el que surgen, concebido como una cierta actividad de “traducción”, no es sino un modo determinado en el que tiene lugar algo que concierne a la dimensión del proceso desde un punto de vista más amplio, a saber, un proceder transductivo o una modulación. Así, la noción lacaniana de “semblante” puede perder su sentido más impositivo a condición de que sea remitido al tipo de inferencia en la que, según la clasificación que Peirce recoge de Aristóteles⁷¹³, es posible situar la aparición de lo nuevo, a saber, la abducción (*apagogé*) como proceder propiamente analógico y siempre provisional: el semblante -el montaje, la composición- puede dar razón de la función de cada una de sus partes (aun cuando se considera desde una posición ecuménica que constituye un mero calco, una posibilidad reproductiva respecto al acontecimiento implicado en el estado de cosas designado), pero no de la existencia de las mismas.

«Por supuesto, siempre es posible “traducir” a un modelo lo que escapa a ese modelo: así, se puede relacionar la potencia de variación de la materialidad con leyes que adoptan una forma fija y una materialidad constante. Pero para lograrlo hace falta una distorsión que consiste en sacar las variables de su estado de variación continua, para extraer de ellas puntos fijos y relaciones constantes. Así pues, se cambian las variables, se cambia incluso la naturaleza de las ecuaciones, que dejan de ser immanentes a la materia movimiento (inecuaciones, adecuaciones). Lo fundamental no es saber si una traducción de este tipo es conceptualmente legítima, puesto que lo es, sino únicamente saber qué intuición se pierde con ella»⁷¹⁴

712 «Para abreviar, diré que la naturaleza se caracteriza por no ser una, por eso se la aborda mediante un procedimiento lógico. Al proceder a llamar naturaleza lo que ustedes mismos dejan de lado por el mero hecho de interesarse en algo que se distingue por ser nombrado, la naturaleza sólo se atreve a afirmarse como un popurrí de *fuera de la naturaleza*» Seminario 23, 18/11/1975. Estas palabras, extraídas de la primera sesión del seminario dedicado a la noción de *sinthome*, parecen dejar claro cómo la concepción lacaniana de la *physis* pretende desvincularse de los supuestos aristotélicos relativos a la relación entre física y lógica, puesto que reconoce la necesidad de esta última sólo en la medida en que permite asir lo real, aunque la insistencia de éste impugna toda pretensión de correspondencia exhaustiva y de cierre sistemático.

713 «*Abduction, on the other hand, is merely preparatory. It is the first step of scientific reasoning, as induction is the concluding step. Nothing has so much contributed to present chaotic or erroneous ideas of the logic of science as failure to distinguish the essentially different characters of different elements of scientific reasoning; and one of the worst of these confusions, as well as one of the commonest, consists in regarding abduction and induction taken together (often mixed also with deduction) as a simple argument*» C. P: 7. 218.

714 MP, 12, pp. 409-410.

Que la clínica lacaniana sea consciente, no ya sólo de que el fracaso de toda pretensión de formalización es esencial a su constitución en virtud de la naturaleza de su objeto, sino que ésta última remite necesaria e inmediatamente a determinaciones sociales, hace imposible mantener en ningún caso la escisión entre lo privado y lo público que gobierna su concepción tradicional del deseo y constituye el fundamento de su práctica como dispositivo de normalización, en principio, políticamente neutral. Ahora bien, desde el momento en que el repertorio de construcciones conceptuales de Lacan es tomado de acuerdo con las condiciones del régimen signifiante, siquiera por cuanto se pretende asignar a tales construcciones un carácter relativamente autónomo con respecto a las condiciones de su enunciación y a la posición del propio Lacan en sus seminarios (que era, según sus propias palabras, la del “analizante” en el discurso psicoanalítico), se pierde su carácter crítico y procesual, remitiendo los enunciados a una enunciación individualizada que tiene en última instancia la correspondencia como referente último. Así, a las producciones discursivas reunidas bajo el nombre propio “Lacan” no debe hacerse corresponder aquella función del nombre de autor que Foucault designaba en su conferencia de 1969⁷¹⁵ como “instauradores de cientificidad”, sino más bien a la de los “fundadores de discursividad”, en la medida en que el movimiento característico de “retorno a” no es sólo adecuado para caracterizar la relación del trabajo de Lacan con los textos de Freud, sino sobre todo la del mismo Lacan con respecto a sus propias construcciones conceptuales en el curso de su enseñanza y la que mantiene la comunidad psicoanalítica, más allá de toda prescripción derivada de su constitución institucional, con el *corpus* de escritos y seminarios producidos hasta 1979. Sólo de este modo el nombre propio “Lacan” puede aparecer, en consonancia con la concepción foucaultiana del “nombre de autor”, como momento fuerte de un proceso de individuación, de acuerdo con la concepción que mantienen Deleuze y Guattari, en relación con el acontecimiento y su carácter necesariamente heterogéneo con respecto a su determinación actual.

⁷¹⁵ Cf, Foucault, M., *Op.cit.*

BIBLIOGRAFÍA.

OBRAS DE GILLES DELEUZE.

- *Empirisme et subjectivité*, Paris, PUF, 1953 (trad. Acevedo, H., *Empirismo y subjetividad*, Madrid, Gedisa, 1981).
- *Nietzsche et la philosophie*, Paris, PUF, 1962 (trad. Artal, C. *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1971).
- *La philosophie critique de Kant*, Paris, PUF, 1963 (trad. Galmarini, M. A., *La filosofía crítica de Kant*, Madrid, Cátedra, 1997).
- *Proust et les signes*, Paris, PUF, 1964, aumentada en 1970 y 1976 (trad. Monge, F., *Proust y los signos*, Barcelona, Anagrama, 1972).
- *Nietzsche*, Paris, PUF, 1965 (trad. Monge, F., *Nietzsche*, en *Spinoza, Kant, Nietzsche*, Barcelona, Labor, 1974).
- *Le bergsonisme*, Paris, PUF, 1966 (trad. Ferrero Carracedo, L., *El bergsonismo*, Madrid, Cátedra, 1987).
- *Présentation de Sacher-Masoch*, Paris, Minuit, 1967 (trad. Agoff, I., *Presentación de Sacher Masoch*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001).
- *Différence et répétition*, Paris, PUF, 1968 (trad. Delpy, M. S., Beccaecce, H., *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002).
- *Spinoza et le problème de l'expression*, Paris, Minuit, 1968 (trad. Vogel H., *Spinoza y el problema de la expresión*, Barcelona, Muchnik, 1975).
- *Logique du sens*, Paris, Minuit, 1969 (trad. y Abad, A., prólogo de Morey, M., *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 2005).
- *Francis Bacon. Logique de la sensation*, Paris, Editions de la différence, 1981 (trad. Herrera, I., *Francis Bacon. Lógica de la sensación*, Madrid, Arena, 1999).
- *Foucault*, Paris, Minuit, 1986 (trad. Vázquez, J., prólogo de Morey, M., *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987).
- *Le pli. Leibniz et le Baroque*, Paris, Minuit, 1988 (trad. Vázquez J. y Larraceleta, U., *El pliegue. Leibniz y el Barroco*, Barcelona, Paidós, 1989).
- *Pourparlers*, Paris, Minuit, 1990 (trad. Pardo, J. L., *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos, 1995).
- *Critique et clinique*, Paris, Minuit, 1993 (trad. Kauf, T., *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 1996).
- *L'Abécédaire de Gilles Deleuze*. (Entrevista de Claire Parnet a Gilles Deleuze grabada en vídeo en 1988, inédita hasta 1996).

- *L'île déserte et autres textes. Textes et entretiens. 1953-1974*, Paris, Minuit, 2002 (trad. Pardo, J.L., Valencia, *La isla desierta y otros textos*, Pre-Textos, 2005).
- *Deux régimes de fous. Textes et entretiens. 1975-1995*, Paris, Minuit, 2003 (trad. e introducción Pardo, J.L., *Dos regímenes de locos*, Valencia, Pre-Textos, 2007).

DELEUZE, G., PARNET, C., *Dialogues*, Paris, Flammarion, 1977 (trad. J.Vázquez, *Diálogos*, Valencia, Pre-Textos, 1980).

EDICIONES EN CASTELLANO DE LOS CURSOS DE DELEUZE EN VINCENNES.

- Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia* (cursos entre 1972 y 1980), Buenos Aires, Cactus, 2005.
- El Leibniz de Deleuze. La exasperación de la filosofía* (cursos: 1980 y 1986-1987), Buenos Aires, Cactus, 2006.
- Pintura. El concepto de diagrama* (curso 1981), Buenos Aires, Cactus, 2007.
- Kant y el tiempo* (curso 1978), Buenos Aires, Cactus, 2008.
- En medio de Spinoza*, (curso 1980-1981), Buenos Aires, Cactus, 2008.
- Cine 1. Bergson y las imágenes* (curso 1981-1982), Buenos Aires, Cactus, 2009.
- Cine 2. Los signos del movimiento y el tiempo* (curso 1982-1983), Buenos Aires, Cactus, 2011.

OBRAS DE GILLES DELEUZE Y FELIX GUATTARI.

- *L'Anti-OEdipe*, Paris, Minuit, 1972 (trad. Monge, F., *El Anti-Edipo*, Barcelona, Paidós, 1985).
- *Kafka. Pour une littérature mineure*, Paris, Minuit, 1975 (trad. Aguilar, J., *Kafka. Por una literatura menor*, México, Era, 1978).
- *Mille plateaux*, Paris, Minuit, 1980 (trad. Vázquez, J., y Larraceleta, U., *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 1988).
- *Qu'est-ce que la philosophie?*, Paris, Minuit, 1991 (trad. Kauf, T., *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1993).

OBRAS DE JACQUES LACAN.

- De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, Paris, Seuil, 1975 (trad. Alatorre, A., *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, 2012).
- Écrits*, Paris, Seuil, 1966 (trad. *Escritos* (2 volúmenes), Madrid, Siglo XXI, 1984).
- Psicoanálisis. Radiofonía y televisión*, Barcelona, Anagrama, 1980.
- Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1988.

- *Autres Écrits*, Paris, Seuil, 2001 (trad. Esperanza, G., Trobas, G., Palomera, V., Álvarez, M., Delmont-Mauri, J.L., Sucre, J., Vicens, A., *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012).
- *Mon enseignement*, Paris, Seuil, 2005 (*Mi enseñanza*, trad. N. A. González, revisada por G. Brodsky, Buenos Aires, Paidós, 2007).
- *Le triomphe de la religion précédé de Discours aux catholiques*, Paris, Seuil, 2005 (*El triunfo de la religión precedido del Discurso a los católicos*, trad. N. A. González, revisada por G. Brodsky, Buenos Aires, Paidós, 2005).
- *Des Noms-du-Père*, Paris, Seuil, 2005 (*De los nombres del padre*, trad. N. A. González, revisada por G. Brodsky, Buenos Aires, Paidós, 2005).
- *Le Séminaire, livre I: Les écrits techniques de Freud*, Paris, Seuil, 1975 (*Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, trad. Cevasco R., y Mira Pascual V., Buenos Aires, Paidós, 1981).
- *Le Séminaire, livre II: Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1978 (trad. Agoff, I., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 1983).
- *Le Séminaire, livre III: Les psychoses*, Paris, Seuil, 1981 (trad. Delmont-Mauri, J. L., Rabinovich, D. S., *Seminario 3. Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1984).
- *Le Séminaire, livre IV: La relation d'objet*, Paris, Seuil, 1994 (trad. Berenguer, E., *Seminario 4. La relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós, 1994).
- *Le Séminaire, livre V: Les formations de l'inconscient*, Paris, Seuil, 1998 (trad. Berenguer, E., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999).
- *Le Séminaire, livre VI: Le désir et son interprétation* (inédito).
- *Le Séminaire, livre VII: L'éthique de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1986 (trad. Rabinovich, D. S., *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988).
- *Le Séminaire, livre VIII: Le transfert*, Paris, Seuil, 2001 (trad. Berenguer, E., *Seminario 8. La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2003).
- *Le Séminaire, livre IX: L'identification* (inédito).
- *Le Séminaire, livre X: L'angoisse*, Paris, Seuil, 2004 (trad. Berenguer, E., *Seminario 10. La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006).
- *Le Séminaire, livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1964 et 1973 (trad. Delmont-Mauri J. L., y Sucre, J., revisada por D. Rabinovich, *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1987).
- *Le Séminaire, livre XII: Problèmes cruciaux pour la psychanalyse*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XIII: L'objet de la psychanalyse*, (inédito).

- *Le Séminaire, livre XIV: La logique du fantasme*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XV: L'acte psychanalytique*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XVI: D'un Autre à l'autre*, Paris, Seuil, 2006 (trad. González, N.A., revisada por Brodsky, G., *Seminario 16. De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, 2008).
- *Le Séminaire, livre XVII: L'envers de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1991 (trad. Berenguer E., Bassols, M., *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992).
- *Le Séminaire, livre XVIII: D'un discours qui ne serait pas du semblant*, Paris, Seuil, 2007 (trad. González, N. A., revisada por Brodsky, G., *Seminario 18. De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009).
- *Le Séminaire, livre XIX: Ou pire...*, Paris, Seuil, 2011 (trad. Arenas, G., revisada por Brodsky, G., *Seminario 19. ...o peor*, Buenos Aires, Paidós, 2012).
- *Le Séminaire, livre XX: Encore*, Paris, Seuil, 1975 (*Seminario 20. Aún*, trad. Rabinovich, D., Delmont-Mauri, J. L., Sucre, J., Buenos Aires, Paidós, 1975).
- *Le Séminaire, livre XXI: Les non dupes errent*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XXII: RSI*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XXIII: Le sinthome*, Paris, Seuil, 2003 (trad. González, N. A., revisada por Brodsky, G., *Seminario 23. El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006).
- *Le Séminaire, livre XXIV: L'insu que sait de l'une-béuve s'aile à mourre*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XXV: Le moment de conclure*, (inédito).
- *Le Séminaire, livre XXVI: La topologie et le temps*, (inédito).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL.

ADAMS, C., *The knot book: an elementary introduction to mathematical theory of knots*, New York, W.H. Freeman & Co., 1994.

AGAMBEN, G., *Homo sacer: Il potere sovrano e la nuda vita*, Turín, Giulio Einaudi, 1995 (trad: Gimeno Cuspinera, A., *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, 1998).

ALEMÁN, J., *Cuestiones antifilosóficas en Jacques Lacan*, Buenos Aires, Atuel, 1992.
Derivas del discurso capitalista: notas sobre el psicoanálisis y política, Málaga, Miguel Gómez Eds. 2004.
Para una izquierda lacaniana, Buenos Aires, Grama, 2011.

ALEMÁN, J., LARRIERA, S., *Lacan : Heidegger, el psicoanálisis en la tarea del pensar*, Buenos Aires, Manantial, 1998
El inconsciente. Existencia y diferencia sexual, Madrid, Síntesis, 2001.

ANSCOMBRE, J. C., DUCROT, O., *L'argumentation dans la langue*, Bruxelles, Mardaga, 1983.

APEL, K. O., *La transformación de la Filosofía. Tomo II: El a priori de la comunidad de comunicación* (trad. Cortina, A., Chamorro, J. y Conill, J.) Madrid, Taurus, 1985.

ARAGÜÉS, J. M., *Gilles Deleuze. Un pensamiento nómada*, Zaragoza, Mira, 1997.
Deleuze, Madrid, Ediciones del Orto, 1998.

ARANZUEQUE SAHUQUILLO, G., “Realidad y mundo en el *Tractatus* de Wittgenstein. Notas para una ontología integral” en *Revista de filosofía*, nº 14, 1995, 45-56.

ARISTÓTELES, *Tratados de lógica I y II*, (trad. Candel, M.), Gredos, 1982
Metafísica, (trad: Calvo, T.), Gredos, 1994.
Física (trad: Echandía, G.), Gredos, 1995.

ARNAULD, A., Lancelot, C., *Grammaire générale et raisonnée: contenant les fondemens de l'art de parler, expliqués d'une manière claire et naturelle*, Paris, Prault fils l'aîné, 1754.

AUBENQUE, P., *Le problème de l'être chez Aristote. Essai sur la problématique aristotélicienne*, París, PUF, 1962 (trad: Vidal Peña, *El problema del ser en Aristóteles*, Madrid, Taurus 1981).
La prudence chez Aristote, París, PUF, 1963(trad. Torres, M.J., *La prudencia en Aristóteles*, Barcelona, Crítica, 1999)

AUSTIN J. L., *How to do Things with Words*, Oxford University Press, 1962. (trad. Carrió, G. R. y Rabossi, E.A., *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 2008).

BADESA, C., JANÉ, I., JANSANA, R., *Elementos de lógica formal*, Barcelona, Ariel, 1998.

BADIOU, A., “La Subversion infinitésimale” en *Cahiers pour l'analyse*, nº 9, 1968.
L'Être et l'Événement, París, Seuil, 1988.
Deleuze. La clameur l'être, Parñis, Hachette, 1997.

BADIOU, A., CASSIN, B., *Il n'y a pas de rapport sexuel: Deux leçons sur “L'étourdit” de Lacan*, París, Fayard, 2010.

BALMES, F., *Ce que Lacan dit de l'être (1953-1960)*, París, PUF, 1999 (trad: Pons, H., *Lo que Lacan dice del ser*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002).

BATESON, G., *Steps to an Ecology of Mind*, Northvale, New Jersey, Londres, Jason Aronson Inc., 1972.

BECKETT, S., *El innombrable* (trad: Santos, R.), Madrid, Alianza Editorial, 1971.

BENVENISTE, É., “Communication animale et langage humain”, en *Diogène. Revue Internationale des Sciences Humaines*, nº1, 1952.
Problèmes de linguistique générale, 1, Paris, Gallimard, 1966 (trad. S.XXI, 1971).

BERGSON, H., *Matière et mémoire: Essai sur la relation du corps à l'esprit* (1939), París, PUF, 1965 (trad: Ires, P., *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*, Buenos Aires, Cactus, 2006).

- BERRAONDO, J., *El estoicismo: la limitación interna del sistema*, Barcelona, Montesinos, 1992.
- BEUCHOT, M., *La semiótica: Teorías del signo y el lenguaje en la historia*, México, FCE, 2004.
- BOEHNER, P., *Medieval Logic. An Outline of Its Development from 1250 to c.1400*, Manchester: Manchester University Press, 1952.
- BOUNDAS, C., (col.), *Deleuze and Philosophy*, Edinburgh University Press, 2006.
- BRACHER, M., ALCORN, M. W., CORTHELL, R. J., MASSADIER-KENNEY (eds), *Lacanian Theory of Discourse: Subject, Structure and Society*, New York University Press, 1994.
- BRÉHIER, É., *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, París, Vrin, 1997.
- BRUN, J., *Le stoïcisme*, PUF, 1972. (*El estoicismo*, traducción de J. Blanco Regueira, México, UAEM, 1997).
- BRUNSCHWIG, J. “Dialectique et ontologie chez Aristote”, en *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 1964.
 “La proposition particulière et les preuves de non-conclurance chez Aristote”, en *Cahiers pour l'analyse*, nº 10, París, Seuil, 1969.
- BUCHANAN, I., *Deleuze and Guattari's Anti-Oedipus*, London, Continuum, 2008.
- BÜHLER, K., *Sprachtheorie*, Jena, 1964, (trad: Marías, J., *Teoría del lenguaje*, Madrid, Alianza Universidad, 1979).
- CASTILLA CEREZO, A., “La cosa en su presencia: Gilles Deleuze y la pintura” en *Fedro: Revista de estética y teoría de las artes*, nº 13, 2014, 49-49.
- CHEMAMA, R., Vandermersch, B., *Diccionario psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.
- CHOMSKY, N., *Cartesian linguistics*, (1966), Cambridge University Press, 2009.
Language and Mind, (1968), Cambridge University Press, 2006.
- CLASTRES, P., *La société contre l'État: recherches d'anthropologie politique*, París, Munuit, 1974 (trad: Madrid, P., *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Virus, 2010).
- CLÉRAMBAULT, G. G., *Œuvres Psychiatriques*, París, Frénésie Eds., 1998.
- COMBES, M., *Simondon, Individu et collectivité*, París, PUF, 1999.
- CRISIPO DE SOLOS, *Testimonios y fragmentos*, (Introducción, selección de textos, traducción y notas de Campos Daroca, F. J., y Nava, M.), Vol. II, Madrid, Gredos, 2006.
- DARMON, M., *Essais sur la topologie lacanienne*, París, Éditions de l'Association Freudienne, 1990 (trad: Peuser, P., *Ensayos acerca de topología lacaniana*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008).
- DAVID-MENARD, M., *Deleuze et la psychanalyse*, París, PUF, 2005.
- DECKER, H. S., “How Kraepelinian was Kraepelin? How Kraepelinian are the neo-Kraepelians? -From Emil Kraepelin to DSM-III”, en *History of Psychiatry*, SAGE publications, 2007.

- DESCARTES, R., *Las pasiones del alma*, (trad. cast. Martínez Martínez, J.A. Andrade Boué, P.), Madrid, Tecnos, 2006.
Reglas para la dirección del espíritu (trad cast. Samaranch, F.P.), Barcelona, Orbis, 1983.
- DEVAUX, E., *Trois problèmes L'espèce, l'instinct, l'home*, Paris, E. Le François, 1933.
- DOR, J. *Introducción a la lectura de Lacan I: el inconsciente estructurado como un lenguaje*, Barcelona Gedisa, 1995.
Introducción a la lectura de Lacan II: la estructura del sujeto, Barcelona Gedisa, 1995.
- DOSSE, F., *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1996*, trad. Llinares, M.M., Madrid, Akal, 2004.
Historia del estructuralismo. Tomo II: El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días, (trad: Llinares), M.M., Madrid, Akal, 2004.
Gilles Deleuze et Félix Guattari. Biographie croisée, París, La Découverte, 2007 (trad: Garzonio, S., *Gilles Deleuze y Feliz Guattari: biografía cruzada*, Buenos Aires, FCE, 2009).
- DUCROT, O., “Chronique Linguistique”, *L' Homme*, 1967,
 “La description sémantique des énoncés français et la notion de présupposition”, en *L' Homme, revue française d'anthropologie*, Cahier 1, Vol. VIII, Paris, La Haya, Mouton & CO., 1968.
 “Présumptions et sous-entendus”, en *Langue Française*, nº 4, dic. 1969, Larousse.
 “La description sémantique en linguistique”, en *Journal de Psychologie normale et pathologique* nº 12, 1973.
Le Dire et le Dit, París, Minuit, 1980, (trad. Vassallo, S., *El decir y lo dicho*, Buenos Aires, Hachette, 1984).
- DUCROT, O., TODOROV, T., *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, París, Seuil, 1972 (trad: Pezzoni, E., *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo XXI, 1974).
- DOPAZO GALLEGU, A., “El estoicismo a la luz de la noción de tiempo: Lógica, Física y Ética”, en *LOGOS. Anales del seminario de metafísica*. Vol. 46, Madrid, 2013: 183-209.
- ECO, U., *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen, 2000 (5ª ed).
- ESCANDELL VIDAL, M. V., *Introducción a la pragmática*, Barcelona, Ariel, 1996.
- FOUCAULT, M., “Qu'est-ce qu'un auteur?”, Conferencia en la Sociedad Francesa de Filosofía, 22 de febrero de 1969. Publicado en *Littoral* nº9, juin 1983 (trad: Mattoni, S., “¿Qué es un autor?”, *Littoral* nº 25/26, Córdoba, Edelp, 1998).
- FREGE, G., *Grundgesetze der Arithmetik*, Hildesheim, G. Olms, 1962, p. 51.(trad. Molulines, U. *Fundamentos de la aritmética*, Barcelona, Laia, 1973).
- FREUD, S., *Obras completas* (24 vols.), Buenos Aires, Amorrortu, 1978-1985.
- FUMAGALLI, A., *Il reale nel linguaggio. Indicalità e realismo nella semiotica di Peirce*, Milán, Vita e pensiero, 1995.

- GÁRATE, I. y MARINAS, J. M., *Lacan en español, breviario de lectura*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- GOLDSCHMIDT, V., *Le système stoïcien et l'idée de temps*, Paris, Vrin, 1969.
- GOLDARAZ GAINZA, J. J. *Afinación y temperamento en la música occidental*, Madrid, Alianza, 1992.
- GUATTARI, F., *Chaosmose*, París, Galilée, 1992 (trad: Agoff, I., *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial, 1996).
- HEIDEGGER, M., (1951), *Conferencias y artículos* (trad. Barjau, E.), Barcelona, Serbal, 1994.
Was heisst denken? (trad. Gabás, R., *¿Qué significa pensar?*, Madrid, Trotta, 2005).
- HEIJENOORT, J., *From Frege to Gödel: A Source Book in Mathematical Logic*, Harvard University Press, 1967.
- HJELMSLEV, L., *Omkring Sprogteoriens Grundlæggelse*, en *Festskrift udg. Af Københavns Universitet*, 1943 (trad. Díaz de Liaño, J.L., *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1969).
- HÖLDERLIN, F., *Ensayos*, (traducción y notas: Martínez Marzoa, F), Madrid, Hiperión, 1997.
- INGALA GÓMEZ, E., “En voz alta. Los cursos de Gilles Deleuze en Vincennes” en *LOGOS. Anales del seminario de metafísica*. Vol. 41, Madrid, 2008: 341-351.
 “Salvar lo infinito. La filosofía de Gilles Deleuze” en *Ontology Studies* 10, 2010, 233-244.
Estructura y relación: filosofía trascendental en Gilles Deleuze y Jacques Lacan, Madrid, UCM, 2012.
 “La dialéctica trascendental de la relación entre los sexos en Lacan” en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 30, 2013, 191-213.
 “Entre filosofía y psicoanálisis, el arte del bricolaje. Reflexiones a propósito de «contingencia del pensamiento, método escéptico, trabajo de duelo»” en *Contextos Kantianos, International Journal of Philosophy*, 1, 2014, 104-108.
- JAKOBSON, R., *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel, 1984.
- JULIEN, PH., *Psychose, perversion, névrose. La lecture de Jacques Lacan*, París, Erès, 2000 (trad: Pons, H., *Psicosis, pervisión, neurosis. La lectura de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002).
- KAFKA, F., *Obras completas* (trad. Bosch, J., Laurent, A., Mahler, R., Martín, J., Rottner, J.), Barcelona, Teorema, 1983.
- KANT, I., *Kant's gesammelte Schriften*, Hrsg. von der Preussischen, bzw. von der Deutschen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1902-1983, 29 vols.
- KEYNES, J. M., *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan Cambridge University Press, 1936 (trad. Hornedo, E., revisada por Martín A., *Teoría general de la ocupación el interés y el dinero*, Buenos Aires, FCE, 2001).
- KLEE, P. *Teoría del arte moderno*, Buenos Aires, Cactus, 2007.
- KRAEPELIN, E., *La demencia precoz*. Buenos Aires, Ed. Polemos. 2008.

- KRAFFT-EBING, R., *Psychopatia sexualis*, Bloat Books, 1999.
- KRISTEVA, J., *Σημειωτική. Recherches pour une sémanalyse*, París, Seuil, 1969, (trad: Arancibia, M., *Semiótica*, vols. 1 y 2, Caracas, Fundamentos, 1978).
- LAVIOSA-ZAMBOTTI, P., *Les origines et la diffusion de la civilisation*, Payot, 1949.
- LABOV, W., *Sociolinguistic Patterns*, Philadelphia, University of Pensilvania Press, 1972
Languaje in the Inner City, Philadelphia, University of Pensilvania Press, 1972.
- LABOV, W., ASH, S., y BOBERG, CH., *Atlas of North American English: Phonology and Phonetics*, Berlín, Mouton de Gruyter, 2006.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J. B., *Vocabulaire de la psychanalyse*, París, PUF, 1967 (trad: Gimeno, F., *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1996).
- LARRIERA, S., *Nudos & cadenas*, Málaga, Miguel Gómez, 2010.
- LEACH, E., *Rethinking Anthropology*, Robert Cunningham and Sons, 1961 (trad: *Replanteamiento de la antropología*, Barcelona, Seix Barral, 1971).
- LECLAIRE, S., *Ecrits pour la psychanalyse 1. Demeures de l'allieurs*, París, Seuil, 1998 (trad: Agoff, I., *Escritos para el psicoanálisis 1. Moradas de otra parte*, Buenos Aires, Amorrortu, 2000).
- LECLER, G.L., (Conde de Buffon), "Historie naturelle des animaux", *Oeuvres*, Paris, Gallimard, 2007.
- LE GAUFEY, G., *Le pastout de Lacan*, París, Epel, 2006 (trad: Mattoti, S., *El notodo de Lacan: consistencia lógica, consecuencias clínicas*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007).
- LEROI-GOURHAN, A., *Le geste et la parole*, Paris, Éditions Albin, 1965 (trad. Carrera, F., *El gesto y la palabra*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1971).
- LEVI-STRAUSS, C., *Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss*, en Mauss, M., *Sociologie et Anthropologie*, Paris, PUF, 1950 (trad: "Introducción a la obra de Marcel Mauss", en M. Mauss, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1971).
- LYOTARD, J. F., *Economie Libidinale*, París, Minuit, 1974 (trad: Mercado, T., *Economía libidinal*, Mexico, FCE, 1990).
Discours, Figure, París, Klincksieck, 1974 (trad: Elias, J. Y Hesse, C., *Discurso, figura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979).
L'enthousiasme, París, Éd. Galilée, 1986 (trad: Bixio, A. L., *El entusiasmo: crítica kantiana de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1987).
L'inhumain. Causeries sur le temps, París, Galilée, 1988 (trad: Pons, H., *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial, 1998).
Pourquoi philosopher?, París, PUF, 2012 (1964) (trad: González, G., edit: Muñoz, J., *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias*, Barcelona Paidós, 1992).
- MARTINET, A., *Éléments de linguistique générale*, Paris, Colin, 1960.(trad: Calonge, J. *Elementos de lingüística general*, Madrid, Gredos, 1974).

- MARTÍNEZ, F. J., “Ontología y diferencia: la filosofía de Gilles Deleuze”, en *Eikasia. Revista de Filosofía*, año IV, nº 23, 2009.
- MARX, K., *El Capital. Crítica de la economía política. Libro primero, El proceso de producción del capital*, vol. 1., (trad: Scaron, P.), Madrid, Siglo XXI, 1975.
- MATES, B., *Stoic Logic*, University of California Press, 1973 (trad: García Baró, M., *Lógica de los estoicos*, Madrid, Tecnos, 1985).
- MAUSS, M., *Sociologie et Anthropologie*, Paris, PUF, 1950 (trad:, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1971).
- MILL, J. S., *A System of Logic, ratiocinative and inductive*, Honolulu, University Press of the Pacific, 2002.
- MILLER, H., *Sexus*, Barcelona, Quinteto, 2009.
- MILLER, J. A., *Recorrido de Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1984.
El banquete de los analistas: Los cursos psicoanalíticos de J.A. Miller (1989-90), Buenos Aires, Paidós, 2000.
Matemas I, Buenos Aires, Manantial, 1987.
Matemas II, Buenos Aires, Manantial, 1988.
De mujeres y semblantes, Buenos Aires, Cuadernos del Pasador, 1993.
Los signos del goce (Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller), Buenos Aires, Paidós, 1998.
El lenguaje, aparato del goce, Buenos Aires, Diva, 2000.
El partenaire-síntoma (Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller), Buenos Aires, Paidós, 2003.
- MILNER, J. C., *El periplo estructural. Figuras y paradigmas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.
“Lacan et la science moderne” en VV. AA., *Lacan avec les philosophes*, París, Albin Michel, 1991.
- MORRIS, CH. W., *Foundations of the Theory of Signs*, University of Chicago Press, 1938. (trad. *Fundamentos de la teoría de los signos*, Paidós, 1994).
- MURPHEY, M. G., *The development of Peirce's Philosophy*, Cambridge (Mass), Harvard University Press, 1961.
- NASIO, J. D., *Topologerie. Introduction à la topologie psychanalytique*, en *Les yeus de Laure. Le concept d'object a dans la théorie de J. Lacan*, Paris Aubier, 1987 (trad; Etcheverry, J.L., *Topologeria. Introducción a la topología de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007).
- NIETZSCHE, F., *La gaya ciencia* (trad. Grego, C., Groot, G.), Madrid, Akal, 1988.
La genealogía de la moral (trad: Sánchez Pascual,A.), Madrid, Alianza Editorial, 2006.
Consideraciones intempestivas, tomo 1 (trad: Sánchez Pascual,A.) , Madrid, Alianza Editorial, 2006.

- PARDO, J. L., *Deleuze. Violentar el pensamiento*, Madrid, Cincel, 1990.
Sobre los espacios, pintar, escribir, pensar, Barcelona, Serbal, 1991.
 “Las tres alas: aproximación al pensamiento de Gilles Deleuze” en *Revista de Occidente*, nº 178, Madrid, 1996.
 “De cuatro fórmulas poéticas que podrían resumir la filosofía deleuziana”, en Aragüés, J. M.(coord.) *Gilles Deleuze. Un pensamiento nómada*, Zaragoza, Mira, 1997.
 “Máquinas y componendas. La filosofía política de Deleuze y Foucault”, en López P. y Muñoz J.(eds.), *La impaciencia de la libertad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
Estructuralismo y ciencias humanas, Madrid, Akal, 2001.
 “Las desventuras de la potencia (otras consideraciones inactuales)”, en *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*, vol. 35, Madrid, 2002: 55-78.
 “Inversión y fuga. Apuntes para un retrato filosófico de Deleuze”, introducción a Deleuze, G., *Dos regímenes de locos*, Valencia, Pre-Textos, 2007.
El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze, Valencia, Pre-Textos, 2011.
- PASOLINI, P. P., *Empirismo eretico*, Milán, Garzanti Libri, 2000.
- PLATÓN, *Parménides*, (trad. intro y notas: Santa Cruz, M. I., Vallejo, A., Cordero, N. L.), Madrid, Gredos (*Diálogos V*), 1988.
- PEIRCE, CH. S., *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vols. 1–6, 1931–1935,(eds: Hartshorne, Ch., Weiss, P.), vols. 7–8, 195 (ed: , Burks, A. W.), Harvard University Press, Cambridge, MA.
- PÉREZ CARREÑO, F., *Los placeres del parecido. Icono y representación*. Madrid, Visor, 1988.
- PROFIRIO, *Isagoge* (introducción, traducción y notas: García Norro, J.J. y Rovira, R.), Barcelona, Anthropos, 2003.
- ROUDINESCO, E., *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, París, Fayard, 1993, (trad. Segovia, T., Jacques Lacan. *Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1995).
- ROUSSEAU, J. J., *Ensayo sobre el origen de las lenguas* (traducción de M. Armiño), Madrid, Akal, 1980.
- ROYCE, J., *The Religious Aspect of Philosophy*, Boston, Houghton Mifflin, 1885.
- SAEZ RUEDA, L., *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*, Madrid, Trotta, 2009.
- SAUSSURE, F., *Cours de linguistique générale*, París, Payot, 4ªed., 1995 (trad: Alonso, A, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945).
- SCHAREIN, R.G., *Interactive topological drawing*, The University of British Columbia, 1998.
- SCHREBER, D. P., *Memorias de un enfermo de los nervios*, México, Sexto Piso, 2008.
- SHAKESPEARE, W., *The Oxford Shakespeare Complete Works*, Oxford University Press, 2005.
- SHEJTMAN, F., *La trama del síntoma y el inconsciente*, Buenos Aires, Serie del Bucle, 2004.
- SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, Barcelona, Juventud, 2012.

- SÉRIEUX, P. Y CAPGRAS, J. *Les folies raisonnantes*, París, Alcan, 1909.
- SIMONDON, G., *L'individu et sa genèse physico-biologique*, Grenoble, J. Millon, 1995
L'individuation à la lumière des notions de forme et d'information, Grenoble, J. Millon, 2006 (trad. Ires, P., *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*, Buenos Aires, Cactus, 2015).
- SPINOZA, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, (trad. Domínguez, A.), Madrid, Trotta, 2000.
- SMITH, D. W., "The Inverse Side of the Structure: Zizek on Deleuze on Lacan", en *Criticism*, 46, 4; 2004.
- SOLER, C., *Finales de análisis*, Buenos Aires, Manantial, 1988.
- SOLLERS, PH., *Nombres*, París, Gallimard, 1968.
- SOURY, P., *Cadenas, nudos y superficies en la obra de Lacan*, Buenos Aires, Xavier Bóveda, 1984.
- STRAWSON, P. F., *Individuals: An Essay in Descriptive Metaphysics*, Londres, Methuen, 1959.
- TAMBIAH, S. J., *Edmund Leach: An Anthropological Life*, Cambridge University Press, 2002.
- TOURLAKIS, G., *Lectures in Logic and Set Theory*, Vol. 2, Cambridge University Press, 2003.
- VIDAL SEPHIHA, H., "Introduction à l'étude de l'intensif", en *Langages*, 1973.
- VOLÓSHINOV, V. N., *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (trad: Bubnova, T.), Buenos Aires, Godot, 2009.
- WAGENBACH, K., *Franz Kafka, Eine Biographie seiner Jugend 1883-1912*, Berna, Francke, 1958 (trad: Vernengo, R. J., *La juventud de Franz Kafka*, Caracas, Monte Ávila, 1971).
- WILLATT, E., LEE, M. (eds.), *Thinking Between Deleuze and Kant. A Strange Encounter*, London, Continuum, 2009.
- WITTGENSTEIN, L., *Tractatus logico-philosophicus* (traducción e introducción: Muñoz, J. Y Reguera, I.), Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- WORRINGER, W., *Formprobleme der Gotik*, Munich, Piper, 1911.
- ŽIŽEK, S. *The Metastases of Enjoyment: Six Essays On Women and Casuality*, Londres, Verso, 1994 (trad: *Las metástasis del Goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, ed. Paidós, Buenos Aires, 2003).
 (ed.), *Jacques Lacan. Critical Evaluations in Cultural Theory. Volume III: Society, Politics, Ideology*, London, Routledge, 2003.
Organs without Bodies: On Deleuze and Consequences, London, Routledge, 2004 (trad: *Órganos sin cuerpo*, Valencia, Pre-textos, 2006).
- ZOURABICHVILI, F., SAUVAGNARGUES, A., MARRATI, P., *La philosophie de Deleuze*, Paris, PUF, 1994. (trad: Agoff, I., *Deleuze, una filosofía del acontecimiento*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004).
- ZOURABICHVILI, F., *Le vocabulaire de Deleuze*, Paris, Ellipses, 2003 (trad: Goldstein, V., *El vocabulario de Deleuze*, Buenos Aires, Atuel, 2007).

ANEXO.

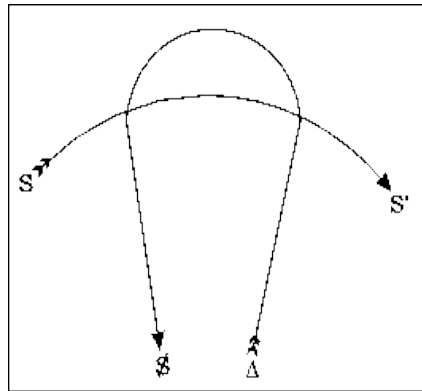


Figura 1.

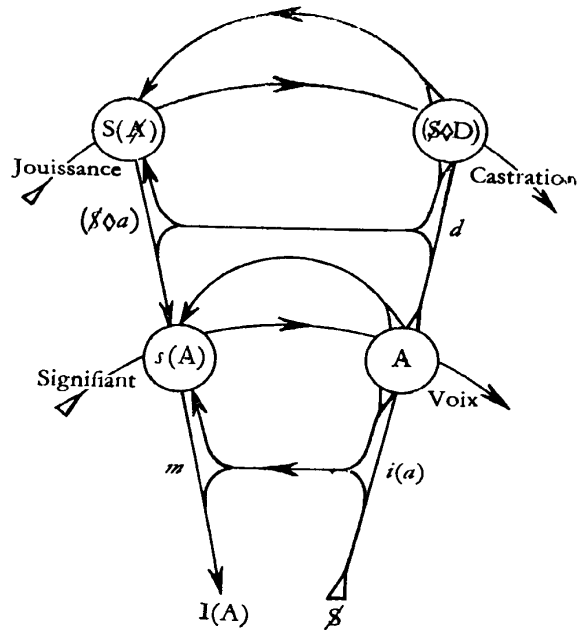


Figura 2.

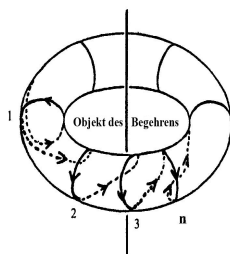


Figura 3.

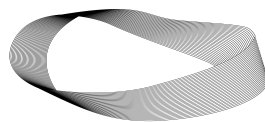


Figura 4.

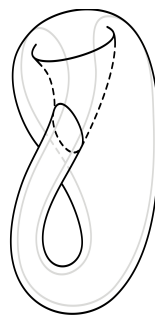


Figura 5.

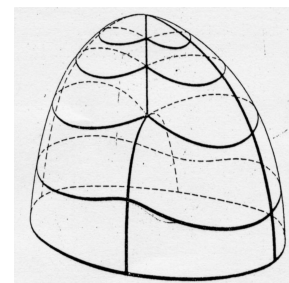


Figura 6.

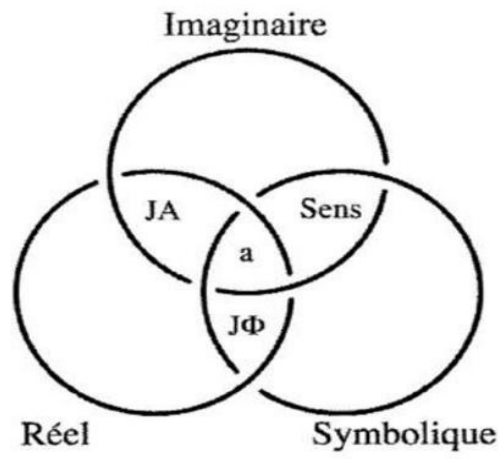


Figura 7.

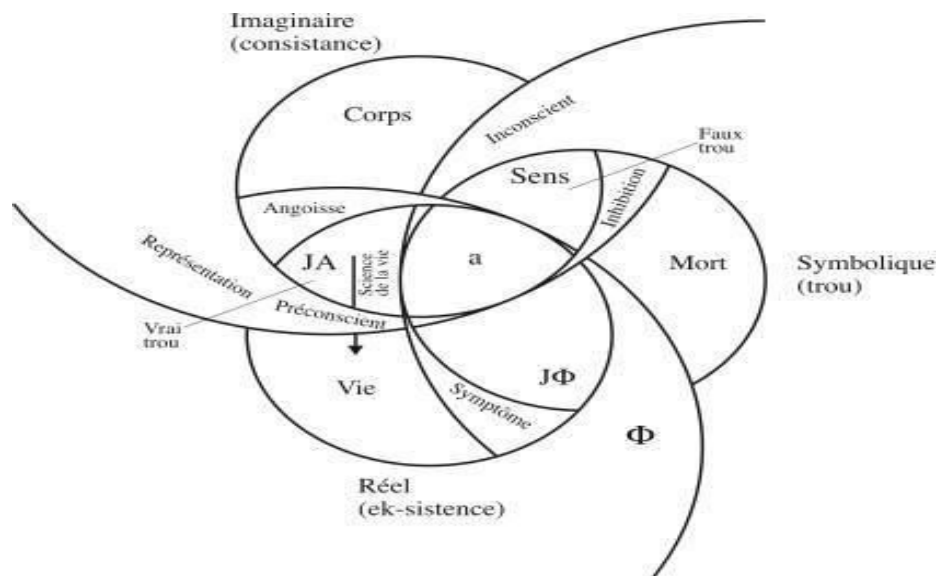
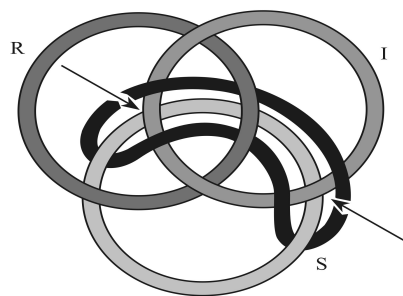


Figura 8.



El sinthome borroneo

Figura 9.

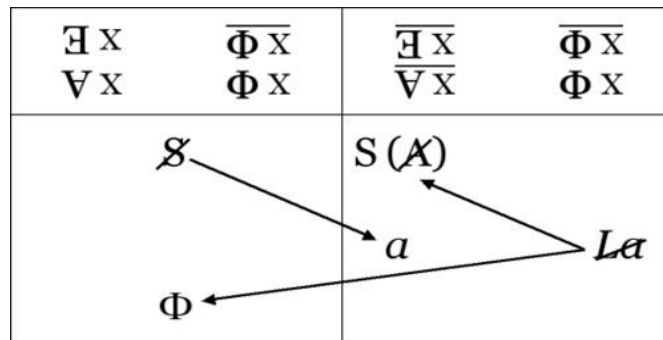


Figura 10.

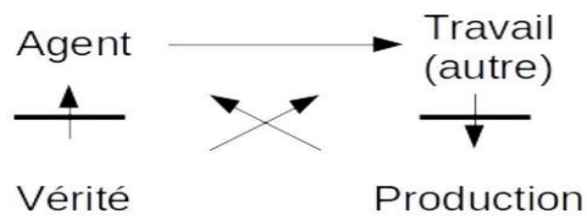


Figura 11.

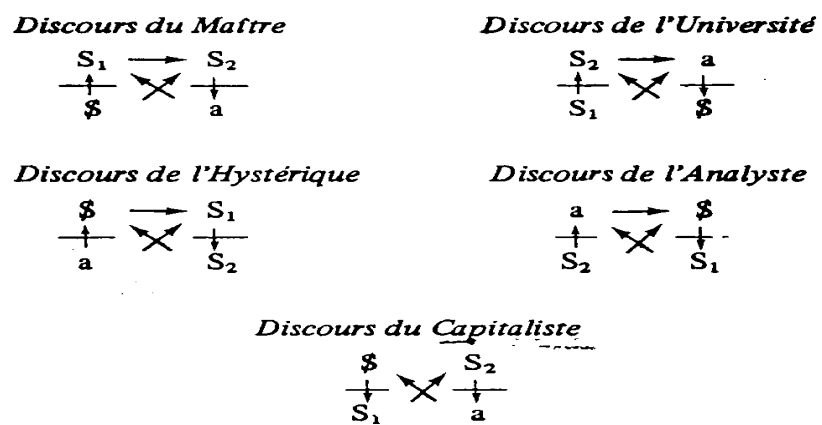


Figura 12.

RESUMEN DE LA TESIS.

TÍTULO: SEMIÓTICA, LÓGICA E INDIVIDUACIÓN EN DELEUZE Y LACAN: ONTOLOGÍA Y POLÍTICA DE LA CLÍNICA.

INTRODUCCIÓN:

El planteamiento general de este trabajo tiene todo que ver con un intento de clarificación referido a las concepciones lógicas y semióticas en virtud de las cuales es posible sostener la irreductibilidad al discurso científico tanto de la filosofía como del psicoanálisis. Tal discurso se constituye en la modernidad y, por cuanto encuentra un peculiar modo de inserción institucional y social como práctica científica de innovación y desarrollo, además de porque dicha inserción le confiere un papel especialmente relevante en los procesos de subjetivación requeridos y propiciados por la sociedad contemporánea, entendemos que la cuestión planteada reviste una relevancia digna de ser tenida en consideración. Ahora bien, muchos son los estudios dedicados a esta cuestión desde perspectivas muy diversas, si bien frecuentemente aquello que se sitúa como objeto principal de la investigación es extraído, bien del lado de la articulación de la ciencia con las condiciones de producción de la sociedad moderna, bien del de un hipotético sujeto (en cierto sentido moral o personal) que resulta violentado o sometido por dichas condiciones. Sin embargo, el propósito y proceder de este volumen pretende situarse en un ámbito intermedio, sirviéndose del modo en el que dos figuras representativas tanto de la filosofía como del psicoanálisis durante la segunda mitad del siglo XX reciben las consecuencias del llamado “giro lingüístico”, en especial por lo que toca a su vertiente estructuralista y a los debates que aparecen a partir de su surgimiento. Tomando como partida la propuesta de Gilles Deleuze de considerar la sintomatología como una práctica propiamente crítica que concierne al modo de reunión y disociación de síntomas mediante la cual se construyen síndromes o regímenes de signos conforme a los que puede tener lugar una evaluación de los sujetos, entendemos que resulta crucial disponer de un aparato conceptual suficiente para dar cuenta de qué concepción del lenguaje y del signo en general se pone en juego en el psicoanálisis y de hasta qué punto ésta es solidaria con respecto a aquella que es efectiva en el ámbito de la sociedad contemporánea. El trabajo de Jacques Lacan aparece como especialmente adecuado para este propósito, ya no sólo porque se formula explícitamente como un acercamiento al sujeto y al inconsciente que no puede prescindir del lenguaje como elemento central de manifestación, sino por cuanto en el desarrollo de su pensamiento entendemos que se efectúan ciertas modificaciones de los planteamientos estructuralistas que apuntan a una concepción del signo relativamente independiente con respecto a supuestos lógicos y ontológicos que apuntalan la constitución misma del discurso científico y

también de la subjetividad contemporánea. De este modo, la estructura del presente trabajo deberá, en primer lugar, clarificar cuál es la concepción semiótica en virtud de la cual Deleuze puede afirmar la potencia crítica y productiva de la sintomatología, librándose así del carácter tecnológico y reproductivo del esquema hilemórfico, para después considerar qué aportaciones de Lacan resultan afines a dicha concepción y hasta qué punto la progresiva desinserción institucional del psicoanálisis en gran parte del mundo durante los primeros años del siglo XXI puede achacarse a que sus supuestos semióticos y ontológicos pudiesen resultar poco adecuados para efectuar los procesos de subjetivación que demanda la sociedad contemporánea.

OBJETIVOS:

Es posible distinguir en principio dos etapas en el desarrollo del trabajo, si bien éstas no son en absoluto simétricas, sino que más bien siguen un orden lineal y acumulativo: en los cinco primeros capítulos, se presenta el modo en que Deleuze se sirve de diferentes nociones relativas al campo de la semiótica, comenzando con la concepción del signo que recibe del estoicismo antiguo para terminar exponiendo cómo, en su trabajo en colaboración con Felix Guattari, el pensamiento deleuzeano se hace cargo del problema al que responden las modificaciones más sustantivas en el campo de la sintomatología psiquiátrica de finales del siglo XIX, y también presentar los puntos esenciales de la crítica dirigida al psicoanálisis, en especial a la versión que de éste propone Lacan. En la segunda parte, se acomete la exposición de aquellas aportaciones del pensamiento lacaniano que entendemos más desligadas de la concepción semiótica impugnada por la propuesta de Deleuze, sirviéndonos de la terminología explicada más extensamente en los capítulos anteriores. Reservamos el último capítulo, titulado “Capitalismo y psicoanálisis”, para la consideración de los límites de la crítica que Deleuze y Guattari dirigen al psicoanálisis lacaniano, especialmente por lo que toca a su complicidad con el régimen capitalista y a su dependencia con respecto a supuestos semióticos, lógicos y ontológicos que intervienen en la constitución de la subjetividad contemporánea: tal capítulo constituye la conclusión del trabajo en lo que éste tiene de comparación entre el pensamiento de dos autores.

RESULTADOS:

En lo que respecta a la primera parte del trabajo, es decir, aquella en la que se intenta explicitar la concepción semiótica general mantenida por Deleuze a partir de la consideración de sus influencias para, después, exponer hasta qué punto tal concepción constituye uno de los ejes principales que articulan la crítica que, junto con Guattari, dirige al psicoanálisis, se presenta en

primer lugar la recepción del pensamiento del estoicismo antiguo por parte de Deleuze. Atendemos especialmente a la consideración estoica de la heterogeneidad entre lógica y física que resulta de una concepción inmanente del ser, que no reconoce más que a los cuerpos como causa y existentes reales, mientras que el expresable, objeto de la dialéctica estoica, pertenece a la dimensión de los efectos incorpóreos, junto con el límite, el espacio, el tiempo y el vacío. Reteniendo de este examen la centralidad reconocida por los estoicos a la proposición hipotética, su concepción inmanente del límite como efecto incorpóreo y la extensión conferida al término “cuerpo” en el pensamiento estoico, y considerando asimismo su concepción ontológica tonal -que distingue unos cuerpos de otros únicamente por grados de tensión y en virtud, no ya de sus estados o propiedades, sino de sus capacidades de afección-, dedicamos el segundo capítulo a presentar el proyecto de una teoría lingüística según la propuesta de Louis Hjelmslev, trabajo que Deleuze y Guattari consideran el germen de una lingüística molecular. La recepción hjelmsleviana de las tesis de Saussure desemboca en una ampliación del dominio de estudio de los signos más allá de la restricción que deriva de una centralidad excesiva del modelo lingüístico, especialmente por cuanto éste es entendido en función de la prioridad del sistema de la lengua frente al proceso del habla. Del trabajo de Hjelmslev, Deleuze retiene la prioridad del proceso frente al sistema, pero también el carácter virtual del primero, el relativismo de los términos “contenido” y “expresión” (que viene a relevar la atomicidad del vínculo entre significante y significado), la autonomía formal de ambos considerados como planos realmente distintos y su contingencia con respecto a una tercera instancia, el Sentido, en la que es necesario cifrar el aspecto productivo del proceso frente a la mera condición de posibilidad lógica y reproductiva del sistema. Ahora bien, aunque la concepción hjelmsleviana del signo como función en la que entidades del contenido y entidades de la expresión aparecen como terminales en virtud de diferentes dependencias impugna el reconocimiento de cualquier sustantividad referida a la constitución de tales entidades al margen de la función en la que se hayan contraídas, la propuesta de Hjelmslev introduce un supuesto relativo a un repertorio finito de figuras, tanto del contenido como de la expresión, que, si bien constituyen el sentido a partir del cual se explica la posibilidad de producción de infinitos signos, no encuentra en el texto del lingüista danés razón alguna que dé cuenta de su aparición. La apuesta deleuzeana por un pensamiento de la inmanencia encuentra que la caracterización de Hjelmslev de la doble articulación es aplicable a la concepción analógica de los procesos de individuación propuesta por Gilbert Simondon, que impugna la validez del esquema hilemórfico y consigue así situar el estudio de la individuación a partir de lo preindividual en una perspectiva que recusa toda efectividad causal y trascendencia de la forma, concibiendo la materia no ya de forma

homogénea y conforme a una pasividad fundamental, sino a partir de diferencias de potencial y como constituida por una variabilidad y una heterogeneidad fundamentales. En el tercer capítulo se presenta una exposición de cómo los procesos de individuación comprometen la aparición de formas y entidades de la expresión a partir del ser preindividual, sin recurso a la intervención de forma trascendente alguna, lo que reintroduce necesariamente la concepción inmanente del límite y la relevancia de las capacidades frente a las propiedades que ya Deleuze encontraba en el pensamiento estoico. Siguiendo muy de cerca el trabajo de Simondon, Deleuze y Guattari acometen en *Mil Mesetas* la tarea de caracterizar diferentes modalidades o *modulaciones* conforme a las que tienen lugar los procesos de individuación, y es en este contexto en el que se pone de manifiesto cuál es la concepción del signo y de la semiótica que va a sostener tanto su caracterización del régimen capitalista como la crítica dirigida al psicoanálisis de corte lacaniano.

A partir de estas concepciones generales, Deleuze y Guattari proponen una revisión de los supuestos que gobiernan gran parte de las investigaciones acerca del lenguaje, impugnando especialmente la relevancia concedida a la extracción de constantes y a la remisión de las ocurrencias discursivas al eje paradigmático de la lengua: su propuesta de caracterización de cuatro semióticas -a saber, presignificante, significativa, contrasignificante y postsignificante- pretende mostrar cómo esta perspectiva no sólo constituye un reduccionismo desde el punto de vista de la investigación, sino que además reproduce supuestos que confieren un carácter normativo y una efectividad estructurante a las constituciones sistemáticas resultantes de la misma. Del reconocimiento simultáneo del carácter corpóreo del sistema, la proposición o la noción, y del estatuto incorpóreo de las transformaciones que la enunciaci3n efectúa, Deleuze y Guattari toman de la teorí3a de los actos de habla de Austin, así como de los trabajos de Oswald Ducrot relativos a la enunciaci3n, la coextensividad de la dimensi3n ilocucionaria a toda enunciaci3n y su dependencia respecto a supuestos implícitos conectados a todo el campo social: el cuarto capítulo de este trabajo está dedicado a mostrar cómo la dimensi3n pragmática, lejos de constituir un mero epifenómeno o una simple aplicaci3n de los componentes sintácticos y semánticos puestos en juego en la enunciaci3n, resulta central a la hora de dar cuenta del proyecto saussureano de fundaci3n de una ciencia que estudie los signos en el contexto de la vida social, si bien desde un enfoque que no va ya del centro (el sistema consolidado, la proposici3n y la forma l3gica) a la periferia (los agentes del discurso y sus designados), sino más bien al revés y que por ello hace de la variaci3n y la continuidad la condici3n genética real de los fenómenos semi3ticos. Así, este capítulo no puede sino incluir una consideraci3n del tratamiento al que Deleuze y Guattari someten a la obra de Kafka mostrando que, más allá del modelo mayor de la

lingüística y del psicoanálisis -que suponen en principio la posibilidad de una enunciación individualizada, esto es, relativamente independiente con respecto a las determinaciones de determinado campo social- es posible una enunciación en modo menor e inmediatamente política en virtud de la cual las entidades del contenido y de la expresión pueden sustraerse a la correspondencia que prescriben las dependencias dentro del orden del sistema y apuntar a nuevos procesos de individuación relativos tanto a la producción de signos como a la posibilidad de apertura del agenciamiento social. De este modo, las nociones fundamentales puestas en juego durante estos capítulos tienen que ver con la reivindicación de lo maquínico (entendido como puesta en relación de heterogéneos en tanto tales) frente a lo mecánico (que dirige un proceder meramente reproductivo sobre la base de una homogeneidad que sirve como criterio de evaluación de las diferentes ocurrencias discursivas concretas), lo que determina que, en el quinto capítulo, deba hacerse explícita la propuesta de un esquizoanálisis desde cuya perspectiva los dominios de la crítica literaria, la lingüística, la economía política y la psicoopatología establecen vínculos en una zona de indiscernibilidad que los conecta directamente con los modos de estructuración concurrentes en el campo social y con aquello que es capaz de impugnar tales estructuraciones en provecho de individuaciones siempre por venir. Así, la noción de *agencement* viene a relevar a la de estructura y la enunciación sintomatológica encuentra su dimensión propiamente crítica.

De acuerdo con lo expuesto en esta primera parte, los capítulos restantes están dedicados a revisar si la clínica psicoanalítica lacaniana, precisamente por estar afectada en su constitución misma por una tensión entre la vocación de formalización y la radical heterogeneidad de su objeto con respecto a toda determinación corpórea en el sentido que antes hemos indicado, debe caer mas bien del lado de las construcciones doctrinales de la ciencia (siquiera como mera pretensión) o, antes bien, es posible que se haga cargo de su carácter crítico y, por consiguiente, productivo e inmediatamente político, más allá de cualquier escisión entre lo privado y lo público, lo práctico y lo teórico y, en definitiva, entre proceso y sistema. Para ello, es necesario en primer lugar dar cuenta de qué concepción semiótica se encuentra en la base de la recepción lacaniana del síntoma y qué comprensión del sujeto y del inconsciente dicha concepción lleva aparejada. Asimismo, y por cuanto a determinada posición relativa al signo corresponde también la asunción de determinadas cuestiones relativas a la relación entre lógica y física impugnada por el estoicismo, encontramos en la consideración lacaniana de la posición femenina elementos suficientes para abordar una revisión de la persistencia del esquema hilemórfico -y del reparto de lo activo y de lo pasivo que lleva aparejado- en el pensamiento de Freud. Entendemos que las

modificaciones que Lacan efectúa al nivel de la lógica proposicional en el empeño por formalizar la posición femenina apuntan a una forma de alteridad irreductible al modelo del binarismo y resistente por principio a la homogeneización. Llegados a este punto, es tan patente la irreductibilidad del objeto del psicoanálisis a las determinaciones lingüísticas como la heterogeneidad del sujeto del que habla Lacan con respecto a cualquier representación del mismo resultante de la aplicación o supuesto en la definición de tales determinaciones. La noción lacaniana de “discurso” es el objeto del noveno capítulo, puesto que se plantea como una instancia intermedia precisamente por la incapacidad de la esfera de la significación a la hora de dar cuenta de la génesis y el funcionamiento del sujeto en determinado campo social. Lacan formula cuatro discursos marcados por una impotencia esencial que justifica la posibilidad de hablar de algo así como un “sujeto” sin remitirlo a forma de sustantividad alguna en virtud de introducción de cortes o extracciones en el continuo de lo real, que constituyen diferentes versiones del lazo social.

CONCLUSIONES:

A la hora de presentar las conclusiones de la presente investigación, reservamos el décimo capítulo para considerar la peculiar constitución de un quinto discurso, que Lacan añade a su serie como una suerte de excepción (dado que se sostiene precisamente en virtud del restablecimiento de esa continuidad de lo real al mismo tiempo que representa un férreo modo de sujeción), puesto que entendemos que su similitud con la caracterización que Deleuze y Guattari proponen de la sociedad capitalista justifica su ubicación al término del trabajo y a modo de conclusión general, ya que permite revisar tanto la pertinencia de la acusación de complicidad del psicoanálisis con el régimen capitalista como el estatuto discursivo que debe serle concedido a la clínica lacaniana. Conforme al planteamiento presente en la introducción de este trabajo, si la clínica lacaniana constituye una práctica sintomatológica incompatible con el modelo doctrinal de cientificidad (que Foucault distingue de la “instauración de una discursividad”, caracterizada por un peculiar movimiento de “retorno a”), y que reviste por el contrario un carácter netamente crítico y productivo, podemos reconocer que tal práctica no puede por menos que asumir su compromiso político desde el momento en que, siguiendo cierta lectura de las concepciones de la historia de Kant propuesta por Lyotard, entendemos que lo crítico es análogo de lo histórico-político y que la propia clínica psicoanalítica, más allá de toda consolidación sistemática y doctrinal, sólo puede atender debidamente a su objeto por cuanto es capaz como proceso de seguir el movimiento propio de su estatuto virtual.

THESIS SUMMARY.

TITLE: SEMIOTIC, LOGIC AND INDIVIDUATION IN DELEUZE AND LACAN: ONTOLOGY AND POLITICS OF THE CLINICAL.

INTRODUCTION.

This work's general approach is due to an attempt to clarify those logical and ontological conceptions which made possible to support the distinction between scientific, philosophical and psychoanalytic speech. Scientific speech becomes constituted within modernity and finds a peculiar way of institutional and social insertion as innovation and development practices. That insertion gives scientific speech a relevant role in those subjectivation processes which are required and promoted by contemporary society. Thus, this approach presents a relevance that makes it worthy of some special regard. However, there are many studies on this issue from different perspectives. What is often taken as the main object for enquiry is either extracted from the way in which science articulates with modern society productive conditions, or from a hypothetical subject moral or personal constitution, which is actually busted down and submitted by those conditions. Nevertheless, our purpose and procedure here claim to remain in a half way field and aim to consider in which way two representative figures of philosophy and psychoanalysis during the late twentieth century deal with “linguistic turn”, specially regarding the structuralism trend and those debates which have been appearing since its birth. Taking as starting point Gilles Deleuze proposal to consider symptomatology as critical practice itself -concerning the way in which symptoms get assembled and dissociated in order to build syndromes as regimes of signs that constitute conditions of subject evaluation- an adequate conceptual apparatus seems to be crucial to know what kind of language and sign conception is used in psychoanalysis and also in which way it is supportive with the effective semiotics in contemporary society. Jacques Lacan's work reveals itself as specially adequate for this purpose, not only because in its explicit formulation appears as an approach to the subject and to the unconscious which cannot manage without considering language as appearance central element, but also because in the development of his thought we appreciate several modifications concerning structuralism proposals which point to a conception of signs relatively independent from logical and ontological suppositions which are in the very basis both of scientific speech and contemporary subjectivity. Hence, this thesis structure must face two tasks: first, to clarify what semiotic conception is in the basis of Deleuze's characterization of symptomatology – one

which has a critical and productive power that liberates it from the technological and reproductive model which involves the persistency of the hylemorphical scheme; second, to consider within lacanian contributions which of them seem to be related with that semiotic conception, and to what extent the progressive exclusion of psychoanalysis from health and academic institutions during the very first years of the twenty first century could be attributed to some essential lack in order to accomplish the demands of contemporary society related to subjectivity.

OBJECTIVES.

It is possible to distinguish two main parts in this work; in spite of being non symmetrical they follow a lineal and cumulative order. From chapter one to chapter five, Deleuze's use of several notions extracted from the specific field of semiotics is presented, beginning with the conception of sign he receives from ancient Stoicism and exposing, as a conclusion of this part and considering strongly his collaborations with Felix Guattari, the way in which Deleuzean thought understands some substantive modifications that took place in psychiatric symptomatology during the last years of the nineteenth century, and also to present the main points of his critic to psychoanalysis, specially concerning its Lacanian version. In the second part - chapters six to nine- those Lacanian contributions which seem to be more separated from the semiotic conception refuted by Deleuze's proposal are explained using notions that have been presented in the first part. In chapter ten, entitled "Capitalism and Psychoanalysis", the limits of Deleuzean criticism to Psychoanalysis are considered regarding their mutual understanding with the capitalistic regime and their reliance with semiotic, logical and ontological suppositions which take part in contemporary subjectivity constitution. This last chapter appears to be a conclusion of this work, as far as it has to include some kind of comparison between the two authors.

RESULTS.

In the first part of this dissertation -that which is dedicated to set out Deleuze's general semiotic conception through his main influences and also to show that this conception constitutes one of the main axis of the Deleuzian-Guattarian attack to Psychoanalysis- the way in which Deleuze takes over ancient stoicism thought is shown. The stress has to be situated in the Stoic consideration of the existence of a radical heterogeneity between physics and logic, a consideration related to an immanent conception of being which recognizes nothing but bodies as real and causal existences. Whereas *lekton* –object of dialectics in Stoicism- belongs to

incorporeal effects, with limit, void, space and time. Several aspects from Stoic thought treated in this part should be retained: the central role of hypothetical proposition within dialectics, an immanent conception of limit as an incorporeal effect, the meaning of the term “body” considered by the Stoics and finally, their tonal ontological perspective. This perspective considers the differentiation from one body to another in terms of different degrees of tension regarding their capacities to affect and to be affected and not on the basis of their properties or states. Then, the second chapter comes to present Louis Hjelmslev’s project of a linguistic theory which Deleuze and Guattari consider as the seed of molecular linguistics. Hjelmslev’s reception of Saussure’s propositions expands the field for sign investigations far beyond any restriction derived from any excessive relevance given to linguistic model and also recuses system-language priority over process-speech. From Hjelmslev’s work, Deleuze retains the priority of the process over the system, its virtual nature, the relativity of “content” and “expression” -which substitutes saussurean atomicity of the sign-, the formal autonomy for both levels considered as real different spheres, and their contingency in relation to a third instance, purport. The latter is where process productive character should be placed instead of within the mere logical conditions of possibility and reproduction prescribed by the system. However, Hjelmslev conception of sign -as a function where content and expression entities appear as terminals due to different dependencies contracted- refutes any substantivity referred to those entities constitution apart from their belonging to functions. His proposal introduces some kind of supposition related to the existence of a restricted collection of figures, both from content and expression, which constitutes the purport to produce an infinite number of signs, although there is not any reason for its appearance in Hjelmslev’s work. The Deleuzian stake for immanence finds that Hjelmslev’s double bind scheme is suitable to be applied to the individuation processes analogical conception which Simondon promotes as a refutation of the hylemorphic scheme’s validity. There individuation is thought on the basis of pre-individual being productiveness, thus refuses to accept any kind of incorporeal causal effectiveness or any transcendence of form, conceiving matter not as homogeneous and basically passive but constituted by heterogeneous and variable nature on the basis of potential differences. In the third chapter, the way in which individuation processes commit the emergence of forms and entities of expression from the preindividual being without appealing to any intervention of transcendent forms is presented. That scope introduces an immanent conception of the limit and also highlights the relevance of capacities over properties, as Deleuze finds in Stoicism. Deleuze and Guattari follow Simondon’s proposals in their aim to characterize different ways or modulations of individuation processes. In the same token, the conception of sign and semiotics which will be used in their characterization of

capitalism and also in their criticism of Lacanian psychoanalysis is shown in the third chapter of *A Thousand Plateaus*.

Taking into account these general conceptions, Deleuze and Guattari propose a revision of the suppositions which rule in most enquiries into language, refuting the relevance given to the extraction of constant elements and understanding utterings exclusively from the perspective given by the paradigmatic axis of language. They propose four different semiotic regimes aiming to show how this perspective in language studies not only limits the scope of the enquiry, but also reproduces suppositions which lend a normative character and organizing effectiveness to systematic constitutions derived from the studies carried out in that fashion. Deleuze and Guattari appeal to Austin's Speech Acts Theory –and also to its development in Oswald Durot's works on uttering- and uphold that illocutionary acts are coextensive to any uttering and depend on implicit suppositions connected with the social field as a whole. In the fourth chapter of this dissertation it is shown how pragmatics are not just epiphenomenal as mere implementations of syntactic and semantic components, but central in order to constitute a science of signs within social life. However, Deleuze and Guattari's scope differ from Saussure's point of view to achieve that goal, because their proposal does not conceive that hypothetical science as the result of a movement that goes from the center –the consolidated system, the proposition and logic form- to periphery –the speech agents and references-, but in an opposite direction. Hence, continuity and variation appear as the real genetic condition of semiotic phenomena. It is found fair to include in this chapter some aspects taken from Deleuze and Guattari's essay on Kafka's work, in order to show how a minor uttering can be achieved beyond the major model on Linguistics and Psychoanalysis, a model which implies the supposition of an individualized uttering relatively independent from the social field. That speech as minor has a directly political nature and the correspondence prescribed by systematic dependences between entities from expression and entities from content can be taken away and thus point to new individuation processes related both to semiotic production and some possible opening of the social assemblage. All the notions explained in these chapters have to do with the machinic – understood as display of heterogeneous elements as such- as opposed to the mechanic –which leads a pure reproductive procedure on the basis of homogeneity taken as an evaluation standard for the different concrete speech facts. Therefore, in the fifth chapter Deleuze and Guattari's proposal of "Schizoanalysis" is addressed: such an approach where literary criticism, linguistics, political economy and psychopathology interpenetrate within an area of indiscernibility which directly connects them to coincident structuration processes for new individuations sake. Thus,

the notion of “assemblage” [*agencement*] substitutes “structure” and the symptomatological uttering finds its own critical sense.

According to what has been explained within the first part, the remaining chapters consider if psychoanalytical clinical practice, because it is affected in its very foundation by a tautness between the aim of formalization and the radical heterogeneity of its object in relation with any corporeal determination, should be understood as scientific doctrines or, on the contrary, has to manage its critical status, which means a productive and also political character. This character requires that oppositions like “private-public”, “practical-theoretical”, “performance-competence”... should be overcome. Regarding this goal, it is mandatory to elucidate which semiotic conception is in the very basis of Lacanian thought about symptom and also what understanding of both the subject and the unconscious that conception entails. Likewise, and because any standing of sign should match with certain acknowledgments related with the link between logic and physics –which was one of the most important issues in our receipt of ancient stoicism- Lacanian consideration of feminine position presents enough characters to justify the task to look over hylemorphic scheme persistency in Freud’s thought, especially noticing that it entails some distribution between the passive and the active. When Lacan tries to put into formal expression the feminine position he introduces some modifications in propositional logic which point to an otherness that cannot be reduced to binarism and resists by its own nature any homogeneization attempt. Up to this point, it seems clear that the object which concerns Psychoanalysis cannot be reduced to linguistic determinations, due to its heterogeneity with any representation derived from those determinations. Chapter number nine is dedicated to Lacanian understanding of “discourse”, as far as it appears as an intermediate reality, because the signifier regime seems to be unable to explain both emergence and running of the subject in a concrete social field. Lacan drew up four discourses troubled by an essential impotence which allows some kind of speech on the subject without referring it to any substantivity derived from cutting operations over the continuity of the real.

CONCLUSIONS.

In the last chapter, as a conclusion, a fifth discourse’s constitution is presented. Lacan adds this discourse to his series as an exception because it is sustained precisely by restoring the continuity of the real while it carries out an even harder way of fastening. The similarity between this discourse and the Deleuzian characterization of capitalism justifies its

location at the very end of this thesis: it allows for a review of the charge of complicity between psychoanalysis and the capitalist society, and it leads us to consider what discursive status has to be given to Lacanian clinic. If Lacanian clinic entails a pure critical and productive nature, it is because it constitutes a symptomatological practice which becomes incompatible with science doctrinal model – that which was distinguished by Foucault from the initiation of a discursive practice. This is why it seems acceptable to argue the unavoidability of psychoanalysis political commitment considering Lyotard's statement on Kantian conceptions of History - the critical as analogous to the historical political. And therefore it becomes plausible to conclude that psychoanalytic clinic is only capable of looking after its object overcoming any systematic or dogmatic consolidation and following its virtual status as a discursive practice which entails experimentation and hence extreme caution.